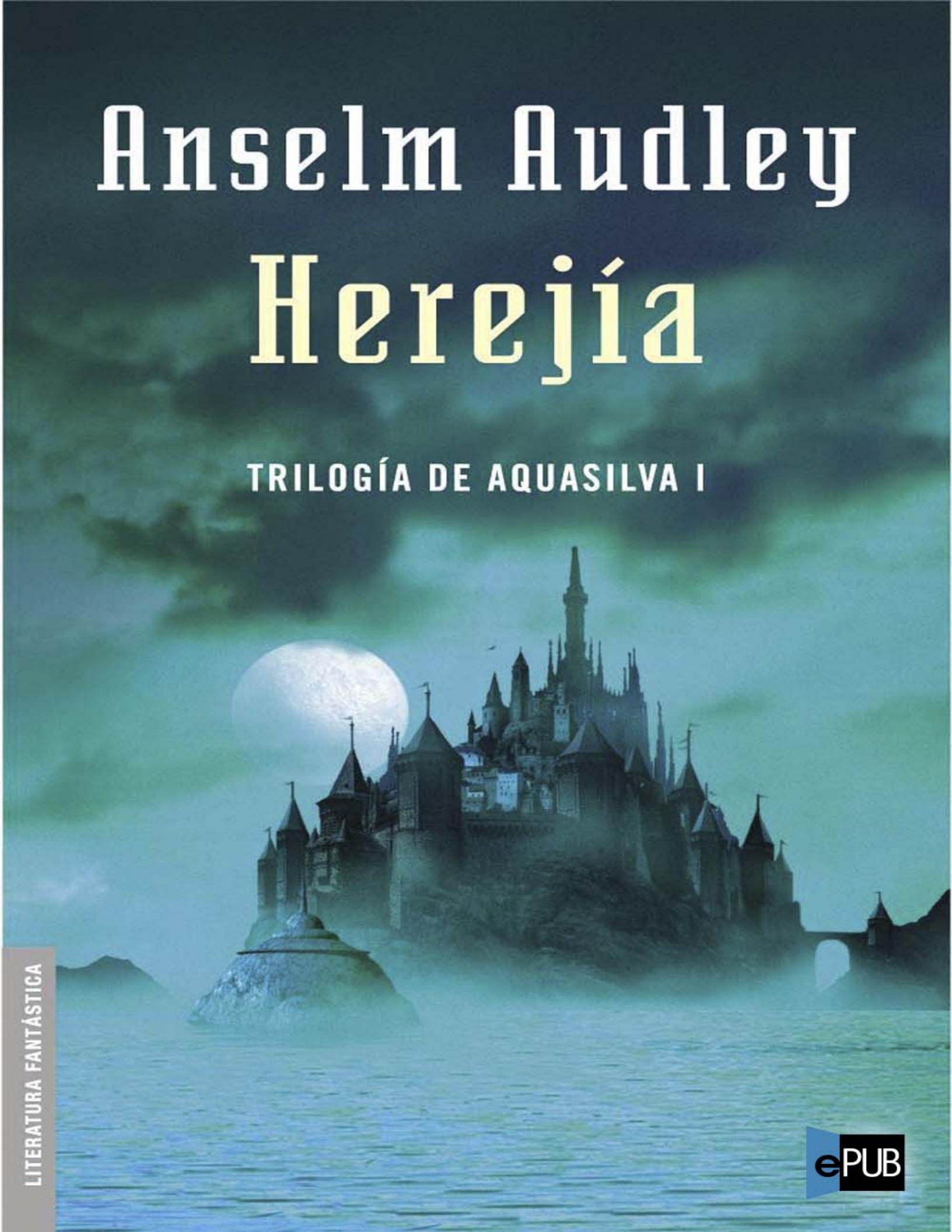
Anselm Audley

Herejía

TRILOGÍA DE AQUASILVA I



LITERATURA FANTÁSTICA

ePUB

Aquasilva es un planeta de mares inmensos y poca tierra emergida, que sufre constantemente el embate de catastróficas tormentas, de modo que todas las poblaciones han de estar amuralladas y dependen de la magia del fuego para protegerse. La sociedad se halla dividida en clanes y ciudades rivales, aunque comparten la religión impuesta por el Dominio, la Iglesia de Rathan, que, a través de sus fanáticos sacerdotes y monjes guerreros, mantiene un poder tiránico mediante el asesinato sistemático de cualquier disidente.
En la isla de Lepidor, Cathan, hijo del conde, descubre una mina de hierro (el material más apreciado en Aquasilva), y parte hacia la ciudad de Taneth en busca de su padre para darle la buena noticia. Una vez ahí, se verá inmerso en las intrigas políticas y conspiraciones religiosas, para acabar descubriendo que posee una magia extraordinaria y que, aun involuntariamente, se yergue como la única esperanza para acabar con la tiranía del Dominio.

OceanofPDF.com

eBooks con estilo

ANSELM AUDLEY

Herejía

Trilogía de Aquasilva I

ePUB v1.1
OZN 19.03.11

más libros en epubgratis.me

OceanofPDF.com

Titulo original: Heresy Book One of The Aquasilva Trilogy
Titulo traducido: Herejía
Autor: © Anselm Audley, 2001
Traductor: Martín Arias, 2004
ISBN: 84-450-7503-9
Editorial: Minotauro

OceanofPDF.com

A mis padres

OceanofPDF.com

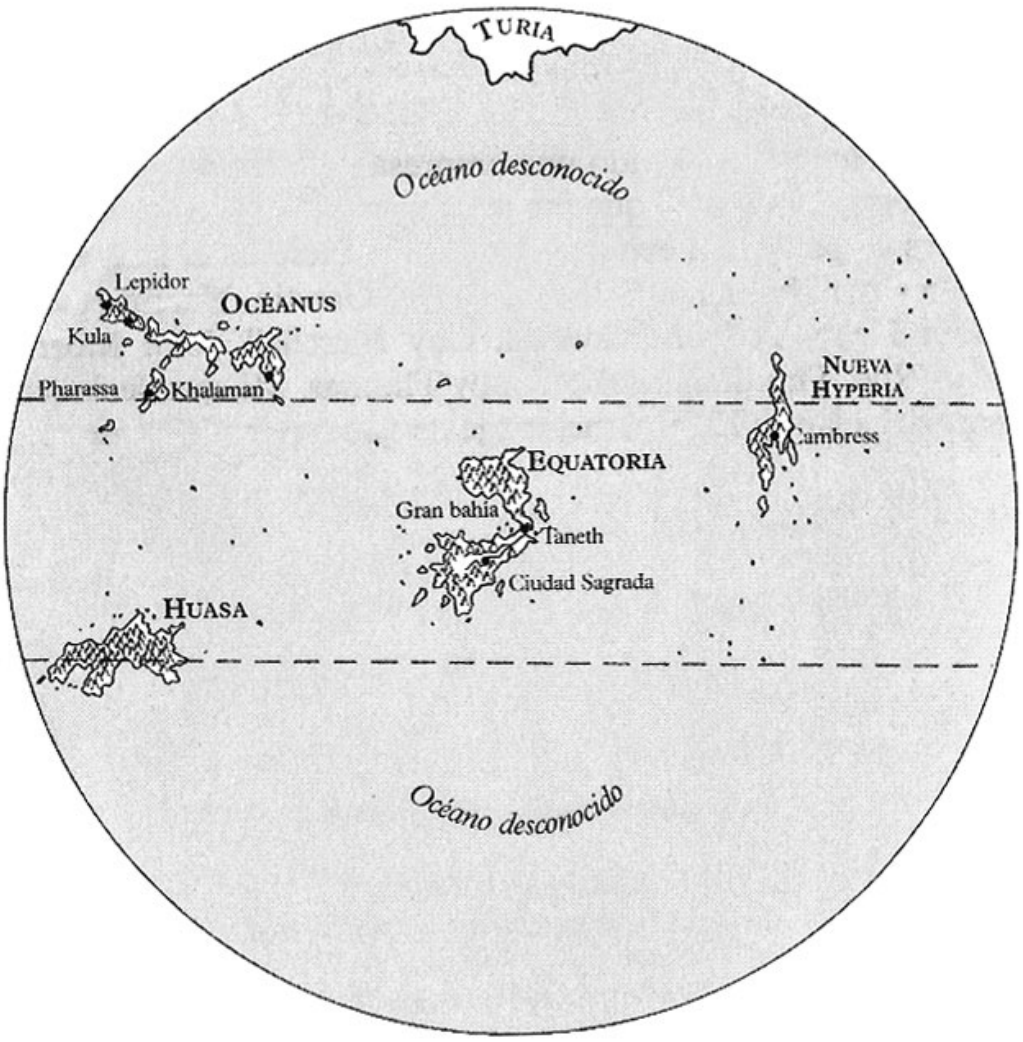
Agradecimientos

Escribir Aquasilva ha sido una empresa de largo aliento, y debo agradecer a todos los que me ayudaron a culminarla en sus diversas etapas y han evitado que enloqueciese en el intento: mis padres y mi hermana Eloise; el doctor Garstin, Naomi Harries, Gent Koço, Polly Mackwood, Olly Marshall, John Morrice, John Roe, Tim Shephard y Poppy Thomas. Mi agradecimiento especial a James Hale, el mejor agente que uno podría desear.

ANSELM AUDLEY

OceanofPDF.com

Circunferencia ecuatorial
calculada por el Instituto Oceanográfico:
104.635,2 kilómetros

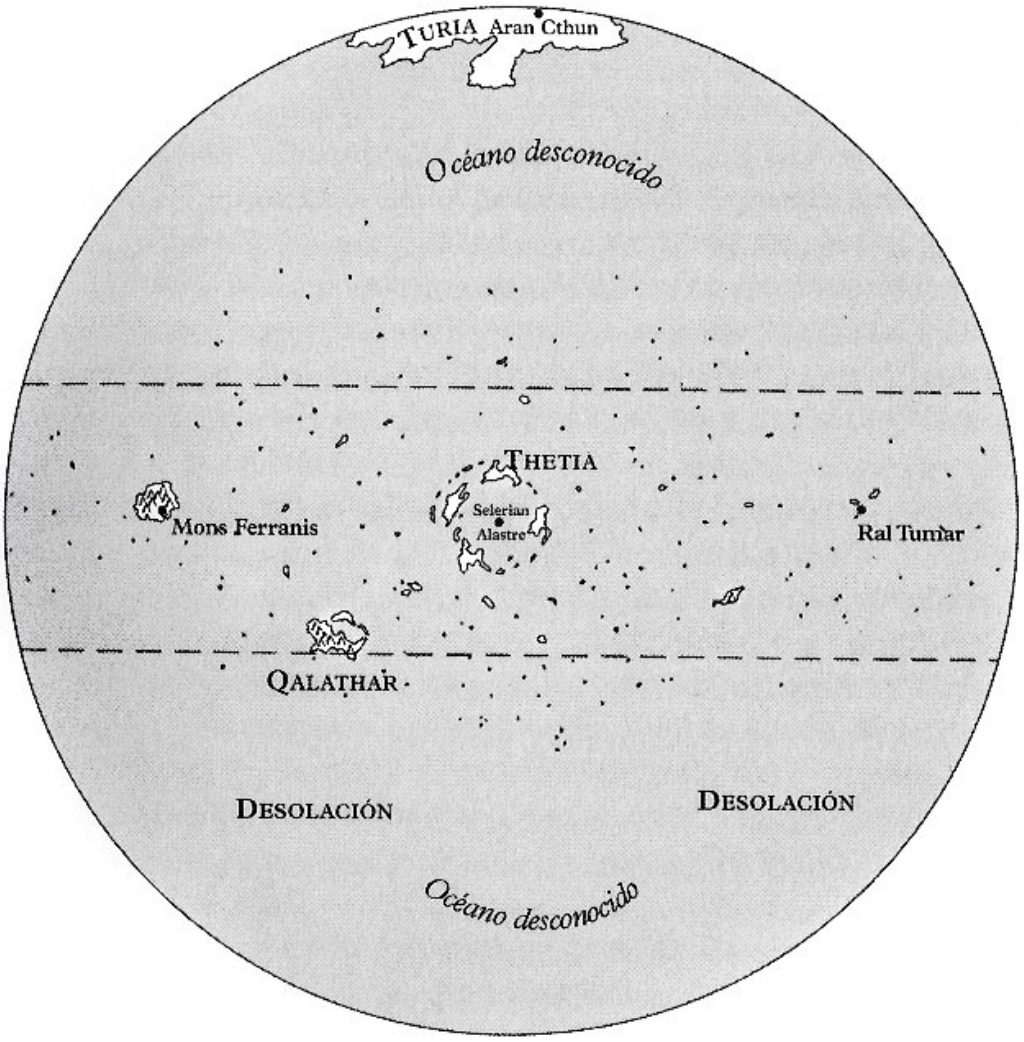


Continentes

NOTA: Aquasilva es un mundo de dimensiones mucho más grandes que la Tierra, con un diámetro que ronda los 32.000 kilómetros. Sus continentes, por lo tanto, han sido dibujados en una proporción algo más grande de la real para facilitar su legibilidad.

OceanofPDF.com

Kreon Eirillia
cartógrafo de su majestad imperial
Orosius Tar' Conantur



Archipiélago

NOTA: Aquasilva es un mundo de dimensiones mucho más grandes que la Tierra, con un diámetro que ronda los 32.000 kilómetros. Sus continentes, por lo tanto, han sido dibujados en una proporción algo másgrande de la real para facilitar su legibilidad.

OceanofPDF.com

Primera Parte

OceanofPDF.com

CAPITULO I

¡Hierro! ¡Hierro!

El grito atravesó el bosque desde el gentío hacia el que cabalgaba, junto al acceso a las minas de piedras preciosas. Las aves posadas en las ramas de los cedros lanzaron estridentes chillidos y alzaron el vuelo. Apuré a los caballos; las ruedas del carro dispersaban a mi paso finas nubes de polvo. Luego tiré de las riendas y detuve el carro donde el camino hacia un abrupto recodo rodeando un árbol.

Frente a mi, los árboles dejaban paso a la hierba, que se extendía por la pendiente de las colinas. A la derecha estaba, con sus torres de vigilancia desiertas, el muro de piedra que marcaba la entrada a las minas de piedras preciosas. Alcancé a ver un corrillo de gente en la entrada, donde los portales estaban totalmente abiertos. ¿Qué estaban haciendo allí? ¿Había sucedido un accidente? ¿Seria un motín? Era lo único que faltaba.

Me reconocieron mientras disminuía la marcha del carro en los yermos terrenos que rodean a las minas. Detuve el carro a pocos metros de ellos.

Un hombre de elevada estatura, uno de los pocos que vestían ropas propiamente dichas y no las túnicas de los trabajadores, se abrió paso entre la multitud y se acercó a mi con expresión de gran entusiasmo. No era, por tanto, ni un motín ni un accidente.

—Vizconde Cathan, es una suerte que hayas llegado; quizá Ranthas te acompañe.

Llevaba una barba muy pequeña y su aceitoso cabello estaba cubierto de polvo. Tenía el rostro flaco y demacrado, con los ojos hundidos pero brillantes como los de los demás.

—¿Qué significa toda esta conmoción, Maal? —le pregunté.— ¿Qué cosa tan extraordinaria ha sucedido que justifique interrumpir el trabajo cuando el buque puede llegar al puerto de un momento a otro?

De un momento a otro, siempre y cuando la tormenta coriolis que agitaba el océano se disipase pronto. Era la segunda en el mes, y el buque ya venía con demora.

—¡Amo, hemos encontrado hierro! ¡El sacerdote de Ranthas que ofreció cooperar con nosotros en nuestras labores mineras ha descubierto un inmenso depósito de mineral de hierro!

En principio casi me resistí a creerle. ¿Hierro? ¿Habíamos estado durante todos estos duros meses trabajando sobre uno de los yacimientos más valiosos sin tener idea de ello? El hierro escaseaba en Aquasilva; las islas flotantes sencillamente no conseguían cantidades suficientes de ese mineral para cubrir la demanda de las fundiciones de acero y, en definitiva, de los ejércitos del continente. Después de la madera combustible y sus derivados, el hierro era el más cotizado de los materiales en bruto.

—¿Estáis seguros? —pregunté manteniendo una expresión impasible. No deseaba delatar demasiado entusiasmo frente a mis trabajadores.

Por respuesta, Maal llamó a alguien de entre la muchedumbre. No había tanta gente como yo había pensado en un primer momento; sólo había entre doce y quince personas, sobre todo supervisores y capataces. Un sujeto del fondo le arrojó a Maal un trozo de roca por encima de su cabeza. Maal lo atrapó con destreza y me lo acercó.

Uno de los caballos relinchó cuando cogí la roca en mis manos y observé el revés, en el que destacaban los cristales grisáceos. —¿Podrá ser extraído?

—El sacerdote cree que si. Se encuentra en la mina con Haaluk. —Que alguien venga a coger las riendas —dije.

Uno de los hombres vino a hacerla y descendí de mi carro. —Llévame a donde está el sacerdote —le pedí a Maal—, y que el resto de los presentes

reinicie su trabajo.

Se apartaron a mi paso y Maal me guió hasta el cercado. Había dos edificios a un lado y unas zanjas abiertas al otro. Frente a nosotros se abría la fosa negra de la entrada a la mina. No me agradaba demasiado entrar allí —odio las cuevas— pero se trataba de una ocasión importante, así que intenté evitar el pensamiento de estar bajo tierra. Esa mina de piedras preciosas constituía el principal motivo de la existencia del clan Lepidor, el más septentrional de los quince clanes del continente de Océanus y, por un pequeño margen, el clan situado más al norte de entre todos los clanes continentales del mundo. No había existido ninguna ciudad aquí desde la guerra de Tuonetar, pero hace ciento cincuenta y ocho años un equipo de buscadores descubrió vetas de piedras preciosas y, poco después, un grupo de refugiados de Océanus y del Archipiélago se instaló en el lugar y fundó un nuevo clan.

En realidad, fuimos bastante afortunados, ya que en las cercanías hay ricas zonas de pesca y las montañas ofrecen más cobijo que el usual frente a las tormentas y permiten que crezca un exuberante bosque junto a la costa. Estoy muy satisfecho de todas estas condiciones, que hacen del territorio de Lepidor un sitio menos desolado que las tierras de los clanes más australes, demasiado expuestas para que crezcan los árboles y, por lo tanto, mucho menos gratas de habitar.

Mi familia ha estado en el poder desde la fundación, después de que cierto antepasado lejano realizó una acción extraordinaria en beneficio de la ciudad y las demás familias lo eligieron líder por unanimidad. Al menos, eso decía la historia oficial. A mi me sonaba por lo menos dudosa y me imaginaba que la realidad debía de haber sido bastante menos honorable. Pero ésa era la historia por entonces, y mi padre, el conde Elníbal II, era conocido como uno de los más destacados entre los quince condes de Océanus.

En aquel momento nos preocupaba la pronunciada caída del precio de las piedras preciosas, que había descendido cada vez más en los últimos años. Como consecuencia, la mina proporcionaba menos beneficios y, en los meses más recientes, el conde y los mercaderes discutían por el precio.

No hay duda de que podríamos sobrevivir sin la mina: junto a la costa existían tierras fértiles y extensos cotos de caza y pesca. Asimismo, los bosques cubrirían nuestras necesidades de madera y nos permitirían incluso llevar a cabo exportaciones.

Pero sin las piedras preciosas no existía nada de valor con qué comerciar, y así el clan Lepidor degeneraría progresivamente hasta convertirse en una comunidad agrícola, sin el mérito suficiente para ser considerada un clan. Y como yo no deseaba heredar una comunidad agrícola ni ser testigo de la desaparición de las riquezas del clan, el futuro me preocupaba igual o más que al resto.

Hasta ahora. Repentinamente, mi cabeza se había colmado de proyectos. Si había allí hierro suficiente y podía ser explotado, volveríamos a ser ricos tan pronto como el primer cargamento se vendiese en los mercados de Pharassa, la capital de Océanus Quizá podríamos incluso firmar un contrato con una gran familia para transportarlo a través del océano hasta Taneth, la capital del comercio de Aquasilva. Se trataba de una larga travesía y era consciente de los riesgos que implicaba, pero allí el precio del hierro podía ser mucho más elevado.

Me agache ante las vigas de madera del techo de la entrada a la mina y me sumergí en el túnel, apenas iluminado por tres antorchas de madera. Hacia el fondo, a poca distancia, alcancé a oír dos voces.

— ... yacimiento se extiende cientos de metros, te lo aseguro.

—Conozco la roca de este sitio, dómine, yeso es imposible. La voz del capataz de la mina, Haaluk-Itti, era mucho más gruesa y vulgar que los tonos suaves y modulados del sacerdote de Ranthas. Haaluk llevaba dos años exiliado de Mons Ferranis, tras haber protagonizado una disputa con un mercader, y debería pasar aún otro año supervisando las minas de Lepidor antes de que nos dejase para regresar a su tierra. Todos lo lamentaríamos mucho; pese a su agrio carácter era un capataz eficiente.

—¡Vizconde Cathan! —exclamó el sacerdote al verme. Su rostro estaba en la sombra. Haaluk, de espaldas a la entrada, se volvió hacia mí.

—Sin duda me habrá oído —dijo—. Pese a su gran sabiduría, me he visto obligado a mostrarme en desacuerdo con dómine Istiq acerca de la

extensión del depósito.

Los sacerdotes son siempre llamados *dómine*, titulo que proviene de nuestro antiguo lenguaje.

—¿En cuánto difieren vuestros cálculos?

—Los suyos duplican los míos.

—Según vuestras cifras, Haaluk, ¿es posible explotar la mina? —Sin duda. El dómine puede dar fe de ello —afirmó bruscamente.

—Mis cálculos son meras hipótesis, como comprenderá —admitió dómine Istiq—, pero tengo la certeza de que existe aquí lo suficiente para vender la suma de diez mil coronas cada mes durante más de siglo y medio.

Traté de deducir mentalmente los beneficios que podrían implicar esas cifras, pero falle en el intento. Nunca fui bueno en cálculo mental, aunque siempre he podido resolver las cuentas con bastante rapidez sobre papel.

—Vuestros gastos anuales rondan los dos mil, vizconde Cathan —agregó Istiq—. Quedarían ocho mil, de los que al menos cuatro mil deberán destinarse a cubrir otros gastos, como el diezmo y una rebaja a los mercaderes.

Una forma subliminal de recordarme que deberíamos volver a pagar nuestras ofrendas al templo del Dominio, ofrendas que no cumplimentamos el último año a fin de asegurar nuestra subsistencia. El avarca de Lepidor, aunque no haya nacido aquí, estuvo a cargo del templo durante veintiséis años y hoy es más un lepidorio que un sacerdote. Siempre ha sido caritativo y respetuoso.

—¿Esos cálculos están hechos según las estimaciones de Haaluk?

—Si. De acuerdo a la mías podríamos explotar las minas durante unos tres siglos.

—Bien, de un modo u otro obtendremos ganancias. —No estaba preocupado.

—Será preciso contratar a mineros experimentados de Pharassa, que son muy buscados hoy en día. Se deberá contratar, además, a algún mercader de Pharassa o Taneth.

—No olvidéis al almirantazgo de Cambressia —dije recordando nuestro tercer posible mercado, pero Istiq expresó sus dudas con la mirada, y añadí

—: ¿Regresamos a la ciudad para cenar?

—Agradezco el ofrecimiento —respondió Istiq con una reverencia—, pero permaneceré aquí un poco más para ver si podemos determinar con exactitud la extensión de los depósitos.

Le devolví la cortesía antes de dar la vuelta para regresar al túnel, maldiciendo cuando casi me parto el cráneo al chocar contra una de las vigas de madera. Maal me seguía de cerca.

El brillo de la luz solar me hizo parpadear cuando emergí de las tinieblas. Afuera se volvía a oír el sonido sordo y repetido de los mineros quebrando el mineral con sus mazas de madera, desechando todo cuanto no fuese piedra preciosa en estado puro. Al menos eso es lo que recuerdo de las enseñanzas de mí tutor. Siempre me pareció que la minería era aún menos interesante que las lecciones de teología... no tenía nada que ver con el mar.

—¿De regreso a la ciudad, lord Cathan? —me preguntó Maal. —Sí —respondí—, el trabajo debe proseguir. Haaluk vendrá a verme esta tarde con algunas cifras. Necesito informarme de ciertos hechos concretos antes de hacer ningún movimiento.

En realidad sería mi madre, regente en ejercicio durante la ausencia de mi padre, quien tomaría cualquier decisión. Yo era demasiado joven aún y carecía de la experiencia necesaria para asumir completamente las obligaciones de un conde durante los viajes de mi padre. Por eso me senté en el estrado mientras el primer consejero me susurraba al oído las opiniones de la condesa Irria. Por mi parte, desde la partida de mi padre intenté prestar más atención a las lecciones sobre administración del Estado, ya que me irritaba no saber lo suficiente para tomar mis propias decisiones.

Regresé por los patios y pasé bajo la puerta principal, donde noté que las torres estaban una vez más ocupadas por centinelas, atentos a la aparición de cualquier señal de hordas bárbaras en las colinas circundantes. No es que fuesen a divisar ninguna, sólo existía un paso hacia las montañas desde el territorio de la ciudad y estaba tan bien custodiado como las costas.

El hombre a quién había dejado guardando mi carro me tendió las riendas. No me había quitado las cintas de seguridad de las muñecas, así

que pasé las riendas alrededor del brazo, restallé el látigo y me alejé por el camino rumbo a la ciudad.

Me sentía entusiasmado mientras avanzaba a toda marcha guiado por mis dos eficientes caballos, y la alta velocidad compensaba por demás los saltos del carro al pisar baldosas sueltas o pequeños pozos. El camino comenzaba a dar muestras de necesitar una reparación y observé dos hoyos de un tamaño tan considerable que podían hacerme perder una rueda. Seria necesario un equipo completo de trabajadores viales con sus correspondientes herramientas para repararlo, yeso en caso de reunir el dinero suficiente para la leña. Al fin y al cabo, reflexioné, el hierro resolvería sin duda ese problema.

El sendero se angostaba al acercarse al valle principal, y me abrí paso entre enormes cedros que se alternaban con zonas despejadas. En una o dos ocasiones me topé con los carros llenos de troncos de los leñadores, que transportaban su carga por la ladera. Luego el camino doblaba y los árboles quedaban atrás a medida que me alejaba en dirección a Lepidor.

La ciudad estaba edificada sobre un promontorio, con una ensenada al este, es decir, a mi derecha, donde se hallaba el puerto. Al oeste, la costa describía una curva, dejando ver terrenos de cultivo y grupos de acacias que iban dejando lugar suavemente a una extensa playa de arena. Hacia el final del promontorio se veían las murallas de piedra brillante que protegían la ciudad y, detrás de éstas, alcancé a divisar las casas del barrio Terreno.

Lepidor no era una ciudad demasiado grande. El último censo, realizado dos años atrás con motivo de un estudio sobre los impuestos, había contabilizado algo menos de dos mil ciudadanos. Sin embargo, lo que le faltaba en dimensiones lo compensaba en limpieza y calidad arquitectónica. Ya había visitado por entonces la mayoría de ciudades del continente y, más allá de la lealtad que profesaba a Lepidor por ser mi hogar, no me parecía que hubiese ninguna comunidad mejor ni edificios más hermosos que los que había allí.

Todas las casas protegidas por las murallas que rodeaban el exterior del promontorio habían sido construidas con piedras blancas locales y muchas tenían tres plantas. Desde arriba, sobre las ventanas con columnas de la

primera planta, podían verse hermosos jardines crecidos en una tierra que, en su mayor parte, había sido transportada hasta allí a mano. Había algunas cosas allí que ni siquiera la leña podía lograr. Una o dos de las viviendas más grandes tenían pequeñas cúpulas sobre sus techos.

En el puerto, también protegido por murallas, pude distinguir los depósitos y los muelles, los mástiles de nueve o diez barcos pesqueros y, sobre uno de los lados, un pequeño edificio con cúpula, el punto más alto del muelle de Lepidor, donde fondeaban las naves submarinas, llamadas mantas, y se guardaba la única manta de guerra de la ciudad.

Avancé por las extensiones de campo despejado que rodean la ciudad y crucé las puertas de barrio Terreno, el más externo de los tres distritos de la ciudad. Reconocí a los dos centinelas, que me saludaron con una reverencia que devolví con gentileza antes de acelerar el paso. Debía aminorar la marcha al cruzar las puertas; la calle central conducía casi directamente a las puertas de los otros dos barrios: el barrio del Palacio y el distrito Marino. Los tres sectores eran circulares y estaban protegidos por su propio juego de puertas —tenían que estarlo, para protegerse adecuadamente en caso de tormentas—. Ése era otro de los motivos por los que me alegraba vivir aquí: en Lepidor las tormentas eran menos duras que en otras ciudades y por eso nuestros muros eran más bajos, permitiéndonos evitar la oscuridad en la que muchos vivían sumidos, rodeados de murallas inmensas y monstruosas.

Crucé la puerta interna del barrio del Palacio, donde se hallaban el mercado, los edificios oficiales y también mi hogar, el palacio.

El Palacio Real —más una mansión que un auténtico palacio estaba hacia el final de la calle principal, a sólo un centenar de metros. A ambos lados, la calle estaba poblada de tiendas, cada una con un toldo desplegado en el frente. Sus mostradores estaban repletos de mercancías, que los comerciantes promocionaban a viva voz ante el lento avance del carro. Aparté los caballos alrededor de la corpulenta figura vestida con una túnica verde del mercader Shihap, quien regateaba enérgicamente con su amigo el jefe de escuderos.

—Bonito día, ¿no? —me dijo Shihap dejando por un instante su negociación—.¡parecéis feliz!

—Créeme, lo estoy —respondí—, y también lo estarás tú cuando vuelva a brotar el dinero.

La noticia sobre el descubrimiento llegaría a la ciudad hacia el anochecer, así que no era malo en absoluto que fuese yo mismo quien lanzase los primeros rumores al respecto. Puse en marcha mis caballos antes de que Shihap tuviese oportunidad de indagar más, para que el mensajero que enviase Haaluk tuviese el placer de comunicar lo sucedido a los ciudadanos.

Volví a disminuir el paso para saludar a varias personas antes de llegar a la plaza frente al palacio. Los establos estaban ocultos en uno de los lados, contra los muros externos, por supuesto con el viento a favor, y le tendí las riendas a un criado, quien se apresuró a cogerlas. Desanudé las correas de mis muñecas y las dejé en el carro, junto con el látigo. A mi padre no le gustaba ver las prendas de montar en el interior del palacio.

En la entrada había dos centinelas sentados, jugando como siempre con monedas de cobre. Hicieron una cálida reverencia mientras yo me dirigía a la pequeña corte del palacio. No había que caminar más de diez metros, subiendo una empinada escalera a cuyos lados, en los espacios entre las piedras, crecían plantas silvestres. A un lado estaba la puerta que conducía al salón de banquetes y cámara de debates, mientras que el acceso de los criados se hallaba en la base de la escalera. Repito que todo era mucho más pequeño que, por ejemplo, el palacio de Lexan en Khalaman, y sin embargo, todo era a la vez mucho más acogedor y, además, era mi hogar.

Subí la escalera saltando los escalones de tres en tres y casi me vuelvo a golpear la cabeza contra las vigas que sostenían el tejado.

—¿Dónde está mi madre? —le pregunté al primer criado con que me topé en el impecablemente blanco descansillo al final de la escalera.

—En la cámara superior de debates, señor, junto al consejero superior.

Caminé a paso veloz a lo largo del pasillo. Tras la puerta cerrada de la tercera habitación a la izquierda se oían voces. Golpeé la puerta.

—¿Quién está ahí? —preguntó mi madre con su hermosa voz de contralto.

—Soy yo —respondí. —Entonces puedes pasar.

Empujé la puerta de madera de cedro y entré. La cámara de debates era una amplia sala con una mesa de madera blanca en el centro. Se trataba de la cámara privada de debates: las reuniones públicas se celebraban en la sala principal, ya que nunca pudimos cubrir los gastos para montar una cámara de reuniones propiamente dicha. Había doce sillas alrededor de la mesa, una con un palio rojo, en la que estaba sentada mi madre. El consejero superior ocupaba la primera silla sobre el lado derecho.

—¿Qué sucede? —preguntó mi madre, traspasando la mirada imperturbable que yo pretendía mantener. En su juventud había sido sumamente hermosa Y ahora, pasados los cuarenta años, aún tenía muy buen aspecto. Sus largos cabellos, con un raro tono rubio oscuro, estaban recogidos sobre su espalda, y su porte era en todo orgulloso y noble. Llevaba un largo vestido verde y blanco.

—Pasé por la mina mientras entrenaba mis caballos. Han encontrado allí hierro suficiente para darnos —dije intentando recordar la cifra— unas cuatro mil coronas de beneficios durante los próximos cien años.

—¿Hierro? —Atek, el consejero superior, se incorporó a medias en la silla.

Atek era primo de mi madre y tres años más joven que ella.

Había llegado con mi madre cuando ella se casó con mi padre, ya que el padre de ella, tutor de Atek, se había hartado de la indómita reputación de su sobrino. Yo jamás había sido testigo de ese aspecto de su carácter y todos los parientes de mi madre estaban de acuerdo en que se habla convertido en un hombre sensato y en un buen consejero. Había sido nombrado consejero superior de mi padre y canciller dos años atrás, cuando falleció su antecesor Nunca me ha gustado ser irrespetuoso con los muertos, pero siempre me pareció más conveniente Atek que el adusto y avinagrado Pilaset. Atek era de complexión robusta y tenia el cabello castaño, aunque noté que estaba engordando debido a la falta de ejercicio. Llevaba una túnica blanca con bordados rojos ajustada a la cintura.

—Hierro —confirmé—. Dómine Istiq y Haaluk están seguros, aunque sus cálculos no coincidan sobre si el yacimiento durará un siglo y medio o tres.

—¿Cómo es posible que no lo hayamos descubierto antes? —indagó Atek, reclinándose en la silla con expresión de sorpresa.

—Porque nunca hemos contado con un sacerdote minero experimentado —sostuvo mi madre—. Ese sector de la colina no lo exploramos hasta su llegada.

Lo cierto es que había sido una auténtica fortuna contar con los servicios de dómine Istiq. Él había sido uno de los tres sobrevivientes de la nave destrozada por un tomado en las afueras del cabo de las islas Límite unos tres meses atrás. Una vez recuperado, se ofreció a excavar en nuestras minas para mantenerse ocupado hasta que llegase a recogerlo el siguiente navío, que lo conduciría a su destino original, Mons Ferranis. Yo no había estado demasiado en contacto con él, aunque fue una de mis sondas submarinas la que detectó los restos de su indefensa nave flotando a la deriva hacia mar abierto. Se trató para mí de un gran triunfo, ya que le demostró a mi padre que roda el tiempo que yo empleaba en el mar o con los oceanógrafos tenia valor.

—Le ordené a Haaluk que nos diera cifras más exactas esta tarde —dije —. Es posible que dómine Istiq permanezca en la mina hasta el anochecer Siempre lo hace.

—Has hecho lo correcto —agregó mi madre con una cálida y luminosa sonrisa en el rostro.

—Debemos comunicarle las novedades al conde Elníbal— advirtió Atek, llegando a las mismas conclusiones que antes había deducido Istiq—. Tendremos que firmar un contrato con algún marino mercante de Taneth o Pharassa para llevar el hierro a las fundiciones.

—¿Podríamos establecer aquí una industria del hierro? —meditó mi madre en voz alta—. Si convirtiésemos el hierro en armamento antes de embarcarlo, duplicaríamos las ganancias.

—Pero eso nos haría también un blanco más apetecible para los piratas —le recordó Atek—. Hasta que no rengamos dinero suficiente para edificar

unas defensas adecuadas, seria mejor vender el hierro tan sólo. Le sugeriré esa idea a tu marido.

—¿Cuál os parece que es el mejor sitio para vender el hierro? —inquirí.

— Taneth —dijo Atek sin pensarlo dos veces.

Mi madre estuvo de acuerdo con él, y yo estaba bastante seguro de que mi padre coincidiría con la opinión de ambos. De los otros dos mercados posibles, Pharassa estaba más cerca y era más seguro, pero los precios eran comparativamente bajos, ya que allí existía muy poca demanda de hierro. Océanus tenía ya una mina en actividad, así que tampoco habría mucho mercado para nuestro metal. La otra posibilidad era la única cuya mera mención había desagradado a Istiq: Cambress, en el continente de Nueva Hyperia. Pero la distancia hasta allí era casi dos veces la que nos separaba de Taneth, y el margen de beneficios podría ser bastante inferior

Además, la cuta a Cambress pasaba muy cerca del territorio de nuestro enemigo mortal, el conde Lexan de Khalaman.

—¿A quién enviaremos? —preguntó mi madre—. Elníbal partió hace sólo dos semanas y las reuniones del Consejo nunca duran menos de un mes.

—Quizá ésta sea más breve —interrumpió Atek—. Los haletitas están presionando en la frontera de las ciudades de Equatoria, así que muchos de los condes allí presentes estarán ansiosos por regresar a casa.

—Lo que implica que debemos decidir antes de que llegue la nave mercante. Quienquiera que vaya deberá ser muy rápido en Pharassa y obtener plaza en uno de los navíos militares, logrando que el mensajero corra desde allí hasta Taneth.

—Debería ir yo —declaró Atek.

—Te necesito aquí —le recordó mi madre.

—No podemos enviar a nadie más.

—Debe de haber alguien. ¿Por qué no confiar el cargamento a alguien que, de todas formas, tuviese previsto viajar?

—No hay nadie con la jerarquía suficiente. Ninguno de los marinos mercantes de importancia tiene previsto viajar

Repentinamente, Atek desvió la mirada hacia mí, luego agregó:

—Por otra parte, si fuese escoltado, podría ir Cathan.

Sentí un escalofrío. Había estado deseando con todas las fuerzas que alguien me mencionase y me preguntaba si *podía* proponerme a mi mismo. Sin embargo, antes de que ella abriese la boca sabía que la idea no le gustaría.

—¡No! —aulló, furiosa—. Se supone que está al mando durante la ausencia de su padre. Sin él todos sabrán que soy yo quien gobierna, y eso no contribuirá precisamente a ganarnos la simpatía del pueblo.

—Pero si todos lo saben —repuso Atek—. Además, el hermano de Cathan puede servir de testaferro.

—Su hermano tiene sólo cinco años de edad, ¿o acaso lo has olvidado? —contraatacó mi madre con agudeza—. ¿Qué sucedería si hubiese otra tormenta como la de hace tres meses y también naufragase el buque de Cathan? ¿Qué le diría entonces a mi marido?

—Si Elníbal no se entera de la situación, deberá hacer nuevamente el viaje hasta Taneth, en un momento del año en el que Lexan y los otros enemigos pueden sacar ventaja de cualquiera de nuestras debilidades, yeso si resultaría verdaderamente peligroso. Sea Cathan o sea yo, uno de los dos debe partir. No quedan más alternativas.

—Preferiría que fueses tú, Atek —dijo ella tras una pausa.

Me pareció entonces que era el momento de tomar la palabra, antes de que mi madre se decidiese definitivamente por Atek.

—Madre, debo pasar por la experiencia de Taneth antes de asistir a mi primera reunión del Consejo. Y a las reuniones de Equatoria. Todos los hijos de Courtiéres han hecho ya la travesía. —Courtiéres era uno de nuestros aliados.

Sabía que mi razonamiento tendría peso y que mi padre me hubiese permitido partir sin dudarlo. ¡Pero mi madre era siempre tan sobre protectora! La observé mirándome mientras Atek asentía sagazmente con la cabeza.

—Entonces ¿tu corazón está preparado para ir?

—¡Si!

Percibí en su rostro un ligero rastro de duda, pero al fin afirmó: —Está bien.

Era demasiado consciente de mi dignidad para empezar a saltar y gritar de alegría, pero por dentro estaba muy contento. Los herederos de un clan necesitaban haber visto algo del resto del mundo para tener éxito en su cargo, y yo tenía por entonces la impresión de no haber visto lo suficiente.

En teoría, me habría correspondido muy pronto pasar uno o dos años fuera de casa, a fin de aprender la mecánica de la política, el comercio y la religión, así como adquirir experiencia práctica en oceanografía y descubrir cómo patronear mantas y navíos de superficie. Era un aprendizaje que afrontaban todos los aristócratas del clan y los hijos de los principales comerciantes, pero hasta el momento no se me había dicho cuándo me tocaría a mi.

No es que necesitase aprender sobre embarcaciones ni oceanografía. Mi vida se había desarrollado tanto en la tierra como en el mar —por lo cual mi padre sospechaba que el resto de mi educación estaba quedando de lado—. Pero ni siquiera él logró alejarme del mar por mucho tiempo.

El punto más lejano de Lepidor en el que yo había estado hasta entonces era Pharassa, la capital de Océanus, adonde habla ido dos años atrás —debí haber acompañado a mi padre a la última Gran Conferencia, hacía unos tres años, pero me hallaba enfermo—. Pharassa era una ciudad poderosa, pero el viaje no implicaba salir de mi continente natal de Océanus. Jamás había cruzado el océano.

El destino más común del otro lado del océano era Taneth, una de las dos ciudades más ricas de toda Aquasilva. Se decía que allí atracaba en el puerto o lo abandonaba una manta por hora y que partían navíos cada cinco minutos. Taneth era la capital mercantil de Aquasilva y un lugar al que siempre había ansiado ir.

—¿Quién lo acompañará como escolta? —preguntó Irria. —Alguien que ya haya cruzado el océano, alguien en quien podamos confiar.

—¿Ninguno de los monaguillos del templo ha ido a adoctrinarse a la Ciudad Sagrada?

—Me parece que hay uno. Un joven prometedor que ha estado en Nueva Hyperia y en Equatoria. Enviaré a dos guardias en su busca. Ya hablaré con el Gran Pontífice para que le permita partir.

—Hazlo ahora —ordenó mi madre.

Atek se puso de pie, nos hizo a ambos una reverencia y dejó la habitación cerrando la puerta tras él.

—Será un largo viaje —dijo la condesa—. Y yendo por mar hay muy poco que hacer. Aprende cuanto puedas del monaguillo, tanto acerca del mundo como de la fe del Dominio. Si resulta ser un fanático, no te dejes llevar por sus enseñanzas. En el mundo debe existir un equilibrio, y saquear las tierras de los que no se les someten, como hacen los sacerdotes, es del todo incorrecto.

Se puso de pie y se acercó a la ventana.

—Atek tiene razón, has visto demasiado poco del mundo. Todo lo que has podido ver de los sacerdotes es cuanto hay de bueno en ellos. Vivimos en una ciudad demasiado pequeña para permitirse más de un templo con cuatro sacerdotes y diez monaguillos. Pero en la capital, en las otras grandes ciudades y en los territorios eclesiásticos que rodean la Ciudad Sagrada de Equatoria existen miles de sacerdotes guerreros. Son los zelotes, sacerdotes que pueden combatir mejor que la mayor parte de los hombres y que creen en el poder purificador del fuego y de la espada. Su obispo los envía a luchar contra todos los que no creen en Ranthas. Sus sacerdotes han sido responsables de la desaparición de ciudades y poblaciones enteras. Se llaman a si mismos los sacri, los sagrados.

Mi madre casi tartamudeó al pronunciar ese nombre, lo que me sorprendió, ya que por lo general mantenía la reserva y la calma. Jamás la había visto tan visceral, salvo, quizá, en aquellas ocasiones en que discutía con mi padre.

Intenté asimilar lo que mi madre me había dicho.

—¿Es posible adorar a alguien más que a Ranthas? —pregunté. —Antes de responderte, debes jurar no revelarle a nadie lo que te diré, ni aun dar a entender que lo sabes. Ni siquiera deberás hablarlo con tu hermano y mucho

menos con e! monaguillo. Parecía nerviosa, nerviosa de un modo desconocido para mí, y mientras hablaba retorcía su cinturón con las manos.

—¿En nombre de qué deseas que jure?

—En nombre del honor de nuestro clan.

—Por los bienes de mi herencia, por el clan en cuyo seno vi la luz y por la continuación de nuestra estirpe, juro mantener los conocimientos que vaya adquirir secretos y ocultos para el resto del mundo —dije solemnemente; luego esperé.

—¿En qué está basada la religión del Dominio? —preguntó ella. Confundido, me llevó un segundo responder. Había supuesto que ella me diría algo, no que me formularía de modo tan inesperado una pregunta tan obvia.

—Ranthas, la encarnación del fuego de la que procede toda forma de vida —cité el pasaje textualmente de los salmos que el avarca me había enseñado.

—¿Y cuál es el obsequio divino que brindó a Aquasilva? Dime lo que dice el catecismo.

—La madera es el obsequio de Ranthas —recité, recordando una de las hornillas que los sacerdotes del templo nos habían hecho oír hasta el hartazgo en nuestra infancia. Memorizarlas había sido una de las cosas más aburridas que recordaba—. La leña proporciona calor, luz y poder a Aquasilva y, a través de la misma, se expresa la voluntad de Dios. Gracias a la madera cruzamos los mares y nos protegemos de las tormentas. Con ella hacemos la guerra y la paz, todo merced a la generosidad de Ranthas.

—El fuego es uno de los Elementos, ¿no es verdad? —preguntó ella.

—Por supuesto: el Fuego, la Tierra, el Aire, el Agua, la Luz y la Sombra, pero el Fuego es el Elemento más importante y el único que mantiene unida a Aquasilva, gracias a su dominio sobre la Luz.

—¿Es también el único que provee a los humanos del don de la magia, para sanar y destruir?

—Así es.

—Ahora, ¿por qué ninguno de los otros Elementos tiene dioses o magia? La madera puede ser vital, pero precisamos del agua para seguir con

vida, aire para respirar y tierra para que broten nuestros cultivos. Y sin sombra no existiría la noche.

—El Fuego es el Creador —respondí obstinadamente todavía, aun sin una idea concreta sobre qué quería decir mi madre.

—Cathan, el Fuego es sólo uno de seis Elementos. Cada uno de los otros tiene su propia deidad, su propia magia y su propio poder. Algunos son potencialmente más poderosos y también mucho más benéficos que el dios Fuego. ¿Acaso no habitamos la superficie de un infinito océano que conforma la mayor parte de Aquasilva? Ese océano es el dominio de Thetis, la diosa de! Agua. El Vacío (los cielos más allá de las tormentas), que supera en tamaño incluso a los océanos, es el hogar de la Sombra y de su espíritu, Ragnar. Luego está la Tierra con su amo, Hyperias, de quien Nueva Hyperia ha recibido su nombre. Althana, diosa de los Vientos, y Phaetan, dios de la Luz, son los otros dos. Todos ellos tienen detrás una historia de méritos tan antigua como la del propio Fuego y, en otros tiempos, el culto a todos ellos fue permitido libremente. El imperio Thetiano fue erigido en la adoración a Thetis.

Su voz no era menos persuasiva que la herejía de sus palabras, pero me pareció que de ellas se desprendía una idea asombrosa.

—Todo aquel a quien se descubra adorando a las otras deidades elementales puede ser quemado vivo en la plaza principal de ciudad. Incluso saber de su existencia es peligroso.

La voz de mi madre se había convertido en un murmullo. —Lo único que te pido es que conserves en tu mente todo cuanto te he dicho y que veneres las obras de Ranthas sabiendo que existen otros poderes capaces de lograr las mismas cosas sin necesidad de ser supremos.

—¡Eso contradice todo lo que me han enseñado! —protesté. —Enseñar es la clave para controlar —dijo ella—. Recuerda tu juramento hacia el clan.

—Lo haré —prometí mientras me incorporaba.

Su voz volvió a adquirir el tono normal y también ella se incorporó.

—Debes prepararte para tu viaje y despedirte de tus amigos. —y de mi hermano.

—¡Qué bueno de tu parte acordarte de él! —comentó mi madre al abrir la puerta.

Caminamos a lo largo del corredor contiguo hacia la puerta abierta que se hallaba al fondo del mismo y que conducía a la pequeña azotea ajardinada frente al mar. El cielo estaba prácticamente libre de nubes, sólo imperceptibles motas blancas manchaban su celeste inmensidad, y el mar era mecido por una leve brisa.

Aquella noche hallé bajo mi almohada un pequeño trozo de par en el que mi madre había escrito a mano un mensaje. Lo prime que exigía era que no llevase el papel conmigo durante el viaje pues ser descubierto con él significaría mi muerte. Sin embargo, memoricé antes de lanzarlo al fuego del hogar.

De una crónica escrita por el último Gran Pontífice Thetiano de antigua religión:

... Y así me hice presente en el funeral de mi hermano, escrutando océano vacío en dirección a los continentes que alguna vez fuera verdes y ahora eran vastos desiertos .A menudo me he pregunta si las cosas hubiesen sucedido igual de estar vivo mi padre, pero entonces recuerdo las incesantes guerras entre nosotros que hubo antes del desastre. Hemos perdido un mundo, pero ahora tenemos la oportunidad de una paz duradera y de un nuevo comienzo. Sólo anhelo que la sombra de Aetius puedo descarnar en paz y que nos mano tengamos fieles a la meta por la que tantos murieron. Nunca sen capaz de volver a combatir o a ejercer la magia, e incluso ahora soy incapaz de abandonar el puerto sin la ayuda de Cinnirra. Es más, si recuperase mis fuerzas, serán mi hijo y mi sobrino quienes lideren Thetia a partir de ahora, y espero que dios tengan la posibilidad de forjar un mundo mejor que aquel en el que yo he vivido.

Os saludo y me despido,
Carausius Tar' Conantur

No parecía un texto escrito por aquel Carausius del que tanto nos habían hablado, el hermano del archidemonio Aetius, que a parecer había llevado a Aquasilva a una guerra terrible. Me pregunté cuáles habían sido las intenciones de mi madre al darme semejante texto y me pregunté también dónde lo habría encontrado.

OceanofPDF.com

CAPITULO II

Los muelles del puerto de superficie estaban aún húmedos y relucientes a causa de la última tormenta cuando dos días después subí a bordo del navío mercante *Parasur* en compañía de toda mi escolta. Suall, mi guardaespaldas del tamaño de un gorila, cargaba con todo el equipaje, mientras que su camarada Karak, de dimensiones físicas más corrientes, se paseaba detrás de él. En el fondo de mi bolsa (el sitio más seguro que pude hallar) llevaba tres pequeños trozos de mineral de hierro envueltos en tela. Eran las preciosas muestras que precisábamos para negociar un contrato.

A medida que andábamos por el resbaladizo suelo de piedra, el capitán del *Parasur* apareció en el extremo superior de la pasarela y nos hizo señas para que nos acercásemos a él. Noté cómo se tambaleaban los tablones a nuestro paso; al parecer, Bomar no tenía más dinero que nosotros mismos para efectuar las reparaciones.

—Bien venido a bordo, lord Cathan. Es para mi un honor teneros como pasajero de mi buque.

—Gracias.

Hice un gesto a Suall, quien sonrió y cargó nuestras cosas hasta el camarote que nos había indicado el capitán. Bomar era un hombre alto y delgado, llevaba una barba quizá demasiado corta para alguien de su rango y vestía una túnica marrón que había visto días mejores. Estaba al mando del *Parasur* desde que yo tenia memoria; era el buque encargado de cubrir regularmente el trayecto entre las costas para comprar cada mes

cargamentos de piedras preciosas en Lepidor, vinos en Kula y muchos otros productos en pequeños asentamientos ubicados en las islas que coincidían con la ruta. Todos esos productos eran luego vendidos a un precio mayor en Pharassa, aunque el margen de beneficio por las piedras preciosas había descendido bastante en los últimos tiempos y Bomat había amenazado con dejar de venir. Sin embargo, tras conocer las noticias sobre el descubrimiento de la mina de hierro, sin duda había estado calculando las posibles ganancias que podría obtener. Aunque no era posible utilizar su nave para transportar el mineral, la población de Lepidor sin duda aumentaría y él tendría allí más clientes para vender sus mercancías.

—Señor, ¿podría preguntaros dónde está el sacerdote? Es de la mayor importancia que partamos tan pronto como sea posible o no será posible anclar en Hulka antes de que oscurezca.

Me volví para escrutar el muelle, aventurando adónde podría haber ido mi compañero de viaje. Entonces pude ver cómo dos figuras vestidas de rojo se acercaban caminando a toda prisa por la calle que conduce a los muelles. Una era la frágil figura del viejo avarca, el obispo de Lepidor; el otro, que llevaba un bolso al hombro, debía de ser su monaguillo, Sarhaddon

Mientras aceleraban el paso en dirección a nosotros, eché una nueva mirada al palacio, donde los toldos de los balcones con vistas al mar ondeaban sutilmente con la brisa. Pude ver a1li a mi madre de pie, con su túnica verde oscuro, y a su lado la pequeña figura de mi hermano Jerian. Ella estaba inmóvil, pero percibí que inclinaba la cabeza, así que la saludé en respuesta.

—Lamento mi tardanza —dijo el avarca cuando llegó al pie de la pasarela, dándole a Sarhaddon un gentil empujoncito en la espalda para indicarle que subiese a bordo.

—No hay problema, pontífice, se lo aseguro —agregó Bomar con deferencia mientras se hacia a un lado para permitirle el paso a Sarhaddon. Pontífice era uno de los titulas del avarca.

—No creo una palabra —advirtió el avarca jovialmente—. Que Ranthas os acompañe.

Se volvió hacia Sarhaddon, que atravesaba a gachas la pasarela cogido al pasamanos.

—y que también te acompañe a ti, Sarhaddon. Ha sido un verdadero placer instruirte y no dudo de que estás destinado a grandes obras en la Ciudad Sagrada. Ven a visitarnos una vez que te designen primado.

Primado era el titulo de los sacerdotes más veteranos de todos, más importantes aún que los exarcas, quienes tenían poder supremo sobre cada continente del territorio. Al parecer, Sarhaddon había puesto en evidencia sus ambiciones e incluso se había permitido bromear al respecto. Pero si al avarca le agradaba Sarhaddon, pensaba que también a mí debía agradarme. El avarca era uno de mis tutores y el más interesante de todos, incluso si el temario del que me hablaba era aburrido.

El avarca nos saludó y comenzó a alejarse a lo largo del muelle, desplegando bendiciones entre los hombres que trabajaban allí. Casi de inmediato, Bomar ordenó que se alzara la pasarela y se soltaran las amarras. Los marinos se desplazaron por la cubierta a medida que las amarras iban siendo recogidas en la proa del *Parasur*, listo para lanzarse al mar abierto.

—¡Vamos a partir! —gritó Bomar, y oímos ante nosotros un repiqueteo.

Me aproximé a la proa tan pronto como pude y me incliné sobre la borda hacia la derecha del lugar donde rugía la proa, donde la soga del mástil estaba firmemente aferrada. Delante de mí, el remolcador guiaba a nuestro buque con un impulso cada vez mayor, mientras que los remos aceleraban su ritmo a medida que nos aproximábamos a la entrada del puerto. En aquel momento me volví otra vez y eché una nueva mirada a Lepidor, con sus talleres y tabernas rodeando el puerto. Las imágenes tan familiares parecían aún más vividas ahora que iba a abandonarlas durante tres meses —nunca había estado fuera tanto tiempo— para dirigirme al otro lado del mundo.

Una o dos personas me saludaron desde los muelles cuando alcanzamos la bocana del puerto. Entonces el remolcador empezó a apartarse y el capitán del *Parasur* ordenó disponer la navegación para anclar en Hulka. El buque comenzó a agitarse con el movimiento de pequeñas olas, pero eso no era un problema para mí, ya que nunca sufrí de mareos al navegar.

—Siempre es desalentador dejar el hogar —dijo una voz a mí izquierda —, pero mira el lado positivo: probablemente estarás pronto de regreso. Yo, en cambio, jamás volveré.

Me volví abruptamente y descubrí a Sarhaddon de pie a mí lado, con una sonrisa amistosa en el rostro. Había echado hacía atrás la capucha de su túnica de monaguillo, revelando una expresión vivaz, cabellos castaños y vivos ojos verdes.

—¿Quién eres...? ¡Cielos!, debí imaginario. Tú tienes que ser Cathan —exclamó Sarhaddon—. Estoy volviéndome despistado a medida que envejezco.

Lancé una carcajada.

—Si tú estás envejeciendo, ¿qué podría decirse entonces del avarca?

—Buena pregunta —respondió el monaguillo—. ¿Quizá es un fantasma de un fantasma?

—¿Existen cosas semejantes en la teología superior?

—No sabría decirlo. De cualquier modo, el avarca es una cordial vieja reliquia.

Mi primera impresión había sido correcta. Me agradaba Sarhaddon. El monaguillo poseía un ingenio fácil y algo frívolo. Sin duda seria una grata compañía durante las largas semanas de travesía.

—¿Qué edad tienes? —le pregunté.

—Veintitrés años, más o menos. ¿Hay algún sitio más seco que éste donde podamos sentamos?

La espuma marina que llegaba a cubierta cada vez que el extremo de la proa caía sobre la superficie del agua nos salpicaba inoportunamente. Nos alejamos de a1ll y, cogiendo un pasillo lateral para evitar pasar junto a los marineros, nos acomodamos en unos fardos de paño envueltos en lona. Desde esa ubicación podíamos divisar la línea del horizonte, con la costa cada vez más lejana, y observar cómo la ciudad de Lepidor iba desvaneciéndose a estribor.

—¿Por qué te envían a la Ciudad Sagrada? —interrogué. —Porque he demostrado un progreso excepcional en mis estudios —explicó imitando el pomposo tono de voz de un prelado—. O al menos eso dicen. En realidad,

me envían porque un pariente mío lejano es cuarto primado y precisa de todo el apoyo que pueda obtener para saltarse un escaño en el escalafón y ascender a segundo primado cuando el anciano primado fma1mente muera.

—¿El primado está moribundo?

Sarhaddon cambió de posición, mirando con furia una soga suelta que parecía que quisiera golpe arlo en el hombro.

—Sí. La actual personificación de Ranthas ha llegado a la cumbre de la edad y será pronto escogido para unirse a los dioses. Entretanto, para los menos exaltados mortales se precipita una lucha por los cargos.

Me fascinaba esa primera aproximación al mundo privado del clero, conocido colectivamente como el Dominio. Era un aspecto de la cuestión que nunca me había detenido a pensar, pero que confirmaba lo que me había dicho mi madre el día anterior. Parecía blasfemo el mero hecho de pensar en ello.

—¿Cómo será escogido el nuevo primado?

—Ese es un secreto que ignoro-sostuvo Sarhaddon—. Quizá lo averigüe cuando llegue a la Ciudad Sagrada, pero basta con decirte que al final será uno de los exarcas o uno de los primados inferiores quien acabará en el cargo máximo, o será votado para ocuparlo, o designado por los poderes divinos, o lo que sea. Es probable que se trate de alguien de línea dura, alguien que crea que el Dominio ha sido en los años recientes demasiado laxo en el tratamiento de las herejías. Y, con todo, tampoco será un extremista.

—¿Quieres decir que será perseguida con mayor vigor toda muestra de herejía?

—Es probable. Yo, personalmente, no tengo tiempo para prestarle atención al ala zelote de los adoradores de Ranthas. Por lo general son fanáticos de mente estrecha. No cabe duda de que la herejía debe ser erradicada. ¿Cómo podría funcionar el mundo de otro modo? Pero no es necesario ir buscándola en cada rincón y en cada esquina.

Sarhaddon se succionó las mejillas, lo que le dio un aspecto lúgubre, hizo girar los ojos y pronunció:

—¡Sentimos aquí la presencia de la herejía, arrojada sobre la luz del sagrado Ranthas! ¡Todos vosotros, herejes, seréis conducidos a lo más profundo de las tinieblas más allá de este mundo y devorados por los demonios de los círculos de la muerte! ¡Si ellos pueden digeriros, lo harán!

Sarhaddon estalló en carcajadas y yo también. Dos marineros que pasaban por allí nos miraron con curiosidad.

—¿Son realmente tan malos? —pregunté cuando la risa nos permitió volver a hablar.

—¡Peores! —afirmó el monaguillo—. Son en verdad espeluznantes.

Desde la cubierta, encima de donde estábamos, resonó la voz de Bomar inclinado sobre la barandilla:

—Estamos circundando el cabo sur de Lepidor. Si vosotros, habitantes de la tierra, queréis echarle un último vistazo, es mejor que lo hagáis ahora.

Me precipité sobre la barandilla y contemplé cómo, lentamente, los muros blancos y las torres de la ciudad se perdían de vista detrás del promontorio cubierto de maleza. Allí, dos hombres que recogían huevos de gaviota de sus rocosos nidos saludaron al *Parasur* al verlo pasar. Entonces dejamos de ver Lepidor y traté de retener en mi memoria la última imagen que tendría de mi hogar en al menos tres meses. De todos modos, deberían pasar unas dos horas más hasta que saliésemos del territorio del clan.

Al igual que yo, Sarhaddon estaba meditabundo cuando rodeamos el cabo. Aunque él era originario de Equatoria, Lepidor había sido su hogar durante más de cinco años, según me contó Atek. El avarca le había explicado que los jóvenes monaguillos, aun aquellos que tenían potencial para ascender hacia cargos superiores, eran siempre enviados fuera por un periodo de instrucción en un templo remoto, a fin de aprender las cuestiones básicas del sacerdocio.

—Éste debería ser, después de todo, un viaje interesante —dijo Sarhaddon unos minutos más tarde—. Mucho mejor que el que me trajo a Lepidor, cuando sólo tenía por compañía un viejo y rudo tutor.

El sol comenzaba a esconderse tras las montañas del interior y el cielo se ensombrecía dejando ver brillantes matices que iban desde el azul y el rojo hasta el púrpura oscuro. Entonces, tras cruzar el límite que señalaba el fin del territorio del clan, nos detuvimos para pasar la noche. El buque de Bomar, por cierto, estaba preparado para la navegación nocturna, pero en la costa hacia la que nos dirigíamos había enormes bancos de coral que separaban el borde continental del mar abierto. Cruzar esa zona en la oscuridad hubiese sido casi suicida. Recordé que unos tres o cuatro años atrás había sido propuesto un plan para abrir un canal a través del coral. Mi padre se había mostrado muy entusiasta al respecto, pero los oceanógrafos le dijeron que los fragmentos de coral se quebrarían quedando a la deriva en mar abierto y que eso seria aún más peligroso.

El *Parasur* se deslizó hacia una estrecha bahía, cuyos bordes estaban protegidos por promontorios y que contaba con una playa que abría el camino a un pequeño bosque. Una gruesa muralla similar a las que protegían la ciudad había sido levantada alrededor, rodeando los terrenos cercanos a la costa.

Una vez que el buque ancló en una ensenada de límpidas aguas y la tripulación inició un merecido descanso, consulté a Bomar sobre la función de semejante muro.

—Se trata de un muro de contención —me explicó—. ¡Que agudeza visual la tuya! Los pueblos de las montañas que rodean este sitio son hostiles, aún más que los pueblos vecinos a Lepidor. Por eso tu padre decidió erigir la muralla, para proteger a los navegantes de los ataques nocturnos. Siempre descansamos aquí y, desde que se levantó el muro, lo único que nos ha importunado un poco han sido los gritos de los salvajes.

—No tendremos ningún problema con ellos esta noche —intervino uno de los marineros al tiempo que blandía su espada—. Ellos tienen armas de hierro, que poco pueden hacer contra el poderoso filo de nuestras espadas de acero.

—Siempre y cuando estés despierto —le dijo Bomar al hombre mientras descendía—. Bien, caballeros, os mostraré vuestros camarotes.

Son los mejores del buque, aunque me temo que no sean de un lujo excesivo. ¿Estáis habituados a dormir a bordo?

—Hace tiempo que no lo hago, pero eso no es problema —respondí.

Las ocasiones anteriores en que había dejado Lepidor lo había hecho en nuestra manta, nunca en un buque de superficie. Sin embargo, había pasado unas pocas noches en las embarcaciones de entrenamiento. A mi padre no le gustaba que lo hiciese porque podía resultar peligroso si se producía una tormenta.

Sarhaddon negó con la cabeza.

—Yo realicé el trayecto de ida en manta —advirtió.

—No existe demasiada diferencia entre un lecho submarino y uno sobre las olas cuando hay tormenta. ¿Tendríais el honor de cenar con nosotros en cubierta? Comeremos pescados que algunos de mis hombres capturaron esta misma mañana.

—¿Qué coméis cuando no hay oportunidad de pescar? —pregunté.

—O bien desembarcamos y cazamos en tierra firme o nos alimentamos de pescado seco, que sabe casi tan mal como suena.

Bomar nos guió por las escaleras hacia el puente de mando y luego a través de un estrecho pasillo en el que había cinco puertas. Sarhaddon estaba en uno de los camarotes de pasajeros —un pequeño cuartucho con un diminuto ojo de buey—. Yo, por otra parte, ocuparía el camarote de Bomar, que estaba debajo del gran salón de cubierta, que cubría la mitad de su superficie, y era el doble de grande y mucho más confortable que los demás camarotes.

Suall y sus camaradas, que dormirían junto a los integrantes de la tripulación, ya habían depositado nuestras pertenencias en los camarotes y se encontraban ahora en cubierta jugando a las cartas.

En el camarote anexo al mío, que cubría la otra mitad de la superficie del gran salón de cubierta, se estaba sirviendo la cena. En el suelo había una descolorida alfombra y unos cuantos muebles de madera bastante desgastados. El ambiente estaba iluminado por la llanta intermitente de lámparas de aceite ubicadas en las paredes, y era difícil adivinar el rostro de las personas y mucho más saber qué estábamos comiendo.

Mientras los cocineros del buque preparaban la comida para los oficiales y la tripulación, dos marineros designados hacia poco por sus compañeros —los que regulan en jerarquía a Bomar, el jefe de maniobras y el contador— se sentaron a la mesa y comenzaron a narrar inverosímiles historias sobre las proezas efectuadas por ellos o sus amigos. Cada uno de sus fantasiosos relatos era celebrado con un coro de festejos. En mi opinión, la mejor de las historias fue la que narraba el incidente de un timonel a bordo de una nave pirata en las afueras de la isla de Ethna. Al parecer, los piratas habían hundido un pequeño barco mercante, pero luego habían sido descubiertos por una fragata de Cambress. Cuando el capitán pirata decidió avanzar hacia ella para el ataque, la fragata inició la huida, pero pronto encallaron en un banco de arena oculto en la costa sur de la isla. El pillaje resultante mantuvo a los piratas ocupados durante varios meses.

Una vez servida, la comida estuvo pasable, aunque no era tan buena como la que estaba acostumbrado a comer en Lepidor. Luego la conversación se desvió hacia las mujeres. Sarhaddon no pareció en absoluto perturbado por el lenguaje obsceno de los marinos, pero debo decir que por aquel entonces sólo a unos pocos religiosos les era exigido el celibato: a los sacri, los inquisidores y los sacerdotes de clausura.

Aquella noche las tribus de la montaña no ocasionaron molestias y, cuando zarpamos de la bahía a la mañana siguiente, me dio la sensación de que esa gente no existía realmente.

—¿Qué se aprende en la Ciudad Sagrada? —pregunté.

El *Parasur* mantenía su rumbo a través de las olas junto al punto más oriental de la isla de Haeden, habitada por miembros de nuestro clan y por gente de nuestro aliado, el clan Kula. A babor distinguí la rocosa y desolada franja costera que, adentrándose muy poco en la isla, conducía a las montañas. Era corriente que enormes pedruscos se desprendieran de las laderas cayendo directamente al mar y apilándose allí, afilados y desnudos. La costa consistía en su mayor parte en impactantes acantilados de piedra gris y negra. A lo largo de varios kilómetros no pude divisar rastros de vegetación ni animal alguno en ninguna dirección, aunque lo cierto es que

las nubes cubrían la parte superior de las montañas y me era imposible ver lo que había allí arriba.

Bomar interrumpió nuestra conversación mientras se paseaba ociosamente al lado del latonero en la cubierta, que había estado observando atentamente.

—Hoy puede verse el monte Hesion —informó el capitán señalando una montaña que se dividía abruptamente en dos a unos tres mil trescientos metros de altura.

Los dos desolados picos resultantes en forma de aguja se elevaban a su vez unos mil seiscientos metros más.

—Un marino amigo mío de Kulan —añadió el capitán— me contó que en el desfiladero entre los dos picos se encuentra un antiquísimo castillo.

—¿Cómo de antiguo? —inquirió Sarhaddon.

Bomar se encogió de hombros.

—Juzga por ti mismo —respondió—. Las tribus controlan esta área desde la guerra. Utilizaron el castillo, al parecer, hasta un día en que una tormenta eléctrica hizo añicos los muros y la torre principal donde ellos se ocultaban tras una incursión.

Abrió la boca para decir algo más, pero entonces divisó una roca delante y corrió para alertar al timonel.

—Curiosa sucesión de acontecimientos —dijo Sarhaddon—. Y, sin embargo, es evidencia del poder de Ranthas el haber castigado a esos bárbaros por no adorado.

A pesar de la cantidad de tormentas, rara vez calan rayos alrededor de Haeden y, según me contó mi padre, lo mismo sucedía en el perímetro de Haeden-Nurien y, más abajo, en el de Pharassa-Liona. Era sólo otra peculiaridad de las tormentas.

—¿Por qué podría alguien discutir el poder de Ranthas? —pregunte nada más sentamos, como de costumbre, sobre los fardos de paño envueltos en lona bajo la cubierta.

—Aún existen quienes creen en otros Elementos, quienes cuestionan la omnipotencia de Ranthas y sus acciones. Son en verdad muy pocos, pero el temor hacia ellos es magnificado de forma desproporcionada por los

principales de los sacri y por los obispos zelotes. Sólo en el Archipiélago es posible hallar más herejes que creyentes.

—¿Representan una amenaza paca el Dominio?

—¡Saben los cielos que no! —respondió Sarhaddon—. No se debe cuestionar la supremacía de Ranthas; eso es, desde todos los puntos de vista, incorrecto. En eso son pecadores. Pero en si mismos, dejando eso de lado, no representan una amenaza. El clero de los otros cuatro Elementos combaten entre sí; no poseen una estructura organizada ni existe una autentica alianza entre ellos. En su mayor parte, son incapaces de perjudicar al Dominio en lo más mínimo, eso es lo que me dijo el exarca en Pharassa. El problema reside en que el Dominio considera peligrosa la disensión y, por lo tanto, prefiere enjuiciados y aniquilados más que intentar devolverlas al sendero de la verdad. Pero por cada hereje quemado obtenemos el odio de una nueva generación.

—¿Son muchos los que opinan así? —pregunte. .

Una gran gaviota había aterrizado en uno de los extremos del buque y nos escrutaba con un ojo pequeño y brillante. La observamos por un instante y pronto alzó el vuelo.

—En las provincias si —advirtió el monaguillo—, pero creo que no en la propia Equatoria. Allí no hay muchos herejes, pero hay que tener en cuenta que se trata del lugar donde están la Ciudad Sagrada y los lugares sagrados de Ranthas. Tanto los ejércitos sacri como los haletitas fueron enviados allí para acabar con cualquier rastro de herejía.

Recordé cuanto me había dicho mi madre. Sin pretenderlo, Sarhaddon confirmó hasta la última de las palabras que ella había pronunciado. Sin embargo, era evidente que si Sarhaddon y los obispos de Pharassa podían considerar a los herejes como meros individuos equivocados que podían ser convertidos, es porque no representaban un problema tan grande como se pretendía.

—Entonces ¿que es lo que harás, o aprenderás, en la Ciudad Sagrada? —le volví a preguntar.

—Estudiaré las escrituras de los profetas de Ranthas, las enseñanzas de los patriarcas y la interpretación de otros textos sagrados.

Además, la Ciudad Sagrada es el único sitio donde pueden enseñarme las ceremonias y secretos necesarios para convertirme en avarca.

—Por lo tanto, se trata de estudios en su mayoría académicos.

—Hay también un programa de entrenamiento físico, para purificar el cuerpo. Al menos, eso es lo que dicen. Creo que consiste fundamentalmente en seducir a las esclavas más hermosas, a juzgar por las palabras de los inspectores que nos envían. Y los que muestran una habilidad excepcional y son bendecidos por Ranthas pueden hacerse magos, capaces de canalizar aún más poderes divinos que un avarca ordinario.

—Me parece haber conocido a un mago en Pharassa hace unos años.

Recordaba vagamente haber visto a un sacerdote de aspecto inusual entre un grupo de altos dignatarios. Por entonces, yo tenía sólo seis años, por lo que no era en absoluto un recuerdo claro o fiable.

—Llevan túnicas del color del fuego.

—Sí, entonces el que vi debe de haber sido un mago. Participaba en una procesión, junto al rey de Pharassa.

—Incluso podría decirte su nombre —añadió Sarhaddon con una sonrisa—. Ese mago se llama Itaal. Ha Ido abriéndose camino hasta ganar la confianza del rey y desde entonces le susurra consejos al oído. Es por completo un libertino y tiene un harén de varías docenas de hermosas esclavas.

—¿Se supone que debe tenerlo?

—No, según los profetas. Pero muchas enseñanzas de los profetas son ignoradas hoy en día por todos salvo por los fanáticos. Verdaderamente, algunas a favor del sentido común. ¿Cuál es la utilidad de mantener el celibato, aun si estás al servicio de Ranthas?

—¿Quizá purificar la mente? —sugerí bromeando.

—Es mucho menos pura si no encuentra escape para los pensamientos que la distraen de tanto en tanto, sostuvo Sarhaddon, casi con seriedad—. Por supuesto, algunos de ellos se creen tan puros para ignorar esos sentimientos. Ésos son los más peligrosos. Con frecuencia son zelotes. El peor es un sacri llamado Lachazzar: él es en la práctica el líder de uno de los tres capítulos sacri Además de creerse exento de los pensamientos

terrenales, asegura que el Dominio debería utilizar sus ejércitos para hacer que la religión sea mucho más estricta. Desea que el Dominio gobierne todo el mundo.

—¿Qué grado de poder posee?

—Aprendes de prisa, Cathan. —Sarhaddon sonrió—. Demasiado poder, pero, por ahora, el segundo primado y el principal de los sacri lo mantienen a raya. Dado que el segundo primado será casi con certeza elegido primer primado, la influencia de Lachazzar tendrá un límite. Si tenemos suerte, tras la elección será enviado de viaje junto a un centenar de sacri con la misión de convertir a todas las tribus del interior de Huasa.

—¿Es el equivalente en el Dominio al exilio?

—En realidad se parece más a la muerte. Al menos, según lo que me han dicho los cambresianos. Los bárbaros que viven a1li son los más duros que jamás se hayan encontrado. Fuera del territorio mismo de los clanes, nadie se atreve a aventurar se por la costa sin un escuadrón, o por los territorios internos sin un ejército.

—Pese a su apariencia sagrada, el Dominio tiene medíos para entrometerse en todas las cosas. ¿Verdad?

—En todo —confirmó Sarhaddon—. Se trata en realidad de un inmenso imperio con pequeñas partes de territorio dispersas por cada rincón del mundo, que utiliza su comunicación con los dioses para satisfacer sus propios Intereses. Son por cierto muy pocos los que ponen a Ranthas en primer lugar.

—¿Qué clase de sacerdote pretendes llegar a ser?

—No es mi intención convertirme en un prelado gordo aferrado al poder, para que te hagas una idea —dijo el monaguillo con los ojos puestos en las ondeantes olas azul grisáceo y en el vuelo de las gaviotas—. Tampoco, un inquisidor o un sacri fanático de mente estrecha. ¿Y qué es lo que pretendes tú, por otra parte? ¿Deseas permanecer como conde de Lepidor toda la vida?

—¿Qué otra cosa podría hacer? —respondí, pero la pregunta de Sarhaddon había puesto mi mente en movimiento y comencé a fantasear sobre la mera situación de tener que escoger.

—Lepidor es mi clan —proseguí después de un breve lapso—, y por más que sea pequeño necesita ser gobernado, precisa de un buen líder. Espero poder ser ese líder. Y si yo no lo fuese, lo será mi hermano.

—¿Nunca has deseado que tu vida no estuviese planeada de esa manera? Yo siempre tuve la libertad de escoger e incluso ahora he decidido convertirme en sacerdote, cuando bien habría podido elegir cualquier otra cosa dentro de las opciones que se han abierto para mi.

—Se supone que los nobles no deben tener libertad de elección, pero si, me he preguntado cómo hubiese sido no estar atado a Lepidor. Supongo que me hubiese unido sin dudado a la Asociación Oceanográfica.

¿Era yo menos intrépido de lo que suponía? ¿O había algo más?

—Quizá te hayan inculcado de forma tan profunda ese sentimiento del deber que ahora te afecte sin que seas consciente de ello. De cualquier modo, desde ahora hasta que asciendas al cargo de conde deberás permitirte vivir un poco en el mundo libre, pasar un año como aprendiz de comerciante, dedicar algo de tiempo a aprender a liderar.

—Mi hermano es el afortunado: él está en condiciones de elegirlo todo, como tú.

—Aún puedes escoger. Prácticamente, lo único que uno no puede hacer en el Dominio es convertirse en príncipe mercante. Yeso es lo que te ocurrirá, a lo sumo, dentro de cinco años si tu padre decide pasarte el mando. Piensa en ello.

Sentí cierto desagrado ya sólo ante la sugerencia, sintiendo que yo era el único al que le debía estar permitido especular sobre algo semejante. Pero Sarhaddon sonrió y comprendí que no compartía esa opinión.

—En ese momento tú serás segundo primado, ¿no es así? —contraataqué.

—¿*Segundo*? ¡Nada inferior a primer primado para mí, amigo! —¿En apenas cinco años?

—¡En menos!

La exclamación de Sarhaddon alarmó a algunos de los marinos, que, como ya era habitual, observaron con curiosidad a sus extraños pasajeros.

Poco antes del amanecer del cuarto día de navegación desde que partimos de Lepidor arribamos a Kula, capital del único clan existente en Haeden. La ciudad de Kula era de las mismas dimensiones que Lepidor, pero estaba edificada sobre una isla unida a tierra firme por dos senderos elevados que cercaban el puerto de superficie. En el momento de nuestra llegada había en ese puerto una pequeña embarcación, así como la flota pesquera. Sin embargo, lo que llamó mi atención fue algo que no era de ningún modo común: una manta de guerra emergió de un embarcadero provisional ubicado sobre el lado de la ciudad frente al océano. Equipos de trabajadores se afanaban por su superficie azul, y vi tres o cuatro enormes rasgaduras en el plateado armazón. En un pequeño mástil ondeaba sin fuerza la bandera verde y plateada de Cambress en el sofocante calor de la tarde.

Era un día cálido y sin viento, y habíamos estado tranquilos casi toda la mañana, demorándonos lo suficiente para permitirle a Bomar completar todas las actividades que tenia que realizar en Kula en un único día.

—Les daré a todos dinero suficiente para cenar en tierra —anunció Bomar, de pie sobre cubierta, con los ojos puestos en la manta cambresiana —. Hoy ya es demasiado tarde para comerciar; lo haremos mañana por la mañana.

Luego nos preguntó si también precisábamos dinero, esperando obviamente que le contestásemos que no. Sarhaddon empezó a responder, pero yo lo interrumpí

—No, no necesitamos nada. ¿A qué hora zarparemos mañana? — Pasado el mediodía, unas cuatro horas antes del crepúsculo.

—Nos veremos en ese momento —dije mientras empujaba con delicadeza a Sarhaddon para que abandonase el buque conmigo y fuésemos al puerto.

—¿De qué va todo esto? —me preguntó el monaguillo.

—No hay ninguna necesidad de gastar los fondos del viaje pasando la noche en una taberna. El conde Courtiéres de Kula es un viejo amigo de mi

padre y, aunque ahora no se encuentra aquí, conozco a su hijo. Sin duda nos acogerá en palacio.

—Ya veo. Celebro la sensatez que acabas de exhibir. ¿Cuál es el camino?

—¿No te parece obvio?

Estábamos de pie en el muelle, exactamente enfrente de la puerta de entrada que comunicaba el muelle con la ciudad. Delante había una ancha calle donde funcionaba un activo mercado. Más allá podía verse una construcción de cinco plantas, el orgullo y alegría del conde, el edificio más alto de Haeden.

Las tiendas de la calle principal estaban cerrando porque se hacia de noche; sus propietarios guardaban las mercancías dentro de los puestos y corrían las persianas. Pocos nos prestaban atención. Lo mismo ocurrió en la plaza central, donde todos los comerciantes estaban retirándose; sólo quedaban los dos centinelas de la marina frente a las puertas del palacio, que custodiaban el esqueleto desnudo de las tiendas, y unos pocos gatos husmeando entre los restos.

—Buenas tardes, maestro y monaguillo. ¿Podemos brindaras ayuda? —dijo el centinela de la izquierda, un joven a quien me era imposible recordar de mi estancia del año anterior. Eso no era sorprendente, ya que las tormentas habían sido entonces tan duras que la mayor parte de los marinos tuvieron que instalarse en los cuarteles que había cruzando la calle. Maestro era un titulo habitual para dirigirse a los extranjeros cuyo rango se desconocía, pero que podía adivinarse superior al propio.

—Soy el vizconde Cathan de Lepidor y él es el monaguillo Sarhaddon —respondí. Vizconde era un titulo otorgado al heredero de un conde—. Estamos aquí para visitar al vizconde Hilaire.

El centinela abrió los ojos en toda su amplitud, pero su compañero asintió con la cabeza y dijo:

—Haced el favor de entrar. El vizconde se encuentra ahora agasajando al capitán del *Lion*, pero sin duda le complacerá vuestra presencia. Meraal, que está aquí conmigo, os conducirá a él.

—Se... seguidme —tartamudeó el otro centinela.

Luego nos guió dentro de los portales en dirección a un gran atrio separado del pequeño patio contiguo. Mientras caminábamos sobre el suelo de piedra de los corredores conseguí relajarme: no había ningún otro lugar, salvo Lepidor, en el que me sintiera tan en casa como en ese palacio. Me acompañaban los recuerdos de tantos días felices transcurridos allí mientras los condes estaban reunidos conferenciando. En ese lugar había cazado, nadado y entrenado en el arte de las armas con Carien, el segundo hijo del conde. Carien era un año mayor que yo y ya había partido para pasar su periodo de aprendizaje comercial en Taneth.

—Aquí está —dijo Meraal, deteniéndose junto a una puerta de madera revestida de bronce. Tras la puerta se oía el sonido de voces masculinas, sonoras y joviales. Era evidente que Hilaire entretenía a los cambresianos con propiedad digna de un rey. Meraal golpeó la puerta.

—¿Quién está ahí? —interrogó una voz bastante aguda para pertenecer a un hombre. Reconocí el tono de Hilaire.

—Se encuentra aquí el vizconde Cathan de Lepidor, su señoría.

Retumbó el ruido de pasos y la conversación se diluyó en el silencio. Entonces la puerta se abrió de repente revelando la figura de un joven de veintiséis años, delgado y de cabellos castaños, imbuido en la túnica blanca de la realeza.

—¡Bien venido, Cathan! —exclamó con calidez, invitándonos a pasar —. Hace mucho tiempo que no te veía. ¿Quién es tu amigo?

—El monaguillo Sarhaddon, mi "escolta”.

—También es bienvenido. —El vizconde entornó los ojos—. ¿Escolta hacia dónde?

—A Taneth.

—Debes informarme de por qué emprendes semejante travesía en ausencia de tu padre. Pero, antes, las presentaciones.

Hilaire hizo una reverencia a los otros tres hombres presentes en el salón y sentados a la mesa.

—Xasan Koraal, capitán de la manta cambresiana *Lion*, su asistente, Ganno, y el representante comercial Miserak de Mons Ferranis.

Los tres inclinaron la cabeza cuando detuve la mirada en ellos del modo más cortés posible. Xasan era un hombre de contextura poderosa con cabello inusualmente rubio y una presta sonrisa; su asistente, Ganno, tenía el pelo negro y un rostro afilado. Miserak era, sin embargo, quien tenía el aspecto más sorprendente: su piel era mucho más oscura que la del resto de los cambresianos y la forma de su cara era diferente. Me hablan comentado que los habitantes de Mons Ferranis tenían la piel negra, pero nunca había tenido la oportunidad de ver a uno de ellos.

El vizconde dio una palmada para llamar a la servidumbre y pidió que trajesen más sillas. Cuando eso estuvo resuelto, nos sirvieron vino y nos sentamos mientras Hilaire exigía conocer el propósito de nuestro viaje.

OceanofPDF.com

CAPITULO IIII

Hilaire escuchó con avidez cuanto le contaba sobre el hallazgo de hierro y los motivos del viaje a Taneth. La presencia de los marinos cambresianos nos daba la certeza de que pronto todo aquel al que le importase el tema estaría enterado, pero, como los tripulantes del buque de Bomar estarían ya propagando el rumor por toda la ciudad, eso no representaba ningún problema. Nada relacionado con el comercio ha permanecido demasiado tiempo en secreto.

Observé a Hilaire, detectando en su mirada la esperanza de obtener mayores ganancias. El hierro colocaría a Lepidor dentro del mapa y Kula saldría también beneficiada, ya que serian muchos más los navíos que se detendrían allí al bordear la costa. Los habitantes de Kula, sin embargo, podrían ponerse celosos: Lepidor pasaría de ser uno de los clanes típicamente ignorados, como el de Kula, a convertirse en una de las fuentes de recursos más importantes de Océanus. Pensé que era una gran suerte el hecho de que Kula no fuese una ciudad mucho más poderosa que Lepidor, ni militarmente ni de ninguna otra forma, así como que el conde Courtiéres fuera el más antiguo amigo de mi padre.

—¿Vais en busca de un contrato permanente en Taneth? —indagó el capitán cambresiano Xasan—. ¿Trataréis con una de las grandes familias?

—Así lo creo. El consejero principal dijo que eso es lo que mi padre desearía que se hiciese.

—También tú, jovencito —dijo Miserak, quien hasta entonces había permanecido en silencio—. Comprométete en esas negociaciones, aprende el modo en que funciona todo. Nada derrumba un buen trato.

—Antes de que partáis —intervino Xasan—, os proporcionaré la lista de las grandes familias más convenientes para un asunto de estas características. La mayor parte de ellas no tienen ningún escrúpulo y no dudarán en estafarte o violar el contrato. Son sólo _as pocas las que respetan sus contratos al pie de la letra y esas familias suelen ser las más grandes, aunque no las más vistosas.

—Se lo agradezco de corazón —dije conmovido. Si la información de Xasan era tan fiable como sus buenas intenciones, podría ahorrarnos cientos de coronas y numerosas semanas de búsqueda.

—Pido disculpas por mi intromisión —dijo Sarhaddon tras un silencio —. Supongo que ya os habrán formulado esta pregunta, pero ¿qué le sucedió a vuestra nave? —le preguntó.

Yo sentía tanta curiosidad como el monaguillo.

—Fuimos atacados por alguien —murmuró Ganno con un acento áspero que no le había notado antes. Me pregunté si seria en realidad cambresiano.

—Hace una semana se produjo una violenta tormenta submarina que llegó a agitar la superficie del mar —explicó Xasan—, supongo que habréis sufrido sus coletazos en las costas de Lepidor. Nos cogió en las profundidades del océano y estuvimos a punto de perder el control. Si finalmente no naufragamos y conservamos el pellejo es un poco por milagro y otro por la destreza de Ganno al timón. Tan pronto como pudimos, regresamos a la costa para evitar que nuestra nave sufriese más daño y para hallar cobijo en alguna caverna que comunicara con la superficie. En aquel sector de la costa existe sólo una cueva semejante y la buscamos durante todo el día. Al fin dimos con la boca del río Lyga. No era lo más adecuado, pues también allí habla corrientes y remolinos, pero era por entonces nuestra única posibilidad, y el *Lion* llevaba demasiado tiempo luchando en el agua. Salimos a la superficie y echamos una ojeada con precaución, ya que los nativos que viven en los alrededores no son

demasiado amigables y venderían sus propias almas por apoderarse de una manta.

—Y, sin embargo, no fue de los nativos de lo que debimos preocuparnos —intervino Miserak—. Fuimos atacados por otra manta.

—¿Otra manta? —pregunté, incrédulo, intentando adivinar quién se atrevería a atacar una nave cambresiana, aun a unos cuarenta y ocho mil kilómetros de distancia de Cambress. Lo más normal hubiese sido no meterse con ellos; al menos, por lo que yo sabía, eran los mejores marinos del mundo.

—Su nave es mucho más grande que la nuestra —añadió Ganno—. Doscientos cincuenta metros de eslora y con ventanillas opacas. Su blindaje era también negro. Eso me sorprendió. Las mantas suelen ser siempre azules, el color del pulpo con el que son fabricadas. ¿Cómo podía entonces tener un blindaje negro?

—Como no estábamos esperando un ataque por mar y nuestros sensores estaban dirigidos hacia tierra firme —prosiguió Xasan—, no pudimos verla hasta que estaba a sólo unos pocos metros de distancia, embistiéndonos con el latido de sus cañones. Nuestro propio cañón fue dañado, pero conseguimos lanzar un torpedo. No sé si dio en el blanco. Entonces la nave negra empezó a atacarnos decididamente, con el objetivo de inutilizar nuestra coraza. E incluso exigieron que nos rindiésemos, los condenados.

Los tres comenzaron en ese momento a hablar a la vez, y pasé la mayor parte del tiempo tratando de hacerme una idea de lo que había sucedido enlazando de algún modo los tres relatos. El *Lion* había sido dañado en cuatro sitios y su coraza había resultado muy perjudicada. La manta agresora había disparado también torpedos sobre los cambresianos y, entonces, sin razón aparente, dieron la vuelta y volvieron a sumergirse en las profundidades, desapareciendo en seguida en las penumbras.

—Nunca había oído hablar de algo semejante a esa manta negra —dijo el vizconde—. Sólo Pharassa y el Dominio operan con mantas en estas aguas y ¿por qué habrían ellos de construir una nave negra y atacar a los cambresianos? Pharassa y Cambress están en paz, y seria un suicidio para Pharassa efectuar un ataque sin que medie una provocación previa. Es

posible que la manta pertenezca a la marina imperial, pero eso me parece dudoso porque seria demasiado flagrante incluso para ellos, que odian a Cambress. En cuanto al Dominio... ¡ellos no pintarían nada de negro!

Los colores de Ranthas eran el rojo y el anaranjado; el Dominio creía en la Luz y el Fuego y, en su opinión, existía algo demoníaco en la oscuridad.

—¿Qué lenguaje empleaban? —preguntó Sarhaddon—. Quiero decir, cuando os hablaron. —El lenguaje del Archipiélago, el mismo lenguaje que hablamos todos nosotros. Quizá con un acento ligeramente extraño, pero no podría identificar de dónde provienen. —Todo cuanto puedo decir —agregó Ganno— es que no volveré a recorrer esa ruta sin compañía.

—¿Es posible que Cambress envíe un escuadrón para investigar? —pregunté.

—Cambress enviará un escuadrón si el Gran Consejo y el Almirantazgo dejan de reñir entre si el tiempo suficiente para dar la orden —dijo Xasan incisivamente—. Actualmente lleva horas de discusión lograr que se pongan de acuerdo en que día de la semana estamos.

—Son peores que los haletitas —asintió Miserak.

El imperio haletita era el que mayor poder ejercía sobre nuestro territorio natal, Equatoria, el único continente cuyo interior estaba habitado por personas civilizadas. Aunque al principio no habían sido más que una pequeña colonia, después de la diáspora fueron creciendo hasta conquistar el resto de los territorios internos. En tiempos recientes, la expansión de los haletitas más allá de los ríos gemelos, Ardanes y Baltranes, en dirección al mar, había sido motivo de preocupación. Su territorio limitaba ahora con el de la propia Taneth. Afortunadamente para el resto de nosotros, carecían de puertos de aguas profundas o cuerpos de mantas, así como de una verdadera flota. Los tanethanos, con su más de medio centenar de mantas, controlaban la boca de los ríos e impedían que los haletitas fuesen más lejos, mientras que los thetianos desembolsaban dinero para mantener el statu quo. Aun sabiendo tan poco sobre la región, me aterrorizaba la idea de que alguna vez los haletitas decidiesen rebelarse.

Pero, lo que era más importante, contaban con el pleno apoyo

del Dominio en todas sus conquistas e invasiones, hasta el punto que, según recordé que me había dicho Sarhaddon cuando más tarde asimilé sus palabras, los sacri fanáticos luchaban con frecuencia junto a los ejércitos haletitas en contra de los asentamientos de herejes en las remotas tierras altas de Equatoria.

—¿Han hecho los haletitas movimientos militares en las últimas semanas? —No en tiempos recientes, pero debemos encarar malas noticias. Reglath Eshar ha regresado del exilio.

La sonrisa de Hilaire se esfumó de sus labios y cogió la copa incrustada de piedras preciosas.

—¿Reglath?, ¿el príncipe Reglath, hermano del Rey de Reyes?

—El mismo. Se presentó en una remota aldea pesquera del sudeste, fuera de las fronteras haletitas, y cuando tal cosa llegó a oídos del rey, éste ordenó que se le diese la bienvenida con los brazos abiertos. Con todo, se dice que Reglath ha cambiado, que ha perdido cualquier rastro de humanidad que hubiese tenido alguna vez. —y ya era una humanidad escasa en extremo subrayó Ganno.

—¿Quién es Reglath Eshar? —inquirí tímidamente, desviando la mirada desde Hilaire a Xasan. Por lo general, yo era reticente a mostrar mi ignorancia, pero estaba ansioso por saber de qué estaban hablando.

—¿No has oído hablar de él? —exclamó Xasan mientras cambiaba de posición en el sillón, cubriéndose con la capa leonada de capitán—. Supongo que Lepidor no tiene ningún contacto con Haleth, por lo cual sus asuntos no os conciernen. Os concernirán de ahora en adelante si pretendéis cerrar un trato con Taneth.

El capitán cambresiano me explicó que Reglath Eshar era el hermano de sangre del actual Rey de Reyes haletita. Nadie sabía exactamente dónde había nacido y no se habían tenido noticias suyas hasta hacia seis años, pero demostró ser un excelente soldado. En dicho lapso habla ganado numerosas batallas para el Rey de Reyes y, al conquistar el último refugio de los aldeanos, su fama amenazó con eclipsar la de su hermano de sangre, Alchrib, el heredero al trono. Un año atrás, Alchrib asesinó a su padre y se coronó rey. Los asesinos fueron también a por Reglath, quien se hallaba

participando en otra campaña, pero consiguió eludirlos y desapareció. Alchrib había condenado al exilio a Reglath, pero no ordenó su muerte. Desde entonces no se había sabido nada de Reglath.

—¿Por qué será que Alchrib lo recibe ahora con los brazos abiertos? —pregunté—. ¿Existe la certeza de que Reglath represente una amenaza para el poder de su hermano?

—Es posible que Alchrib piense que puede mantener a Reglath bajo controlo que pueden alcanzar algún tipo de acuerdo. El peligro que nos acecha a nosotros consiste en que Reglath es el mejor comandante que tienen los haletitas. Taneth y las ciudades que la rodean corren aún mayor peligro.

—Supongo que sólo los clanes más pequeños, no Malith o Ukhaa. —Si los haletitas los atacan, quizá Malith y Ukhaa caigan tras ser sitiados por un periodo prolongado. Y si Malith se derrumba, queda abierta la puerta para que los haletitas desafíen a Taneth. Por cierto, que Taneth es inexpugnable, ya que se halla en una isla y los haletitas carecen de flota Pero su territorio podría ser severamente aislado de todo trato con el exterior y privado de libertad de comercio.

—Eso, por descontado —añadió Miserak—, suponiendo que los haletitas se consideren capaces de atacar Taneth. El Rey de Reyes es lo bastante astuto para percatarse de la importancia del comercio para la población de Taneth. E igual de astutos son sus aliados del Dominio. Lo más probable es que acabe exigiendo el pago de un doloroso tributo anual. Los comerciantes de Taneth lo pagarán y la vida seguirá su curso como antes.

El pago de un tributo era en todo el mundo un método aceptado y eficaz para evitar la guerra y la dominación. Se trataba de una imposición costosa —las exigencias de Pharassa por poco habían arruinado a Lepidor años atrás—, pero supongo que era preferible a la guerra. No me era ajeno que los comerciantes, con excepción de los traficantes de armas, no prosperaban en tiempos de conflicto. Dado que los comerciantes gobernaban la mayor parte de los clanes de Aquasilva, por lo general éstos se encargaban de pagar tributo a cualquier opresor (usualmente los haletitas o el imperio

thetiano) para luego proseguir sus actividades. Así se beneficiaban ambas partes: los mercaderes porque mantenían su pacifico comercio y los receptores del tributo porque se hacían con dinero.

Muchos estados pequeños de Equatoria habían considerado que el pago de un tributo socavaba su dignidad y, por consiguiente, fueron destruidos. Yo siempre me había preguntado, por otra parte, cómo podían ser tan ciegos para no comprender lo débiles que eran en comparación con sus atacantes. Cualquier persona racional de Aquasilva ponía el beneficio por encima del orgullo, con la excepción de los haletitas y los habitantes del Archipiélago.

—Pues seria la primera vez que los haletitas demostraran actuar Con algo de sensatez sostuvo Xasan—. Lo más común es que no vean más allá de sus narices.

—Las ciudades del interior son una cosa. Taneth es otra. Allí tienen de su parte pequeñas ventajas como la caballería de elefantes; los haletitas no tienen nada comparable. Además, Taneth cuenta con el apoyo del resto del mundo.

—¿Acaso el resto del mundo es lo suficientemente sensato? —inquirió Sarhaddon, tomando un gran trago de su copa de vino. Yo aún no había tocado la mía y bebí unos sorbos para no parecer descortés. Era .vino para huéspedes, el mejor del lugar, reservado para la visita de extranjeros importantes. El hecho de que el vizconde mandase servir su mejor vino a un mero capitán de manta era evidencia de lo lejos que había llegado la decadencia de Cambress.

—Lo seríamos —dijo tajante Xasan, y agregó—: si abandonásemos nuestras disputas. Por un instante, Miserak frunció el ceño frente a los cambresianos, pero me pareció que no tanto por rencor como para expresar su opinión. —¿Quizá acabando con quien posee Mons Ferranis —cuestionó el vizconde—. A lo que debemos sumar vuestras luchas internas.

—Se trata de una cuestión delicada por ahora —adujo Ganno— y creo que lo seguirá siendo por un tiempo. Pero no dudo de que si Taneth es amenazada, los almirantes suspenderán sus disputas para socorrerla.

—Me parece que estamos preocupándonos demasiado —intervino Xasan—. Incluso si los haletitas atacaran Malith y si *además* sus habitantes

rehusaran pagar el tributo, transcurrirían diez años o más antes de que Taneth corriese un grave peligro. Y en diez años pueden suceder muchas cosas.

—¿Qué quieres decir con eso? —lo interrumpió cortante Miserak.

—No mucho —respondió Xasan sintiéndose atrapado.

—Propongo un brindis —dijo Hilaire alzando la voz—. Por la paz y la prosperidad, y por el desconcierto de los haletitas.

—¡Bebo por eso! —Miserak vació su copa de una sola vez.

La conversación se desvió después hacia cuestiones de mucha menor importancia, por lo general relativas a dificultades en el comercio. A medida que anochecía, la servidumbre comenzó a encender las lámparas de aceite, dispuestas en columnas de mármol. Poco a poco se dejaron oír los sonidos del puerto tras las ventanas.

Más tarde cenamos en el salón comedor del conde, un lugar mucho más grande que aquel en el que habíamos estado conversando y cuyo suelo estaba adornado con figuras geométricas que recuerdo haber observado extasiado durante los interminables episodios diplomáticos de hacía unos cuantos años. También la comida era para huéspedes importantes, y para nosotros resultó un alivio tomar algo que no fuese pescado. Formaba parte de la tradición no servir pescado a los navegantes que llegaban al puerto, dado que solían estar hartos de comerlo durante las travesías y agradecían el cambio.

—¿A qué hora partirá mañana vuestro buque? —le preguntó el vizconde a Sarhaddon cuando nos sentamos a la mesa.

—Pasado el mediodía, una vez que Bomar concluya sus negocios.

—¡Ah! Entonces ¿estáis aquí con Bomar? —Hilaire sonrió—. Solicitó una audiencia conmigo durante su última estancia aquí, quejándose de que lo había estafado uno de los mercaderes, pero sólo se trataba de un error, un cero mal ubicado en su libro mayor. Bien, por supuesto, os ofrezco mi hospitalidad durante esta noche y enviaré un sirviente para despertaras una hora antes de vuestra partida, por sí aún no os habéis levantado.

—Si no os importa, lord Hilaire, nos retiraremos ahora mismo —dijo Xasan en medio de un bostezo—. Ha sido un largo día y mañana nos espera

más trabajo. Me ofrecería con gusto a llevaras a vosotros a Pharassa, pero el *Lion* no estará en buen estado hasta dentro de unos cuatro o cinco días. ¡Ah! Además deberíamos escribir la lista de las grandes familias.

—Traed la escribanía —le ordenó el vizconde a un esclavo, que salió del recinto a toda prisa y regresó en seguida con un rollo de pergamino y una pluma, que le fueron entregados a Xasan. El capitán cambresiano apoyó el rollo en el muslo y comenzó a escribir—. Las ordenaré de mayor a menor según su tamaño; una preocupación mayor por lo general da como resultado una suma de dinero más generosa para mantener los buques en forma. La familia Hiram es la familia más importante y la segunda más grande de Taneth. Sus miembros comercian con todos los rincones del mundo. La segunda es la familia Banitas, sólo ligeramente más pequeña. En tercer lugar se encuentra la familia Jilreith, que sólo comercia en el este y el norte, y no tiene ningún tipo de intereses en Huasa, Thetia o el interior de Equatoria. La cuarta es Dasharban, una familia nueva en ascenso, que puede llegar muy lejos. En quinto lugar tenemos a la familia Barca. Es una familia antigua que casi fue arruinada debido a varios años de mala administración, pero cuenta ahora con un nuevo jefe con reputación de ser honesto. Cualquier vecino del lugar podrá deciros dónde se halla el palacio de cada una de estas cinco familias. Quizá Jilreith y Barca os resulten más difíciles de contactar, ya que ambas tienen fuertes lazos a lo largo del delta.

—Nuevamente muchas gracias —le dije.

Xasan se incorporó y lo mismo hicimos los demás.

—Que obtengas un trato beneficioso y la prosperidad ilumine Lepidor.

—Que tu nave salga victoriosa de todas sus batallas y la prosperidad ilumine Cambress.

—¡Y también Mons Ferranis! —dijo Miserak volviendo a fruncir el ceño a espaldas de Xasan. Ambos irrumpieron entonces en sonoras carcajadas, sin duda propiciadas por la considerable cantidad de vino que habían bebido.

Los sirvientes nos guiaron a Sarhaddon y a mí hacia cómodas y enormes recámaras con vistas al mar. La mía la conocía muy bien: la había

ocupado muchas veces anteriormente. También yo estaba fatigado y caí casi inmediatamente en un sueño profundo.

Por la mañana fui consciente de que la noche anterior había bebido dos copas de vino. Esa cantidad estaba bastante cercana a mi limite y me consideraba afortunado de estar despierto.

Aunque habían transcurrido varias horas desde el amanecer, no me fue posible dar con ninguno de los cambresianos y tampoco con el vizconde. Sin embargo, cuando nos dirigimos hacia la cocina para buscar provisiones vimos a Miserak sentado en un banco en uno de los rincones. Pese al elevado número de copas que había consumido la noche anterior, parecía tener perfecta claridad mental.

—Tened cuidado con la manta negra, compañeros —dijo en tono amigable cuando nos volvíamos—. Iréis más allá de la boca del río. Y hay algo más. Algo que el orgullo de Xasan le impidió admitir anoche. Dado que yo no pertenecía a la tripulación, mi orgullo no está en juego, pero no lo olvidéis.

—¿Qué? —indagó Sarhaddon. Noté cómo parpadeaba cuando un rayo de sol se coló por una de las ventanas y cayó sobre su rostro. El monaguillo había bebido mucho más que yo la noche anterior.

—Ese navío estaba capitaneado por una mujer. La voz que nos impelía a rendimos era femenina, sin ninguna duda. Y llegamos a oír por detrás otra voz de mujer. Las dos voces nos llegaban un poco apagadas, pero eran definitivamente femeninas.

—Eso lo hace todavía más peculiar —dijo Sarhaddon cuando dejamos a Miserak y salimos del palacio de camino hacía el muelle en medio del ajetreo matinal—. Los habitantes del Archipiélago son los únicos fuera de Mons Ferranis que cuentan con mujeres guerreras y, por lo general, son centinelas ceremoniales del templo, como el resto de su ejército.

—¿Hay mujeres guerreras en Mons Ferranis? —indagué, azorado, intentando imaginar algo semejante.

—Los habitantes de Mons Ferranis son muy extraños. Tienen un cuerpo de élite integrado sólo por mujeres, que custodian los tesoros más preciados del pueblo. Pero si bien no les faltan motivos para atacar una manta cambresiana y lo harían si creyeran que pueden salirse con la suya, cubrir el trayecto desde Mons Ferranis hasta aquí lleva más de tres meses, La gente de Mons Ferranis no tiene intereses económicos en estas regiones y nunca podrían movilizar a los centinelas de sus ciudades sin que resultase evidente, Nada de todo esto tiene demasiado sentido,

Caminamos en dirección a la entrada del muelle acompañados por chillonas gaviotas y vimos que ya estaban siendo izadas las velas del Parasur,

—Parece que Bomar cree que hemos llegado tarde —comenté con los ojos puestos en el capitán del Parasur, que desde cubierta no dejaba de hacemos nerviosas señas—, Será mejor que aceleremos el paso,

Con las prisas estuve a punto de meter el pie en un esqueleto de pescado, y Sarhaddon se golpeó la rodilla al chocar contra un ancla, pero logramos atravesar el puerto y abordar el Parasur en un tiempo récord.

—¿En qué os habéis estado entreteniendo? —protestó Bomar, todavía falta media hora para el momento en que tú nos dijiste que viniésemos —adujo Sarhaddon,—¡Al demonio con eso! ¡Debemos pasar la boca de ese endiablado río antes del anochecer! ¡No tengo ninguna intención de perder mi nave a costa de una flota de espíritus nocturnos! Delante de nosotros, el buque remolque de Kula ya había amarrado nuestra nave y el primer asistente de Bomar dio la orden de partir. Suall, mi escolta de dimensiones de gorila, ayudaba a los marinos, Kula era un territorio amigo, por lo cual no había necesidad de que estuviese a mi lado. En Pharassa todo seria diferente,

—¡Estamos listos! —gritó el primer asistente— ¡Remos! —Ordenó Bomar al capitán del remolcador, que le devolvió una grata sonrisa y ladró la orden a su propia tripulación—. Pude ver a Bomar casi saltando de impaciencia a medida que el Parasur comenzaba a mecerse lentamente mientras era conducido fuera de la ensenada, Nos acomodamos en nuestros sitios habituales sobre los fardos y desde allí observamos las maniobras.

Los olores del puerto —a cuerda, brea y restos de pescado— fueron disipándose poco a poco cuanto más nos acercábamos a mar abierto. Una vez fuera de la zona portuaria, Bomar no tardó un instante en arrojar las maromas que lo unían a la nave remolque y orientar el Parasur a toda velocidad con rumbo sudoeste.

Sin duda, nuestra tripulación había estado conversando sobre la manta cambresiana la noche anterior y, sin lugar a dudas, todos habían bebido. Parecía natural que los cambresianos exagerasen el poder del enemigo a fin de vencer su propia vergüenza por haber sido sorprendidos, pero no era menos cierto que sus descripciones podían alcanzar proporciones ridículas. Sin duda, la historia circularía por toda Pharassa cuando llegásemos a destino y, con ese precedente, ningún capitán navegaría costa arriba sin la escolta de un ejército, algo que de ningún modo seria beneficioso para el comercio.

De creer las narraciones de los marinos, el Lion había sido atacado por al menos diez mantas negras, todas bien provistas de radares y dieciséis plataformas lanzatorpedos. Según sus palabras, como el agua era poco profunda, muchos de los proyectiles no dieron en el blanco, ya que cualquiera sabe que luchar cerca de la costa es muy difícil, incluso para los enviados de aquellas criaturas chupadoras de sangre que están habituadas a ver en la oscuridad. Los cambresianos resistieron con bravura y dañaron a tres de las naves enemigas, obligando a los agresores a refugiarse en la noche en medio de espeluznantes aullidos y el sonido de música etérea llegando desde el agua.

—Es sorprendente cómo pueden exagerarse las cosas, ¿verdad? —comentó Sarhaddon con sensatez mientras nos echábamos a disfrutar del sol del mediodía.

Nos habíamos sentado después bajo uno de los toldos que solían extenderse a esa hora del día en que el sol es demasiado potente para exponerse a sus rayos.

—Sorprendente —prosiguió el monaguillo—. Si la noche pasada no hubiésemos escuchado la historia verdadera de boca de Xasan y Miserak, ¿cómo sabríamos qué creer? Por lo que acabamos de ver, la reputación de

Reglath Eshar como líder podría basarse en una única arremetida durante una sola batalla, luego exagerada por los rumores y magnificada a una proporción tal que ahora todos los enemigos huyen a la sola mención de su nombre.

—Los marinos son gente supersticiosa y mucho más tendente a la exageración que el resto —advertí comentando sus palabras—. Me imagino que el menos sagaz de los mercaderes dudaría al oír semejante historia y se preguntaría cómo pudo el Lion sobrevivir al ataque de tres mantas, por no decir al de diez.

—Quizá; no lo sé con certeza —respondió Sarhaddon con los ojos clavados en la distancia, en el mar indómito—. Pero ya has visto cómo comienzan las historias... y los mitos. Quizá en unos cincuenta años Xasan y su tripulación se conviertan en heroicas luminarias que lucharon audazmente en una lejana batalla contra las hordas del demonio hasta que Ranthas envió un rayo desde el cielo para salvarlos. O algo por el estilo. Quizá sean considerados profetas de Ranthas y alguien invente una profecía de Xasan. Ése es un error en el que también incurre el Dominio. Nosotros elaboramos profecías, ¿lo sabias? Cualquier magus que comienza a profetizar es inmediatamente encerrado y se toma nota de sus palabras, que luego son alteradas para adecuarlas a los planes del Dominio. Por eso tantas profecías dicen <<Destruid todas las herejías>>. Algunos magos inventan incluso sus <<predicciones» de modo bastante cínico.

—¿Los zelotes no desaprueban esa actitud?

—Ellos nunca desaprueban nada que les ofrezca una excusa para atrapar más herejes. Están interesados en la pureza de la fe de Ranthas, no cabe duda, pero sólo pretenden interesarse por el Dominio en si mismo una vez que hayan sido aniquilados todos los herejes. Lachazzar es diferente: piensa que primero es necesario poner la casa en orden, pero lo cierto es que está verdaderamente en el lado de los lunáticos.

—Pintas un cuadro muy crudo del Dominio —observé con los ojos puestos en Sarhaddon, cuyo perfil interrogaba todavía la lejanía.

El monaguillo caía con frecuencia en esos estados de profunda meditación. Era entonces cuando podía comprender cómo era el realmente:

un soñador —a esa conclusión había llegado hacia dos días—, un soñador con sólo uno de los pies sobre la tierra.

—Parece que es así. Lo único que espero es poder cambiar las cosas, promover algunos cambios y llevar algo del misticismo que ha Ido perdiéndose con el tiempo. Y eso sin asesinar a miles de personas, que es como preferiría hacerla Lachazzar.

La voz de Sarhaddon adquiría un tono cada vez más soporífero, que arrullaba los sentidos. Hice un esfuerzo consciente por sacudirme esa sensación de pereza a la que había sido inducido y sentir nuevamente el movimiento de la nave y el correr del agua bajo el casco.

—¿Crees que podrás hacerlo? —pregunté, sin la intención de perturbar la calma de Sarhaddon.

—Si puedo ascender lo suficiente, quizá tenga la oportunidad de reformar la ciudad. Como primado, podría convertir el Dominio en lo que debería ser, una organización para la adoración de Ranthas y la educación de los hombres.

Tras una larga pausa, Sarhaddon giró la cabeza y sus ojos abandonaron la contemplación del horizonte. Los maridos estaban sentados formando pequeños grupos a nuestro alrededor, jugando a las cartas. Apostaban con fichas de madera, ya que o bien ya habían gastado sus salarios O éstos estaban en manos de Bomar. El capitán roncaba, recostado sobre un montón de lonas bajo uno de los toldos de la parte delantera de cubierta. Sólo el timonel y algún otro marinero estaban en su puesto, además de tres hombres encargados de otear desde lo alto de la atalaya y que se turnaban a intervalos breves y regulares.

—¿Qué piensas entonces acerca de la manta negra, Cathan? —me dijo Sarhaddon—. ¿A quién pertenece?, ¿a criaturas de la noche, renegados de Pharassa, agentes thetianos, asesinos de Mons Ferranis o fanáticos del Dominio? No has dicho mucho sobre lo que piensas, sólo has formulado preguntas.

—Eso se debe a que te has estado resolviendo el problema en mi lugar. Yo llevaba puesta sólo una túnica y sin embargo sentía un calor sofocante.

Bebí un trago del jugo de limón diluido que se bebía para combatir la sed a bordo. —Sólo especulaba —sostuvo el monaguillo.

—Sabes mucho más que yo sobre la manera en que funciona el mundo —proseguí—. Esa misteriosa enemistad entre Mons Ferranis y Cambress no es un tema de conversación, frecuente en Lepidor. Casi no hemos oído nada al respecto. —¿Por qué deberíais haberlo oído? Son asuntos de alta política que suceden en el otro lado del mundo. Luego te explicaré de qué se trata; hacerla requiere tener la mente despejada, algo difícil de conseguir con este calor.

Sarhaddon se volvió dándome la espalda.

—Tú sigue con tus meditaciones —agregué—. Te escucharé hasta ser capaz de hallar un motivo por lo que alguien pudiese querer atacar a una manta cambresiana en medio de la noche y luego huir del lugar.

—¡Es inútil! —Sarhaddon extendió las manos en un gesto de desesperación—. ¿Es que tu cerebro vegetó durante el tiempo que viviste en palacio?

Durante la noche y el día siguiente, Bomar presionó a sus hombres hasta el límite, consiguiendo anclar tres o cuatro horas antes del ocaso en el puerto del pequeño asentamiento de Korhas, una población tribal amiga dedicada a la pesca. Por la mañana, el líder local, que al igual que el resto de los habitantes era claramente tribal, se acercó a damos la bienvenida. Bomar se disculpó por nuestra demora en llegar, pero, algo bastante curioso, no percibí en el líder local ninguna reacción de horror o miedo cuando recibió la noticia de la manta negra. Apenas asintió sabiamente con su vieja y arrugada cabeza, trocó algunas frutas y víveres a cambio de un pequeño cargamento de Bomar y nos deseó que tuviésemos un buen viaje.

No nos enfrentamos a problemas de ningún tipo durante la siguiente noche y, a la mañana del cuarto día después de dejar Kula, nuestra séptima jornada fuera de Lepidor, rodeamos la isla de Vextar y divisamos Pharassa.

OceanofPDF.com

CAPITULO IV

La ciudad, conocida como la Joya del Norte, fue edificada en una enorme isla a unos pocos cientos de metros de la costa continental. Por encima del nivel del mar podían verse varias casas blancas con columnas y pórticos, y otras sobre las laderas de la colina central, de apariencia cada vez más rica y opulenta a medida que se ascendía. Todas contaban con jardines en la azotea, de un verde casi infamante que humillaría a sus equivalentes de Kula y Lepidor. En muchos jardines, las banderas exhibían los emblemas de sus propietarios. En el llano sobre el extremo oriental de la isla se elevaba un monumental zigurat que rivalizaba en altura con la colina (medía casi setenta metros desde la base) y empequeñecía todo lo que lo rodeaba. Lo coronaban dos santuarios idénticos, que despedían hacia el azul del cielo sutiles columnas de humo rosado.

En la parte posterior de la isla pude distinguir un vasto complejo de muelles y embarcaderos, incluyendo un astillero con espacio suficiente para construir arcas y que albergaba a cientos de buques; pude observar sus mástiles incluso estando todavía a gran distancia. Entrando o dejando el puerto, había muchos más buques de los que solían visitar Lepidor en seis meses. Todas las maniobras se hacían bajo la atenta mirada de dos escuadrones de seis galeras en las que ondeaban los estandartes del delfín imperial.

Y sin embargo, de creer en lo que se contaba, la vasta metrópolis que brillaba ante nosotros bajo los rayos del sol no era ni la mitad de grande que

Taneth del Delta.

En la entrada al puerto de superficie de Pharassa fuimos recibidos por un buque remolcador tripulado por marinos con gruesas túnicas verdes. El remolcador era idéntico a sus equivalentes de Lepidor y Kula, lo que no resultaba nada sorprendente; después de todo, los tres hablan sido construidos en el mismo astillero y siguiendo las mismas instrucciones.

El oficial a cargo del remolcador saludó a Bomar y le gritó que lanzara sus amarras de remolque. Bomar hizo lo propio y pronto fuimos guiados a lo largo del puerro. Me impresionó la similitud con el puerro de Kula; el de Pharassa contaba también con una ensenada formada entre la isla y la costa. La única diferencia era la escala: el puerro de Pharassa cubría cientos de metros de costa de la ciudad y llegaba bastante tierra adentro. Los muelles se sucedían a lo largo de la costa, cada uno con capacidad para cinco o seis naves y, junto a los embarcaderos, había decenas y decenas de astilleros.

A unos metros de los muelles llamó mi atención un inmenso edificio piramidal que se elevaba unas seis o siete plantas sobre el nivel del mar, con balcones extendiéndose en todos sus muros. Era el Comando Imperial Naval de Océanus y el centro de operaciones de la marina del clan de Pharassa, que estaba rodeado de navíos morados de línea y fragatas de la flota de superficie. Había efectuado un recorrido por el complejo la última vez que había estado allí y recordaba mi sobrecogimiento ante el tamaño de algunos de los buques, así como ante los túneles y cavernas bajo la isla que proveían de espacio para atracar la flota y conectaban los cuarteles centrales militares con los muelles submarinos en el otro extremo de la isla. Los muelles de Pharassa habían sido construidos varios silos antes de la caída del imperio de Thetia, incluso siglos antes del Tuonetar. Ahora albergaban al más grande de los escuadrones imperiales, incluso fuera de Thetia: durante mi última estancia tenia veintiocho naves de línea, diecinueve fragatas, numerosos barcos pequeños y veintiuna mantas.

A medida que el buque remolque nos conducía rumbo a la masa de embarcaciones atracadas desvié mi atención de la pirámide. Había desde pequeñas barcazas no mayores que los buques de remolque hasta navíos

inmensos, como los de la Casa Mercante, de casco blanco y seis colosales mástiles que superaban en altura incluso a la pirámide.

—Aquél es de Taneth —dijo Bomar cuando pasamos junto a una gran embarcación con bandera negra, verde y roja flameando con la brisa en lo alto del mástil. Dos remolcadores impulsados por madera marina lo empujaban serenamente por las aguas mientras Otros buques se apartaban cediéndole el paso. Su capitán, vestido con una lujosa túnica azul, se mostraba altivo de pie en la popa. —y ese pavo real que se ve en cubierta —prosiguió Bomar debe de ser el capitán, ni siquiera es un integrante de la familia. Eso os dará una idea de lo ricos que son aquí.

El olor del puerto volvía a invadirlo todo y era aún más intenso que en Kula. Por detrás del alboroto de gritos y de buques descargando sus mercancías pude distinguir el martilleo en los astilleros del muelle militar, junto al sonido del metal chocando contra el metal. Dos navíos mercantes de tamaño mediano pasaron a nuestro lado, remolcados hacia mar abierto a sólo unos centímetros uno del otro. Sus capitanes parecían estar discutiendo ferozmente a través del estrecho margen de agua que los separaba, mientras los integrantes de sus tripulaciones los miraban con interés desde fardos de ropas descoloridas amontonados en cubierta.

Otro buque, un galeón oceánico de cinco mástiles con la bandera anaranjada y amarilla de la Casa Mercante, se interpuso en nuestro camino, lo que motivó que el capitán del remolcador le lanzara una andanada de improperios. Tras casi un minuto de discusión, el capitán del galeón se dignó mirar hacía el lado y, con frialdad, se disculpó por cualquier inconveniente que pudiese haber ocasionado. Aquél, según Bomar, era otro barco de Taneth, perteneciente a la familia Foryth.

Por fin, el Parasur se metió en un amarradero y se colocó entre otros dos navíos de cabotaje similar. Uno estaba prácticamente vacío (sin duda su tripulación estaba disfrutando de las delicias de Pharassa). El otro estaba cargando mercancías y se oían tacos por todas partes. Su capitán saludó con simpatía a Bomar; se me ocurrió que debían de conocerse.

Una vez que el Parasur estuvo amarrado, Bomar caminó hacia la parte central del buque, donde estábamos Sarhaddon y yo. Suall y los demás

guardias volvían a cargar con los bultos.

—Habéis sido buenos pasajeros —nos dijo Bomar—. Te deseo lo mejor en Taneth, Cathan, y que Ranthas te sonría. En mi viaje de regreso espero poder llevarle a tu padre, el conde, buenas noticias para Lepidor. También a ti te deseo lo mejor en la Ciudad Sagrada, Sarhaddon.

Nos miró descender por la escalerilla y luego volvió a interesarse en sus asuntos. Yo eché una última mirada al Parasur. No había sido un mal viaje, después de todo. De hecho, reflexioné, había sido interesante. Especialmente cuando nos detuvimos en Kula con los cambresianos.

Entonces Sarhaddon me dio un empujoncito en el hombro y comenzamos a caminar por los muelles.

—¿Adónde nos dirigimos? —pregunté.

—Primero, al puerto militar. La flota administra el servicio de transporte regular más rápido desde aquí hasta Taneth, pues lleva entre sus pasajeros a mensajeros del gobierno y embajadores. El pasaje no cuesta nada para personas de alto rango como tú, y yo puedo fingir ser uno de los miembros de tu séquito. Al fin y al cabo, si la manta mensajera no parte hoy, tendremos que decidir dónde pasaremos la noche. ¿Qué sabes del cónsul local de Lepidor?

—Podríamos probar con él-respondí—, pero es un sujeto al que no puedo soportar. Es demasiado parecido a un cocodrilo al acecho entre los juncos. Mi padre consigue tolerarlo, pero yo preferiría incluso dormir en una pescadería.

—Puedo entenderlo. Bien, eso nos deja tres opciones. Las mantas parten con intervalos de seis días, por lo que ruego que no debamos esperar demasiado. Una semana de retraso podría significar para nosotros perdemos el Consejo de Aquasilva y, para entonces, tu padre ya estará de camino a casa. Pero, a menos que seamos lo suficientemente afortunados para conseguir una nave esta misma tarde, podríamos alojamos en el palacio, en el templo o en una posada. No te recomendaría la tercera opción: nuestros escasos fondos no nos permiten alojamos en un sitio relativamente seguro y, aunque es posible que te hayas entrenado en las artes del combate, aquí hay quienes tienen más de treinta años de experiencia.

—¿Qué ventajas tendría dirigirse al templo?

—Es un sitio verdaderamente lujoso y gratuito y allí podrías aprender mucho más acerca del Dominio. Mira, ya hemos llegado al puerto militar.

Caminábamos ahora entre la ciudad y los muros que rodeaban la base de la armada. Pude ver la cabeza de los centinelas de guardia sobresaliendo de los parapetos y las bocas de dos cañones móviles. Unos pocos metros más adelante, una numerosa línea de carros de madera orientados en la dirección contraria a la nuestra se dirigían hacia el portón de los astilleros militares. Allí los revisaban Un grupo de hombres con pecheras de plata, cascos coronados con plumas y espadas bien enfundadas.

—Déjamelo a mi —dijo Sarhaddon cuando alcanzamos los portales. Entonces se aproximó al oficial a cargo del pequeño destacamento y le preguntó—: ¿Dónde podemos encontrar la ruta hacia Taneth?

El oficial se volvió hacia nosotros y nos miró de arriba abajo, observando con detalle el mejor conjunto de monaguillo de Sarhaddon y mi túnica rojo oscuro con su faja estampada.

—¿Quiénes sois?

—El vizconde Cathan del dan Lepidor y su escolta. —¿Documentos que lo demuestren?

Sin duda allí estaban bien alertas. Abrí mi morral, con la correa de cuero finalmente trabajada con hilos de plata, y busqué en su interior un pergamino con el sello del clan Lepidor. Era la prueba de que yo era quien afirmaba ser. Me sería indispensable para obtener plazas en la manta y para entrar en el Consejo en Taneth.

El oficial cogió el pergamino, que no estaba lacrado, y lo recorrió con la mirada. Pareció encontrarlo aceptable, pues me lo devolvió y nos señaló un lugar cruzando los portales.

—Dirigíos al destacamento del comandante Goraal, el primer muelle a la izquierda una vez que hayáis pasado el portal. —Gracias —le respondió Sarhaddon. Yo asentí con la cabeza, expresando también mi agradecimiento, y cruzamos las dos barreras de guardias acorazados situados en el frío arco de los portales. La escena interior mostraba una intensa actividad.

El puerto militar de Pharassa no había cambiado desde la última vez que lo había visto, unos tres años atrás. Los almacenes y tinglados seguían anexos al muro exterior, con sus interiores, similares a oscuras cavernas, repletos de armas, cuerdas, prendas de marinos y vigas de madera.

Frente a nosotros se abría un amplio muelle, que alcanzaba quizá los catorce metros de ancho y rebosaba de actividad: había carros transportando madera, destacamentos de marineros e integrantes de la tripulación de diversos barcos arrastrando fardos de tela. Más allá de los embarcaderos había amarraderos dobles para los buques, que variaban mucho en tamaño. Uno o dos acababan de llegar o iban a partir, con los hombres afanándose sobre cubierta, pero en su gran mayoría estaban amarrados y no los ocupaban más que uno o dos somnolientos centinelas. Bien al fondo podía divisarse el esqueleto de una nave en proceso de construcción. .

Unos metros más abajo, un extenso puente de piedra abría el paso hacia la pirámide, que ahora tenia en su acceso principal una fuente con agua cristalina que no recordaba haber visto con anterioridad. Me pregunté cómo podían obtener agua tan límpida en un puerto. Un grupo de hombres trasladaba una estatua hacia la pirámide en un carro de mano; ¿quizá para decorar el estudio de algún almirante?

El despacho del comandante del puerto parecía la caseta de un mercader: el frente había sido derribado para abrir un mostrador, detrás del cual estaba sentado aquél. Tres o cuatro escribas trabajaban a toda marcha sobre sendas consolas en el cuarto contiguo. El mostrador estaba protegido del sol por un toldo hecho con lo que, sin duda, había sido antes la vela de un barco.

Tres o cuatro personas esperaban que el comandante los atendiera. Dejé que mis dos guardias descansaran a un lado y, mientras permanecíamos los últimos en la fila, me entretuve especulando si los demás eran marinos o militares según la vestimenta. El primero parecía llevar mucho tiempo intentando llegar a un acuerdo sobre algún asunto menor referido a un buque remolque. Por fin pareció resolver su problema y se marchó de prisa con el curioso y ondulante andar de los que han pasado largos periodos en el mar y acaban de pisar tierra firme. Los que estaban detrás de él

liquidaron sus cuestiones rápidamente, y sentimos un gran alivio cuando al fin pudimos sumergimos bajo el toldo —mi túnica era demasiado abrigada para permanecer de pie bajo los rayos del sol.

El comandante del puerto era un hombre corpulento, vestido con una costosa túnica verde oscuro y dotado de una barba rubia bastante más larga que lo acostumbrado.

—El vizconde Cathan de Lepidor desearía una plaza en la manta mensajera con destino a Taneth —explicó Sarhaddon. Era algo habitual, e incluso se daba por sentado, que alguien de mi rango Contase con alguien que hablase en su nombre y, por defecto, Sarhaddon parecía haber asumido ese papel. Cualquiera hubiera sido preferible a Suall.

Extendí otra vez el pergamino con el sello de Lepidor y las firmas de la condesa Irria y el consejero principal Atek. El comandante Goraal revisó el documento de forma mucho más cuidadosa que el oficial del portal, pero finalmente asintió con la cabeza en Señal de aprobación y me lo devolvió.

—Eres el hijo del conde Elníbal, ¿verdad? —me preguntó directamente. —Si.

—Estuvo aquí hace unas semanas, de camino al Consejo. ¿Es éste todo tu séquito? Frunció el ceño, mirando a su alrededor en busca de otras personas además del monaguillo y yo. —Es todo mi séquito —dije—, contando a esos dos centinelas y los bultos. —Veo que eres de los que caminan bajo la luz de Ranthas. Como supongo que tendrás prisa por llegar al Consejo antes de que acabe, te diré que eres afortunado. El Parasur soltará amarras mañana por la mañana. Debéis estar en el muelle submarino tres horas antes del amanecer. Supongo que no os faltará un lugar donde pasar la noche, ¿verdad?

—No sabemos bien dónde lo haremos —respondió Sarhaddon—, ya que acabamos de desembarcar.

—Lo mejor seria que os dirigieseis al palacio, pero también podemos alojaras en los apartamentos de oficiales veteranos. En este momento ninguno está ocupado, ya que todos los oficiales tienen sus propios palacios en la colina. Regresad hacia el crepúsculo si precisáis nuestra ayuda. El sello del pergamino os garantizará mañana el acceso a los portales.

Sarhaddon le dio las gracias y dejamos el puerto militar. —Así que debemos decidir dónde pasaremos la noche —advirtió

Sarhaddon no bien nos detuvimos al inicio de la calle que conducía a la ciudad (la calle mayor, no la que atravesaba los distritos portuarios).

—¿Alguna sugerencia?

—El palacio es más acogedor. En el templo... pues, es difícil de decir. Los sacerdotes siempre quieren asegurarse de que la aristocracia los mire con simpatía y los favorezca. Por otra parte, teniendo en cuenta que el suyo es un puesto político, el exarca no es una mala persona. De hecho, piensa que los herejes carecen de importancia.

Pasamos de la amplia y populoso calle a una avenida aún más llena de gente. Un grupo de hombres a caballo lujosamente ataviados avanzaba por el centro, en dirección al palacio. Tambaleándose detrás de ellos iba una carteta cargada hasta el tope con toneles de vino.

—Creo que deberíamos seguirlos —sugerí—. En caso de que vayan al palacio, entonces damos media vuelta y nos dirigimos al templo. Lo más probable es que, con el rey y su heredero en Taneth, algunos de sus hijos más jóvenes y sus consejeros aprovechen la oportunidad para organizar fiestas y emborracharse.

—¿Es que los nobles de este lugar hacen tal cosa? —inquirió Sarhaddon con inocencia. Sin duda, él me superaba en conocimientos sobre muchas cuestiones, pero yo sabia, al menos, qué podía esperarse de la aristocracia en la isla de Pharassa. Con todo, no se puede decir que ese saber fuese muy útil; no se trataba de un conjunto humano particularmente interesante.

—Aquí en Pharassa, el tercer hijo del reyes un mujeriego consumado. Por lo general hay alguien que lo mantiene bajo control, pero, como este año el heredero se Ira ido a Taneth con su padre, supongo que las medidas de seguridad que se hayan tomado no han dado resultado. Tampoco el segundo hijo sirve para nada: es un fanático religioso que se pasa el tiempo celebrando rituales y cosas por el estilo.

Las calles estaban inundadas por gente de todas las nacionalidades, ricos y pobres por igual, y en las aceras había opulentas tiendas y edificios. Cruzamos la parte baja de la ciudad en dirección a la colina, donde estaban

las viviendas de los comerciantes más reputados, quienes se encargaban de la venta de seda, oro, joyas y vino. El atuendo de los transeúntes comenzaba a ser más cuidado y de mejor calidad, con múltiples adornos en lugar de cintas de colores.

La arquitectura de Pharassa era sutilmente distinta de la de Kula y Lepidor. No se veían allí demasiadas columnas acanaladas y los edificios tendían a tener más líneas rectas, sin cúpulas. Al parecer, en algún momento, el mercado central había sido un punto de encuentro de reuniones políticas y podía acordarme de la inscripción que me habían mostrado sobre la puerta de una antigua cámara acorazada: «República Pharassae». República de Pharassa.

Según el Dominio, había sido arrasada por Aetius unos doscientos años atrás. Después de leer aquel texto que me dio mi madre, ya no estaba tan seguro de que las cosas hubiesen sido así.

Cuando los hombres a caballo se adentraron en las puertas exteriores del palacio, que dominaba la arquitectura de la ciudad en la cuna de la colina con sus elegantes torres de cinco plantas, di orden de detenemos.

—No permaneceré en el palacio durante una de sus fiestas desenfrenadas. Por muy confortable y lujoso que sea, no merece el fastidio de ser tratado como un pueblerino por esos desperdicios humanos en medio de sus orgías alcohólicas.

—Te has puesto inusitadamente mordaz —comentó Sarhaddon mirándome fijamente. —Debo de tener una veta puritana. Jamás he sentido inclinación por beber hasta perder la conciencia.

En realidad, ése no era en absoluto el motivo de mi reacción.

—Pues se trata de una beneficiosa virtud, si pienso en algunos sacerdotes de Taneth. Vamos pues, descendamos otra vez la colina. Estamos en el extremo de la ciudad opuesto al templo. En la práctica, era posible ver el templo desde cualquier sitio, pensé a medida que nos aproximábamos y distinguía encima de nosotros la mayor parte de su gigantesca estructura. El avarca de Lepidor me había contado que todos los templos del Dominio son construidos siguiendo el mismo patrón: un inmenso zigurat, cuyas dimensiones y altura reflejan la salud y prosperidad de la ciudad, con un

extenso conjunto de edificios más pequeños rodeándolo en la base. El zigurat de Pharassa tenía tres plantas. Una base colosal de unos veintiséis metros de alto, en la parte superior de la cual había una amplia plataforma sobre la que se apoyaban la segunda y la tercera planta, de dieciséis y siete metros respectivamente. Coronando la tercera planta se hallaban los dos santuarios gemelos, cuyos muros exteriores rebosaban de decoraciones en oro. Se accedía a todos los niveles a través de una gran escalinata que partía del patio en la base del edificio y de dos escalinatas secundarias que salían a ambos lados pero que se unían a la escalinata principal en una especie de portal en lo más alto de la primera planta. Era de una monstruosidad que quitaba el aliento y no pude evitar sentirme insignificante a su lado.

Mientras observábamos el zigurat, de los dos santuarios superiores emergió una procesión de sacerdotes con túnicas colocadas, que comenzaron a descender a pasos lentos y medidos por la escalinata central.

Sarhaddon entre cerró los ojos para evitar el sol, que se encontraba casi justo encima de la procesión. El resplandor hacia difícil contemplar la escena.

— La bendición de mediodía —me explicó el monaguillo—. Es una tradición en los zigurats.

Nos aproximamos a la construcción que rodeaba el complejo cuyos muros exteriores conformaban una sólida muralla cuyo único acceso era el patio central. A través del mismo, dos corrientes humanas se movían en ambas direcciones. En general pertenecían a las clases más pobres: trabajadores y pequeños comerciantes. Estaban allí para rendir, o acababan de hacerla, su diario homenaje a Ranthas en el patio. Los ciudadanos más acaudalados de Pharassa, fundamentalmente los mercaderes y artesanos de estatus más elevado, rendirían su homenaje más tarde, cuando el calor disminuyese un poco y no hubiese tanta gente alrededor. «Religión según el rango«, pensé con cinismo.

Atravesamos las grandiosas puertas del templo, cubiertas de pinturas murales, y nos sumergimos en el populoso patio. Sarhaddon señaló a lo lejos una nueva puerta, mucho más pequeña, a la izquierda de las escalinatas del zigurat.

—Aquélla es la entrada al sector reservado a los sacerdotes —me dijo —. Primero, sin embargo, debemos abrimos camino entre toda esta gente.

La multitud estaba en permanente movimiento y todos se empujaban en el intento de alcanzar con mayor rapidez los altares del sector medio del zigurat.

—Quizá hubiese sido mejor acceder por alguno de los lados —observé —. Allí hay menos gente.

Rodeamos la parte trasera y recorrimos el lado izquierdo del patio. En ese momento el sol daba casi de lleno sobre nuestras cabezas y los muros apenas ofrecían una mínima sombra. La procesión que había partido de los santuarios en la cima del zigurat desaparecía ahora de nuestro campo visual al entrar en los diversos recovecos y escalinatas del propio edificio, pero sus integrantes volvían a divisarse cecea de nosotros, tras el muro que separaba el patio exterior del interior del templo.

—Bien, bien, me pregunto qué están haciendo aquí —meditó Sarhaddon cuando nos aproximábamos a la puerta. Yo no sabía a qué se refería, pero lo comprendí cuando echamos un vistazo dentro.

De pie junto al acceso al templo había varios sacerdotes guerreros sacri, los primeros que veía en mi vida. Dos centinelas custodiaban la entrada, cada uno vestido con una túnica y pechera blancas y, sobre las mismas, armaduras lacadas en carmesí. Cada uno portaba una lanza en la mano derecha y un escudo descansaba en la izquierda. Los cascos, también lacados en carmesí, estaban coronados con penachos de plumas y, a la altura de las orejas, sendas telas (también rojas) cubrían el resto del rostro, dejando a la vista sólo la abertura de los ojos. Al pasar junto a ellos sentí una aura de amenaza y agradecí no contar en Lepidor con personajes semejantes.

—¿Qué es lo que deseáis? —inquirió uno de ellos con una voz que parecía carecer de toda inflexión, una voz que me pareció fría e inhumana.

—Soy el monaguillo Sarhaddon de Lepidor, escoltando al vizconde Cathan de dicha ciudad para pasar la noche en el templo.

—No hemos sido informados de vuestra llegada. ¿Lleváis algún documento que atestigüe lo que decís? —La voz del guardia no cambió de

tono ni siquiera al formular la pregunta y yo sentí un escalofrío.

Sarhaddon me dirigió una mirada y, una vez más, exhibí el pergamino y se lo tendí a los sacri. —Que Ranthas te acompañe, vizconde Cathan, y que su luz te ilumine en tu visita a nuestro hogar —dijo el guardia antes de devolverme el documento un instante después. Nos pidió que avanzásemos, luego se volvió dándonos la espalda y le ladró una orden a un novicio que esperaba puertas adentro, quien salió corriendo de inmediato.

—Pronto vendrá alguien de rango adecuado para recibiros. Una vez bajo la escasa sombra brindada por el portal, elevé las cejas expresando mi desconcierto, pero Sarhaddon me pidió silencio y yo me pregunté si el monaguillo estaría nervioso. Dentro podía verse un patio pequeño rodeado de columnas; hacia la derecha se hallaba la escalinata que conducía al frente del zigurat. Contra la base del gigantesco edificio había algunas construcciones de dos o tres plantas y alcanzaban a verse otras construcciones contra los otros lados. El novicio desapareció en la penumbra de la columnata situada ante nosotros. Tras un instante notamos un gran flujo de actividad y aparecieron dos sacerdotes escoltados por, cuatro o cinco monaguillos.

—Bien venido, vizconde Cathan —dijo el sacerdote que iba a la cabeza del grupo, un hombre corpulento con una pronunciada nariz aguileña. Su túnica, de color rojo como las que debían llevar todos los sacerdotes, eran de fina calidad y su cinturón tenia incrustaciones de fibra de oro.

—Soy Dashaar, el encargado del templo —ill1unció—, y mi compañero es el encargado asistente Boreth. He oído que deseáis ser alojados.

—¿Qué mejor lugar podríamos hallar para pasar la noche?— Exclamé inseguro de mi mismo. —Por cierto, es obvio que eres de los que caminan bajo la luz de Ranthas —lo dijo de un modo que sonaba un poco forzado, como dicho de memoria—. ¿El monaguillo Sarhaddon es tu escolta?

—Así es.

—Entonces se le brindará el respeto que corresponde a los integrantes de tu séquito —anunció Dashaar con el ceño fruncido—. ¿Éstos son tus únicos acompañantes?

—Me gusta viajar ligero de equipaje —afirmé. Suall y Karak, al parecer, no tenían para él demasiado interés.

—Vamos —sugirió Dashaar—, no debemos dejar que permanezcas de pie bajo el sol. Entremos al templo, donde hallaremos para ti un alojamiento propio de tu rango y haremos que Etlae te reciba en audiencia. Me temo que en este momento el ex arca no se encuentra aquí, sino en la Ciudad Sagrada

¿Quién es Etlae? A cada paso que daba juma a Dashaar y sus compañeros, y mientras los monaguillos aliviaban a Suall y Karak del peso de los bultos, no dejaba de sorprenderme el cálido y efusivo recibimiento del encargado del templo. Detrás de sus caballerescos modales y su cordialidad, aquél era un hombre astuto en el que no se debía confiar del todo, eso podía percibirlo. Sin embargo, ¿era costumbre congraciarse con todos los nobles, por muy menores que fuesen? Sin duda, semejante bienvenida había sido mejor que la que me hubiesen brindado en el palacio. Pero ¿por qué dársela al heredero de un clan al que incluso los habitantes de Pharassa consideraban situado en los límites de la civilización? Tenia que mantenerme despierto.

Cuando estuvimos bajo la sombra de las columnas y pasamos al interior, a través de un amplio portón quedé impresionado por la opulencia del lugar. Era evidente que competía en lujo con el palacio de Pharassa y que superaba con creces a cualquier edificio de Kula o Lepidor. Los suelos eran de mosaico o de mármol blanco pulido; los muros estaban decorados con bellos y costosos frescos y las columnas eran de madera de cedro dorada. Incluso la bóveda del techo, sobre nuestras cabezas, estaba pintada con brillantes colores. A intervalos regulares se encendían lámparas de incienso, cuya humareda envolvía todo el edificio con un dulce aroma de ensueño. Pensé que cualquiera podría perderse a sí mismo en este tipo de lujo.

Dashaar nos guió escaleras arriba hacia una extensa antesala y nos invitó a tomar asiento en sillas almohadilladas. En seguida se nos sirvió vino en copas doradas con incrustaciones de piedras semipreciosas.

—Veo que estáis admirando nuestra decoración —comentó Boreth, un hombre de menor estatura que Dashaar pero no menos zalamero—. Este

templo ha sido construido para glorificar a Ranthas, y ¿qué mejor forma de adorado que prodigando la mayor atención a los lugares asociados con él?

—¿Quiénes son ésos, Dashaar? —indagó una voz en tono autoritario. Todos se miraron sorprendidos, y Sarhaddon dejó la silla y se echó al suelo apoyado sobre una rodilla. No me quedé menos sorprendido cuando logré echar un vistazo a la figura que había hablado, que apareció desde el portal que comunicaba con una sala externa. Una ligera brisa nos llegó desde el hueco de la puerta.

La voz pertenecía a una mujer, alta y angulosa, vestida con los colores blanco y dorado del exarca. Su rostro estaba cubierto parcialmente por un velo, pero sus cabellos, de un gris como el del acero y recogidos en la nuca, brillaban a la vista de todos.

—Puedes incorporarte, monaguillo. Bienvenidos, honorables huéspedes. Yo soy Etlae, tercera primada del Elemento y supersacerdotisa del norte.

Mis ojos se abrieron de par en par y le expresé los respetos que alguien de mi condición le debe a un primado. Un primado, nada menos, incluso si era una mujer, una primada del elemento Fuego, que no el dios mismo. Me pregunté qué estaría haciendo en Pharassa.

—Yo soy... Cathan, vizconde de Lepidor.

—¿Qué es lo que te trae al templo y no al palacio?

—He preferido evitar a los valientes que administran el palacio en ausencia del rey.

—¿No deberías estar allí con ellos?

¿Era posible que hubiese un rastro de humor en su voz? —No. Siendo provinciano, no estoy acostumbrado a las fiestas desenfrenadas. —Ya veo —repuso ella estudiándome con la mirada—. ¿Y por cuánto tiempo tendremos el placer de vuestra compañía?

—Sólo hasta mañana.

—Bien —dijo dando media vuelta—. Espero veros nuevamente esta noche durante la cena.

Sin más palabras, la primada se deslizó velozmente hacia la sala contigua por una puerta lejana. Su túnica flotó por un instante a sus espaldas.

—¿Vive aquí? —interrogué, rompiendo el incómodo silencio que se había creado tras su partida. —por lo general reside en Taneth y rara vez nos brinda el honor de su presencia —respondió Dashaar con lo que pudo haber sido un toque de aspereza. Una supersacerdotisa del norte que sólo visitaba su área de influencia de vez en cuando. Me pregunté si el Dominio repetiría esa conducta en algún otro sitio. ¿Acaso el absentismo era algo habitual? Dashaar y Boreth nos entretuvieron durante un rato conversando de cuestiones intrascendentes. Entonces apareció un novicio en túnica marrón, quien anunció de modo vacilante que ya estaba dispuesta una suite para los huéspedes. Boreth murmuró la autorización para retirarse y el joven se esfumó por donde había venido. Entonces, después de recobrar su grandilocuente sonrisa, nos pidió que lo siguiésemos. Nos adentramos en otro de los corredores palaciegos y subimos una nueva escalera. Boreth abrió una puerta y la sostuvo, permitiéndonos cruzar un pequeño pasaje que daba a los aposentos que me habían asignado.

Esas habitaciones podían humillar a las que me pertenecían en Lepidor —en realidad bastaban para superar en lujo a nuestro palacio en su totalidad —. Sobre las relucientes baldosas del suelo había dispersas esteras con elaborados tejidos; los muros estaban cubiertos de bajorrelieves y adornos colgantes, sin duda ejecutados por expertos artesanos. En las esquinas sobresalían aún más mecheros de incienso, pero el aire no era tan denso como abajo porque los aposentos comunicaban con el exterior gracias a un amplio pórtico con vistas al complejo. Lo agradecí para mis adentros, ya que los pocos minutos que había pasado en el templo me hablan bastado para considerar opresivo ese aroma omnipresente. ¿Cómo podían soportarlo día tras día? Los dos centinelas y Sarhaddon dormirían las habitaciones del corredor y compartirían un lavabo. Yo tenía uno privado.

—¿Son éstas las habitaciones destinadas a los huéspedes? —le consulté a Boreth, ya que Dashaar se había retirado antes de que dejásemos la antecámara.

—Si, están reservadas para las visitas de dignatarios seglares corno tú. ¿Saldréis del templo esta tarde?

—El vizconde tiene asuntos que concluir en la ciudad —intervino Sarhaddon con presteza—. Pero regresaremos antes de que anochezca.

—Informaré de ello a los guardias. Se ofrecerá una cena al cabildo de! templo, y quizá deseéis estar presentes. Será después del crepúsculo, en e! refectorio de! exarca, aunque es poco probable que venga él en persona. También estáis invitados a la ceremonia del anochecer en los altos santuarios. ¿Hay algo más en lo que pueda serviros?

—No, muchas gracias.

Boreth nos hizo una reverencia y cerró la puerta tras él. Como nuestros dos guardias se hallaban en sus propias cámaras, Sarhaddon cerró la puerta de la habitación principal y se apoyó contra ella, sacudiendo la cabeza en señal de incredulidad.

—¿Qué sucede?

—Recuerdo que este templo era bastante lujoso —dijo en un susurro, y me sugirió mediante señas hablar tan bajo como me fuese posible.

¿*Bastante* lujoso?, pensé, preguntándome cuál era el misterio.

—Nada es como antes. Dashaar y Boreth son nuevos. Ninguno estaba aquí cuando yo partí. Boreth proviene de Taneth, es evidente por su acento. El lugar rebosa de sacri, ocultos en las penumbras.

—Pues yo no vi ninguno además de los del portal.

—Tú no mantienes los ojos abiertos; estás demasiado ocupado contemplando la decoración como un buey aturdido. Y la primada es desconcertante.

—¿Crees que alguien estará escuchando lo que decimos? —inquirí mientras recorría la habitación con los ojos. Luego añadí—: Me pone la piel de gallina.

La primada había sido lo suficientemente ruda conmigo para que no me importase que supiese lo que opinaba de ella.

—Tienes razón, sin duda hay alguien escuchándonos. Habitaciones de los huéspedes honorables... y, sin duda, habrá algún monaguillo agazapado entre las vigas escuchando todo lo que decimos, de manera que los sacerdotes puedan ponerse al tanto de cualquier secreto. *De cualquier modo, creo recordar que debíamos hacer una visita al cónsul de tu padre*.

Sus últimas palabras iban cargadas de un énfasis cuyo significado pude asimilar tras un momento de confusión.

—Por supuesto. Debemos informarle antes de que se entere por medio de rumores.

Descendimos por los corredores hacia el portal y en dos ocasiones nos desorientamos por los serpenteantes pasadizos. La segunda vez fuimos a parar a una escalera que, según creía recordar Sarhaddon, conducía directamente al patio central, pero nuestro avance se vio interrumpido al final de la sala por una sólida puerta. Sarhaddon maldijo en voz baja y dimos la vuelta, pero no bien cruzamos una cámara cortinada escuchamos el sonido de voces. Me quedé congelado por el pánico.

—¿No se opondrá e! exarca de Cambress? —preguntó una voz masculina.

—El exarca cambresiano no ocasionará problemas —respondió Etlae—. Ha sufrido una repentina enfermedad y le será imposible asistir al cónclave durante el cual será elegido e! nuevo primado. Si los cambresianos no insistieron siquiera en escoger sus propios candidatos, está claro que no nos fastidiarán. Ahora él es el único que podría detener a Lachazzar, pero puedes tener la seguridad de que no estará allí.

—Bien.

Sarhaddon me cogió frenéticamente de! brazo. No aminoramos el paso hasta llegar al patio y, una vez que traspasamos los portales del templo, volvimos a correr hasta quedar sumergidos en el protector anonimato de la ciudad.

OceanofPDF.com

CAPITULO V

Caminamos en silencio a lo largo de la calle central, pasando nuevamente por el mercado principal, una inmensa plaza que era siete u ocho veces más grande que su equivalente en Lepidor. Sus puestos estaban repletos de gente. Algunos eran negocios casi permanentes, dotados de pabellones de suelos alfombrados y con techos de seda meciéndose en la brisa. Incluso el más pequeño de ellos mostraba un grado de prosperidad desconocido en costas más lejanas.

Aunque las tiendas estaban dispersas en una área muy amplia, los espacios vacíos entre las mismas eran ocupados por personas. En más de una ocasión fuimos empujados contra el extremo de un puesto cuando algún mercader lo suficientemente rico para permitirse una escolta se habría paso entre la multitud.

—¿Por qué estamos aquí? —le pregunté a Sarhaddon cuando pasó un tercer mercader de esas características y a duras penas evitamos estrellamos contra las mercancías de un vendedor de ropa. Éste cerró el puño ante nosotros en señal de furia contenida y luego repitió el gesto en dirección al dignatario que atravesaba la calle, murmurando maldiciones para ambos por igual.

—En caso de que alguien se pregunte por qué partimos con semejante apuro o de que alguien nos haya visto e intentase seguirnos —explicó Sarhaddon—, no hay manera de que nos rastree en medio de esta multitud.

—¿Adónde nos dirigimos?...

—No tengo ni idea —respondió—. Este sitio es demasiado público como para que podamos conversar.

Meditó por un momento y luego dijo:

—Deberíamos ir a un jardín del barrio de los mercaderes ricos.

Nos mezclaremos entre ellos y nadie se atreverá a cuestionar el derecho del hijo de un conde a gozar de paz y tranquilidad.

—Creo que últimamente no hemos tenido demasiada paz ni tranquilidad.

—Muy bien, muy bien —advirtió el monaguillo con tono distraído, lo que ya no me resultó sorprendente.

Así, pronto abandonamos el gentío de la plaza del mercado y orientamos nuestros pasos hacia una calle parecida a la central pero mucho menos populosa, por la cual avanzamos hasta divisar a la izquierda una extensión de verde protegida por una muralla. Un agradable aroma a hierba y flores reemplazó la acritud del resto de la ciudad.

—Éste es el acceso a la calle —dijo Sarhaddon—. Allí nos toparemos con un centinela. Intenta exhibir el aire más noble que puedas e infórmale de quién eres con autoridad.

En la práctica, la estrategia de Sarhaddon demostró ser perfecta para tratar con el solitario y elegante centinela que custodiaba la entrada al parque. Supuse que los habitantes del barría contarían con sus propios accesos en la parte posterior y podrían entrar directamente. Sin embargo, estaba seguro de que no admitirían que vagase por allí ninguna chusma, que podría quizá pretender atentar contra alguno de los habitantes de este exclusivo barrio del distrito.

Dentro había una profusión de espacios verdes, fuentes con chorros de agua y más de una pequeña torre con una cámara interna privada. Me sentí allí más a gusto que en cualquier otro sitio desde que dejamos Lepidor, donde los edificios estaban separados por grandes espacios y había un montón de lugares abiertos. Los jardines de la zona baja de Pharassa hablan sido diseñados varias décadas atrás y se percibía en ellos un ambiente incómodo y árido.

—Parece que estas torres tienen muchos usos —dijo Sarhaddon señalando hacia una, donde podía divisarse una pañoleta de mujer, descuidadamente caída sobre una pequeña escalinata descendente.

En otras torres podía percibirse el sonido apagado de voces provenientes de cámaras ocultas, voces lo bastante potentes para ser oídas desde el exterior, pero lo bastante sutiles para que quien las oyese desde afuera no fuese capaz de desentrañar sus palabras. Razoné que con toda probabilidad, los habitantes de Pharassa veían estos jardines como el sitio para llevar a cabo negocios que no superarían una investigación oficial. ¿Habría allí espías escuchando? Con toda seguridad, los mercaderes no permitirían tal cosa.

Al fin hallamos una torre vacía. La cámara subterránea era pequeña pero acogedoramente fresca, y todo su mobiliario consista en un largo banco de piedra que recorría la parte inferior de los muros.

—¿De qué trata todo esto? —pregunté.

—Para simplificar la cuestión —contestó Sarhaddon con una sonrisa— te diré que algunos traidores planean hacer de Lachazzar el nuevo primado.

—¿Lachazzar?, ¿aquel fanático quemador de herejes siempre presto a blandir la espada del que me habías hablado? Sarhaddon había sido muy enfático acerca de la posición de Lachazzar en el lado de los lunáticos. ¿Cómo podía alguien tenerlo en consideración entonces para el cargo de primado? —El mismo. Parece que tiene partidarios en las más altas esferas.

—¿Qué fue todo eso sobre deshacerse del exarca de Nueva Hyperia? —Los cambresianos, en otras palabras, todos los habitantes de Nueva Hyperia, designan a sus propios exarcas —explicó Sarhaddon, caminando en circulas por el suelo de la cámara como un tigre encerrado.

Lo sabia, aunque no podía recordar de cuál de mis tutores lo había oído. Habían adquirido el poder de elegirlos hacia unos veinte años, cuando el Dominio comenzó a presionar e interferir demasiado sobre las autoridades locales. Los almirantes cambresianos, sus lideres, encarcelaron a los sacerdotes y a los magos de su territorio y amenazaron con enviar una fuerza revolucionaria contra la mismísima Ciudad Sagrada. Aquello, pensé,

debió de ser cuando los haletitas eran débiles, ya que ahora la Ciudad Sagrada era considerada inexpugnable para cualquier ejército hostil.

Por entonces, el Dominio carecía aún del poder suficiente como para imponer sus propias decisiones, motivo por el cual claudicaron, permitiendo al gobierno cambresiano un considerable grado de control sobre los templos ubicados dentro de su territorio. El acuerdo incluía el derecho de los almirantes a supervisar los nombramientos del avarcado y del exarcado. Por tal motivo, el exarca de Nueva Hyperia, uno de los más veteranos entre los exarcas, siguiendo en importancia y poder sólo a los de Taneth y la Ciudad Sagrada, era por lo general una figura muy independiente. Y, con la flota de Cambress como apoyo, su poder debía de ser bastante considerable.

—El exarca actual no es la excepción —culminó Sarhaddon—. Se trata de un hombre moderado y sensible, y su opinión podría decidir la elección. En caso de que fuese envenenado, como se desprendía de la conversación, entonces los sacri de Nueva Hyperia no estarán allí para influir en la elección del nuevo primado. Sin su apoyo Y la presencia del exarca, los moderados perderán buena parte de su poder. Ya te imaginas lo que sucedería en ese caso.

Yo no sabía ni comprendía mucho sobre las cuestiones políticas más allá de Océanus, pese a los infatigables esfuerzos de mi padre por enseñármelas. No obstante, pude vislumbrar lo que insinuaba Sarhaddon.

Morirían miles de personas más y el Dominio tendría un poder cada vez más consolidado. Los avarcas moderados serían reemplazados en un intento de los zelotes por cortar de raíz el más leve rastro de pensamiento original. E incluso Nueva Hyperia podría ser afectada, aunque me resultaba difícil imaginar a una organización tan extendida como el Dominio teniendo demasiado poder sobre Cambress. Aun así, el ascendiente naval de Cambress, más arraigado todavía que el de Taneth, había durado siglos y, sin embargo, no había obtenido más que un escaso poder sobre el Dominio, y eso apenas hacia una pocas décadas.

Nueva Hyperia... ¡la manta! ¡La manta negra que había agredido a Xasan! Los asuntos militares eran algo de lo que yo sí entendía —¡Entonces el Dominio podría estar detrás del ataque a Xasan y al Lion!

Sarhaddon aminoró de repente la velocidad de sus pasos y sus ojos se iluminaron.

—¡El fuego de Ranthas, Cathan! ¡Debe de ser sólo eso! Quizá Xasan tropezó con algo durante su estancia aquí, algo relacionado con el plan. Aunque haya intentado disimularlo, se habrán dado Cuenta de lo que sabía.

—O quizá haya sido por diversión, con la intención de focalizar en eso la atención de los cambresianos.

Sarhaddon parecía confundido.

—¿De qué querrían distraer a la gente de Cambress?

—¿De oscuros sucesos que se producen en Equatoria?, ¿de la movilización hacia allí de un nutrido grupo de sacri? Es sólo una hipótesis.

—Lo más probable es que teman que alguien vea una Conexión entre cualquier suma de acontecimientos extraños y que por ese motivo se preocupen de inventar fantasmas con la intención de cubrir las pistas. Sea cual sea el plan, ensombrece a toda Aquasilva.

Me sentí invadido por un escalofrío. Esa gente había envenenado o pretendía envenenar al exarca de Nueva Hyperia. Parecía poco probable que se dejasen estorbar por un príncipe menor problemático y un monaguillo que había descubierto sus intenciones.

—Ahora no hay nada que podamos hacer al respecto. Lo único que podemos ganar es ser asesinados. ¿Por qué involucramos, entonces? —dije.

—Podríamos avisar a tu padre cuando alcancemos Taneth. Quizá él consiga advertir al resto del Consejo y quizá ellos puedan hacer algo.

—¿Piensas que nos creerán? ¿Lo harán?

—Es posible que sea un disparo en la oscuridad, pero es la única manera de que alguien se entere de lo sucedido, incluso si llegamos tarde. Según las últimas novedades que oí, la vida del primado Halezziáh está extinguiéndose velozmente y le quedan sólo unas pocas semanas en este mundo. Podría morir antes de que llegásemos a Taneth; por lo que nos consta, podría estar muerto en este preciso instante. Lleva una semana dirigirse desde Taneth hasta la Ciudad Sagrada y otra semana regresar aquí.

—¿Tienes alguna idea concreta sobre el modo en que se elige el primado? —interrogué. —Se trata de una especie de elección en la que

votan todos los exarcas y los tres primados inferiores.

—¿Cuántos exarcas habrá allí?

Sarhaddon se quedó inmóvil y pensó con cuidado.

—Diez: Océanus, Thetia, Nueva Hyperia, Equatoria, Huasa, el Archipiélago, Silvernia y las Islas, sumados a los exarcas de las órdenes Sagrada, Inquisitorial y Monástica.

Y así, con sólo trece votantes, la ausencia de un único exarca, uno especial y ampliamente respetado, el impacto seria enorme.

—¿Cuántos de ellos estarán dispuestos a apoyar a Lachazzar?

—No estoy seguro de eso. La mía es sólo una opinión, por cierto, porque no tengo una idea cabal del modo en que funcionan las cosas o del auténtico vigor de las alianzas. Pero, según mi parecer, es casi seguro que los líderes de las tres órdenes votarán a alguien de línea dura; cuanto más fanático sea, mejor. Lo mismo sucede con el representante del Archipiélago. Tanto Nueva Hyperia como Océanus son liberales y es probable que también Silvernia y lo más probable es que el segundo primado se vote a si mismo.

Parecía un sistema casi equilibrado... siempre y cuando el representante de Nueva Hyperia estuviese allí. Pero si prosperaba el plan de Etlae, ya no habría equilibrio alguno. De cualquier modo, ¿existía algo que pudiésemos hacer al respecto? Era un asunto interno del Dominio, sobre el cual el Consejo de Aquasilva no tenía ninguna injerencia.

Sarhaddon comenzó a dar vueltas una vez más y yo medité por un momento. —¿Y si sencillamente nos olvidamos de que hemos oído algo?

—propuse. El monaguillo se detuvo de forma abrupta, me miró a los ojos con una expresión extraña que mediaba entre la confusión y la sorpresa, y al final me dijo: —¿Por qué?

—Lo único que haríamos seria atraer toda la atención hacia nosotros y hacia mi padre. El Consejo no puede hacer nada y ni siquiera los mismos cambresianos son para el Dominio la amenaza que fueron alguna vez.

—Por lo tanto, lo que sugieres es que deberíamos dejarlo pasar. —¿Preferirías perder la cabeza?

— ¿Asustado, Cathan? ¿Y qué hay de los miles de personas que serán quemadas si Lachazzar tiene éxito?

—¿Cómo podemos, entonces, impedir, que Lachazzar suceda al viejo primado? ¿Poniendo sobre aviso a los cambresianos? Si Halezziáh está tan enfermo como tú dices, con certeza será demasiado tarde. Entonces Cambress deseará saber cómo nos enteramos.

Y una vez que Lachazzar sea primado, ya no habrá nada que podamos hacer.

—Supongo que tienes razón —murmuró Sarhaddon.

No me hacia sentir nada cómodo ni feliz, sino más bien avergonzado, el hecho de haber considerado la supervivencia de mi propia familia por encima de la de otras miles. Pero ¿qué otra cosa *podríamos*, haber hecho?

Sarhaddon, por ser sólo un monaguillo, no fue invitado esa tarde a comer con el cabildo del zigurat. Había sido conducido al refectorio para cenar junto a otro monaguillo que era unos pocos años más joven que él. Así, debí ocupar en soledad la suite del cabildo. No me sentí en absoluto cómodo: extrañamente, había muy pocas personas allí.

Dejé mi habitación con una vaga idea del sitio hacia el cual me dirigía —tanto Boreth como Dashaar estaban ocupados en sus asuntos—, pero al cabo de unos minutos estaba ya perdido por completo. Concluí con pesar que mi sentido de la orientación era aún peor que mi aritmética, y jamás había pensado que eso fuese posible.

Al fin me topé con alguien en un estrecho corredor con suelo de baldosas que, yo suponía, se hallaba en la primera planta. Aunque el sol ya había caído, lo reemplazaban cientos de lámparas que, según me informaron, funcionaban mediante un sistema de tuberías instalado por dentro de los muros, que derivaba en una reserva subterránea de aceite. Los paneles de madera y los tapices de las paredes reflejaban la luz y la devolvían al interior. Se creaba así un ambiente cálido y bastante acogedor, que me pareció muy distinto a la ampulosidad que podía percibirse de día. Con todo, aún estaba perdido y me preguntaba dónde estarían los cientos de

asistentes a la reunión del zigurat. Entonces, a unos pocos metros, se abrió una puerta lateral y apareció una joven. Llevaba en las manos lo que parecía un bollo y un trozo de pescado seco. Al verme lanzó un quejido:

—¡Maldición! ¡Por todos los demonios...!

Luego me observó con mayor detenimiento y percibí una luz de esperanza contenida en su rostro.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Me he perdido —confesé.

Se apartó del rostro un mechón rebelde de cabellos rojizos Y suspiró en señal de alivio.

—Tú eres sólo un visitante —advirtió—. ¿Adónde te diriges? —Hacia las salas del cabildo.

—Excelsa compañía. Un conjunto de hipócritas engreídos, movidas por cuestiones terrenales, que no deberían estar al frente de de una perrera y mucho menos de un zigurat —dijo ella con desprecio—. No me importa si eso te ofende. Después de todo, ¿que me queda por perder?

—No pertenezco al Dominio —le expliqué, preguntándome quién seria. Tenia aproximadamente mi edad (quizá fuese uno o dos años mayor) e iba vestida con una deformada túnica marrón de novicia. Era también de mi misma estatura y con idéntica amplitud de hombros, lo que no era del todo extraño, ya que yo era delgado como un palo de escoba y de muy baja estatura.

—La verdad es que no me había percatado. No tienes la apariencia de quienes dominan el mundo. Ya que no eres uno de ellos, entonces puedo tratarte con cortesía. Si me permites dejar esto en algún sitio —dijo refiriéndose al pan y al pescado—, me alegrará mostrarte dónde está la sala de los cerdos.

—¿La sala de los cerdos?

—Te lo diré en un minuto.

Se hizo a un lado y desapareció por el corredor. Me volví y observé cómo escrutaba a escondidas antes de avanzar por el siguiente corredor. Entonces se esfumó tras una esquina. Unos momentos después estaba de regreso.

—Algo excesivo para ser una comida rápida. El cabildo se alimenta con carne de venado que llega congelada desde Silvernia, aunque los novicios debemos purificar nuestros cuerpos con estas menudencias. Pero, claro, ésa es sin duda la voluntad de Ranthas.

Hizo una pausa, interrumpiendo su diatriba, y se presentó: —Lamento haberme olvidado, soy Elassel Sandriem. —Cathan Tauro —dije yo.

—¿Título? —preguntó mientras me guiaba en la misma dirección que yo había seguido poco antes.

—Vizconde. ¿Cómo lo has sabido?

—Sólo personas con titulo o vastas sumas de dinero comen con el cabildo. Con seguridad tú debías ser un aristócrata o el heredero de alguna familia. Aquí no se molestan en tratar con gente cuyos cofres no rebosen de oro o que carezcan de influencias.

—¿Por qué eres novicia si odias tanto el Dominio?

—Mi padrastro, que es un sacerdote, se encuentra por un lapso de seis meses trabajando en el interior como misionero. Por eso me Ingresó como novicia, para alejarme de cualquier problema hasta que regresen él y mi madrastra. Supongo que esperaba que hallase una vocación, pero dudo que sea tan afortunado.

El tono de su voz sugería que el padrastro lamentaría también el haberla metido a novicia. —¿Qué haces tú aquí? —indagó ella mientras subíamos unas escalinatas. Pude ver una estatua que reconocí, y comprendí que había estado en la planta equivocada.

—Estoy de camino hacia Taneth. Hemos descubierto un yacimiento de hierro y mi tarea es llevarle a mi padre, que está en el Consejo, las novedades y algunas muestras de mineral.

—¿A qué clan perteneces?

—Lepidor —afirmé mientras circulábamos por el pasillo central del zigurat, de unos cuatro o cinco metros de ancho, y penetrábamos en otro corredor aún más suntuosamente decorado. Desde algún otro lugar del pasadizo se coló el sonido de alguien tocando el laúd y Elassel se detuvo de forma abrupta. Yo no llegué a pararme a tiempo y tropecé con ella.

—Lo siento —me dijo volviéndose mientras yo retrocedía un paso—. Nunca antes había oído a ese músico y creía conocer a todos los intérpretes de laúd del palacio.

Me detuve un instante, preguntándome qué había querido decir con eso.

—¿Es que puedes reconocer a cada intérprete con sólo oírlo?

—Por supuesto —sostuvo como si fuese la cosa más natural del mundo —. Ayuda el hecho de haberlos escuchado tocar a todos alguna vez. La mayor parte de ellos no son muy dotados, pero éste, sea quien sea, tiene talento.

—¿Y qué me dices de ti?

—Yo soy la mejor intérprete de todas las novicias y mejor que muchos de los sacerdotes. Es lo único que puedo hacer sin cometer ningún error.

Jamás había conocido antes a alguien tan directo como ella, menos aún a alguien de mi edad (exceptuando al tercer hijo de Courtiéres, que me trataba como a un igual), y me pareció un cambio agradable.

—A propósito, aquí es. Los salones del cabildo se hallan justo doblando en la siguiente esquina. Yo no quiero ir más allá porque en ese lugar habrá sacri vigilando y me resultan repugnantes. Es una pena que no te quedes más tiempo; me harías buena compañía. Adiós.

Me sonrió y luego partió de prisa por el mismo camino por el que habíamos llegado. Permanecí inmóvil durante un instante: atónito, preguntándome por qué me parecía tan familiar. Debí preguntarle cuál era su origen.

Pero ya era demasiado tarde para hacerla. Además, no era su intención ofender al cabildo, así que avancé en la dirección que ella me había señalado y doblé para adentrarme en un corredor más amplio, que culminaba en un par de puertas bañadas en bronce. Dos sacri las custodiaban, impasibles, llevando exactamente las mismas armaduras y el mismo uniforme que los que había visto antes.

—¿Eres el vizconde Cathan? —inquirió el que estaba a la izquierda, utilizando el ya conocido tono fría y desapasionado que había empleado conmigo el otro centinela. ¿Acaso los entrenaban para hablar así?

—Si —respondí, repentinamente consciente bajo su impersonal escrutinio de que mi cinturón estaba un poco torcido. No dijo nada durante un minuto. Luego abrió una de las puertas y agregó:

—Sígueme.

El sacerdote guerrero de armadura carmesí me condujo a lo largo de un salón abovedado sembrado de antigüedades y luego a través de otra impresionante puerta. Salimos a un salón de elevados techos, cuyas altas ventanas estaban cubiertas por cortinas escarlatas.

Siete u ocho sacerdotes y una sacerdotisa, Etlae, estaban sentados alrededor de una extensa y reluciente mesa de madera negra. Dashaar se puso de pie, tomó la palabra y me preguntó dónde estaba mi escolta. Dijo que Boreth había sido enviado a buscarme, pero que en el camino se había distraído, o eso, al menos, fue lo que me pareció entender. Dashaar ordenó a los sacri que se retirasen y señaló el único sitio que quedaba libre, a dos asientos de distancia de Etlae en la mesa oval. Dispuesta para la cena, la mesa era casi una obra de arte, con porcelana y cristalería que superaban todo cuanto había visto en Lepidor.

Según se iban sirviendo los cinco platos, cada uno más extravagante que el anterior, recordé las palabras de Elassel sobre la sala de los cerdos. Comprendí lo que quería decir. Todos comían con entusiasmo y daba la impresión de que lo hacían con regularidad. Había excepciones: Etlae, quien se limitaba a degustar porciones pequeñas de los platos menos exóticos, y otro sacerdote, alto y demacrado, que no comía prácticamente nada.

Después de preguntarme sobre la mina de hierro y mis actividades más recientes —yo aseguré ignorar la extensión exacta del yacimiento—, la conversación derivó en general hacia cuestiones políticas, de las que no entendí la mayor parte, aunque intenté memorizar tanto como me fue posible. Algunos sacerdotes eran más bien condescendientes, lo que me irritó, pero la verdad es que no estaba demasiado concentrado. Sólo más tarde, rondando el fin de la cena, la charla del cabildo tocó un tema que cautivó mi atención. El tesorero había estado hablando durante un tiempo de modo superficial sobre las ramificaciones de algunos acuerdos

comerciales que el Dominio había cerrado con un grupo de grandes familias de Taneth. El objetivo era regular de forma más efectiva el comercio dirigido a la Ciudad Sagrada, y a mi eso me sonó como si se estuviese proponiendo la creación de un monopolio.

—Y, por supuesto, el paso siguiente es un acuerdo que certifique la seguridad de nuestra gente cuando viaja hacia y desde los continentes —afirmó.

—¿Para qué necesitaríamos eso? —preguntó un hombre de edad avanzada y barba blanca que parecía estar despierto sólo a medias. Era el canciller, que según me habían explicado era un cargo honorario que se concedía a los avarcas retirados.

—Por los ataques —dijo el de aspecto demacrado. No llegó a agregar<<estúpido», pero quedó implícito en la frase—. Muchos de nuestros hermanos han sido capturados o asesinados en el mar.

—¿Sabemos ya quiénes son sus lideres? —le preguntó a Etlae uno de los otros.

—No —contestó la primada inferior—. Quizá un grupo de renegados o de terroristas. Los esfuerzos de la inquisición se ven perturbados por e! hecho de que sus colaboradores desaparecen uno tras otro. Supongo que no tardaremos en encontrar una respuesta. Su voz terna un aire de conclusión; al parecer no quería que siguiese la discusión sobre e! asunto.

Sin embargo no podía detener mis pensamientos. ¿Ataques en e! mar? Me pregunté si existiría alguna relación entre esos ataques y la manta negra. Quizá también en este caso la manta negra fuese la responsable.

Concluida la cena, antes de retirarme a mi habitación, Etlae me ofreció quedarme un día más para ser e! invitado de honor en la Fiesta de la Llama Estival del zigurat, y coger la manta fragata que partiría a la siguiente jornada (era una manta mucho más rápida, por lo cual sólo perdería un día en Taneth). Decliné la oferta de la manera más gentil que me fue posible, recordándole que estaba escaso de tiempo y que, además, quienes estaban siendo atacados eran los sacerdotes del Dominio. Viajar en una manta del Domino no me parecía seguro. Por otra parte, creí que tenía menos riesgo

ponerme en manos del ejército imperial que en las de la curia. No le mencioné la propuesta a Sarhaddon.

A la mañana siguiente desayunamos en nuestras habitaciones y al poco abandonamos el templo por la puerta posterior. Por allí, en opinión de Sarhaddon, el camino era más corto y con menos gente que cruzando las calles principales para descender al puerto.

Escoltados por nuestros dos guardaespaldas, nos deslizamos entre el bullicio matinal del barrio de artesanos de Pharassa, que, aunque provisto de una intensa actividad, estaba menos poblado y sucio que las avenidas centrales. Allí se hallaban los talleres de los artesanos (los orfebres, los fabricantes de muebles, los talladores de piedras preciosas, los luthiers), dedicados a todos los ramos que uno pudiese imaginar. Sí hubiese tenido más tiempo, sin duda habría visitado a alguno de los fabricantes de instrumental científico con los que nos cruzamos. Precisaba un espectómetro de éter para analizar el agua. Los oceanógrafos de Lepidor no teman y era imposible conseguirlo en la tienda de instrumental de allí. Supuse que quizá tendría tiempo de conseguir uno en Taneth, aunque a mi padre no le agradaría demasiado. Si bien él no desaprobaba activamente mi aprendizaje informal de la oceanografía, yo era consciente de cuánto le preocupaba mi falta de atención hacia las enseñanzas relacionadas con la tarea de gobernar. Quizá Sarhaddon tuviera razón y yo no era la persona adecuada para suceder a mi padre.

Siguiendo nuestro camino, al cruzar una calle que conducía a la de los mercaderes y, luego, al zigurat, percibí cierta confusión en Un grupo de personas que taponaba los accesos y, por primera vez, oí gritos por encima del ruido habitual de los artesanos.

Sarhaddon se detuvo abruptamente.

—Disturbios —dijo mientras escuchaba con detenimiento—. Es algo inusual tan cerca del zigurat. Por suerte me acordé de este atajo, de otro modo hubiésemos quedado atrapados en medio. Unos minutos más tarde nos adentramos en e! barrio naval, que rodeaba el puerto submarino. Volví a

sentirme como en casa: ahí estaban los oceanógrafos, los expertos en sustancias liquidas, los segadores de madera marina. Casi todos los edificios teman en su exterior un signo que los identificaba con alguna de las múltiples formas de comercio marino, y los que no tenían signos eran las viviendas de los trabajadores del lugar. Los científicos solían vivir también en el barrio naval, bajo el control estricto del Dominio. Muy pocos habitaban una casa propia, yeso que sus tareas eran tan importantes para el comercio como la oceanografía. Y, sin embargo, los oceanógrafos eran de veras esenciales: mantenerse a salvo del flujo de las corrientes y de las tormentas submarinas en los vastos océanos de Aquasilva resultaba vital no ya para el comercio sino para la supervivencia. Gracias al cielo, yo no había presenciado jamás una tormenta submarina, pero sabia lo destructivas que llegaban a ser.

Tras unos pocos minutos de caminata, con el sonido de los disturbios desvaneciéndose a nuestras espaldas, llegamos al puerto submarino. Todo cuanto podía verse de éste desde la superficie era un edificio circular de cinco plantas con una espiral en su extremo superior y la base rodeada por un muro. En las puertas había guardias de servicio, pero su única función era detener a quien ocasionara problemas y no nos formularon ninguna pregunta.

No bien cruzamos el complejo rumbo a la puerta principal, eché una mirada al cielo azul, que estaba salpicado de delgadas nubes —la última señal de ellas que vería por dos semanas—. Aun así, estaríamos en el mar; no sería como introducirse en una caverna durante quince días sin nada de agua alrededor.

Los dos guardias nos siguieron a través de las puertas en dirección al edificio. La planta baja era, en realidad, la parte superior de la estructura real y contenía el acceso a los ascensores para los pasajeros y la escalinata. Avanzamos entre la multitud y descendíamos dos niveles de escalera hasta la amplia base de la cubierta de mandos. Era un gran espacio rodeado de equipos de control del agua, cabinas para los oficiales y consolas. Sobre las cabezas de la gente logré divisar los sectores dedicados a cada continente. Allí hallé la gran sección perteneciente al ejército imperial.

—¿Eres el vizconde Cathan? —preguntó un joven de rostro delgado vestido con un uniforme verde oscuro de teniente, que estaba de pie tras su escritorio. Tuvo que alzar bastante la voz para ser oído por encima del barullo del ambiente cerrado.

—Si —respondí mostrando el pase oficial. Un instante después me lo devolvió. —Soy el teniente Ierius, oficial de operaciones del *Paklé*. ¿Tendrías la amabilidad de seguirme?

Nos condujo a una sala gemela en la que no había ninguna persona. Poco después, cuando el ascensor (en realidad una plataforma circundada por un raíl) descendió a la planta inferior, comprendí que era sólo para uso militar. Apenas un par de rangos lo usaban, sin contar por cierto al ascensorista, que permanecía a un lado junto al panel.

—¿Qué planta, señor? —le preguntó a Ierius.

—Quince.

—Bien.

Se produjo un ligero tambaleo y, por un momento, sentí que el estómago me llegaba a la boca. Entonces comenzamos a movernos, dejando atrás las brillantes luces del techo y el ajetreo de la recepción para sumergimos en el eje del puerto central de Pharassa. Según me habían informado, era uno de los más grandes, con veinte niveles bajo tierra y lugar para acoger sesenta y una mantas. En Pharassa, el continente formaba un hueco bajo la ciudad, por lo cual gran parte del puerto submarino era natural y no cavado en la roca como el de Lepidor. Sólo los puertos de Cambress, Taneth y Selerian Alastre eran más grandes: el de Taneth tenía capacidad para noventa y seis mantas. Y aun así no era tan grande como el de la capital de Thetia, Selerian Alastre, que según el historiador naval de Lepidor podía albergar a más de cien.

Según fuimos descendiendo de nivel tras nivel, entraron y salieron del ascensor unas cuantas personas, pero no muchas. La armada no tenia demasiadas tareas en aquel momento, aparte de perseguir la manta negra, y, por lo tanto, no había demasiada gente en el puerto submarino.

—¿Por qué has llamado Paklé a tu buque? —le pregunté a Ierius cuando alcanzamos el nivel once—. No había oído nunca ese nombre.

—Lleva el nombre de una mujer de fabulosa belleza, la esposa de un antiguo emperador o algo así. El almirante escogió el nombre. A mi, personalmente, me parece que era el nombre de la mascota de su amante.

Ierius sonrió, y su sonrisa hubiese sido cordial de no ser por una cicatriz que le cruzaba los labios y le daba un aspecto bastante siniestro.

El ascensor se detuvo. Saludé al ascensorista y seguí a Ierius a través del espacio casi vacío de otra sala mucho más pequeña. Sus muros eran transparentes, permitiendo una visión de las turbias profundidades, iluminadas en parte por reflectores que permitían distinguir, cada tanto, la forma lejana de alguna manta. Cruzamos una puerta que nos condujo a la plataforma de salida. A través del techo transparente podía verse el Paklé.

Era una manta de guerra estándar de primera clase, con su habitual casco azul interrumpido por las luces blancas de las portillas resaltando entre las penumbras. Debajo, a mi derecha, observé el ala del puerto, con su extremo curvo ligeramente más estrecho que se ensanchaba a medida que avanzábamos dejando atrás el eje central.

Quizá las mantas fueran muy comunes para sus diseñadores. Pero para la mayoría de las personas, incluyéndome a mi, eran de los objetos más hermosos, es decir, de los buques más hermosos jamás construidos. Al igual que sus tocayos y antepasados lejanos, las mantas y las rayas, se movían diestramente por el agua con el movimiento sutil de las aletas, cruzando los vastos golfos del océano a velocidades de hasta dos mil cuatrocientos kilómetros diarios. Siempre consideré lamentable que no pudiesen navegar demasiado hondo, nunca a más de once o doce kilómetros de profundidad, no mucho si se tiene en cuenta que el océano de Aquasilva alcanza una hondura de diecisiete mil seiscientos kilómetros. El descenso más profundo que se había registrado había sido durante una investigación oceanográfica medio siglo atrás y, en esa ocasión, apenas se habían llegado a los dieciséis kilómetros.

Nos detuvimos en el extremo de la plataforma de salida, donde otro oficial nos esperaba con ansiedad. —Al fin has llegado, Ierius —dijo secamente—. El capitán Helsarn está frenético. Desea partir ahora mismo. —Falta todavía una media hora —advirtió Ierius, desconcertado, mientras

nos hacia pasar. —Bien, pues alguien le ha infundido el temor de Ranthas, literalmente, ya que tenemos a un sacerdote mago a bordo.

—¿Ya estáis todos aquí?

—Todos los que te dije.

Al finalizar un breve pasaje accedimos a la cavidad interior de la manta, con su cámara llena de galerías que interconectaban todos los niveles de la nave, desde el depósito de cargas, un nivel por debajo de nosotros, hasta el compartimiento de observación, dos niveles más arriba.

—¿Os apetecería ir al compartimento de observación para ver nuestra salida? —preguntó Ierius. —Si —respondí. No deseaba desperdiciar la oportunidad de contemplar el muelle submarino en su totalidad. Ierius ordenó a uno de los marineros que condujese a Suall y su compañero a nuestros camarotes para dejar los bultos. Luego nos acompañó él mismo al nivel superior, antes de disculparse por tener que regresar al puente de mandos.

El compartimento de observación era el único nivel en todo el buque con una visión real, no deformada, en todas direcciones, y muchos de los pasajeros de la manta parecían haberse congregado allí. De su vestimenta inferí que la mayoría de ellos eran oficiales militares o burócratas de alto nivel de Pharassa, pero uno o dos me parecieron grandes mercaderes, y Sarhaddon me señaló a uno que llevaba los colores de la gran familia.

Ocupamos un asiento junto a una de las ventanas con vistas al puerto, frente al muelle submarino, con las brillantes luces de su eje central y las siluetas iluminadas de otras mantas debajo de nosotros. Unos momentos después nuestra cabina se estremeció ligeramente y supe que, dos niveles más abajo, el reactor de madera marina había sido conectado a las aletas y los sistemas de dirección. Se sucedieron entonces dos sonidos apagados y otro temblor al cerrarse las puertas de la plataforma de salida para permitir la liberación de la manta de todas sus amarras. Muy lentamente, la manta comenzó a alejarse del muelle submarino, que pudimos observar hasta que la nave giró en una maniobra de salida. Luego ya no pudimos verlo desde el lado del puerto y nos dirigimos hacia la popa. Entonces las aletas comenzaron su calmo movimiento, que fue acelerándose poco a poco. Al

fin pude ver el puerto submarino en su integridad, descansando en las aguas cristalinas, con la roca de la isla como telón.

Lo seguí con los ojos a medida que se alejaba; sus formas se hacían cada vez más vagas e indefinidas y finalmente desapareció del todo y nos rodearon las tinieblas. Ya estábamos en el mar de la Vida. Tras la partida, sólo regresé al compartimiento de observación para ver cómo el Paklé circundaba el cabo Lusatius y dejaba el mar de la Vida para introducirse en las ilimitadas aguas del océano Fue allí, en el limite extremo del territorio de Océanus, donde recibimos el ataque de la manta negra.

OceanofPDF.com

CAPITULO VI

Acababa de irme del compartimento de observación cuando la manta se estremeció con violencia y el suelo pareció desaparecer bajo mis pies. La nave dio un giro, yo perdí el equilibrio y me deslicé sin control en dirección a las ventanillas de observación, a unos tres metros de distancia.

Por un instante permanecí ausente, paralizado por el terror, esperando el impacto y preguntándome si la ventanilla podría resistir el golpe de mi cuerpo. Mi temor cedió al alivio y a un agudo dolor cuando, en lugar de dar contra la ventanilla, me estrellé contra la pared encima de ella. Un segundo más tarde, todos los demás pasajeros del buque yacían, perplejos, en los diversos lugares donde habían caído. En el exterior, la cobertura de éter que protegía a la manta pareció estallar en un azul brillante. Luego la luz se desvaneció.

—¡Cabina de mandos! —aullaba el sistema de intercomunicación—. ¡Todos a sus puestos de combate!

La manta fue enderezándose lentamente y el suelo ocupó nuevamente su sitio. Me pregunté qué podría haber causado semejantes tumbos a nuestra nave, que por muy poco no había volcado.

Me incorporé y traté de acomodar mis ropas. La sala seguía estando iluminada a medida que la cobertura de éter era golpeada una y otra vez. ¿Quién nos estaba atacando? ¿Quién idearía una emboscada para una manta de Pharassa dentro del área de patrulla de la armada?

—¿Adónde vamos? —le pregunté a Sarhaddon, que se había derrumbado sobre uno de los sillones con almohadillas que había en la sala. Sentía las palpitaciones del corazón en mi pecho, pero ahora estaba más confundido que asustado.

—Quédate aquí —dijo Sarhaddon—. Siéntate. Yo, al menos, no voy a dirigirme ciegamente hacia mi camarote sin saber qué sucede. Desde aquí por lo menos podemos ver.

El Paklé viró y dio media vuelta, cambiando su rumbo original de cara al océano por una ruta que lo conducía hacia la roca del cabo. Según distinguí el peñasco hacia el cual nos dirigíamos, que parecía incluso más grande a través de la cubierta de éter, sentí un escalofrío. A la profundidad en la que navegábamos, la roca se veía negra, desnuda y por completo inerte, una muralla de tenebrosa oscuridad extendiéndose en ambas direcciones. Era como la desolación de las profundidades del océano, un precipicio en el que Jamás había brillado el sol, en el que ningún ser vivo había nadado o caminado.

Entonces pude ver a nuestro agresor y lancé un grito al mismo tiempo que Sarhaddon. Escuché el llanto desesperado de algunos de los mercaderes y maldiciones de los pasajeros militares, a quienes distinguí dirigiéndose hacia la puerta en dirección al puente de mandos para ofrecer sus servicios.

Era la manta negra, de aproximadamente el doble de tamaño que el *Paklé*. Sin lugar a dudas, en mi opinión, se trataba de la misma que había atacado a Xasan. De la lisa superficie negra de su casco no partía ninguna luz, y fijar la vista en ella era como contemplar una oscuridad más negra todavía que la de cualquier noche. A mi lado, Sarhaddon recitaba con voz ferviente, pero de forma bastante atropellada, plegarias del *Libro de Ranthas*. Otros en el compartimento comenzaron a unirse a él, aunque yo vacilé un segundo en hacerlo.

El buque se tambaleó en aquel instante una vez más y percibí lo que sólo podía ser descrito como rayos de oscuridad precipitándose sobre nosotros desde la otra manta. También invoqué

a Ranthas buscando consuelo. Quizá existiesen otros dioses, pero Ranthas era el único que yo conocía, y si se le había concedido el poder del

Dominio, entonces sin duda podría acudir en nuestra ayuda.

Glóbulos brillantes de éter y palpitantes llamas anaranjadas salían disparados desde el *Paklé* respondiendo a los ataques. Podía verlo desde las ventanillas laterales de estribor. Pero nuestros disparos apenas se desvanecían al chocar contra la espesa negrura del casco agresor.

El Paklé estaba ahora a sólo unos pocos cientos de metros de la base de piedra continental, cuya peligrosa superficie abarcaba todo el panorama que podíamos ver después de haberle disparado a la otra manta. Entonces la manta de Pharassa viró y, vimos delante de nosotros el dentado y oscuro extremo del cabo. Quizá esa maniobra tuviese por intención colocar a la propia roca en medio, entre nosotros y el atacante.

Fuera cual fuera el motivo del capitán, su maniobra falló. En menos de un minuto, una violenta colisión volvió a lanzarme al suelo y nuestra manta comenzó a aminorar la marcha.

Dado que nos hallábamos en la cubierta superior, nos era imposible saber qué estaba haciendo la manta negra cuando se situaba por debajo del nivel de las aletas. Pero en pocos segundos comprendimos dónde estaba.

—¡Preparaos para ser abordados! ¡Fuerzas hostiles en proceso de interceptarnos!

Según me habían explicado, el abordaje era el modo habitual de concluir las batallas entre mantas. Una vez que los escudos protectores de una manta habían sido superados y sus armas inutilizadas, el vencedor podía intentar entrar en el buque capturado para matar a su tripulación o tomarla prisionera, así como trasladar la manta dañada a su propia base y repararla para un uso futuro.

Los ruegos de los pasajeros crecieron en intensidad cuando se oyó el sordo estruendo de los dos buques al tomar contacto entre sí. Entonces entró un marinero gritando y nos arrojó al suelo unas cuantas espadas.

—¡Luchad por vuestras vidas! —exclamó, y las demás voces se sumieron en el silencio—. ¡Estamos siendo atacados por una nave fantasma! Rezar no os ayudará, pero quizá sí estas espadas.

—Te equivocas, hijo mío, pero te perdono.

Todos nos volvimos hacia la figura que había hablado, que acababa de aparecer detrás del marinero. Llevaba puesta la túnica carmesí de un mago guerrero sacri.

De repente recordé las palabras del oficial en la puerta de acceso. ¡Éste debía de ser el sacerdote mago sacri! Quizá hubiera alguna esperanza, si los sacri eran tan poderosos como había oído decir. Aunque quemaban herejes, quizá ahora este sacri pudiese salvar nuestras vidas.

—¡Oh, excelso! Yo... ¡yo no sabía...! —tartamudeó el marinero. —Yo os ayudaré a luchar. Llevadme al sitio por el que los demonios intentan abordarnos.

En la práctica, eso no fue necesario. Unos segundos más tarde oí los sonidos inconfundibles del combate que provenían de alguno de los niveles inferiores.

Aunque a mí me agradaba pasar la mayor parte del tiempo en el mar o junto a los oceanógrafos, mi padre había intentado con todas sus fuerzas entrenarme para luchar. Mi contextura era tan pequeña que carecía de la fuerza necesaria para vencer a un oponente en un combate tradicional cuerpo a cuerpo, golpe a golpe. Sin embargo era bueno con la técnica relámpago, basada en la velocidad y la agilidad.

Me incliné y cogí una de las espadas que había arrojado el marinero. Eran espadas marinas estándar, aptas para las dos manos, con un único filo y ligeramente curvadas. Es posible que mi reacción incitase a los demás pasajeros a la acción, ya que un momento después todos hicieron lo mismo. Algunos probaban el filo de las espadas con el ojo crítico del guerrero: los mercaderes estaban convencidos de serlo, y supuse que en algún momento de su vida habían recibido entrenamiento militar.

Me alegré de que ninguno pudiese constatar mi sensación interna a medida que la lucha avanzaba hacia el corredor que teníamos debajo y la manta se colmaba con el sonido de hombres matando y muriendo. Mi estómago se había cerrado en una compacta bola y mi pecho estaba tenso y palpitante.

Lo primero que contemplé al acompañar a la tripulación en su descenso por la ancha escalinata que conducía del compartimento de observación al

gran corredor inferior fueron llamas ardientes.

Allí pude ver tul grupo de marineros combatiendo —y perdiendo terreno— contra otro grupo mucho más grande de figuras cubiertas con armaduras negras de la cabeza a los pies. Incluso sus rostros estaban cubiertos. No bien llegué al lugar, uno de los marineros era brutalmente separado de sus compañeros por lo que parecía ser una nube negra. El hombre lanzó un grito mientras era despedido con fuerza hacia un corredor a unos cuantos metros.

Permanecí petrificado, incapaz de huir mientras mi mente, llevada por el temor, me instaba desesperadamente a hacerlo. Nunca antes había combatido de veras.

Una llamarada golpeó a una de las figuras de negro; el fuego atravesó su armadura y llegó al interior de la coraza, y la figura parpadeó un instante y luego se desplomó de espaldas. Otros dos atacantes se enfrentaron al sacerdote mago. Sus espadas brillaban fríamente a medida que avanzaban a la luz de los paneles de éter del techo. Una nueva llamarada recobró intensidad al contacto con el aire e invadió el muro del corredor, que quedó todo chamuscado.

Dos de los pasajeros más audaces atacaron a las figuras negras acorazadas, pero sus espadas rebotaron contra las armaduras negras, que parecían capaces de resistir casi cualquier golpe. Una figura balanceó su espada y la hoja golpeó en la cabeza a uno de los pasajeros, que quedó inerte en el suelo.

Al percibir que las dos figuras de negro se aproximaban a mí intenté mover las piernas. Una de ellas se deshizo de tres personas que estaban en su camino con un único golpe de su puño blinda do. Un destello blanco estalló justo frente a su rostro cuando el sacerdote mago arremetió contra él con una de las espadas, cuya hoja estaba inflamada de llamas anaranjadas. En esta ocasión logró vencer la resistencia de la armadura y se hundió en el brazo del atacante, con un gruñido de dolor que salió de su casco negro. No obstante, siguió avanzando hacia mí.

Presa del pánico, comencé a agitar mi espada lanzando golpes a ciegas, con la esperanza íntima de acertar en el hueco abierto de la armadura. Mi

espada golpeó primero algo duro y luego se hundió en la carne. La figura se tambaleó, pero me percaté de que la otra arremetía hacia mí, y liberé mi espada empujando instintivamente hacia atrás.

Otro pasajero se arrojó de lleno contra el segundo atacante, cuyos camaradas todavía se enfrentaban a la tripulación del Paklé. El rostro del hombre se contraía de dolor, pero aquél aún se mantenía de pie y ambos cayeron con violencia.

—¡Bien hecho! —exclamó el sacerdote mago con el rostro cubierto de sudor—. Muy bien por todos vosotros.

Más bolas de fuego salieron disparadas desde las yemas de sus dedos, dirigidas a los atacantes de negras armaduras, y, algunas dejaban sus huellas.

Sentí un empujón en el brazo y al volverme me encontré con Sarhaddon, que empuñaba una ballesta y me ofrecía otra espada —No utilices aún la ballesta —dijo el sacerdote mago en un momento en que la tripulación se afianzaba en la lucha y los invasores parecían retroceder—. Eso podría enfurecerlos, y no están intentando matar. Yo os protegeré en caso de que alguno de ellos se acerque demasiado. Pero manteneos alejados.

Me pregunté si los sacri serían realmente tan malvados, al menos si había que juzgarlos por éste. No tenía ninguna obligación de ayudarnos, pero se había colocado en la vanguardia, exponiéndose sin descanso en defensa de sus compañeros de viaje, y, había utilizado su magia para protegernos.

El avance de los tripulantes demostró ser fugaz y pronto el último de ellos se rindió al filo de las espadas. Seis o siete figuras negras se acercaron para auxiliar a sus compañeros.

—Recordad vuestras órdenes —gritó desde atrás una voz de mujer—. No debe haber ninguna baja con excepción del sacerdote. —¿Etlae? —dijo Sarhaddon con incredulidad—. ¡Traidora!

No me percaté entonces de que una de las figuras negras se había detenido y le había asestado un disparo de ballesta al sacerdote. Lo único que pude ver fue que el sacerdote mago repentina mente se tambaleaba y

retorcía mientras la sangre manaba de su cintura y luego se desplomaba hacia atrás. Observé, atónito, el rictus de odio helado que invadió el rostro del sacerdote al morir. La sangre le corría por las comisuras de la boca y su túnica carmesí estaba empapada de rojo. La presencia plena de autoridad que presenciamos unos segundos atrás se había esfumado y, en su lugar, había un ensangrentado y patético montón de telas arrugadas. Me sentí enfermo.

—Rendíos —clamó una de las figuras de negro— y así os perdonaremos la vida y os liberaremos. Eso te incluye a ti, monaguillo. No somos piratas y no tenemos intención de haceros ningún daño. Nuestro objetivo era el sacerdote.

Sarhaddon y yo echamos una ojeada al resto de los pasajeros. Tras una breve pausa, un mercader guerrero de poderosa complexión arrojó su espada al suelo.

—Amigos, no valen la pena ni la muerte ni la esclavitud.

Sus palabras desencadenaron un estruendo metálico cuando los siete u ocho pasajeros que permanecían en el corredor se despojaron de sus armas. Me tomó apenas un segundo comprender lo que sucedía, y luego seguí su ejemplo. El mercader tenía razón; no tenía ningún sentido seguir luchando, no en tan lamentables condiciones. Dos de las figuras de negro dieron un salto en nuestra dirección y recogieron nuestras espadas, mientras un tercero nos señalaba que regresásemos al compartimento de observación. Sarhaddon y yo obedecimos; sólo por un fugaz instante, el monaguillo volvió su cara hacia el cuerpo sin vida del sacerdote.

En el interior del compartimento, una de las figuras de armadura negra nos indicó que permaneciésemos con la vista puesta en las ventanillas. Mi estómago seguía todavía tenso y oprimido por el miedo. ¿Mantendrían los agresores su palabra? Se sabía que los piratas solían masacrar a la tripulación íntegra de los buques capturados para no dejar sobrevivientes que contasen la historia. Mi corazón parecía carecer de peso y me percaté de que respiraba dando leves bocanadas. Aunque al rato dejé de sentir malestar, no por eso desapareció el temor. ¿Era normal sentirse así o yo era el único que estaba asustado?

Otros tres atacantes entraron en la sala. Aunque todos llevaban puestas sus correspondientes armaduras y los cascos cubrían sus rostros, pude ver que dos eran mujeres: sus formas y su delgadez en comparación con el resto las delataba.

—Vuestro viaje no volverá a ser interrumpido —dijo el hombre con acento culto y refinado. Sonaba más como un aristócrata que como un pirata—. Nuestros enfermeros se ocuparán de curar nuestras heridas y las de la tripulación, y pronto estaréis nuevamente en camino.

—¿Quién eres? —inquirió uno de los pasajeros.

—No necesitas saberlo. Todo el que haya sido herido, incluso en forma leve, que haga el favor de decírselo al enfermero que vendrá dentro de un instante. Mis hombres permanecerán aquí hasta que partamos para evitar que tenga lugar cualquier tipo de incidente. Una de las mujeres se inclinó y, le susurró algo al hombre. Cuando hubo acabado, nos señaló a Sarhaddon y a mí y anunció en tono seco:

—Vosotros dos, acompañadnos. Ahora.

Miré a Sarhaddon, que se encogió de hombros. No parecía estar en absoluto preocupado y me pregunté qué sentiría. ¿Estaría también asustado?

Descendimos la escalinata desde el compartimento de observación siguiendo a los tres atacantes. Recorrimos un breve trayecto del corredor y entramos al desierto comedor. La tensión sobre mi pecho y el miedo habían vuelto a acentuarse, si es que eso era posible. Cuando entraron en el comedor, las dos mujeres se quitaron los cascos y reconocí de inmediato a la tercera primada Etlae, con sus cabellos grises recogidos para no estorbar dentro del casco. De ella emanaba todavía una aura de autoridad; sin embargo, fue la otra mujer (con un aspecto casi de niña) la que llamó mi atención.

No podía ser mucho mayor que yo, e incluso diría que era más joven. Sus cabellos lacios de color negro azabache estaban rígidamente atados detrás de su rostro, y pude adivinar por la forma del mismo (pómulos altos y barbilla estrecha) que era de pura sangre thetiana. Como yo. Y, pese a que su rostro estaba maquillado y su expresión era fría y distante, me pareció hermosa. Sus ojos grises respondieron a mi mirada sin reflejar ni una pizca

de calidez, y sentí que me examinaba como si fuese una pieza de subasta. No resultaba nada agradable.

—Vosotros dos sois un problema —dijo Etlae con voz irritada—. Ignoro por qué no habéis escuchado la indirecta que os lancé para que no cogieseis esta manta. Pero la cuestión es que ahora estáis aquí y me habéis reconocido. Eso os convierte en una molestia. De todos modos —sostuvo alzando una mano para callar a Sarhaddon, que había intentado hablar— no nos dedicamos a asesinar a testigos inocentes.

Entonces ¿los disturbios en la ciudad habían sido creados para detenernos? Y lo que ella había dicho la noche anterior... ¿cómo podía haber estado tan ciego como para no comprender lo que insinuaba?

—Especialmente —añadió el hombre— cuando habéis sido tan valientes para luchar del modo en que lo habéis hecho. Incluso si en vuestro esfuerzo os habéis equivocado tanto como para tratar de defender a un carnicero sacri.

—¿Carnicero? —dijo Sarhaddon.

—Era un espécimen particularmente nocivo. Cuando servía como juez en Huasa envió a la hoguera a unas doscientas personas. Eso, sin embargo, no tiene importancia.

Lo que sí tiene importancia —prosiguió Etlae— es qué haremos con vosotros. Tú, Sarhaddon, podrías ocasionarnos muchos problemas. ¿Posees la lucidez suficiente como para comprender que estamos en medio de una lucha por el poder de la que te conviene ser ajeno?

Etlae ignoraba, era evidente, que habíamos escuchado su conversación con aquel hombre desconocido en el zigurat de Pharassa' De otro modo, sospeché, jamás hubiese sido tan piadosa. Ofrecí una plegaria silenciosa a Ranthas para agradecérselo.

—No tengo ninguna intención de participar en las cuestiones Políticas del Dominio, santa madre.

—Bien. Poca gente tiene mi capacidad de perdón. Deberás hacer un juramento sobre Ranthas y sobre tus votos como su siervo, asegurando que nunca revelarás nada sobre mi participación en este asunto. Además, te ayudaremos a olvidar tanto como sea posible lo que has visto. De cualquier

modo, en el lapso de unos seis meses todo esto no le importará a nadie. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto que sí.

Etlae sacó entonces de su bolsillo un talismán con forma de llamas, que reconocí como uno de los adornos que solían usar los sacerdotes. Era el símbolo de Ranthas y sobre él se efectuaban los juramentos. El juramento sobre un talismán de fuego era considerado el compromiso más grande que alguien podía asumir, más sagrado aún que jurar sobre la propia muerte o en nombre de alguno o todos los integrantes del clan al que uno pertenecía.

Sarhaddon hizo un juramento similar al que yo había formulado en Lepidor el día anterior a mi partida. Entonces Etlae abrió la puerta y ordenó al soldado de armadura negra que nos escoltase en dirección al mago mental.

¿Tenían un mago mental? Sonaba escalofriante, no quería ni siquiera imaginarlo. La magia mental era una disciplina permitida sólo a la Inquisición. Me pregunté si habría algún inquisidor a bordo y, si lo había, por qué motivo no estaba junto a Etlae.

La puerta volvió a cerrarse y Etlae se volvió hacia mí.

—El mago mental —me dijo— hará también que durmáis hasta una media hora después de que partamos por si alguno de vosotros pretendiese seguirnos. Tú representas una dificultad diferente que Sarhaddon.

Me sentí muy solo, de pie ante las tres figuras de armadura negra: una intimidante, otra oculta y la tercera inescrutable. Resultaba aterrador pensar que ese trío, o Etlae por sí misma, tenía mi futuro en sus manos. Intenté aparentar confianza, pero fallé.

—Como verás, no estás bajo control del Dominio —dijo el hombre.

—Yo podría ordenarte formular un juramento y olvidar —intervino Etlae—, pero siempre podrías recordar las luchas internas que han originado todo esto; incluso es posible que ya hayas adivinado lo que sucede.

No lo había hecho en realidad, al menos hasta que ella mencionó las luchas internas. Entonces lo comprendí todo. Lo que ella no percibió es que yo sabía que no se trataba de un desacuerdo corriente, sino de una lucha por

el poder en los más altos niveles. Nuevamente agradecí que no se percatase de ello.

—La Ciudadela.

Era la joven que, por primera vez, había hablado. Su voz era clara y melodiosa, aunque casi tan carente de emoción como la de los sacri —semejante a la voz del rey, leyendo una proclama—. Etlae se volvió hacia ella y me pregunté a qué se refería la muchacha y de qué ciudadela se trataba. Sólo me era posible recordar la existencia de una ciudadela, y ésa era Selerian Alastre, la capital de Thetia. Su nombre significaba «ciudadela estelar».

—¡No puedes hablar en serio, niña! ¿De parte de quién estás? —De la nuestra, por supuesto, santa madre. Sin embargo, ¿no has dicho antes que era el hijo de Elníbal de Lepidor?

Etlae no tenía aspecto de poder ser la madre de nadie, era demasiado delgada y de contextura afilada.

—Es cierto, lo dije, pero ¿a qué viene eso?

—¿De parte de quién está Elníbal, Etlae? —indagó el hombre—. Ravenna ha expuesto algo sensato. Él podría convertirse en un nuevo recluta y, a la vez, nos ahorraría algo de tiempo.

Ahora su debate me excluía por completo, así que procuré desentenderme de la cuestión y meditar cuál era el objetivo que perseguían. Ravenna era sin duda el nombre de la joven. Me pareció muy apropiado: sus negros cabellos recordaban las plumas de un cuervo' y también el mal agüero de esa ave.

Me parecía obvio que existía una lucha feroz entre distintas facciones del Dominio y, que la facción de Etlae no sólo estaba envenenando exarcas, sino incluso asesinando a los opositores para colocar a su candidato en el trono del primado. Sin duda, ése era el único motivo que justificaba este misterioso ataque y semejante juego de ocultamientos. En cuanto a la frase de Etlae sobre los seis meses, al parecer para entonces ella sería lo bastante poderosa para que ninguna información pudiese llegar a afectarla.

Ahora, si Etlae trabajaba para Lachazzar, ¿por qué estaba entonces asesinando a los sacri y, a los inquisidores, que eran sus aliados?

De repente, Ravenna avanzó hacia mí frunciendo un poco el ceño.

—No te muevas —me dijo.

Por un momento tocó con suavidad una de mis mejillas; sus dedos estaban tan fríos como la expresión de su rostro. Luego se alejó y regresó al sitio donde estaba. Los otros dos la observaron con curiosidad.

—Creo que tiene potencial —advirtió la muchacha—. Podría resultarnos de enorme utilidad.

—Se te ve súbitamente entusiasmada, Ravenna —cüj0 el hombre—. ¿Te interesa?

Ella le lanzó una mirada fulminante.

—¡Usa tu imaginación, tío! —exclamó—. Quiero decir que él podría llegar a ser tan poderoso como yo.

Volví a sentir escalofríos. ¿Otra maga?, ¿maga al servicio de quién? El Dominio era demasiado machista y no reclutaba mujeres para la posición de mago. ¿Y qué significaban sus palabras respecto a mí?

—¿Hablas en serio? —inquirió Etlae con agudeza.

—Mucho. Mira el color de sus ojos. Nadie tiene ojos turquesa de forma natural. Estoy convencida de que podría acabar siendo sorprendente si lo entrenamos. Por cierto que antes debo hacerle una serie de pruebas.

—No sé con seguridad *si* deseo contar con dos de los tuyos merodeando a mi alrededor, Ravenna —advirtió el hombre a quien ella había llamado tío —. Uno ya es lo bastante malo. Pero si quieres hacerlo...

—En ese caso deberás venir con nosotros —me dijo Etlae—. Eso implicará estar fuera de tu casa un año, pero las otras alternativas que tienes son ser arrojado a un calabozo o ser convertido en monaguillo, y no creo que ni a ti ni a tu familia les agrade ninguna de las dos.

La miré absorto. ¿Cómo me las arreglaría para hablar con mi padre?

—¿No podría ir primero a Taneth? El mensaje que llevo es vital para la supervivencia de Lepidor y soy la única persona que puede transmitírselo a mi padre.

—Si fueses hasta Taneth, todo se pondría en peligro. No podemos permitirlo.

—No puedo sencillamente desvanecerme, permitiendo que mi padre recorra toda la ruta hacia Lepidor para luego tener que volver de inmediato sobre sus pasos para cerrar un trato comercial·

Ahora él está en Taneth, y, no es un momento en el que florezca la piratería. Si no acordamos ahora un contrato, perderemos meses enteros y quizá lleguemos incluso a la bancarrota.

Incitado por lo que acababan de decir, arriesgué a agregar algo más:

—¿Qué valor puede tener mi padre como aliado vuestro si está en bancarrota?

Se produjo un largo silencio, durante el cual Etlae parecía reflexionar para sí misma. Pasado un rato repuso:

—Tienes razón. De todos modos, deberemos tomar algunas precauciones para asegurarnos de que no te nos escabullas. Puedo prometerte elle disfrutarás de tu estancia en la ciudadela, tanto como en otro tiempo lo hizo tu padre. Te daré también un mensaje verbal que debes entregarle. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Ravenna, ¿podrías utilizar tus dones por un momento? —preguntó el hombre tomando entre sus manos un morral chato que colgaba de su cinturón. Buscó algo en su interior y luego sacó lo que parecía un sencillo brazalete metálico—. Tan sólo dirígelos hacia el brazalete cuando se lo haya colocado.

—Por supuesto.

Le tendió el brazalete a Ravenna, que avanzó hacia mí.

—Eleva tu mano izquierda —me ordenó. No necesitaba ningún estímulo adicional: la presencia de los otros dos ya era bastante coercitiva. Ravenna me pasó el brazalete gris plateado por la mano hasta la muñeca, y una vez allí lo tocó con los dedos. Sentí un ligero temblor y el metal adquirió un tono gris más oscuro. Quedó lo suficientemente ajustado para que no se me deslizase pero no tan apretado como para lastimarme.

Ravenna dio un paso atrás, dejando en el aire un etéreo aroma a perfume.

—Dile a tu padre —me ordenó entonces Etlae— que los *veteranos lo honran con un saludo y están ansiosos por recibir nuevos miembros.*

—Los veteranos lo honran con un saludo y están ansiosos por recibir nuevos miembros —repetí, preguntándome qué quería decir.

—No se lo digas a nadie más y, en especial, no se lo digas a Sarhaddon. Él no te dará problemas, pero si pregunta deberás decirle que has formulado un juramento sobre tu herencia. En Taneth iremos a tu encuentro. El brazalete te recordará el mensaje, nos informará de dónde estás y te hará muy difícil contarle a alguien lo que ha sucedido, excepto a tu padre. Ahora vete y únete a los demás.

Las dos mujeres volvieron a colocarse los cascos y abandonaron el comedor, escoltándome a lo largo del corredor en dirección al compartimento de observación. Habían acabado las curas y ahora sólo montaban guardia dos soldados de armadura negra.

No hacía mucho que me había unido al resto de los pasajeros cuando me invadió una terrible somnolencia. Sentí una urgencia indecible por echarme y dormir.

El Paklé no había resultado demasiado dañado. Por eso, cuando los pasajeros y la tripulación despertaron no pasó mucho tiempo hasta que retomamos nuestro rumbo. Los pasajeros estaban conmovidos por el ataque y la tripulación tardó varios días en recuperar el ánimo —pensé que quizá los deprimiese la facilidad con la que la manta negra había roto sus defensas y capturado nuestra nave—. Los pasajeros militares declararon a viva voz su intención de advertirle al almirantazgo a su regreso que se formasen patrullas para encontrar las bases piratas. Pero interiormente dudé que llegasen a hacer algo semejante.

Lo que en verdad me sorprendió fue el modo en que los otros pasajeros trataron a Sarhaddon después del ataque. Muchos se acercaron para expresarle su pesar por el atroz incidente y, duran te el resto del viaje, supongo que por asociación de ideas, se dirigieron hacia él como si fuese la persona más importante a bordo. Eso me resultaba algo molesto, ya que demostraba en parte el poder del Dominio. Sospecho que temían ser interrogados con posterioridad o acusados de complicidad en el ataque. El

capellán del buque recibió idéntico tratamiento. En su carácter de únicos representantes del Dominio que quedaban a bordo, el capellán y Sarhaddon eran las únicas personas cuyo testimonio tendría valor para el Dominio en caso de iniciarse un proceso.

Lo que quedaba de viaje transcurrió sin incidentes, aunque nuestra compañía en el comedor pareció estar siempre contenida, quizá a causa del impacto del abordaje, quizá como expresión de pesar por la muerte del sacerdote mago. No nos cruzamos con ninguna otra embarcación, aunque hubiese sido algo normal teniendo en cuenta que habíamos atravesado unos cuarenta mil kilómetros oceánicos en una vía marítima de unos mil seiscientos, kilómetros de ancho.

La travesía resultó, de hecho, bastante aburrida. Pasé buena parte del tiempo leyendo, jugando a las cartas y conversando con Sarhaddon —no había mucho más que hacer—. Estuve muchas horas interrogándome sobre algunas personas que había conocido en los últimos días: Elassel y el cabildo. Xasan y Miserak y, fundamentalmente, Etlae, Ravenna y su misterioso compañero. ¿Qué era lo que pretendían? ¿Quiénes eran exactamente? ¿Qué sitio era esa ciudadela?

Sólo más tarde me percaté de qué era lo que más me había intrigado.

La magia que Ravenna y los demás habían empleado no hacía uso del fuego. Las únicas llamas del corredor eran las que habían partido del sacerdote mago. La magia de nuestros atacantes había consistido en cosas como derribar a la tripulación en el corredor mediante nubes negras y desviar las llamaradas en pleno vuelo. ¿.Magia de las sombras?

Durante el viaje, las luces internas de la manta fueron regularmente encendidas y apagadas para mantener una cierta semblanza con el día y la noche. Todavía estaba oscuro cuando me desperté, la mañana en la que estaba calculada nuestra llegada a Taneth. Las preciosas muestras de hierro descansaban aún en la bolsa de Suall y la carta de mi madre estaba segura conmigo. Hoy le diría adiós a Sarhaddon, después de acompañarme el monaguillo hasta el Palacio Real de Taneth, donde estaba mi padre. Sarhaddon proseguiría viaje río abajo, hacia la Ciudad Sagrada. Una vez allí, es posible que se viese obligado a vivir en ella durante el resto de sus

días. En mi interior guardaba la esperanza de que Sarhaddon ascendiese lo suficiente en la jerarquía para conseguir un puesto externo. Aparte de la amistad que sentía hacia él, un sacerdote del Dominio siempre era un útil aliado.

—Deberíamos llegar a Taneth en una hora —anunció el capitán por medio del intercomunicador—. Habréis de tener a mano vuestros documentos para que los revisen los guardias navales. Y es probable que os espere también un comité de bienvenida. Estoy enviando un mensaje de anticipación, según exigen las normas, así Que es probable que os conduzcan al zigurat. Para quienes no la hayan visto con anterioridad, Taneth podrá ser contemplada desde la pantalla de éter del compartimento de observación. Espero que, más allá del ataque, hayáis tenido un buen viaje. Cambio y corto.

Al parecer, las defensas de Taneth trabajaban muy bien: durante la noche habíamos sido detenidos por dos patrullas, que nos pidieron identificarnos. Ahora, no bien aminorábamos la marcha al pasar junto a otras mantas que se dirigían también a Taneth, observamos un nuevo buque de la armada vigilando con atención todas las naves que se acercaban. Me pregunté qué era lo que temían, pues Taneth no había sido atacada jamás, ni por tierra ni por mar.

Tras dejar mi equipaje al cuidado de Suall, cerca del hueco de la escalerilla, me reuní con Sarhaddon en nuestro lugar habitual de observación. Sobre el panel de éter podía apreciarse una imponente imagen del sitio al que íbamos a llegar. Era mi primera visión auténtica de la capital comercial de Aquasilva: Taneth, la Ciudad de Oro.

OceanofPDF.com

CAPITULO VII

Como cualquiera, había visto antes imágenes de Taneth, pero nunca en tres dimensiones. La imagen proyectada sobre la plataforma situada en el suelo era una réplica exacta de Taneth y las islas circundantes. Me sorprendió que la manta tuviese una reserva de energía suficiente para generar algo tan complejo; el generador de éter dependía para su funcionamiento del reactor central de madera marina, y no me atrevía a imaginar cuánta energía consumía semejante sistema: la imagen tenía casi cinco metros de largo y unos tres de ancho.

La ciudad fue la que captó mi atención, más que sus alrededores. Construida en un espacio de calma situado entre dos frentes de tormenta, Taneth no precisaba de amenazantes muros ni del plano circular, como las otras ciudades de Aquasilva. Las islas montañosas que había en los alrededores estaban cubiertas de verdes bosques salpicados aquí y allá en los claros por casas dispersas, que, según me contó Sarhaddon, eran los lugares de descanso de las grandes familias.

Con todo, me llevó un buen tiempo hacerme una idea del tamaño total de la ciudad. Taneth cubría ocho o nueve islas que conformaban un pequeño grupo, cada una de las cuales (o al menos eso me pareció calculando a escala la extensión total del conjunto) medía unos doscientos o trescientos metros de largo y estaba cubierta de edificios circundados por lo que parecían ser extensas hileras de árboles en cada calle. Había además grandes oasis verdes, que supuse que serían parques o jardines. La isla de

mayor perímetro, situada en el centro, medía casi dos kilómetros y algunos de sus edificios hacían parecer insignificantes las construcciones más importantes de Pharassa. El zigurat por sí solo tenía unos cien metros de alto. Los edificios no eran de color blanco, sino de un cálido tono dorado.

—¿Dónde consiguen la piedra para construir? —le pregunté a Sarhaddon.

—La compran río abajo, supongo, o quizá la extraigan de canteras que haya en las otras islas —dijo el monaguillo encogiéndose de hombros.

Me quedé paralizado de estupor ante el resto del panorama: gigantescos puentes conectaban cada una de las islas exteriores con la principal, entre las cuales cientos de naves descansaban en puertos de superficie. Había tantas embarcaciones que, en comparación, Pharassa parecía Lepidor.

En aquel momento Taneth era, de hecho, el centro del mundo.

—¿Dónde está el puerto submarino?

—Debajo de cada una de las islas —respondió Sarhaddon—. Se precisa tanto espacio para embarque y desembarque que han vaciado la base de todas las islas convirtiendo el espacio en atracaderos. Cada isla tiene su pequeño puerto submarino. Ahora nos dirigimos seguramente hacia la isla de Ademar o a la de Kadreth. Si mal no recuerdo, ambas son puertos militares.

Mis ojos permanecieron fijos en el panorama del suelo hasta que llegamos al extremo del muelle. Por la ventana pude ver la forma de las islas emergiendo a través de aguas sorprendentemente cristalinas, cada una con los brazos extensos de sus muelles submarinos sobresaliendo del lecho de roca, que no poseía las rústicas formas de las del cabo —las rocas habían sido cortadas y talladas con cuidado para formar los atracaderos de naves y otras estructuras—. Todos los bordes de las rocas eran redondeados y prolijos.

Entonces, cuando bajé la vista hacia uno de los muelles submarinos hacia los que nos desplazábamos, comprendí algo más. Taneth estaba construida sobre roca sólida. En realidad, las islas eran las cimas de enormes promontorios, cuyas bases se hallaban a cientos de metros de profundidad. Debajo de la ciudad no corrían las aguas del océano, sino que,

como Lepidor, estaba situada sobre un auténtico macizo continental. Hacia el extremo sur del estrecho por el que navegábamos, las aguas eran más profundas pero aún se percibía un lecho marino. No me había percatado antes de que las partes norte y sur de Equatoria compartían, en realidad, la misma masa rocosa.

Agitando sutilmente las aletas, el Paklé se deslizó con lentitud rumbo a un muelle en el nivel medio de una de las islas. Cuando estuvimos a unos treinta metros de éste, las aletas de la manta se

detuvieron por completo y la inercia condujo por sí sola la nave a puerto. Unos minutos más tarde hicimos contacto y se oyó un sonido sordo cuando se colocaron los frenos.

—Las puertas están abiertas —anunció desde abajo uno de los marineros.

Cinco minutos después de atracar, los oficiales habituales, guardias navales de Taneth, se hallaban en la portilla de nuestra nave revisando a los pasajeros para ver si encontraban piratas o criminales en busca y captura. Tomaron nota de nuestros nombres y de los motivos de nuestro viaje, lo que, en mi opinión, era una práctica inútil pues, una vez en la ciudad, la gente podía dirigirse a cualquier sitio. Sarhaddon, sin embargo, me corrigió advirtiendo que casi todas las personas que llegaban o partían de Equatoria lo hacían pasando por Taneth, y que, de este modo, era posible mantener la cuenta del número de extranjeros que había en el continente. Al parecer, tanto el Dominio como el Consejo de familias insistieron en que se realizase ese censo. Y en Equatoria, exceptuando el territorio haletita, el Consejo y el Dominio tenían la última palabra.

Con todo, me sorprendió que no hubiese sacerdotes del Dominio esperando para recibirnos.

Me pregunté si Etlae había allanado el camino, moviendo los hilos de manera que el ataque pasase desapercibido. O quizá la eficiencia del Dominio hubiese disminuido desde el inicio de las luchas internas. De un modo u otro, a nadie parecía preocuparle el sacerdote muerto. Sarhaddon y yo sólo nos topamos con el número usual de oficiales y pronto nos abrimos camino hacia la entrada del puerto submarino en la superficie.

Sentí como un golpe al abandonar la atmósfera fresca y húmeda de la manta y el puerto al adentrarme en el calor seco de Taneth. Nunca había pensado en las diferencias de temperatura, pero Taneth estaba situada casi en el ecuador y, careciendo de las tormentas que caían en la mayor parte de las ciudades, era mucho más seca. Sentí que el calor agotaba mis fuerzas casi de inmediato. El aire estaba saturado de una mezcla de humo y polvo, pero aun así Pude notar la diferencia. El aire de Taneth olía a plantas desconocidas en Océanus y a cálidas brisas movidas por los frentes de tormenta desde las junglas del norte de Equatoria.

—Te acostumbrarás al aire —dijo Sarhaddon—. Creo que cada continente huele de un modo ligeramente diferente. Salvo Silvernia, pues allí hace tanto frío que tu nariz se congela e insensibiliza con apenas asomarte por la ventana. O al menos eso es lo que me han dicho.

—Lo cierto es que aquí hace calor.

—Deberás asearte mucho más a menudo mientras te encuentres en Taneth. Aquí la piel se seca muy rápidamente.

No era difícil creerle.

—Gracias. ¿Adónde vamos ahora?

Miré a mi alrededor, a la pequeña y bulliciosa plaza que teníamos enfrente. Estaba rodeada de elegantes edificios de piedra de color arena, con ventanas arqueadas y amplias columnatas que se extendían más allá de los edificios, hasta el nivel del suelo. Observé que todos los que dejaban el puerto se dirigían hacia las columnatas y que había muy poca gente en el área central, exceptuando una o dos personas bajo los árboles.

—Necesitamos encontrar el puente que conduce a la siguiente isla. Ésta es Ademar, y no creo que se conecte de forma directa con la isla principal. Está claro que caminaremos: por disposición del Consejo, no se permite en la ciudad ningún medio de transporte salvo las literas y carros de mano. En esta ciudad, la palabra del Consejo es ley y no hay manera de oponerse. Salvo que seas sacerdote, por supuesto.

—¿Qué Consejo? Tenía entendido que hay dos en Taneth: por un lado, el Consejo de los Diez y, por otro, el Senado, compuesto por los mercaderes nobles, los gremios más importantes y los líderes de los tres clanes.

—Me refiero al Consejo de los Diez, por cierto. El Senado es sólo un organismo accesorio que aprueba asuntos tales como una declaración de guerra. Los Diez son quienes gobiernan efectiva mente la ciudad en nombre de las grandes familias. Los mercaderes nobles son los únicos que importan de verdad aquí. Recordé las palabras de mi padre explicándome que la República de Taneth no era sino una oligarquía consumada, y las palabras de Sarhaddon lo confirmaban. Podía comprobarlo incluso a medida que caminábamos bajo la sombra de los árboles en medio de la calle. Un miembro de una de las grandes familias era trasladado en su litera hacia el puerto submarino. Delante de él, cuatro fornidos sujetos con palos y látigos avanzaban saltando y alejando a cualquiera que se interpusiese en el camino. Vi cómo empujaban contra una pared a un maestro oceanógrafo y a un almirante mientras pasaba la pequeña comitiva. A pesar de eso, la gente corriente de Taneth parecía aceptar semejante situación como algo cotidiano. Se limitaban a echarse a un lado y luego proseguir su rumbo.

—¿Adónde vamos ahora? —insistí.

— Al palacio, a ver a tu padre. Luego yo me dirigiré al zigurat, donde me informarán de cuándo debo partir. Existe un buque regular del Dominio que navega río abajo hacia la Ciudad Sagrada y, al menos para los sacerdotes, es gratuito. Los demás deben pagar una sobretasa.

—¿Cómo encontraremos a mi padre? Hay más de doscientos condes alojados en la ciudad. ¿Quién estará en condiciones de saber el paradero de todos ellos en cada momento?

—Sólo los oficiales superiores del palacio, personajes de lo más fastidioso, ya que siempre se consideran por encima del resto de las personas. Tus documentos diplomáticos nos ayudarán a entrar, aunque las medidas de seguridad deben de estar más ajustadas que el monedero de un jefe tribal. Después de todo, tú estás más al tanto que yo de cuanto acontece en la conferencia.

Jamás he asistido a una.

— Pero igualmente sabes cómo son, ¿verdad?

Sarhaddon llamó con un gesto a Suall y al otro guardia, y encaramos el largo pasaje del puente, surcado también por columnas. Advertí que cada

uno de los puentes que partían de la isla central constituían la frontera de un puerto. Los únicos buques que podían navegar entre los puertos eran lo bastante pequeños para atravesar el arco de los puentes, como los botes y barcazas que podían verse atados a los muelles costeros.

—Mi padre me explicó lo que *debería* suceder en la conferencia, pero tengo la persistente impresión de que la mayor parte del tiempo lo emplean en sentarse a beber y contarse historias sobre las escaramuzas en las que participaron cuando eran jóvenes.

—¿Y qué hacen los más jóvenes? —inquirió Sarhaddon con una sugerente sonrisa.

—Presumiblemente, se van y luchan en refriegas. La conferencia es una idea maravillosa y tan antigua como el tiempo, pero en ningún sitio sucede lo suficiente para mantenerlos ocupados durante una semana, y mucho menos durante un mes.

—Me parece que los haletitas deberían ser motivo de preocupación-dijo Sarhaddon frunciendo el ceño. Era inusual que yo supiese de algún tema más que Sarhaddon, y todo un cambio informar en lugar de preguntar. Me esforzaba por recabar todos los conocimientos de primera mano que me hubiesen confiado, pues rara vez los hijos mayores asistían a una conferencia hasta que sus padres eran demasiado viejos o estaban demasiado ocupados para viajar. La experiencia presente me sería muy útil para el momento en que tuviese que asistir por mi cuenta, aunque mi padre sólo tenía cuarenta y seis años y era poco probable que me tocase hacerlo, al menos si ésa era la voluntad de Ranthas.

—Los haletitas sólo son motivo de preocupación para los condes y el rey de Equatoria. Al parecer no le importan a nadie más. Los otros apenas se interesan por las cuestiones que los afectan.

—Idiotas —comentó Sarhaddon en tono ausente—. Lo lamentarán cuando la armada haletita se abalance sobre ellos.

—¿Lo hará? Los haletitas nunca han sido capaces de articular nada más complejo que una flota pesquera.

—Supongo que no. Al Dominio no le conviene que lo sean, y la flota de Taneth siempre podrá alejarlos de esta ciudad y de sus embarcaderos.

Hasta donde yo sabía, Taneth poseía los únicos embarcaderos del sur de Equatoria.

—¿Podrían construir sus propias mantas?

—Carecen de los conocimientos técnicos esenciales y, en caso contrario, no disponen de muelles submarinos para alojarlos. La única forma por la que podrían construir mantas sería invadiendo Taneth. Pero ése es un plan que nadie jamás ha considerado. —Siempre hay una primera vez.

—Pues dudo que sea ahora, a menos que los haletitas hayan corrompido a la totalidad del Senado. Y como eso requeriría más dinero del que hay en toda Haleth, no creo que sea una alternativa probable.

Una vez que Sarhaddon descartó la posibilidad de una traición, recorrimos el resto del puente en silencio. Vi en él un nutrido grupo de personas: trabajadores, artesanos, soldados, amas de casa. Muchos llevaban ropas tan lujosas como su bolsillo podía permitirlo; los artesanos exhibían en sus túnicas los distintivos de cada gremio. Su lenguaje tenía un fuerte acento y era muy lento para mi oído provinciano; nosotros empleábamos el dialecto isleño de Océanus occidental, mucho más vivaz y más expresivo que el hablado en Taneth.

Volvimos a estar bajo la luz del sol al llegar al otro extremo del puente, donde unos centinelas escrutaban con atención a los transeúntes desde la oscuridad de una garita de vigilancia. «Qué distintos a los centinelas de Lepidor o Pharassa —pensé—, que se pasan el tiempo jugando a los dados o en casa con sus amantes, seguros de que no sucederá nada que requiera los servicios de más de dos de ellos>>. Taneth era la reluciente capital, pero pude percibir también otros aspectos de su vida cotidiana, como el hecho de que era una ciudad permanentemente al borde de la guerra.

—Creo que ésta es la isla de Isqdal —dijo Sarhaddon—. O quizá sea Laltain. De cualquier modo, el puente que conduce a la isla Federación se encuentra justo en el extremo opuesto.

Una ancha carretera rodeaba toda la costa de la isla en la que estábamos, fuera ésta cual fuera, separando las zonas de viviendas y comercios de los puertos y muelles. Estaba empedrada con enormes adoquines rectangulares

de la misma roca rojiza y arenosa que podía verse en el resto de la ciudad, y a ambos lados de la carretera corrían extensos desagües cubiertos.

Los edificios del centro de la isla, separados de los muelles, eran todos bastante similares entre sí y muy parecidos a los de Océanus: no muy lujosos, de tres plantas, con las características columnatas y pequeñas galerías arqueadas en las plantas superiores, que no existían en la isla que vimos al emerger de la manta. Las casas tenían jardines en las azoteas, lo que le daba a la ciudad el aspecto de un bosque cuando se la observaba desde arriba en la pantalla de éter de la nave. Las plantas, que ahora podía contemplar en detalle colgando desde las azoteas y adornando las aceras, eran diferentes a las que yo conocía, de un verde más claro y con frondas en lugar de hojas, más acordes con el clima seco de Taneth.

Las calles eran un caos de gente y de bullicio; todos parecían estar hablando con su tono de voz más elevado. El olor a puerto, cuerdas y alquitrán lo invadía todo como un potente miasma, convirtiendo el acto de respirar en una incomodidad. La gente, por otra parte, no parecía particularmente limpia. Taneth no me gustaba tanto como había pensado; la encontraba muy distinta del fulgor que tenía en las leyendas.

Sarhaddon me señaló el lugar en el que la calle hacía su última curva hasta llegar al extremo de la isla.

—Creo que ése es el camino —advirtió—, pero no me culpes si me equivoco. Y no temas empujar a alguien en la calle; aquí nadie se hace a un lado a menos que lleves delante a dos fornidos servidores.

—¿Cómo puede nadie vivir aquí? —pregunté.

—Estoy de acuerdo. También a mí me resulta chocante, pero los habitantes de Taneth no entienden por qué alguien podría no *de*sear vivir en una ciudad de estas dimensiones.

Choqué contra alguien que pareció haberse materializado frente a mí. El hombre me dirigió un sinfín de improperios por encima de su hombro, pero no fue más allá de eso y ni siquiera se volvió del todo, dejándome perplejo.

—¡Tu madre era una cabra y tu abuelo se follaba un camello! —le espetó Sarhaddon al hombre, que proseguía su camino dándonos la espalda.

En la siguiente ocasión respondí por mí mismo, pero mis tacos eran mucho más cautos que los del monaguillo y demasiado poco inventivos para que alguien les prestase atención. En mi hogar la gente no se gritaba por la calle de ese modo.

—Debes poner en duda su linaje —me explicó Sarhaddon—. Coloca uno o dos animales de granja en su árbol familiar. Otro método es sugerir tan sólo que no son buenos comerciantes. En Taneth, lo habitual es que la gente no se preocupe más que por su monedero y su capacidad de generar dinero. Ah, y nunca insultes a un miembro de una de las grandes familias a menos que él te insulte primero, y cállate si es un jefe de familia o uno de los hijos herederos. Con el resto de las personas no tiene importancia.

Avanzamos por la carretera hasta dar con el puente que conducía desde la isla de Isqdal, o Laltain, hasta la isla central que Sarhaddon había denominado Federación, aunque el monaguillo confesó ignorar de dónde provenía semejante nombre. El segundo puente en cuestión estaba aún más atestado de gente que el anterior y noté que la que lo cruzaba tenía un nivel económico más elevado.

La isla Federación, la gran isla ubicada en el corazón de Taneth, había sido edificada a la vez en una escala más grande y más ostentosa. Las casas eran más altas y sus columnatas estaban mejor decoradas, y delante de las puertas había pórticos de madera de cedro. El camino que rodeaba la isla era, de hecho, una amplísima avenida flanqueada por cuatro hileras de frondosos árboles que convertían la parte central en un auténtico túnel verde. Algunos de los edificios tenían cafés y bares en su planta baja, rodeados y protegidos también por árboles; allí podía percibirse el aspecto amable de la vida en Taneth.

Incluso los astilleros y los muelles de Federación eran más elegantes y estaban mejor conservados que los que acabábamos de ver. Muchos de los buques amarrados allí eran embarcaciones de recreo, transatlánticos o grandes transportes de especias, y sólo ocasionalmente podía divisarse amarrado algún crucero tradicional de cinco mástiles, con sus cubiertas vacías protegidas con toldos. Pero no estábamos en la parte central del puerto, sino, como pronto comprendí, en el sector de yates de lujo.

Tomamos la primera gran carretera que encontramos en dirección al centro de la isla, otra imponente avenida rodeada de arboledas y dotada de dos niveles: la vía para los transeúntes, con una baranda en el nivel superior, mientras que las columnatas, dispuestas a nivel del suelo, la custodiaban a ambos lados. De cada edificio partían brillantes toldos extendidos, algunos cubriendo cafés, otros con carteles que anunciaban el gremio de sus ocupantes. A medida que me adentraba en la ciudad, mí rostro expresaba el asombro que sentía ante sus dimensiones, la gran cantidad de personas y la magnificencia de los edificios.

La calle conducía directamente a la colina, y no bien nos acercábamos a la cima, tras atravesar otra ancha carretera, las construcciones volvían a cambiar. Creía que Taneth ya no podía ofrecer más maravillas, pero me equivocaba. Ahora podía ver las mansiones, todas independientes entre sí, cada una más lujosa que la anterior y más excelsamente decorada, dando a entender la riqueza de sus propietarios de tantas maneras como era posible. Estaban situadas a cierta distancia del camino y, además de las habituales, dos hileras suplementarias de árboles las protegían del caos de la parte baja de la ciudad. Había menos gente en los alrededores, lo que, junto a las fuentes lanzando bellos chorros de agua, me hizo sentir cómodo otra vez.

—Estamos ahora sobre el distrito comercial. Ésos son los hogares de las grandes familias —explicó Sarhaddon señalando primero hacia abajo y luego a la izquierda—. Allí debajo se encuentran la plaza comercial central y la carretera que lleva directamente al palacio. Las personas de menor fortuna que deben venir aquí utilizan la carretera principal, es decir, que casi todos en esta calle trabajan para alguna de las grandes familias. Las banderas en la fachada de las mansiones nos indican a qué familia pertenecen.

Claro que es necesario aprender los colores de cada una; yo sólo puedo reconocer unas pocas. La roja y blanca que está allí es de Canadrath, la anaranjada y amarilla de Foryth, la púrpura y amarilla de Hiram... ¿Figuraban en la lista de Xasan?

—Creo que si —respondí mientras mi mirada vagaba como la de un pueblerino en su primera visita a la civilización. La lista estaba en el fondo

de mi morral y no resultaba práctico sacarla en ese preciso momento.

—Azul oscuro y plateado; me pregunto quiénes serán —comentó Sarhaddon mientras vislumbrábamos los imponentes muros del palacio.

La mansión que señalaba el monaguillo parecía haber vivido tiempos mejores. Las decoraciones estaban desgastadas y sus postigos agrietados. Incluso la bandera parecía carcomida por las polillas.

—Quienesquiera que sean estarán pasando una mala época —sugerí

¿Podían las grandes familias dejar de existir? ¿O acaso las familias no habían dejado de ser las mismas desde los comienzos de la ciudad? Lo primero parecía más probable: seguramente, los habitantes de Taneth, más que cualquier otra gente, carecían de tiempo y voluntad para ocuparse de los que fracasaban.

Observé la parte superior de las torres del palacio, detrás de un alto muro protector, edificado sin duda como defensa, pero que parecía fuera de lugar en un distrito elegante tan alejado de los limites de la ciudad. De hecho, a medida que caminábamos junto a la base de ese muro comprobé que estaba descuidado y con señales de desgaste en muchas de sus piedras. Evidentemente era ya más un adorno que una estructura con una función práctica. Quedaba claro que si un invasor llegaba hasta allí, Taneth ya estaría perdida. La única opción que se me ocurrió fue que sirviese de contención contra cualquier tipo de disturbio local.

La puerta principal del palacio se hallaba en el punto más elevado del camino, que descendía hasta el confín de la isla. Desde allí arriba pude ver un enorme cuadrado rodeado de edificios en el que no era posible distinguir un solo milímetro de espacio libre.

Supuse que seria el distrito comercial.

Una pequeña fila de personas esperaban en e! portal de! palacio, custodiado por guardias que preguntaban a cada una los motivos por los que deseaba entrar.

—Mejor coloquémonos en la fila —dijo Sarhaddon—. Éstas son las tropas del Consejo de los Diez: para ellas nadie es lo suficientemente importante para pasar sin ser interrogado.

Suall y su compañero se echaron a un lado mientras esperábamos. Sentí un intenso calor, pues, mientras que los guardias y los primeros peticionarios estaban a la sombra, todos los demás sufríamos, desprotegidos, el calor seco bajo el sol. ¿Estarían las gentes de Taneth más habituadas a este clima?

Sentí mucha satisfacción cuando, al fin, nos llegó el turno. Una vez más dejé que Sarhaddon hablase por mi.

—¿Qué asunto os trae' —inquirió cortante uno de los guardias, un sujeto alto de tupida barba.

—El hijo del conde de Lepidor requiere ser admitido.

—¿Lepidor? No estábamos informados. ¿Tenéis algún documento que os acredite?

Saqué de mi bolsa el pase diplomático que la armada de Pharassa me había dado para viajar en la manta y la carta del regente y se los entregué. El guardia los leyó, luego se volvió y llamó a un subordinado.

—¿Poseemos alguna muestra del sello de Lepidor?

—En seguida la consigo. ¿En qué continente se encuentra?

— Océanus, ¿verdad? ....arriesgó el guardia, y yo asentí con la cabeza.

El oficial subordinado regresó unos inmutas después con un pergamino que mostraba a grandes rasgos los emblemas de cada una de las ciudades de Océanus.

—Concuerda —anunció el guardia tras un breve escrutinio—.

Avanzad a través del jardín hacia la amplia antecámara. Uno de los oficiales que hay allí podrá indicarte dónde se encuentra tu padre.

Enviaría a uno de mis hombres contigo, pero no hay nadie que cubra su puesto.

Nos saludó mientras nos alejábamos, y por fin entramos en el Palacio.

Cruzamos el jardín, con naranjos y limoneros y sendas columnatas a nivel del suelo construidas contra los muros, y nos enfrentamos a unas inmensas puertas de madera de cedro recubiertas de bronce. Nos invadió otra vez el olor a incienso tan propio de los Palacios, la fragancia del lujo y el confort.

Al fondo del salón, un oficial de aspecto aburrido se limaba las uñas sentado detrás de un escritorio.

—Él lo sabrá —dijo Sarhaddon, y nos acercamos para preguntar dónde podíamos hallar a mi padre. Sin embargo no tuvimos en cuenta la arrogancia de los oficiales de Taneth. El hombre nos interrumpió antes de que tuviésemos oportunidad de hablar.

—¡Eh, pareja de vagabundos! ¿Qué estáis haciendo aquí?

Yo era consciente de que no llevaba mis mejores ropas, pero tampoco me parecía estar tan mal. Por otra parte, el uniforme de pavo real de los oficiales...

—Mi padre es el conde de Lepidor —reaccioné, atónito ante el modo en que la gente de Taneth parecía sentirse superior.

—Y yo soy el rey de los haletitas. ¿Quién os permitió entrar aquí? —Los guardias, que reconocen un pase diplomático cuando lo ven —subrayé.

No estaba demasiado seguro de por qué había pronunciado esa frase, tan cercana a un insulto, pero jamás me había sentido tan despreciado por un simple oficial de la corte. El hombre, con todo, quedó impactado por mi respuesta.

—¿Cómo te atreves a sugerir que no sé hacer mi trabajo? ¡A ver, muéstrame ese pase diplomático!

Iba a entregárselo, pero el oficial me lo arrebató antes de que pudiera hacerlo.

—Esto es de la armada imperial.

—Redactado por un oficial de Aquasilva igual a ti.

—Estás pisando terreno peligroso —me advirtió Sarhaddon en un susurro.

—Aquí esto carece de valor. Ya no estáis en Océanus. Thetia no tiene aquí ningún poder.

¿Acaso ese oficial estaba decidido a obstruirnos el paso? ¿Y por qué motivo? ¿Qué podía significar yo para él? A menos que se tratase de un hombre de Etlae... Pero ésas eran cuestiones internas del Dominio y, además, ¿por qué le convenía a Etlae mantenernos fuera del palacio?

—Si tan sólo tuviese la amabilidad de llamar al conde, él podría aclarar las cosas —señalé, intentando ser razonable pese a la tenaz hostilidad del hombre.

—¡De ninguna manera! El conde, quienquiera que sea, no desea ser molestado por vagabundos mientras se encuentra en la conferencia.

<<Pues parece que ya lo molestan —pensé con furia—, al menos teniendo en cuenta este espécimen>>

—¡Guardias! —gritó el sujeto.

Sentí una ráfaga de espanto y volví mis ojos hacia Sarhaddon con ansiedad. Pero entonces otro hombre apareció en la sala. —¿Qué significa todo este jaleo? —indagó.

El recién llegado debía de rondar los cuarenta años, tenía la nariz rota y los ojos muy hundidos. No era un hombre con el que fuera agradable cruzarse. Llevaba una túnica anaranjada y una cadena de oro en el cuello. En muchos esa combinación se hubiese visto ridícula, pero éste no era un tipo que pudiese parecer ridículo bajo ninguna circunstancia. Tenía el aire de quien está acostumbrado a hacer las cosas a su manera y a quien jamás se me hubiese ocurrido ofender.

—Dos vagabundos intentan molestar a un conde, canciller principal Foryth.

—Pues entonces expúlsalos de inmediato.

—Debo objetar que no somos vagabundos, canciller principal —dije con frialdad.

¿Canciller principal? ¿Eso significaba que integraba el Consejo de los Diez Tenía que ser miembro de una de las familias: Foryth, con su bandera anaranjada y amarilla, era una de las lujosas mansiones con las que nos habíamos topado al subir la cuesta. —¿Quiénes sois entonces?

—El conde al que pretendo «molestar>> es mi padre.

—Eso sucede a menudo. Ahora la conferencia se encuentra en plena sesión y yo tengo prisa. Detenlos y ya veremos más tarde. Foryth comenzó a avanzar en dirección a la salida.

—¡*No tan rápido, tanethano*!

Mi corazón casi se detuvo por la sorpresa. Si el que había gritado no era mi padre, debía de ser alguno de los dos asistentes a la conferencia que podían reconocerme y no eran enemigos nuestros.

—No satisfecho con intentar robarme, ahora tratas de enviar a prisión al hijo de mi aliado. ¡Déjalo en paz, tanethano!

—¿Por qué no te ocupas de tus propios asuntos, oceaniano? —espetó Foryth—. Me importa un bledo quiénes sean. ¡Guardias! Los guardias, que se habían quedado de pie, inmóviles y silenciosos en la entrada del salón desde la primera llamada del oficial, dudaron a quién obedecer. La persona que había interrumpido a Foryth atravesó el portal enfrentándose al gran canciller, y entró en mi campo visual. Alto y corpulento, Courtiéres, conde de Kula, superaba en unos quince centímetros al hombre deTaneth. Cruzó la mirada con la del canciller principal, demostrando una gran Seguridad.

Tanethano, no me importa quién seas ni cuál es tu cargo. Has intentado timarme y ahora buscas nuevos trucos. Te sugiero que dispenses a los guardias y no intentes incriminar a otros habitan, tes de Océanus, al menos por esta jornada.

—No es bueno teneme por enemigo, oceaniano.

—Y al parecer tampoco como amigo. Me abstendré de decirle al rey que los cancilleres principales están timando a los hombres cuya ayuda solicita. Tú, por tu parte, déjalos en paz.

El canciller principal respondió a la mirada calma de Courtiéres con ojos que expresaban el odio más puro. Luego inclinó la cabeza instando a los guardias a retirarse.

—Hoy has cometido un error, oceaniano. Espero que no vivas lo suficiente como para lamentarlo.

—Necesitarás de nuestra ayuda cuando los haletitas estén junto a tus puertas, tanethano. El mero hecho de que seamos provincianos no te concede permiso para ofendemos.

—Podría hacer que os encarcelen a todos vosotros sin consideración alguna, pero hoy, por esta vez, seré generoso —dijo el tanethano volviéndose con violencia y dirigiendo sus pasos hacia una puerta diferente de la que pensaba utilizar en un principio. Me pregunté por qué.

Courtiéres clavó la mirada en el oficial, que murmuró una disculpa, luego le sonrió con una calidez a todas luces falsa y nos indicó a Sarhaddon y a mi que lo siguiésemos.

—¿No seria conveniente que me fuera ya? —Susurró Sarhaddon.

—Espera hasta más tarde, cuando mi padre pueda conseguir para ti un salvoconducto para el templo.

—Lamento lo anterior —comentó Courtiéres mientras recorría, mas los relativamente vacíos pasillos del palacio. Su voz concordaba con su aspecto: era profunda y segura—. A propósito, ¿qué os trae por aquí? Buenas tardes, monaguillo...

—Sarhaddon.

—Estabas en el templo de Lepidor, ¿verdad?

—S... si, allí estaba —tartamudeó Sarhaddon, al parecer sorprendido por el hecho de que lo recordase el conde de otra ciudad, quien lo habla visto apenas durante una breve visita.

Yo conocía de sobra la fenomenal memoria de Courtiéres (recordaba cómo me había pescado robando una manzana en la cocina de Kula cuando los visité con sólo cuatro años de edad).

—Entonces ¿qué es lo que os trae por aquí? Está claro que tu padre no te espera.

—Buenas noticias —le informé con una sonrisa, contento de estar al fin a salvo y entre amigos—. ¿Recuerdas al sacerdote minero que rescatamos hace unos meses, el náufrago?

—Istiq, ¿no era ése su nombre? Os estaba ayudando en la búsqueda de nuevos yacimientos de piedras preciosas.

—Exacto. Comenzó haciéndolo en el extremo norte de la mina, donde no habíamos hallado más roca de fondo, y dio con algo muchísimo más valioso.

—¿Hierro? —adivinó Courtiéres—. ¿Habéis encontrado hierro?

Asentí.

Los ojos del conde se abrieron de par en par. Luego me dio una palmada en la espalda.

—Ésas sí que son buenas noticias, para mi y para tu padre. Ahora tendrás un auténtico clan para gobernar, ya no hay dudas respecto a tu futuro. Ha sido muy inteligente por tu parte recorrer tan largo trecho para decírselo antes de que se vaya de Taneth. Sé que tu madre debió tomar la decisión final, pero tú habrás tenido algo que ver en el asunto.

Courtiéres era asimismo muy generoso e infinitamente más propenso al halago y las felicitaciones que mi padre.

Durante el trayecto por los pasillos, Courtiéres me contó algunas de las últimas novedades surgidas en la conferencia, sobre todo las referidas a la creciente amenaza haletita tras el regreso de Reglath Eshar. Me sentí reconfortado estando de nuevo entre amigos: Courtiéres era el más antiguo amigo y aliado de mi padre, junto con Moritan, el enigmático ex asesino convertido en gobernante que había dado origen a una de las cinco facciones principales de Océanus.

No tenia idea del motivo por el que Courtiéres había abandonado la sala de conferencias, pero cuando llegamos allí los condes dejaban la sala tras una sesión completa. Courtiéres gritó el nombre de mi padre y la incredulidad abrió paso a la alegría en el rostro del conde Elníbal, que, acompañado de Moritan, comenzó a acercarse a nosotros, dejando en un lado a su enemigo Lexan mirándonos con el ceño fruncido.

OceanofPDF.com

CAPITULO VIII

Por poco mi padre no me rompió los huesos con su acostumbrado abrazo de oso. Luego dio un paso atrás y me miró con ojos críticos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Como había sido soldado, a mi padre, mucho más que a Courtiéres, no le gustaba andarse por las ramas. Sin embargo, mi padre hubiese sido aún menos diplomático que él con el canciller principal. Estaba tan ansioso por contarle las novedades que, una vez que comenzamos a caminar, olvidé por completo el discurso que había planeado durante las largas y tediosas horas a bordo del Paklé.

—¡Hierro! —estallé—. ¡Hemos descubierto hierro en las minas de piedras preciosas! Montones de hierro. Dómine Istiq ha estimado que hay suficiente para seguir extrayendo durante los próximos trescientos años.

La incredulidad y la alegría luchaban en el rostro de mi padre. No iba a preguntarme si estaba hablando en serio, pues era obvio que no hubiese atravesado Aquasilva sólo para bromear.

—¿Has traído muestras? —preguntó buscando con la mirada—. Vayamos a un sitio donde podamos hablar en privado antes de que Lexan y sus escurridizos secuaces nos escuchen.

—Allí estará bien elijo Moritan señalando una sala con suelo de mosaico donde iba a dar la recepción con columnas en la que estábamos.

—¿No están esas salas infestadas de espías? —preguntó Courtiéres, dubitativo.

Moritan sonrió.

—Estoy seguro de que al rey le agrada que evitemos todo el tiempo a sus espías —aseguró mi padre con sequedad.

—Pues entonces no deberían espiarnos —agregó Moritan, un hombre de baja estatura con el cabello negro muy corto, feroces ojos azules y la actitud de un lobo hambriento—. Al menos no si pretende que le demos dinero.

—Tampoco debería ofrecer un interés tan bajo —intervino Courtiéres.

La tercera puerta a lo largo del corredor estaba entreabierta, la abrió y entró. Era una antecámara vacía, con sus blancos e impecables muros apenas salpicados por un zócalo pintado. La sala estaba iluminada por la luz de una ventana que daba al jardín.

Le presenté a Sarhaddon a mi padre, que lo escrutó detenidamente un momento y luego asintió con un gesto de aprobación. —Gracias por ayudar a que mi hijo llegase de una sola pieza, monaguillo.

—No fue una tarea sencilla cuando se enfrentaba a los piratas —dijo Sarhaddon.

Mis ojos se centraron en el brazalete gris oscuro que llevaba en la muñeca, recordando las palabras del mensaje y la advertencia de que Sarhaddon no debía enterarse de nada.

—¿Piratas? —inquirió Moritan abriendo bien los ojos—. ¿En la ruta de Océanus?

—Creo que deberemos esperar un poco para obtener una verdadera explicación —señaló mi padre, que cerró la puerta y nos indicó a todos que nos sentásemos. Luego lanzó una mirada significativa a Moritan y señaló hacia la ventana.

El pequeño ex asesino (era de menor estatura que yo, lo que lo hacía pequeño a ojos de todos) cruzó silenciosamente la sala y saltó de un solo movimiento hasta el saliente de la ventana. Poco después, de otro salto, regresó a su sitio, dando a entender con un gesto que no había nadie en los alrededores. Entonces recorrió con la mano todo el borde que separaba el suelo de los muros. En dos ocasiones se detuvo para colocar trozos de tela en diminutos orificios que podrían servir para espiar. Envidié su capacidad

y su economía de movimientos. Su salto hacia el alféizar había sido calculado y ejecutado a la perfección; de haberlo intentado yo, me habría partido la cara.

—Ningún espía real o del Consejo nos vigila en este momento —anunció Moritan—. Este lugar es ridículo. No puedes ni tirarte un pedo sin que se envíe un informe de ello al Consejo de los Diez... No se parece en nada a nuestro hogar, donde es posible mofarse de Lexan por espacio de kilómetros y donde todos los espías de los palacios trabajan para nosotros.

—Casi todos —lo corrigió Courtiéres.

Moritan hizo con una mano el gesto de cortarle a alguien la garganta y se sentó en la silla que quedaba disponible.

—He traído algunas muestras —dije buscando en mi equipaje, que me había dado Suall. Ahora mi guardaespaldas esperaba fuera del salón junto a los demás servidores—. Mamá dijo que probablemente desearías contratar algún mercader de Taneth para vender el mineral aquí, en lugar de tener que hacerlo en Pharassa a un precio menor.

—Tiene razón, aunque me niego a tener algo que ver con estos estafadores tanethanos.

Al fin, tras lastimarme los nudillos con alguna cosa filosa que no pude identificar, hallé el morral con las muestras y puse algunas de las pepitas en la mano de mi padre. Él se quedó con una, que examinó críticamente, y repartió las otras entre los demás.

—Haaluk e Istiq me aseguraron que son de excelente calidad —dije, ansioso por obtener su confirmación.

—Eso parece —afirmó Courtiéres sin más, frotando una pepita con uno de sus carnosos dedos. Yo, sin embargo, estaba en ascuas esperando el veredicto de mi padre.

—Parece bueno. ¿Has dicho trescientos años?

Me pidió que le informase exactamente de todos los detalles que habían mencionado el sacerdote y el capataz de la mina, incluso después de hacerle entrega de las cartas que ellos le habían escrito. Como gobernante, se suponía que debería recordar los detalles y, en el pasado, mi padre con frecuencia me trataba de forma severa si yo no podía recordar las lecciones.

Era sencillo para mí retener en la memoria las palabras de la gente, pero las cifras (que sin embargo podía manejar bastante bien) y las listas me eludían, y, cuanto recordaba del margen de beneficios que habían calculado tanto Haaluk como Istiq era por completo incorrecto.

Cuando acabó el interrogatorio, mi padre asintió en señal de aprobación y logré relajarme un poco.

—Has hecho lo correcto al traerlo aquí y opino que lo del mercader tanethano es la solución —dijo mirándonos a los demás— Lo que añade un nuevo problema, amigos, ya que tenemos ciento cincuenta familias entre las que elegir.

—Los ciento cincuenta mejores timadores de Taneth —murmuró Moritan.

—Quizá pueda ayudaros otra vez —advertí con nerviosismo, cogiendo nuevamente mi bolsa en busca de la lista que el capitán cambresiano Xasan me había confeccionado en un papel—. Durante el viaje nos detuvimos en Kula. Allí estaba un capitán naval cambresiano, cuyo buque había sido atacado por piratas. Parecía digno de confianza y me escribió una lista con cinco de las grandes familias más honorables.

—No has perdido el tiempo —comentó mi padre—. Excelente previsión. ¿Cuáles son esas familias?

Nunca había sido sencillo ganar la aprobación o el elogio de mi padre, y me reconfortó haberlos recibido dos veces en cinco minutos.

—Hiram, Banitas, Jilreith, Dasharban y Barca.

—Eso reduce nuestra elección a sólo cinco de los ladrones más importantes —ironizó Montan—. No busquéis más o será como estar cazando fantasmas.

Mi padre le clavó una mirada de distante desconcierto. —¿Tienes algo que aportar a esta conversación? —le preguntó. Jilreith es una familia cliente de Foryth, la más poderosa y a la vez, la más criminal de las familias.

—Entonces no debemos tenerlos en cuenta —dijo Courtiéres—. Además de ser un sujeto malicioso y manipulador, a lord Foryth no le agrada Cathan. Os aseguro que Cathan no tiene la culpa. Foryth intentó

estafarme esta mañana. Ése ha sido el motivo de que, me ausentase de la reunión, estaba buscándolo; y cuando al fin lo encontré se hallaba causando más problemas.

Noté que Courtiéres no mencionaba con exactitud cuáles habían sido los problemas, quizá para evitar que mi padre se enfureciese y retase a duelo a Foryth. Siempre perdía la calma si alguien nos amenazaba a mí, a mi madre o a mi hermano.

—Te tomo la palabra —aceptó mi padre, que confiaba ciegamente en sus amigos, una costumbre que en Taneth no hubiese sido para nada aconsejable. En Océanus, en cambio, los lazos entre amigos y enemigos estaban establecidos de forma muy clara. Teníamos quince condes, tres en cada facción, y las alianzas se habían mantenido firmes durante décadas. En Taneth, según había oído, los pactos se acordaban para ser violados—. ¿Alguien posee datos sobre las otras cuatro familias?

—Creo que Dasharban figura en los libros negros del Dominio —informó Sarhaddon tras una breve pausa—. Podría ser otra familia cuyo nombre comience con «d», pero estoy casi seguro de que

se trata de ésta. Si así fuera, no constituirían una buena opción, sobre todo si no deseáis que os investiguen los sacri.

—Por lo tanto, Dasharban queda eliminada —sostuvo Courtiéres a media voz mientras mi padre asentía con la cabeza.

—A menos que alguno de los presentes pueda agregar algo sobre las tres familias restantes, deberemos intentar contactar con ellas. No habrá más reuniones del Consejo en el día de hoy y ya hemos almorzado.

Mientras abandonábamos la sala, Sarhaddon se nos acercó. —Si no es mucha molestia —dijo—, yo debería partir rumbo al zigurat.

—Por supuesto que no —le respondió mi padre—. Te agradezco el haber escoltado a Cathan hasta aquí y espero que progrese tu carrera. Siempre serás bienvenido en Lepidor.

Metió entonces la mano en un bolsillo de su túnica verde oscuro y extrajo un monedero.

—Los habitantes de Océanus no somos como los de Taneth; siempre pagamos los servicios prestados. No es mucho, ya que por el momento no somos ricos, pero me hará feliz si te ayuda a hallar un mentor poderoso o lo que te sea necesario en la Ciudad Sagrada.

—G... gracias, conde Elníbal —tartamudeó Sarhaddon.

Nos estrechamos la mano al salir del palacio y ambos nos deseamos buena suerte. Me pregunté si alguna vez volvería a verlo.

—¡Charlatanes arrogantes! —murmuró mi padre con furia mientras nos alejábamos de la mansión Banitas—. Si ellos son dignos de confianza, entonces yo soy el emperador de Thetia.

No comenté nada: de mal humor, mi padre era una figura imponente cuyo enojo nadie se atrevía a alimentar. En las pasadas tres horas habíamos intentado en vano cerrar un contrato tanto con la familia Banitas como con la Hiram. Los integrantes de la familia Hiram nos habían tratado con amabilidad, pero tenían verdaderos motivos para rechazar el trato: una de sus mantas había sido capturada por los piratas y sencillamente carecían de buques suficientes para ir hasta Lepidor, tratándose de una área que por el momento no estaba bien interconectada con el resto. Mi padre acabó aceptando a regañadientes que tenían razón y que, después de todo, quizá fuesen sinceros y nos estuviesen haciendo un favor al no aceptar un negocio que no se sentían capaces de llevar a cabo.

Con los Banitas el asunto había sido diferente. Aunque recomendados por Xasan, no parecían en absoluto honorables y su mal disimulada hostilidad no era sólo insultante, sino que me resultaba inexplicable. Me recordaba la actitud del oficial y de Foryth el día anterior. Pero ¿por qué una familia rechazaría a un nuevo cliente de ese modo? No les era desconocido que hacerlo les crearía una mala reputación entre los condes provinciales. Su excusa había sido una flagrante mentira y eso fue lo que, más que ninguna otra cosa, dejó anonadado a mi padre. Al parecer, Moritan estaba en lo cierto.

—Pues tendremos que intentarlo con la última de las cuatro familias, Barca. No puede causar ningún mal intentarlo y si fallamos, convocaremos una nueva reunión del Consejo —sentenció mi padre con desánimo cuando

nos detuvimos en la calle tras habernos alejado de la mansión Banitas. Los tres criados que nos habían acompañado con carácter de servidores nos esperaban a unos pocos metros.

El sol había alcanzado su cenit y un calor abrasador invadía el mediodía, impidiendo a la gente caminar fuera de la sombra. Mi padre pidió a uno de los servidores que le preguntase a un transeúnte dónde estaba la mansión Barca y cuáles eran sus colores distintivos.

—Viven al final de la siguiente calle, caminando hacia arriba —informó el criado—. Sus colores son azul oscuro y plateado. ¿Azul oscuro y plateado? ¿No era acaso la bandera de la mansión desvencijada que había visto con Sarhaddon cuando nos dirigíamos al palacio? De ser así, no guardaba grandes esperanzas de obtener allí un contrato fiable. Sin embargo también era posible que, al estar desesperados, sus integrantes se comportasen de forma menos arrogante. ¿Qué había dicho Xasan? Años de mala administración. ¿Habría quizá en este momento una nueva cabeza al frente de la familia?

Se trataba indudablemente de la mansión que habíamos visto con anterioridad, aunque ahora que el sol no le daba de lleno parecía algo menos deteriorada. Como todas las mansiones, su base estaba unos cuantos escalones por encima de la calle y tenía pocas ventanas de alféizar alto, a fin de evitar que quienes pasaban por su frente pudiesen espiar el interior con facilidad.

La puerta se abrió cuando nos aproximamos, y apareció un hombre de avanzada edad vestido con una desgastada librea azul. Aunque anciano, su barba y su cabello estaban bien recortados y su mirada conservaba la agudeza.

—¿Deseáis ver a mi amo? —preguntó disimulando cualquier curiosidad que pudiese sentir.

—Si se encuentra en casa —respondió mi padre recuperando, al menos en su aspecto exterior, el autocontrol y la calma habituales en él.

Agradecí a Ranthas que Courtiéres no estuviese con nosotros, ya que ignoraba por completo el significado de la palabra <<sutileza>> incluso al tratar con otros potentados. Había insultado en público a nuestro viejo

enemigo Lexan en numerosas ocasiones, y el rey en persona lo había reprendido por ello varias veces.

—Está en casa. ¿Quiénes lo buscan?

—Elníbal, conde del clan Lepidor en Océanus, y su heredero. El anciano nos condujo hacia una antecámara que, aunque no estaba en óptimas condiciones, tampoco reflejaba ninguna de las señales de ruina del exterior. Delgadas cortinas de gasa cubrían el acceso a los distintos ambientes y, en lugar del diseño típico de Taneth, sus muros estaban pintados de un vívido sepia con la guarda de adorno al nivel de la cintura. El suelo embaldosado estaba cubierto con una alfombra del color de la arena. Era como entrar en otro mundo, pero... ¿a qué mundo? El estilo y la decoración no me recordaban nada que hubiese visto antes.

Advertí que las puertas que conducían al patio interior estaban abiertas, permitiendo descubrir un deslumbrante jardín con palmeras y diversas plantas tropicales, coronado en el centro por una bella fuente de la que manaba el agua. Me sorprendió la meticulosidad con la que estaba cuidado el jardín.

Tras acompañarnos al interior de la casa a mi padre, a mí y a los servidores, el anciano desapareció por una puerta lateral y, un minuto más tarde, oímos de modo muy tenue el sonido de su voz.

Instantes después volvía a abrirse la puerta y el lord de la casa Barca nos saludaba con cortesía. Devolvimos el gesto y, mientras nos daba la bienvenida, lo observamos con detenimiento.

Calculé que no tendría más de treinta años, no era más que unos pocos años mayor que Sarhaddon. Sus rasgos eran los propios de la gente de Taneth: piel tostada del color de la oliva, pómulos altos, una prominente nariz aguileña y ojos verdes. Su cabello castaño oscuro era rizado pero no demasiado bonito, y no llevaba barba. Sus ropas consistían en una mera túnica que, sin duda, a juzgar por los pliegues, acababa de ponerse sin pensarlo dos veces. Era de color rojo cobre y su cinturón tenía incrustaciones de bronce.

—Bien venido a mi casa, conde Elníbal. Soy Hamílcar.

Su voz poseía la calidez de la de un tenor, y durante aquel día había oído hablar a tantos tanethanos que ya casi estaba acostumbrado al acento.

—Que tu familia goce de larga prosperidad, lord Hamílcar. Soy Elníbal de Lepidor, y éste es mi hijo mayor, Cathan.

—¿Qué asunto te ha traído hasta aquí? —Busco un contrato para transportar hierro.

Ya habían pasado las formalidades, pero incluso antes de oír las últimas palabras el rostro de Hamílcar se había iluminado. Noté que, al principio, parecía indiferente a cualquier novedad, como quien ya ha perdido todas las esperanzas, pero las palabras de mi padre habían proyectado un rayo de sol sobre su familia.

—¿Par qué no nos dirigimos a un ambiente más confortable? Haced el favor de seguirme.

Nos guió hacia una puerta en el extremo opuesto de la sala y entramos en lo que debía de ser la cámara de invitados, aún más sorprendente que el ambiente anterior. Había en el suelo más alfombras, así como diversas plantas a lo largo de toda la pared, en la que había ventanales. Observé con absorto detenimiento los muros: estaban cubiertos de frescos con escenas marinas pintados sólo con tonos de azul. Sobre un podio, en un rincón, había una escultura de un delfín, quizá de unos treinta centímetros, esmaltada con un gastado y magullado lapislázuli. Mi saber sobre estilos artísticos no era muy amplio, pero estaba seguro de no haber visto antes nada igual.

Hamílcar observó la dirección de mi mirada y me informó: —Es una antigua qalathari, de la Octava Dinastía, procedente de un templo destruido durante la guerra.

Mis ojos se abrieron de par en par. ¿Octava Dinastía? No era mucho lo que sabía sobre la historia de Qalathar, excepto que el imperio de Thetia había sido la Octava Dinastía y había perdido el trono doscientos años atrás. El delfín debía de ser sumamente valioso.¿Dónde y cómo podía haberlo adquirido Hamílcar si era tan pobre? Quizá fuese una herencia familiar.

No bien el viejo criado nos hubo escoltado hasta el patio, Hamílcar nos indicó que nos sentásemos. El viejo desapareció por un momento y cuando

regresó su amo le ordenó:

—Trae bebidas para agasajar a los huéspedes, vino de Cambress, y dile a Palatina que venga inmediatamente.

Luego dirigió la atención a nosotros. La esperanza de su rostro había sido reemplazada ahora por un cauto optimismo, pero en cada palmo de la casa del mercader se olía la oportunidad de un acuerdo.

—Decíais, ¿un contrato para transportar hierro desde Lepidor hasta...?

—Hasta aquí, eso es lo que pensaba. —¿Cuánto hierro? ¿Con qué frecuencia?

—Mi capataz calcula que la producción superará las ochocientas toneladas mensuales de hierro refinado a lo largo de un año, aunque todavía debemos instalar la infraestructura. El primer cargamento estaría listo en unos cuatro meses.

—Ochocientas toneladas... Eso requeriría emplear dos buques enteros trabajando de forma permanente. El precio del hierro es alto en este momento y rara vez fluctúa, por lo que estamos ha blando de nueve a diez mil coronas mensuales de promedio. ¿Veinte por ciento de los beneficios para la familia Barca?

Mi padre asintió y Hamílcar prosiguió calculando cifras en su mente con una velocidad y una destreza que me ponían verde de envidia.

—Entre dos mil y dos mil quinientas para mí, lo que os deja a vosotros de siete a siete mil quinientas.

Los mercaderes de Taneth recurrían casi siempre a acuerdos de porcentaje, vendiendo los bienes en nombre del productor a cambio de una parte de las ganancias, y muy rara vez compraban toda la mercancía a un precio para luego venderla por una suma mayor. Eso reducía el riesgo de bancarrota sobre la pérdida de cargamentos enteros a manos de los piratas o de las fuerzas naturales. Se me había dicho que, una vez firmado un contrato y depositadas las copias en las oficinas de unas cuantas autoridades los tanethanos siempre mantenían su palabra. Las familias que u oraban a sus clientes eran disueltas por el Consejo de los Diez, a quienes aterrorizaba la idea de perder negocios. Pero, a la vista del modo en que los tanethanos

se habían comportado con nosotros durante aquel día, me sorprendía que alguien pudiese confiar en ellos de verdad.

La discusión fue interrumpida por la llegada del sirviente con una bandeja de bebidas.

—Palatina está en camino, señor —anunció el viejo mientras apoyaba la bandeja en una mesa baja, cuyas patas estaban decoradas con oro. Luego sirvió un oscuro vino tinto en copas de cristal; incluso en circunstancias difíciles, los tanethanos conservaban lujos comparables con los tesoros más preciados de cualquier gobernante y los utilizaban sin temor. Nunca había visto copas semejantes y me preguntaba si serían también qalathari o de estilo qalathari. Además, según comprendí poco después, cuando comencé a beber mi segunda copa, sabían perfectamente cuándo un vino estaba bien añejo.

—Palatina está cumpliendo las funciones de mi secretaria, ya que la auténtica está enferma —nos explicó Hamílcar—. La tripulación de uno de mis buques halló a Palatina flotando a la deriva sobre los restos de un naufragio y fue traída aquí. No recuerda de dónde viene ni quiénes son sus padres, aunque es muy inteligente y de refinada educación.

Estaba dejando mi copa en la mesa cuando se oyeron pasos provenientes de la antecámara y Palatina apareció en el portal. Debo decir que por fortuna la había apoyado ya, pues de otro modo hubiese volcado todo su contenido.

En el mismo momento en que mis ojos se fijaron en ella supe que me recordaba a alguien que conocía muy bien. Pero me llevó unos cuantos segundos comprender a quién. Ella me estaba mirando.

Sus cabellos eran de un castaño claro inusual en el Archipiélago, donde lo más común era el cabello castaño oscuro o negro. También su piel era mucho más pálida que la de cualquiera de los que estábamos en la sala. Sin embargo, fue-su rostro lo que me fascinó. No era especialmente hermosa, pero tenía un no sé qué que cautivaba las miradas. Y además, sin ninguna duda, era muy parecida a mí.

Yo no pertenecía a la sangre de mi padre; él me lo había dicho ocho años atrás, cuando resultó evidente que mis rasgos no se asemejaban a los

de mis padres y tampoco a los de mis abuelos o parientes cercanos. Lo que es más, mi rostro finamente cincelado y mi contextura delgada eran propios de los thetianos y exiliados de sangre más noble. Ninguno de esos dos grupos era muy numeroso.

Los ojos de Palatina eran de un color gris oscuro en lugar de azul verdoso, y nos separaban las diferencias lógicas de género, pero su rostro era el más parecido al mío que jamás hubiera visto.

—Palatina —dijo Hamílcar observándome con curiosidad—, éstos son el conde de Lepidor y su hijo, Cathan. Conde, vizconde, ella es mi secretaria y amiga, Palatina.

Palatina nos hizo una reverencia como si estuviese acostumbrada a hacerla (algo inhabitual pues se trataba de un saludo típicamente masculino) y se sentó junto a Hamílcar. Mientras duró la negociación, sin embargo, mi mente vagó retornando al viejo pasatiempo de fantasear sobre mi origen, en el que tantas veces me había sumergido siendo más joven durante las tutorías más aburridas. Cuando mi padre (Elníbal, claro) me contó el modo en que me halló, dijo que había sido entre las ruinas de una población arrasada en lo más profundo de la jungla de Tumarian, en el Archipiélago, donde luchaba como mercenario el año anterior a convertirse en conde. Tanto mis padres biológicos como el resto de los habitantes del poblado, me aseguró en aquel momento, habían sido asesinados por los bandidos que él y sus compañeros estaban persiguiendo. Desde el mismo momento en que oí eso no dejé de preguntarme quiénes y cómo habían sido mis padres biológicos, pero se trataba sólo de hacer volar la imaginación. En lugar de crecer en medio del peligro de la jungla, había pasado a ser heredero de una ciudad y, además, era feliz. Por ese motivo, conocer mi auténtico origen nunca me había obsesionado.

Ahora, sin embargo, tras la súbita aparición de otra persona de la misma edad y apariencia tan similar a la mía, alguien que, de modo frustrante, no recordaba su propio pasado, me sentí realmente perturbado. ¿Era posible que fuésemos parientes? Y en ese caso, ¿cómo había llegado ella aquí sin ningún recuerdo de su pasado' Y entonces, cuando Hamílcar me hizo una pregunta y debí alejar mi mente del asunto, recordé algo más: los nombres

acabados en <<tina» o «tino» eran poco comunes, y los únicos que yo había oído con esa desinencia eran los emperadores y emperatrices de Thetia.

Al caer la tarde, mi padre firmó un contrato con Hamílcar en presencia de los cuatro testigos prescritos por la ley de Taneth. Moritan y Courtiéres fueron los testigos de mi padre y los líderes de otras dos grandes familias, Telmoun y Eiza, hicieron lo mismo para Hamílcar. Cuando lord Telmoun se fue, Hamílcar nos invitó a todos y a lord Eiza, quien era obviamente su amigo, a quedarnos para cenar.

Fue un evento agradable, sobre todo teniendo en cuenta que había allí dos grupos de personas que casi no se conocían entre sí. Hamílcar parecía casi eufórico, y después de contarnos por qué su familia había caído tan bajo pude entender su alegría.

—Nuestras dificultades surgieron hace unos veintidós años _empezó a narrar no bien acabó su cuarto vaso de vino—. Fue en el año de la cruzada del Archipiélago, el año en que el Dominio destruyó Paraíso. Al menos, así es como lo llamaba mi madre, yo jamás he ido al Archipiélago en persona, pero, por lo que puedes apreciar en esta casa, siento verdadera pasión por ese lugar y su historia. Especialmente por Qalathar.

Conque ése era el extraño estilo que no había sido capaz de reconocer, el de Qalathar.

—No desearías estar allí, al menos no ahora —intervino mi padre—. Estuve allí antes de la matanza, cuando tenía diecisiete años. Sin duda, algunas zonas estuvieron cercanas al paraíso, pero ya no queda nada de eso, sólo los recuerdos.

Moritan asintió con convicción. Sus ojos estaban ya desenfocados; no parecía tener mucha tolerancia a la bebida.

—La familia Barca tenía muchos intereses comerciales en el Archipiélago y , tras la cruzada, dejaron de existir. Mi abuelo adoraba el Archipiélago y murió con el corazón roto al año siguiente. Eso dejó a mi padre al cargo, pero no estaba preparado para la tarea de reconstruir lo perdido. Así fue que luchamos durante cinco años, perdiendo de forma gradual clientes y capital. Mi tío Komal comenzó a desviar un gran porcentaje de los beneficios que obteníamos, lo que nos generó una mala

reputación. Mi padre no lo descubrió hasta que ya fue demasiado tarde. Entonces intentó contener a Komal, pero no era lo suficientemente fuerte. Komal lo asesinó y tomó las riendas de la familia. Mi madre y yo quedamos relegados a una fortaleza decrépita que poseíamos más allá del estrecho y, durante los siguientes doce años, Komal manchó de sangre una familia hasta entonces inmaculada. Como nunca habitó esta mansión, he podido decorarla con lo poco que pudimos conservar.

La madre de Hamílcar alimentó en él la sed de venganza hasta que, unos ocho años atrás, Hamílcar pudo al fin deponer a Komal. Pero, para entonces, la familia Barca conservaba sólo dos fieles clientes. Ninguno de ellos era demasiado lucrativo Y, aunque Hamílcar intentó devolver el buen nombre a la familia, no había tenido mucho éxito en lograr nuevos clientes. Hasta este momento.

El tono de Hamílcar me parecía demasiado objetivo y distante cuando hablaba de su familia, como si los eventos narrados le hubiesen sucedido a otra persona y no le causasen ninguna emoción.

Algo después, Palatina me hizo preguntas sobre mí, mi familia y Lepidor. Era vivaz y amable, aunque parecía frustrarle la pérdida de la memoria. Era de mente ágil y risa fácil, y disfruté de su compañía casi desde el primer instante. De todos modos, lo que había entre nosotros era sólo amistad, y nunca habría nada más.

Los acontecimientos eran prometedores, pensé cuando partimos de la mansión, el futuro de Lepidor parecía asegurado. Habíamos encontrado lo que buscábamos y mi viaje no había sido en vano. Me sentí sereno y, satisfecho, y el mal humor de mi padre pareció haberse esfumado por completo, incluso bromeaba.

Moritan opinó que Hamílcar carecía de alma. Courtiéres lo miró de frente y le dijo a su vez:

—Vale, pero tú tampoco tienes, amigo.

Estaban ambos perdidamente borrachos y formulaban sus alegres comentarios casi a gritos. Mi padre les clavó una severa mirada.

—Despertaréis a toda la calle —les advirtió.

—¿Y eso qué importa? —respondió Moritan—, si son todos unos maleantes.

—¿Incluso nuestro anfitrión?

—Ése carece de alma —repitió Moritan con solemnidad—, entonces no puede ser un maleante. Ya lo ha dicho Courtiéres. Pensé en ese momento que alguien que sentía por un sitio la fascinación que Hamílcar sentía por Qalathar debía de tener alma forzosamente, pero no era una discusión demasiado importante· Yo no había bebido ni la mitad que ellos, pues tengo baja tolerancia al alcohol. Superar las dos copas de vino o de cualquier bebida semejante me colapsa, sin pasar antes por ninguna sensación de bienestar.

Durante los días siguientes asistí con mi padre a algunas reuniones de la conferencia, aunque en su mayor parte fueron muy aburridas y versaron sobre los intentos del rey de sacarle dinero a todo el que pudiese para financiar las misiones contra los haletitas. El verdadero trabajo se hacía fuera de la sala de conferencias, cuando pequeños grupos de condes conversaban en privado gestando propuestas para que fueran luego votadas durante las sesiones o acordando pactos entre sí.

Cinco días después de haber desembarcado en Taneth le transmití a mi padre el mensaje de Etlae.

—¿Tan pronto? —fue su reacción—. Si los veteranos te han convocado, Cathan, tu deber es acudir. De todas formas hubieses pasado allí el próximo año.

No me resistí. Cuando mi padre tomaba una decisión, podía decirse que ésta era irrevocable. De cualquier modo, la idea de estar fuera de Lepidor durante un año no me alegraba en absoluto. Le hice a continuación todas las preguntas que se me ocurrieron acerca de ese lugar.

—Es una academia edificada sobre una de las islas del Archipiélago. Yo mismo estuve allí cuando tenía tu edad. Pondrán en duda todo aquello en lo que crees, pero puedo asegurarte que son los mejores maestros que podrías tener.

Eso era todo lo que diría mi padre, ni una palabra más. Durante la quincena que pasé en Taneth forjé una gran amistad con Palatina, que me

acompañó durante muchas horas a explorar la vasta colmena humana que era Taneth. La ciudad era un tesoro infinito, tan repleto de todo, y me propuse satisfacer mi curiosidad visitando hasta los rincones más oscuros. Deseaba ver tantos sitios como pudiese y averiguar qué actividades se desarrollaban en ellos. Visité cada una de las islas, el gran mercado, innumerables cafés, el zigurat (aunque Sarhaddon ya se había ido de allí) y a los oceanógrafos. Además, en una minúscula tienda de instrumentales en la isla de Laltain, que no era la misma tienda que habíamos visto con Sarhaddon el primer día, conseguí el analizador de agua que no había tenido tiempo de comprar en Pharassa. Durante ese tiempo no tuve ninguna noticia más acerca de la familia Foryth.

A pesar de todas las maravillas de Taneth, concluí que nunca sería un sitio en el que quisiese vivir o pasar más que poco tiempo. Hacia el final de las dos semanas comencé a extrañar la presencia

de un océano grato y vacío para nadar —las aguas que rodeaban Taneth estaban bastante sucias, mientras que las más cercanas al estrecho eran maravillosas para nadar, pero siempre había muchísima gente.

El día de mi partida, con mis pertenencias ya empaquetadas, Palatina y yo fuimos por última vez a la ciudad, ya que no esperábamos volver a vernos durante mucho tiempo. Yo estaría en el Archipiélago durante un año y Palatina en Taneth y, a mi regreso, lo más probable es que fuese necesario que pasara la mayor parte del tiempo en Lepidor.

No nos percatamos de las dos figuras que nos seguían cuando nos abríamos paso por el barrio de los artesanos en la isla de Isqdal. Sólo oí un golpe y el grito de dolor de Palatina pero, antes de tener la oportunidad de hacer otra cosa que volverme un poco, un objeto duro se estrelló contra la parte de atrás de mi cabeza y me desplomé sumido en la más absoluta oscuridad.

OceanofPDF.com

Segunda Parte

OceanofPDF.com

CAPITULO IX

Desperté completamente aturdido y me llevó bastante tiempo orientarme y discernir arriba de abajo. Sentía la cabeza como si estuviese llena de lana y no veía nada en absoluto. Fui presa del pánico. ¿Me había quedado ciego?

Poco a poco logré convencerme de que no era así, pero todo estaba completamente oscuro y lo único que sabía era que estaba a bordo de una manta. Después de pasar gran parte de mi niñez en rayas y tras el último mes de travesía, podía reconocer al instante el profundo y grave murmullo de las calderas de leña de mar. Pero ¿en que manta me hallaba? Me pregunté por qué sitios navegábamos y por qué motivo me llevaban.

Yacía en el suelo, pero cuando intenté sentarme descubrí que tenía las manos atadas por delante a algún objeto áspero que me causaba picazón. Luego me atravesó una oleada de agudo dolor y sentí como si me hubieran partido la cabeza. La bodega en la que estaba parecía herméticamente cerrada, como una prisión. No soy claustrofóbico, pero la penetrante oscuridad y la sensación de encierro pueden poner nervioso a cualquiera.

Oía crujidos de vez en cuando, los sonidos habituales de una manta cuando navega por las profundidades, pero por encima de éstos había otro ruido, que en un principio no conseguí identificar. Lo que crujía no pertenecía a la manta, era un sonido demasiado regular. Tardé en comprender que era el sonido de una respiración. Había alguien más en la bodega. Me estiré con la intención de averiguar con exactitud dónde se

hallaba, pero sentí una nueva oleada de dolor, tras la cual seguí tendido en el suelo, encontrándome cada vez peor a medida que mi cabeza recuperaba la lucidez. Tenía los brazos acalambrados.

La respiración cambió de ritmo, volviéndose más rápida e irregular. Fuera quien fuera, estaba despertando. ¿Era alguien que conocía? Lo último que retenía mi memoria era la imagen de una calle de Taneth y un terrible golpe en la cabeza (y recordar eso me había costado un esfuerzo considerable). ¡Palatina! ¡Eso era! Ella estaba conmigo cuando caímos en la emboscada. ¿Significaba eso que era ella quien yacía conmigo a cierta distancia? Deseé que así fuera: la perspectiva de estar confinado en ese pozo negro con alguien totalmente extraño, incluso si ambos estábamos atados con firmeza, no alegraba mi corazón.

No debí haberme preocupado. Desde algún sitio a mi lado alguien profirió una apagada maldición. Reconocí la voz. —¿Dónde estoy? —preguntó en seguida—. ¡Este lugar está más oscuro que el corazón de Ragnar!

—¿Quién es Ragnar? —pregunté.

—¿Quién está ahí? —indagó a su vez Palatina—. Ah, eres tú. Lanzó un quejido, sin duda tras descubrir lo mismo que yo, que alguien le había propinado un feroz golpe en la cabeza con algo sólido.

—No tengo la menor idea de quién es Ragnar. ¿Sabes dónde estamos?

Palatina hablaba empleando la lengua del Archipiélago, el lenguaje común, con un llamativo acento que no había notado en nuestros encuentros previos.

—A bordo de una manta, en las profundidades —respondí—. Aparte de eso, no sé nada de nada.

—No me gusta que me golpeen en la cabeza —dijo ella entonces; una nimiedad a mi entender innecesaria, pues era evidente—. Alguien me debe una explicación.

—Dudo que, quien sea que nos haya traído aquí, esté muy habituado a pedir disculpas —insinué.

Pese a mi sardónico comentario, tenía mucho miedo, casi el mismo terror que cuando me encontraba frente a los piratas de armadura negra en

el pasillo del Paklé. Pero esto era peor pues estaba indefenso, y también porque no tenía idea del sitio en que estaba.

—¿De quién crees que se trata? —preguntó Palatina.

Se la oía tranquila, pero había un cierto temblor en su voz, lo que me llevó a suponer que estaba tan asustada como yo. —¿Quién nos trajo aquí? Podría ser el Dominio o lord Foryth, Son los únicos que se me ocurren, salvo que exista algún enemigo

Tuyo o de Hamílcar. De cualquier modo, asumo que no les caemos bien.

—Hamílcar tiene muchos enemigos, incluido lord Foryth. Pero ¿por qué dices que le desagradas a lord Foryth?

Le conté lo que había sucedido en la antecámara del palacio. Palatina escuchó en silencio.

—Si él fuese el responsable, entonces estaríamos siendo utilizados como peones para los intereses de alguien más. ¿Qué hay acerca del Dominio?

Le conté tanto como me atreví sobre el incidente con Etlae, Ravenna Y sus marinos de armadura negra, y me pregunté cómo podía ella permanecer tan analítica y racional en estas circunstancias. Hasta el momento en que descubrí su presencia, yo estaba al borde del pánico. Pero ahora, por algún motivo, había recuperado la confianza.

—Si nos han traído aquí, supongo que ya no nos harán más daño —conjeturó.

—Supongo que no. Pero ¿por qué secuestrarnos en las calles de Taneth, amarrarnos y luego lanzarnos a una oscura bodega? Estaban esperándome y, de cualquier modo, yo debía acompañarlos.

—Si la presa que deseaban eras tú, entonces creo que estamos a salvo. Tu padre es un conde y cuenta con el favor del rey de Océanus. No me parece factible que Foryth se arriesgue a complicar su situación sólo para vengarse de alguien que se encaró con él. Y ni siquiera has sido tú, fue Courtiéres.

Pero entonces me vino a la mente otra aterradora posibilidad, que me arrancó de la calma superficial a la que me había llevado Palatina.

—Mi padre suponía que yo partiría hoy, si aún estamos en el mismo día, y no esperaba verme durante cerca de un año. Si Foryth se enteró de eso, podía secuestrarnos, hacer con nosotros cuanto quisiese y mi padre pensaría durante todo ese tiempo que estoy en el Archipiélago. Cuando note mi tardanza, el rastro ya estará frío y Foryth podrá encargarse de sobornar a cualquiera que pretenda investigar.

—Los rehenes muertos no tienen ninguna utilidad, Cathan. Créeme, nadie nos lanzará por la borda.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —protesté, sorprendido de su confianza.

—Siempre tengo fe en mí misma —respondió sin más—. Al menos casi siempre.

Resistí las ganas de reírme.

Aquel «casi siempre» resumía la personalidad de Palatina. Incluso siendo extranjera y prisionera en la que era, para ella, una tierra ajena, conservaba la fe en sí misma. No sabía si esa fe era algo natural en ella o producto de un aprendizaje. Y de ser la segunda opción, ¿por qué motivo había sido tan bien entrenada? Era el tipo de entrenamiento que se proporciona a un gobernante o a un asesino. Ella no era una asesina, de eso estaba convencido. Una gobernante, entonces, pero ¿de qué lugar? El Dominio se oponía rotundamente a que gobernasen mujeres.

—¿Qué sabes sobre las disputas internas del Dominio? —me preguntó un momento más tarde y, durante unos pocos minutos (no podría asegurar cuántos), le conté todo lo que sabía sobre el Dominio, Etlae y Lachazzar. Agradecí la distracción que me ofrecía hablar: era infinitamente preferible a yacer en la oscuridad intentando adivinar qué sucedería a continuación.

Estaba llegando al final de mi narración, repitiendo cosas que ya había mencionado, cuando se oyeron un golpe seco y una serie de crujidos provenientes de algún sitio fuera de la bodega, sonidos producidos más por el movimiento de gente que por la marcha del buque.

Un instante después hubo una nueva serie de crujidos, casi al lado de nosotros, sentí entrar una oleada de aire fresco y noté que había alguien más en la bodega. La oscuridad, sin embargo, todavía era absoluta. ¿Para qué estaban apagadas todas las luces?

Alguien, quienquiera que fuese, estaba junto a mí. Mi cuerpo se tensó en los segundos que siguieron, esperando el contacto del filo de un cuchillo.

Sí hubo un cuchillo, pero no derramó sangre. La anónima figura cortó velozmente las cuerdas que inmovilizaban mis muñecas. Luego se aproximó a Palatina y cortó las suyas. Agradecido liberé mis agarrotados brazos y en mi rostro se dibujó una mueca de dolor ante las terribles punzadas que sentí.

La fragancia de su perfume me alcanzó al mismo tiempo que Ravenna se agachaba y me susurraba al oído:

—¿Ni una palabra de gratitud de tu parte, Cathan? —¿Gratitud? —respondí con seriedad—. ¿Por hacerme estallar la cabeza, amarrarme y luego arrojarme a este pozo negro sin tener ni la menor idea de quién ha sido la persona que lo hizo?

—¿Ésa es toda la gratitud que recibiré? ¡Qué poco generoso de tu parte! Voy a vendarte los ojos; tras permanecer tanto tiempo en la oscuridad, tu vista deberá ir acostumbrándose a la luz. Por otra parte, puedes ponerte de pie.

Ravenna colocó una banda de tela alrededor de mi cabeza, cubriéndome los ojos, y la anudó en mi nuca.

Cuando se aproximó a Palatina, me alivió comprobar que mis anteriores sospechas carecían de fundamento. Estaba, además, intrigado (en verdad, perplejo) por el modo en que nos habían tratado, y me preguntaba cuáles eran los motivos.

Comencé a incorporarme, pero en el primer intento me invadió una nube de mareo y dolor que me obligó a derrumbarme otra vez sobre la cubierta.

—No eres tan fuerte como tu hermana, ¿verdad? —bromeó Ravenna.

—Me temo que te equivocas —intervino Palatina—. No soy su hermana.

—Pues existe un enorme parecido entre vosotros dos.

—¿Cómo puedes determinarlo en la oscuridad? —inquirió Palatina—. Ni siquiera puedes verme.

—Incluso si no os hubiese visto en Taneth, ¿cómo suponéis que os he desamarrado si no puedo veros? —declaró lanzando una gran carcajada.

Volví a intentar ponerme en pie y en esta ocasión, con la ayuda de Ravenna, logré hacerlo. Pero cuando quise librarla de mi peso comencé a tambalearme, así que debí tragarme mi orgullo y apoyarme en su hombro (experiencia que no hubiese sido nada desagradable si la cabeza no me hubiese dado vueltas). Palatina tenía sin duda un cráneo más duro y pudo caminar sin ayuda.

—¡Eh, tú, la que no eres su pariente, coge mi mano o chocarás contra un muro!

—Me llamo Palatina.

—¿Palatina? —repitió Ravenna mientras avanzaba lentamente subiendo de guía para nosotros dos—. Es un nombre poco común. ¿Quién te lo puso? Estoy segura de haberlo oído con anterioridad.

—¡No puedo acordarme! —advirtió Palatina, sonando irritada Por primera vez.

—Hoy me encuentro rodeada de imbéciles e incompetentes.

Me pregunté a qué se estaban refiriendo. Palatina era un nomb$_{re}$ poco común, pero no menos que Cathan o Ravenna, llegado el caso. La puerta debía de ser muy estrecha, pues para pasar tuvimos que ponernos de lado. Una vez en la habitación contigua, que me pareció más amplia que la bodega, Ravenna me acompañó unos pasos más hasta que me senté en lo que me pareció ser un banco. Entonces mis ojos, todavía vendados, fueron deslumbrados por una repentina explosión luminosa.

Sólo se me permitió quitarme la venda un buen rato después y, durante ese lapso, un enfermero atendió el golpe en mi cabeza, me dio de beber algo de horrible sabor y limpió la sangre de mis cabellos. Cuando al fin accedió

a retirarme la venda, me miró los ojos con una pequeña linterna, luego asintió y dijo:

—Te pondrás bien. Sólo sentirás la magulladura durante un par de días.

Estaba sentado en la cabina de mandos de una manta que me pareció mucho más grande que el Paklé. La sala era espaciosa y estaba bien iluminada, y se extendía a lo largo de uno de los lados de la manta. El suelo estaba cubierto de alfombras decorativas y la cabina se hallaba pródigamente amueblada, con una mesa, varias cómodas sillas y estanterías con libros en las paredes, en las que lucían diversas pinturas. Sólo había otra persona en la sala además del enfermero, Palatina y Ravenna: un anciano.

—Bienvenidos a bordo del *Estrella Sombría*, Cathan y Palatina. Soy Ukmadorian, rector de la Ciudadela de la Sombra.

Su voz era lánguida y precisa. Estaba con Ravenna y Etlae la última vez que las había visto. Su barba castaña tenía algunas canas grises y la llevaba larga, siguiendo la moda haletita. De hecho era, como pronto me di cuenta, un haletita.

Sin duda percibió mi sorpresa, pues agregó:

No guardo ninguna clase de lealtad hacia el imperio haletita. He vivido en el Archipiélago durante los últimos diecisiete años. —¿Acaso la Sombra no es uno de los cultos prohibidos? —indagó Palatina. Su expresión me pareció extraña, como si estuviese distraída.

—Sí, así es. Pareces preocupada.

Palatina sacudió la cabeza exhibiendo frustración en el rostro. Sus manos jugueteaban con un lápiz.

—Lo siento, pero no sé quién soy ni de dónde provengo.

—Me costó todo ese intercambio de palabras comprender lo que había dicho Ukmadorian. Si él era un seguidor de la Sombra... Recordé lo que me había dicho mi madre antes de dejar Lepidor.

—¡Sois herejes! ¡No pertenecéis en absoluto al Dominio!

—Bien dicho —me felicitó Ravenna—. Te ha costado mucho darte cuenta.

—¿Y qué pasa con Etlae?

—Etlae es una hereje situada en uno de los cargos más altos del Dominio. Si prefieres decirlo así, es nuestra espía en sus reuniones de consejo. No viene con nosotros a Archipiélago, ya que está de camino hacia la Ciudad Sagrada para encargarse allí de algunos asuntos.

¿Herejes en la Ciudad Sagrada? Aunque suponía que una organización tan inmensa como el Dominio debía de tener su mínima cuota de traidores, eso me parecía casi imposible. Ahora, si eran herejes y mi padre los conocía, ¿implicaba eso que mi padre era también un hereje? Y de ser así, por qué nunca me lo había dicho?

—¿Mi padre es un hereje? —pregunté.

—Sí —afirmó Ukmadorian—. Pasó un año en la Ciudadela cuando tenía diecisiete años. Ése es el modo de mantener vivos nuestros ideales. La mayor parte de las familias han enviado a sus hijos a la Ciudadela desde el mismo momento en que fue fundada.

—Tío, ¿podemos ocuparnos antes de otra cuestión? —interrumpió Ravenna—. Quiero decir, antes de decirles exactamente por qué nos han sido confiados, quisiera que Cathan supiese el motivo por el que me debe una disculpa.

Ravenna era una joven resuelta, no cabía duda. Y hermosa. Pero su lengua tenía el filo de una navaja. Me sentía intimidado por su presencia, pero esa sensación estaba rápidamente tornándose en desagrado, sobre todo por sus constantes ironías.

—Lamento en lo más hondo vuestro encierro —dijo Ukmadorian dando muestras de pesar—, pero fue una medida en beneficio de vuestra propia seguridad. Veréis, los hombres que os golpearon no eran nuestros hombres. Ignoramos quiénes eran, pero tras tenderos la emboscada os llevaron a la casa más cercana y os amarraron. ¡Los Elementos saben qué os habrían hecho si nosotros no hubiésemos estado también siguiendo vuestros pasos! Para abreviar, los tomamos por sorpresa y os capturamos, pero debimos ir a toda prisa al puerto con ellos pisándonos los talones. Os dejamos en esa bodega porque es uno de los sitios más seguros de la manta y porque si ellos llegaban a subir a bordo, no podrían encontrares allí. Además, también podríamos haber sido requisados por un buque de guerra al cruzar el

estuario y no deseábamos que os encontrasen. De modo que, si acusabais a Ravenna de haberos secuestrado, supongo que es vuestra obligación pedirle disculpas.

—Lo siento —dije con poca convicción, intentando evitar su mirada triunfal. Me pregunté qué había hecho yo para ofenderla. —El enojo de Cathan estaba perfectamente justificado —intervino Palatina—. Además, ¿podríais explicarnos con exactitud qué sucede? No me importa pasar un año en esa Ciudadela, ya que era sólo una huésped en casa de Hamílcar. Pero, quitando lo que me dijo Cathan hace unos momentos, no tengo ni la menor idea de qué está sucediendo.

—¿Cómo podemos saber que no eres una espía del Dominio? —cuestionó Ravenna antes de que Ukmadorian atinase a responder. El anciano la miró con irritación, pero no dijo nada y luego fijó los ojos en Palatina.

Ella extendió las manos ante Ukmadorian y le dirigió lo que me pareció un gesto de resignación.

—Si quieres creer que soy' una espía —sostuvo con insistencia—, no existe forma de convencerte de lo contrario. Lo único que me gustaría es recuperar la memoria. No tiene ninguna gracia ignorar quién eres. No trabajo para el Dominio, eso deberéis creerlo.

Ukmadorian la observó durante un largo rato frunciendo el ceño.

—No creo que lo seas —agregó luego el anciano—. De todos modos, nunca está de más asegurarse. Tu amigo Cathan no ha tenido inconvenientes con su brazalete y, tampoco tú los tendrás.

Ya casi no notaba la inerte banda gris que llevaba en la muñeca. Pero ¿me la quitarán alguna vez?

Unos veinte minutos después, tras haber convencido a Ravenna y. Ukmadorian, al menos por ahora, de que no pertenecíamos al Dominio, quitaron la llave de la puerta y nos guiaron a lo largo del corredor. Luego subimos dos niveles por la escalerilla y, llegamos al compartimento de observación.

Éste tenía que ser el buque que nos había atacado en el cabo

Lusatius; ninguna manta común era tan grande. El *Estrella Sombría* era un crucero de combate, definido por el Código Oceánico como todo buque que supera los ciento cuarenta metros de eslora. Había una imagen suya en un tanque de éter ubicado contra una pared: la ultraterrena coraza negra había desaparecido y el buque se veía ahora de color azul profundo como todas las otras mantas. Noté que llevaba más plataformas para lanzar armas de lo que se acostumbraba y, un par de conversores de aire de repuesto cerca de la popa.

Pero lo que realmente me llamó la atención fue su forma y diseño. El Estrella *Sombría* era, o había sido, una nave de Thetia Y, a juzgar por el tamaño de sus sistemas de ventilación, supuse que sería bastante antigua, quizá tuviese ya más de cincuenta años. Las mantas tienen una extensa vida útil: el casco en sí mismo, si no es dañado por alguna acción enemiga, puede durar siglos, y los interiores pueden ser modificados para adaptarse a las nuevas invenciones técnicas.

Los miembros de la tripulación que pude ver eran, salvo pocas excepciones, originarios del Archipiélago: los huesos de sus rostros eran mucho menos voluminosos que los de los habitantes de otros continentes y tenían la piel aceitunada. Antes de iniciar sus tareas saludaban con alegría a Ukmadorian y, a Ravenna. Los observé fascinado; era la primera gente del Archipiélago con la que tenía contacto y estaba seguro de pertenecer a su pueblo, igual que Palatina.

Mientras permanecimos junto a las ventanillas del compartimiento de observación no vimos más que masa oceánica vacía, las tenebrosas profundidades a más de un kilómetro y medio de la superficie. Lo único que tenía algún interés era ver cada tanto un pez acercándose a los reflectores. Otra imagen de éter mostraba cómo el negro acantilado del continente cercano al puerto se alejaba hasta desaparecer. Me era imposible determinar en qué dirección navegábamos.

—Somos todos servidores de la Sombra —explicó Ukmadorian—. El Dominio nos asocia con el mal, la necromancia y cosas semejantes, pero nosotros empleamos el poder que proviene de la ausencia de luz. No nos encontraréis más malvados que el Dominio. En realidad, creo que lo somos

considerablemente menos. Aunque lo lamento, la Sombra es el menos poderoso de los seis Elementos.

—>— O sea que sois magos —pregunté.

—Los magos son pocos y no suelen estar cerca unos de otros. Los magos de la Sombra son todavía más raros. Es un talento innato y la mayor parte de las personas, por decirlo de forma sencilla, no lo poseen o lo poseen en muy escasa proporción. Existen unos treinta magos de la Sombra. Casi todos tienen sólo poderes limitados, equivalentes a los de los magos de menor categoría del Dominio. Hay apenas tres magos de veras poderosos en la Sombra, de los cuales Ravenna es la mejor. Aunque tengo bastantes talentos, no soy uno de ellos.

Me pregunté por qué admitiría tal cosa.

—Entonces ¿son más numerosos los magos de los otros Elementos? —indagó Palatina.

—Un poco más. Existen cerca de cincuenta magos por elemento. Pero cuando consideramos que el Dominio posee unos cien magos de fuego con inmenso poder y más de trescientos magos aceptablemente buenos, así como mil o aún más con algún vestigio de talento, apreciarás qué enorme es la brecha que nos separa. Prosiguió su discurso hablándonos sobre la Ciudadela y lo que aprenderíamos y haríamos allí. No logré retener en mi memoria la mayor parte de sus palabras, ya que era demasiado para asimilarlo de una sola vez. Conseguí, sin embargo, recordar las ideas básicas y algunos detalles que me impresionaron, como el hecho de que la Ciudadela estuviese edificada sobre una isla bastante pequeña ubicada en una región distante del oeste del Archipiélago que no se había visto afectada por la destrucción de la cruzada. Desde el lugar en que nos hallábamos, quedaba a unas cuatro semanas de viaje.

No me había planteado la perspectiva de estar cuatro semanas a bordo de un buque, con las escasas diversiones que eso implicaba. Antes de que lo hiciera, Ukmadorian nos informó de que nuestras lecciones comenzarían de inmediato. Imaginé que nos enseñarían la verdadera historia de Aquasilva,

y que una vez en la Ciudadela se nos mostrarían multitud de elementos y lugares concretos.

Además de Palatina y de mí, había a bordo del buque otros seis discípulos que estudiarían con nosotros.

Nuestro primer contacto con ellos tuvo lugar un poco más tarde, esa misma jornada. Eran seis jóvenes de mi edad, todos originarios de Equatoria. No se conocían entre sí más de lo que nos conocía

Tilos Palatina y yo, y por eso, durante la primera semana de viaje, hicimos amigos... y enemigos.

Había dos personas a bordo con las que no nos llevábamos bien. Una era Darius, de baja estatura pero fornido, hijo de un comerciante de Uqtaal, la ciudad portal que protegía a Taneth. Darius supuso que yo era un provinciano presuntuoso; yo pensé que él era un arrogante joven de Equatoria con más músculos que cerebro. No nos llevó mucho tiempo constatar que no congeniábamos, pero sólo en una ocasión intentó luchar conmigo o intimidarme físicamente. Esa vez quedó en evidencia que las largas horas que yo había empleado practicando natación bastaban para contrarrestar su más robusta complexión. Después de ese suceso, ambos procedimos a ignorarnos de forma diplomática.

La otra persona enemiga era Ravenna, que asistía a algunas clases.

Tras algunas ironías más, comencé a pagarle con la misma moneda, aunque no podía ni de cerca hablar de modo tan ingenioso como ella. Por eso la situación empeoró y hacia el final de la primera semana ya no nos hablábamos. Palatina resaltó que Ravenna seguía asistiendo a las lecciones sólo porque la entretenía nuestro juego del gato y el ratón. El comentario no me hizo mucha gracia.

Lo que me pareció más interesante fue el modo en que Palatina se las componía para ponerse al frente del grupo. Algunos estudiantes habían desconfiado de ella al principio, pero Palatina logró ganar su favor con rapidez, aunque no podría decir cómo. En el breve lapso de una semana ya se seguían todas sus propuestas y yo me maravillaba ante su aplomo y su don de liderazgo. No dominaba autoritariamente, como hacían algunas de

mis primas en Lepidor, pero había algo en ella que provocaba el apoyo de todos los demás.

Con todo, nuestra amistad continuó, aunque en varias ocasiones sentí celos de sus habilidades y del hecho de que todos prestasen siempre atención a sus palabras. Sin duda, Palatina había gozado de una buena educación, pero no era la más inteligente de todos. Entre otras asignaturas, se nos enseñaba liderazgo y capacidad de conducción: Palatina podría haber dejado de asistir a esas lecciones sin que se notase la diferencia. Sabía de cabo a rabo todo cuanto se nos decía y me sorprendió que esos conocimientos hubiesen sobrevivido a su pérdida de la memoria.

Durante cuatro semanas buceamos en las profundidades del gigantesco e infinito océano de Aquasilva sin cruzarnos ni una sola vez con otra embarcación, aunque ¿qué posibilidades había de toparnos con alguna en tan vasto océano? Ya era bastante raro divisar otro buque en la gran bahía que rodeaba a Taneth, de modo que mucho más lo sería en las abiertas aguas del océano. Por otra parte, sufrimos una sola tormenta submarina, una tempestad sumamente violenta que observamos aferrados a las sillas del compartimiento de observación, pero que fue soportada con habilidad por los experimentados marinos. Durante la mañana retomamos nuestro rumbo anterior (eso supuse) y proseguimos el viaje como si nada hubiese ocurrido y sin más incidencias. Aunque hubiese deseado ver alguno, no nos topamos con monstruos marinos como los levíatanes o los kraken. Supongo que jamás atacarían a una manta tan grande como el *Estrella Sombría*.

Equatoria, Taneth y Sarhaddon quedaron en un rincón de mi memoria, olvidados durante el tiempo de rutina y camaradería de la vida a bordo. Aprendí a jugar al ajedrez con Ghanthi, un tanethano de carácter tranquilo, y, aunque por lo general fui derrotado, como media demostré ser mejor jugador que Palatina.

Cada mañana se nos brindaba una hora y media de entrenamiento para el uso de armas en el compartimiento de ejercicios, bajo la atenta dirección del experto en armamento del Archipiélago, que igualaba la destreza de mi

padre con la espada, y nos enseñó además a disparar armas de fuego controladas por éter. No me sorprendió que Palatina fuese la mejor con la espada, seguida por Darius, Ravenna y yo, aunque eso no me preocupaba demasiado. Ghanthi era hábil con el arco y la ballesta, como los demás, incluyendo a una chica que logró el mejor lanzamiento con arco. No era habitual que las mujeres fuesen entrenadas en las armas, pero los herejes carecían de los prejuicios contra las mujeres combatientes de los que hacía gala el Dominio. Uno de los jóvenes, con gran pesar, demostró ser inútil con la mayor parte de las armas, hasta que el maestro lo probó en lucha y lanzamiento de dagas. Dotado en esa disciplina, desde entonces consiguió disfrutar del entrenamiento en armas como el resto.

A lo largo de esas semanas no se nos enseñó nada acerca de los principios centrales de los movimientos heréticos, sólo nos brindaron algunos detalles insignificantes, lo que aumentó nuestro apetito de más. Ukmadorian nos prometió que el resto nos lo enseñarían cuando llegásemos a la Ciudadela.

Nunca había prestado servicios en una manta tan grande como ésta, por lo que le rogué al timonel que me cogiese como aprendiz temporal durante el trayecto. Así fue como comenzó a despachar

una avalancha de nombres de todas las partes y componentes, incluyendo indicaciones sobre cómo conducir la nave (la parte más ardua del aprendizaje). Palatina y Ravenna se unieron a mí cada tanto; eran muy gratos los escasos instantes en que Ravenna lograba contener su afilada lengua.

Tres semanas y cuatro días después de la partida avistamos las primeras islas del Archipiélago. Ukmadorian ordenó al capitán aproximar la manta a la superficie para que pudiésemos con templar la llegada y, durante las siguientes dos horas, por supuesto, estuvimos todos acodados en estribor. Pasé largo tiempo en la barandilla, fascinado por la visión de lo que me parecía el paraíso. No había allí inmensas montañas con diminutas franjas costeras de tierra estéril ni árboles marchitos. En cambio, había interminables y redondeadas playas de arena que abrían paso gentilmente a

una bella ensenada azul. Detrás se extendía una verde y purificante extensión de tupida vegetación, con pequeños y ocasionales claros.

Esa tarde me encontré a Palatina mirando absorta su copa de vino en la cabina de popa. Ya estaba cayendo el sol y todos los demás se habían dirigido al compartimento de observación para contemplar cómo pasábamos frente a otra isla. Había en sus ojos una expresión de congoja que no le había visto antes.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté con preocupación.

—Han pasado ya tres meses desde que fui acogida por Hamílcar, tres meses a lo largo de los cuales sólo he logrado recordar ínfimos detalles sobre mí misma. Pero incluso en esos casos lo que recupero no son palabras, sino imágenes que flotan en mi mente. Estas islas me recuerdan mi hogar, Cathan. No puedo recordar su nombre, ni nada, pero he vivido en unas islas como las que estamos viendo. Me hago ilusiones de encontrar alguna clave, pero luego recuerdo que hay decenas de islas en el Archipiélago. Y aquí toda la gente se parece a ti o a mí. ¿Estás seguro de no haberme visto nunca antes, o a algún pariente que se pareciese a mí?

—No soy hijo biológico de mi padre —le respondí—. Fui hallado en Tumarian y, no tengo más pistas que tú sobre cuál es mi verdadera familia.

—¿le dijo algo tu padre en Taneth?

Iba a contestarle cuando Ghanthi entró corriendo en la sala. —Supuse que seguíais aquí —advirtió—. ¡Venid pronto, hay una estrella fugaz!

La triste expresión se esfumó del rostro de Palatina, que regresó a su habitual simpatía. Subimos a cubierta y vimos la blanca estela del astro cruzando el cielo hacia el noroeste. Recordé el antiguo refrán según el cual la visión de una estrella semejante anunciaba la muerte de un gran hombre, y me pregunté quién sería. Dos días después de ver la estrella llegamos a la Ciudadela.

No podía saberlo entonces, pero el día que vimos la estrella Halezziáh soltó su último suspiro en los apartamentos de los primados en la Ciudad

Sagrada. Pasarían otros tres meses hasta que nos llegasen en el distante Archipiélago noticias sobre su sucesor.

OceanofPDF.com

CAPITULO X

Era la isla más grande de todas las que habíamos pasado hasta entonces —Ukmadorian dijo que medía unos dieciséis kilómetros de largo— y albergaba en su región central una pequeña montaña. Sobre su base podían verse valles, acantilados y crestas. Fue en una de las cimas, que se prolongaba en dirección al mar como una península, donde se edificó la Ciudadela.

No parecía en absoluto una construcción dedicada al servicio de la Sombra: había sido levantada en piedra blanca, o bien pintada luego de blanco, y se extendía a lo largo de la cresta, en algunas partes casi a ras de la costa. Tenía el tamaño de una ciudad pequeña, aunque sin duda ésa era sólo mi primera impresión.

Nos acodamos todos en la proa, contemplando la isla, que parecía cada vez más grande, y al acercarnos aún más pudimos distinguir detalles, como gente caminando en las playas de blanca arena. Había incluso personas nadando en el mar, según observamos cuando el capitán viró el Estrella Sombría rumbo a una amplia cala que conformaba el puerto, justo bajo el límite del territorio de la Ciudadela. No parecía existir ningún puerto submarino, lo que no me sorprendió; eran infraestructuras caras sólo imprescindibles si era necesario descargar mercancías.

—¿Se puede nadar en el mar aquí? —le preguntó Ghanthi a Ravenna, que parecía feliz de volver a su hogar (si es que éste era su hogar). Recordé

que había llamado «tío» a Ukmadorian, pero aunque él era haletita, ella sin duda era del Archipiélago.

—Sí. Cuando tengáis tiempo libre y os apetezca, incluso si es de noche.

Me alegró oír eso, ya que en Taneth la mayor parte de las aguas estaban demasiado contaminadas para que los peces las habitaran. No me imaginaba lo que hubiese sido pasar un año entero sin poder nadar. Ghanthi vivía en la vertiente del río Ardanes, que probablemente tendría también sucias sus aguas.

Había en el puerto numerosas embarcaciones pequeñas junto a un par de remolcadores de más de diez metros de largo y una gran corbeta con armamento. Las de mayores dimensiones llevaban ondeando en sus mástiles principales banderas negras con una enorme y brillante estrella plateada y unas seis más pequeñas cuyo diseño no pude reconocer. Una bandera idéntica flameaba sobre la Ciudadela.

El Estrella Sombría atracó junto a un muelle situado exactamente debajo del acantilado, supongo que porque allí las aguas eran más profundas. En el muelle nos esperaba un comité de recepción de alrededor de diez personas. Mi equipaje y el de Palatina (eso último me pareció verdaderamente extraño, ¿cómo sabían que ella lo necesitaría?) habían sido recogidos de nuestras respectivas habitaciones en Taneth antes de nuestra partida. Ya por la mañana había depositado mis cosas sobre cubierta junto a las de los demás. Las cogí y, antes de desembarcar y seguir a mis compañeros a lo largo del muelle, agradecí al capitán sus enseñanzas. Él recibió mi gesto con una amplia sonrisa y me recomendó retener todo en la memoria.

Una de las personas que nos esperaba en el puerto era la esposa de Ukmadorian, una mujer de aspecto vivaz, cabellos negros y los rasgos típicos de los habitantes del Archipiélago. Otra persona recibió cálidamente a Ravenna. Pero quien más me llamó la atención, aunque sólo por su corpulencia, fue el Maestro de Ceremonial, un hombre del Archipiélago inmensamente gordo, que saludó cordialmente a Ukmadorian mientras decía:

—Veo que has traído contigo más problemas, de los que deberé hacerme cargo.

Nos saludó agitando una mano, amistosamente.

—Ocho más —respondió Ukmadorian—. Salvo dos, todos son hijos de la Orden.

—Eso eleva ahora el número a ciento cincuenta y siete, más de los que hemos tenido en mucho tiempo. Me encargaré de acomodarlos, presentarlos y todo lo demás.

Nos guió hacia una enorme puerta junto al acantilado, comunicada con una extensa escalinata en espiral que conducía hasta el corazón de la Ciudadela. Le llevó el resto del día instalar nos a todos. La Ciudadela consistía en un conjunto de jardines interconectados, es decir, un número de jardines al aire libre unidos a espacios cubiertos. Para recibirnos se había acondicionado un jardín que llevaba tres años sin uso, y en el espacio interior se había reparado todo el mobiliario. Al parecer, aquel año éramos quince novicios —ése era el término oficial para referirse a nosotros— más que el año anterior durante el mismo período. Nos mostraron los sectores principales de la Ciudadela y el sitio al que debíamos dirigirnos al día siguiente. Se trataba de un gigantesco complejo de habitaciones, pasillos y jardines, edificado para acoger a mucha más gente de la que había entonces. La Ciudadela era gobernada por un grupo de personas del Archipiélago y se nos advirtió que, fuera de clase, no era aconsejable mencionar la cruzada, ya que muchos de los habitantes habían perdido a miembros de sus familias en ese holocausto. Hasta entonces no nos habíamos percatado, pero tanto la Ciudadela como las islas que habíamos visto al llegar estaban en gran medida deshabitadas, así como lo estaba el extremo más distante de las tierras del Archipiélago. De hecho, en la zona que ahora cobijaba los restos de la antigua capital, Vararu, y en la gran isla de Qalathar es donde las legiones del Dominio habían gestado la perdición de las islas.

El apartamento que me asignaron contaba con dos habitaciones y un pequeño cubículo para el aseo. El suelo estaba cubierto por un mosaico de baldosas azules, y vibrantes frisos con escenas marinas adornaban los pulcros muros. El mobiliario era sencillo pero de buena calidad. Me agradó

el contraste con el empalagoso lujo de Pharassa y Taneth. Además, mi apartamento poseía dos altas ventanas arqueadas desde las cuales era posible ver el bello panorama de la isla y el mar.

Todos cenamos juntos y fue entonces cuando conocimos a los otros ciento cuarenta y nueve novicios. La extensa mesa del salón comedor era un caos de ruidos y risas, lo que me resultó algo abrumador después de pasar las últimas semanas en compañía de sólo una decena de personas. Algunos de los funcionarios comían en una alta mesa sobre una tarima. Allí estaban, junto a otros, Ukmadorian y su esposa. Sin embargo no vi a Ravenna ni a su amigo, ni en ésa ni en ninguna otra mesa.

Después de acabar la comida, consistente en un plato de un pescado extraño pero bastante sabroso, Ukmadorian se puso de pie y golpeó su copa pidiendo silencio.

—Espero que hayáis disfrutado de la cena —dijo—. Para los que habéis llegado mientras yo estaba fuera, yo soy Ukmadorian, rector de la Ciudadela. Os doy a todos la bienvenida. Hoy se unen a nosotros ocho novicios más, que se encuentran retrasados en los estudios un par de semanas respecto a vosotros. Os pido que les brindéis vuestra ayuda. Ahora que estamos todos aquí, comenzará vuestra verdadera educación. Estáis aquí para ser entrenados en todas las artes, materias y disciplinas que se requieren para ser miembros integrales de la orden de la Sombra y mantener viva nuestra resistencia al Dominio. Muchos de vosotros, y no sólo los nacidos en el Archipiélago, habéis perdido familiares a manos del Dominio. Aquí os brindaremos la destreza necesaria para poder vengarlos algún día, y aquí aprenderéis los secretos de este mundo que el Dominio ha intentado ocultar. También, para que nunca olvidéis los motivos por los que lucháis, os mostraremos los colosales crímenes que el Dominio ha cometido. Vuestro programa de estudios comenzará plenamente mañana y en el lapso de un mes examinaremos el talento de cada uno de vosotros para la magia. Puedo garantizaros que uno o dos de todos vosotros tendrá poderes, pero, aunque la mayoría carezca de ellos, espero que os beneficiéis de cuanto podemos ofreceros.

Nada más dejar el comedor en dirección a los patios observé con calma que más de la mitad de mis compañeros novicios procedían del Archipiélago y que, mientras que los rostros de algunos de los otros habían exhibido indiferencia ante las palabras de Ukmadorian, ni uno solo de los del Archipiélago parecía desconfiar en absoluto del anciano ni de su causa. Yo era algo escéptico en relación con muchas de las cuestiones heréticas (no había visto ninguna de las presuntas atrocidades del Dominio) y me confundía mucho lo que Ukmadorian había dicho. Pero, aquí en el Archipiélago, el odio hacia el Dominio estaba muy arraigado. Moritan había dicho en una ocasión que la cruzada no sólo fue ineficaz, sino contraproducente, ya que había convertido en herejes a casi todos los habitantes del Archipiélago. De más está decir que ninguna —le las personas que conocí en la Ciudadela habló nunca a favor del Dominio. Según un rumor, una de ellas era nieta del último faraón de Qalathar, el gobernante principal del Archipiélago, que resistió al Dominio valerosamente desde el instante en que fue invadida la primera de las islas hasta su propia muerte entre las cenizas de Vararu.

Nos apiñamos unos momentos en el patio y pude conversar con algunos novicios (unos más y otros menos simpáticos). Palatina era amable con todos, pero percibí en su mirada que interiormente estaba evaluando a las personas con las que hablaba. 1N le pregunté entonces cómo habría logrado llegar hasta aquí, habiendo tantas personas con deseos de ejercer el mando. Me sentí bastante empequeñecido a medida que nos abríamos paso entre la multitud.

—Está demasiado satisfecho de sí mismo —dijo Palatina señalando a un alto cambresiano rodeado de un grupo de amigos a los que les sacaba media cabeza.

—¿Cómo lo sabes? cuestioné, no te he visto hablar con él. —Escucha —desafió ella, y la seguí a través del gentío hasta el sitio donde estaba Ghanthi, muy cerca del cambresiano. —Empiezo a dudar si Ukmadorian tiene en verdad la intención de hacer algo alguna vez —decía el cambresiano—. Hasta ahora nos ha enseñado muchas cosas que ya sabíamos y no ha dejado de hablar de la cruzada. Si yo estoy aquí es para

hacerme miembro de la orden, no para ir de un sitio a otro venciendo en un juego de espadachines.

Poco más tarde notó la presencia de Palatina y pareció cambiar de inmediato su estilo retórico, empleando uno más apropiado. —Mikas Rufele —anunció él, irradiando confianza en sí mismo. —Palatina Barca —respondió ella con una sonrisa neutral.—¿De dónde eres?

—De Taneth.

—No pareces tanethana.

—Eso no importa y no te corresponde a ti hacer comentarios al respecto.

—Tu prima debería ser más cuidadosa —me susurró alguien por detrás —. Mikas es el líder y lleva varias semanas aquí. Sus pasos son siempre muy firmes.

Me volví y encontré a una delgada muchacha del Archipiélago vestida con una ligera túnica verde. Me brindó una media sonrisa y se presentó:

—Persea Candinal, del clan Ilthys.

—Cathan Tauro, del clan Lepidor. A propósito, ella y yo no somos parientes.

—¿De veras? Os parecéis demasiado para no serlo. ¿Dónde está Lepidor? Es la primera vez que oigo hablar de ese clan.

—En Océanus.

—Hubiese jurado que tanto tú como ella procedíais del Archipiélago.

—Que yo sepa, ella y, yo no somos parientes. Por otra parte, puede muy bien cuidar de sí misma.

Me volví de nuevo hacia Palatina y Mikas. Conversaban ahora cautamente y, a juzgar por el tono de voz, no estaban lejos de enfrentarse. Mikas había perdido parte de su confianza, lo que no me pareció malo en absoluto. Quizá fuese un poco autoritario, pero, aun así, todavía no veía ninguna razón para que me disgustase. —Éste puede ser un año interesante —comentó Persea a mis espaldas—, con esos dos entreteniéndonos. Dudo que la Ciudadela sea lo suficientemente grande para ambos.

—¿De dónde proviene Mikas? —indagué.

Me preguntaba qué era lo que ella había querido decir. Aunque yo no la conocía tan bien, Palatina no me había parecido en ningún momento demasiado conflictiva.

—De Cambress. Su padre es un almirante y su tía se casó con uno de los magistrados más recientes. Posee muy, buenos contactos, aunque no creo que eso importe demasiado aquí.

—¿Lo has pasado bien aquí?

—Sí, claro. Y no dudo que ahora será aún más divertido.

A la mañana siguiente fui enviado al Salón de los Sueños, que, partiendo desde mi habitación, se hallaba en el extremo más alejado de la Ciudadela. Al llegar encontré a otros veinticinco jóvenes reunidos, vagando en pequeños grupos. Palatina estaba allí, y también Persea, pero ningún otro conocido. No veía a Mikas y sentí un poco de alivio ante el hecho de que, al menos en esta sesión, no estuviesen los dos juntos. Persea me hizo señas para que me acercase y crucé el salón para unirme a ella.

El Salón de los Sueños no parecía tener ninguna relación real con los sueños: era un lugar amplio, de techos altos y extraño diseño; tenía más ventanas que paredes. Unas puertas ventanales conducían a un ancho pasillo con vistas al mar sobre el borde de la costa. Tanto las vigas del techo como las paredes estaban pintadas de azul marino. El nombre de Salón del Mar hubiese sido más adecuado.

—¿Para qué estamos aquí? —pregunté a Persea.

—Para explicaros a todos vosotros, escépticos continentales, por qué combatimos al Dominio.

—¿Escépticos? —protesté indignado, aunque, al recordar las expresiones de algunos rostros la noche anterior, quizá no se equivocase.

—Acéptalo, Cathan —insistió ella—. Todos los que no habéis nacido en el Archipiélago sois bastante escépticos, e incluso irónicos, respecto a la orden y la cuestión de las herejías. ¿Por qué no habríais de serlo? Os han educado para creer en el Dominio y será necesario mucho más que las palabras de Ukmadorian para haceros cambiar de opinión.

—Y ¿cómo puede ayudar la historia? Nos dirán lo que hizo el Dominio, es cierto, pero nadie se convertirá sólo por oír el relato de antiguas

atrocidades, por muy horribles que hayan sido. El pasado es el pasado.

—Aquí no, aquí no lo es —afirmó Persea—. Aquí en el Archipiélago, el pasado es todo lo que hemos perdido.

Me di cuenta al escucharla de que ella aún no había nacido en tiempos de la cruzada.

Nuestra conversación fue interrumpida por la llegada de un hombre del Archipiélago, de elevada estatura y aspecto serio y taciturno. Iba vestido enteramente de negro: una túnica negra, pantalones negros (¿pantalones con este calor?), zapatos negros y un bastón negro de madera. En un segundo se hizo en el salón un penetrante silencio.

—Es Chlamas —me susurró Persea a toda prisa—, uno de los tres magos.

—Buenos días —saludó Chlamas sin sonreír. En su voz se percibía el tono de mando, así como una implícita advertencia de que no bromeásemos con él—. Los que hayáis nacido en el Archipiélago podéis marcharos. Regresad en una hora.

Los trece jóvenes del Archipiélago se retiraron y Chlamas deslizó la mirada sobre los que quedábamos.

—Todos vosotros habéis oído hablar de la cruzada del Archipiélago. Muchos de vosotros consideráis que es un hecho irrelevante, una antigüedad de la historia lejana. Al fin Y al cabo, tuvo lugar hace ya veintitrés años y no llegó a afectaros en vuestras ciudades continentales y respetuosas de las leyes. Después de todo, ¿por qué habría de importaros la masacre de doscientos mil habitantes del Archipiélago?

¿Doscientos mil? Debía de estar exagerando. Según me había contado mi padre, la población del Archipiélago antes de la cruzada rondaba los dos millones de personas y, si las dos cifras eran correctas, habría sido asesinada una décima parte de la población total del Archipiélago.

—Quizá alguno piense que estamos demasiado obsesionados con esa tragedia —prosiguió Chlamas con rostro inexpresivo—. Quizá os parezca que la vida debe continuar o incluso que no es posible que el Dominio matase a toda esa gente. Ahora voy a mostraros, no a contaron, sino a mostraros, los sucesos que tuvieron lugar hace veintitrés años, incluyendo

los motivos por los que el Dominio mató a una décima parte de los habitantes del Archipiélago y destruyó nuestras ciudades. Recordad que no estaréis presentes de verdad en lo que veréis a continuación.

Alzó su bastón negro y sentí que mi visión se tornaba borrosa. Allí estaba yo de pie, junto al resto, en un espléndido salón decorado de manera mucho más elegante que cualquiera de los de la Ciudadela. Era sin duda un salón del Archipiélago y había en él varias personas hablando en pequeños grupos, como nosotros mismos lo habíamos hecho un instante antes. En un extremo del salón había una silla, tallada por entero a partir de un único bloque de mármol azul. Sus colores relucían bajo los rayos del sol que llegaban a través de los ventanales superiores. Un hombre estaba sentado en la silla, un hombre del Archipiélago de unos sesenta años, con aspecto noble y una larga túnica verde. Sentíamos un aroma a mar, a vegetación húmeda y brisa fresca. En un rincón lejano del salón había un grupo de trovadores cuya música nos llegaba tenuemente.

De repente se abrieron las puertas de un extremo del salón y tres figuras con túnicas carmesíes marcharon directamente en dirección al trono y a su ocupante. Todos los presentes en el salón volvieron la mirada hacia los recién llegados, que eran tres magos del Dominio.

—Faraón Orethura, ¿por qué ordenas obstaculizar las tareas del Dominio? —le preguntó uno de ellos.

—No permitiré que queméis en la hoguera a ninguno de mis ciudadanos —respondió Orethura con calma—. Habéis arrestado a cinco mil personas de mi pueblo con acusaciones espurias, acusaciones que son imposibles de probar en un tribunal y, sin embargo, los habéis condenado a muerte.

—¡Eran todos culpables de herejía!

—Os equivocáis. Vosotros los habéis acusado de herejía y torturado hasta arrancarles una confesión.

—Confesaron libremente para no ser quemados vivos. —Nunca hemos quemado muertos aquí, ni en el Archipiélago ni en Qalathar, y lo sabéis bien. Estáis quemando a mis ciudadanos sólo porque han rehusado pagar los diezmos exorbitantes que les habéis impuesto.

—Es su obligación ante Ranthas. Conoces la ley.

—No es su obligación pagar el doble. En mi tierra nadie será quemado ni castigado mientras no haya cometido un delito. Debéis liberarlos a todos.

La escena cambió entonces. Ahora estábamos en el mismo salón, pero en un momento diferente; había mucha más gente pero no se veía a nadie del Dominio.

—Han sido arrestadas y, quemadas en la hoguera más de doscientas personas escogidas al azar —gritó un hombre entre las primeras filas de cortesanos—. Violan nuestras leyes y asesinan a inocentes, ¿es que no vamos a detenerlos?

—Sé bien el mal que están haciendo, pero ¿cómo podríamos detenerlos? —fue la respuesta de Orethura—. Intentarlo significaría la guerra, y nosotros no hacemos la guerra.

—Pues debemos protegernos.

Dos cambios más de perspectiva temporal, cada uno mostrando el salón del trono a medida que el Dominio intensificaba el terror. Finalmente, el faraón se daba por vencido y ordenaba la detención y expulsión de todas las personas del Dominio que hubiese en su territorio, que partían de las islas jurando venganza. Y regresaron trayendo consigo el terror.

Cuando las islas externas ardieron bajo el fuego del Dominio, Chlamas nos condujo por las calles y hogares de Vararu, mostrándonos lo que había sucedido. ¡Me tocó descubrir en aquel instante que todos los seres humanos tenemos un lado oscuro, pero que puede ser dominado, y los habitantes del Archipiélago habían logrado hacerlo, aunque sólo Thetis sepa cómo. Su sociedad tenía sus problemas y también pudimos observarlos. Sin embargo, el Archipiélago anterior a la cruzada era más cercano al paraíso que cualquier otro sitio que existiese antes o después.

Contemplamos a los ciudadanos de Vararu preparando armas que nunca habían sido utilizadas hasta entonces para resistir a los entrenados ejércitos de sacri y a los caballeros de la cruzada que avanzaban contra ellos. Fuimos testigos de cómo construían barricadas rodeando el muelle $_{y}$, el resto de la ciudad, levantando muros de madera y arena. Podrían haber huido y muchos enviaron lejos a sus hijos, pero después de vivir como lo habían

hecho, la vida en cualquier otro sitio les hubiese resultado ardua y poco placentera.

Cuando las velas del Dominio aparecieron en el horizonte contra un cielo negro por el humo de las islas circundantes, que aún ardían, el faraón Orethura dijo que se marchasen todos los magos herejes que habían acudido en su ayuda y que al partir salvasen a todos los habitantes del Archipiélago que pudieran. Utilizar su propia magia para defenderse era considerado indigno, y el resto del mundo hubiese podido entonces justificar el hecho de que fuesen destruidos. Orethura sólo les pidió un favor, que ellos le concedieron. Entonces se marcharon en tres pequeñas embarcaciones, llevando consigo un número lamentablemente reducido de niños de Vararu.

Y cuando se fueron comenzó la auténtica pesadilla. La cruzada había tenido lugar cuatro años antes de mi nacimiento, pero gracias a la magia de Chlamas me fue posible presenciarla en todo su inimaginable horror. Los fanáticos del Dominio y sus aliados se juntaron en la costa y las barricadas interpuestas por sus desesperadas víctimas sólo pudieron contenerlos unos pocos minutos. Las víctimas eran casi todos ciudadanos comunes del Archipiélago que portaban armas que les eran desconocidas y, en unos instantes, fueron aniquilados en el mismo sitio en el que estaban, sin lugar siquiera para la piedad con los que intentaban rendirse. Entonces los *magus* comenzaron a incendiar la ciudad: sus rayos transformaron a las personas y los árboles en columnas de llamas vivientes. Los sacri de fría mirada y los caballeros de la cruzada, enloquecidos, recorrieron en forma metódica cada espacio de la ciudad, destruyendo casa por casa y asesinando a todo habitante del Archipiélago que se cruzase en su camino: padres, esposas, hijas, hijos, bebés, ancianas, abuelos. Lo vimos todo como si estuviese sucediendo en ese preciso instante. Escuchamos las vanas súplicas de piedad, temblamos ante cada golpe de las centelleantes espadas, nos espantamos ante los muertos y los moribundos. En síntesis, comprobamos cómo la fragancia de los jardines del paraíso era reemplazada por el olor de la sangre, el humo y la muerte.

Llegaron hasta el palacio bañados en sangre, dejándonos a nosotros, fantasmales presencias sin posibilidad de intervenir, pasmados e inmóviles.

Pero Chlamas no interrumpió la aterradora visión. En unos minutos, no sólo el salón, sino el palacio entero se había convertido en un infierno, donde quienes intentaban defenderlo ardían y morían sin poder siquiera tocar a sus enemigos. Ése era el modo en que mataba el Dominio.

Vimos entonces a Orethura, el último de una larga línea de faraones que se remontaba a unos dos mil años atrás, ardiendo en medio de las ruinas de Vararu. Se le dispensó de presenciar la destrucción de la gran ciudad de Poseidonis en la propia Qalathar, que era su ciudad natal.

Chlamas nos mostró el día después, con los sacri rematando a los heridos entre las ruinas humeantes, rociando las tierras con sal y derrumbando todos los edificios que quedaban en pie hasta dejarlos al nivel del suelo. Y, en aquel instante, a modo de postrera brutalidad vengativa, quemaron la selva que cubría el resto de la isla de Vararu. Así, la capital del Archipiélago quedó convertida tan sólo en negra ceniza flotando en un mar de cadáveres. Entonces, cuando el último de los agresores desembarcó, avanzando en dirección al este para asestar el golpe de gracia a las últimas islas pequeñas, vimos a los magos amigos cumpliendo el último deseo de Orethura y la propia isla se partió por la mitad y se hundió en el mar, sumergiendo con ella el velo de la muerte. Entonces se abrió un gigantesco remolino que absorbió los restos flotantes, impulsándolos hacia las más remotas profundidades, miles de kilómetros hacia abajo, a las fosas abisales del océano, hasta que ya no quedó rastro alguno de Vararu.

Sólo entonces Chlamas nos devolvió a nuestro tiempo y espacio, lejos de la destrucción y de los cadáveres. Era un método brutal para convertirnos, pero daba buenos resultados.

Al fin pude cerrar los ojos, pero los horrores de los que había sido testigo permanecían allí, quemándome la mente. Chlamas se había asegurado de que recordase esas imágenes el resto de mi vida de forma tan vívida como si yo mismo hubiese estado allí.

En tono cortante, Chlamas dijo a los jóvenes del Archipiélago, que habían regresado tras cumplirse la hora de ausencia, que nos acompañasen fuera del salón. Entonces nos fuimos de allí.

Ahora comprendía por qué había exactamente la misma cantidad de novicios nacidos en el Archipiélago que originarios del continente. Me sentía enfermo y mi estómago se retorcía de dolor. Lo mismo sentían mis compañeros, algunos de los cuales luchaban contra las náuseas.

Persea cogió mi lánguido brazo y me acompañó fuera de allí, cruzando un par de pasillos, hacia un soleado patio. Nos sentamos junto al murmullo de una fuente.

—¿Fue tan terrible verdaderamente? —pregunté notando el temblor en mi propia voz.

—Lo que has visto —explicó Persea— fue tomado de las mentes de algunos caballeros de la cruzada que fueron capturados cuando terminó ésta y de la memoria de los magos que vieron los sucesos a distancia. La visión mostró exactamente cuanto sucedió, hasta en sus más mínimos detalles, incluyendo la dirección de los vientos que soplaban entonces. E idénticos sucesos se repitieron en todos los puntos del Archipiélago, en todas las ciudades y en cada una de las islas por las que pasó el Dominio. Pero tú ya lo has visto, no es necesario que te perturbe aún más.

Una parte de mí se negaba aún a creer que alguien, ni siquiera una horda de bárbaros, mucho menos personas civilizadas, fuesen capaces de llevar a cabo lo que había presenciado. Sin embargo sabía que todo era cierto y sabía que eso era el mal, o incluso más que el mal, algo tan terrible que no existía término alguno para nombrarlo.

—¿Comprendes ahora por qué los odiamos tanto? Incapaz de hablar, asentí con la cabeza.

No hicimos nada más aquel día, nos dejaron libres para pensar en lo que nos habían mostrado, la primera de miles de jornadas en las que recordaría esas imágenes. No pude tragar bocado hasta la cena, cuando un mago mental vino a nuestras habitaciones para aliviar tanto como le fue posible el efecto de la tensión que sufríamos. Consiguió remover buena parte de los traumas superficiales, pero las imágenes siguieron siendo tan vívidas como antes.

Aquella noche reinó el silencio durante toda la comida. No quedaba ni un solo escéptico (al parecer ya todos los continentales habíamos vivido la

experiencia) y comenzamos a tratar a los originarios del Archipiélago con un nuevo respeto.

Tras la cena, Palatina y. yo salimos a sentarnos en un patio, cercano a otra fuente.

—¿Sabías ya todo eso sobre la cruzada? —me preguntó ella—. Quiero decir, antes de esta mañana.

—Supongo que no mucho más que tú. Sabía los meros hechos y que había causado mucha destrucción. Mi padre siempre me dijo que había sido un suceso maligno, pero nunca me contó que hubiese tenido semejante magnitud.

—Tu padre vino aquí unos pocos años después de la cruzada, ¿verdad?

—Así fue. Sin embargo, nunca me habló al respecto. Ni siquiera sabía que fuese hereje hasta que Etlae me hizo captar el mensaje. Es más, hasta poco antes de partir hacia Taneth no sabía que existiese algo semejante a la herejía.

—Entonces ¿no sabes más que yo?

Jamás conocí a ninguno de los sacerdotes brutales que han mencionado, ni siquiera a un inquisidor. Hasta el día de hoy aún creía en el Dominio. Ahora ya no sé en qué creer.

Era cierto. Ahora que el impacto había pasado, sentía sobre todo confusión y un vacío interior. Mi fe en el Dominio se había evaporado y debía ser reemplazada por algo.

—Yo nunca creí en el Dominio —aseguró Palatina—. Dondequiera que yo haya nacido, es obvio que no respetábamos a sus sacerdotes, lo que me coloca en una posición bastante mejor.

—No existen muchos sitios así en Aquasilva. No se me ocurre ningún sitio donde el Dominio no posea templos... o influencia. Al menos ningún sitio que esté actualmente habitado. Quizá el cabo

polar boreal, pero es un conjunto de tierras estériles donde nadie puede vivir. E incluso allí tiene bases el Dominio. Mi padre les llevó provisiones en una ocasión a petición del rey.

—¿Y qué puedes decir del otro grupo de islas, aquel al que a nadie le agrada mencionar? —dijo echándose hacia atrás, con las manos apoyadas

en los lados para no caer sobre la fuente.

—¿Ralentis? —respondí, y me descubrí a mí mismo con intención de hacer la señal de la llama para resguardarme del mal, gesto que me forcé a evitar—. Nadie sabe nada sobre Ralentis. Sus habitantes no admiten extranjeros en su territorio y sólo comercian para obtener mercancías muy elementales. Según he oído, su cielo está perpetuamente cubierto de nubes tan bajas que tocan el suelo.

—Creo que no provengo de allí —advirtió Palatina frunciendo el ceño —. Sin embargo, pienso que vale la pena creer en esta herejía. Deseo saber quién soy más que ninguna otra cosa, pero no puedo estar todo el tiempo intentando averiguarlo. Hoy... hoy logré recordar algo.

Su voz era tranquila.

—¿Has recordado algo con claridad?

—Fue muy parecido a las imágenes que nos mostró el mago. De hecho, por un momento pensé que estaba viéndolas por segunda vez. Consistía en casi lo mismo, esa gente de rojo destruyendo una ciudad, en una isla, de modo muy similar. Quizá estuviese experimentándolo de la misma manera, porque en algún sentido parecía mágico. Y sentí una profunda tristeza.

—Entonces ¿has visto un ejército del Dominio destruyendo una ciudad como Vararu?

—Eso creo. Ignoro dónde se hallaba la ciudad. Pero alguna vez alguien me mostró algo similar, una terrible pérdida. Estoy, segura de que no eran tan sólo las imágenes de Chlamas distorsionadas por mi mente. Pero lo que yo presencié, fuese lo que fuese, era maligno y no debió haber sucedido. He oído hablar del Dominio tanto aquí como en Taneth y no me agrada en absoluto. Esta herejía pretende acabar con él, y yo deseo unirme a ese proyecto. He encontrado algo en lo que creer.

Palatina estaba segura de sí misma, convencida de que al ayudar a los herejes estaba haciendo la elección correcta. Ayudar a esos herejes que nos habían perturbado con sus imágenes para crear en nosotros la sed de venganza. Y sin embargo, aun en el estado de confusión en el que todavía me hallaba, confieso haberla envidiado. Sólo mucho más tarde comprendí que ella debía de tener además otros motivos, pero lo cierto es que a partir

de ese momento Palatina creyó fielmente en la causa hereje. Todo cuanto se nos dijo en los días posteriores sirvió para reafirmar su nueva fe Y también la llevó a recuperar un poco más de su memoria.

A mí me tomó bastante tiempo compenetrarme con su modo de pensar. Pese a eso, lo cierto es que desde aquel día perdí toda fe y creencia en el Dominio, tanto en su carácter de organización civilizada como de representante de dios en Aquasilva (fuese cual fuese el dios en el que yo creía). Mi decisión llevaría más tiempo y se completaría por otros motivos. Sin embargo, al final mi compromiso sería más absoluto, ya que aunque carecía de la certeza y, las convicciones de Palatina, así como de su deseo de probarse a sí misma, yo era mucho menos inconstante una vez que apostaba por algo.

OceanofPDF.com

CAPITULO XI

Esa noche, las pesadillas poblaron mi sueño y pasé repetidas veces de la inconsciencia a la inconsciencia. Me perseguían aterradoras visiones de destrucción que asolaban a Lepidor, a Pharassa... e incluso a Taneth, una ciudad que apenas conocía. Ardían los parques y las avenidas, los edificios acababan derrumbándose, desaparecían las terrazas y los jardines y, finalmente, todo se convertía en cenizas. Sobre todo ese horror podía oír una risa demente proferida por monstruosos sacerdotes encapuchados. Cada vez que despertaba lo hacía cubierto de sudor, maldiciendo por igual al Dominio y a los herejes. Pero incluso despierto podía ver cómo proseguía la masacre.

Tras incontables horas en las que no parecía haber ni un rastro de luz en el cielo, me levanté, me vestí y. salí por la ventana. (Estaba en una planta baja; en la Ciudadela sólo había dos estructuras de más de una planta.) La luna me proporcionó luz suficiente para encontrar el camino que descendía por la pendiente rocosa hasta la costa, en el extremo de la península más lejano al puerto. Frente a mí, la vacía y reluciente playa se extendía alrededor de un kilómetro hasta el siguiente promontorio, mientras que a mi derecha, tierra adentro, la masa montañosa se veía como una sombra negra oscureciendo las estrellas.

Los únicos sonidos que percibía eran el zumbido de las olas y el aullido ocasional de los animales nocturnos en la selva, unidos al ruido apagado de

mis pasos en la arena. Reinaba una paz, absoluta y los demonios que me acosaban comenzaron a desvanecerse.

Caminé todo el trecho bordeando la playa hasta el promontorio situado en el otro extremo. Allí me senté en la arena y mis ojos quedaron cautivados por el mar. El Dominio nos había enseñado que la noche y la oscuridad eran elementos del mal, y que sólo el fuego podía contener su avance. Como había vivido en un territorio en el que vagar por la noche incluso a una distancia mínima era equivalente al suicidio, siempre había creído que tenía razón.

Aquí, sin embargo, todo era diferente. Aquí la noche poseía belleza, una belleza distinta a la del día e inmensamente más relajada. Tras unos instantes me sentí somnoliento, así que me alejé de la costa y me eché a descansar entre algunas rocas.

Dormí en la playa durante unas dos horas, sin ser perturbado por ninguna pesadilla. Desperté cuando el sol del amanecer se insinuaba sobre las rocas y comenzaba a filtrarse por mis ojos. Me sacudí la arena y caminé de regreso hacia la Ciudadela, donde fui el primero en llegar al desayuno.

Palatina y Persea se unieron a mí unos minutos más tarde. Palatina tenía buen apetito (como era habitual, aunque nunca noté que aumentara de peso), pero se la veía cansada y, ojerosa.

—¿Has pasado buena noche? —me preguntó Persea con expresión seria, sin señal de ironía.

Aunque no había dormido tanto como hubiese deseado y había seguido acostado un rato más, no me veía para nada tan fatigado como el resto.

—Llegué a dormir profundamente —le respondí.

—¿Cómo demonios has logrado tal cosa? —indagó Palatina con rudeza, señalando los rostros exhaustos de casi todos los no nacidos en el Archipiélago.

—No funcionaría contigo —sugerí, pues prefería mantener la playa vacía por la noche en lugar de verla plagada de gente buscando alivio a sus pesadillas. De todos modos, dudaba que lo que me había calmado lograse calmar a los demás. Me resultaba más sencillo encontrar respiro a las cosas

desagradables en un sitio donde pudiese, al menos por un momento, olvidar la existencia del resto de las personas.

—Vuestras pesadillas no durarán mucho —intervino Persea con ánimo consolador—. Tres noches más, como mucho. Tendrá algo que ver con esta isla y con el hecho de que vuestras mentes sabían que no se encontraban realmente en la visión. Por muy real que pareciese todo, algún rincón de vuestro cerebro era consciente de que en realidad estabais siempre aquí.

Palatina se estremeció con dramatismo ante la idea de dos noches más como la que acababa de sufrir.

A lo largo de los dos siguientes días no hubo clases, sesiones de entrenamiento ni nada parecido a la educación formal. Se nos dejó en paz para que nos recuperásemos de nuestras pesadillas y para que los recién llegados nos acomodásemos y pudiésemos explorar un poco la isla. Durante la segunda noche volví a hallar alivio solitario en la playa, pero la tercera pude conciliar el sueño en mi habitación. Prácticamente todos estábamos ya recuperados del efecto inmediato de lo que Chlamas nos había mostrado. Pese a eso, las imágenes persistían en nuestras mentes y surgían de repente cada vez que era mencionado el Dominio.

Al tercer día comenzó el entrenamiento, tanto mental como físico. Por la mañana tuvimos práctica de armas (cada uno centraba sus tareas en las dos armas a las que estaba más habituado, en nuestro caso la espada y la ballesta). Aunque pertenecían a un pueblo que en otro tiempo había rechazado la guerra, los nacidos en el Archipiélago entrenaban también. En su mayoría portaban enormes mazas con brillantes y filosas puntas de obsidiana, capaces de quebrar un cráneo humano de un solo golpe.

Practicábamos en grupos sobre un campo de césped de unos cien metros de amplitud situado tierra adentro junto a la Ciudadela. No había mucho césped en la isla; no parecía crecer de forma natural en esas selvas tropicales.

—Veamos, pues —dijo el instructor de armas—, cómo luchan los recién llegados.

Era un hombre de aspecto feroz, rondaba los cincuenta años y había nacido en Cambress, aunque no vivía allí desde que llegó a la Ciudadela.

Qué había hecho entre su primer año aquí y su nombramiento como instructor de armas es algo que no mencionó, pero supongo que sería algún tipo de combatiente por la libertad o un asesino.

—¿Cómo te llamas? —me ladró. —Cathan.

—Bien, Cathan, veamos cómo luchas. ¡Uzakiah! Un joven alto y delgado se separó de la multitud.

El instructor nos proporcionó a ambos espadas de práctica, que eran algo más pesadas que las reales y eran romas tanto en sus bordes como en la punta. Nada más coger la mía supe que no podría soportar su peso más que un par de minutos y otra vez maldije ser de complexión tan poco robusta y carecer de cualquier cosa parecida a la fuerza bruta.

—¡Luchad! ¡Tres estocadas!

Uzakiah (un nombre de Equatoria) se puso de inmediato en posición de lucha, portando la espada en su mano con la misma destreza que si hubiese nacido con ella. Me llevaba alrededor de una cabeza de altura, lo que ya de por sí le otorgaba ventaja, y parecía mucho mejor entrenado que Darius.

Nos enfrentamos con la mirada, andando en círculos durante unos pocos minutos, y entonces él atacó. Noté la tensión de sus músculos, pero aun así sólo escapé por los pelos de su estrategia y su embestida, y no tuve tiempo de lanzar un contraataque, pues se puso velozmente fuera de mi alcance.

Un momento después volvió a intentarlo y en esta ocasión logré eludirlo y responder a su ataque, pero él lo contuvo. Me atacó otra vez con la misma gracia y la misma sorprendente rapidez. Ahora mi reflejo no fue lo suficientemente veloz para eludirlo y me dio la primera estocada.

Me asestó también la segunda y el brazo comenzaba a dolerme. Pero entonces se confió demasiado y en el tercer intento lanzó un ataque demasiado alto y conseguí tocarlo en el brazo.

Perdí por tres a una, pero el instructor no dijo que yo fuese inútil. —Te buscaré una espada más liviana para la próxima vez —comentó con calma —. De cualquier modo, debes trabajar tu físico para ganar fortaleza.

Palatina, cuya destreza con la espada era muy superior a su tiro con ballesta, pudo vencer a su oponente, una joven del Archipiélago, con lo que pareció un mínimo esfuerzo.

—¿Quién te entrenó? —le preguntó el instructor una vez concluida la lucha.

Palatina guardó silencio por un terrible y desagradable momento.

—Mi padre —dijo luego.

—Pues entonces debía de ser muy bueno.

Me pregunté si Palatina se lo había inventado o si era otro retazo de su memoria que acababa de retornar.

Ravenna era la otra persona del grupo de recién llegados y el instructor sabía sin duda lo bien que podía luchar. Yo había conocido sus destrezas con motivo de mi encierro en el Estrella Sombría. Sin contar sus insultos, por cierto. Ravenna sabía cómo desconcertarme y eso me irritaba, pues yo nunca podía provocar en ella el mismo efecto.

Pasamos una agotadora hora y media practicando golpes contra altos postes de madera y luego corrimos a la playa a nadar y refrescarnos antes de almorzar. El instructor me había enviado a la armería junto a uno de sus asistentes para buscar una espada más liviana, que me ahorraría muchos problemas.

Y entonces, después de comer, las autoridades de la Ciudadela vieron la ocasión de cuestionar otra de nuestras creencias fundamentales. Ukmadorian separó al mismo grupo de novicios que habíamos visto las imágenes tres días atrás y nos condujo a una sala de la biblioteca principal. Nos sentamos en varios bancos, tablas y sillas dispersos en el lugar. Noté que los muros estaban cubiertos de copias de pergaminos escritos en un lenguaje que no pude descifrar. Persea y Ravenna estaban allí (todas las chicas formaban un grupo alrededor de una de las mesas). La expresión de Ravenna parecía sugerir que sabía ya lo que Ukmadorian estaba a punto de decirnos, pero que había venido con nosotros para estar en nuestra compañía. También estaban presentes Mikas y uno de sus seguidores.

—Lo que se os mostró hace tres días fue la más reciente de las atrocidades del Dominio —dijo Ukmadorian—, y una de las que más impacto ha tenido en todos vosotros. Pero ha habido muchas otras, algunas cometidas en nombre del Dominio por el imperio de Thetia, y la peor de todas tuvo lugar hace doscientos cuatro años.

¿Podía haber habido algo peor que la cruzada contra el Archipiélago? Me pregunté a cuántas personas habrían matado entonces para superar aquellas doscientas mil. Y doscientos cuatro años atrás... eso nos remontaba al tiempo en que había sido asesinado Aetius IV

En dicho salón, durante ése y los días que siguieron, Ukmadorian nos llevó a los últimos doscientos años y nos mostró en cada ocasión escenas de las distintas matanzas del Dominio, alimentando siempre nuestro odio hacia éste. Tras esas imágenes, se nos preparó para creer casi cualquier cosa que nos dijeran acerca del Dominio. Pero cinco días después de iniciadas esas lecciones, Ukmadorian nos enfrentó con algo tan increíble, tan incongruente con todo cuanto nos habían enseñado, que parecía demasiado difícil de aceptar.

—¿Sabe alguno de vosotros qué sucedió en el año 2560? —preguntó.

—Aetius IV finalizó su reinado, durante el cual imperó el terror —respondió Mikas.

—¿Cómo?

—Lideró una invasión innecesaria contra una ciudad y murió en combate.

—¿Y qué cosas había hecho Aetius en ese reinado de terror? —Masacró a gran parte de la población del mundo, devastó casi todos los continentes, desató las tormentas. No mucho, a decir verdad —sostuvo una de las jóvenes.

—Muy bien. Todos sabemos lo que hizo: asesinó a su padre y a su tío. Luego él y su hermano gemelo, Carausius, emprendieron la conquista del mundo. Enviaron enormes ejércitos, combatieron

a todo el que les ofreciese resistencia 5, bañaron el mundo de sangre. Muy bien. Ahora, ¿dónde están las pruebas de todo eso?

Es evidente que a Ukmadorian no le agradaba irse por las ramas, pero me preguntaba qué quería decir.

—¿Pruebas? —inquirió Ghanthi con mirada confundida.—¿Cómo es que conocéis esos sucesos?

—Porque los narra el *Libro de Ranthas*, por supuesto —afirmó Mikas con algo de ironía en la voz—. Todo el mundo lo ha leído.

—Y, para ser exactos, ¿quién escribió el *Libro de Ranthas*?

—Temezzar, un profeta de Ranthas.

—Que luego fue primado. Ahora, ¿acaso alguno de vosotros ha considerado en alguna ocasión que no conviene creer todo lo que se lee? Temezzar habla de ejércitos de medio millón de personas marchando sobre Equatoria. Pero sabemos que la población total del Archipiélago, el imperio original de Aetius, apenas superaba los tres millones y medio de habitantes, quizá cuatro millones en aquellos días. ¿Cómo podían entonces poseer ejércitos de medio millón de combatientes? Ni siquiera con la flota íntegra de Thetia hubiese sido posible transportarlos. Mucho más disparatado todavía es pensar que fueron vestidos y alimentados durante cinco años.

—Es evidente que Temezzar exageraba —advirtió Persea—. Después de todo, provenía de Equatoria.

—¿Y qué tienen de malo los habitantes de Equatoria? —protestó Darius.

—Nada, sólo que seguramente infló las cifras del enemigo para que la resistencia de su pueblo resultase más heroica —le respondió Persea de forma apasionada.

—¿Y vosotros en su lugar no hubieseis hecho lo mismo?

—Por supuesto que sí —admitieron varios a medida que se acaloraba la discusión.

Ukmadorian esbozó una sonrisa.

—¿Podemos volver al punto en el que estábamos? —interrumpió, y esperó a que acabasen los murmullos—. Temezzar nos dice también que Borealis fue el primer continente en ser invadido.

—Pero ¿dónde demonios está Borealis? —gritó uno de los menos educados de los jóvenes de Equatoria.

—¡Pelmazo! Borealis era el nombre por el que se conocía en aquel momento a Océanus —dijo Ravenna—. Antes de abrir la boca espera mejor a que los demás expliquen las cosas.

—¡Qué superiores sois! ¿No es así? —provocó el joven de Equatoria—. Sólo porque habéis estado sentados en la escuela en el Archipiélago en lugar de luchar contra los haletitas...

—Es suficiente —intervino Ukmadorian—. Callaos. El joven se calmó con poco entusiasmo.

—Como venía diciendo —prosiguió el rector alzando la voz—, Temezzar menciona también que los thetianos desembarcaron en la costa norte del continente. ¿No os llama un poco la atención que los thetianos desembarcasen en un sitio tan poco hospitalario como la costa norte, donde llueve de forma permanente 5, no es posible obtener demasiados alimentos, cuando en el sur había provincias mucho más ricas con defensas más débiles?

—¿Sería por el efecto sorpresa? —aventuró Palatina—. Quizá lo hicieron porque sabían que nadie esperaría su ataque por allí.

—El otro elemento que vale la pena mencionar es que Aetius solicitó la ayuda de un misterioso imperio llamado Tuonetar, que luego comprendió lo malvado que era Aetius y se volvió su enemigo.

Ukmadorian tomó entonces un delgado volumen de una pila de libros que había en la mesa que tenía más cercana.

—Éste es el libro de anales de Thetia —continuó—, robado de los Archivos Imperiales de Selerian Alastre cuando Valdur accedió al trono. Abarca las actividades del ejército thetiano entre los años 2552 y 2555. Debo añadir que todos los materiales relativos al período 2554-2562 fueron clasificados como secretos por orden del propio emperador.

Abrió el libro en una página que, al parecer, había marcado. —La sección del anal dedicada al año 2554, en el que comenzó la invasión, presenta la siguiente conclusión: <<En este año cinco legiones estuvieron en servicio activo, de las cuales dos fueron destacadas a las islas del norte, una a Liona, una a Kodalr y una a Tumarian. El número total de hombres y naves en campañas externas, registrado durante el Festival de Althana, fue de nueve mil hombres, diecisiete mantas de la armada imperial y un crucero de combate. Estas cifras incluyen la caballería del Tercer Elefante». Os recuerdo que el Festival de Althana tuvo lugar a mediados de otoño y que ninguno de los países mencionados se encuentra en las cercanías de Océanus. Éstos son archivos oficiales.

Me sentí desconcertado y, al mirar el rostro de los demás, noté que el resto también lo estaba. Nadie sabía muy bien qué decir. Si se trataba de archivos oficiales, era de suponer que decían la verdad. Pero ¿qué podía decirse acerca del ejército en el norte?

—Por lo tanto... —intervine—, ¿cuál es la explicación verdadera? —Os la diré en un minuto. Primero, meditad por qué motivo podría desear el imperio que fuesen secretos los registros de dicho período. Quizá para proteger su propia reputación, es cierto. Pero ¿no podía ser también porque dichos archivos registraban los hechos tal y como sucedieron? Es bien sabido que el actual emperador, como antes su padre, responde ciegamente a las órdenes del exarca de Thetia.

—Quizá alguien se confundió de fechas.

—Las fechas son correctas, pero la explicación verdadera es muy diferente. Veréis, el Dominio culpó con firmeza a los thetianos de todas las muertes ocurridas durante la guerra de Tuonetar, como ellos la denominan. La verdad es que el pueblo de Tuonetar no era en absoluto aliado de los thetianos, ni era aliado de nadie más. Dicho pueblo dominaba Borealis, dominaba la mayor parte de Equatoria y tenía control total sobre un imperio ubicado en el cabo polar boreal, que nosotros conocemos con el nombre de Turia. También le pertenecía casi todo el norte del Archipiélago. Y sucede, sencillamente, que el pueblo de Tuonetar pretendía dominar el resto del mundo. Los thetianos se enfrentaron a este pueblo durante siglos y, en tiempos de Aetius, estaban sin lugar a dudas perdiendo la lucha. Estaban siendo expulsados del norte del Archipiélago, isla por isla, y hay que decir que a los thetianos les quedaban muy pocos aliados. En 2554, el pueblo de Tuonetar lanzó una ofensiva masiva a todo lo largo del Archipiélago y, en una de las escaramuzas, perdió la vida el anciano emperador Valentino III, padre de Aetius. Lo mismo le sucedió poco más tarde al hermano de Valentino, el gran pontífice Titus V Siempre hubo gemelos en la familia real de Thetia, y mientras uno de los gemelos accedía al trono, el otro era gran pontífice. El gran pontífice encabezaba la orden de la Sanción, que congregaba a todos los magos thetianos. Tras la muerte del anciano emperador, Aetius y Carausius asumieron el poder y lucharon contra

Tuonetar durante seis años. Aetius era un líder muy dotado y Carausius un mago muy poderoso, pero las tropas de Tuonetar eran sencillamente demasiado poderosas para que pudiesen derrotarlas. Los ejércitos de Tuonetar avanzaron más y más por el sur del Archipiélago y los continentes, matando a quien se les —pusiese por delante. Cientos de miles de personas fueron asesinadas y sólo se mantuvo con vida a algunos lo bastante hábiles para ser convertidos en esclavos. Finalmente desembarcaron en la mismísima Thetia, devastaron las ciudades y ocuparon Selerian Alastre.

—Si los ejércitos de Tuonetar estaban venciendo: ¿cómo es que nosotros aún seguimos aquí? —preguntó alguien.

—Aetius comprendió que estaba a punto de perder su imperio, así que, en lugar de emplear sus tropas para combatir y verlas derrotadas en una batalla contra las de Tuonetar, reunió tantas cohortes como le fue posible y se embarcó con ellas hacia el norte, en dirección a Turia. De algún modo consiguió atravesar el cabo polar sin ser detectado y lanzó un ataque contra Aran Cthun, la capital de Tuonetar.

Ukmadorian era sin lugar a dudas un excelso narrador y su voz era convincente e irresistible: cuando hacía una pausa para lograr efecto dramático, yo me quedaba en ascuas, ansioso de que retomase el hilo.

—El ataque tomó por sorpresa a la gente de Tuonetar. Aetius y sus hombres se las arreglaron para acosar la ciudad y, pese a las defensas de Tuonetar, capturaron su ciudadela y mataron a sus líderes. Aetius murió luchando por conquistar dicha ciudadela, en el momento mismo de la victoria, mientras que Carausius fue herido de gravedad. Y entonces... entonces se produjo un brutal terremoto que devastó Turia, mientras que los ejércitos de Tuonetar quedaron dispersos por el mundo. Quizá con el tiempo todos desertaron, quizá viajaron a otro sitio. Pero la victoria había sido de los thetianos. El comandante del ejército de Aetius, Tanais, reunió a los supervivientes de sus milicias y los condujo de regreso a terreno firme, haciéndose cargo de cuidar a Carausius. Todos regresaron a Thetia, pero Aetius no había tenido gemelos herederos y Carausius no estaba en condiciones de gobernar. Por eso se decidió hacer emperador a Tiberius,

hijo de Aetius, y gran pontífice a Valdur, hijo de Carausius. El propio Carausius se retiró a una isla remota.

»Sólo un año más tarde, Valdur mandó deponer y asesinar a Tiberius y, con el apoyo de los magos del fuego que habían combatido en la guerra a favor de Aquasilva, arremetió contra los magos del agua que Carausius había liderado. Todos los magos del agua que consiguieron hallar fueron capturados y asesinados, todos los bienes de la orden fueron confiscados y sus tropas enviadas al exilio en los confines de la tierra. Entonces los magos del fuego fundaron el Dominio y Valdur declaró única religión a la suya.

Se produjo un silencio total y profundo. Yo estaba absorto. —¿Cómo... cómo sabes tú todo eso? —preguntó Palatina. —Poseemos tres fuentes que nos narran la guerra, junto a montones de testimonios de los dos o tres magos del agua que lograron escapar.

Ukmadorian cogió un cofre de madera que estaba frente a él, sobre la pequeña mesa, y lo abrió con reverencia. El interior estaba forrado de felpa y albergaba un libro.

La explicación de Ukmadorian hacía concordar todos los hechos, pero me resultaba tan *increíble* que me resultó casi imposible aceptarla, más allá de las evidencias. La historia tradicional sobre la guerra de Tuonetar me parecía algo tan claro como que el sol salía por las mañanas. Ahora esa claridad había sido, no ya cuestionada, sino demolida por completo.

—Ésta es la descripción de la guerra que escribió el propio Carausius. Era un hombre sabio y piadoso que, según os he narrado, perdió a su hermano y a su padre en Tuonetar. Conservamos también el relato redactado algo después por un oficial de uno de sus ejércitos, así como otra crónica, en un lenguaje diferente, que cuenta la misma historia desde el punto de vista de una de las naciones subordinadas al emperador, que ahora conocemos bajo el nombre de provincia de Ilthys. Poseemos varias copias de cada uno de estos textos en la biblioteca para que vosotros podáis leerlos, pero también se os permite, si lo deseáis, echar una ojeada a los originales. Están protegidos por un hechizo, así que no podréis dañarlos.

Jamás se nos hubiese ocurrido tocarlos y mucho menos dañarlos. Todavía sorprendido, me puse de pie y seguí a algunos compañeros hacia el

estrado. Mikas llegó justo antes que yo y abrió el manuscrito, que empecé a espiar por encima de su hombro (la animosidad entre nosotros originada por su discusión con Palatina ya había caído en el olvido), mirando las páginas a medida que las pasaba. La escritura era clara y consistente, sin las letras de distinto tamaño o las variaciones propias de un escriba. Las páginas eran de la más alta calidad, la tinta brillante, las líneas sumamente delgadas y legibles. Resultaba mucho más sencillo de leer que cualquier otro texto que hubiese visto antes.

Mikas dejó el libro abierto entre dos páginas y leyó un pasaje en voz alta:

Ese año hicimos una visita de Estado a Ataca, pues ninguno de nosotros había visto a Tehuta desde hacía dos años y su esposa acababa de dar a luz un heredero. Hicimos gala de abundante pompa y ceremonia, y el almirante Cidelis preparó para nosotros sus mejores naves. Aún puedo recordarlo, rebosante de orgullo, mostrándonos las nuevas insignias que había creado para el buque que nos transportaría.

Ukmadorian le pidió a Mikas que acabase y yo me adelanté a su lugar frente al cofre. Toqué el libro casi con reverencia (provenía de la biblioteca de un emperador) y avancé hacia los últimos capítulos. Al igual que Mikas, recité un pasaje y me maravillé de la calidad de la caligrafía Y el grosor del papel.

*Aquel día perdí a otro amigo y Aquasilva perdió a un ferviente defensor: Yo conducía tina caballería de elefantes a lo largo de la costa de Mediomundo, buscando la avanzada de Tuonetar de la que Beraz*oilos —mi lengua tartamudeaba al enfrentarse a nombres desconocidos— *había informado*. Cinnirra recibió el mensaje antes que yo, pero adiviné su contenido sin haberlo leído, apenas con observar la expresión que ella tenía en el rostro. Sentí en mi interior un vacío que aun me acompaña. Era una de las personas más vitales que jamás haya conocido, siempre incansable y rebosante de energía. Ahora mi hermana está viuda, su hijo era huérfano y Rhadamanthys estaba muerto.

Otros novicios leyeron también sendos pasajes, avanzando hacia las últimas páginas del volumen, donde la guerra era cada vez más terrible para los thetianos. Palatina recitó un fragmento sobre la precipitada coronación de Aetius y, entonces, cuando ya todos habíamos curioseado el libro, el propio Ukmadorian recitó la última página, una adenda escrita por Carausius durante su retiro, aquella que mi madre había copiado. El rector leyó el texto que tenía frente a él:

Y así me hice presente en el funeral de mi hermano, escrutando el océano vacío en dirección a los continentes que alguna vez fueran verdes y ahora eran vastos desiertos. A menudo me he preguntado si las cosas hubiesen sucedido igual de estar vivo mi padre, pero entonces recuerdo las incesantes guerras entre nosotros que hubo antes del desastre. Hemos perdido un mundo, pero ahora tenemos la oportunidad de una paz duradera y de un nuevo comienzo. Sólo anhelo que la sombra de Aetius pueda descansar en paz y que nos mantengamos fieles a la meta por la que tantos murieron. Nunca seré capaz de volver a combatir o a ejercer la magia, e incluso ahora soy incapaz de abandonar el puerto sin la ayuda de Cinnirra. E incluso si recuperase mis fu*erzas, serán mi hijo y mi sobrino quienes lideren Thetia a partir de ahora, y espero que ellos tengan la posibilidad de forjar un mundo mejor que aquel en el que yo he vivido*.

Os saludo y me despido,

Carausius Tar' Conantur

—Eso fue escrito unos dos meses antes de que su hijo lo traicionase —explicó Ukmadorian con seriedad.

Me pregunté a quién había estado dirigido el libro; revelaba un perfil muy humano de Carausius, un hombre que había combatido en defensa de Aquasilva, había perdido a su hermano, a gran parte de sus amigos, a miles de sus hombres y había acabado naufragando, exhausto, cuando no tenía más que treinta y tres años, incapaz de caminar unos pocos metros sin la ayuda de su esposa.

Y todo aquello por cuanto luchó había sido destruido por su propio hijo y el Dominio, con el mero objetivo de acrecentar su poder.

El testimonio de Carausius era de lejos mucho más agudo que la narración de Ukmadorian sobre la guerra, pues mostraba la tristeza personal subyacente bajo las frías estadísticas y los grandes acontecimientos mundiales.

—El linaje Tar' Conantur que conocemos hoy en día es una sombra de aquella gente que combatió en la guerra. El hijo de Valdur, Valentino IV, como algunos sabéis, fue incompetente e irresponsable, mientras que sus descendientes no han sido en absoluto dignos de sus ancestros. Pero los Tar' Conantur fueron alguna vez una destacada familia, más allá de lo que hayáis visto o leído. Y Thetia fue también un gran país, un ejemplo para el resto del mundo. Lo que hoy conocemos como Thetia no es sino una sombra de aquel pasado, un recuerdo.

»Podéis retiraros —dijo entonces Ukmadorian, interrumpiendo su discurso—, la clase de hoy ha terminado.

Nos fuimos, abandonando los salones de la biblioteca en dirección al cálido sol de la isla.

—Parece casi imposible de creer —comentó Persea—. Carausius, Tuonetar, la gran guerra. Y que el Dominio haya sido fundado así, en medio de sangre y traiciones...

—El Dominio fue fundado por perversos renegados —intervino Palatina con firmeza— y todavía lo gobiernan perversos renegados. ¿Acaso han hecho algún bien en todo el tiempo que llevan de historia? ¿O quizá eso es sólo lo que Ukmadorian desea que creamos? —El Dominio se preocupa por los pobres, por quienes carecen de hogar —dije buscando en mi memoria cualquier otra cosa que supiese al respecto.

—Estoy segura de que siempre hubo gente que se ha preocupado por eso, incluso antes del Dominio. Lo que el Dominio ha hecho es otorgarse a sí mismo tanto poder como le ha sido posible, de manera que sus líderes gocen de infinitos beneficios. Y pretenden que todos los demás los crean santos y buenos. Pero su sistema está basado en la opresión. Por supuesto, no sé si se puede afirmar que los Tar' Conantur fuesen mucho mejores —agregó Palatina—, pues eso es algo que no me consta.

—Han existido algunos primados verdaderamente santos. —¿Por qué actúas de abogado del diablo, Cathan? —interrogó Persea con la dureza que caracteriza a la gente del Archipiélago cuando se refiere al Dominio.

—Siempre hay dos puntos de vista para cualquier discusión. —Sí, pero en esta discusión en particular los puntos de vista se encuentran muy desequilibrados.

—Sin embargo hay que tenerlos en cuenta. El Dominio no debería ser borrado de la faz de la tierra sólo por las acciones de sus más antiguos líderes. Sé que fueron malvados, sé que promovieron la cruzada, pero eso no justifica que nosotros cometamos nuestro propio asesinato en masa.

—No pretendemos destruirlos, sino sólo quebrar su monopolio del poder e igualar en estatus a todos los Elementos.

—Bien, pero para lograrlo deberemos destruir a todos los sacri, a todos los magos superiores y a todos los grandes pontífices y sacerdotes. Por no mencionar la lucha contra sus aliados haletitas y todos los ejércitos de caballeros de la cruzada que hayan creado. —¿Siempre es así de pesimista? —le preguntó Persea a Palatina. —Es demasiado negativo y eso no le hace bien ni a él mismo —advirtió Palatina con una amplia sonrisa—. De todos modos, Cathan, no me parece que Persea desee discutir contigo.

Persea sonrió a su compañera. Luego agregó:

—Lo que Palatina quiere decir es que desperdicio mi talento al discutir contigo.

—Como Ravenna... ¿Es eso lo que quieres decir?

—Ah, pero Ravenna no hace otra cosa que discutir —dijo Palatina.

—El único modo de negociar con Palatina es hacerle sentir celos —me susurró Persea, y luego pasó su brazo a través del mío, pero Palatina sólo se encogió de hombros. De cualquier modo, no entraba en mis planes quejarme.

—Es mi primo, no lo olvides —subrayó Palatina.

—Obviamente éste *no* es el modo de negociar con ella —admitió Persea, pero, con todo, no separó su brazo del mío.

—No hay ningún modo de negociar conmigo —aseguró entonces Palatina—. Y el Dominio se enterará de ello con pesar tarde o temprano.

OceanofPDF.com

CAPITULO XII

¿Tienes idea de dónde estamos? —murmuré.

Todo cuanto sabía es que nos hallábamos en algún punto de la selva, de pie junto al tronco de un árbol. Dónde estábamos con exactitud ya era otra cuestión. Una leve luz azulada proveniente de una delgada luna en cuarto creciente era nuestra única iluminación y nos era imposible ver otra cosa que sombras grises. Mis brazos y piernas eran un mosaico de cortes y rasguños (supongo que los de los demás estarían igual).

—No, esta vez estamos perdidos de verdad. No puedo distinguir siquiera las fogatas —advirtió Palatina, una indefinida presencia a mi derecha.

—Si hubieseis confiado en mis dotes de guía, no nos encontraríamos en este problema.

—Hasta ahora, Ravenna, tus dotes de guía nos han conducido hacia tres nubes de la Sombra de Chlamas, una patrulla enemiga y numerosos árboles —le recordé, feliz de haber podido devolverle el golpe al menos una vez.

—Al menos hemos logrado tender una emboscada a la patrulla. Tú, por otra parte, ni siquiera nos has llevado a través del sendero.

—Quizá porque había más patrullas recorriéndolo.

—¡Podéis parar, vosotros dos! ¡Descubriréis nuestra posición! —susurró Ghanthi.

Nos ejercitábamos en la selva durante una noche casi sin luna, para hacer las condiciones tan adversas como fuese posible. Habíamos sido

divididos en tres columnas, lideradas respectivamente por Palatina, Mikas y un joven del Archipiélago llamado Laeas, y se nos había enviado con el objetivo de alcanzar la torre del mirador en la cima de la montaña y custodiarla hasta la llegada de uno de los magos de la Sombra. Durante la primera semana, todos habían recibido sus brazaletes (Palatina y yo y a teníamos los nuestros), que eran empleados para controlar las bajas. Se nos dijo que si éramos tocados por alguna de las espadas de práctica, quedaríamos temporalmente paralizados. Para complicar aún más las cosas, había en la selva una fuerza adicional. Ukmadorian, sus camaradas y asistentes, y todos los que no eran novicios acampaban alrededor de la colina central. Su función en el ejercicio era actuar como una fuerza de ocupación cuyas líneas debíamos romper para alcanzar nuestro objetivo.

Bajo el liderazgo de Palatina logramos vencer a una de las patrullas de Mikas, pero ahora estábamos perdidos sin esperanza y Ravenna, que era para nosotros nuestros ojos y oídos, no podía ayudarnos.

—Que alguien trepe a uno de esos árboles y vea si podemos orientarnos —le dijo Palatina a Ghanthi con impaciencia, y él nos transmitió el mensaje. Un momento más tarde se oyeron crujidos y el techo vegetal que nos cubría se sacudió mientras un joven del Archipiélago alcanzaba la copa de un árbol.

—Estamos a mitad de camino sobre la ladera norte de la montaña —informó aquél poco después—. Hay una hilera de fogatas justo encima de nosotros.

—¿Hacia qué lado queda la cima? —preguntó Palatina moviendo las manos.

El joven señaló una dirección y ella asintió.

—Debemos de estar junto a los piquetes, pero aquí estamos demasiado rodeados de plantas para ver algo. ¿A qué distancia estamos?

—No puedo saberlo con exactitud, pero diría que las fogatas se encuentran a unos cien metros. Además, estamos en un valle y las fogatas están exactamente en nuestro camino.

—Gracias —dijo Palatina—. Transmite el siguiente mensaje: Nos preparamos para atacar.

—¿Cómo lo haremos? —indagó Ravenna. Palatina lanzó una avalancha de órdenes:

—Quiero treinta personas extendidas a lo largo del valle, tú diles en qué dirección deben avanzar. Sithas está a cargo de la derecha. Uzakiah de la izquierda. Yo permaneceré aquí con el resto. Cathan, tú eres nuestro mejor explorador. Dime cuánta gente hay rodeando las fogatas y qué es lo que hacen.

Asentí, le entregué a Palatina un extremo de mi cinta de explorador, ajusté la otra a mi cinturón y me lancé a recorrer la selva. Al igual que los demás, iba vestido de negro, con tres insignias blancas en los hombros que indicaban a qué columna pertenecía. Andar entre los árboles, incluso en medio de esa oscuridad, estaba convirtiéndose para mí en algo natural. Seguía los sitios en los que el terreno tenía menos o ninguna vegetación a fin de evitar que la maleza crujiese al pisarla y mantenía bien firme detrás de mí la cinta que me serviría para hallar el camino de regreso. Me mantenía siempre en la sombra, esquivando los claros que se producían en los pocos sitios donde las copas de los árboles no llegaban a cubrir el cielo. Hacía mucho calor y la humedad lo invadía todo (no podía siquiera apoyarme contra el tronco de un árbol sin empaparme la camiseta). Con todo, se percibía en esa selva una vitalidad que no existía en las de Lepidor. Quizá debido a que aquí las criaturas que la habitaban eran mucho más numerosas, y no siempre amigables.

No había ido demasiado lejos cuando pude ver delante de mí el brillo de las llamas. Aminoré la marcha y me escondí. No era probable que hubiese mucha gente junto a ese fuego: la jungla era enorme y no eran tantas las personas para cubrir sus puntos clave, ni siquiera con Chlamas y los suyos intentando confundirnos. Me desplacé un poco hacia adelante, agachado entre la maleza (y en el proceso volví a empaparme las ropas), hasta alcanzar un pequeño claro en la vegetación a través del cual podía ver. A un lado de la fogata había dos hombres y una mujer, los tres sentados con los ojos puestos en la selva. Debían de estar algo deslumbrados por las llamas y seguramente no detectarían los movimientos con tanta facilidad como uno de nosotros. No había rastros de la presencia de nadie más.

Di tres tirones secos en la cinta y luego, tras una pausa, dos más. Era un código que habíamos acordado previamente y mediante el cual le indicaba a Palatina que había sólo tres personas y que estaban vigilantes, no medio dormidas.

Tras una breve demora me llegaron cuatro tirones desde el otro extremo, que significaban: «Ve un poco más allá».

Me alejé un poco de las fogatas y repté con sigilo a la derecha, pasando la cinta alrededor de un árbol. Luego avancé un poco cuesta arriba por el valle. Unos metros más adelante choqué contra una rama o algo así, que se quebró produciendo un sonido que me pareció fortísimo. Por un instante pensé que me habían oído y no moví ni un músculo, pero no escuché que ninguna persona se aproximase y respiré con alivio. Por fortuna, todo estaba muy húmedo debido a la tormenta del día anterior (una tormenta mucho menos violenta que las de mi tierra) y eso debió de disimular el ruido. Para compensar esa suerte, mis ropas estaban completamente mojadas a causa del agua que caía de los árboles y que inundaba el suelo, lo que no era nada cómodo.

El valle empezaba a estrecharse y, a medida que avanzaba, el terreno se volvía cada vez más empinado a ambos lados. Estaba llegando al extremo del rollo de cinta, y Palatina y yo habíamos dejado bien claro antes de mi partida que bajo ninguna circunstancia debía recorrer una distancia mayor que ésa.

Algo se movió frente a mí. Instintivamente me eché al suelo y permanecí inmóvil. Tras una pausa escuché el sonido lejano pero inconfundible de voces y una especie de crujido.

Di una serie de tirones secos en la cinta y emprendí el camino de regreso hacia donde estaba Palatina, moviéndome de forma tan veloz como creía conveniente y evitando aproximarme a las fogatas.

—¿Qué sucedió? —me preguntó Palatina. Yo le describí todo lo que había visto.—¿Sabes dónde están?

—No. No creo que fueran los grupos de Mikas o de Laeas. —Podría ser la patrulla de Ukmadorian —sugirió Ghanthi.

A Palatina sólo le llevó un segundo decidir el siguiente paso. —Ghanthi, convoca a uno de cada tres integrantes de la patrulla y ocupa el lugar de Uzakiah. Yo me pondré al frente de unos treinta y rodearemos los confines del valle. Ya veremos cuán diestra es esa gente cuando le caigamos encima. Cathan, Ravenna, seguidme. Uzakiah se quedará al mando aquí.

Esperamos hasta la llegada de Uzakiah y luego Palatina ordenó:

—Avanzad y tomad posición cuando tengáis las fogatas a la vista. Contad hasta trescientos y luego atacad, y seguid adelante una vez concluida la lucha. Contad lentamente, como os he indicado antes.

Palatina era audaz y expeditiva a la hora de dar instrucciones. —Comprendido.

Con Ravenna y yo como guías, nuestro grupo, que incluía a

Palatina y a otros, salió de los límites del campamento y comenzó a subir las laderas del valle de un modo tan lento que me pareció una agonía. Estaba convencido de que en cualquier momento Uzakiah daría la señal de entrar en combate sin que hubiésemos alcanzado la posición correcta. Sin embargo, la noche seguía en silencio.

—¡Estás yendo en la dirección equivocada! —me murmuró Ravenna.

—Claro que no, estoy siguiendo la topografía del terreno.

—Eso está muy bien, pero el terreno no sigue el contorno del valle. Créeme, estamos en una depresión.

—¿Por qué debería creerte? —le respondí, pero sabía que seguramente ella tenía razón. Como ya me había demostrado en el Estrella Sombría, Ravenna estaba capacitada para ver en la oscuridad casi con la misma agudeza que a la luz del día. Yo podía seguir el contorno del terreno, pero no detectar cambios sutiles como aquél.

—Imbécil.

Me molestó su insulto, pero no dije nada.

Corregimos nuestro curso y alcanzamos casi de inmediato el nivel superior del terreno en el extremo lejano del valle. No veíamos a nadie allí, conque avanzamos un poco y formamos una línea de batalla.

Apenas me había colocado en una posición desde la cual podía lanzarme al ataque cuando oí sonido de lucha y pude observar cómo más

abajo tenía lugar un combate.

—¡Esperad! —nos susurró Palatina cuando estábamos congregándonos detrás de ella. Resonó el choque de las espadas, seguido por el ruido de gente corriendo a través de la maleza.

—¡Ahora!

Palatina esperó un segundo, pero yo salté y comencé a correr colina abajo, esquivando a mi paso las raíces de los árboles. Del sector de selva que se extendía delante de nosotros partía un gran estruendo y a pocos metros podían distinguirse sombras en movimiento.

No bien estuve frente a una de las figuras, la ataqué, aprovechando el momento de confusión para tocar su mano antes de que pudiese alzar su espada. Entonces él, o ella, arrojó la espada al suelo con dedos nerviosos. Llegué a ver su brazalete. Pertenecía al grupo de gente de la isla, no a los novicios, pues no llevaba distintivos.

Aparecieron otras sombras y, cuando había comenzado a luchar con dos a la vez, Ravenna llegó a mi lado, y luego alguien más, y por fin todos acabamos congregados allí, atrapando desde ambos extremos de la selva a los que tenían por misión sorprendernos a nosotros. El plan de Palatina había dado resultado.

Éramos más numerosos que ellos y no nos costó derrotar a Ukmadorian y su guardia. Ravenna desarmó al propio Ukmadorian y todo concluyó.

—Bien hecho, Palatina —dijo él quitándose el casco. Sus hombres empezaban a recuperarse de nuestra embestida, pero ya no constituían una amenaza—. Ahora debéis continuar y vencer también a los demás.

Ukmadorian y su gente avanzaron a través de las filas de Uzakiah y desaparecieron en la jungla.

—Bien hecho —repitió Palatina, y luego ordenó que nos dispusiésemos en formación de combate: marcharíamos colina arriba hasta alcanzar la propia torre de guardia.

La cima de la montaña estaba rodeada por una serie de precipicios, y sólo existían dos vías de acceso: un estrecho y curvo barranco, y una rampa donde un antiguo desprendimiento había hecho caer parte de la roca.

—El barranco es fácil de defender —advirtió Palatina, modificando el plan a medida que avanzábamos con lentitud—, así que sin duda habrá alguien de guardia allí, quizá Mikas o Laeas, o la orden. Si son sensatos, habrán dispuesto a la mayor parte de su gente en la rampa, pero si son atacados por el barranco no tardarán en distribuir sus fuerzas; no pueden dejar libre la rampa. De todas formas, no atacaremos por ninguno de esos sitios. Existe un punto cercano al barranco donde, en opinión de Cathan y Ravenna, es posible escalar el acantilado. Cuando ellos dos lo hayan hecho, nos lanzarán una soga y. unos veinte de vosotros subiréis a su lado. Luego atacaremos el barranco por ambos frentes a la vez.

Nos arrastramos a través del terreno desigual y empinado de la selva, avanzando con cuidado en dos hileras, de manera que, a los ojos de cualquier explorador enemigo, pareciese que contábamos con la mitad de las fuerzas. Podíamos oír a nuestro alrededor el sonido de los animales, quizá perturbados por nuestro movimiento, pero cualquier explorador experimentado era capaz de discernir entre el chillido de los monos y el ruido de personas deslizándose. Al menos, así lo afirmaba la teoría.

Llegamos al borde del precipicio, contra el cual los árboles crecían casi por completo inclinados. En algún sitio a nuestra derecha estaba el barranco, que conducía directamente a la torre de vigilancia, pero que era tan estrecho y cerrado que bastaban tres niños con espadas de juguete para custodiarlo. Resbalé en un lodazal y maldije a media voz. Aquí las condiciones eran, en realidad, aún peores y los insectos que rodeaban los acantilados parecían ensañarse conmigo. Algunos eran demasiado grandes para mi gusto. —¿Es éste el sitio? —me susurró Palatina.

No se oían ruidos por encima de nosotros y era imposible saber si la orden, Mikas o Laeas estaban al borde del barranco. —No exactamente.

Yo había dejado una señal y tenía la esperanza de que no la hubiesen descubierto. ¿Estábamos demasiado a la izquierda? El acantilado se curvaba hacia afuera a medida que uno se aproximaba al barranco, pero me era imposible determinar dónde estábamos.

Al fin hallé la señal y Ravenna y yo nos apuramos en escalar el precipicio. A causa de la tupida vegetación, no había manera de saber si, en

la cima, alguien había alcanzado la torre de vigilancia. Ukmadorian podía estar ya en camino. Palatina había escogido deliberadamente dar un largo rodeo, de manera que esperábamos alcanzar la cima después de los demás grupos. Era una estrategia arriesgada, pues si llegábamos demasiado tarde alguien podría haber ganado ya el ejercicio. Por otro lado, Palatina había apostado por que los otros dos grupos hubiesen sido efectivos en eliminarse mutuamente, mientras que nosotros conservábamos a casi toda nuestra gente.

—¿Puedes escalar esta pendiente, joven de Océanus? —inquirió Ravenna—. ¿O es demasiado para ti?

—Quizá sería mejor que tú no subieses, creo que supera tus límites.

Sin esperar su respuesta, cogí con la mano el primer soporte y, me aseguré de que el carrete de soga estuviese bien puesto. Entonces comencé a trepar.

El acantilado no tenía más que unos pocos metros de altura, pero era casi por completo vertical y un hilo de agua que manaba desde arriba lo volvía húmedo y resbaladizo. En algún sentido, es calar rocas era más sencillo que escalar madera, ya que había más sitios donde aferrarse, pero la roca, y, en especial el filoso granito de esta isla, producía muchos más cortes en manos y pies. Agradecí haber traído zapatos, incluso pese a haber tenido que chapotear en el agua y el lodo a cada paso.

Mi mundo se reducía al sector que tenía más cercano de la superficie del acantilado: debía buscar sitios donde aferrar mis manos y mis pies, comprobar su resistencia y subir de forma gradual

con desesperante lentitud. En una ocasión pisé una roca floja y, por un terrible momento, pensé que me caería. Pero la roca no se desprendió y seguí aferrado al muro, paralizado, ignorando un impaciente susurro de Ravenna.

Entonces, de repente, ya no hubo precipicio alguno frente a mí y me arrastré hasta el borde del terreno. Había una gran palmera a pocos metros de allí. Me desplacé hacia ella y amarré un extremo de la soga a su tronco. Luego arrojé el resto al fondo del acantilado.

—Tu puntería es tan mala como tu sentido de la orientación —dijo Ravenna mientras ascendía cogida a la soga y aferrada, además, a la raíz de un árbol. No me acerqué para ayudarla.

La soga se puso tensa cuando la primera persona de nuestro grupo comenzó a subir por ella. Le pedí a Ravenna que esperase y, sin esperar un comentario de su parte, me deslicé hacia la jungla para asegurarme de que estuviésemos en el sitio correcto.

Así era. A pocos metros estaba el barranco, pero cuando espié, oculto entre el follaje de los árboles, no pude ver a nadie custodiándolo. ¿No estaría vigilado? ¡Me resultaba difícil creerlo: el barranco no podía haber sido dejado a su suerte, ni siquiera si la gente de Laeas o la de Mikas habían despachado a los centinelas de Ukmadorian. En dicho caso, sin duda hubiesen puesto a alguno de los suyos para custodiarlo.

Lentamente avancé bordeando el barranco, ocultándome en la jungla cuando las características del terreno me exponían demasiado a ser descubierto. ¿Dónde estaban los centinelas?

Sin duda había alguna otra trampa, podía sentirlo. Avancé poco a poco, intentando detectar el ruido de los centinelas o el de nuestra gente escalando por la soga.

Entonces mi corazón se detuvo en seco. A unos diez metros delante de mí había dos personas de negro completamente inmóviles, con los distintivos brillando en sus brazos. A medida que veía mejor, descubrí que eran más y. que también había gente al otro lado.

Laeas había tendido una trampa. Casi con seguridad estábamos rodeados.

Regresé al acantilado tan aprisa como me atreví a hacerlo. Ya había allí diez integrantes de nuestro grupo, incluida Palatina. Le conté lo que había visto y sospechaba.

—Laeas es más inteligente de lo que pensaba —dijo ella—. Sin embargo, si tiene todos esos hombres aquí arriba, tendrá menos en la rampa. Cathan, te dejo con Ravenna y estos diez. Uzakiah y yo volveremos sobre nuestros pasos y atacaremos a los hombres que defiendan la rampa.

—¿Nos abandonas aquí para que nos elimine la gente de Laeas? —Si todos comenzamos a retirarnos, los hombres de Laeas creerán que escapamos y nos encerrarán. Cuando yo haya descendido, te enviaré arriba un par de hombres más, así ellos supondrán que seguimos subiendo gente. Ataca en cuanto me haya ido e intenta romper sus lineas y llegar hasta la rampa. Tú puedes hacerlo.

El siguiente hombre subió desde el precipicio. Entonces Palatina se aferró a la soga, me hizo una señal afirmativa con la cabeza y desapareció de mi vista.

Ravenna parecía sorprendida; era evidente que Palatina no podía hacer rappel. Sin embargo, cuando me acerqué a observar, ya había llegado al suelo. Desamarré la soga y se la arrojé. Luego ella me saludó y condujo su columna hacia la selva, dejándome con once personas en lo que parecía, a todas luces, una misión suicida. Rogué que Palatina no tomase una decisión semejante si alguna vez acabábamos en un auténtico campo de batalla.

Y entonces, mientras la saludaba, sin imaginar nada que pudiese ayudarnos a vencer, la ayuda provino de donde menos la esperaba.

—Ella no te hubiese encargado algo así si no confiase en que puedes llevarlo adelante —me dijo Ravenna sin el menor vestigio de ironía—. Así que ¿nos quedaremos aquí sentados sin hacer nada?

Volvía a ser la Ravenna que había conocido en un principio. Y estaba en lo cierto: Palatina no me hubiese delegado una misión semejante si no estuviese segura de que podía realizarla con éxito. No sería yo quien le quitase la ilusión. Era el ejercicio más importante que habíamos encarado hasta entonces y estaba decidido a vencer, a demostrarle a Mikas que no era el mejor general y que su mafia cambresiana no contaba con los mejores subordinados.

Le ordené a mi grupo que esperase y me asomé al borde del acantilado con la intención de ver cuántos centinelas había enviado Laeas para bloquear nuestra salida. Llegué a contar cuatro, que taponaban cualquier vía de escape y estaban todos con la mirada puesta en nosotros y las espadas en alto. Uno de ellos era Persea, estaba seguro de ello; ella había acabado apoyando a Laeas. Decidí que atacaríamos al centinela situado en el punto

más remoto, el más alejado de sus compañeros y que, por ende, tardaría más tiempo en recibir ayuda. Persea estaba a dos árboles de distancia.

Atacamos con una única embestida, todos a un mismo punto, desencadenando el caos y la confusión en la selva. Ordené a mi gente que siguiese su marcha sin detenerse ante nadie y que, de ser posible, evitase combatir.

La centinela fue tomada por sorpresa, pero alcanzó a gritar y enfrentó a Ravenna con su espada antes de que nos uniésemos a ella. Ravenna esquivó el golpe y luego otros dos de nuestro grupo lucharon contra la centinela, hasta que, un momento después, tocaron el brazalete que llevaba en la muñeca. La jungla silenciosa estalló en una tormenta de gritos, ruido y pasos apurados, y varias figuras se nos echaron encima.

—¡Adelante! —aullé mientras corría para buscar refugio en los árboles cercanos. Los demás me respondieron afirmativamente mientras huían de las tropas de Laeas.

Alguien apareció desde un arbusto en medio de mi camino, con la espada en alto. Fue demasiado repentino para permitir que me detuviese, así que choqué contra él (contra ella, según comprendí en seguida) y ambos caímos sobre un montón de maleza. Ella gritó y oí pasos que se acercaban. La espada se me había caído de la mano y la busqué tanteando con los dedos de forma desesperada, pero no hallé más que tierra.

—¡Capturadlo!

Un instante después sentí que alguien me cogía por los hombros y me separaba de mi raptora, que se sentó a un costado sacudiéndose el polvo.

—¡Prisionero! —dijo uno de mis atacantes.

Entonces intenté escapar (ser tomado cautivo era infinitamente peor que «morir»), pero fue en vano.

—¡No cantéis victoria antes de tiempo!

Uno de mis raptores se puso tenso y cayó al suelo, el otro lo siguió unos segundos después. Me liberé de un salto, alejándome de la joven que me había emboscado. Un momento después, la espada de mi salvadora la puso también fuera de acción.

—¡Busca una espada!

Cogí la que tenía más cerca y ambos nos precipitamos a toda velocidad hacia la jungla.

—Gracias —le dije a Ravenna cuando al fin nos detuvimos, faltos de aire. Mi camiseta estaba impregnada de lodo y sudor, y tenía un gran desgarrón en un costado.

Cuando llegamos a la rampa, la batalla ya había comenzado. De mi grupo de once personas quedábamos nueve. La gente de Laeas retrocedía como consecuencia del ataque planeado, pero conservaba aún el control de la pendiente.

Miré hacia abajo, vi los distintivos triples de los atacantes y corrí hacia el nudo de la contienda, sorprendiendo a los centinelas por la espalda.

Eliminé a uno incluso antes de que tuviera oportunidad de volverse y observé las escasas líneas de Lacas; su posición estaba obstruida por los cuerpos inertes de los «muertos» y él parecía vacilante y nervioso. Las fuerzas de Palatina se adentraban en las filas enemigas. Laeas, resignado a la derrota, se unió a sus combatientes, que estaban siendo obligados a volver sobre sus pasos, y propuso un desafío.

—¡Será un placer, Cathan, ya que esta noche pareces mi Némesis! Una cabeza más alto que yo, mucho más fuerte y corpulento, saltó en mi dirección desplomando su espada con un golpe de martillo que me hubiese arrancado del suelo de dar en el blanco. Lo esquivé y respondí, probando la velocidad de sus reacciones. Estaba más descansado que yo y no parecía haber tropezado con tantos espinosos matorrales durante las primeras etapas de su ascenso (su piel no estaba cubierta de rasguños). Después de todo, éste era el Archipiélago, su tierra natal, su territorio, y tenía mucha más experiencia que yo en esa endiablada selva.

Cuando a duras penas había conseguido eludir su siguiente embestida, se oyó un estruendo y repentinamente surgieron de la jungla las fuerzas de Mikas, sedientas de sangre, a la carga contra la gente de Palatina y de Laeas por igual.

—Has sido derrotado, Laeas. ¿No quieres cambiar de bando? —le pregunté, jadeando, mientras devolvía su estocada.

—Va contra las reglas.

—No existen reglas en la guerra.

Su rostro se llenó con una sonrisa demente y aulló:

—¡Laeas a favor de Palatina! ¡Laeas a favor de Palatina! ¡Todos a atacar a Mikas! ¡Todos contra Mikas!

Mikas detuvo su avance y sus tropas quedaron absortas en medio del terreno cuando la voz de Laeas cruzó el campo de batalla 5, cesaron los combates ya iniciados.

Entonces Palatina enarboló su espada con una sonrisa de maníaca en los labios y gritó:

—¡Eh, vosotros, capturadlos! ¡Moveos!

Laeas y yo nos volvimos, de pie uno junto al otro, blandimos las espadas y nos lanzamos al ataque contra las fuerzas de Mikas. Sentí una conmoción cuando alcanzamos sus líneas y nuestras espadas chocaron con las suyas. Nos ayudaba la altura del terreno. Por un momento estuvimos solos, pero pronto se nos unieron a uno y otro lado miembros de las columnas de Palatina y Laeas, todos acosando a Mikas. Quedaban apenas unos diez integrantes de las tropas de Laeas, pero esos pocos, unidos a la sorpresa que produjo nuestra alianza, inclinaron la balanza contra Mikas, quien fue expulsado hacia la base de la rampa.

—¡Rendíos y tendremos piedad! —vociferó Palatina, riendo, mientras encabezaba sin pensarlo dos veces una embestida contra el propio Mikas, quien se hallaba de pie junto a Darius y su gente, los hoscos cambresianos, que exhibían en su rostro una terrible furia.—¡Rendíos! —exclamé—. ¡Rendíos!

La petición fue obedecida por el resto de sus tropas, aunque yo a duras penas podía verlo, ya que estaba cegado en el calor de la batalla y mi sangre casi cantaba de entusiasmo.

Entonces las tropas de Mikas arrojaron las armas al suelo ante Palatina y Laeas me cogió del brazo, sonriendo como un demonio enloquecido.

Sólo Mikas y su escolta portaban todavía sus armas, a sólo unos pasos de Palatina y el resto de nosotros.

—Vosotros podéis también arrojar vuestras armas, Mikas —le dijo ella, y se detuvo a esperar su reacción—. Habéis hecho todo lo que habéis

podido.

Mikas se mantuvo inmóvil un minuto, luego se encogió de hombros y arrojó su espada al suelo.

—¿Por qué no? —comentó—. Siempre hay una segunda oportunidad.

Todo había acabado.

—¡Palatina! ¡Palatina! ¡Palatina! —festejó Laeas, y luego Ravenna

se unió al grito, seguida por el resto. Allí estábamos, en la rampa conquistada tras la dura contienda, y nuestro barullo se esparcía por la jungla. Jamás me había sentido tan lleno de vida como en aquel momento, tan eufórico. Por primera vez gozaba del dulce sabor de la victoria. En esa ocasión no se había derramado sangre; en otras, cada día de enfrentamiento acabaría con una pila de cadáveres esparcidos por el campo de batalla, pero incluso así habría siempre tras el combate un instante de euforia. Ahora no había ninguna masacre que lamentar y los festejos se extendieron sin fin. El propio Mikas se unió a la alegría general y le dio un abrazo a Palatina, cuya inmensa satisfacción pude percibir aun estando a varios metros a ella.

Ukmadorian y su gente esperaron de pie en la base de la rampa a que el griterío cesase de una vez.

—Declaro vencedora a la columna de Palatina —dijo el rector—, por si no fuese lo bastante evidente.

Volvimos a descender la colina, recogiendo a los que habían quedado a un lado durante las últimas batallas, y nos dirigimos hacia la extensión de césped ubicada en las afueras del complejo de la Ciudadela. En el centro había sido encendida una antorcha y otras habían sido fijadas al tronco de los árboles que rodeaban el lugar. Habían traído vino y comenzaba la fiesta.

Yo estaba bebiendo vino azul thetiano con un pequeño grupo que incluía a todos los líderes del ejercicio previo, así como a Persea, Ghanthi Y algunos otros.

—Brindo por Cathan y su pico de oro —anunció Palatina alzando su copa.

Enrojecí del pudor, pero Laeas me dio una palmada en la espalda, que por poco no me hizo volcar la copa de vino, y me sugirió que bebiese antes de que él no dejase una gota.

—No te quejes, amigo —me dijo—. Tú me persuadiste de pasarme de bando.

—Recuérdame que me deje sobornar por el grupo correcto la próxima vez —comentó Mikas, que parecía haberse tomado con buen humor la derrota, al menos una vez iniciada la fiesta—. Palatina, tu suerte me resulta sospechosa.

—Pues no soy tan buena como tú haciendo planes —admitió Palatina —.Yo sólo vencí gracias a Cathan, pero tú merecías la victoria.

—Ningún plan sobrevive al primer contacto con el enemigo. Fui demasiado listo.

Era la primera vez que oía a Mikas reconocer que había cometido un error.

Mikas nos contó entonces cómo había concebido su plan, y luego Palatina y Lacas revelaron los suyos. Mientras conversábamos, Persea se acercó hasta ponerse a mi lado y pasó su brazo alrededor del mío.

—Por poco te atrapo en la selva —me murmuró al oído—. Pero con enemigos como tú y Ravenna dudo que necesitéis amigos. —Estaba tan sorprendido como tú.

—No lo sé. No creo que ella te odie tanto como yo la odio a ella. —Quizá porque ella siempre resulta vencedora.

Llevaba apenas un mes en la Ciudadela y las imágenes de la cruzada del Archipiélago eran para mí sólo un vívido recuerdo, aunque aún doloroso para que lo retuviese en la memoria. Habíamos aprendido más cosas sobre los herejes, sus intenciones, estructura, organización... e historia. Había leído completos los tres relatos de la guerra de Tuonetar. Los escritos de Carausius me resultaron más interesantes que los otros dos, pero escenas diversas de todas mis lecturas invadían mi mente de forma constante y no conseguía olvidarlas más que en ocasiones, como en el agitado ejercicio de la noche anterior.

Pero ¿qué le había ocurrido a Carausius finalmente? ¿Había vivido en paz hasta una edad avanzada junto a su amada esposa Cinnirra o había perecido durante las purgas? Y según la costumbre iniciada por el Dominio, según la cual el hijo más joven de cada par de gemelos de la realeza debía

criar a los dos niños, el jerarca principal de los magos del Agua había sido siempre hermano gemelo del emperador. Sólo Thetis sabría cómo era posible lograr que cada generación tuviese gemelos.

En las afueras de las salas de lectura mi prestigio como espadachín había aumentado con creces. Ya se me consideraba un igual de Uzaldah con la espada y casi tan bueno como Ghanthi con la ballesta. Comencé a aprender los secretos del liderazgo militar y del combate en el mar a bordo de la flota de buques pequeños de la orden y en la corbeta. Ya habíamos afrontado dos ejercicios de lucha en tierra (el primero, en el que Palatina había vencido, y otro en que perdió por escaso margen). De acuerdo con nuestras habilidades, la orden nos entrenaba para todo tipo de combates, así como en el arte de los espías, los exploradores y las operaciones clandestinas. Demostré ser sobresaliente deslizándome entre las sombras, aunque no tan bueno en campo abierto.

A Persea y a mí nos había llevado cierto tiempo congeniar. Ella me caía bien y disfrutaba de su compañía, pero nuestra amistad no era demasiado profunda. Me había enseñado lo que la gente del Archipiélago denomina «artes de la noche» (el del Archipiélago era un pueblo poético, para el que el amor era una forma de arte), de las que hasta entonces sabía muy poco, y mucho menos imaginaba que serían tan placenteras. A Palatina esas cosas no parecían interesarle en absoluto, y me pregunté si no sería debido a algún tipo de voto religioso. No lo creía probable, pues eso era algo tan significativo como para recordarlo.

La noche posterior al ejercicio dormí solo. Persea, como gran parte de la Ciudadela, estaba casi desmayada por el efecto del vino azul. Yo, para no propasarme, me había limitado a beber apenas una copa. Me gustaba el vino, pero el placer que me proporcionaba no compensaba de ningún modo las pesadillas que me acosaban tras beber demasiado. Los demás se quejaban de la resaca: no tenían idea de cómo eran las mías, y yo ni siquiera había disfrutado del hecho de emborracharme con propiedad la noche anterior.

Debían de ser la cuatro o las cinco en punto cuando alguien me sacudió de forma brusca. Abrí mis somnolientos ojos y contemplé a una borrosa

figura vestida con una toga de pie ante mi cama. Por un instante me entró el pánico e intenté alejarme. ¿Habría llegado el Dominio...?

—Prueba de magos —dijo la figura, y mi infundado terror comenzó a desaparecer.

¿Por qué tenían que hacerla a esas horas de la madrugada? El cielo estaba apenas levemente iluminado.

Me puse una túnica y seguí a la figura, que no llevaba en realidad una toga, sino una túnica que mis ojos engañados por el sueño confundieron con la prenda de los inquisidores. Me condujo hasta una de las torres de vigilancia inferiores, sobre la cresta que coronaba la Ciudadela. Un angosto sendero nos llevó a través de los árboles, pero la maleza comenzaba a invadirlo y, recorridos unos pocos metros, volví a empaparme la ropa. Ya no me importaba estar mojado; sólo me molestaba la pegajosa humedad de la jungla, sobre todo a esa hora de la mañana, cuando aún hacía bastante frío,

La torre de vigilancia era un edificio bajo y chato de dos plantas, construido en piedra gris recubierta de plantas trepadoras. Dos antorchas ardían sobre la fachada, situadas una a cada lado de la puerta. Uno de los funcionarios de la isla me saludó, me hizo pasar y me pidió que descendiese por una escalera.

Entré en un salón circular amueblado como una sala de guardias, con una silla $_{y}$, unas pocas mesas, pero no había nadie allí. Una escalera de caracol situada en una esquina conducía a la oscuridad. Sentí un ligero temblor anticipatorio, que superó a la excitación que me había acompañado después de nuestra victoria. Entonces descendí la escalera y me hallé al final de un largo y tenebroso pasillo que se extendía por debajo de la jungla. ¿Por qué había allí un sótano tan inmenso?

—Hacia la derecha, por favor —me dijo alguien.

Abrí la primera puerta que pude discernir en el lado derecho y me topé con una habitación aún más oscura, apenas iluminada por una esfera de plata suspendida en el aire, encima de un círculo negro de piedra situado en el suelo. Ravenna se encontraba de pie sobre él, descalza, y a su izquierda había un asistente. Su expresión era neutra, como si no existiese ningún vínculo entre nosotros.

—Quítate los zapatos y ponte de pie sobre el círculo —ordenó. Me quité las sandalias. El suelo estaba helado y húmedo, y el círculo era liso, seco y todavía más helado. No parecía haber en él ninguna marca en absoluto, ni la más mínima raya.

Ravenna atrajo mi mirada y la sostuvo. Entonces, sin advertencia previa, me invadió un ruido potente e impetuoso, como si un río fluyese a través de mi cabeza.

Lo siguió una sacudida y la sensación de que cada nervio de mi cuerpo se prendía fuego. Mis músculos sufrieron espasmos y se quedaron tiesos. Los ojos de Ravenna parecían cada vez más redondos y extasiados. Su piel parecía danzar con la luz plateada mientras yo permanecía allí, transfigurado, incapaz siquiera de gritar. Nunca en toda mi vida había sentido un dolor semejante. Entonces, de repente, todo dolor desapareció, mis músculos se distendieron y me desplomé en el suelo como las víctimas durante el combate del día anterior.

Ravenna se agachó, se sentó a mi lado, intentando mantener la espalda en posición vertical, y me pidió con voz extraña e irreconocible:

—Cathan, dime *quién* eres tú.

OceanofPDF.com

CAPITULO XIII

El asistente se aproximó para ayudarnos a ponernos en pie, pero Ravenna se lo impidió.

—¿Puedes traer a Ukmadorian, por favor? Dile que venga de inmediato.

El hombre asintió con la cabeza y se retiró. Me sentía como si cada músculo de mi cuerpo estuviese exhausto e intentase descansar durmiendo. Casi no podía moverme, pues en cada ocasión en la que decidía hacerlo mis miembros cedían ante un cansancio incontrolable. Por algún motivo, la habitación me parecía mucho más luminosa que antes, pero me resultaba imposible hacer el esfuerzo de mover la cabeza para averiguar cuál era la fuente de esa luz.

—¿Estás bien? —me preguntó Ravenna, y advertí verdadera preocupación en su rostro.

—Muy... muy cansado.

Era frustrante no ser apenas capaz de hablar.

—Debió de ser alguna especie de reacción a la magia —me explicó—. ¿Sabes si tu padre era mago?

—Ignoro... quién es mi padre.

Me movió para quitarme de la incómoda posición en la que yacía y me apoyó contra una de las paredes. Sentí que el cansancio comenzaba a desaparecer, pero de todos modos no traté de moverme. Recibir la ayuda de Ravenna empezaba a volverse un hábito para mí.

—¿Quieres decir que tu padre no es Elníbal? —No. ¿Es que soy un mago?

La idea me resultaba difícil de creer y aún me daba vueltas la cabeza. De hecho, me preguntaba si esto estaba sucediendo de verdad o me hallaba todavía en un sueño profundo.

—Sí, y un mago muy poderoso. Llevas la magia fluyendo por tus venas. No es sólo que poseas el talento innato para la magia, sino que en parte *eres* mágico. No sabría cómo explicarlo.

Un momento después apareció Ukmadorian en la puerta. —Elementos, ¿qué ha sucedido?

—Cathan no es quien parece ser —advirtió Ravenna con los ojos puestos en él. Todavía estaba sentada en el suelo, al parecer insensible al frío—. Hay magia recorriendo todo su cuerpo, de un modo que jamás había visto antes.

—~Te molesta si lo constato por mí mismo? —me preguntó el rector.

—No.

Ukmadorian cogió una de mis casi inertes manos. Sentí una sacudida como la anterior que me había provocado Ravenna, pero de una intensidad mucho menor, y en esta ocasión no hubo dolor. —Increíble —dijo el rector después de un momento.

Entonces tuve que contarle también que Elníbal no era mi padre y revelarle lo que él me había dicho sobre mi verdadero origen.

—Es una historia similar a la de Palatina. Ella no tiene ningún talento mágico, pero lleva en su sangre un rastro de lo mismo que tú llevas en la tuya. Sospecho que o bien vuestros antepasados in mediatos provenían de un linaje de magos poderosos o vosotros mismos pertenecéis en parte a los Elementos.

—Sin embargo, sólo los emperadores de Thetia han contraído matrimonio con gente perteneciente a los Elementos —intervino Ravenna.

—Eso es lo que me preocupa. Existe en vuestra sangre una poderosa influencia del Agua, lo que apunta a esa idea. Por lo general, el talento mágico no es específico; uno puede aprender a trabajar con cualquier elemento si posee la suficiente habilidad.

—Tío, ¿podemos discutirlo en otra ocasión? —sugirió Ravenna—. Cathan ha sido casi quemado por la prueba y éste no es en verdad un ambiente muy saludable.

—¿Puedes caminar? —me preguntó.

Empezaba a recuperarme de mi agotamiento y, aunque todavía me sentía físicamente exhausto, me pareció que tendría fuerzas suficientes para incorporarme.

—Apóyate en mí —propuso Ravenna, y por segunda vez me ayudó a ponerme en pie. ¿Por qué era tan atenta conmigo? ¿Quizá porque ahora ella estaba en ventaja y yo no parecía en condiciones de enfrentarme a ella?

—Id a una de las habitaciones superiores —dijo Ukmadorian— o al aire libre, si lo creéis mejor. Os veré mañana antes del almuerzo. En la habitación de arriba nos topamos con Laeas, que tenía los ojos legañosos, pero, antes de que tuviésemos oportunidad de hablar, el asistente le hizo descender la escalera. Ahora que Ravenna no estaba allí para ayudar, sin duda deberían trabajar más de prisa. Pero ¿por qué había interrumpido ella sus tareas?

Nos sentamos en uno de los bancos del salón de la primera planta, que estaba brillantemente iluminado. A juzgar por los restos de envases dispersos por el suelo, allí era donde había estado guardado el vino.

—¿De verdad ignoras quiénes son tus padres, qué hacían, al menos dónde vivían?

—Así es. Todo cuanto sé es lo que os dije a ti y a Ukmadorian, lo que me contó mi padre.

—Debí adivinar que eras nativo del Archipiélago, quizá incluso thetiano. Si supieses qué es lo que buscas, podrías aclarar las cosas. —¿De dónde provienes tú? —le pregunté a Ravenna—. Tu color de piel es diferente al del resto de la gente del Archipiélago.

—No me está permitido revelar mi origen, son órdenes de Ukmadorian. Sin embargo dudo que provenga del mismo sitio que tú. No nací en ningún lugar en el que pueda haber estado Elníbal. —Pero eres del Archipiélago —deduje—, no eres del continente. —Qué perspicaz eres.

Se produjo un breve silencio.

—¿Seré entrenado como mago a partir de ahora? —le pregunté entonces.

—Sí —respondió—, conmigo.

—¿O sea, que seguiré siendo un banco de pruebas para tu agudeza de ingenio?

—¿No lo disfrutas? —preguntó sonriendo. Fue la primera sonrisa auténtica que vi en sus labios.

A la mañana siguiente no hubo práctica de espada y todos dormimos hasta varias horas después del amanecer, recuperando el sueño perdido durante el ejercicio en la selva. Por la tarde haríamos entre todos una evaluación de dicho ejercicio en el gran salón, seguida de más sesiones acerca del liderazgo de tropas, su organización y disposición en el terreno.

Pero antes Ravenna y yo debíamos reunirnos con Ukmadorian.

Cuando llegué a su luminoso y ventilado estudio, situado en el extremo del promontorio con vistas al mar, Ravenna ya se encontraba allí con su expresión habitual de pocos amigos, aunque al menos esta vez no me recibió con un insulto. Me pareció algo esperanzador. Me había quedado despierto un buen rato durante la noche meditando sobre su comportamiento de la noche anterior y todavía me era imposible comprenderlo. Por otra parte, pese a las burlas que ella me había hecho desde que nos habíamos conocido, ya no estaba seguro de seguir odiándola. Lo más frustrante de todo era que no podía tantearla por lo menos, analizar lo que pensaba de ella.

Ukmadorian estaba recostado en una silla acolchada, igual que la primera vez que lo había visto a bordo de la manta. Nunca antes había visitado su estudio y me sorprendieron varios detalles de su mobiliario: un escritorio, un par de sillas, algunas estanterías decoradas con pinturas y una mesa de bebidas. Las paredes estaban enteramente pintadas de color azul claro y unas pocas plantas adornaban un rincón. Debajo de la alta ventana, sobre una de las paredes, se abría enfrente del acantilado un pequeño balcón con algunas plantas. Al fondo resaltaba el impactante azul del océano.

—Buenos días, Cathan —dijo Ukmadorian—. Por favor, toma asiento.

Me senté en una de las sillas rígidas, con el escritorio entre nosotros. Ukmadorian era muy proclive a las formalidades e insistía siempre en que lo llamásemos «rector>.

—Después de lo sucedido anoche en la torre, es evidente que eres un mago de una especie nunca vista antes por nosotros. Tu talento depende del Agua, pero deberías aprender también a dominar los demás Elementos. Algunas personas pueden controlar más de uno. De hecho, Ravenna es un ejemplo concreto.

—Es decir, que puedo ser entrenado en la Sombra, el Viento, el Agua... ¿en cualquiera de ellos? —indagué.

La idea me confundía, sobre todo porque un mes antes ellos mismos me habían explicado que cada mago se debía sólo a uno de los Elementos.

—Puedes aprender a controlarlos todos, pero el Agua será siempre el más potente en ti. Sin embargo sería una pérdida de tiempo transferirte ahora a la Ciudadela de Agua. Con un talento como el que llevas en la sangre, deberías ser capaz de aprender por tu cuenta si te explican antes los principios de uno de los demás Elementos, la Sombra, por ejemplo.

Seguía resultándome difícil creer lo que me decía. Me parecía parte de una fantasía infantil, algo con lo que sin duda todos habían soñado en algún momento de su vida: ser repentinamente dotado de sorprendentes poderes. Pero ¿cómo sería en mi caso? ¿Cómo había encontrado Elníbal a alguien dotado de mis poderes en una oscura población de Tumarian? Si yo poseía magia en la sangre, ¿cuál había sido entonces el destino de mis verdaderos padres, fuesen cuales fuesen los extraños poderes con los que debían de contar? ¿Cómo podían haberme perdido?

—Cathan, ¿deseas ser entrenado como mago? —inquirió Ukmadorian.

Yo abrí la boca para hablar, pero él contuvo mi respuesta extendiendo la mano.

—Si lo deseas, entonces deberás convertirte en un miembro pleno de la orden y volverte devoto de la causa hereje. Ya no podrás suceder a Elníbal como conde de Lepidor. Un mago es demasiado valioso como para desperdiciar su capacidad en un rincón del mundo donde el Dominio no representa una verdadera amenaza.

Sentí una nueva conmoción. No imaginaba que volverme mago implicase semejante compromiso. Supongo, sin embargo, que tenía que haberlo pensado. Antes de entrenarme debían asegurarse mi lealtad.

—¿No me veré obligado a pasar todo mi tiempo en esta isla... o sí? —pregunté.

Me agradaba estar allí, pero la idea de pasar el resto de mis días, año tras año, en una isla tan pequeña y rodeado sólo de un reducido número de personas no me atraía en absoluto.

—No, si no lo deseas. No te estoy exigiendo que tomes una decisión apresurada, pero decidirlo depende de ti. Posees el potencial para ser uno de los magos más poderosos con los que jamás hayamos contado, del mismo modo que el thetiano es uno de los mejores líderes que he visto. Tendrás la oportunidad de luchar contra el Dominio con mayor grado de éxito que el que podrías obtener por tu cuenta. De otro modo, permanecerás aquí el resto del año y luego regresarás a casa como los demás, pero deberemos asegurarnos de que nunca utilices tus poderes contra nosotros.

Tomé conciencia de lo que implicaba la última frase y sentí escalofríos. No estaban ofreciéndome realmente la posibilidad de elegir. «únete a nosotros, o pierde tus poderes y regresa a casa.» Ése era el mensaje encubierto, aunque supongo que no debería sorprenderme dado el reducido número de sus tropas.

La cuestión era... ¿qué haría yo siendo mago? ¿Lo mismo que hacían Chlamas y sus compañeros cuando no estaban impartiendo lecciones en la isla? No me apetecía dar lecciones a nadie; deseaba recorrer el resto de Aquasilva y vivir mi vida con plenitud.

—¿Puedo meditarlo un poco?

—Sí, pero no tardes demasiado —dijo Ukmadorian—. Si vas a ser entrenado, será necesario comenzar tan pronto como sea posible. Puedes retirarte. Ravenna, por favor, quédate conmigo.

Dejó la habitación con la mente funcionando a toda marcha y fui en busca de Palatina, que se hallaba en la playa junto a Persea y Laeas.

—¡Cathan! —gritó saludándome con los brazos cuando distinguió mí figura a lo lejos—. ¿Dónde te metiste anoche? No te volvimos a ver

después de que acudiste a la torre.

—Me han preguntado si quiero o no entrenarme como mago —advertí con el rostro impasible—. ¿Puedo contar con vuestro consejo amistoso?

—¿Hablas en serio? —intervino Persea.

—Por supuesto. ¿Por qué no lo haría? Dicen que podría llegar a ser el mago más poderoso que se haya visto en décadas. —Mientes, te estás mofando de nosotros —comentó Palatina con desconfianza.

—¡En absoluto! La misma Ravenna dejó de ironizar pues teme tener que entrenarme.

Sólo entonces me creyeron. Persea me dio un fuerte abrazo y luego Laeas me propinó otra palmada en la espalda. Empezaba a acostumbrarme al expansivo entusiasmo de ese loco y corpulento joven del Archipiélago.

—¿Qué es lo que quieres consultarnos del entrenamiento? —interrogó Palatina una vez pasada la euforia inicial.

Repetí las palabras de Ukmadorian y las opciones que se abrían para mí futuro.

—¿Es muy grande tu deseo de convertirte en conde? —dijo Lacas.

—Me gustaría suceder a Elníbal —confesé—, aunque la sucesión no siempre es algo hereditario. Mi padre bien podría escoger a otra persona de la familia o del palacio. Sin embargo creo que lo decepcionaría si se viese obligado a eso, después de los años que pasó instruyéndome para que lo sucediese. Pero lo que origina mis dudas no es tanto eso como el panorama de pasar meses y meses instalado en esta isla, ya sea entrenándome o en cualquier otra función. Y no quisiera convertirme en otra marioneta de Ukmadorian ni del Consejo de los Elementos, destinado a servirles cuando les parezca conveniente. Me parece que los mejores magos están siempre a disposición y bajo la autoridad del Consejo, sin ninguna libertad de elección.

—El Consejo teme perder a los pocos magos capaces que posee —intervino Persea— y por eso toman precauciones y los protegen de cualquier peligro.

—Pues yo no deseo que me protejan —protesté.

—Ni lo desea Ravenna —prosiguió Persea—. Ella discute con Ukmadorian constantemente y, en más de una ocasión, ha tenido conflictos con el propio Consejo. Deduzco que por alguna razón ella lleva una vida bastante restringida y que pretende ganar libertades o incluso abandonar la isla. Sin embargo, ellos no están dispuestos a perderla y no le permitirán partir.

Nunca había visto a Ravenna en desacuerdo con Ukmadorian, ni había percibido ningún signo de tensión entre ellos. Siempre había pensado que era una puntillosa servidora del Consejo y de su «tío» (aunque ahora sabía que no existía tal parentesco), el rector.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Palatina.

—Soy algo así como una amiga suya. Ravenna no es como vosotros la veis desde fuera. Tiene el temperamento de un volcán y es muy apasionada. Pero no conoce ningún modo de escapar de las garras de Ukmadorian, pues es demasiado valiosa para el Consejo.

¿Ravenna? ¿Hablábamos Persea y yo de la misma persona? Me resultaba sorprendente. ¿Cómo podía Ravenna tener dos facetas tan distintas, una de las cuales yo ignoraba por completo? De cualquier modo, el hecho de que ella atravesara semejantes dificultades no constituía para mí ningún buen presagio.

—Cathan, ¿podría pedirte un favor, sin reservas? —dijo entonces Palatina.

—¿Qué favor, exactamente?

—Acepta el entrenamiento de mago. Aprende todo cuanto puedas, y más. Conviértete en el mago de la Sombra más poderoso que se haya conocido o lo que sea que te permitan a lo largo de este año. Yo me encargaré de que no te retengan aquí cuando culmine el plazo, y si fallo, me quedaré aquí contigo.

—¿Se lo dirás ahora? —preguntó Lacas, que estaba tendido en la arena y con una expresión satisfecha en el rostro.

—Podría hacerlo, no ocasionará ningún mal —afirmó Palatina, encogiéndose de hombros—. He estado reflexionando desde que nos mostraron todos esos libros. ¿Qué han hecho los herejes des de entonces?

Han asesinado a unos pocos exarcas, incluso a un primado, y se aseguran de que su gente recuerde todo esto. Alzó una mano, señalando a la Ciudadela, la isla y las banderas flameando en lo alto de los edificios—. Quizá incluso se las arreglen para influir en algunas personas aquí y allá, manteniendo a un cierto número de lunáticos fuera de circulación. Pero lo cierto es que no están creciendo en poder, no se están expandiendo, ¿verdad? Ukmadorian no nos dirá con exactitud cuántos herejes existen, pero no pienso que sean muy numerosos.

Palatina esbozó en la arena un mapa del mundo con el dedo índice.

—Nosotros estamos aquí, en algún punto del Archipiélago. Hundió el dedo varias veces en la arena para dar idea de un conjunto de islas y luego dibujó un anillo en el centro.

—Y aquí está Thetia —prosiguió—. En el Archipiélago la mayor parte de las personas son herejes. Algo así como un millón de personas, sumado a las de Qalathar. Thetia... ¿quién sabe? Si hay que creer a Ukmadorian, allí están todos locos. Luego tenemos el resto del mundo: Equatoria, Huasa, Nueva Hyperia, Océanus. Aproximadamente nueve millones de personas. ¿Y cuántos herejes hay entre ellos? Unas decenas de miles quizá, no muchos más.

Palatina volvió a sentarse y nos miró uno por uno. Luego continuó:

—¿Adónde nos conduciría entonces asesinar a todos los líderes del Dominio? A nadie le importaría, quizá incluso quedasen sorprendidos. Y luego los inquisidores se apresurarían a tomar medidas y quemarían a unas cuantas personas. La mayor parte del mundo no conoce a ninguno de los demás dioses. ¿Cómo se supone que vamos a convertirla?, ¿mostrándoles el pequeño truco teatral de Chlamas? No me parece demasiado útil.

En la voz de Palatina había una nota de desdén. Tras una breve pausa, Laeas la interrumpió:

—Palatina, lo que has dicho es cierto y es la explicación exacta de por qué no podemos vencer. Eso explica el gran poder del Dominio.

—¿Por qué puede permitirse el Dominio lanzar esas cruzadas para aniquilar a la gente que le disgusta?

—Porque utiliza a los haletitas y a tropas pertenecientes a los enemigos de sus víctimas —añadió Persea.

—Sí, porque todos los demás están siempre combatiendo entre sí. —Golpeó el puño contra la arena—. Los haletitas luchan contra los thanetanos. Cambress lucha contra Mons Ferranis. Taneth se enfrenta a Cambress y ayuda a los habitantes de Mons Ferranis. Océanus se sienta en el norte y se pone de mal humor. Los thetianos pasan todo el tiempo en la cama con las esposas de los demás y, en lo que respecta al Archipiélago: «Mirad, aquí está el cofre del tesoro».

Contagiados de su magnetismo, no dijimos nada, esperando que aclarase la idea. Palatina era una brillante oradora, tanto si intentaba convencernos de que sus opiniones eran las correctas como si contaba una broma durante la comida.

—¿Qué sucedería entonces si todos estos pueblos se uniesen? En dicho caso, ninguno podría colaborar con el Dominio en contra de sus propios vecinos, ya que cualquiera que estuviese en el mando lo impediría. No podemos tener esperanzas de aliarnos con los haletitas, ya que ellos piensan que son un don de Dios en Aquasilva. Pero, por lo que respecta a los demás, sería posible controlar los mares. De otro modo, ni siquiera Lachazzar con su brigada desunida podría viajar.

—El Dominio aplastaría a cualquier Estado o líder que amenazase con volverse demasiado poderoso —advirtió Lacas—. En eso consistió la cuarta cruzada.

—Y además, ¿cómo podrían unirse todos los demás pueblos? —objeté.

—Los haletitas —explicó Palatina cambiando de posición para sentarse de piernas cruzadas en la arena (nunca se quedaba quieta, incluso cuando no estaba moviéndose sus manos siempre jugueteaban con algo)—. Pronto el Dominio será incapaz de controlar a los haletitas. Han conquistado todo cuanto han podido y, ahora que Eshar está de regreso, su rey aspirará a más. ¿Y a qué otro sitio puede dirigirse sino a Taneth? No hay otro lugar donde pueda aprovisionarse de mantas.

Se inclinó hacia adelante e hizo un hoyo en la arena en medio del garabato que representaba a Equatoria.

—¿Crees que atacarán Taneth? —inquirió Lacas.

—¿Qué te parece? —respondió Palatina—. ¿Adónde más podrían ir? Atacará con Eshar, con unos cientos de miles de hombres, y... ¡listo! Será el fin de Taneth. —Palatina rellenó de arena el hoyo que acababa de hacer—. El Dominio no desea que eso ocurra, por cierto, pero ¿qué puede hacer para evitarlo?

Todos nos encogimos de hombros.

—Los haletitas tienen todas las tropas —continuó—, de manera que lo único que puede hacer el Dominio es intentar retrasar su ataque. Si decidiese ayudar a los thanetanos, los haletitas ya no le tendrían ningún respeto. Una vez caída Taneth, todos comprenderán que pueden ser igualmente invadidos y, por lo tanto, todos le declararán la guerra a Haleth.

—Pero para que tu plan funcione deberíamos dar por sentada la caída de Taneth —advirtió Persea, horrorizada—. Tu propia ciudad... ¿y estás dispuesta a verla rendida?

—Se trata sólo de una teoría y, por otra parte, yo no nací en Taneth, y Hamílcar siempre ha dicho lo mismo —afirmó lanzándole a Persea una mirada desafiante—. ¿Cómo podríamos detenerlos? El Consejo de los Diez controla la ciudad y está integrado por comerciantes gordos que no se preocupan por nada más que por su propia cartera —dijo con vehemencia —.Yo no soy noble, así que ignoro qué podría hacer para detenerlos. El propio Hamílcar lo intentó y no llegó a ninguna parte. No, eso no sirve.

—¿Por qué no intentamos asumir el control de Haleth? —preguntó Laeas inesperadamente—. Es un único Estado y tiene capacidad para destruir al Dominio de un solo golpe.

—Es algo que he meditado, pero luego me percato de cuánto odian a los extranjeros. Además, son el enemigo. Incluso si los utilizásemos, todos los exarcas que sobrevivan declararán una cruza da y tendrá lugar una nueva guerra. Y con ella morirá mucha más gente y los haletitas serán derrotados... ¿y dónde quedaremos situados nosotros? Otra vez en el punto inicial.

Había algo determinante en la voz de Palatina; no había duda de que eso le parecía fuera de discusión.

—Creo que comprendo tu plan —intervino Persea— y en principio estoy de acuerdo. Pero ¿contaremos con el apoyo de todos los demás? Todos los reyes desconfían entre sí, no existe ya ningún faraón y el emperador de Thetia es un megalómano violento que disfruta con el sufrimiento humano. Nadie en su sano juicio lo seguiría. —He pensado también en eso. Es complicado y demasiado extenso como para explicarlo en este momento. —Palatina sonrió—. De hecho, aún no me he decidido, pero lo haré pronto.

Se puso las manos en la falda y me miró. —Entonces, Cathan, ¿empezarás el entrenamiento?

Recorrí mentalmente todo lo que había propuesto Palatina y evalué las alternativas. Pese a lo rebuscado de su exposición, confié en ella, y confié en que, eventualmente, habría alguna posibilidad de tener éxito. Sus planes siempre parecían funcionar; el de la noche anterior había sido inusual y, aun así, había dado resultado. ¿Acaso deseaba yo defraudarla a ella y a los demás y pasar el resto de mi vida en Lepidor? Hasta mi llegada aquí no imaginaba otro futuro que ése. Pero ahora se me habrían nuevas oportunidades, otras cosas que podía llevar a cabo, y mi vida ya no parecía correr por su antiguo camino. Lo único que me preocupaba era mi padre, que había empeñado tanto esfuerzo para convertirme en un digno sucesor suyo. Tampoco quería defraudarlo... Pero Palatina me había prometido ayudarme a salir de aquí y ya me preocuparía por el futuro dentro de unos once meses.

—Lo haré —afirmé.

—Entonces te prometo que podrás ir a donde te plazca cuando partamos de aquí. Laeas, Persea, sois testigos de mi juramento. —Somos testigos —dijeron los dos al unísono.

—Iré a hablar con Ukmadorian esta misma tarde —expliqué—. No ahora, porque resultaría sospechosamente precipitado.

—Deberías conocer mejor a Ravenna —me recomendó Persea—. Ella no te odia y necesita contar con un aliado. Chlamas es del Archipiélago, así que adora estar aquí. Está obsesionado con acceder al Consejo y el otro mago está avanzando poco a poco. Ella puede ayudarte.

—No la insulté por ningún motivo en particular el día que la conocí —protesté, con la sensación de que Persea me culpaba por la ligera enemistad.

—Espero que comprendas algún día que ella tiene sus motivos para hacer todo eso, Cathan.

El sonido de la campana en la cima del acantilado, indicando que el almuerzo estaba listo, interrumpió cualquier posible discusión.

—¿Hacemos una carrera de regreso a la Ciudadela? —propuso Lacas—. ¡Vamos! —gritó, y se nos adelantó a todos. Cuando los otros tres conseguimos alcanzarlo en la cima, estaba descansando recostado en el césped, con expresión de llevar años esperando allí.

Más tarde, tras las conclusiones sobre el ejercicio de batalla del día anterior, me dirigí otra vez al estudio de Ukmadorian.

—Adelante —dijo cuando golpeé la puerta—. Hola, Cathan. No has tardado en decidirte.

—¿Hasta qué punto podía elegir? —le pregunté. Era la única respuesta que se me ocurría para encarar la velada amenaza que me había hecho esa mañana. Luego, de modo más formal, agregué. Deseo ser entrenado como mago.

—Excelente —anunció con una amplia sonrisa y, me pareció, con inmensa satisfacción—. ¿Mago de la Sombra?

Me hubiese encantado sopesar su engreimiento diciéndole que prefería unirme a mi elemento natural, el Agua. Pero era algo que verdaderamente no había considerado con seriedad. Aquí tenía amigos y conocía el lugar. No quería abandonarlo para ir a un sitio extraño y mucho más grande.

—Tomarás lecciones con Ravenna cada madrugada, cuando los demás estén durmiendo. Te resultará agotador al principio, pero al cabo de unos cuantos días descubrirás que los magos de la Sombra necesitan dormir muy poco.

Se le veía realmente feliz y amistoso de nuevo. Todo rastro de la presión a la que me había sometido se desvanecía. Con todo, no me resultaría tan sencillo olvidarlo y, mucho menos, todo lo que Persea me había contado sobre el modo en que oprimían a Ravenna.

—¿Cuánto tiempo lleva el entrenamiento de un mago? —pregunté intentando que mi voz denotase un entusiasmo similar al suyo—. O más bien, ¿cómo funciona la magia?

—En esencia, entrenarás la mente para hacer uso de su poder a fin de influir en las cosas que te rodean. La mayor parte de los hechizos dependen de la Sombra, aunque hay algunos que pueden ejecutar los magos de todos los Elementos. Naturalmente, la magia de la Sombra es limitada durante el día y mucho más poderosa durante la noche, no como las demás, que funcionan por igual en la luz o en la oscuridad.

—¿Y cuánto tiempo lleva?

—En unas pocas semanas habrás aprendido cómo hacerlo y luego deberás estar años perfeccionando tus habilidades y aprendiendo los métodos para dominar las aptitudes más intrincadas, para ello deberemos enseñarte a pensar de un modo diferente. Y, sobre todo, ganarás experiencia utilizando tus poderes. Durante este primer año, mientras tus amigos permanezcan aquí, irás conociendo todas las técnicas, pero cuando acabe dicho plazo aún no tendrás experiencia suficiente ni podrás regular ni manipular tus poderes del modo adecuado. Dado que utilizas tu mente a modo de canal, existen restricciones sobre la cantidad de información que puedes asimilar. Cuanto más poderosas sean tus técnicas, más te costará asimilarlas sin que el proceso te deje exhausto.

—¿A eso se debió el cansancio que sentí tras la prueba de la otra noche?

Ukmadorian asintió.

—Ravenna tenía que comprobar tus dotes como canalizador y por eso lanzó una enorme cantidad de fuerza a través de ti desde la piedra del suelo, que es una especie de artilugio mágico. Si no poseyeses dotes mágicas, su fuerza te habría atravesado y luego hubiese retornado a ella y a la piedra. Pero tú canalizaste instintivamente su fuerza y, como no estás habituado a manipularla, sufriste un colapso. Hablaremos más de esto mañana por la tarde. Ahora necesitas descansar y recuperarte de la noche anterior.

Me había dicho que me retirase y me volví para abandonar el estudio. Descubrí que estaba ansioso por probar mis dotes mágicas. Quizá fuese la promesa de poseer tanto poder en la yema de mis dedos o el hecho de que,

quienquiera que yo fuese en realidad, podía convertirme, en el aspecto físico, en una de las personas más poderosas de Aquasilva. Quizá no tanto como Carausius, muerto tanto tiempo atrás, cuyos poderes habían sido extraordinarios, pero aun así un mago poderoso. Y si funcionaba la primera fase del misterioso plan de Palatina, sería capaz de decidir mi propio destino. No permanecería confinado en esta isla siguiendo las órdenes del Consejo de los Elementos, sino que recorrería toda Aquasilva ayudando a desarrollar la estrategia que acabase con el poder del Dominio de una vez por todas.

Apenas había llegado al final de un pasillo y me enfrentaba a otro cuando apareció Ravenna, literalmente entre las sombras. —¡Sígueme! —me dijo, y fui detrás de ella a lo largo del corredor. Cruzamos la antesala principal de la Ciudadela y descendimos hacia los muelles del puerto desierto.

—¿Has aceptado? —me preguntó nada más apoyarme, casi sin aire y otra vez confuso, sobre la oscura piedra del muelle.

—Sí, acepté —respondí.

—¡Sien! —Una ligera sonrisa iluminó la seriedad de su rostro—. Cathan, eres un salvador. ¿Te dijo alguien lo que siento hacia ese viejo chivo y su Consejo de obedientes ovejas?

Otra vez su tono denotaba desprecio hacia ellos, todo rastro de la deferencia mostrada con anterioridad había desaparecido. Por primera vez oí su <<verdadera» voz y no el tono apagado y entrecortado que solía emplear.

—Persea me ha hablado de ello y me alegra que me lo menciones.

—¡Perfecto! Eso es mejor que lo que ellos merecen. No son capaces de administrar un templo, mucho menos una herejía. No te extrañe que todavía no hayamos vencido. Ahora escucha. Pasaremos varias semanas juntos aprendiendo los rudimentos de la magia, ya que hasta ahora Ukmadorian no me ha explicado casi nada. Chlamas y Jashua. Jashua era el mago más anciano— estarán instruyéndonos todo el tiempo. Chlamas informa de todo directamente a Ukmadorian y al Consejo; es un hombre inofensivo y bastante agradable. En algunas ocasiones nos dará lecciones el jefe chivo en

persona, pero más adelante deberemos hacer las cosas por nuestra cuenta, ya que no es demasiado lo que puede enseñarse verdaderamente.

Hizo una pausa, al parecer insegura sobre cómo continuar. —Escucha —advirtió—, disculpa si hiero tus sentimientos con estos comentarios. En realidad todavía no sé si me caes bien o no, pero eso no importa. Ninguno de nosotros dos desea permanecer aquí, así que nos conviene estar unidos. Intentaré no ser tan áspera de aquí en adelante, pero ellos no deben en ningún momento sospechar que estamos cooperando, así que debemos dejar que piensen que todo sigue igual. No sé si me tienes afecto, pero... ¿me ayudarás?

—Te ayudaré —afirmé tras un corto silencio, aún un poco confundido.

—Intenta olvidar todo lo que hemos hablado, haz tus planes con los demás y, hacia el final de este año, escaparemos de sus garras. —De acuerdo.

Ravenna se alejó a toda velocidad rumbo a la Ciudadela. Me pregunté si sería capaz de soportar sus ácidos comentarios durante todo un año, pero estaba intrigado por sus palabras y en ningún momento se me pasó por la cabeza romper nuestro acuerdo. Regresé bordeando la playa, indagando por qué, ahora que todos me habían explicado lo que estaba sucediendo, el panorama seguía pareciéndome tan transparente como el lodo.

OceanofPDF.com

CAPITULO XIV

Avancé con sigilo por el pasillo, con la ballesta oculta bajo mi manto, envuelto en una nube de sombra. Unos metros delante de mí estaban los magos centinelas custodiando la puerta de la sala donde mi blanco participaba en una conferencia. Sin embargo, no estaba en mis planes entrar por la puerta. Ahora que sabía en qué sala se hallaba, volví sobre mis pasos por el pasillo en dirección al patio, que estaba tan desierto como las demás salas contiguas. Con anterioridad había forzado la cerradura de una de ellas y ahora abrí la puerta y me deslicé dentro. Era un dormitorio desocupado o algo parecido.

La amplia ventana situada en la pared más lejana estaba cerrada, pero en la oscuridad podía ver con claridad el postigo y la abrí. A través de ésta veía un negro sector de cielo punteado de estrellas y coloreado por el polvo intergaláctico. Era una noche sin luna y por eso me había arriesgado a actuar en ese momento: la huida me resultaría mucho más sencilla.

Más allá de la ventana, el acantilado caía recto hasta el mar, que en ese sector presentaba un lecho de filosas rocas, un destino letal para cualquiera que tuviese la desgracia de caer.

Desenrollé la cuerda y sujeté la abrazadera de un extremo al alféizar de la ventana. A continuación me puse los guantes negros, revisé mi equipamiento y salté al alféizar, procurando mantener el equilibrio. Retorcí la cuerda alrededor de mis manos, me senté con las piernas colgando y,

entonces, cuidando de mantener bien aferrada la cuerda, me moví hasta quedar colgado de la ventana, así

— do a la cuerda. Logré contener los nervios mientras me balanceaba sobre el mar asesino y, con absoluta calma, emprendí la misión que me correspondía. Volvía a alegrarme de que el entrenamiento especial que Ukmadorian había brindado a la pequeña élite que conformábamos fuese el más ágil y el más calmado. Buena parte de éste había sido poco agradable, en especial el entrenamiento para la huida, pero los últimos días habían valido la pena.

Descendí aferrado a la cuerda hasta que mis pies tocaron la delgada cornisa que separaba la base del muro del borde del acantilado. Entonces, aún sostenido por la soga, extraje de un morral que llevaba en la cintura dos almohadillas cubiertas de resina que deslicé sobre mis guantes.

La resina resultaba ser un pegamento altamente resistente y de secado muy rápido, y me permitió asirme a los muros a medida que caminaba por la cornisa, pero debía hacerlo de prisa. No sólo porque los guantes podían quedar pegados a la pared si los apoyaba demasiado tiempo, sino porque la propia resina podía secarse y perder su efecto.

Coloqué una mano a la izquierda del muro, sintiendo la acción de la almohadilla, y luego moví los pies y el otro brazo, desplazándome a la manera de un cangrejo. Me encontraba bajo el nivel de las ventanas y por eso las lámparas encendidas en las diversas habitaciones no alcanzaban a iluminarme. Además, como todo estaba oscuro, no había manera de ser divisado por el único y aburrido centinela que custodiaba el balcón, no hasta que fuese para él demasiado tarde.

A medida que me aproximaba a mi blanco, notaba cómo la resina comenzaba a secarse y apresuraba el paso tanto como me atrevía a hacerlo.

Escuché un paso arriba, hacia la izquierda, y me quedé congelado por el pánico. Pero al sonido no le siguió ninguna voz de alarma, ninguna flecha, y unos instantes más tarde alcé la mirada. El centinela se había sentado dando la espalda a la casa, de cara al mar. Eso era lo que podía ver a través de la barandilla del balcón. Ahora venía la parte más delicada de la operación: atravesar la barandilla de madera sin ser percibido por el

centinela. Por fortuna, había traído conmigo una cerbatana y en mi bolsa tenia un puñado de dardos soporíferos, siempre útiles. Fue cuestión de apenas un momento cogerlos, introducir uno de los pequeños dardos en la cerbatana, soplar y clavárselo al centinela en uno de sus brazos desnudos.

El centinela se dio una repentina palmada en el sitio donde le había dado y, en ese movimiento, sin darse cuenta, se deshizo del dardo.

—Malditos bichos —murmuró.

Permanecí en mi sitio, cada vez más ansioso ante la progresiva sequedad de la resina, hasta que la cabeza del centinela se desplomó hacia un costado y él entró en un sueño profundo. No sería consciente de lo que pasaba en este mundo durante varias horas más.

Cuando quise moverme descubrí que la resina se había endurecido y los guantes estaban pegados al muro. Conteniendo la respiración, me los quité de las manos y, en el proceso, solté por un breve instante la soga. Sólo aferrándome a la barandilla con desesperación logré evitar la caída.

Después de eso, no me llevó más que un minuto trepar el balcón y atravesar la puerta contigua, que estaba abierta para dejar correr el aire. Eché una cauta mirada a través del hueco (incluso aquí, los guardias magos podrían haber detectado mi uso de la visión nocturna).

Había seis o siete personas alrededor de la mesa, algunos de espaldas a mí, otro de frente. Todos estudiaban minuciosamente algo dispuesto sobre la mesa. Debí mirar dos veces antes de identificar mi blanco.

Entonces, con tanto sigilo como pude, desaté la soga de mi cintura, me la quité y cogí mi ballesta, que llevaba colgando del cinturón. Introduje una flecha fabricada con hojas compactadas: la réplica no letal más veraz de las flechas auténticas.

Me apoyé en un lado de la puerta, apunté y disparé.

Durante el fugaz lapso en el cual me puse de pie, contemplé la flecha dar en el blanco y gocé de la expresión de sorpresa en el rostro de los demás. Entonces la conmoción invadió la sala. Yo me abalancé hacia la barandilla, trepé a su borde superior y, en el instante en que el más veloz de los guardias abría la puerta, me lancé al mar saltando tan lejos del acantilado como pude.

El agua estaba cálida pero oscura y, en el momento en que toqué su superficie, adopté un ángulo que no me permitiese tocar el fondo. Aterricé lejos de las rocas, pero en esa zona sólo había unos seis metros de profundidad. Como había dejado atrás la ballesta, la ropa y los demás objetos, nadé a toda prisa alejándome de la Ciudadela y fui bordeando la costa hasta llegar al final de la playa. Estaba capacitado para respirar bajo el agua, era algo que siempre había podido hacer, igual que Palatina, lo que no me sorprendió en absoluto.

—Conque estás aquí —dijo Ghanthi cuando salí a la superficie—. Apúrate, están completamente desenfrenados. ¿Has dado en el blanco?

—¡Sí!

Mientras corríamos por la selva en dirección al campamento de Palatina, Ghanthi exhibía una amplia sonrisa. La victoria era casi segura.

—¡Bien hecho! ¡Todos vosotros! —nos felicitaba Ukmadorian.

El gran salón estaba lleno, albergaba a todos los novicios de la orden de la Sombra y a numerosos funcionarios y servidores de la Ciudadela, que miraban desde los lados. En la fila principal de asientos estaba el comando de la Sombra, cuyos integrantes irradiaban una inmensa satisfacción: Palatina, Mikas, Laeas, Ravenna, Ghanthi, Darius, Uzakiah, Telelea, Kuamo, Moastra, Jiudan y yo. Por primera vez en tres años, una de las órdenes había vencido en cada uno de los ejercicios individuales de la «guerra» entre los novicios de las órdenes herejes. Habíamos derrotado a la Tierra, al Viento y, en la última batalla, al Agua.

Jamás había disfrutado tanto de una experiencia. Pero ahora el Agua, acabada la ocupación de la Ciudadela, había regresado a su propia isla, y todos recibimos las felicitaciones por igual.

Ukmadorian nos permitió retirarnos y salimos al sol de la tarde; el último gran evento de nuestra estancia en la Ciudadela había concluido. Nos quedaban apenas diez días antes del momento de la partida, que sucedería a la ceremonia en la que se nos confirmaría como miembros de la orden de la Sombra. Nuestro noviciado estaba a punto de finalizar. Entonces abordaríamos el *Estrella Sombría* para realizar la extensa travesía hasta

nuestros hogares, siendo no ya inexpertos adolescentes sino herejes perfectamente entrenados y adoctrinados.

Con un poco de suerte, esa partida nos incluiría a Ravenna y a mí.

—¿Alguien me acompaña a hacer una caminata? —preguntó Palatina —. Vayamos hasta la segunda playa.

Laeas, Mikas y Ghanthi estuvieron de acuerdo y caminamos bordeando la selva hasta la playa situada más allá del bloque central de la isla, donde había poca gente y podríamos conversar sin que nadie más nos escuchase. Mikas era un firme seguidor de la causa de Palatina y lo era desde la primera y brillante victoria sobre la orden de la Tierra, unas cinco semanas atrás. Tenía conocimiento del plan de Palatina, aunque no con la misma profundidad que yo. Palatina lo trataba como a un igual, pese al hecho de que ella era sin lugar a duda mejor líder que Mikas. Pero lo cierto es que durante los ejercicios Palatina nunca había tratado a nadie de inferior, sino sólo de subordinados.

—Algo que nos ha enseñado Cathan es qué vulnerables podemos ser al asesinato —dijo Mikas—. Tras matar a los líderes de la Tierra en su totalidad, el comando del Agua poseía más guardias

que el propio primado. Pero Cathan lo eliminó y la victoria fue nuestra.

—Fue un disparo agónico —le recordé.

Desde el momento en que acabó la operación, descubrí un millar de detalles que podrían haber fallado, pero que, por milagro, se habían coordinado hasta darnos la victoria, un millar de cosas que

debían ser corregidas si pretendíamos llevar a cabo otra acción semejante.

—Pese a eso lo lograste —subrayó Mikas—.Y el Dominio tendrá una reserva infinita de asesinos.

—De ningún modo infinita —intervino Lacas—. Muchos con la intención de serlo, pero pocos lo bastante buenos.

—Pocos y muchos son términos relativos cuando nos referimos al Dominio.

—Envía a un ladrón a capturar a otro ladrón —añadió Ghanthi sonriendo—. Cuando el Dominio esté lo bastante preocupado para notar

nuestra existencia, Cathan tendrá a su cargo todo un ejército de magos asesinos.

—¿No estás siendo demasiado optimista? Apenas hay magos suficientes para organizar con ellos un almuerzo, así que difícilmente podríamos constituir un cuerpo de asesinos. Además, no es mi deseo convertirme en asesino.

—No me dirás que no lo has disfrutado.

—Lo he disfrutado, pero no creo que hubiese sentido lo mismo si el asesinato y la huida hubiesen sido auténticos.

—Piensa en la cruzada —dijo Laeas.

«Piensa en la cruzada.» Tenía razón: si me imaginaba asesinando a los líderes del Dominio para vengar la cruzada, mi mente se aclararía y las misiones se volverían para mí mucho más sencillas.

—Además, contar con un mago es de por sí una gran ayuda —advirtió Ghanthi—. Contando con dos tendremos el mundo casi a nuestros pies... con vuestra colaboración.

Tenía la sensación de que estaba siendo sarcástico, pero no respondí a su comentario.

—Siempre y cuando los magos consigan ayudarse mutuamente durante un tiempo mínimo —dije, recordando las frecuentes discusiones que habíamos protagonizado Ravenna y yo a lo largo del año.

—¿Tú y Ravenna? —preguntó Palatina con incredulidad—. No es preciso que finjas con nosotros.

—¿Qué quieres decir? —pregunté mientras empezábamos a escalar la cresta que separaba ambas playas.

—¡Vamos! Es evidente que pasáis más tiempo ejercitando vuestros poderes mágicos que utilizando vuestros cerebros. ¿O me dirás que no sabes lo mucho que disfrutas de su compañía?

—¿Que yo disfruto de su compañía? —interrumpí—. Discuto con ella casi cada vez que la veo.

—Mira, al menos admitirás que te gusta discutir con ella. —¿Estás segura? —le preguntó Ghanthi, confundido. Al parecer él estaba más en su sano juicio.

Persea y yo nos habíamos distanciado unas pocas semanas atrás, y Palatina había estado presente cuando ella nos habló de la doble faceta de Ravenna. Con todo, yo nunca había intimado demasiado con ella, ni había sentido algo más que el odio que nubló nuestra llegada a la isla. Luego se habían sucedido violentos desacuerdos cuando debimos evaluar los méritos de las enseñanzas de Ukmadorian.

—¿No es Ravenna un poco fría? —inquirió Lacas—. Quiero decir, cuando no está de mal humor.

Comprendí que Palatina les había contado todo y abrí la boca para decir algo que, sin embargo, no llegué a pronunciar. Habíamos llegado a la cima y ahora caminábamos por el estrecho sendero que corría junto al borde del acantilado, de cara a la playa. Laeas iba delante, seguido por Palatina y Mikas, y finalmente por Ghanthi y por mí. Palatina debió de tropezar entonces con una mata de hierba, pues perdió el equilibrio.

La vi tambalearse y caer, rodando peligrosamente en dirección al precipicio. Mi capacidad visual, aumentada tanto durante el día como durante la noche por el poder de la Sombra, hizo que me percatase antes que los demás de que Palatina se iba a caer. Pero ni siquiera mis reflejos fueron suficientemente rápidos. Avancé con lo que me pareció una penosa lentitud, intentando desesperadamente cogerla con las manos y gritándole a Mikas que se diese prisa. Pero era demasiado tarde.

Palatina rodó hasta el borde del acantilado, cayó y dio un estrepitoso golpe contra la arena unos seis metros más abajo.

—¡Oh, Althana, no! —exclamó Mikas asomándose.

Laeas se volvió sólo un segundo antes, a tiempo para ver la caída, y se quedó paralizado de terror.

Los exhorté a ambos a avanzar, intentando que en la confusión no cayera ninguno de los dos, y corrimos por el sendero del borde del acantilado hasta que quedaron unos metros hasta la are na. Entonces salté y corrí tan velozmente como pude. Cuando llegué al cuerpo inerte de Palatina, Mikas y Lacas aún no habían abandonado el sendero.

Palatina yacía lánguidamente sobre la espalda, con los sorprendidos ojos abiertos hacia el cielo. La arena había atenuado un poco el impacto y

todavía respiraba. Agradecí al poder divino que aún estuviese viva y llamé a Ghanthi, que era el corredor más veloz de todos nosotros.

—¡Ve por ayuda —clamé—, trae un médico!

Ghanthi se detuvo donde estaba y empezó a correr en dirección opuesta en el mismo momento en que los demás llegaban a mi lado.

—Aún está con vida —dijo Mikas.

—Voy a examinarla —advertí—. No creo que haya tiempo suficiente para esperar.

Todos habíamos hecho prácticas de primeros auxilios, pero no me proponía utilizar esas enseñanzas. Cogí una mano de Palatina, cerré los ojos y vacié la mente de todo pensamiento ajeno a la situación. Me había llevado semanas y semanas de ejercicios lograrlo e incluso en ese momento no me resultó sencillo.

Entonces, del mismo modo que lo había hecho Ukmadorian, envié mi conciencia a través del lazo que nos unía, llenando su cuerpo de magia que no tenía salida. Eso me permitió «examinar la» de otra forma. Estudié el estado de su esqueleto, que podía ver en su cuerpo como un contorno plateado flotando en la profunda oscuridad de mi mente. No tenía roto ningún hueso, gracias a Thetis, y sentí una sensación de alivio mental al tiempo que evaluaba cuál podía ser el problema. Quizá se hubiese roto el cuello, pero no logré detectar fracturas en ningún punto.

Pasé a otro estrato de observación, examinando sus tejidos y sangre, y por primera vez observé lo que me habían indicado Ukmadorian y Ravenna: el elemento peculiar, el residuo mágico en su cuerpo proveniente de generaciones de ancestros magos. Los músculos de su espalda se habían dañado con el impacto, pero tampoco parecía haber lesiones demasiado graves. ¿De qué estaba hecha Palatina? No había enfermado ni una sola vez a lo largo del año (casi todos sufrimos eventualmente de uno u otro mal) y ahora había salido casi ilesa tras desplomarse desde el acantilado.

Me sumergí en un estrato más profundo, en su campo mental, un campo donde sólo los magos de la mente eran capaces de influir. Me era posible explorarlo, pero no intervenir de ningún modo. El campo mental no poseía una forma definida, apenas un ser que abarcaba la totalidad de un espacio

indefinible. Entrar en su campo era, además de peligroso, una afrenta contra su intimidad. Sin embargo, de algún modo tenía que comprobar si había sido dañado.

Hallé algo que no debería haber estado allí, algo así como un muro que dividía su mente. Pero como estaba allí pude sentir que el muro se había debilitado en gran medida y que rastros de su memoria podían deslizarse a través de él.

Existía otro campo más allá de la mente, el campo del alma, pero en ese sitio nadie podía entrar, ni tenía derecho a hacerlo. Inicié el regreso por todos los estratos hasta que volví a estar internamente solo. Entonces abrí la barrera que contenía mi propia mente y permití que volviera a fluir. Mis ojos se abrieron y me vi impelido ligeramente hacia adelante cuando le solté la mano. —¡Cathan!

Oí la voz de Lacas, que sentí como si proviniese de muy lejos. Me incorporé y contemplé con detenimiento el estado inconsciente de Palatina.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Mikas, preocupado y asustado, con el rostro como siempre inescrutable.

—Se encuentra bien —comenté—. Es increíble.

Ambos dieron grandes muestras de alivio y me senté, apoyando la espalda en una roca, a esperar a los médicos que la transportarían a la Ciudadela.

Mikas, Lacas y yo permanecimos junto al lecho de Palatina en la estrecha habitación de la enfermería hasta que recobró el conocimiento. Ghanthi esperaba afuera, intentando calmar a todos los demás y espiando el rostro de Palatina a intervalos regulares. Pero no dejó pasar a nadie más, con excepción de Ravenna, que fue a ver a Palatina en dos ocasiones. En los últimos días se la veía agotada, desgastada.

Era pasada la medianoche y ya nos habían servido la cena cuando Palatina recuperó la conciencia. Sus ojos se abrieron y nos observó con expresión extraña, pero al cabo de unos minutos fue capaz de hablar.

—Orosius —dijo ella débilmente.

Nos miramos, alarmados. Estaba seguro de que no sufría una nueva pérdida de memoria, pues no había señales de tener nada dañado. ¿Qué era

entonces ese nombre?

—Somos nosotros, Palatina —le informó Lacas—. Cathan, Mikas yo.

Palatina giró la cabeza para observarme.

—Eres tan parecido a él —advirtió—. Tan parecido... que me pregunto cómo no lo noté antes.

¿De qué estaba hablando? ¿Acaso creía que el emperador estaba presente? ¿O conocía a otro Orosius?

—Palatina, ¿dónde estás? —preguntó Mikas. —En la Ciudadela, pero ¿en qué Ciudadela?

Hizo fuerza para sentarse, apoyándose en los codos, y negó con la cabeza. Aún parecía muy confundida.

—La Ciudadela de la Sombra, Palatina —Intervine—. ¿Qué otra Ciudadela podría ser?

—Nací en la Ciudadela, mi madre vive allí.

Mikas iba a buscar un enfermero a toda prisa, pero Palatina lanzó una orden con voz débil y él detuvo la marcha.

—¡Quédate! ¡No he enloquecido! —dijo con un leve tono de protesta.

—Entonces ¿de qué estás hablando?

—Es lo que puedo recordar, con la misma claridad con la que os veo a vosotros tres: Cathan a mi izquierda, Laeas a mi derecha y Mikas junto a la puerta.

—¿Quiénes son tus padres? —pregunté ansiando una respuesta. —Mi padre era Rheinhardt Canteni, presidente del clan Canten¡. Mi madre es... —Hizo una pausa y se llevó una mano a la cabeza—: Neptunia Tar' Conantur, hermana del antiguo emperador Perseus. Nací el decimoquinto día de verano del año 2752 en el palacio imperial de Selerian Alastre.

A ver si comprendo lo que me dices —reflexionó Ravenna—. Palatina asegura ser la líder de la república de Thetia que fue asesinada el año pasado.

Estábamos en una de las habitaciones desocupadas por las que había pasado dos noches antes. Ravenna me había abordado no bien dejé la habitación de Palatina para descansar un poco. El ambiente estaba oscuro

pero podía distinguir a Ravenna con claridad en sombras grises, como a través de un filtro.

—El mago mental ha hecho otra exploración de su mente —le dije— y está convencido de que dice la verdad.

—Sigue existiendo el pequeño inconveniente de que Palatina Canten¡ fue enterrada con todos los honores hace dieciocho meses. Ukmadorian ha hecho algunas discretas pesquisas en la Ciudadela del Agua y al parecer el cuerpo que enterraron era sin duda el de Palatina Canteni.

No había thetianos en la Ciudadela de la Sombra; aún odiaban demasiado a Tuonetar.

—¿Tan coherente es el discurso de Palatina? —indagó Ravenna. —No mucho. Recuerda quién era y algunos detalles dispersos. No ha perdido la memoria reciente.

—¿No ha dicho nada sobre el modo en que acabó flotando en las aguas cercanas a Equatoria? Hamílcar recogió a nuestra Palatina cerca de Taneth sólo una semana después de que Palatina Can ten¡ fue asesinada en Thetia. Ninguna manta conocida hasta hoy podría hacerle recorrer esa distancia en una sola semana. Lo que implica que o bien voló o bien está inventando toda la historia.

Atravesar medio mundo en una semana... no, ni siquiera los thetianos podrían viajar tan de prisa. Pero... ¿quién más podía ser? Una thetiana de pura sangre entrenada para liderar, para gobernar y con un impecable dominio de la lengua thetiana (don del que había sacado gran partido durante las fingidas batallas con las demás ciudadelas).

Y lo más importante de todo, al menos en lo que me concernía, es que era mi prima, el único lazo con mi familia verdadera. Eso era algo innegable para cualquiera que nos hubiese visto juntos.

—¿Quién te parece que es, entonces? ¿Una espía del Dominio que ha pasado los últimos cinco años entrenándose para pretender ser otra persona e infiltrarse en casa de la familia Barca?

—¡No en casa de los Barca, sino en nuestra casa! Son perfectamente capaces de hacer algo semejante.

—¿Insinúas que es una impostora? —pregunté.

—No. Digo tan sólo que hemos confiado en ella, le hemos permitido liderarnos, y todo eso ignorando quién es en realidad. .Es mejor asegurarnos que lamentarlo luego.

—¿Y qué propones que hagamos al respecto?, ¿conducirla ante el emperador y preguntarle si puede confirmar o no su identidad? —Claro que no, tonto. De ningún modo debemos implicar a más thetianos de los que sean necesarios.

—A propósito, ¿qué ocurre entre tú y los thetianos? —presioné—. A Ukmadorian le encanta asegurar que no tenemos ninguna relación con la gente de Tuonetar, pero nunca pierde la oportunidad de criticar a los thetianos, y tú haces lo mismo.

—Él es un haletita, y a los haletitas no les gustan los thetianos. ¿Es demasiado complicado para que se te meta en la cabeza? —¿Por qué no dejas de burlarte de mi inteligencia? ¿O es que estás en un nivel superior de la existencia?

—Esta tarde pareces exhibir una absoluta falta de razonamiento. —Mi prima cayó de un acantilado esta misma mañana. Te suplico que disculpes mi falta de concentración.

—Tu prima asegura ser pariente del emperador. Y no sólo eso, sino una mártir thetiana llamada a salvarnos del Dominio.

—Eso se llama venganza. El Dominio detesta a los republicanos de Thetia casi tanto como el emperador, y aquél no tuvo ningún escrúpulo en asesinar a su padre.

—Es curioso ver cómo conjuraba ella contra el Dominio inclu*so antes* de recuperar la memoria. ¿Estás seguro de que perdió la memoria en algún momento? ¿O se trata de una brillante actriz que nos ha engañado como a idiotas?

—¿Es que todo debe tener segundas intenciones? —protesté. —Sucede que me parece sospechosa la resurrección de una republicana de Thetia, cuya declarada misión es salvarnos a todos del Dominio. Quiero decir que,

entre toda la gente, sea precisamente una thetiana. Lo único que hacen los thetianos es emborracharse y organizar orgías.

—¿Por eso te desagradan? ¿Es que tu gente es un dechado de

virtudes, que nunca bebe ni tiene amoríos, ni pierde la oportunidad de criticar a los demás? —Hice una pausa—. ¡Por el amor de Thetis! ¡Ni siquiera sé de dónde eres! Si es que perteneces a este mundo...

—¡Mi gente vivía en ciudades cuando tus ancestros no poseían más que chozas, pero entonces lo destruisteis todo! —respondió, furiosa.

Entonces se produjo un silencio y ambos fuimos conscientes de lo infantil de nuestra discusión. Y de que, sin pretenderlo, ella había hecho una revelación.

—¿Destruirlo todo? —repetí quebrando el denso e incómodo silencio que sobrevino—. No sabía que tuvieses lazos tan cercanos con Tuonetar.

—Tuonetar no es el único pueblo más antiguo que los thetianos. Ravenna parecía haber olvidado que lo único que me hacía thetiano era la sangre.

La historia de Qalathar se remontaba más de dos mil años atrás: era el único lugar que me imaginaba más antiguo que Tuonetar. Pero ella no provenía de Qalathar, al menos no por completo; su piel era demasiado clara y sus huesos demasiado finos.

—¿De dónde procedes entonces? —interrogué, esperando que no volviese a negarme la respuesta.

—Vosotros lo llamáis Alto Qalathar, pero nosotros lo llamamos Tehama.

OceanofPDF.com

CAPITULO XV

Estaba más perplejo que cualquier otra cosa. Ese día no parecía destacar por mi lucidez. Sin embargo, ¿era eso tan sorprendente, dado todo lo que la gente me había estado contando?

Concretamente, ¿es que alguno de mis amigos era un ser humano corriente? De hecho, había podido asimilar sin problemas que Palatina afirmase ser la prima del emperador, a pesar de no estar del todo seguro de creerlo. Ravenna había sugerido que Palatina podía ser quien pretendía, pero que era improbable.

Por cierto, había escuchado con anterioridad el nombre de Tehama. Ese pueblo se alió inexplicablemente a Tuonetar durante la guerra y, una vez acabada la misma, los thetianos les devolvieron la jugada aislándolos, destruyendo toda posibilidad de contacto entre ellos y el mundo exterior. Quedaron solos y a su suerte en las alturas de su meseta, por encima de Qalathar. ¿Seguían allí doscientos años más tarde?

—No es tu día, ¿verdad, Cachan? —me comentó Ravenna con compasión, un sentimiento que nunca esperé que expresase. Era algo que, como pude comprobar luego, sólo salía a la luz con muy poca frecuencia.

—¿Cómo pretendes que crea tal cosa? —le pregunté, todavía perplejo. ¿Qué sucedía?, des que todos mis amigos eran unos dementes?—. En dos siglos no se ha sabido de ellos prácticamente nada.

—¿Te sorprende? Nadie puede comerciar con nosotros y, por lo tanto, se nos ignora. Esto es el Archipiélago, recuérdalo. Y aquí el comercio lo es

todo. Hace ya mucho tiempo que nos olvidamos de Tuonetar, pero, como resulta tan arduo entrar o salir de nuestro territorio, sólo lo sabemos nosotros. De ese modo, el Dominio no se entromete en nuestros asuntos.

No estaba con ánimos para otra pelea y no deseaba permanecer allí, en la oscuridad, discutiendo con e11a. Ya había visto demasiadas cosas imposibles en un solo día. A pesar de eso, no hallaba el modo de interrumpirla para decirle que me iba a dormir.

—¿Por qué os mantenéis aislados? Sin duda no es tan difícil entrar o salir si no tenéis que preocuparos por el Dominio.

—¿No has aprendido nada en todo este año, Cachan? Ellos jamás se rinden. Crees que seguirían dejándonos en paz si se enterasen de que Tehama es algo más que un patético puñado de aldeas?

¿Por qué insistía Ravenna en ponerme otra vez a la defensiva? —¡Por los Elementos, Ravenna, cálmate! Dije una estupidez y lo siento.

Ya había sido suficiente para mí. Me volví y caminé un par de pasos en dirección a la puerta, removiendo al hacerlo el polvo del suelo.

—¡Cachan, por favor! No quise ofenderte.

—Por otra parte, apara qué me dices todo esto? —inquirí.

Sin esperar una respuesta, abrí la puerta y salí. Me alejé de Ravenna tan rápidamente como pude a lo largo de los pasillos desiertos hasta que encontré mi habitación y cerré la puerta detrás de mí.

Estaba enfadado con ella por haberme forzado a caer en esa inútil retórica, pero también estaba enfadado conmigo mismo y no acababa de comprender el motivo. Me temblaban las manos cuan do cogí un vaso de agua, y no intenté dormir. En cambio, fui hasta la estantería, cogí una de las copias de la Historia de Carausius y releí algunos pasajes una y otra vez, con la esperanza de encontrar alguna referencia que me ayudase.

No di con nada parecido y pasaba de las tres cuando dejé el libro, disolví la fría y plateada luz de las sombras que iluminaba mi lectura y me acosté para dormir un poco.

Incluso así no logré descansar. Mis sueños estuvieron poblados de pesadillas en las que era torturado por el Dominio, con la salvedad de que todos los torturadores tenían el rostro de Ravenna. Palatina volvía a rodar

por el acantilado, pero cuando yo llegaba al sitio en que había caído su cuerpo ya no se encontraba allí y, en su lugar, estaba el cadáver gris de Aetius IV, con ojos muertos y marcado por terribles heridas.

No tuve respiro hasta que alguien me sacudió para que despertase.

Por poco no arremetí en su contra, pensando que formaba parte de mis pesadillas. Entonces comprendí que no era así, miré a mi alrededor y constaté que todo seguía oscuro. Ravenna estaba arrodillada junto a mi lecho y yo, sin pensarlo dos veces, enderecé mis sábanas.

—¿Qué quieres ahora? —le pregunté, con la cabeza aún obnubilada por el sueño. Como siempre, volvía a sentirme en desventaja.

—Tu padre es la única persona que puede ayudarnos. Él debe de saber quién eres, quizá incluso pueda ayudar a Palatina. ¿Deseas regresar a casa?

—¿Cómo? —dije confundido.

—Tiene que existir una manera. Te lo aseguro. Debería resultar más sencillo para ti que para mí.

—¿Y qué dices de Palatina? Debería dar el visto bueno. —Puede acompañarnos. Estuve con ella hace unos cinco minutos y está de acuerdo.

—Veo que has pasado una noche movida. Pues bien, si existe una manera, lo haremos.

En mitad de la noche y con la cabeza todavía llena de pesadillas no me encontraba en condiciones de tomar una decisión. Pero después de lo que había dicho Palatina ese día deseaba con desesperación averiguar quién era ella realmente. Y si el Vidente poseía la respuesta, aunque no estábamos seguros de ello, valdría la pena ir a visitarlo.

—Bien —afirmó Ravenna—. Bajo ninguna circunstancia menciones a Tehama, como no sea a Palatina o a mí. Incluso la gente del Archipiélago puede resultar peligrosa.

—No lo haré —prometí somnoliento.

Se puso de pie y salió por la misma ventana por la que había entrado, dejando en el aire un recuerdo de su aroma.

Cuando desperté, ese olor fue lo único capaz de convencerme de que nuestra conversación no había sido un sueño.

Ukmadorian nos convocó a Ravenna y a mí a su estudio la noche previa a la partida del *Estrella Sombría*. La sala estaba iluminada por seis o siete candelabros y una acre lámpara de aceite que creaba extrañas sombras en los muros. Por algún motivo, le disgustaba la luz del éter, quizá le perturbase demasiada innovación.

—Cathan, me he enterado de que planeas partir mañana —comentó con dureza y seriedad.

—Es verdad —admití manteniendo el rostro inexpresivo.

—Has pedido ser entrenado como mago, lo que implica que eres un miembro permanente de la orden de la Sombra y que te encuentras bajo mi responsabilidad. Tu entrenamiento aún no ha concluido.

—Mi entrenamiento consiste ahora en dos horas de práctica cada noche —advertí—. Ya no tengo nada que hacer aquí.

—Eso lo decidirá el Consejo.

—El Consejo es incapaz de tomar ninguna decisión —intervino Ravenna—. Ni siquiera es capaz de ponerse de acuerdo para aplazar una reunión.

—¡Silencio, Ravenna! Ahora estoy hablando con Cathan —gritó Ukmadorian perdiendo la calma.

Ella no respondió. Entonces el rector volvió a mirarme y prosiguió con su discurso:

—Te advertí hace nueve meses que no podrías regresar con los demás. En aquel momento no presentaste ninguna objeción.

No fue una advertencia, sino una indirecta. Nunca tuve interés en permanecer aquí más tiempo que los demás. Partí de mi tierra con la intención de regresar en un lapso de tres meses. Ya llevo fuera de mi hogar un año y tres meses. Además, no existe nadie en el Archipiélago que pueda revelar mi verdadera identidad, así que me iré a casa y veré si consigo encontrar a alguien que lo sepa.

—¡No podemos arriesgarnos a enviarte al mundo exterior! —Soy perfectamente capaz de cuidarme en el mundo exterior. No tengo ninguna

intención de permanecer en esta isla el resto de mis días mientras vuestro Consejo titubea. Debo hacer algo con mi vida y, por otra parte, no te pertenezco.

—La grosería no te llevará a ningún sitio, Cathan —sostuvo con frialdad. Todo rastro de su amabilidad había desaparecido—. Sencillamente puedo prohibirte partir. Tengo medios para impedírtelo.

—¡Ukmadorian, él no es un ermitaño, y yo tampoco! —espetó Ravenna —.Y tú no pareces tener intención de permitirme escapar jamás de tu lado, y mucho menos regresar a mi hogar.

—¿Tú? ¡Tú tienes todavía menos derecho que Cathan, Ravenna! No puedes exponerte al peligro, y al mismo tiempo poner en peligro a tu gente, de esa manera. Escuchad ambos. Debéis detener este sinsentido. El Dominio cuenta con agentes que pueden detectar a cualquiera de los dos incluso en medio de una ciudad. En el momento en que hayáis puesto un pie en un lugar grande y poblado caerán sobre vosotros.

—Eso es absurdo —comentó Ravenna con fastidio—. Es una fantasía digna de ti y de tu repugnante Consejo. Desteje tu red de mentiras y juzga cuánto bien te hace. Ya cumplí los dieciocho hace un año y medio, así que tu tutela sobre mí ha acabado oficialmente. No estoy viviendo mi vida en esta isla, obedeciendo tus órdenes. Me iré con Cathan y Palatina. Quizá algún día incluso regrese a casa.

Ravenna estaba imparable, rompiendo los lazos que nos unían a la orden de la Sombra. Me sorprendió mi propia calma; un año atrás jamás hubiese sido capaz de enfrentarme a Ukmadorian estando él de un humor semejante. Ahora, a pesar de que aún dependíamos de las reglas de la Ciudadela, no sentía ningún temor por lo que el rector pudiese hacer o decir. Me pregunté si ese cambio se debía sólo a mi desarrollo personal o si estaba relacionado con la influencia de Ravenna.

A continuación rompí mi brazalete y sus fragmentos se esparcieron por el suelo. El silencio que siguió fue absoluto y Ukmadorian empezó a mirarnos alternativamente mientras ambos seguíamos de pie frente a su escritorio. Por un instante, una expresión de desconcierto cruzó su rostro,

pero la disimuló intensificando su ira. —¿Los dos? ¿Tan pronto me engañáis y decepcionáis?

—Es cosa mía si decido cooperar con Cathan y, además, hay otras cuestiones que no te conciernen.

—Sois la desgracia de la orden de la Sombra.

Había sido derrotado, pero no se daba cuenta. Después de lo que había dicho, ya no había modo de que nos convenciese de permanecer a11í. Y si intentaba obligarnos...

—No —expliqué con fervor idéntico al de Ravenna—, tan sólo queremos vivir vidas verdaderas en lugar de confinarnos en la isla jugando a las herejías.

Sin siquiera pensarlo ya estaba hablando en plural. Me hallaba tan furioso por el modo en que había intentado retenernos que no me contuve.

—En doscientos años no habéis conseguido nada con sólo permanecer en esta isla manteniendo a salvo a vuestros magos por si el Dominio los capturaba. ¡Es imposible vencer de esa manera!

—¿Os parece mejor ser quemados en la hoguera? —inquirió Ukmadorian—. Sabéis bien lo que les sucede a los herejes capturados por el Dominio.

—No arderemos en ninguna hoguera —respondió Ravenna—. Eso sólo nos sucedería si no supiésemos cómo ocultar nuestra identidad ni emplear nuestra magia.

Ukmadorian se reclinó en la silla y nos observó con fríos ojos. —Si os vais, será sin vuestra magia. No abandonaréis la isla a menos que cedáis hasta el último vestigio de vuestro poder.—¡Imbécil! —exclamó Ravenna estallando en carcajadas que no contenían ninguna alegría—. ¿Aún crees que puedes concretar una sola de todas tus amenazas? ¿Expulsar la magia de Cathan? Sólo lo conseguirías matándolo. Sólo que nunca lo harás, porque antes te mataría yo a ti, *tío*.

Sus ojos brillaban de furia y podía ver un campo mágico crujiendo cada vez que ella se movía.

—¿Estás amenazándome, Ravenna? Puedo convocar a todo el personal de la Ciudadela para reduciros a ambos, y lo haré si no os disculpáis,

retiráis lo dicho y os rendís.

Entonces ella renovó su ataque al rector sin preocuparse por sus posibles consecuencias.

—¿De verdad piensas que puedes hacer tal cosa? Si salimos al mundo, podemos ser de alguna utilidad para la herejía. Pero eso se opone a tus preciosos planes, así que si no puedes utilizarnos, nadie lo hará. ¿Acaso los herederos de Carausius no son ahora más que ancianos mezquinos? Se aferran a lo que tienen y son demasiado cautos para hacer algo más que jugar a la política de poder del Dominio. Si Cathan se lo cuenta al emperador, ¿supondría eso alguna diferencia para ti? Tenemos vidas que vivir, Ukmadorian, y no vamos a pasarlas aquí. Partiremos mañana en el *Estrella Sombría* con nuestros poderes intactos, y no conseguirás detenernos.

Ukmadorian abrió la boca para decir algo medio levantado de la silla, con el rostro colorado de ira y, al parecer, a punto de atacarnos físicamente.

Entonces, de repente, su furia desapareció y se desplomó sobre la silla macilento, derrotado, y con el aspecto de haber envejecido diez años.

—Entonces marchaos —fue todo cuanto dijo, a media voz y con tono malévolo.

Le dimos la espalda sin volver a mirarlo y caminamos hacia la puerta. Habíamos dado unos pocos pasos cuando Ravenna me rodeó los hombros con uno de sus brazos deliberadamente. Ignoro qué expresión adquirió el rostro de Ukmadorian.

Cerramos la puerta y avanzamos por el pasillo. Al llegar al final Ravenna me pidió que esperase y volvió sobre sus pasos. Regresó un momento más tarde.

—No se ha movido —me comentó con cierta satisfacción.—¿Por qué se colapsó de ese modo? —pregunté mientras nos dirigíamos a los accesos principales. Fuera, sobre el césped del campo de ejercicios, había una fogata alrededor de la cual se celebraba la fiesta de despedida.

—Perdió la voluntad de mantenerse firme ante nosotros —me respondió Ravenna—. Ya le ha sucedido muchas veces: así fue como logré abordar la nave que te atacó. Él no deseaba que yo viajase, pero mantuve mi posición y al final se rindió.

—¿Intentará detenernos?

—No —aseguró—. Y si lo intenta, estaremos esperándolo. —¿Qué sucederá con Chlamas y los demás?

—Ellos no se opondrán si Ukmadorian no lo hace. Y ahora, ¿por qué no nos relajamos y disfrutamos de la fiesta? He pasado casi dos años en la isla y ésta será mi última noche aquí.

—Oí que servirían sus mejores vinos. —Eso espero. Lo hicieron el año pasado.

Nos detuvimos en la salida al campo y ella me miró con su típica expresión severa e indescifrable. Su cabeza estaba ligeramente inclinada hacia un lado.

—Gracias, Cathan. He sido para ti una compañía horrible y lo lamento. Pero tú parecías disfrutar discutiendo conmigo cuando cogíamos el ritmo.

Esa frase sería lo único parecido a una disculpa que obtendría de ella. Pese a eso, ya no sentía hacia Ravenna ningún rencor y comprobé que ella y Palatina estaban en lo cierto. Yo había *disfrutado* peleando verbalmente con ella durante los últimos meses... Y ya no la odiaba en absoluto.

La fiesta estaba en pleno apogeo al ritmo de las melodías de un grupo de trovadores del Archipiélago, contratado en alguna de las islas (herejes) cercanas. Había antorchas en los troncos de todos los árboles del perímetro del campo y linternas colgando de cada uno de los postes y muros de la Ciudadela. La amplia pista de baile había sido ubicada a la derecha de la gran fogata y, a su izquierda, se había dispuesto la mesa con los vinos.

Avanzamos hacia las bebidas [5], luego fuimos en busca de Palatina.

No fue difícil encontrarla, incluso bajo la intermitente luz de las antorchas logramos distinguir la corpulenta silueta de Laeas al otro lado de la fogata. Y, por lo general, donde estaba Laeas estaban Palatina, Mikas y Ghanthi. Casi todas las amistades de Palatina eran hombres, aunque ninguno de nosotros pasó a ser en ningún momento algo más que amigo.

Nos vieron llegar y, contraviniendo lo que aconsejaba mi pudor, nos vitorearon a toda voz. No sabía bien si lo hacían porque habíamos vencido a Ukmadorian, aunque, por supuesto, todavía no podían saberlo, o debido a que, por una vez, Ravenna y yo no estábamos discutiendo.

—¿Lo habéis conseguido? —interrogó Palatina dando un paso adelante con una amplia sonrisa.

—¡Partiremos mañana!

Ghanthi golpeó el aire con un puño y Laeas lanzó una demente carcajada. Mikas alzó su copa de vino.

—Un brindis. ¡Por Cathan y Ravenna!

Brindaron por nosotros alegre y bulliciosamente en medio del calor de la fiesta. Entonces olvidamos todas la formalidades, dejamos de pensar en el Dominio y en todo lo demás y disfrutamos de nuestra compañía. Palatina tenía un excelente aspecto y no conservaba la menor señal de su terrible caída por el acantilado, ocurrida sólo una semana antes. Tampoco mencionó su pretensión de ser la joven que, hasta unos meses atrás, había constituido la más brillante esperanza de Thetia. Laeas pasó una hora entera aconsejando a Ghanthi para que se atreviese a sacar a bailar a una chica de la fiesta. El propio Ghanthi bailó con tantas parejas como Palatina. Considerando que ella había bailado con casi todos los hombres presentes, el de Ghanthi no era un mal porcentaje. En comparación, yo resulté poco afortunado, aunque me sentí radiante de felicidad compartiendo la última tarde junto a mis amigos. (Laeas, Mikas y Persea partirían en un buque diferente con destino a la capital del Archipiélago en Qalathar y que luego conduciría a Mikas hasta Cambress.) Bajo circunstancias normales, podían pasar años antes de que volviésemos a vernos, si es que alguna vez sucedía tal cosa, pero la decisión de Palatina de rechazar el control del Dominio exigía algo distinto. Con suerte, nos reencontraríamos en el lapso de un par de años.

Bailé con Persea y con otras chicas que conocía, así como con Ravenna. Ella bailaba mucho mejor que yo; pese a la rapidez de mis pies, la falta de coordinación con la música hacía de mí un caso perdido. Por fortuna,

Ravenna era lo suficientemente buena para que siguiese sus pasos sin que se notase mi torpeza, y todos nos lamentamos cuando terminó el baile.

La velada transcurrió en un clima general de cordialidad. Darius y yo, que nunca nos habíamos llevado demasiado bien, brindamos el uno por el otro y nos comprometimos a olvidar cualquier animosidad. Pasé la mayor parte del tiempo conversando con Palatina y los demás, más que nada acerca de las experiencias que habíamos vivido en el transcurso del año que llegaba a su fin. Por ejemplo, de aquella ocasión en la que por error atravesé una ventana equivocada, que, en lugar de conducirme a los cuarteles centrales del enemigo, me llevó a una especie de vestuario femenino. O de cuando Mikas atacó con su espada un promontorio rocoso pensando que se trataba de Laeas y partió el arma en el intento. A Laeas no parecía importarle que le hubiese confundido con una roca y se mostró más que satisfecho cuando Ghanthi se atrevió por fin a invitar a la chica a bailar.

Se consumió vino en enormes cantidades, aunque yo no lo hice (ningún poder mágico había conseguido vencer mi pobre resistencia al alcohol). Hacia el final de la fiesta, Laeas cogió uno de los barriles vacíos, un gran barril de madera, lo alzó sobre su cabeza y lo arrojó a la fogata, donde aterrizó, produciendo una espectacular lluvia de chispas en medio del rugido de entusiasmo de la multitud.

Pero todas las cosas buenas acaban y también la fiesta concluyó. Alrededor de las dos de la madrugada, cuando incluso los más resistentes empezaban a sentir los efectos del vino, el personal de la Ciudadela inició una exhibición de fuegos artificiales. Por unos breves instantes, constelaciones de estallidos de colores llenaron el cielo y el ruido de los impetuosos cohetes resonó en nuestros oídos. El espectáculo terminó con una estrella de siete colas que, como un sol de plata, floreció por un momento en la oscuridad de la noche bañándonos con su resplandor.

Y entonces regresamos a la luz de la fogata y las conversaciones llegaron también a su fin.

Al menos para la mayoría.

Yo no sabía con certeza dónde pasaría esa última noche, pero mi sorpresa fue total cuando Ravenna interrumpió mi charla con Palatina y me

miró con ojos inquisitivos.

Le di las buenas noches a Palatina, a Laeas y a los otros (a los que pude encontrar, ya que los novicios se habían dispersado por la Ciudadela y por la isla) y me fui a pasear con Ravenna por el borde de la selva, en paralelo a la playa. De forma gradual, la luz del fuego y el sonido de la fiesta se esfumaron detrás de nosotros, reemplazados por la paz nocturna.

Caminamos en silencio y, tras cruzar el primer promontorio, por el que se había caído Palatina, nos dirigimos a la playa, donde nos quitamos las sandalias y anduvimos descalzos por la arena.

La noche poseía ahora una penetrante calma. Era una hermosa noche, bastante parecida a la que siguió a la visión de la cruzada, cuando me refugié en la playa para evitar las pesadillas. Una de las lunas estaba llena, suspendida en el claro cielo inundado de estrellas, e iluminaba la blanca playa y el gris oscuro de las aguas, que adquirían un tono azul fosforescente. La otra luna mostraba un delgado cuarto creciente, a poca altura sobre un horizonte surcado sólo por estrellas, alejada de los brillantes rojos y azules de las nubes de polvo interestelar que cubrían extensas porciones del cielo. Algunas noches, los anillos podían divisarse como una fina línea plateada formando un arco a lo largo del cosmos. Pero esa noche no había ninguno, sólo las lunas.

Nos detuvimos un poco más tarde, tras cruzar una barrera de arena que señalaba el borde de una ensenada, alrededor de la cual había varias palmeras. Pequeñísimas olas se curvaban elegante mente sobre la arena y había aún más paz que antes. Las aguas eran transparentes y podíamos distinguir el fondo gracias a la luz de la luna. Las olas dibujaban en la arena extraños rizos.

—¿Te he dicho lo maravilloso que es nadar durante la noche? —me preguntó Ravenna—. ¿Lo has hecho alguna vez?

—Unas pocas —respondí.

—No es lo mismo si estás solo. —¿Nadamos entonces?

Me despojé de mis ropas y nadé hasta que hubo suficiente profundidad para sumergirme. Sentía tan sólo una calma y una paz increíbles.

A continuación nos sentamos en la arena. Ninguno de los dos deseaba perturbar la intensa sensación de paz y bienestar. Aprecié realmente los motivos por los que ese lugar había sido comparado con el paraíso. Poseía una cualidad rara y preciosa difícil de encontrar en otros sitios: a la soledad y el silencio casi absolutos se sumaba la certeza de que uno no se vería sorprendido por el tronar de ninguna tormenta continental.

—Prometí hace tiempo confesarte por qué al principio me comportaba de ese modo —dijo Ravenna en voz bastante baja. Gracias a un extraño hechizo de la Sombra, su pelo seguía seco y caía con libertad sobre sus hombros, formando una masa ondulada que le enmarcaba el rostro y la sonrisa. No recordaba haberla visto así en muchas ocasiones.

—¿Cuál fue entonces el motivo?

—Hasta el momento en que te conocí estaba muy segura de mí misma. Por algún motivo no pude aceptarlo. Incluso pensar en ti me perturbaba y supuse que se debía a que no confiaba en ti, ya que estabas de parte del Dominio. En la segunda ocasión, aún no estaba segura, así que seguí lanzándote pullas. No comprendí por qué lo hacía hasta la noche del ejercicio en la selva y la prueba de magia. Espero no haberte herido demasiado.

—Si deseas saberlo, te tenía miedo —admití—. Te comportabas como si estuvieses por encima de mí y esa idea quedó fija en mi mente. Con todo, nunca pude comprender por qué seguías insultándome.

Sonrió.

—Así que ambos nos poníamos mutuamente nerviosos. Al menos, no fue uno solo imaginando el ataque del otro.

Se produjo una nueva pausa. Una brisa del céfiro erizó mi piel por un momento, causándome un ligero escalofrío. Pasó en un santiamén y casi no movió las hojas de los árboles en la jungla. Me pregunté si habría algo mágico en la propia isla. ¿O acaso sentía una paz más profunda durante la noche ahora que era un mago de la Sombra?

—Hemos deseado dejar esta isla intensamente —dijo al fin Ravenna—, y no me arrepiento de ello. Pero extrañaremos algunas cosas. Estas playas, la natación, la libertad de recorrer cualquier punto de la isla sin tener que preocuparnos por las tormentas o las tribus de salvajes. Cuando nos vayamos de aquí, no encontraremos ningún sitio similar, no volveremos a vivir esta paz. Quizá en Tehama, pero allí siempre hay nubarrones cerniéndose sobre todo como una cortina perpetua.

—Extrañaré el sentido del espacio —afirmé soñando despierto—. Aquí nos rodea el océano abierto por todos los costados y donde sea que mire el cielo está libre y despejado, incluso sobre la montaña.

—¿Crees que alguna vez volveremos a un sitio semejante? —preguntó con melancolía—. ¿Volveremos a sentir esta calma? Cuando dejemos el Archipiélago volveremos a integrarnos en el mundo exterior y viviremos el peligro constante de ser descubiertos. Y pasarán muchos años antes de que podamos regresar aquí, y eso en caso de que luego nos permitiese partir otra vez.

—Extrañaré esta isla —lamenté—, pero demasiada paz puede resultar aburrida.

—Demasiada paz nunca puede aburrir. El Archipiélago fue una vez un paraíso, cuando aún reinaba la paz en su territorio. La guerra es algo que siempre deberíamos odiar. —Ravenna cerró los ojos—. Después de todo, supongo que esta guerra servirá para algo. —¡Me sorprende escuchar que reniegues de un conflicto! Abrió los ojos de par en par.

—Puedo disfrutar de un conflicto, no de una guerra. Pese a eso, prometamos que volveremos al Archipiélago alguna vez, quizá cuando todo haya acabado. No nos hará ningún mal.

—Prometido. Me encantaría poder sentarme algún día de este mismo modo en las costas de Thetia, que Thetia volviese a ser como fue. ¿Por qué tendrá el Dominio que destruir todo lo que toca?

—El Dominio fue fundado gracias a la traición, sobrevive gracias a la traición. Pero no olvides lo que has aprendido, Cathan. Los habitantes de Tuonetar intentaron destruir este mundo. Llegaron en nombre de la paz y derramaron mucha sangre. Asesinaron a millones de personas, pero no

vencieron. Nosotros todavía estamos aquí, el mundo todavía está aquí. El Dominio es apenas una sombra de lo que fue Tuonetar. Y al final no vencerá.

—En este preciso instante, confieso que a duras penas puedo afirmar quién soy en realidad.

—Es extraño, en los últimos días encontraste las primeras pistas sobre quién eres y yo me vi obligada a recordar quién soy. Sin embargo, lo que más desearía es poder olvidarlo.

Me sentía demasiado extasiado para responderle, pero en algún rincón de mi mente me preguntaba por qué Ravenna tenía siempre todas las respuestas y por qué yo siempre la seguía.

Conversamos durante largo rato y por primera vez no discutimos sobre nada. Seguimos hablando alrededor de una hora, hasta que cedimos al silencio más por cansancio que porque nos faltasen cosas que decir. Diría que eso era todo cuanto ella deseaba entonces y yo todavía no sabía bien qué pretendía con ella. Nos acostamos uno junto al otro, detrás de unas rocas situadas en la parte más elevada de la playa, para que nos protegiesen del sol de la mañana.

—Deben de existir tantas cosas más allá de las que conocemos en este mundo —dijo con aire soñador y los ojos fijos en la inmensidad del cielo—. Cosas más allá del Dominio y de nuestros intereses, quizá algunas respuestas...

—¿Respuestas a qué?

—A tantas preguntas. Cada pregunta debe tener una respuesta. O si no, ¿dónde estaríamos?

Alcé ya también la mirada al cielo y mis ojos comenzaron a cerrarse. Apenas llegué a distinguir una titilante mota de luz que se movía en el cielo más veloz que cualquier estrella.

—¿Qué crees que es eso? —le pregunté a Ravenna señalando lo que había avisto.

—¿Una parte de la historia? ¿O quizá el futuro? ¿Quién sabe? Cambió levemente de posición.

Seguí con la mirada la extraña mota de luz en su curso a través del cielo hasta que mi mente abandonó toda meditación y me dormí junta a Ravenna, que había apoyado la cabeza en mi hombro.

OceanofPDF.com

Tercera Parte

OceanofPDF.com

CAPITULO XVI

Nos topamos con los piratas a menos de cincuenta kilómetros de Pharassa, después de un viaje largo y sin incidencias.

Estaba jugando a las cartas con Palatina, Ravenna y otro joven de Océanus en el camarote de Palatina, uno de los más amplios de la planta superior de la cubierta del *Estrella Sombría*. Quedaban tan pocas personas a bordo que podíamos escoger los camarotes casi a voluntad, y nos habíamos apropiado de las suites diseñadas originalmente para el almirante y sus asistentes en los tiempos en que la nave era utilizada en combate.

Sonó la alarma, una especie de estridente gemido que cortó de golpe nuestra conversación y me hizo saltar del susto. Ravenna, que estaba repartiendo las cartas, dejó caer el mazo con violencia y la baraja se esparció por el suelo mientras soltaba un taco.

—Qué pasa ahora? ¿Nos visita una escuela de delfines? —dijo mientras se agachaba para recoger las cartas.

—Vayamos a ver —propuso Palatina. Entonces echó la silla hacia atrás, se incorporó y se dirigió hacia la puerta—. Olvidad el juego por ahora.

Salimos del camarote y la seguimos a lo largo del pasillo. El sonido de la alarma resonaba en las paredes y los paneles rojos del techo centelleaban. Se abrieron otras puertas y de ellas salieron dos o tres jóvenes más.

La cubierta empezaba a inclinarse ligeramente cuando llegamos a la escalerilla principal, y tuve que aferrarme a la barandilla para mantenerme en pie. Observé que varios marineros pasaban corriendo por la base de la

escalerilla dos niveles más abajo y pude oír las órdenes que les gritaban desde el puente de mandos.

Lo primero que vi cuando alcanzamos el puente y nos agarramos a las barandillas de la parte posterior (fuera del paso de la tripulación) fue la escena en la mesa de éter. Durante semanas enteras, cada vez que había estado allí no había visto más que la imagen del *Estrella Sombría* navegando a través del océano vacío. Ahora era posible observar otras mantas.

Una de ellas parecía un buque mercante, pero como el respaldo de una de las sillas se interponía en mi campo visual, no pude distinguir los colores de su enseña para averiguar a qué familia pertenecía. Las otras mantas eran dos pequeños y elegantes buques corsarios, compactos y fuertemente armados. El primero de ellos perseguía a la manta mercante, que navegaba describiendo extraños trazos en un desesperado esfuerzo por eludir el fuego de los cañones. Esperaba ver la insignia familiar durante alguna de esas maniobras. El otro buque corsario se dirigía directamente hacia el *Estrella Sombría*. Me pregunté por qué se mostraban tan seguros de sí mismos. Incluso un crucero de combate desmilitarizado podría hacerles frente.

—¡Abran fuego! —ordenó nuestro capitán, y contemplé cómo tomaba vida el armamento de nuestra nave. Sentí el palpitar de más cañonazos, en esta ocasión dirigidos contra los piratas, seguidos por la llamarada de un par de torpedos expulsados desde las plataformas inferiores de lanzamiento.

—He identificado a los piratas —dijo alguien de la tripulación que había estado todo el rato detrás de nosotros trabajando en una consola de información—. Según nuestra base de datos, son fraga tas robadas a la armada de Cambress hace unos dos años y que ahora integran un grupo corsario que opera en las afueras del norte de Equatoria. ¡Son buques con doble reactor!

—¡Elementos! —exclamó el capitán exhibiendo en el rostro una repentina preocupación—. ¡Incrementemos el campo de fuerza tanto como nos sea posible y disparemos las cargas de presión!

Me aferré a la barandilla cuando el primero de los cañonazos piratas cayó con un ruido sordo sobre el *Estrella Sombría*, pero sus campos de

protección lo desviaron sin producir daños en la superficie de la nave. El capitán se veía preocupado y no era para menos. Yo no me había enfrentado nunca antes a un buque con doble reactor, pero durante el viaje de ida a la Ciudadela el jefe de maniobras del *Estrella Sombría* explicó que el hecho de tener dos reactores en lugar de uno aumentaba cuatro veces el poder de fuego y la fuerza defensiva de una nave.

—¡Señor, las cargas de presión son ilegales y la manta mercante podría denunciarnos!

—¡La familia a la que pertenezca la manta mantendrá la boca bien cerrada si sabe lo que le conviene! ¡Dispara esas cargas!

—¡A la orden, señor!

Dos cargas de vacío negro salieron despedidas del depósito de armas situado en la parte inferior del *Estrella Sombría y* siguieron rumbos diferentes: una dirigida hacia arriba del buque pirata y otra hacia abajo del mismo. Me pregunté qué efecto tenía exactamente una carga de presión (supuse que era un modo de salvar el problema de los campos de éter).

Unos momentos más tarde pude saberlo a ciencia cierta, cuando ambas cargas de vacío explotaron en línea directa contra el buque pirata (la primera estalló a cierta distancia de su cubierta) . Poco después, la manta enemiga fue impulsada hacia arriba, como si la empujase una mano gigantesca, y a continuación hacia abajo con idéntica fuerza. Cesaron sus disparos. De inmediato, la otra nave pirata interrumpió su ataque contra la manta mercante y se aproximó a toda velocidad a su compañera herida.

—Mantened el fuego hasta que huyan —ordenó el capitán. Mientras todo esto sucedía se había hecho en la sala un profundo silencio, y nosotros seguíamos las operación a través de las luces en la mesa de éter.

Entonces comenzaron a moverse las aletas del primer buque pirata y, escapando de los persistentes cañonazos del *Estrella Sombría*, los dos atacantes se alejaron esfumándose en la oscuridad del océano. Nuestro capitán parecía satisfecho.

—Antes de que abramos un canal de comunicación con la manta mercante, ¿podéis decirme a qué familia pertenece?

—Los colores son azul oscuro y plateado... No lo reconozco. —Familia Barca —intervino Palatina de forma instantánea—. Son amigos.

—Ah, son de tu familia, ¿verdad? —advirtió el capitán—. Lo había olvidado. Saludémoslos entonces, comandante. Proyección de puente. En unos instantes, la imagen de éter del puente del otro manta apareció en la pantalla principal del *Estrella Sombría*, interrumpiendo la visión del mar. Era posible distinguir a la tripulación del puente de mandos y, aunque jamás en mi vida había visto al capitán de la otra manta, hubo un rostro que reconocí de inmediato. Hamílcar Barca.

Presencié cómo Hamílcar y su capitán agradecían calurosamente la ayuda al capitán del *Estrella Sombra y* a su tripulación, y luego escuché el relato de los sucesos. Sin ninguna duda, los pira tas estaban contratados por la familia Foryth, enemiga de Hamílcar, con la intención de capturarlo a él y acabar con los negocios de su familia de un único golpe. Los habían empezado a atacar varios kilómetros atrás, y la manta de los Barca intentó en vano superarlos en velocidad. Nosotros habíamos llegado en el momento justo, pues sus campos de protección estaban a punto de colapsarse.

Cuando Hamílcar concluyó su relato, Palatina dio un paso adelante.

—¡Palatina! —exclamó Hamílcar, y en su rostro serio apareció una sonrisa. Parecía tan paternal como la última vez que lo habíamos visto, pero su expresión denotaba mayor felicidad—. ¡En nombre de Ranthas! ¿Dónde has estado durante todo este año? Lo único que me dijo Elníbal fue que habías sido raptada por unos amigos suyos y que no regresarías en un año o algo así.

—No puedo explicártelo, al menos no todavía —dijo Palatina—. ¿Adónde te diriges?

—A Lepidor, a recoger el primer gran cargamento de hierro. Parecía verdaderamente un golpe de suerte, ya que eso nos ahorraría el lapso de espera en Pharassa.

—En ese caso, ¿podrías llevarnos contigo? —le pregunté

—Por supuesto —afirmó Hamílcar—. ¿Quién más os acompañará?

—Palatina, otra amiga y yo.

Hamílcar miró a Ravenna con cierta desconfianza cuando la vio aparecer por el pasillo y su recibimiento fue menos caluroso de lo que esperaba. La propia Ravenna parecía igualmente reservada y me pregunté cómo era posible que ya le cayese mal a Hamílcar si ni siquiera había abierto la boca. Buscaba en mi mente una explicación a su silencio, que se había iniciado después de la última noche en la Ciudadela, pero no podía comprender cuál era el problema. El *Estrella Sombría* se acopló a la manta de Hamílcar, el *Fenicia, y* la asistió para reparar algunos de sus daños. Por si volvían a atacar los piratas, el capitán del *Estrella Sombría* le cedió también un suplemento de armas, incluyendo dos cargas de vacío, aunque advirtiéndole al comandante del *Fenicia* que sólo debían ser utilizadas en circunstancias extremas. Una vez completadas las transferencias y las reparaciones, le dijimos adiós al capitán del *Estrella Sombría Y* a los jóvenes que todavía estaban a bordo, y las dos naves separaron sus rumbos. El *Estrella Sombría* partió hacia Pharassa para desembarcar a los últimos acólitos de la Sombra y recoger a los que se convertirían en los estudiantes del siguiente año. El *Fenicia* partió hacia el norte, en dirección a Lepidor.

Esa noche, los tres cenamos con Hamílcar, que no pudo encontrar el modo de excluir a Ravenna. Ambos intercambiaron unas pocas y frías palabras, pero por lo general se ignoraron entre sí.

—¿Qué habéis estado haciendo durante los últimos dieciocho meses? —preguntó Hamílcar cuando se retiró el sirviente que había traído el primer plato, ensalada tanethana. Aunque me gustaba esa clase de ensalada, su sabor me resultaba extraño tras un año de platos típicos del Archipiélago, y comí con lentitud.

—No podemos decírtelo —respondió Palatina—. Hemos jurado no hacerlo.

—¿Es algo relacionado con el Dominio? No tengo mayor aprecio por el Dominio que tu padre, Cathan.

—Palatina, recuerda lo que acordamos —intervino Ravenna antes de que aquélla pudiese decir algo más—. Cathan y yo todavía corremos mayor peligro que tú.

—Ravenna —respondió Palatina con rapidez—, si Hamílcar le cuenta algo al Dominio lo arrestarán a él también. Además, confío en él.

—Nunca confíes en un tanethano —afirmó Hamílcar con tono de galante reprobación.

—Mi madre me dijo que nunca confiase en alguien que podía beneficiarse al traicionarme —agregó Palatina encogiéndose de hombros—. Si él nos traiciona, arruinará también a Lepidor, así que ¿por qué desearía hacerlo? Además, Hamílcar me salvó la vida en lugar de devolverme al mar como quien arroja un pez demasiado pequeño.

—Eso fue un regalo del mar, y no es mi costumbre ser ingrato —dijo Hamílcar, y su rostro mostró desconcierto—. Acabas de mencionar a tu madre. ¿Recuerdas ya quién es ella?

—Se llama Neptunia y es de Thetia. Mi padre está muerto, era Rheinhardt Canteni.

—¿El presidente Rheinhardt?, ¿el reformador de Thetia?

—¿Quién si no?

—Puedo apreciar el parecido —advirtió Hamílcar observándola detenidamente—. Estuve con él en una ocasión.

—¿Podemos ir al grano? —protestó Ravenna con fastidio—. ¿Vais a contarle todo por el mero hecho de ser un amigo? Aún no es uno de nosotros.

(¿Por qué tenía que hacer siempre esas interrupciones? ¡Estábamos presenciando un reencuentro, por el amor del cielo!) Palatina le lanzó una mirada glacial. Luego permaneció en silencio, al parecer perdida en sus pensamientos. Hamílcar tomó unos bocados más sin alejar la vista del rostro de Palatina.

—Es importante para el plan contar con la ayuda de una de las grandes familias —sostuvo Palatina con la mirada fija en las tinieblas que ocupaban los ventanales de la manta. Tras otro instante de reflexión se volvió para mirar a Hamílcar—. Tu interés es sacar beneficios económicos, ¿verdad? Cuantos más obtengas, mejor.

—Sí —respondió Hamílcar sin preocuparse por la retórica del razonamiento de Palatina ni por las discusiones que no le incumbían. Me

pregunté si no estaba teniendo demasiada paciencia. Por otra parte, ¿qué podía ganar Hamílcar traicionándonos?

¿Tenían los tanethanos moral? Quizá la breve amistad con Palatina no hubiese superado el trance de un año de separación. —¿Hasta dónde llegarías en busca de beneficios?

Ravenna había cerrado los ojos y se había recostado en la silla. Noté que estaba utilizando los poderes de visión para asegurarse de que no hubiese nadie detrás de la puerta. Moritan, por cierto, hubiese ido más lejos, quizá clausurando el pasillo en su totalidad y revisando camarote por camarote en busca de equipos de espionaje. Pero nosotros no teníamos la experiencia suficiente. Ravenna podía detectar los sistemas más sencillos, pero no había nada que yo pudiese hacer para ayudarla. Me pregunté cómo estaría el pequeño asesino, si habría prosperado su clan. ¿Y cómo le iría a Lepidor, después de todo? Tenía que preguntárselo a Hamílcar un poco más tarde. Casi no había pensado en mi tierra durante mi estancia en la Ciudadela, pero a lo largo del viaje de regreso deseé con ganas llegar a casa y volver a ver rostros familiares.

—Depende de cuán grande sea el beneficio —respondió Hamílcar—. Y debería ser un beneficio bastante inmediato, no una vaga promesa para dentro de diez años.

—¿Pondrías el dinero por encima de Ranthas?

—¿Me preguntas si haría algo que me llevase a ser quemado en una hoguera por hereje?

Ravenna miró a Palatina con furia, pero ésta continuó: —¿Negociarías con herejes?

Ahora fue Hamílcar quien hizo una pausa.

—Debería existir un enorme beneficio, incluso para ayudar a amigos como vosotros. Pero no tengo tampoco ninguna simpatía hacia el Dominio. Ninguno de los integrantes de mi familia es particularmente religioso; mi madre era una hereje y me hizo olvidar todos los ideales del Dominio que me habían enseñado mis tutores. Tras su muerte descubrí que su habitación estaba repleta de libros heréticos.

—¿Colaborarías, entonces, con una rebelión herética? Quiero decir, vendiéndole armas, otorgándole un préstamo ocasional... —Para que lo hiciese, dicha rebelión debería tener posibilidades de éxito —admitió Hamílcar.

—Las tiene —afirmó Palatina—. Ni siquiera te percatarás de que es una herejía hasta el último minuto.

—Conque eso es lo que habéis estado haciendo durante el último año —dijo Hamílcar—. Aprendiendo a ser herejes en algún rincón del Archipiélago.

—¿Qué tienes contra el Archipiélago? —preguntó Ravenna en tono beligerante.

—¿Qué significa para ti? —indagó Hamílcar, cuya calma tan educada parecía empezar a mostrar signos de tensión—. Tú no has nacido en el Archipiélago.

—He vivido allí el tiempo suficiente para conocerlo mejor que Taneth.

—Disculpa —interrumpió intempestivamente Palatina mientras yo me hundía en mi asiento tanto como me era posible a fin de huir de la discusión —. Hamílcar, ¿lo harás o no?

—Desearía saber más acerca de vuestro plan antes de tomar ninguna decisión —advirtió—. Me agrada la carne asada, pero no cuando la que se quema es mi propia carne. A propósito, Palatina... —¿Qué?

—¿No se supone que has sido asesinada hace dieciocho meses? —Ah —exclamó Palatina—. Tú no crees en la magia, ¿verdad? Eso podría ser difícil de explicar.

No me pareció que Hamílcar nos creyese, pero no mostró un violento desacuerdo ni ridiculizó de forma explícita ninguna de las extrañas hipótesis que habíamos elaborado sobre el modo en que Palatina había llegado hasta allí. Ravenna presenció nuestros esfuerzos en absorto silencio, ignorando por completo a Hamílcar. El nombre de Tehama no fue mencionado en ningún momento.

Pasado un tiempo, Hamílcar elevó una mano y dijo: —Aceptaré lo que me estáis diciendo, tanto si es verdadero como si no. Pero incluso si vosotros sois thetianos de la familia Tar' Conantur o si estáis fingiendo

serlo, aun en ese caso representáis una importante amenaza para el Dominio y también un foco de resistencia.

—Para los que creen en la supremacía thetiana —agregó Ravenna.

—Que, en verdad, es mucha más gente de la que imaginas —contraatacó Hamílcar—. Los líderes de las grandes familias odian a Thetia, pero todos han leído los relatos de su historia. Recuerdo a un oficial de Qalathar que vino en una embajada hace dos o tres años. Se llamaba Ramunou o algo así. Dijo que existían muchas personas en Qalathar que verían con agrado una vuelta al poder de Thetia, ya que estaban hartas de ser explotadas por los continentes. —Nosotros, los habitantes de Qalathar, tenemos nuestro propio faraón —protestó Ravenna, indignada—. Nunca recibiríamos con agrado un control extranjero.

La miré con desconcierto. Había supuesto que la mitad de su linaje no relacionada con Tehama procedía de alguna de las islas, no de la propia Qalathar. A pesar de todo, debí haberlo adivinado, pues los qalatharíes tenían fama de ser feroces.

—¿Tú procedes de Qalathar? —inquirió Hamílcar. —Sí.

Daba la impresión de que Ravenna lo desafiaba a que hiciese algún comentario.

—Interesante. Ahora, Cathan, antes de pensar en iniciar rebeliones te sugeriría que le prestases mayor atención a tu tierra. —¿Qué quieres decir? —pregunté desorientado.

—El ataque pirata de esta tarde fue el segundo desde tu partida. Uno de mis navíos fue acosado en el cabo de las Tormentas en su viaje de regreso desde Taneth con el cargamento de muestra. Por fortuna, en dicha ocasión el capitán estaba alerta y logró deshacerse de los piratas.

—¿Piensas que alguien intenta acabar contigo?

—Sé quién es: nuestro viejo amigo Lijah Foryth, que está otra vez en el Consejo de los Diez. Foryth considera que el comercio de metales de Océanus es su monopolio, y le enfurece que no se le haya propuesto el trato.

—Me pregunto si sabe que nos ofendió antes de que tuviésemos siquiera la oportunidad de hacerle la oferta —dije, recordando el incidente

en la antesala del palacio Saleva, cuando sólo la oportuna intervención de Courtiéres nos salvó a Sarhaddon y a mí de ser arrojados a un calabozo. ¿Cómo le estaría yendo a Sarhaddon en la Ciudad Sagrada? Casi había olvidado a mi compañero de travesía durante mi etapa en el Archipiélago.

Pero ahora yo era un hereje y lo más probable es que él ya estuviese integrado en la jerarquía del Dominio. Rogué que no hubiese sido víctima de los fanáticos de Lachazzar.

—A Foryth no le importa una menudencia como aquel incidente, ni siquiera si es importante para ti. La cuestión es que está decidido a arruinarme para que no tenga más remedio que ceder le el contrato. Forzarme a perder dos cargamentos sería más que suficiente para que se rompiera el contrato. Y Foryth posee la influencia necesaria para asegurarse de que no caiga en ninguna otra mano que en las suyas.

—¿Cuáles son los colores de la familia Foryth? —inquirió Ravenna de repente, como si hubiese recordado algo.

—Amarillo y anaranjado. ¿Por qué lo preguntas?

—Palatina y Cathan fueron raptados en Taneth; no por nosotros. Nosotros los rescatamos después, pero descubrimos que los hombres a cargo del secuestro trabajaban para una familia. Cuan do los registramos, uno de ellos portaba un pase con los colores anaranjado y amarillo.

—O sea, que ya por entonces Foryth actuaba contra nosotros —sostuvo Hamílcar—. ¿No sabéis quién era su objetivo, si Cathan o Palatina?

—No sé más que lo que acabo de contarte. Sin embargo, si lo piensas un poco —continuó con el tono condescendiente, como si estuviese hablando con un niño—, Palatina no habría tenido ningún valor para ellos como rehén, tu apenas la conocías. Debían de estar acechando a Cathan.

Hamílcar no le respondió, y me pareció que mostraba un notable autocontrol al conseguir ignorarla por completo. Se volvió hacia mí.

—Creo que tu padre necesitará tu ayuda en Lepidor durante un tiempo. Así que si tenías pensado irte pronto de allí, quizá deberías pensarlo dos veces.

¿Por qué quería Hamílcar que ayudara? El negocio era suyo, y para encargarse de los asuntos de Lepidor bastaban mi padre y su consejero

principal, Atek. ¿Acaso sucedía algo malo? Pero, fuese lo que fuese, me parecía improbable que Hamílcar no lo hubiese mencionado.

Aunque quería regresar a casa, no tenía intenciones de permanecer allí. Si íbamos a iniciar un movimiento contra el Dominio, Lepidor era un sitio demasiado aislado y remoto para encender la mecha.

—Yo no necesito todavía regresar a casa —dijo Ravenna.

—Es una circunstancia curiosa dirigirse a Qalathar partiendo del Archipiélago —comentó Hamílcar.

—La ruta que yo escoja para regresar a mi tierra no es un asunto de tu incumbencia —respondió ella.

—Lo imaginaba —advirtió él, pero Ravenna ignoró el sarcasmo.

Mi camarote en el *Fenicia* era sencillo y funcional, otra señal del mal momento económico por el que pasaba Hamílcar. Nos explicó que los beneficios del hierro obtenidos hasta el momento habían servido para liquidar todas las deudas de su familia y que esperaba lograr más ganancias gracias a este viaje. Pero aún estaba falto de dinero y debería esperar unos dos años más antes que sus fondos le permitiesen afrontar gastos como modernizar sus mantas (el *Fenicia* navegaba como una torpe babosa) o encarar nuevos desafíos. La pérdida de una manta frente a los piratas podría por sí sola arruinarlo, ya que en ese caso carecería de suficiente capacidad operativa para transportar el hierro.

No me imaginaba de qué modo esperaba Hamílcar que yo lo ayudase a combatir a los corsarios de lord Foryth (yo no destacaba por ser un marino cualificado ni un brillante estratega). Era más probable que lo ayudase Palatina; ella sin duda sería más útil que yo.

Tras desempacar todo lo necesario, cogí del fondo de mi bolsa mi ejemplar de la *Historia y* me senté en lo que parecía ser una silla bastante confortable. Había pagado a la biblioteca de la Ciudadela para que me hiciese una copia del libro, que si bien no era tan legible como el original, que estaba escrito mágicamente, tenía una caligrafía aceptable y el texto correcto.

Abrí la *Historia* en uno de los últimos pasajes, buscando mayores referencias a lo sucedido en Qalathar tras la guerra, más información sobre

el misterioso pueblo de las tierras altas que se había aliado a Tuonetar. Esa parte empezaba cerca de la página cuatrocientas.

Entonces cayó algo del libro sobre mi regazo. Lo recogí. Era un fragmento de pergamino rasgado de una página más extensa y contenía un par de oraciones garabateadas con la letra de araña de Ukmadorian. Decía lo siguiente:

Cathan, quizá haya sido un poco brusco contigo, pero te ruego que no me guardes rencor por lo sucedido. Has elegido aliarte con Ravenna y te deseo todo lo mejor en lo que te propongas. Sin embargo, te advierto que ella no es quien parece ser y que te expones a un grave peligro si intimas con ella como lo haces. Incluso si ella no desease hacerte daño, otros relacionados con ella podrían intentarlo. Son personas que no están ni remotamente a tu altura ni a la de tu padre, y no desearía ver que desperdicias tu talento.

No había firmado. Contemplé la nota por un momento y luego la despedacé con ira. A miles de kilómetros de la Ciudadela, Ukmadorian intentaba todavía controlarme y envenenar mi mente. Ahora estaba libre de la influencia de aquel vejestorio y me proponía conservar esa libertad.

OceanofPDF.com

CAPITULO XVII

Llegamos a Lepidor tres días después. Pese a los pequeños daños, el *Fenicia* consiguió completar el trayecto desde Pharassa dos veces más de prisa que el *Parasur*. También me pareció algo más cómodo el *Fenicia*, aunque el viaje fue bastante más aburrido. Contemplar el océano vacío no era en absoluto tan interesante como observar los continentes.

Estaba de verdad feliz de estar al fin de nuevo en casa, incluso aunque no pensase permanecer allí demasiado tiempo. Había estado muy bien pasar dieciocho meses fuera y, en general, los había disfrutado. Pero no se podía comparar con estar en casa, y deseaba volver a ser por un tiempo el vizconde de Lepidor y no un mago entrenado en herejías. Las prácticas de magia y aprender a merodear por aquí y por allá eran sin duda más excitantes (en ocasiones quizá demasiado excitantes; recordaba haber tenido que huir de celdas, liberarme de sogas...), pero me alegraría ver nuevamente los rostros de siempre. A1 menos por un tiempo. Hubo una época en la que no me hubiese molestado en absoluto que la mayor parte de mi vida transcurriese en Lepidor, fuera conde u oceanógrafo, pero ahora...

Estaba de pie sobre el puente de mandos mientras el *Fenicia* se aproximaba al puerto submarino de Lepidor. ¡Me parecía tan insignificante comparado con los de Pharassa y Taneth! ¡Apenas cuatro plataformas de lanzamiento dispuestas en espiral alrededor de un eje! Sin embargo... ahora ya no eran cuatro. Sobre los niveles inferiores había una burbuja de construcción y dentro de la misma el esqueleto de una quinta plataforma.

Divisé a su lado un nuevo depósito en construcción y me pregunté qué estaría sucediendo. Jamás había visto un proyecto arquitectónico tan importante en Lepidor. Sospeché que se debía a los beneficios del hierro, y a medida que entrábamos en el puerto empecé a aventurar cifras.

Atracamos en la cuarta plataforma y noté otras modificaciones: un ascensor extra recorría los laterales de la sección principal, que hasta ahora había estado oculta detrás de la masa de la estructura central. La plataforma era asimismo más extensa, la superficie de descarga había sido ampliada y un túnel la comunicaba con el extremo superior de la nueva plataforma.

—Olvidé contártelo, Cathan —dijo Hamílcar sonriendo—. Lepidor ha cambiado tanto en el último año que te resultará difícil reconocerla. Tu padre ha invertido todas sus ganancias en mejorar la ciudad.

No sabía cómo me sentiría viendo tan cambiada mi ciudad natal, pero, gracias a Thetis, el deterioro que tanto nos había preocupado parecía haber revertido. De ser una ciudad que no podía afrontar el costo de talar sus bosques, habíamos pasado a construir nuevas plataformas en el puerto (una reforma muy cara pera que, sin duda, mi padre habría encarado sin pensarlo dos veces).

Las abrazaderas del puerto sujetaron el casco del *Fenicia y,* después de escurrir el agua por unos momentos, se abrieron las escotillas. Dimos las gracias al capitán y Hamílcar me indicó con ges tos que fuese el primero en subir la escalerilla circular para salir de la nave (había sólo dos plantas: el *Fenicia* medía menos de la mitad que el *Estrella Sombría) y* luego avanzar por el pasillo hacia la plataforma. Recogí el equipaje, el mismo con el que había partido, salvo que ahora, en lugar de las muestras de hierro, contenía objetos propios de un mago, y los demás se hicieron a un lado para abrirme paso.

Mi padre estaba de pie en la galería alfombrada de la sección central, al final de la plataforma. Percibí en su rostro una expresión de incredulidad cuando distinguió mi figura (era evidente que sólo esperaba a Hamílcar), y entonces sólo pude dejar mi equipaje en el suelo antes de ser embestido por uno de sus férreos abrazos.

—¡Cathan! —exclamó con incontenible alegría—. Dónde has estado todo este tiempo? ¡Has crecido!

—Aún me llevas media cabeza —le recordé.

—Tonto, no lo digo en ese sentido. Has cruzado esa puerta como si ella te perteneciese en lugar de deslizarte tímidamente como solías. Es grato tenerte de regreso, aunque no creo que reconozcas nada. —Vio entonces a Palatina, que se acercaba por la plataforma seguida de Ravenna y Hamílcar —. Bien venida también a Lepidor, Palatina.

—Y Ravenna, de la Ciudadela —añadí.

Mi padre no mostró hacia Ravenna nada parecido a la frialdad de Hamílcar, sino que le brindó una sonrisa y la recibió como invitada de honor. Ella, por su parte, respondió con una gracia en cantadora, desterrando por completo su severidad hacia los tanethanos. Eso me tranquilizó; mi padre podía ser muy cortante con las personas que no le agradaban. Un año atrás no me hubiese importado, pero ahora no deseaba que Ravenna pasase a disgusto su estancia en Lepidor.

Mi padre dio la bienvenida a Hamílcar y luego nos guió hacia la escalinata central. Al fin salimos a la luz del sol, más allá de los accesos al puerto.

Quedé paralizado, primero por el destello de la luz solar, luego por los increíbles cambios que contemplé a mi alrededor. ¡Y según Hamílcar se habían producido apenas en los últimos meses!

Por todos sitios se veían andamios y las calles resonaban con el sonido de las construcciones y las voces de los obreros. Las sórdidas tabernas que formaban una hilera junto a los muelles habían sido remodeladas y toda la zona estaba iluminada por flamantes farolas. Donde antes había un lúgubre conjunto de viviendas se levantaban ahora inmaculadas fachadas con los techos cubiertos de exquisitos jardines. Había también cambios en las calles, donde algunas de las tabernas más antiguas habían sido reemplazadas por elegantes bares.

Y el distrito portuario no había sido el único beneficiado, como pude constatar poco después. Numerosos edificios habían añadido plantas a su estructura, al tiempo que se alzaban nuevas torres, e incluso la vieja cúpula

había alterado su diseño. Cuando orienté la mirada tierra adentro me quedé boquiabierto al ver que los terrenos situados más allá de la puerta este se habían convertido en un cuarto distrito de la ciudad, entre cuyos andamios sobresalía la forma inconfundible de una fundición de metales. Y esos inmensos pabellones en la plaza del mercado...

Miré a mi padre, mudo de asombro. Era mucho más de lo que me hubiese podido imaginar, pero al mismo tiempo me preguntaba cómo era posible. Sin duda no podía deberse todo a los beneficios del hierro.

—¿Cómo lo habéis logrado? —indagué deslumbrado.

—Tras la partida de Istiq convocamos a un equipo minero de sondeo. Istiq apenas había escarbado la superficie: había allí mucho más que depósitos de hierro. Toda la montaña está colmada de minerales y en el otro extremo hay incluso un yacimiento de piedras preciosas. Así que, cuando comprobamos los resultados, decidimos que aquí deberíamos también fabricar armas. Representan mayores ganancias y son bastante más necesarias en este momento que el hierro en estado bruto.

—Y el resto del continente se ha preocupado por impedir que partieran de aquí —intervino Hamílcar—. ¿Aún están ocupadas todas las habitaciones de huéspedes?

—Fue preciso edificar cuatro nuevos alojamientos para cubrir el flujo de visitantes.

Entonces dije lo primero que me pasó por la cabeza: —¿Qué sucede con el peligro que representan los piratas? —Estamos ocupándonos de eso. Te contaré más cuando lleguemos al palacio. Sorprenderás a tu madre tanto como a mí. Cuando entramos en la avenida principal, un hombre montado en un elefante saludó a mi padre. (¿Un elefante como transporte individual? Era curioso, sobre todo teniendo en cuenta que sobre su lomo había espacio para todos nosotros.)

—¿Cómo están Moritan y Courtiéres? —indagué entonces. —Los dos han prosperado gracias a los yacimientos —respondió Elníbal—. Es muy sensato de tu parte haber pensado en ellos. Están proporcionando la parte del león en la división de las inversiones, así como múltiples trabajadores de los más diversos oficios. Moritan ha cogido un porcentaje de los

beneficios de las minas; después de todo, él ha aportado todos estos mineros. Courtiéres ha financiado la fundición.

De modo que nuestros aliados estaban contribuyendo a la prosperidad de Lepidor. Me pareció excelente. Gracias a mis estudios en la Ciudadela y a mis lecturas de la Historia sabía muy bien que los aliados resentidos son con frecuencia peores que los enemigos declarados.

Dada la gran cantidad de personas que se detenían para saludar y felicitar a mi padre, nos llevó una eternidad iniciar la marcha hacia el palacio (aún no podía divisarlo, pues se interponían las murallas del distrito Marino y los edificios situados más allá de éstas). En algunas ocasiones también me saludaban a mí con calidez y los extranjeros se maravillaban ante las sonrisas amistosas de la gente. Había más extranjeros que nunca, y en cierto sentido la atmósfera era muy diferente. Percibía que aquel pequeño pueblo del cual había partido era cosa del pasado y que el descubrimiento de hierro había cambiado las cosas una enormidad.

Al entrar a la plaza del mercado, tosiendo a causa del polvo levantado al taladrar las piedras, debimos esperar a que colocasen en su sitio las grandes vigas de un techo. Allí nos encontramos con Shihap, el mercader de ropa a quien había visto por última vez dieciocho meses antes corriendo a lo largo de la otra gran avenida para informar a mi madre del descubrimiento. Fue la primera persona de la ciudad en enterarse y, para mi sorpresa, lo recordaba.

—¡Bien venido, Cathan! —exclamó apareciendo bajo la lona blanca y púrpura de su tienda, que exhibía en su parte superior flameantes banderines—. ¿Te alegra regresar? ¿Soñabas con algo semejante cuando me comentaste la existencia de un pequeño depósito de hierro en las colinas?

—Sin duda tú sí lo soñabas, Shihap —intervino mi padre con los ojos puestos en la túnica púrpura con incrustaciones de plata que llevaba el regordete mercader. Era posible oler los caros perfumes de su barba a metros de distancia.

—Sencillamente, aproveché la situación cuando ésta se presentó, pues tengo un buen olfato comercial.

—Y unos cuantos préstamos impresionantes.

Shihap se encogió de hombros y luego se dirigió a Ravenna y Palatina:

—Vosotras no habéis estado aquí antes, señoritas. Pasad por mi tienda en algún momento. Seguro que os interesarán algunas mercancías de máxima calidad...

Seguimos adelante cruzando el mercado, que en ese día normal y corriente parecía más activo de lo que jamás lo había visto, casi tanto como cuando se había organizado la Gran Feria del Norte seis años atrás. Había multitud de mercaderes que me resultaban desconocidos, recién instalados en Lepidor, y también habían cambiado los que sí conocía: sus ropas eran más finas, su porte, más altivo, y sus tiendas, más opulentas.

La última gran sorpresa fue el propio palacio. No llegué a verlo en realidad hasta que alcanzamos el último nivel de tiendas y aun entonces no lo reconocí.

El sencillo y algo decadente patio exterior ya no estaba deteriorado. Los adornos de piedra habían sido restaurados y pintados; los azulejos de la galería y la escalera eran nuevos, más caros y, por cierto, no estaban resquebrajados.

A la izquierda del edificio central, donde se hallaban nuestros establos y acababan los jardines, se elevaba una estructura nueva. por completo, diseñada siguiendo el mismo modesto estilo colonial que su antecesora, pero que sostenía ahora una cúpula azul que, según mis cálculos, superaba los treinta metros de diámetro. Mi padre había construido una apropiada Sala del Consejo y del Trono.

—¿De dónde salió el dinero para esto? —le pregunté a mi padre, con una expresión que debió de mostrar sorpresa. Ravenna parecía algo sorprendida, pero el rostro de Palatina se veía serio y ligeramente triste.

—El próximo cargamento volverá a llenar el tesoro —afirmó Elníbal con orgullo—. ¿Te gusta?

—¿Gustarme? ¡Es majestuoso!

Algunos cambios me habían resultado un poco desconcertantes, pero al ver la cúpula comprendí con gran satisfacción personal que ahora mi clan era lo bastante rico para costear un símbolo de su poder. Sabía que las salas con cúpula eran la expresión final de la grandeza, y desde mi partida hacia Taneth dieciocho meses atrás había envidiado las cúpulas de otras ciudades.

Ahora teníamos una propia y más grandiosa que cualquier otra al norte de Pharassa.

Era evidente por qué Lijah Foryth deseaba poner sus manos en el contrato de Hamílcar. ¿A cuánto ascenderían entonces las deudas de Hamílcar? Estaba obteniendo una quinta parte de los beneficios; sin duda, esa suma tenía que ser más que suficiente para pagarle a cualquier acreedor.

Los dos centinelas dispuestos junto a la puerta, vistiendo uniformes nuevos y en postura mucho más alerta, nos saludaron cuando atravesamos el patio, que ahora tenía una fuente esculpida en forma de tigresa. Mi madre estaba al pie de la escalera, acompañada por el consejero principal, Atek, y un pequeño comité de recepción formado por oficiales y servidores. La sorpresa de mi madre no pareció menor que la de mi padre, pero su bienvenida fue un poco más reservada. Ella no había cambiado en nada, pero sus ropas eran de mejor calidad y el broche que recogía sus cabellos ya no era de plata sino de oro.

—Prometiste que estarías fuera sólo tres meses —me dijo. —Nunca destaqué demasiado en aritmética.

Sonrió con cariño.

—Tu hermano quiere saber dónde has estado. Ha crecido tanto que difícilmente lo reconocerás.

—Ya cumplió los siete años, ¿verdad? —comenté, advirtiendo que no recordaba la fecha del cumpleaños de Jerian.

—El mes pasado. Courtiéres le dio lecciones con la espada y desde entonces no ha dejado de agitarla por aquí y por allá.

Le presenté a Palatina y a Ravenna, y saludé al consejero principal, Atek, cuyas ropas seguían tan arrugadas como siempre, aunque su cintura parecía haberse expandido un poco. Entonces nos acercamos a la sala de recepción, donde se había preparado una bienvenida para Hamílcar. Ésta era amplia, de techos altos, que habían sido sobrecargados de dorados durante mi ausencia. Uno de los lados conectaba con la galería situada al sur, de cara al mar. Los servidores llevaban pequeñas copas de vino azul y sus libreas también eran nuevas. ¿No sería más sencillo enumerar las cosas que seguían sin modificar? Lepidor había estado en un tiempo tan venida a

menos que cualquier cambio hubiese sido una mejora. Sin embargo sentí nostalgia por las antiguas libreas desgastadas con sus remiendos descosidos y en los que la estilizada foca, emblema de Lepidor, había perdido la aleta o la cola.

Conversé por un rato con mis padres y con Atek sobre los últimos sucesos (la explicación de lo sucedido en la Ciudadela tendría lugar más tarde y sería secreta) y luego busqué a Palatina, recordando la expresión triste de su rostro cuando nos acercábamos al palacio.

La encontré en un extremo del balcón, con la mirada fija en los jardines del palacio que daban al mar. En una mano sostenía una copa de vino vacía. A la izquierda flameaba la bandera del Dominio, izada en la azotea del templo, ahora una planta más elevada que antes.

—¿Qué te perturba? —le pregunté sin preámbulos al aproximarme a ella.

Palatina no se volvió hacia mí.

—La cúpula y todo lo demás. Supongo que es envidia. Vuestra cúpula es parecida a la que teníamos en Cantenar, quizá algo más pequeña. Pero no es eso lo que quiero decir. Te envidio a ti, Cathan. Aquí posees la vida y la seguridad que yo perdí hace once años. Un hogar, padres que te aman, incluso aunque no sean tus padres biológicos, y un hermano. Mi padre murió hace once años; mi madre siempre sostuvo que había sido envenenado. Pero incluso antes de eso no logré verlo demasiado. Nunca le agradó la familia de mi madre y por eso yo siempre acababa en el territorio de Canteni cuando él estaba en Selerian Alastre. Y mi madre estaba siempre demasiado ocupada. También ella viajaba casi siempre a la capital para estar con el emperador y su gente. No era demasiado entretenido, ni siquiera cuando la acompañaba, pues no era una ciudad agradable. Siempre tuve tutores, maestros de lucha, compañeros... pero jamás tuve padres.

No había en la voz de Palatina ningún rastro de autocompasión, sólo una ligera tristeza.

—Cuando murió Perseus —prosiguió— pareció que las cosas cambiarían. Había tanto por hacer, Mantas posibilidades. Orosius pudo haber sido tan brillante, tan ejemplar, la última oportunidad de demostrar

que los Tar' Conantur merecían el esfuerzo que se les brindaba. Y en lugar de eso forjó una alianza con el Dominio y, según me he enterado, en los últimos tiempos envió a todos los que le disgustaban a una enorme prisión en un castillo, y no se supo nada más de ninguno de ellos. El Dominio destruye todo cuanto toca, es como una plaga, una maldición. Y ahora llego aquí, a este sitio idílico donde vives, y veo que la gente del Dominio sigue igualmente activa.

Me dejó absorto el odio profundo que había en su voz, un odio del que antes no me había percatada.

—Vamos a detener al Dominio —le dije inseguro.

—Sí, pero nos encontramos aquí mismo con una amenaza y aún no hemos comenzado. En eso consiste la familia Foryth. El Dominio ataca en sitios difíciles de distinguir, es insidioso. Si tan sólo contásemos con unas pocas de las legiones de Aetius el Grande, las cosas serían muy diferentes. Pero mira eso: ¿podrían incluso sobrevivir aquí?

Como si todo el planeta escuchase sus palabras, noté que un grupo de nubarrones empezaban a concentrarse en el este, elevándose cada vez más mientras los seguía con la mirada. Otra tormenta. El legado del Dominio. Palatina tenía razón; bastaba con mirar por la ventana para comprender por qué debía odiarlo. Regresamos dentro y le mencioné los nubarrones a mi padre. —¿Vienen desde el este? —indagó.

Asentí con la cabeza.

—En las últimas semanas, las grandes tormentas han venido en su mayoría del este. Durante un tiempo llegaban del oeste, contra los vientos predominantes, y comenzábamos a preocuparnos. Al menos ahora parecen llegar como es habitual.

Le pidió a uno de los servidores que se comunicase con el puesto de observación y le dio instrucciones para anunciar en un lapso de diez minutos la alerta meteorológica. Entretanto, la recepción volvió a capturar mi interés y pasé unos instantes hablándole a Atek de Taneth (pese a su incalculable saber sobre cuestiones de comercio, él jamás había estado allí). Era evidente que mi padre le había pedido que no me preguntase dónde había estado, al menos no en público. De hecho, ignoraba si Atek era

también un hereje. Con todo, era el primo de mi madre y había sido criado a su lado. Me pareció improbable que no lo fuese.

Diez minutos exactos después de hablarle a mi padre de las nubes resonó en toda la ciudad el persistente gemido de la sirena anunciando la tormenta.

A1 anochecer, cuando ya todos se habían ido a la cama, tuve al fin ocasión de conversar en privado con mis padres. Nos dirigimos a la sala de recepción anexa a la suite personal de mis padres, bien iluminada por la cálida luz de las lámparas de éter y por unas cuantas antorchas. Costosos accesorios dispuestos en las paredes y sobre las ventanas servían de aislantes, evitando que alguien pudiese oír nuestras voces y, al mismo tiempo, impidiéndonos sentir el rugido de la tormenta. En el interior del palacio la tormenta sólo era un rumor lejano, pero lo cierto es que todavía no había alcanzado su máxima intensidad.

Me hundí en uno de los confortables sillones provenientes de Pharassa. El mobiliario de Océanus fue, curiosamente, otra de las cosas que eché de menos. Los habitantes del Archipiélago preferían los grandes cojines a las sillas o sillones, e incluso las copias de muebles de Océanus encargadas por mi padre en Taneth habían sido diseñadas por alguien que nunca había visto los originales.

—¿Cómo fue tu estancia en la Ciudadela? —preguntó mi padre mientras yo probaba un cóctel de frutas (casi podía decirse que había bebido demasiado en la recepción; como siempre, dos copas parecían ser mi límite natural).

—La disfruté —sostuve, y les resumí todo cuanto había sucedido allí y mis impresiones sobre el lugar, aunque omitiendo toda referencia a Palatina y Ravenna, o a la discusión final con Ukmadorian. Más allá de su irritante nota, el rector no había efectuado ninguna otra protesta en relación con nuestra partida.

—Así que eres un mago —comentó Elníbal cuando acabé mi relato.

Yo suponía que semejante novedad lo sorprendería, pero eso no sucedió. Me sentí extrañamente desilusionado.

—¿Lo esperabas? —pregunté, intentando averiguar por qué no demostraba más sorpresa ante mis novedades.

—Lo sabía —confesó—. Siempre lo supe.

—Ravenna es maga también, ¿verdad? —preguntó mi madre.—¿Cómo lo sabes? —exclamé.

—Utiliza la visión mágica de la Sombra. Cuando visité la Ciudadela, uno de mis amigos tenía cierto talento mágico y todavía puedo distinguir cuándo alguien emplea la visión mágica. ¿Cómo es de poderosa?

—Más poderosa que yo —respondí—. Al menos eso creo.

Se produjo una pausa y mis padres se miraron entre sí con curiosidad.

—Padre —dije—, ¿es cierto lo que me contaste de que me encontraste entre las ruinas de una aldea? Ahora debes decírmelo.

—No, no es cierto —admitió sin rodeos—, pero la verdad es tan extraña que no podía arriesgarme a revelártela hasta que hubieses pasado por la Ciudadela.

—Palatina afirma ser la prima del emperador, una joven que, al parecer, fue asesinada el año pasado.

—Palatina se parece a ti, y quizá tenga razón. Lo que te diré a continuación no debes repetírselo a nadie, ni siquiera a tus auténticos parientes.

Elníbal jugueteó nerviosamente con una paja suelta de un extremo de su silla. Al menos en aquel momento parecía incómodo. —Veinte años atrás, cuando luchaba como mercenario en Tumarian, es un clan del este del Archipiélago, tuve unos días libres en Ral Tumar junto a Moritan y Courtiéres. Nos comprometimos a probar el vino de todas las tabernas de la ciudad en apenas cuatro días.

Intenté imaginarme a los tres de juerga, emborrachándose por ahí, pero no logré hacerme a la idea.

—Un día estuvimos hasta muy tarde por ahí, no recuerdo por qué, y salimos del bar a eso de las dos de la mañana, en medio de una tormenta. Durante nuestro regreso a casa comenzó una pelea.

Lo detuve y, cuando asintió con la cabeza en señal de aprobación, utilicé un método que Ukmadorian me había enseñado, mediante el cual podía imprimir en mi propia mente los recuerdos de otra persona. Entonces estuve allí, en la calle de Ral Tumar, dieciocho años atrás.

El trío casi perdió el equilibrio al detenerse cuando observó delante de sí a tres hombres exhaustos con uniforme blanco enfrentados a cuatro figuras vestidas con túnicas púrpuras. La calle estaba pegajosa y resbaladiza por la sangre derramada, y otros dos hombres de blanco yacían muertos sobre los adoquines.

Uno de los hombres de blanco suplicó ayuda con voz desesperada, y Courtiéres y Moritan desenvainaron las espadas. Embistieron entonces a las figuras de púrpura (de manera algo inestable, ya que estaban muy borrachos). Un segundo después se desplomó otro hombre de blanco (el que había gritado), pero la llegada de otros tres sujetos invirtió el resultado de la lucha. Dos de las figuras de púrpura fueron eliminadas y una tercera, que sostenía un bulto contra su cintura, consiguió huir.

Mi padre, que era el más veloz de los tres amigos, partió tras el tercero mientras que Moritan y Courtiéres se quedaban rematando al último de los de púrpura.

Mi padre estuvo a punto de resbalar en medio de la cegadora lluvia, pero, tras recorrer unos pocos metros, logró alcanzar al fugitivo y asestarle un golpe con el filo del arma en las costillas.

El hombre gimió, se tambaleó y cayó sobre la espalda. Entonces el bulto empezó a llorar y me percaté de que estaba viéndome a mí mismo como era veinte años atrás. Me habían envuelto con una gruesa manta desde cuyo interior podía verse un ropaje de seda verde. Me perturbó pensar que yo había sido ese pequeño bulto alguna vez.

—Conque robando criaturas —dijo mi padre con furia, pero no hubo ninguna respuesta.

Elníbal me recogió, separándome del cadáver y, tras enfundar la espada, me llevó donde estaban los demás. El último de los hombres de blanco había caído y una daga sobresalía de su estómago alrededor de él yacían tres cuerpos de púrpura y otros cuatro de blanco. Pensé que vería el

emblema del delfín de plata en la cintura del último en caer, que yacía moribundo, pero la única luz que había provenía del éter de la calle y sus ropas estaban bañadas en sangre.

—¿Quién es esta criatura? —inquirió mi padre, pues era evidente que el hombre se estaba muriendo—. ¿Quién eres tú?

—Soy Saethelen... del clan Salassa. El niño... —jadeó, tosiendo sangre, y Moritan intentó en vano moverle las manos. Pero, de algún modo, el hombre logró reanimarse.

¿Quién eres tú? —preguntó con voz espantosamente ronca. Se percibía un borboteo en su garganta.

—Elníbal, conde de Lepidor. —Lepidor... ¿dónde queda eso? —En Océanus. ¿Qué deseas?

El hombre de blanco buscó en sus ropas con manos temblorosas y sacó de su camisa un medallón con una cadena. Mientras lo sostenía, su rostro se ponía gris de dolor y perdía demasiada sangre como para que Moritan pudiese contener la hemorragia utilizando la capa de uno de los cadáveres.

—¿Reconoces esto?

Yo no logré reconocerlo, pero sí mi padre. —Es un medallón de Justiciar, thetiano.

Yo fui en otro tiempo canciller de Thetia. Por favor, júrame que criarás al niño y jamás le hablarás de esto al Dominio. Courtiéres tenía los ojos abiertos de par en par, pero mi padre cogió el medallón y dijo con solemnidad:

—Lo juro.

Otro estertor sacudió al moribundo; arqueó la espalda e intentó gritar, pero de su boca sólo brotó un chorro de sangre. Volvió a desplomarse sobre los adoquines.

—Cathan...

Sus miembros se agitaron una vez más y murió. Mi padre y sus amigos se quedaron solos con el niño bajo la lluvia.

—Mejor salgamos de aquí —dijo Moritan—. Seguramente habrá patrullas vigilando de madrugada y si nos encuentran, desearán saber qué sucedió y a quién pertenece este niño.

—Nunca llegó a decírnoslo —añadió mi padre.

La escena se desvaneció de mi mente y volví a reclinarme en el cálido y cómodo sillón de Lepidor.

—Eso es lo que sucedió —explicó Elníbal—. Cómo conseguimos huir y todo lo demás no tiene relevancia.

—¿Moritan y Courtiéres son también herejes? —aventuré.

—Sí, lo son. Courtiéres nunca fue a la Ciudadela (su tutor era un cambresiano devoto de la Tierra). Moritan sí fue, pero acabó volviéndose ateo: jamás apoyaría al Dominio, pero tampoco le preocupa demasiado el Archipiélago.

—Tu amiga, Palatina —intervino mi madre—. Su nombre es inusual y, sin embargo, creo haberlo oído hace poco.

—Así fue —le recordé—. La estrella naciente del partido republicano de Thetia era una joven de veintiún años llamada Palatina Canteni. Se supone que fue asesinada hace cerca de año y medio. —¿Crees que se trata de ella?

—No lo sé —admití, tanto para ellos como para mí mismo—. Aparentemente es mi prima.

—Tú eres thetiano, de eso no hay duda. Pero no tengo más información que pueda darte —dijo mi padre poniéndose de pie—. Mañana podremos conversar más sobre la Ciudadela y el resto de lo ocurrido.

Les di a mis padres las buenas noches y regresé a mi antigua habitación, en la torre de la esquina, una planta por encima de la sala de recepción. Habían dejado allí mi equipaje y yo ya lo había desempaquetado. Me senté en la silla a contemplar la tormenta, meditando sobre lo que había vivido mi padre veinte años atrás. No había podido reconocer el medallón de Justiciar, pero sabía de qué se trataba. Esos medallones simbolizaban la autoridad legal suprema del imperio y habían sido hechos específicamente para cada individuo. No podían ser copiados ni robados. Por lo tanto, ¿qué había llevado al canciller de Thetia a arriesgar la vida en un rincón perdido de Tumar para proteger a un niño? ¿Quién era yo, que debía ser protegido de tal manera de las garras del Dominio? Era el primo de Palatina, pero ni siquiera mi padre conocía exactamente mi verdadera identidad. Y si era así,

quizá no existiese nadie en el mundo capaz de revelármela. No me parecía probable hallar la respuesta en ningún archivo, pues, de haber sido escrita, sin duda alguien habría venido en mi busca.

Me sentí desolado, abatido. Conocer a Palatina me había dado nuevas esperanzas, pero ahora parecían evaporarse otra vez. Estaba seguro de que, con el tiempo, conseguiría averiguarlo, ya que no era posible que Palatina tuviese más que unos pocos primos directos. Pero la búsqueda podía tardar varios años.

OceanofPDF.com

CAPITULO XVIII

La tormenta seguía rugiendo a la mañana siguiente y se esperaba que durara tres días, como las dos tormentas anteriores. Aunque el Dominio prohibía el estudio de las tormentas, era de conocimiento general que llegaban en ciclos y que con frecuencia varias tormentas de idéntica duración se sucedían una a la otra.

Aprovechando el único momento en que ninguno de sus consejeros estaría trabajando, mi padre convocó una reunión del consejo. Era una reunión pública, así que invité a Ravenna y Palatina a presenciarla. Así verían cómo funcionaba Lepidor. Yo mismo era un miembro del consejo, aunque sin derecho a voto. Podía, sin embargo, asistir a las reuniones y pronunciar un discurso, aunque carecía de poder de decisión.

Pese a los cambios que se habían producido en toda la ciudad, la Sala del Consejo (diferente de la Cámara del Consejo, donde tenían lugar reuniones secretas) no había sufrido modificaciones considerables. Era un extenso salón ubicado en la segunda planta, con un techo en forma de bóveda y tapices adornando las paredes. El suelo estaba cubierto todavía con la misma alfombra azul oscuro; me agradó que mi padre no hubiese decidido reemplazarla, ya que su color era bellísimo. No menos elegantes eran las mesas y sillas ovales del consejo, hechas de antigua madera blanca pulida.

Mi padre estaba sentado a un extremo de la mesa, de espaldas a un alto ventanal situado al final del salón. Las cortinas estaban corridas en aquel

momento para silenciar la tormenta. Atek se encontraba a su izquierda y el director del consejo, Osman Tailiennus, a su derecha. Osman llevaba varios años a la cabeza del consejo, y no me resultaba demasiado claro por qué, ya que parecía incapaz de tomar decisiones.

Yo estaba junto a Atek (no me era ajeno el motivo: tanto él como mi padre deseaban controlar lo que yo pudiese hacer). Mi padre me explicó que tendría mi propio asiento en cuanto me convirtiese en miembro fijo, y me aterrorizaba tener que decirle que no estaba en mis planes quedarme.

Contándome a mí, había ahora catorce consejeros, incluyendo al director del puerto, Janus Tortelen; el avarca Gaius Siana; Shihap, y el contralmirante Dalriadis, comandante de la armada imperial y de las fuerzas marítimas. Contralmirante era su rango en la armada imperial pero, dado que aquí era el único con una posición semejante, gozaba de los poderes de un almirante propiamente dicho.

Cuando llegamos, todos los consejeros ocupaban sus escaños, con excepción de Siana y Dalriadis. La galería y la mitad de la sala opuesta .al asiento de mi padre estaban a medio llenar. Vislumbré a mi madre en el sitio que le estaba reservado, así como a Ravenna y Palatina un poco más allá. Les clavé la vista y atraje su mirada; Palatina me sonrió y Ravenna me brindó apenas una de sus medias sonrisas. Verlas me ayudó a calmar mi ansiedad. Me preguntaba por qué escalar un muro de rocas no me había asustado y, en cambio, me ponía nervioso mi primera reunión del consejo en tiempos de paz, en mi propio hogar y rodeado de mi gente.

Dalriadis apareció unos instantes más tarde, le entregó su impermeable azul con capucha a un servidor y se colocó a mi lado. Su delgada boca se torció en una especie de sonrisa cuando me vio (era su modo de darme la bienvenida al consejo). Conocía muy bien a Dalriadis y me agradaba pese al arduo entrenamiento al que me había sometido durante mi aprendizaje como marino a bordo de la manta de Lepidor, el *Marduk*. ¿Compraríamos también una nueva manta? Pensé que, quizá, los beneficios del hierro lo permitirían, ya que su precio se elevaba a medida que decrecían los

yacimientos de otros sitios. Pero todo podía cambiar si éramos atacados masivamente por piratas.

Mi padre golpeó el martillo de sesiones contra la mesa y preguntó:

—¿Dónde está el avarca Siana?

Me pareció que el desgastado martillo de caoba desentonaba con la inmaculada brillantez de la mesa y las sillas.

—Me topé con él hace una hora y me dijo que estaba viniendo hacia aquí —informó Tortelen cuando acabó el murmullo del gentío en la galería.

Mi padre iba a añadir algo, pero entonces se abrieron las puertas de la cámara y apareció la silueta de Siana apoyándose en su bastón. Los últimos pelos grises de su barba ya se habían vuelto blancos, pero, aparte de eso, era el mismo que había visto acompañando a Sarhaddon en dirección al muelle dieciocho meses atrás. ¿Qué edad tenía?, ¿setenta y tres?

—Disculpad que me haya retrasado —dijo el anciano aproximándose a su escaño y agachándose para sentarse—. Acaba de llegar una consigna de la Ciudad Sagrada.

Según me había explicado Sarhaddon, una consigna era una carta de extrema prioridad procedente de los primados, por lo general conteniendo órdenes urgentes.

—¿Podemos saber de qué se trata? —indagó mi padre. —Debo decírselo oficialmente al consejo.

Mi padre asintió e hizo la llamada formal al consejo para iniciar la sesión.

—Avarca, tu mensaje es lo primero de nuestra agenda. —Caballeros, disculpad que no me ponga de pie —advirtió Siana en tono apologético; luego siguió—. La consigna contiene órdenes anunciando mi reemplazo. El primado Lachazzar ha decidido que mis largos y valiosos servicios en Lepidor merecen una promoción para el puesto vacante de canciller en el zigurat de Pharassa. Mi sucesor, el avarca Midian, pronto llegará aquí para sustituirme.

Se produjo un momentáneo silencio, tras el cual mi padre comenzó a aplaudir iniciando una ola de aplausos y felicitaciones. Pero... ¿se iba Siana? Había sido nuestro avarca durante más de veinticinco años, desde

los tiempos de mi abuelo, y no esperábamos que fuese reemplazado, al menos no en los próximos meses. ¿Por qué, entonces, era ascendido y llamado a asumir el puesto prestigioso pero vacante de canciller del zigurat?

El sucesor designado no traía tampoco buenos presagios: Midian era un nombre haletita. Se suponía que Océanus debía tener avarcas nativos, no extranjeros. ¿Quizá era Midian alguna especie de fanático desenfrenado?

No pude exponer mis dudas ante el consejo público, así que guardé silencio; más tarde ya habría tiempo para debatirlo. Me pregunté si valdría la pena preguntarle a Siana qué sabía de Midian, si es que sabía algo.

—Lamentamos tu partida Y te deseamos todo lo mejor en tu nuevo cargo —declaró mi padre.

Se sucedieron entonces unos minutos más de confuso parloteo hasta que se restableció el orden y le preguntaron a Siana: —¿Cuándo llegará tu sucesor?

—Dejó Taneth hace cuatro días, así que estará aquí en menos de dos semanas.

—Entonces organizaremos un banquete en tu honor a principios de la semana próxima —anunció Elníbal—, tan pronto como nos sea posible. Me temo que no sea una recompensa suficiente por tus veintisiete años como avarca, pero tus superiores se han movido con demasiada rapidez como para que podamos prepararte una despedida adecuada.

Pasamos luego al primer tema de la sesión, relativo a las tarifas portuarias, pero mi mente vagaba por otros sitios. Supongo que debí de suponer que eso sucedería: Siana era un anciano agradable, no particularmente talentoso, pero adecuado para el territorio somnoliento y decadente que había sido Lepidor. Ahora que nuestra ciudad crecía con tanta rapidez camino de convertirse en la más importante al norte de Pharassa, el primado debía de contar con alguien más carismático, y sin duda más riguroso. Probablemente un funcionario de carrera para quien el avarcado era apenas un paso adelante hacia el exarcado y de ahí al primado.

Y si, como me temía, Midian era un protegido de Lachazzar, eso nos ponía a todos en grave peligro, en particular a Ravenna y a mí. Pero por primera vez sentí que estaba más preocupado por Ravenna.

Revisamos a toda prisa la mayor parte del orden del día. Atek me había dicho antes de la reunión que el último punto era el más importante. Se trataba de una propuesta formulada por una de las facciones del consejo, que exigía la anulación del contrato de Hamílcar ante la eventual pérdida de apenas un cargamento. Parecía ser un grupo contrario a Barca, al que le disgustaba la familia escogida por mi padre —qué podían saber, los muy idiotas— y deseaban asegurar una alianza con una familia más poderosa, tan pronto como fuese posible. Tal y como había dicho Palatina, Foryth ya había puesto su dinero en movimiento.

Su portavoz era Mezentus, un mercader con rostro de halcón que lideraba el comercio de especias de Lepidor. Lo secundaba

Haaluk, el capataz de la mina, que ¿no debería estar ya de regreso en su tierra?

—La familia Barca ya ha sufrido dos ataques piratas, señor, y el segundo sólo fue contenido por un golpe de suerte. Si apostamos tanto en cada nuevo cargamento, ¿por qué arriesgarnos a perder los? Lepidor incurriría en deudas si uno solo no llegase a destino, pero un segundo cargamento secuestrado nos arruinaría a nosotros tanto como a la familia Barca.

—Los ataques piratas tienen por único objetivo forzarnos precisamente a prescindir de la familia Barca —contraatacó mi padre—. Con el dinero de los cargamentos, la familia Barca será capaz de mejorar sus defensas y quizá incluso adquirir nuevas naves. Nos beneficiaremos más estableciendo una relación prolongada basada en la confianza que cambiando de familia a la primera señal de problemas.

—La confianza no evitará la bancarrota —advirtió Haaluk, combativo.

—El *Marduk* será, en primer término, lo que evitará nuestra bancarrota —adujo Dalriadis—. El *Fenicia* será escoltado por nuestra manta en sus próximos viajes.

—Entonces dejaremos sin defensas a Lepidor para proteger la mercancía —protestó Mezentus—. Ésa no es la solución.

—Las defensas de Lepidor son perfectamente adecuadas —afirmó el almirante Dalriadis en tono seco—, pero no puedo decir lo mismo de la

gente que defienden.

Elníbal lo reprendió por su comentario, aunque me pareció que más por una cuestión de formalidad que porque estuviese en desacuerdo. Eso revitalizó a Mezentus.

—No estoy poniendo a nadie en tela de juicio —añadió Dalriadis con falsa inocencia, extendiendo las manos para incluir a todos los presentes.

—Bien —comentó Shihap—. De cualquier modo, ¿quién dice que esas defensas están para proteger a la gente? Olvidaos de la gente Y pensad en todo el dinero desprotegido que hay en la ciudad. Podemos cuidar de nosotros mismos...

—¿Cómo, Shihap? —interrumpió Dalriadis—, ¿rodando sobre los piratas y aplastándolos con nuestro peso?

Shihap sonrió sin sentirse herido (me constaba que su peso no era para él motivo de preocupación y no le importaba que la gente bromease al respecto).

—Podemos cuidar de nosotros mismos —continuó—, pero ¿qué pueden hacer las monedas?

—Permanecer ocultas en tus cajas fuertes, amparadas por más fortificaciones que las que hay en la Ciudad Sagrada. —Caballeros, ésta es una reunión del consejo y os exijo seriedad —intervino mi padre con fastidio, pero los otros sonreían.

¿Acaso Dalriadis y Shihap, ambos, según Atek, incondicionales partidarios de Hamílcar, habían planeado esta comedia de antemano?

Mezentus echaba humo al ver que su propuesta dejaba de concentrar la atención de los reunidos.

—Exijo una votación —dijo entonces.

Me pregunté si eso sería propicio en ese momento: ¿no se arriesgaba demasiado pronto a exponer una posición tan extremada?

Los resultados de la votación lo beneficiaron más de lo que yo esperaba. Su propuesta fue rechazada por ocho votos contra cinco. ¿Estaría influyendo Foryth o había allí otros grupos cuyos intereses no conocía? La

posición futura del sucesor de Siana era un misterio. ¿Qué opinaría si se repitiese una propuesta semejante? Mezentus sólo debía conseguir dos votos más para obtener la mayoría.

De cualquier forma, mi padre tenía poder de veto para cualquier medida que fuese aprobada con menos de diez votos, así que estábamos seguros.

Tras votar la propuesta de Mezentus, mi padre dio por terminado el encuentro. Yo no había pronunciado ni una sola palabra, sobre todo porque no tenía ni idea acerca de la mayor parte de las cuestiones. No conocía siquiera los nombres de algunas de las calles y negocios que habían sido mencionados. De algún modo sentí que había dejado de ser mi hogar. Antes de partir nada me era desconocido, pero ahora parecía haber demasiadas cosas de las que no estaba ni remotamente enterado.

El público se puso de pie y se retiró en medio de murmullos, y Palatina y Ravenna se me acercaron. Nos reunimos en una parte de la sala apartada de los consejeros, que partían en grupos. Mezentus miró con furia a Dalriadis cuando éste hizo un agudo comentario y los que estaban a su alrededor estallaron en carcajadas. —Muy instructivo —fue el veredicto de Palatina—. Vuestro almirante es muy bueno distrayendo a la gente.

—¿Alguna vez lográis hacer algo? —preguntó Ravenna—, ¿o esos dos sabotean todas las propuestas que les disgustan y convierten todas las reuniones del consejo en comedias?

—No recuerdo que lo hiciesen con anterioridad —afirmé—. Creo haber escuchado desde la galería todas las reuniones públicas del consejo desde que cumplí los quince años, así que sé qué es lo que sucedía. Solían discutir incesantemente sobre pequeños cambios en las tarifas y Mezentus se les unía bromeando. Pero antes dichas discusiones no tenían ninguna trascendencia. Hoy no era igual... parecía hablar con mucha seriedad.

La actitud de Mezentus me había incomodado. Shihap y él habían sido siempre rivales amistosos y sus disputas no habían traspasado los límites de la cámara del consejo o las murmuraciones populares. Ahora Mezentus parecía dirigir su propia pequeña facción, y de su mirada se desprendía que no volvería a emborracharse junto a Shihap en un bar nunca más.

—Todo ha cambiado, ¿verdad? —me dijo Ravenna, exhibiendo su misterioso don para adivinar con exactitud mis pensamientos. Ella siempre me había brindado consejos oportunos, pero yo recelaba de que siempre parecía *saber* tanto lo que yo sentía como lo que pensaba. ¿Cómo lo percibía?, ¿me leía la mente?—. Has regresado —añadió—, y ya nada es lo que fue, ni tan agradable como solía ser.

Palatina nos interrumpió cuando yo estaba por decir lo primero que se me pasaba por la cabeza, que no era, por cierto, nada agradable.

—Aún no se han vuelto contra tu padre —advirtió—, ni contra Lepidor. Mezentus y sus seguidores todavía desean lo mejor para tu ciudad y tu familia; ni siquiera Foryth desea cambiar eso. Quien no les gusta es Hamílcar.

—¡Pero ésa es otra de las cosas que han cambiado! —protesté—. ¡Al parecer, todos le dieron la bienvenida con los brazos abiertos cuando vino a recoger el primer cargamento! Ahora desean romper el contrato a la primera oportunidad que se les presenta. Mezentus siempre se enorgulleció de ser un hombre de palabra, pero ahora pretende deshonrar a su ciudad.

—Sólo con la intención de obtener mayores ganancias. Sólo ha equivocado el camino —reflexionó Palatina—. Por mucho que haya cambiado la ciudad, el consejo aún está unido a la autoridad de tu padre. El hierro no ha podido modificar eso.

—Pero... ¿lo hará en algún momento? Si Mezentus ha cambiado ya de este modo, ¿cuánto más podrá cambiar?

Vi que varias personas merodeaban a pocos metros de nosotros y me pareció apropiado que saliésemos de la cámara del consejo por la puerta que la conectaba con el patio del palacio. Nos dirigimos hacia una de las habitaciones del ala oeste de la planta superior, que era todavía mi escondite privado, un sitio aún más íntimo que mi propia habitación. Era un lugar estrecho y bastante oscuro incluso en los días más soleados. Su gran ventaja era, sin embargo, la chimenea, un recuerdo de los viejos tiempos (mi habitación, situada en una de las secciones remodeladas, tenía calefacción central). Quizá fuese un sistema primitivo, pero durante las tormentas había una gran diferencia en cuanto a calidad y comodidad.

La sala estaba en penumbras, pero yo la conocía bien por dentro. Me tomó unos pocos segundos encender la leña marina que había en el hogar con un trozo de yesca. Palatina, entretanto, ponía las lámparas a media luz para que el ambiente resultase más acogedor. —Has sabido conservar los detalles más cómodos aquí —comentó Palatina echándose sobre uno de los mullidos sofás dispuestos frente al fuego.

Me había preocupado de cubrir con tapices las vacías paredes de piedra blanca; antes de hacerlo, la habitación era menos acogedora que el despacho de un funcionario de Taneth. Ravenna y yo nos sentamos en el otro sillón, de cara a Palatina.

—Creo que todo es bastante sospechoso —meditó Palatina un poco más tarde, con los ojos fijos en las llamas danzantes. Me pregunté si habría visto alguna vez un fuego auténtico en una casa. Seguramente Thetia era demasiado calurosa para eso. Tampoco es que tuviésemos aquí demasiada leña para quemar: esa chimenea era todo cuanto quedaba de las antiguas calderas del *Marduk*, descartadas en su momento, pues nadie era lo bastante rico para quemar leña marina fresca.

—¿Sospechoso en qué sentido? —intervino Ravenna quitándose la cinta del pelo y liberándolo con un meneo de cabeza. Me pareció que sus cabellos caían de un modo extraño, como si, pese a ser lacios, pretendiesen formar rizos. Al observarla recordé el otro ángulo de la cuestión: por qué me sentía tan culpable al desconfiar de ella y por qué me había molestado el modo en que la habían tratado Palatina y Hamílcar.

—Hay involucrados dos grupos de personas —sostuvo Palatina—. Por una parte está la familia Foryth, que desea el contrato del hierro y, por lo tanto, intentará sobornar al consejo y sabotear a Hamílcar. Eso es obvio, tenemos bien claros los motivos que los mueven. Pero... ¿cuáles son las intenciones del Dominio? —Se inclinó hacia adelante, utilizando las manos para enfatizar sus palabras—. Han sustituido al avarca, incluso sabiendo que se retiraría muy pronto, y lo han enviado a un puesto vacante en Pharassa. ¿Por qué han hecho eso? Podrían haber esperado y ofrecerle luego un cargo mucho menos destacado. Lachazzar no concede honores sin tener un buen motivo.

—Quizá desea tener mayor control sobre nosotros —sugerí.—¿Y por qué no esperó unos pocos meses y mandar entonces a ese tal Midian como suplente? ¿Por qué lo envían ahora con tanta prisa?

Ravenna se apartó del rostro un mechón de pelo, mirándonos atentamente desde la distancia.

—¿No podría deberse a alguna lucha interna que no tenga absolutamente nada que ver con Lepidor? Quizá Lachazzar desee ascender a Midian con mucha rapidez y necesita tenerlo cerca de un año como avarca para promoverlo luego al exarcado. O quizá lo envíe aquí para quitarlo de en medio. Lamento no poder ser de mayor ayuda, pero no hemos tenido novedades de Etlae.

—Supongo que también serán tenidos en consideración otros buenos avarcas...

—No deben hacerles falta, teniendo en cuenta que le han ofrecido a Siana ese puesto de canciller —sostuve—. Hay cientos de cargos honoríficos que no implican ningún poder y, según recuerdo, Sarhaddon me dijo que no dudaban en inventar nuevos puestos semejantes si les era necesario.

—Pero incluso si no les costase nada —dijo Palatina—, ¿por qué no esperan? Hay alrededor de trescientos avarcados. Sin duda habrá alguna otra vacante en uno o dos meses. No creo que esto sea sólo producto del azar. Debe de tener un sentido, estoy segura de ello. —Le preguntaré a Siana qué sabe de Midian —añadí—. Siana fue uno de mis tutores, lo conozco muy bien y, por otra parte, tengo que reunirme con él de todos modos. Creo que será mejor que no me acompañéis. Nunca habéis hablado con él y vuestra presencia podría complicar las cosas.

Esa tarde me envolví en un pesado impermeable y me abrí paso por las calles luchando contra el viento y la lluvia en dirección al santuario, que estaba algo alejado del palacio. No había nada que pudiese resultar sospechoso, aunque eso no me ayudaría si se hacía público el motivo de mi visita. Le indiqué al amable sacerdote en funciones que estaba allí para brindar mi devoción tras tan larga ausencia y me señaló la familiar escalera que conducía al despacho de Siana.

El avarca no se había inclinado nunca por el ascetismo y, a medida que su físico se deterioraba a causa de la artritis y el reumatismo, su despacho había ido ganando en mobiliario y ornamentos. Había cojines en cada uno de los asientos y una chimenea ardiendo siempre que no brillaba el sol. A menudo me había preguntado de dónde sacaba el Dominio dinero para semejantes extravagancias. La alfombra era muy gruesa y suave.

En una de las paredes había un anaquel lleno de antiguas tallas y esculturas. Las conocía todas en detalle debido a las largas horas que había pasado observándolas durante mis lecciones de teología con Siana. La metafísica nunca me había interesado lo suficiente para poder concentrarme en sus palabras durante demasiado tiempo.

—Puedes pasar, Cathan —me dijo una voz.

Siana estaba frente al hogar encendido, sentado en una silla adornada profusamente. Mis pies se hundieron en la alfombra y crucé la habitación hasta llegar a su lado. Me coloqué de rodillas ante su silla para recibir su bendición, mientras me preguntaba si eso seguía significando algo para mí.

—Toma asiento —me pidió tras bendecirme, señalando una silla cercana, algo menos decorada y con menor número de cojines—. Has cambiado, Cathan. Has cambiado mucho. No he cruzado más de dos palabras contigo desde que regresaste, pero puedo notar que no eres la misma persona a la que impartía lecciones.

Sus nudosas manos descansaban sobre los brazos de la silla y sus ojos hundidos miraban directamente a los míos. Parecía más frágil que antes y me pregunté si no estaría enfermo.

—He estado en Taneth y en el Archipiélago —dije—. Eso basta para cambiar a cualquiera.

Intenté escoger con cuidado cada una de mis palabras y temí sonar demasiado presuntuoso. Por muy bien que lo conociera, aún era un avarca de la jerarquía del Dominio. El enemigo. Todavía me resultaba difícil pensar que existía algún tipo de nexo entre Siana y Lachazzar.

—¿Sarhaddon te guió bien hasta Taneth?

—Sí, muy bien, y también fue un excelente compañero de travesía.

Siana esbozó una leve sonrisa.

No he sabido nada de él desde que partió de aquí-comentó entonces—. Espero que haya encontrado un protector lo bastante poderoso para orientar su camino en los primeros pasos de la jerarquía.

—Sarhaddon no parecía en absoluto interesado en escalar puestos. No con seriedad.

—No lo estaba, pero imagino que una vez en la Ciudad Sagrada habrá cambiado de parecer. La Ciudad Sagrada ofrece incontables oportunidades a los que son suficientemente inteligentes para aprovecharlas, y Sarhaddon es verdaderamente muy inteligente. Quién sabe, quizá cuando tú gobiernes aquí él regrese como avarca. El de Lepidor será en unos pocos años un cargo muy importante.

Creí que era el momento apropiado para formular mi pregunta. —¿Podrías decirme algo sobre ese tal Midian que envían en tu lugar? ¿Es un sujeto sólo preocupado por ascender puestos?

Me pareció que el rostro de Siana se oscurecía por un instante, pero con la oscilante llama del hogar no podría asegurarlo. —Midian —explicó el avarca con dureza— es un protegido de Lachazzar. Pertenece a una de las más antiguas familias haletitas; su hermano mayor es uno de los generales de Reglath Eshar y otro de sus hermanos es un veterano avarca. Y es un sacri. Sarhaddon te habrá hablado sobre los asuntos políticos del Dominio y sobre lo inestable de sus cargos. Pero al ritmo que avanza la carrera de Midian, vestirá las túnicas de exarca antes de cumplir los cuarenta años.

Mi corazón sufrió una sacudida e intenté con desesperación ocultar mi conmoción. Era algo tan malo como tener que recibir en calidad de avarca al propio Lachazzar. Palatina había estado en lo cierto: se deshacían de Siana para dejar sitio a alguien más fanático, a un maníaco religioso bien compenetrado con sus ideas. Siana pareció percibir mi ánimo y me ofreció una amarga sonrisa.

—Comprendo que no te agrada la idea y no te culpo. Midian es una de esas personas que cree en el poder absoluto del Dominio, eso que denominan «ascendencia espiritual». Para ellos el Dominio posee la misión divina de gobernar no sólo las almas, sino también los estados. Si tu padre conoce a cierto número de herejes en la ciudad cuya existencia ha fingido

ignorar de forma tolerante, haría bien en decirles que se vayan antes de la llegada de Midian. En poco tiempo empezarán a merodear los buitres.

Creo que había palidecido y me sentí de pronto muy enfermo. Ahora, además de temer por Lepidor, corrían peligro mi propia vida y las de mis padres, Palatina y Ravenna. En el lapso de unos pocos latidos de mi corazón, la herejía había dejado de ser una idea, un juego del que participábamos en una isla segura a miles de kilómetros de distancia, para convertirse en algo que podía acabar con mi vida antes de terminar el año.

—¿Te sientes bien, Cathan? —preguntó Siana.

Intenté poner mi mejor cara y parecer tan despreocupado como fuese posible.

—Sí, estoy bien. Desearía saber otra cosa. Jamás comprendí cómo ha logrado Lachazzar ser elegido primado —comenté tratando de distraer su atención—. Sarhaddon dijo que se lo consideraba parte de una secta de dementes, algo así como un grupo marginal dentro de la misma Ciudad Sagrada, y que fuese quien fuese el moderado que resultase elegido primado sin duda lo confinaría a convertir a los ralentianos junto a otro centenar de sacri. ¿Cómo pudo acceder al cargo superior sin siquiera haber sido antes un primado inferior?

Siana me dirigió una mirada astuta. Luego miró al vacío y, tras un instante durante el cual me pregunté si me respondería, me explicó lo siguiente:

—No divulgues lo que te diré, ya que se trata de información interna. No es algo que yo esté obligado a contarle a nadie. Pero me parece justo explicártelo, ya que la gente de tu clan deberá sufrir a Midian por un tiempo, mientras que yo acabaré mis días en Pharassa. Casi hasta el mismísimo final, unos pocos días antes de la muerte de Halezziáh y de la elección, el obvio sucesor era el segundo primado, Kareshurban. Él es quizá un poco más conservador de lo que fue Halezziáh, pero se trataba de la persona ideal para gobernar durante unos pocos años, mantener las cosas sin sobresaltos y no introducir ninguna reforma radical. Tiene sesenta y ocho años, así que al cabo de unos años habría muerto y alguien más hubiese tomado el relevo. Pero dos semanas antes de la muerte de

Halezziáh, los sacri descubrieron un nido de herejes ocultos en el palacio de uno de los avarcas más liberales. Se halló en su poder un conjunto de armas y un plan revolucionario. Lachazzar se hizo cargo de inmediato, ordenó una limpieza y procedió a arrestar al avarca y a todos los que en la Ciudad Sagrada pareciesen remotamente sospechosos. Daba la sensación de que, en efecto, el Dominio había tenido éxito en reducir a los herejes, y por ese motivo Lachazzar empezó a ser visto como un héroe. En consecuencia, envió a la ciudad a un nutrido conjunto de tropas para «persuadir» al Consejo de Exarcas de la necesidad de votarlo.

—¿Es decir, que presionó a la jerarquía para que lo eligiese? —Así es —sostuvo Siana con voz fatigada. Parecía hundirse en la silla y se ciñó la túnica con fuerza—. Muchos funcionarios veteranos se habían ido y los reemplazaron sacri y fanáticos. El Dominio ya no es el que era hace cinco años. Ha sido invadido por fundamentalistas, e incluso los más piadosos han comenzado a cuestionarse su propia fe.

Recordé a Etlae y su complot, los ataques a figuras sacri y del Dominio, y la conversación que Sarhaddon y yo escuchamos en el zigurat de Pharassa. ¿Acaso ella había pretendido ascender a Lachazzar al cargo de primado? ¿Por qué motivo? ¿Qué posible beneficio podría brindarle ascender a alguien cuya primera contribución a Aquasilva sería iniciar purgas aquí y allí, asesinando sin duda en el proceso a miles de personas inocentes?

—¿Durante cuánto tiempo se quedará Midian en Lepidor? —pregunté.

—Depende. Depende de si Midian sigue gozando del favor de Lachazzar y de si éste sigue con vida. Si así fuese, supongo que Midian sería ascendido a general de los sacri o al cargo de exarca en el lapso de dos años.

Dos años. Tendríamos que acoger a esa ave de rapiña alimentándose en el mismo corazón de Lepidor por lo menos dos años. Durante dos años mi padre debería vigilar cada uno de sus pasos. Y Jerian... ¿qué sucedería si Midian insistiese, como era su derecho, en hacerse cargo de su educación? ¿Lograría la influencia de Midian corromper a mi hermano adoptivo?

Siana condujo la conversación hacia cuestiones menos controvertidas, por ejemplo, en qué había empleado mis dieciocho meses fuera. A todo el que me preguntaba eso le respondía que había recibido el entrenamiento propio de los de mi posición, aprendiendo a luchar, a patronear una manta, adquiriendo experiencia de combate y lo demás, pero omitía toda referencia a la Ciudadela. El avarca me preguntó también cuál era mi opinión acerca de Taneth. Hacía años que él no iba allí y sus recuerdos comenzaban a borrarse, así que deseaba que le contase cómo era en la actualidad.

Alrededor de media hora más tarde me dijo que se iría a dormir y que era hora de que me retirase.

—Espera un momento —ordenó con autoridad cuando comenzaba a incorporarme.

Me pregunté qué me diría ahora y volví a hundirme en la silla. —He visto la expresión en tu rostro cuando te hablé de Midian y no voy a preguntarte por qué le tienes semejante pánico. Pero te diré lo siguiente: los representantes del Dominio somos los agentes de Ranthas en Aquasilva. Actuamos como mediadores entre Él y la humanidad y protegemos a la humanidad de las peores tormentas que asolan nuestro mundo. La mayor parte de cuanto hacemos, la labor básica del Dominio, no tiene relación alguna con la Ciudad Sagrada, con la jerarquía ni con nada semejante. Creas o no en las almas, lo cierto es que la mayor parte de la gente cree, y nosotros somos los únicos que podemos ocuparnos de los asuntos del alma. Quiero que recuerdes que Midian y sus carniceros no son el rostro auténtico del Dominio, que esta caza sin piedad e indiscriminada contra todos los que no siguen nuestros preceptos no representa en verdad nuestra causa. Las herejías afloran porque nuestros líderes no dan oportunidad al compromiso. Estoy seguro de que has leído la *Historia;* sería inusual que no lo hubieses hecho, casi todos los líderes de clan lo han hecho. Lo que busca el Dominio es la unidad, el cese de las guerras de religión, de las disputas confesionales, y la consolidación de una fuerza guía que, aunque no desprovista de fallos, supervise el bienestar del mundo. Midian morirá, Lachazzar morirá y, en una o dos décadas, ese movimiento extremista habrá sido olvidado. Tú te has criado aquí siendo testigo de lo que los guardianes

de un templo deben hacer. No te permitas olvidarlo, haga lo que haga Midian.

»Buenas noches, Cathan —dijo apoyando la espalda contra el respaldo y cerrando los ojos. Yo me quedé un instante de pie, inmóvil, y luego salí con sigilo de la habitación.

Recogí mi impermeable y me dirigí en línea recta al palacio para preguntarle a mi padre si nos permitiría partir en la siguiente embarcación.

OceanofPDF.com

CAPITULO XIX

No —repitió mi padre.

Permanecí absorto, sin creer lo que escuchaba. Él estaba tras su escritorio en la Oficina del Conde, rodeado de papeles. Parecía fatigado y se iba a la cama cuando me presenté con las novedades de Siana sobre Midian.

—Si partieses sólo dos días después de haber regresado, Midian comenzaría a hacer preguntas desde su misma llegada. El Dominio cree que todo es de su incumbencia y no deseo brindarles ninguna excusa para iniciar una investigación sobre Lepidor. ¿O pretendes que la mitad de la población sea quemada en la hoguera? —¿Qué se supone que debemos hacer entonces? —protesté—. ¿Esperar a que los inquisidores de Midian empiecen a indagar por su cuenta? Por lo que sabemos, es posible que también él sea un mago.

—Eso es del todo improbable —aseguró Elníbal. Luego se echó atrás en la silla, frotándose los ojos—. Cathan, yo estoy obligado a permanecer aquí como sea y corro más peligro que tú. Además, Midian *carece* de motivos para suponer que somos herejes. Empezará a cazar herejes, pero no dentro del palacio. El Dominio debe contar con una prueba irrefutable antes siquiera de arrestar a uno de nosotros, y creen que los miembros de la aristocracia somos sus más fieles seguidores. Son las clases más bajas, especialmente los mercaderes, quienes los preocupan.

Era evidente que la aristocracia acostumbraba a apoyar al Dominio sólo porque sus sacerdotes colaboraban con los líderes de los clanes para

mantenerlo todo bajo control. La nobleza era otro nido de idiotas.

—¿Entonces cómo le explicaré luego que deseo partir? —pregunté.

—A propósito, ¿adónde quieres ir? Me da la sensación de que de todos modos planeabas marcharte —repuso con cierto enojo—. ¿Qué otra cosa no me has contado?

Maldije en silencio. No tenía intención aún de hablarlo con él. —Debemos confirmar la historia de Palatina, pues si es verdadera, quizá consiga también descubrir quién soy en realidad.

La ira de mi padre desapareció. Se incorporó de la silla, me pidió que lo siguiese a la sala de estar y cerró la puerta detrás de nosotros.

—Siéntate, Cathan, y dime con exactitud qué sucedió en la Ciudadela.

—Es una larga historia —suspiré.

—Sólo las cuestiones relacionadas con la magia.

Le conté prácticamente todo acerca de la magia y del linaje de Palatina, comenzando con la primera prueba de mis poderes y prosiguiendo hasta la discusión de la última noche. Todo, quiero decir, a excepción de mis variables sentimientos de atracción y repulsión hacia Ravenna. Mi padre escuchó en silencio, interrumpiéndome apenas una o dos veces para aclarar algunos puntos. Acabé con los nervios destrozados.

—Por lo tanto —comentó una vez que concluí mi relato—, tú crees, o en todo caso Palatina cree, que los dos estáis relacionados con los Tar' Conantur.

Asentí con la cabeza.

—¿Cuánto sabes acerca de lo que ha sucedido en Thetia durante los últimos años?

—No mucho, apenas algunas cosas sobre Orosius y su padre. —El emperador Perseus II, que murió hace unos tres años, era un hombre débil que jamás debió haber llegado a emperador. Su hermano mayor fue asesinado durante un naufragio y el padre de ambos murió de la conmoción. Así fue como Perseus accedió al trono. No era demasiado buen gobernante,

carecía de carácter y era fácil de influir. Quizá fuese un artista, pero eso no es en absoluto una ventaja para ser emperador.

Fuese cual fuese el punto al que Elníbal quería llegar, iba hacia éste sin ninguna prisa. Lo interrumpí con la intención de decir algo, pero él alzó una mano y me pidió que me calmase.

—Bajo el mando de Perseus, el imperio perdió control sobre todos los territorios situados fuera de la misma Thetia, con excepción de un puñado de islas. Quien gobernaba en verdad era el exarca, que trataba al emperador poco más que como a una marioneta. Según he sabido, desaparecieron por entonces del exarcado cuantiosas sumas de dinero. El exarca se permitió incluso concertar un matrimonio para Perseus con una joven perteneciente a uno de los clanes fundamentalistas. Pero unas dos semanas después de la boda el emperador conoció a una mujer llamada Aurelia. Según todas las fuentes, se enamoró de ella a primera vista. Por primera vez en su vida se las arregló para hacer valer su autoridad como emperador y le ordenó a su capellán personal que los uniese en matrimonio. Cuando salió a la luz esa boda, las protestas fueron públicas, ya que nadie conocía los orígenes de Aurelia, ni a qué clan pertenecía, ni quiénes eran sus padres. El exarca estaba furioso y amenazó con excomulgar a Perseus, pero el emperador se mantuvo firme en su decisión y al final el Dominio se dio por vencido.

»Si el emperador logró hacer valer su autoridad prosiguió mi padre—, fue principalmente gracias a un hombre llamado Rheinhardt Canteni, que se había convertido hacía muy poco en dirigente de su familia. Rheinhardt logró liderar el reducido número de clanes lo bastante interesados en obtener reformas para apoyar al emperador, y esa alianza sentó las bases en aquel momento. De hecho, el propio Rheinhardt Canteni se comprometió en matrimonio con la hermana de Perseus, Neptunia, y, en señal de gratitud, el emperador hizo de su boda una ceremonia oficial. Las dos parejas tuvieron descendencia: Rheinhardt una hija llamada Palatina y el emperador un hijo llamado Orosius. Más o menos cuando nació Orosius fue descubierta una presunta conspiración para derrocar al emperador y crear una república. Estaba implicado el canciller imperial, que, en teoría, fue ejecutado.

Anoche te dije por qué eso no puede ser verdad, pero me temo que ignoro lo que se esconde detrás.

Tuve la impresión de que mi padre ocultaba alguna información, pero no estaba seguro y no dije nada, pues todavía no sabía con certeza adónde quería llegar.

—Con el patronazgo de Perseus —continuó—, los reformistas se hicieron cada vez más poderosos. Consiguieron introducir algunas medidas en la Asamblea de Thetia, mediante las cuales se alentaba

a los clanes a dejar atrás las fiestas orgiásticas y a volver a organizar el comercio. Por un tiempo pareció que Thetia volvería a encaminarse. Pero entonces murió Rheinhardt, casi sin duda asesinado. El Dominio lo sabe todo sobre venenos y sobre cualquier método existente para matar a alguien con discreción. Otros líderes reformistas fueron al mismo tiempo desprestigiados o sobornado$_s$ para mantenerse en silencio y, así, el movimiento de reforma llegó a su fin.

»Cuando pocos años después murió Perseus, su esposa fue obligada por el Dominio a exiliarse. Su hijo, Orosius, poseía brillantes cualidades y era respetado por casi todos en Thetia. Parecía que él sería quien brindaría a su patria el liderazgo que echaba de menos hacía tanto tiempo. Pero no fue así: Orosius enfermó y, cuando pudo recuperarse, ya había caído en las firmes garras del Dominio, y además había enloquecido. La hija de Rheinhardt, Palatina, empezó a proclamar la necesidad de mayores reformas y tomó las riendas del clan de su padre. Entonces, al menos eso se piensa, fue asesinada en vísperas de presentar a la asamblea una propuesta que habría representado el primer paso para convertir a Thetia en una república. Desde aquel momento los reformadores se han acobardado, Orosius demuestra lo malvados que pueden ser los Tar' Conantur, y el Archipiélago en su totalidad está bajo el firme control del Dominio. Éste ha gobernado Aquasilva durante doscientos años manteniendo a una ciudad o continente al acecho de su vecino, haciendo que los mercaderes detesten a la aristocracia y viceversa. Ahora los odios han demostrado ser demasiado profundos para que un continente aspire al trono imperial, pues los otros

emplearían sus energías en sabotear ese esfuerzo. La única excepción es Thetia, que ha quedado tan aislada.

»Por el momento —aseguró—, la mayor parte de la aristocracia apoya al Dominio. Es cierto que encuentran los tributos excesivos, pero el Dominio los ayuda a mantener bajo control a las clases inferiores. Si esta situación cambiase por algún motivo y el Dominio perdiese su peso entre la aristocracia (o, en todo caso, entre las clases mercantiles), los thetianos serían el único pueblo al que todos seguirían. Todos tendrían sus propios intereses, pero ninguno de ellos sentiría que se está rebajando ante un odioso enemigo. Esto no ocurrirá mientras Orosius siga siendo emperador, pero si las pretensiones de Palatina estuviesen fundadas, vosotros dos podríais ser el nexo de unión no sólo para Thetia sino para el resto del mundo.

—No me parece factible que Midian no establezca la conexión entre las dos Palatinas —intervine.

—En lo que respecta al mundo, Palatina Canteni está muerta. Si Midian es un haletita, despreciará a todos los thetianos por igual y no estará interesado en el asunto. Para asegurarnos, de todos modos, le inventaremos un pasado. Y deberemos tomar además otra precaución: tendrás que traerme todos los objetos que, del modo más ínfimo, puedan relacionarte con la Ciudadela. Los esconderé en un sitio donde los investigadores de Midian no puedan encontrarlos si deciden revolver la ciudad. En cuanto al nombre de Palatina, es raro, pero tampoco es la primera vez que se escucha.

—¿Y qué haremos con Ravenna? —pregunté, dudando de cómo actuar con ella, pero al parecer mi padre ya había pensado cómo resolver esos problemas. Lamenté que Moritan no estuviese allí, ya que era un maestro del disfraz.

—Ravenna es del Archipiélago, al igual que tú. En realidad, podría afirmar que ambos sois parientes lejanos. Jugueteó con los dedos en su mejilla y una expresión ausente, señal, como yo bien sabía, de que estaba pensando—. Sí... podría funcionar. —Me sonrió—. Lo mejor será que seáis parientes lejanos, ya que de ese modo Midian se verá obligado a ignorar el modo en que miras a Ravenna.

Dejé pasar el comentario, deseando que el resto de la gente no me lo dijese con tanta alegría. No me pareció que fuese tan obvio; en cualquier caso, ni siquiera estaba seguro de lo que sentía por ella y además era un asunto sólo de mi incumbencia, y de la de Ravenna, pero de ninguna otra persona.

—Escucha —dijo mi padre recobrando la seriedad—. Será apenas por unos meses, y luego podrás partir sin despertar sospechas, sea cual sea tu destino. No me importa ni siquiera que vayas a Selerian Alastre, aunque preferiría que no lo hicieses. Pero ahora te necesito aquí para que me ayudes a gobernar la ciudad y a defendernos de ese lunático.

—¿Y qué sucederá si descubre la verdad? —pregunté inseguro. —Si nos movemos con cuidado no lo hará. Y, además, sin sacri no puede arrestarnos.

Deseé sentirme tan confiado como parecía mi padre.

Una semana después organizamos el banquete de despedida para el avarca Gaius Siana, que se realizaría el día en que se esperaba la llegada de Midian. Siana se marcharía esa misma jornada, en el mismo buque en el que arribase Midian. Sólo podía haber un avarca residente por ciudad, así que, siguiendo las costumbres del Dominio, Siana debía partir en cuanto apareciese su sucesor. Era una ocasión formal, la despedida que la ciudad rendía a su viejo avarca, tan formal que había que vestir de gala, igual que para recibir a Midian al día siguiente. Unos tres días antes había descubierto que Palatina no tenía ropa formal para la ocasión (¿por qué iba a tener si jamás la había necesitado?). Mi padre me sugirió que la llevase a una sastrería de Lepidor para que le hicieran de inmediato un vestido a medida. Para asegurarse de que la confección se hiciese a toda prisa, me entregó una orden oficial que le otorgaba a la prenda de Palatina la más alta prioridad.

El sastre protestó, nos lanzó una mirada furiosa y murmuró todo tipo de imprecaciones acerca de clientes insatisfechos y presiones que arruinarían su negocio. Pero incluso a regañadientes condujo a Palatina a su taller para tomarle las medidas. A eso siguió una nueva catarata verbal durante la cual aseguró que no podría terminar el vestido en sólo tres días, ya que no

contaba con diseños previos, y se preguntaba a toda voz qué harían su esposa y sus cuatro hijos si perdía al resto de sus clientes... se arruinaría.

Para calmarlo fue necesario sumarle un diez por ciento a sus honorarios, aunque yo sabía perfectamente que el regordete sastre con cara de luna vivía sólo con su madre y no tenía ningún hijo. La mayor parte de sus ingresos se irían en bebidas. Al menos no había cambiado mucho desde los viejos tiempos, aunque su tienda había sido ampliada.

Palatina escogió para su vestido una tela verde, ya que ése, según me dijo, era el color del clan Canten¡, y el sastre prometió acabarlo a tiempo para el banquete.

Palatina no creyó que cumpliese su palabra, pero, la noche del banquete, el vestido estaba hecho, aunque debimos apurarnos a darle los toques finales unos diez minutos antes de la ceremonia, con el asistente del sastre gritando quejas sobre los botones.

El banquete y la recepción posterior se desarrollaron en el ala nueva del palacio, con la pintura de las paredes aún llamativamente nueva y brillante y un deje de su olor en el aire. Cuando llegamos, agradecí a la Patrona de los Vientos, Althana, que nos hubiese dispensado un día agradable. Empezaba a hacer calor dentro del edificio con tantos invitados, pero con una tormenta, que nos obligase a cerrar todas las puertas y ventanas de la sala, el ambiente hubiese sido asfixiante.

El portero, uno de los servidores del palacio, nos hizo pasar a través del ancho portal desde el jardín exterior hasta los pasillos llenos de gente y muy bien iluminados del interior. Había dos grandes salas de recepción, cuyos suelos estaban cubiertos por una alfombra azul similar a la de la Cámara del Consejo y una claraboya de vidrio ocupaba el centro del techo, permitiendo la entrada de mucha más luz que las tres altas ventanas laterales juntas.

Mis padres ya estaban allí y, a su lado, para mi sorpresa, estaba Jerian. Me pregunté por qué mis padres le permitían asistir a una reunión como aquélla.

La primera persona con la que nos topamos fue Dalriadis, de pie junto al teniente primero del *Marduk*. Ambos vestían su uniforme naval, de color azul oscuro con galones plateados.

—Buenas tardes, Palatina, Cathan —dijo con una leve sonrisa—. Espléndido vestido, Palatina. Me sorprende que el sastre haya conseguido estar apartado de la cerveza el tiempo suficiente para acabarlo.

—La cerveza no se perdió —intervino el teniente primero, un hombre alto y algo encorvado con una barba rizada—, Haaluk se la bebió toda en su lugar.

—Ahogando las penas —añadió Dalriadis—. El dinero de lord Foryth ha sido bien empleado.

—El mundo sería un sitio un poco mejor si alguien decidiese ahogar a lord Foryth —comenté.

—Me veo obligado a estar de acuerdo. A propósito, lo habéis conocido, ¿verdad?

—No creo que «conocer» sea la palabra adecuada.

Nos abrimos paso entre la multitud, todos con sus ropas formales, cuyos colores por lo general tendían al rojo, el azul o el verde oscuro, en busca de Ravenna. La encontré junto a una de las ventanas, concluyendo una conversación con el jefe del puerto, Tortelen. Ravenna llevaba el cabello recogido del mismo modo que cuando la había visto por primera vez, a bordo del *Paklé, y su* vestido era de color verde marino oscuro.

—Veo que os las habéis apañado —dijo con seriedad—. Cathan, me gusta verte de etiqueta. Y tú, Palatina, veo que has encontrado un color familiar.

—No es conveniente que se entere todo el mundo —recordó Palatina.

—¡Vamos! Podrías proclamarte a ti misma emperatriz en este sitio y la única reacción que obtendrías sería que algún integrante del consejo te pidiese que actuases en favor de uno u otro. —Los ojos de Ravenna señalaron el lugar donde se encontraba Tortelen, de espaldas a nosotros, sumergido en una intensa charla con el teniente de Dalriadis.

—¿Qué es lo que pretendía? —pregunté.

—Quería que utilizase mi «influencia» sobre ti para averiguar qué es lo que piensas realmente de Hamílcar.

—¿Es que todos están confabulando por el poder? —exclamé, fastidiado por el modo en que las maniobras políticas estaban

entrometiéndose en ese asunto. Quizá en el mundo exterior todas las negociaciones se llevasen a cabo de modo semejante, pero Lepidor había sido siempre diferente: una reunión social era una reunión social. Hasta ahora.

—Recuerdo —dijo Palatina de repente, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado— que durante un funeral oí la conversación entre un general y un ministro. No estaba relacionada con el hombre que había muerto, ni con el dolor que su desaparición les causaba: el tema de discusión era quién le sucedería en el cargo. Eso sucedía durante el servicio fúnebre, es decir, mientras el exarca pronunciaba una plegaria. Sé que no nos agrada el Dominio, pero eso era un funeral, no una asamblea. Me puso furiosa.

La miré con perplejidad por un instante, pero ella sólo se encogió de hombros, algo que me resultó bastante perturbador considerando lo ceñido que llevaba el vestido.

—Puedo recordar las cosas más extrañas —agregó.—¿Recuerdas a alguien en particular?

—Sólo a partir de los detalles más pequeños. Al único que puedo recordar con claridad es a mi tutor de guerra, ya que era muy alto. De todos modos, no es momento para hablar de eso. ¿Disfrutamos de la fiesta?

—¿Te refieres a ir preguntándole a cada uno a favor de quién está? —dije, y me sorprendí de mi propia amargura. ¿Qué clase de regreso a casa era éste? Todo cuanto podía salir mal parecía haber sucedido.

Ravenna volvió a dirigirme la mirada, pero todo rastro de cordialidad se esfumó poco después (debió de haber recordado mi mal humor del día anterior). Eso no me hizo sentir nada mejor. Simplemente me sentí más solo.

Avanzamos en dirección a mi padre y a Siana, para que viesen

que ya estábamos allí. De alguna manera, Palatina consiguió interceptar a un camarero y nos trajo unas bebidas, aunque yo no pude ver a ningún sirviente en los alrededores.

—Buenas tardes —dijo Siana al vernos. El anciano sacerdote llevaba puesta la túnica de avarca, roja con bordes dorados, la más lujosa del

ceremonial. Se suponía que sus galones sólo eran una cuestión de diseño, carentes de cualquier significado que no fuese el de símbolos religiosos, aunque hacía algún tiempo Siana me había mostrado en su túnica las focas bordadas, emblema de Lepidor.

—Estás maravillosa —le comentó a Ravenna y en su envejecido rostro pareció cruzarse una sonrisa.

—Gracias —le respondió ella.

Supongo que yo fui el único en notar el efecto que la sencilla cortesía del avarca había tenido sobre ella. Era muy contada la gente que le dirigía a Ravenna halagos sinceros.

—¿Cómo estás, querida? —le dijo a Palatina, y me percaté de que sus ojos la estudiaban.

Por un instante hubo algo de confusión en su mirada... ¿o es que la reconocía? No podría asegurarlo. Pero el caso es que Siana meneó levemente la cabeza y esa expresión se esfumó de su rostro.

—Cathan, para variar intenta comer algo —me propuso—.Todavía estás tan delgado como un esqueleto, y no dudo que has pasado hambre después de dieciocho meses alejado de la excelente cocina de Zephehat.

Zephehat era el mejor chef del clan y mucho más hábil que muchos cocineros que había conocido en palacios y zigurats a lo largo de mi viaje. Ese despreocupado comentario era típico de Siana, que adoptaba esa actitud al enfrentarse al más duro trance de su vida. Lepidor sería un sitio menos grato tras su partida y, por lo que habíamos oído, Midian ignoraba incluso cómo sonaba una broma.

Nos hicimos a un lado para permitir que los que acababan de llegar saludasen a mi padre y al avarca. Terminé mi bebida y vagué por la sala. Cerca del portal que comunicaba con la sala del banquete, Mezentus estaba inmerso en una intensa conversación con un grupo de líderes de familias.

Me acerqué a Palatina y se lo conté.

—¿Vamos hacia allí y le decimos cuánto nos agrada verlo? —sugerí.

Palatina sonrió.

—No es nuestra intención ser demasiado simpáticos con esos líderes, ¿verdad? Mezentus es capaz de hacer campaña a su favor y hablar con

nosotros al mismo tiempo.

Nos acercamos al pequeño grupo. Mezentus estaba de espaldas a nosotros, pero noté que uno le hacía un gesto con la cabeza y el mercader se volvió rápidamente con una sonrisa falsa. —Buenas tardes, vizconde.

—Buenas tardes, Mezentus —respondí—. Permíteme presentarte a mis primas lejanas, Ravenna y Palatina.

Por fortuna, un primo de mi padre se había casado con alguien del Archipiélago, así que era verdad que tenía primos de allí. Mezentus ignoraba que jamás los había conocido. En realidad era lo mejor, ya que vivían en las islas del Fin del Mundo; según Persea, uno de los sitios más desolados del norte de Silvernia.

Hicimos cuanto pudimos por interrumpir la conversación de Mezentus y disolver el grupo que había congregado. No es que estuviesen intrigando ni nada parecido, pero era inusual que se reuniesen tantos líderes familiares, y Mezentus debía de estar intentando sonsacarles su opinión sobre Hamílcar.

Y a propósito... ¿dónde estaba Hamílcar? No era habitual en él llegar con retraso.

Mantuve una conversación formal con el líder de la familia Setris por unos momentos, hasta que Da1riadis, que al parecer quería atenuar sus insultos, llamó a Mezentus, y entonces me excusé y fui en busca de Hamílcar.

No pude encontrarlo hasta pasados unos diez minutos, cuando dirigí la mirada a mi padre y distinguí por fin, asomándose entre la multitud, su inconfundible silueta. Hamílcar vestía una chaqueta verde que parecía un poco pasada de moda para el gusto actual. ¿Por qué no iba de etiqueta?

—Sufrí un accidente en mi piso —explicó. Me pareció bastante enfadado—. Una fuga de agua empapó la mayoría de mi ropa. Tuve que pedir prestada esta chaqueta en el guardarropa de tu familia y me llevó mucho esfuerzo ajustarla a mis medidas.

Me compadecí de él. Era mala suerte carecer de prendas decentes para vestir en una fiesta. La chaqueta que llevaba puesta debía de haber pertenecido a uno de los tíos de mi padre, el único lo suficientemente alto en toda mi familia para llevarla.

—Seguro que te apetecerá charlar con el líder de la familia Setris —le dije, todavía molesto por el modo en que una fiesta de despedida estaba convirtiéndose en una mascarada política—. Aquel sujeto gordo de traje amarillo, Mezentus, estuvo con él hace un rato y es uno de los que no están seguros de que seas el mercader ideal para la ruta del hierro.

—Gracias —me respondió Hamílcar—. Ya sabes, me agota el modo en que acaban siempre las cosas, con gente intentando convencer a sus huéspedes de que deben apoyar sus planes. No sé si ya te has habituado a ello, pero en Taneth nunca cuentas con un instante de relax. Nadie bebe nunca durante las fiestas, pues temen revelar secretos de sus familias si se emborrachan.

—Aquí las cosas no son mejores —afirmé, mirando con desánimo los pequeños grupos de personas a mi alrededor. ¡Y el banquete todavía no había comenzado!

—Lo son en cierto modo —comentó Hamílcar.—¿De veras lo crees?

—Al menos la gente de tu clan no se acuchilla entre sí por la espalda. En Taneth debes llevar guardaespaldas a todas las fiestas importantes, ya que matones como Lijah Foryth envían pandillas encapuchadas de sus propias filas para atacar a sus adversarios en el camino de regreso a casa.

Recorrí los dos salones durante la siguiente media hora, intentando disfrutar de la fiesta como lo hubiera hecho antes de que se descubriese el hierro. Pensé que eso había cambiado para peor el ambiente del clan. Antes, cuando todo era incierto, todos trabajaban hombro con hombro, atenuando sus diferencias y haciendo lo posible por ocultar la decadencia bajo un manto de alegría. Ahora que el futuro estaba asegurado, se ponían tensos y competían entre sí por los cargos. ¿Sucedería lo mismo en las familias más lejanas? ¿O tan sólo en la misma Lepidor?

Cuando comenzó el banquete me descubrí sentado entre Siana y Ravenna. El rango de Ravenna no hubiese bastado, en realidad, para que ocupase la mesa superior, pero, como dos mujeres de nuestra familia estaban ausentes (una de ellas dando a luz y la otra en el hospital de Kula, recuperándose de una caída), Ravenna pudo sentarse allí.

A mi izquierda, después de Siana, estaban mi padre, mi madre, Hamílcar y tres dignatarios familiares. El embajador de Pharassa, representante del rey, estaba a la derecha de Ravenna. Mezentus y sus seguidores estaban dispersos, y me pregunté si mi padre no habría «colaborado» al distribuir los sitios de cada uno en la mesa:

Haaluk estaba frente a Dalriadis, en un extremo de una de las mesas bajas, mientras que el anciano y arrugado maestro oceanógrafo estaba junto a Mezentus,. Unos sitios más allá de Dalriadis, en la mesa central, estaba Palatina

Se sirvieron los entrantes y a continuación el primer plato, pez cardenal frito.

—Existe una historia acerca de un primado y un pez cardenal —dijo Siana dirigiéndose a :mí cuando nos servían los platos—. Sucedió hace unos siglos. El Dominio acababa de elegir a un nuevo primado, un hombre de Equatoria que jamás había visto el mar. Durante su banquete de investidura, los servidores le trajeron un pez cardenal entero en unas fuentes y lo pusieron frente a él. El primado decretó entonces que, a partir de ese momento y debido a su color rojo, el pez cardenal debía ser servido a él y a sus exarcas. Los demás sacerdotes; no estaban demasiado felices con su decisión, así que idearon un plan. Ordenaron llevar a palacio, a costa de las reservas del propio primado, toneladas y toneladas de pescado cardenal e instruyeron a los cocineros para que se los sirviesen al primado noche y (día. El hombre acabó odiando el sabor del pez cardenal, pero quedaba por resolver la cuestión del edicto, ya que el primado no quería quedar en ridículo. Por tanto, los sacerdotes propusieron que quemase el resto del pescado en honor de Ranthas. A continuación apilaron cuanto trapo sucio —hallaron en la cocina y los cubrieron con una capa de peces cardenal, de manera que al encender el fuego el primado pensó que todos habían sido quemadas. Pero nada mas darles la espalda, los sacerdotes organizaron suntuosos banquetes de pez cardenal a expensas del primado. De más está decir que su sucesor revocó el edicto.

La historia de Siana ofreció a mis ojos una imagen humana del Dominio: la idea de los sacerdotes engañando a su primado no parecía

encajar en absoluto coro las figuras de Lachazzar y los sacri.

No lo divulguéis —susurró Siana—. Al poder no le agrada las bromas sobre sus primados.,

Esa frase me resultó más familiar, pero a medida que comía el pescado me pregunté cuánto tiempo le habría llevado al primado hartarse de él. Era sin lugar a dudas mi pescado favorito y podría haber comido muchos más ;si no fuese una especie tan escasa.

Ravenna apenas pudo pronunciar palabra en medio del monólogo del embajador de Pharassa Pero, en un instante, cuando él dejó de hablar para acabar su pez cardenal antes de que retirasen los platos, Ravenna me dijo con su frío tono de voz habitual: —¿Todos son por lo general así de callados?

El bullicio no parecía diferir del de cualquier otro banquete. —No noto nada extraño —respondí.

—De la mesa donde está Mezentus parte muy poco ruido, pero aquella en la que está Haaluk es muy bulliciosa.

—¿Eso es muy significativo?

—No era más que una observación —me respondió, volviéndose nuevamente para preguntarle al embajador algo sobre los vinos de Pharassa.

—¿Sabes?, ella tiene razón —dijo Siana susurrándome al oído izquierdo —. Las cosas están muy silenciosas por ahí.

—Es que la mayoría de personas que están en aquella mesa no son compinches de Mezentus —subrayé.

—Es cierto, pero deberían cuidar los modales y hablar al mismo volumen que lo hace él. Además, Mezentus está bebiendo bastante y, sin embargo, no se pone cada vez más ruidoso.

—Quizá lord Foryth le haya pagado esta vez para callarse —añadí. Los camareros retiraron el primer plato y sirvieron el principal: pavo asado, muy bien cocido. Pero yo ya no pude concentrarme en la comida y ni siquiera toqué mi segunda copa de vino.

Sucedió al concluir el banquete, después de que un conjunto de instrumentistas de laúd dejó el escenario en medio del aplauso general. Oí a

Hamílcar decir algo sobre mi madre, pero fue interrumpido por Mezentus, que se incorporó dando tumbos de su asiento.

—Disfrutaste al hacerlo, ¿verdad? ¿Disfrutaste? —le preguntó a Hamílcar gritando—. Tranquilizó tu alma, ¿no es cierto?

Siana se levantó de la silla y se enfrentó a Mezentus:

—No permitiré que insultes a un huésped en esta sala, Mezentus. —No estoy insultándolo, av... avarca. Pero su alma necesita reposo, ¿no es cierto? Está atormentada por la sombra de su tío.—¡Mezentus! —estalló mi padre —. ¡Retírate de la sala!

—¿Y qué hay del as... ase... asesino sentado a tu mesa? ¿Eh, conde? Un lobo con piel de cordero. Te asesinará también si no tomas precauciones. El tanethano mató a su tío, ¡lo mató!

Se produjo un silencio perturbador en la sala. Luego Siana se volvió hacia uno de los camareros. El anciano casi temblaba de ira, jamás lo había visto tan furioso.

—Conduce a este hombre al templo y enciérralo en una de las celdas de penitentes.

—¿Y qué hay del asesino? —preguntó Haaluk.

—Sólo los más miserables de Taneth pueden haber difundido ese rumor —dijo Hamílcar con furia, y luego lanzó una mirada por completo fría y despiadada al aristócrata tanethano—. Haríais bien en no asociaros con ellos.

OceanofPDF.com

CAPITULO XX

La gente que había a mi alrededor en la cabina de recepción del puerto submarino parecía incómoda. Noté cómo Dalriadis consultaba repetidas veces su reloj y el propio Siana, vestido con túnica de sacerdote y apoyado en su bastón, parecía preocupado.

Cambié una vez más mi peso de un pie al otro, preguntándome por qué la manta de Midian tardaba tanto en atracar. ¿Qué estaba haciendo el nuevo avarca?, ¿bendecir la puerta para limpiarla de herejías?

Miré hacia el amplio ventanal junto al acceso al muelle, donde la manta estaba detenida, pero desde donde estaba me era imposible ver si ya había sido conectada la exclusa de aire. Habían llega do hacía más de diez minutos, pero desde entonces no teníamos ninguna novedad de la manta.

Un resonante crujido y luego una explosión se oyeron entonces a lo largo del muelle y vi a mi padre y a los demás consejeros ponerse tiesos, con las miradas fijas en el sitio de donde provenían.

Se oyó otra explosión cuando las puertas se abrieron y luego, muy brevemente, el sonido de voces. Entonces sentí pasos avanzando por el muelle. Me bajé las mangas de la chaqueta y concentré la vista en la aparición del avarca.

A medida que los pasos se acercaban, me descubrí preguntándome cuántos pasos le llevaría a Midian atravesar el muelle. Pero mis cálculos fueron interrumpidos de forma abrupta cuando el avarca Midian cruzó el

portal del muelle y pude ver por primera vez a nuestro nuevo sacerdote y quemador de herejes.

Mi impresión inicial no me dio indicios de que fuera en absoluto un demonio fanático. Era un sujeto ancho de hombros, llevaba la barba rizada y el bigote tradicionales de los haletitas, y su rostro parecía abierto y cordial. Su túnica de avarca era con mucho más espléndida que cualquiera de las que hubiese llevado Siana. Estaba adornada con muchísimo hilo de oro pero, a diferencia de la estilizada foca en las mangas de Siana, no pude distinguir ningún dibujo o emblema. Siguiendo la costumbre, Siana dio unos pasos adelante sosteniendo con ambas manos el bastón simbólico del cargo.

—Sé bienvenido en nombre de Ranthas, avarca Midian del clan Lepidor. A ti te entrego este cargo y el cuidado de estas almas. Midian le hizo una reverencia y luego extendió las manos para coger el bastón que le entregaba Siana.

—Dómine Siana, acepto este cargo que me has confiado. Que Ranthas llene de paz el camino que recorras a partir de ahora. Siana dio un paso atrás y Midian alzó el bastón. Mientras yo me ponía de rodillas, imitando al resto de la gente de la sala, una ráfaga de dolor atravesó mi cabeza y casi tuve que apoyar una mano en el suelo para no perder el equilibrio. El dolor pasó tan pronto como había venido, pero cuando elevé la mirada mis ojos chocaron con los de Midian y comprendí que se había percatado de mi percance.

—En nombre de Ranthas, os bendigo a todos y que sus llamas os protejan eternamente.

Se produjo una pequeña pausa, y luego mi padre volvió a incorporarse.

—Bien venido al clan Lepidor, avarca —dijo. —Es un honor estar aquí.

Entonces mi padre y los dos avarcas, el antiguo y el nuevo, se abrieron paso entre la multitud en dirección al ascensor. Ahora tendría lugar una reunión privada en el templo acerca de la situación religiosa del clan, tras la cual Siana partiría a bordo de la misma manta que había traído a Midian.

Cuando el ascensor se elevó perdiéndose de vista, los consejeros se dirigieron a la escalera, ansiosos por huir de la enrarecida atmósfera de la

estrecha sala de recepción. Mi misión era encargar me de seleccionar el séquito personal de Midian, los sacerdotes y sus familias que reemplazarían a algunos colaboradores de Siana. Un buen número de los puestos de cada templo se cubría con dependientes o protegidos del avarca, mientras que tres o cuatro de los sacerdotes y monaguillos de Lepidor acompañarían a Siana en su viaje a Pharassa.

Las voces de los consejeros se perdían subiendo por la escalera del muelle, y sólo quedaban en la sala dos jóvenes monaguillos (los únicos que no tenían obligación de recibir a Midian en el templo). Ambos eran de mi edad: uno llevaba la cabeza afeitada y mostraba una expresión distante; el otro, que debía de haber conocido a Sarhaddon, tenía cabellos castaños rizados y una franca sonrisa.

—¿Sabes cuántos hombres ha traído consigo? —susurró el segundo.

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea. Es un haletita y ellos no viajan con poco equipaje.

Un instante después salió de la nave el séquito de Midian. Cuando avancé para recibir a su líder, un hombre de unos cuarenta años con porte distinguido, llegué a contar a tres sacerdotes, incluyéndolo a él, dos monaguillos, cuatro mujeres y un niño, además de otras dos personas.

Una de ellas era Elassel, la joven que yo había conocido en el zigurat de Pharassa, que ahora no vestía una túnica del Dominio, pero parecía igual de rebelde e indomable. La segunda era un trabajador, un mago de la mente.

—¿Por qué? ¿Por qué ha traído uno? —exclamó Palatina caminando en círculo alrededor del lugar donde yo estaba sentado—. ¿En qué podría ayudarlo aquí un mago mental? ¿Crees que sospecha que hay magos aquí?

—¿Cómo podría saberlo? —intervino Ravenna—. Las órdenes deben de haber sido impartidas antes de que nosotros llegásemos a Lepidor y tampoco existe ninguna razón para que sospechen de nosotros.

—¿Será posible que exista otro mago en la ciudad? —aventuró Palatina desplomándose sobre una silla.

—Supongo que es posible —dije, tratando de mitigar el hecho de que todo eso me asustaba. Incluso sabiendo que, por lo general, el Dominio no perseguía a los líderes de los clanes, si ese mago mental detectaba el menor

rastro de magia tanto en mí como en Ravenna, estaríamos a su merced. Bastaba sólo con que percibiese la presencia de magia en el aire, aunque no pudiese identificarnos, pero buscaría a alguien que pudiese hacerlo... y sería nuestro fin.

—Si vosotros no hacéis *ningún* uso de vuestra magia, ninguno en absoluto, ¿podría descubriros igualmente?

—Existe la posibilidad —respondió Ravenna, sentada en la silla frente al escritorio. Su rostro estaba más serio de lo habitual y tenía los ojos clavados en la alfombra—. Si él emplea algún poder mágico estando a pocos metros de alguno de nosotros podría comprender la situación. Hay también otras formas por las que podría darse cuenta incluso sin proponérselo, por accidente. Y, por supuesto, si empiezan una caza de magos, tendremos problemas. —¿Podéis hacer algo para inmunizaros?

—¿Inmunizaros? Eso es exactamente...

—No quiero decir para protegeros, sino algo que haga menos probable que os detecten.

Busqué en mi mente intentando recordar si había algo en las lecciones de Chlamas y Jashua que fuese de ayuda. Nos habían enseñado o un par de métodos para camuflarnos en presencia de los magos U del Dominio, pero éstos sólo funcionaban si había sólo uno de nosotros. El hecho de estar juntos Ravenna y yo en Lepidor, por algún motivo, nos hacía mucho más fáciles de detectar de forma individual.

Y no había nada que pudiésemos hacer contra los magos de la mente. .

—No lo creo que exista un método —empecé a decir, pero Ravenna me interrumpió.

—Hay una posibilidad —explicó—, pero no es algo que me agrade, y verdaderamente sólo ponerlo en práctica ya es bastante peligroso si un mago mental merodea a nuestro alrededor.

Por un segundo levantó la vista desde la alfombra hacia mí y luego hacia Palatina. Me pregunté qué iba a proponer. Chlamas, Jashua y todos los antiguos libros habían insistido en que el único modo de evitar ser detectados por un mago mental era echarse al suelo y suplicar un milagro. Por fortuna había pocos magos mentales. —Cathan, ¿recuerdas lo que

hiciste cuando Palatina se cayó por el acantilado? —me preguntó volviendo a mirarme. ¿Qué era esa expresión que percibía en su rostro?

—Empleé magia para comprobar cuánto daño se había hecho. —¿Hasta qué estrato lograste llegar?

—Hasta el campo de la mente —respondí mirándola con suspicacia. Parecía dominada por la incertidumbre, y eso era tan raro en ella que no le sentaba bien.

—Supongo que nos resultará posible... contener... nuestra magia enviándola al campo del alma. Eso nos mantendría a salvo a menos que el mago mental nos tocase mientras hace uso de su magia.

Su voz se fue apagando.

—¿Entonces...? —intervino Palatina con ansiedad.

—Resulta que no podemos hacérnoslo a nosotros mismos. Es preciso que nos lo hagamos mutuamente.

Me quedé helado, en un estado de conmoción, pero ella rehusó enfrentar su mirada con la mía.

—No me extraña que afirmen que es imposible.

—Y revertir el proceso podría ser casi tan difícil como llevarlo a cabo —concluyó Ravenna.

—Podemos discutir el asunto más tarde —sugerí poniéndome de pie y avanzando en dirección a la puerta—. He de hacer una visita.

Hasta entonces no había tenido oportunidad de hablar con Elassel, ya que si lo hubiese intentado a su llegada los sacerdotes podrían haberse ofendido. Por eso, antes de que volviese a palacio ella me susurró que fuese a verla en cuanto pudiera. Elassel había despertado mi curiosidad en nuestro fugaz primer encuentro unos quince meses atrás y deseaba conocerla mejor.

Ella podría saber por qué Midian había traído consigo al mago mental. Y, además, necesitaba alejarme de Ravenna.

Todavía me sentía confuso mientras caminaba por las calles. El calor de la tarde era denso y opresivo, lo que anunciaba una nueva tormenta. ¿Acaso Ravenna hablaba en serio respecto a su propuesta? Me constaba que, al menos en teoría, la treta podía funcionar. Pero... ¿a qué coste? ¿No sería el precio demasiado elevado? Como a cualquiera, me aterrorizaba la idea de

que otra persona entrase en mi mente. Había empleado mis poderes cuando Palatina cayó del acantilado, pero sólo porque se trataba de una emergencia. Le conté mi experiencia no bien recobró el conocimiento, y me dijo que había hecho lo correcto.

Pero incluso si lo proponía en términos de igualdad, el plan de Ravenna era algo muy diferente. Me parecía bien ocultar los poderes mágicos en un nivel donde ningún mago nacido hasta entonces pudiese acceder sin nuestro consentimiento. Pero una vez que los poderes estaban allí, la única persona capaz de recuperarlos sería aquella que los ocultó en un principio. Para revertir el sellado de nuestra magia deberíamos hallarnos ambos en un mismo sitio y sin correr el peligro de ser detectados. Hasta ese momento, ninguno de los dos tendría poder sobrenatural alguno, seríamos como cualquier otra persona. Como cualquiera.

No es que eso fuese necesariamente malo; por otra parte era poco probable que pudiésemos emplear nuestra magia teniendo a nuestro alrededor las cohortes de Midian. Los padres de Elassel integraban el séquito del primado y me preguntaba qué nexo los uniría a él.

Al día siguiente tendría lugar la ceremonia de investidura y, cuando llegué al templo, todo era un caos, con los monaguillos y servidores cargando equipajes y ropas de aquí para allá. Sólo un puñado de personas oraba en el altar del patio exterior y no tardaron mucho en partir, supongo que para evitar ser atropellados por los nuevos sacerdotes que cargaban bultos desde el puerto.

Entré por el alto portal principal y atravesé la resonante antesala pintada en sepia. Dos de los viejos sacerdotes de Lepidor que permanecían en su puesto —Siana y su séquito habían partido una hora atrás— conversaban con uno de los recién llegados, que bien podía ser el padre de Elassel.

No quise interrumpir su charla, así que detuve a un monaguillo, el de pelo rizado que estaba en el puerto, y le pregunté dónde se encontraba Elassel.

—¿La joven? Asentí.

—Creo que en los jardines. Ten cuidado, es casi salvaje. —¿Quieres decir que no ha apreciado tus intentos de hablar con ella?

Abandoné la antesala utilizando una puerta lateral y avancé por el pasillo de servicio en dirección al jardín.

Me fascinaban los jardines del templo; eran tupidos y rebosantes de plantas, con los árboles creciendo tan cercanos entre sí que casi formaban un laberinto. Pero era un laberinto que me resultaba familiar, ya que allí me quedaba cuando Siana se demoraba en mis lecciones o cuando las enseñanzas del templo eran tan aburridas que prefería vagar entre la maleza. Ahora Midian estaba aquí y me alegré de no tener ya que asistir a esas lecciones; Siana podía parecer aburrido, pero al menos nunca había sido un fanático. Hallé a Elassel sentada junto a la fuente cubierta de musgo al fondo del jardín, sobre una gruta cuya entrada había sido ocultada por plantas trepadoras. Elassel alzó la mirada con temor, pero luego se relajó, aliviada.

—Cathan —dijo—, pensé que venía una de esas viejas cabras del Dominio, decididas a hacerme trabajar. ¿Quién te dijo que estaba aquí?

—Uno de los monaguillos.

—No hay que creer a los monaguillos, son unos entrometidos. A propósito, me gusta tu ciudad. El luthier es simpático.

Era evidente que Elassel tenía aficiones como yo, aunque en su caso no se relacionaban con la oceanografía sino con los instrumentos musicales.

—¿Cómo es que has acabado aquí con Midian? —pregunté—. Pensaba que tus padres eran misioneros.

—No todo el tiempo —me dijo—. Aquélla fue sólo una misión de servicio. Mi padre adoptivo es juez y empleado del tesoro; siempre necesitan uno en cada misión, así que lo enviaron fuera. No tengo ni idea del motivo por el que los convocó la cabra de Midian.

De repente pareció preocupada. —¿Por qué me lo preguntas?

—Elassel, éste es el clan de mi padre. Se supone que Midian es un cazador de herejes y el hecho de que haya traído consigo a un mago de la mente sólo implica que habrá problemas. —Mantuve

la voz bien baja, pero no estaba seguro de que aquél fuese el sitio adecuado para hablar—. No me gustaría que fuese por ahí quemando gente de mi clan.

—Bien —agregó ella—. Midian ha traído un mago de la mente precisamente para eso, para erradicar a los herejes. ¿Eso te gusta? —No soy un inquisidor —advertí.

Elassel sonrió y con mirada ausente se quitó una hoja del cabello. Parecía mayor, pero todavía indómita y desafiante como cuando la había conocido en el zigurat de Pharassa hacía más de un año.

—Tú eres la única persona aquí que conozco un poco —me explicó—. Este templo dejará de ser en breve un buen lugar, ya que Midian lo recorrerá vomitando fuego en el cuello de todos y encerrándose con sus concubinas cuando se aburra.

—¿Concubinas?

—Esas dos bellezas del ocaso, quizá podría describírselas así, que has visto antes, al acompañarnos hasta aquí. Midian es un noble haletita y en su patria aún defienden la esclavitud un sitio de verdad horrible. Pero él cree en una ley para sí mismo y otra para el resto de nosotros.

—¿Ha mandado quemar herejes? —pregunté mirando ansioso a mi alrededor por si alguien estuviese escuchando entre las sombras.

—¿No conoces un sitio mejor para conversar? consultó Elassel notando mi nerviosismo.

—¿Tienes libertad de movimientos?

—¿Qué te parece? —respondió con sorna—. Cualquiera que intente detenerme se merece lo que reciba. El instructor de novicios de Pharassa, esa víbora llamada Boreth, intentó encadenarme. Pero logré escapar y luego eché ácido en todas sus cerraduras. Debió pagar las reparaciones de su propio bolsillo.

Mientras le mostraba el modo de trepar por el muero del jardín para coger la estrecha calle que casi rodeaba el distrito, me pregunté dónde podía haber aprendido Elassel a manipular candados. La conduje a través de la puerta lateral de los jardines de palacio, aunque no pensaba llevarla allí hasta conocerla mejor y habérsela presentado a Palatina y a Ravenna. No me parecía que Elassel estuviese trabajando para el Dominio (ni, en todo caso, para la familia Foryth), pero quería tomar todas las Precauciones posibles.

Elassel confirmó las palabras de Siana: Midian era, un cazador de herejes consumado. También agregó que el avarca era simpático y cordial con los que no figuraban en su lista de víctimas. En otras palabras, con cualquiera que tuviese una elevad$_a$ autoridad. Pero no tuve tiempo de averiguar nada más, ya que entonces sonó la campana del palacio, llamándonos a mí y a los consejeros a asistir a la comida celebrada en honor de Midian. Los banquetes estaban volviéndose de pronto bastante frecuentes.

Acordé reunirme con Elassel en la calle exterior del jardín al día siguiente y luego me di prisa en quitarme la túnica rasgada por los arbustos y vestirme nuevamente de modo formal. Desde mi llegada no había visitado a los oceanógrafos ni una sola vez, y me prometí a mí mismo que iría al día siguiente.

Pese a su conducta insultante de la ocasión anterior, se permitió que Mezentus estuviese presente en el banquete. Palatina persuadió a Hamílcar de asistir también, contra los más sensatos deseos del tanethano.

Al parecer, la acusación que Mezentus había presentado contra Hamílcar era antigua, y éste siempre pretendía desacreditarla, pues creía que mancillaba su honor. En Taneth nos había contado cómo había asumido el control de la familia Barca, arrebatándoselo a su corrupto tío Komal. Se decía que Komal había muerto de un infarto menos de una semana más tarde y eso brindó a los otros líderes comerciales una importante excusa para atacar a Hamílcar. Por lo que yo había escuchado en Taneth, el crimen familiar era allí un hecho común, pero por lo general se cometía con más sutileza.

Da1riadis, cuyos parientes pertenecían a una de las grandes familias, sostuvo esa mañana que la versión de Hamílcar era casi verídica. Dado su abuso de la bebida y de drogas exóticas, a Komal le esperaba una crisis de salud en cualquier momento. Y además, añadió, ningún mercader de una gran familia hubiese planeado un asesinato semejante, pues resultaba demasiado obvio.

La llegada de Midian al banquete fue más grata de lo que lo había sido la despedida de Siana la noche previa, aunque por diferentes razones. Sentí

que todos estaban a la expectativa, inseguros ante el nuevo avarca. Los rumores sobre su reputación habían recorrido la ciudad y los líderes familiares estaban verdaderamente incómodos, temiendo que Midian se fijase en sus familias, o mucho peor... ¡Ranthas no lo permita!

Si la intención de Midian era quemar herejes, parecía vana y destructiva. No había herejes en Lepidor desde que yo tenía uso de razón. Se habían sucedido dos o tres denuncias por parte de un sacerdote extremadamente celoso de su cargo, pero Siana las había desechado por falta de pruebas. Me pareció que la actitud de Midian se basaría en su presunción de que existían numerosos herejes y, por lo tanto, estaría decidido a rastrearlos y eliminarlos sin importarle demasiado la cantidad de pruebas.

Midian se comportó en el banquete de manera amable y jovial; contó chistes, narró historias (aunque nunca sobre primados anteriores ni sobre el Dominio) y demostró entusiasmo por la bodega de vinos de mi padre. Recordé las palabras de Elassel, y para mis adentros sentí que su amabilidad tenía algo de falso. Me pregunté si hubiese sido la mitad de cortés en caso de vestir la túnica de exarca.

En esta ocasión, nadie luchó por acaparar la atención. Pero se produjo un momento desagradable.

Fue al inicio de la reunión, cuando mi padre nos presentó al nuevo avarca a Palatina, a Ravenna y a mí. El avarca Midian elogió a Ravenna del mismo modo que lo había hecho Siana, pero mientras que las palabras de Siana constituían la afectuosa cortesía de un anciano, las de Midian estaban cargadas de lascivia. La sonrisa de Ravenna se esfumó y miró al avarca con frialdad. Por un momento desaparecieron los gentiles modales que lo habían caracterizado y percibí al que, sin duda, era el avarca auténtico, el cazador de herejes. Su expresión no le trajo a Ravenna buenos presagios.

Entonces el incómodo instante pasó y Midian volvió a sonreír, aunque de forma tensa, y se volvió hacia el siguiente invitado. Con todo, no hizo nada semejante al saludar a Palatina.

Vimos también al mago de la mente y su expresión me recordó a la de un perro confundido. Parecía estar un poco ausente, pero no tenía intención

de tratarlo como si fuese inofensivo. Sin duda, su actitud era deliberada, con la intención de despistar a la gente e inducirla a olvidar sus túnicas negras y el martillo que colgaba de su falda.

Era el primer mago mental que tenía ante mis ojos, pero su aire en absoluto amenazador me produjo una especie de anticlímax. Casi todo lo que sabía de ellos, aparte de las contradictorias enseñanzas de Jashua, provenía de la Historia. Había habido magos mentales involucrados en la guerra. La hermana del emperador se había casado con uno, un hombre que había servido con fidelidad a Aetius hasta el fin y que había muerto en las ruinas de Aran Cthun. Otra persona a quien el Dominio había traicionado.

Volví a reunirme con Palatina y Ravenna en mi sala escondite después del banquete. Casi todas las personas del palacio se habían ido a la cama y sólo quedaban en pie los sirvientes, que recogían la sala de la celebración.

Ravenna aún echaba humo.

—¡Asqueroso! —exclamó, casi escupiendo las palabras—. ¿Es que los dos juguetes personales que ha traído consigo no bastan para satisfacerlo?

—¿Todos los haletitas son como él? —inquirió Palatina—. El único que había conocido antes era Ukmadorian, que no era desagradable.

—Ukmadorian partió de Haleth hace tanto tiempo para establecerse en su isla desierta que no podría decirte siquiera de qué color es el césped en su tierra natal. Y no sé más que tú acerca de los haletitas, así que ¿por qué me preguntas a mí?

—Disculpa que haya hablado —añadió Palatina con expresión ofendida.

—Y ahora ese sujeto empezará a arrestar a la gente que no le agrada mirar. No logro imaginar cómo lo hará. ¿Habrá interrogatorios personales para las mujeres? Quizá eso sea lo único que persigue.

Eso no se me había ocurrido en absoluto. Pero no era posible que se saliese con la suya... ¿o sí?

—¡Ravenna! —protesté—, ¡no puedes afirmar semejante cosa habiéndolo visto sólo una vez! Quizá sea un perverso o un lujurioso, pero eso no impide que sea a la vez un fanático genuino.

—No, claro que no —aseguró Ravenna con la voz teñida de sarcasmo —. ¿En qué lugar fuera de Haleth podría él encontrar mujeres que no

tuvieran la libertad de protestar? Si yo fuese tu padre enviaría soldados al templo para echarle un ojo a sus actividades. En interés del bienestar del clan y todo eso. Estoy segura de que Midian no tiene en mente su bienestar espiritual.

—Ravenna, creo que ahora exageras un poco —interrumpió Palatina, pasándose una piedra de una mano a la otra—. Quizá te miró de modo inapropiado, pero es verdad que cuando no estás discutiendo con nadie eres muy bonita. El mero hecho de que te desee no implica que esté planeando organizar un harén de muchachas herejes.

Ravenna la miró con sorpresa.

—¿Te parece que soy muy bonita? ¿Yo? ¿Incluso en comparación contigo?

Palatina alzó una mano.

—Lo siento —agregó—. Recuérdame no hacerte en el futuro ningún otro cumplido.

—Pues no lo hagas —dijo Ravenna, cortante, y se volvió hacia mí—. Cathan, ¿ya has tomado una decisión?

En mi interior había guardado la esperanza de que no me lo preguntase hasta haber recuperado la calma.

—No, aún no.

—¿Por qué no? Ese mago mental bebía como un pez en el banquete. Esta noche estará borracho como una cuba y nada lo despertará. Quizá no contemos con otra oportunidad.

—¿Estás segura que de verdad bebió? —pregunté—. En mi opinión, el mago mental desearía estar ahora más alerta que nunca ante el peligro de que cualquier otro mago de la ciudad trate de ocultarse.

Era una excusa patética y ella no la tomó en consideración ni por un instante.

—Se trata de un mago mental. Según su entender, estamos indefensos ante su magia, así que le parecerá más probable que nos mantengamos en un discreto silencio, no que intentemos algún tipo de conjuro.

—Ravenna, no me gusta la idea —afirmé, sorprendido por el modo en que me presionaba.

—Tampoco a mí, Cathan. No deseo tenerte en mi mente más de lo que tú deseas tenerme en la tuya. Pero... ¿esperaremos a que sea demasiado tarde y estén amarrándote a la hoguera? No se trata de una decisión que puedas tomar por tu cuenta, ya que si uno de nosotros dos es descubierto, ambos seremos descubiertos. He pasado toda la tarde meditando al respecto, y prefiero atravesar este trance y vivir con las consecuencias que perder mi vida, o la tuya, si ese sujeto retorcido descubre quiénes somos.

Estábamos de pie, frente a frente, pero en esta ocasión no pude mantener su mirada.

—¿Podrías esperar fuera, por favor, hasta que hayamos concluido? —le pedí a Palatina.

Me preocupaba que semejante petición la ofendiese, pero ella asintió con candor y se retiró. Ni Ravenna ni yo dijimos nada hasta que la puerta se cerró detrás de ella.

Me alejé de Ravenna, evitando su mirada, y me concentré en los leños del hogar. Ella no se movió.

Comprendí que Ravenna tenía razón: no era algo que pudiese decidir por cuenta propia. Sin embargo, me aterrorizaba la idea de que alguien pudiese penetrar en mi mente, en mi alma. Las terribles pesadillas que me acosaban de pequeño, los terrores y arranques de cólera que uno de los amigos de mi padre, el Visitante, me había ayudado a mantener bajo control. ¿Volverían a aflorar a mi mente?

Los dos permanecimos inmóviles por unos momentos y luego

me volví dándole la espalda. Por mucho que me asustase, sólo existía una decisión posible. Evitarla implicaría ser injusto con Ravenna.

—Lo intentaremos —le dije, volviendo a mirarla. —Gracias —agregó ella con una ligera sonrisa.—¿Cómo se hace? —indagué.

—Acércate a mí y te lo enseñaré.

Regresé al lugar donde había estado de pie un minuto atrás. Ella tomó mis manos y las sostuvo entre las suyas.

—Enlaza tu conciencia con la mía del mismo modo que lo hiciste con Palatina. Eso será lo único que deberás hacer por ti mismo; a partir de ese momento estaremos juntos.

Me costó varios segundos y un gran esfuerzo vaciar la mente como me habían enseñado. Luego la envié hacia el nexo entre ambos. En medio del vacío pude percibir nuestras formas, plateadas contra la oscuridad, y descendí a través de los distintos estratos hasta entrar al nivel de la mente.

Y cuando lo alcanzamos depositamos nuestras respectivas magias, conservando tan sólo la magia innata que era parte de mi sangre. Y la suya, según pude comprobar mientras me preguntaba de dónde provenía.

En el momento de la unión sentí un goce y un sentido de totalidad que nunca había experimentado. Pero, lo que era aún más importante, sentí una intensa paz, la de estar libre de las presiones del pensamiento.

Mientras nuestras mentes conducían la magia a través del vacío hacia el campo del alma, el caos volvió a aparecer alrededor nuestro. Rompí el lazo, retrocediendo espantado, y cuando el último ápice de mi magia quedó sellado escapé a toda prisa por la espiral de campos y niveles hasta regresar a la habitación, profundamente desorientado. Me tambaleé y caí al suelo. Mientras luchaba por recobrarme observé cómo Ravenna se derrumbaba como si la hubiesen golpeado, cayendo inerte e inconsciente sobre mí. Dentro de mi cabeza algo repiqueteaba contra el cráneo como una hacha. Grité a causa del dolor, pero poco a poco éste fue cediendo.

Cuando me aclaré mentalmente eché un vistazo a Ravenna y comprobé, con alivio, que aún respiraba. Entonces se abrió la puerta y entró Palatina.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXI

Restituí la funda de la última sonda oceánica y volví a atornillarla con cuidado para no tirar ninguna tuerca. Luego, tras nadar alrededor para comprobar que todo estaba seguro, regresé a la raya, una oscura sombra semejante a una nube sobre la brillante superficie del océano. Ascendí junto al extremo del puerto, mis pulmones se adaptaron para volver a respirar aire de forma automática y me impulsé hacia la suave cubierta de la nave. La puerta lateral de la raya estaba abierta: se trataba de una escotilla tan estrecha que tuve que encorvarme para pasar por ella. Me quité las aletas y las dejé a un lado; luego metí mi cinturón de muestras a fin de poner a resguardo los especímenes acuáticos que había recogido.

La raya era minúscula: un interior de dieciocho metros con dos pequeñas cabinas dentro, la mayor de las cuales apenas tenía espacio para sentarme. Además, la nave había visto días mejores, pero lo que tenía de viejo lo tenía también de fiable. Y era mía.

Había logrado persuadir a mi padre de que la comprara cuando los oceanógrafos se hicieron con una nueva y más amplia unos cuatro años atrás. Accedió a regañadientes, temiendo, con razón, que eso me quitaría aún más tiempo a mis lecciones sobre cómo gobernar. Tampoco le convencía el que una tormenta pudiese sorprenderme dentro. Con todo, salvó la raya de su destino en el basurero y un mecánico amigo la reparó para mí. La llamé Morsa, pues cada vez que alcanzaba una velocidad decente, el motor sonaba como el ladrido de ese animal.

Cuando guardé las muestras, dejé el cinturón en la cabina y volví a salir, en esta ocasión sólo para nadar. Me hallaba sobre un arrecife, cerca de la costa, a pocos kilómetros de Lepidor (un sitio bello y tranquilo, sin ninguna población en los alrededores).

Y tranquilidad era precisamente lo que necesitaba. Llevaba tiempo planeando esta escapada, aunque no tenía ninguna necesidad real de llevarla a cabo (los oceanógrafos se habían encargado de obtener mis muestras con total eficiencia mientras estuve fuera e incluso habían reemplazado dos que había destruido una tormenta). Pero quería estar en un sitio donde poder pensar sin ser interrumpido.

Un lugar en el que meditar qué había salido mal la penúltima noche.

Le conté a Palatina con exactitud cuanto había sucedido y que algo no había ocurrido como esperábamos en la fase postrera de la unión. Habría intentado comprobar si Ravenna estaba bien, pero mi magia había desaparecido y me resultó imposible. De pronto me sentí muy solo, sabiendo que los poderes con los que había contado durante todo el año anterior estaban ahora en un lugar inaccesible. Además, la memoria de ese ínfimo segundo de unión se había grabado en mi mente, incluso pese a haber sido demasiado efímero para que lo recordase a la perfección.

Palatina controló el pulso de Ravenna y sostuvo que no percibía ninguna alteración. Pero no era el cuerpo de Ravenna lo que a mí me preocupaba, sino su mente. No teníamos ninguna posibilidad de llamar a un médico, no después de lo que habíamos hecho, y de todos modos era improbable que un médico fuese de gran ayuda en tales circunstancias. Lo que fuese que había sucedido había sido culpa mía.

Palatina cargó a Ravenna hasta su habitación, ya que se hallaba demasiado exhausta para sostenerse sola. Yo las acompañé, y en seguida Palatina y yo discutimos si correspondía que yo durmiese

en la habitación contigua, por si a Ravenna le sucedía algo. Al fin venció Palatina, asegurando que sin mis poderes no había manera de que la socorriese, y que la mera idea de mi presencia ofendería mortalmente la dignidad de Ravenna. Quizá si se enterase no querría volver a dirigirme la

palabra. Palatina permaneció en la habitación para ayudar a Ravenna a quitarse las ropas de gala y a meterse en la cama.

Pasé una noche larga y atormentada preguntándome cómo estaría Ravenna. Incluso cuando logré conciliar el sueño, mis antiguas pesadillas regresaron para aterrorizarme, las incontrolables y amorfas pesadillas que había sufrido durante años sin contárselas a nadie.

Volví a ver a Ravenna durante el desayuno, y parecía ilesa y normal. Era un sitio demasiado público para indagar demasiado, pero al menos comprobé que el extraño suceso de la noche anterior no la había lastimado. Tampoco tuve oportunidad de averiguar más durante el resto del día, que pasé absorbido por la ascensión de Midian y por una sesión judicial en la sala que mi padre insistió que presenciase durante la tarde.

Al comenzar la jornada siguiente aún ignoraba por qué Ravenna se había desvanecido y por qué había fallado la unión. ¿Qué había sido esa oscuridad final_ y de cuál de nuestras mentes había provenido? Me pareció que Ch1amas, Jashua y Ukmadorian no nos habían enseñado lo suficiente sobre el cuerpo y sus campos, abundando demasiado en el modo de emplear la magia y su utilidad como arma.

El problema es que no había nadie en Lepidor que supiese de magia (nadie en quien pudiera confiar aunque fuese mínimamente, a excepción de Ravenna). En la Ciudadela, al menos, algún mago hubiese podido ayudar. Aunque, ¿era así realmente? ¿O quizá habían evitado profundizar en la estructura del cuerpo porque ellos mismos no sabían mucho al respecto?

De repente sentí que todas sus lecciones habían sido, en algún sentido, igual de superficiales (nos habían mostrado el cómo, pero no el porqué). Nos habían enseñado el modo de emplear la Sombra en todos los niveles posibles, y por mi propia cuenta había experimentado con el Agua. Pero nadie me había explicado jamás por qué utilizar esas técnicas producía tales efectos, ni la relación entre el Agua y la Sombra, ni los estratos del cuerpo. Aquél era el método de enseñanza opuesto al que yo había conocido con los oceanógrafos, quienes me habían hecho conocer la teoría antes de iniciarme en cualquiera de las prácticas.

¿O acaso habían omitido las causas porque no existía causa alguna, porque no había ninguna razón detrás de todo? La magia era algo que mucha gente podía emplear, pero suponiendo que no pudiese explicarse cómo funcionaba, ¿era igualmente imposible establecer la relación entre los Elementos?

Mientras nadaba a lo largo del arenoso y soleado fondo marino, apenas por encima de los puntiagudos erizos y los peces que recorrían el lecho del mar, recordé las palabras del maestro oceanógrafo durante mi primera lección:

El océano es más que la suma de sus partes, Cathan. Todo cuanto allí sucede está relacionado con otra cosa. Si la arremolinada corriente de la bahía de Lepidor cambia de dirección, se producen remolinos en Huasa. Si el agua es demasiado fría en Selerian Alastre, los pescadores de Cambress pasarán hambre. Nunca olvides que no estudiamos tan sólo la pequeña franja costera de Océanus, sino todo el planeta.

¿Cuánto tenía que ver la magia mental con el resto de los Elementos? Solamente los magos mentales eran capaces de influir en los pensamientos, mientras que si yo entraba en la mente de alguien apenas podía observar (admitiendo que ésa ya era una intrusión bastante importante). Sin embargo, Ravenna y yo habíamos hecho algo que afectaba los campos del cuerpo y de la mente por igual. ¿Existía algún precedente de eso?

Me envolvió una sensación de amarga frustración y por poco no me estrellé contra una roca. Carausius debía de contar con gente versada en estas cuestiones, aunque conociesen aspectos particulares. Mi mente vagaba en busca de respuestas a preguntas que, al parecer, nadie se había formulado antes. O, lo que es más probable, que habían sido formuladas, pero cuyas respuestas se habían perdido junto con los propios magos y sus bibliotecas. Incluso si los magos hubiesen sobrevivido al holocausto del Dominio, me resultaba difícil creer que desde fuera de las órdenes se hubiese logrado mantener vivo el saber a lo largo de los siglos. E incluso las propias órdenes parecían haber perdido mucho de ese saber.

De repente se me ocurrió una cosa que me hizo detenerme, por lo que tuve que impulsarme hacia abajo para no flotar, dispersando un cardumen

de pequeños peces de coral color azul plateado. ¿Y si consultaba al Visitante? Él me había enseñado cómo bloquear las pesadillas y era el único que conocía el secreto de mi nacimiento. No era un mago, pero quizá supiese algo sobre magia o, en todo caso, quizá pudiese ponerme en contacto con alguien que supiese.

Pero el Visitante llevaba años sin venir a Lepidor y mi padre no sabía siquiera con seguridad si aún estaba vivo.

No había dado todavía con mis respuestas cuando me introduje por la abertura de unos pilares de piedra bajo el borde del acantilado y nadé de regreso a la raya. El compartimento de la nave estaba caliente a causa del sol y tuve que colocar sobre el asiento una cubierta de caña para sentarme allí y secarme antes de regresar a la ciudad.

¿Cuánto sabía Ravenna? Quizá ella se guardase para sí las respuestas que yo buscaba. De hecho, la extraordinaria idea había partido de ella. ¿Qué cosas le habían enseñado antes de llegar a la Ciudadela de la Sombra? ¿Era maga tanto del Viento como de la Sombra? ¿Acaso su gente, en Ralentia, a la que ella tanto despreciaba, le habían enseñado cosas que iban más allá de los marcos usuales de la magia?

Eso meditaba mientras me ponía ropas secas, cerraba la portilla de la raya y conducía la Morsa bajo el agua en dirección a Lepidor.

Tras atracar la Morsa en uno de los muelles para rayas bajo el edificio de los oceanógrafos fui a entregar las muestras y los estudios sobre éstas. El maestro oceanógrafo estaba en su gabinete de estudios, comprobando que todo estuviera en orden. Era un enérgico anciano, con mechones de cabello blanco y un fino bigote, más viejo que Siana pero mucho más robusto de lo que el artrítico avarca había sido jamás. «Ex avarca», repetí para mis adentros.

—¡Oh, eres tú de nuevo! —exclamó—. ¡Te has perdido un buen jaleo!

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras depositaba el contenido de los tubos de ensayo en el gabinete.

—El avarca ha anunciado que está organizando un Tribunal de Fe. Todos en el clan serán interrogados acerca de sus conocimientos sobre los

principios básicos. Y a los que no exhiban el conocimiento adecuado... —dijo, y me miró con expresión macabra— recibirán *instrucción extra*.

Recordé cómo Ravenna había acusado a Midian y empecé a preocuparme.

—¿Cuándo comenzarán? —pregunté. —Hoy mismo.

Coloqué en su sitio el último tubo de muestra y cerré el gabinete.

—Los que acabo de dejar contienen todas las pruebas del sur. Existe más cieno de lo habitual alrededor del Punto Taraway; aparte de eso todo es normal.

—¿Has tomado una muestra del Punto? —Está junto a las demás —asentí.

—Me alegra ver que no has olvidado tus lecciones —agregó. Me dirigí a la sala contigua, donde estaba el archivo, y dejé constancia escrita de mis actividades antes de regresar al palacio. Palatina me esperaba en el portal.

—¿Dónde has estado, Cathan? Midian nos ha convocado para la primera ronda de interrogatorios y tú ya llegas media hora tarde. —He estado fuera —dije—. Si a Midian le parece mal, que salte por el acantilado.

—¿Y tú dices que pretendes pasar desapercibido? —comentó ella mientras caminábamos en dirección al templo.

—Soy miembro de la Asociación Oceanográfica —advertí—, y he estado ocupándome de tareas de la asociación. No puede poner la menor objeción. Si desea establecer tribunales, deberá convocar a otro.

—Como tú quieras —dijo encogiéndose de hombros.—¿Dónde está Ravenna? —inquirí.

—Ya ha ido hacia allí. ¿Recuerdas lo que dijo de Midian la otra noche? —Palatina siguió hablando sin esperar mi respuesta—. En aquel momento no la creí, pero ahora, con este asunto del tribunal, ¿quién sabe? Quizá tenga razón. Y recuerda, a Midian no le gusta Ravenna. Ya has visto el modo lascivo en que se dirigió a ella. Ravenna es del Archipiélago, así que para un cerdo como él carece de derechos.

—¿Adónde quieres llegar, Palatina?

Ella nunca daba tantos detalles a menos que intentase convencerme de algo.

—Ummm, quizá si Ravenna y tú os comportaseis como si estuvieseis enamorados. No es preciso que lo estéis —añadió a toda prisa, y luego sonrió—. Al menos, no que lo admitáis. Pero Midian no puede ofenderte, tú eres demasiado importante, y eso la protegería. —¿Lo has consultado con Ravenna?

—Le pregunté a ella primero. Es mucho más susceptible que tú. Está de acuerdo y ha dicho que le parecía bien y que quizá así se evitará que Midian acabe con un cuchillo clavado en la espalda.

—Si ella está de acuerdo, entonces adelante —afirmé.

—Ah, y Hamílcar se ha marchado. Me ha pedido que me despidiese de ti en su nombre y que regresará pronto para recoger el nuevo cargamento. Tu almirante ha partido en su compañía para escoltarlo parte del camino.

Al recordar los buques piratas con los que nos habíamos topado en nuestro camino a Lepidor, rogué que esa escolta fuese suficiente. El *Estrella Sombría* era una nave de combate y había sido muy sencillo abordarla. Pero ¿qué podía decirse del M*arduk*? La manta de Lepidor no era tan poderosa.

Llegamos al templo, donde vimos una pequeña multitud esperando en el patio y a uno de los sacerdotes de Midian de pie junto a la puerta interior. Al vernos nos abrió el paso.

—El avarca se encuentra ahora ocupado y os verá esta tarde a las ocho en punto.

—No podremos venir a esa hora —respondí sin pensar—, cenamos a la ocho.

—El avarca no acomoda su agenda a los intereses de nadie. De haber acudido cuando habíais sido convocados no habría existido ningún inconveniente.

Miré al siniestro sacerdote directo a los ojos, repentinamente furioso:

—Si Midian me hubiese convocado con más de cinco minutos de anticipación, habría podido hacerlo. De todos modos, no tengo ninguna intención de subordinar mis obligaciones a sus deseos, dicho esto, por supuesto, con el mayor respeto, dómine.

Me giré y volví sobre mis pasos en dirección al portal del patio, seguido de cerca por Palatina.

—¡Por el poder de Ranthas! ¿Qué estás haciendo?

—No permitiré que Midian me dé órdenes en mi propia ciudad. Si desea convocarme ante su tribunal, al menos deberá hacerlo con cortesía.

—No lo fastidies, te lo suplico. ¡Si no es por ti o por mí, hazlo por Ravenna! Compórtate de un modo más sutil.

—Cuando Midian aprenda a ser cortés, yo seré algo más sutil. Esto no es Haleth, por mucho que así lo crea, y no tiene ninguna autoridad fuera de las cuestiones religiosas. Ciertamente no para solicitar mi presencia a cualquier hora del día o de la noche.

—Pero si lo ofendes comenzará a vengarse de ti, Cathan, tú sabes lo peligroso que puede ser Midian. Por favor, escúchame. —Palatina, lo que Midian intenta hacer excede su autoridad. Éste no es un proceso de herejía, sino un tribunal de educación, y tengo el perfecto derecho a ignorarlo. Ahora, ¿vienes a comer? Me esperan de regreso en la asociación dentro de una hora.

Al final, Midian dio el brazo a torcer y envió un mensajero para consultarme cuándo quería ir. Habían transcurrido tres días desde la creación del tribunal y ya habían sido interrogadas más de un centenar de personas. No tuve problemas para demostrarle que conocía 1o bastante bien los principios de la fe; incluso aunque no creía en ellos, los había aprendido en la Ciudadela respondiendo al lema: «Conoce a tu enemigo».

De todos modos, cuando una nueva crisis asoló Lepidor me pregunté si había hecho bien en rechazar su propuesta. Exactamente una semana después de su llegada, Midian detuvo a un grupo de comerciantes tribales que habían desembarcado en la ciudad.

No poseíamos vínculos oficiales con su pueblo ni con nadie del interior, pero existía una especie de tácito acuerdo comercial entre nosotros y una de las tribus pacíficas. Cada dos o tres meses, ellos traían una pequeña caravana desde el paso del norte y descendían hasta nuestra ciudad para intercambiar pieles de animales por pescado y otros objetos que no podían

hallarse en los valles. Mientras los dejásemos en paz, no ocasionarían ningún problema.

Eso no le importó lo más mínimo a Midian. Él y sus sacerdotes capturaron a los mercaderes y los condujeron ante el tribunal para indagar cuánto sabían sobre la fe.

El resultado fue, por cierto, que no sabían nada. Entonces Midian ordenó embargar sus posesiones y confinar a los mercaderes en celdas de penitentes, allí donde había estado Mezentus no mucho tiempo atrás. Mi padre intentó intervenir y convencer a Midian de que les permitiera marcharse, pero Elníbal caminaba sobre terreno poco firme: entablar relaciones con los bárbaros iba contra las costumbres del Dominio y al parecer Midian pensaba ser tan inflexible como pudiese en cumplir la ley del Dominio al pie de la letra.

No fue de ayuda que el avarca mirase con profundo desprecio las escasas ropas y largas barbas de los comerciantes tribales. Yo había tratado con algunos de ellos, aunque a duras penas conseguía entender su dialecto del Archipiélago, y sabía que pertenecían a un pueblo orgulloso e independiente, cuyos integrantes se trataban entre sí (y los hombres a las mujeres) mucho mejor que los propios haletitas.

Esa tarde había estallado una tormenta que nos había proporcionado un grato respiro, ya que con ese tiempo a los mercaderes les hubiese resultado igualmente imposible zarpar. Mi padre invitó a Midian al palacio para volver a intentar persuadirlo de liberar a los hombres de la tribu y me pidió que lo acompañase.

La reunión se efectuó en la cámara secreta del consejo. Midian cruzó la puerta con una amplia sonrisa, pero en cuanto mi padre mencionó a los nativos su amabilidad desapareció.

—Pensé que ya habíamos hablado al respecto, conde. Se trata de paganos, adoradores de dioses falsos, y va contra la ley de Ranthas el mero hecho de permitirles pisar la ciudad.

—Es posible que así sea, avarca. Pero si esos hombres no regresan a su valle cuando pase la tormenta, entonces su pueblo provocará un disturbio y

podrían morir algunos de mis ciudadanos. Es tamos en la frontera y no podemos permitirnos ofender a las tribus.

—Las tropas de Lepidor podrían vencerlas en cualquier momento.

—Sin duda, pero si nos convertimos en sus enemigos, comenzarán a atacar nuestros puntos más extremos, nuestros pasos, robarán alimentos y demás... y matarán gente. No estoy dispuesto a consentir que mueran integrantes de mi clan sólo porque el avarcado no puede aceptar un acuerdo. He jurado proteger a mi clan y haré honor a mi juramento.

Mi padre se apoyó en la mesa y miró a Midian de arriba abajo. —¿Entonces por qué no existen aquí misiones del Dominio que les enseñen el verdadero camino? Así sería sencillo insertarlos pacíficamente en vuestros intereses.

—Lo hemos intentado, el Dominio lo sabe muy bien. Pero ellos no escuchan razones, sólo la fuerza bruta.

—Exacto. No existen misiones allí porque se considera una tarea demasiado peligrosa. Usted no desea poner en peligro a su gente. Tampoco yo lo *deseo*. Conde, le advierto que se mantenga fuera de este asunto —dijo Midian de repente—. Usted posee su autoridad y yo poseo la mía. Ahora, tengo cosas que atender.

Dio media vuelta y se retiró sin molestarse en saludar. Mi padre clavó su puño contra la mesa:

—¡Maldito hijo de perra! Preferirá vernos muertos antes que ceder en uno solo de sus jodidos principios.

—¿Hay algo que podamos hacer? —pregunté.

Elníbal me miró como si notase mi presencia por primera vez; aunque había estado a su lado durante toda la discusión, no había pronunciado una sola palabra.

—No, nada. A1 menos no por el momento. Si interfiero, desatará sobre nosotros la ira de su liga de fanáticos. Lo único que puedo hacer es escribirle al rey, contarle cuanto ha sucedido y ver si es posible que hable con el exarca.

Dudé si no sería demasiado tarde cuando todo eso hubiese sucedido.

La tormenta duró dos días, pero cuando el cielo aclaró Midian todavía no había liberado a los mercaderes presos. Durante la jornada siguiente anunció que serían procesados por herejía.

—Está loco —dijo Palatina— o es idiota.

—Ambas cosas —confirmó Ravenna—. Quizá le paguen por cantidad de herejes que quema y le preocupa que disminuya su salario si no pone en marcha algunos procesos.

Era extraño oír eso de sus labios, casi una broma, y me pregunté si no sería parte del acto.

—Espero que no.

A la mañana siguiente al anuncio de los procesos, mi padre me convocó en su oficina. Lo encontré sentado tras el escritorio, que estaba cubierto por una montaña de archivos y papeles oficiales.

—No hemos tenido ninguna noticia de las tribus nativas —me informó —. Quiero que subas a la mina y al paso de la montaña para inspeccionar el estado de las defensas. Lleva contigo a Palatina si quieres, pero no a Ravenna. Midian podría ocasionar problemas y no creo que ella pueda defenderse tan bien como Palatina. Midian envió un sacerdote al paso esta mañana bien temprano para que se encargue de las almas de los centinelas. Lo conocerás al regresar. —¿Llevaré escolta? —pregunté.

—Te he asignado una guardia de ocho personas. Te estarán esperando en el portal de la ciudad dentro de un cuarto de hora. —Iré en busca de Palatina.

—La he puesto a trabajar en la armería. Era preciso que hiciese algo más que vagar por ahí —añadió mi padre.

Dejé su oficina y volví a mi habitación para cambiarme mis pantalones livianos por otros de montar y colocarme una túnica más abrigada (el paso no estaba lejos del mar, pero a tanta altura que hacía mucho frío). También enfundé la espada.

La armería se encontraba en un sótano abovedado, bajo los cuarteles principales, del otro lado de la plaza central. Los centinelas de la marina no se molestaron en detenerme en la entrada, y el encargado de la armería sólo

me pidió que dejase la espada junto a la puerta y anotase mi nombre en un libro de registro.

No había mucha actividad en la serie de habitaciones de piedra y pasillos que constituían la armería, pero el eco producido por los elevados techos magnificaba cada mínimo sonido con un efecto siniestro y cacofónico. Escuché las voces de Palatina y de Ravenna a varias salas de distancia.

Estaban en un cuarto largo y estrecho, casi un corredor, en compañía de unos pocos marinos que inspeccionaban con detalle varias espadas. Palatina revisaba el mecanismo de las ballestas que colgaban como instrumentos de tortura de uno de los muros. Estaba hablándole sobre ellas a Ravenna, que llevaba —un gran libro de notas en una mano, un estilete de grafito en la otra y parecía concentrada anotando cifras en una lista. Rogué que Midian no hubiese visto las botas y ropas que llevaban; era evidente que romperían alguna de las estrictas restricciones que el Dominio había añadido a las leyes de Ranthas.

Tanto Ravenna como Palatina dejaron sus tareas al verme. Intenté disimular mi presencia tanto como me fuese posible, pero el sonido de las botas contra las piedras del suelo era espantosamente fuerte.

—Ah, aquí estás —susurró Palatina—. Nos preguntábamos cómo podrías huir de las gestiones de tu país.

Luego murmuró algo más e inclinó la cabeza señalando a Ravenna. Entonces recordé la mascarada que íbamos a poner en práctica para engañar a Midian; debíamos mantenerla incluso cuando él no nos viese. Le cogí la mano, y al hacerlo me pregunté por qué me resultaba tan difícil

—Mi padre desea que tú y yo inspeccionemos las defensas del paso de la montaña y de la mina —le dije a Palatina.

—¿Y qué debo hacer yo? —indagó Ravenna.

Para responderle sin crear eco debí susurrarle al oído:

—Mi padre no desea que salgas de aquí. Sería demasiado peligroso que alguien te viese luchar en caso de que sufriésemos un ataque.

—Condenado Dominio —murmuró.

Palatina llamó a alguien más para que la reemplazase y subió conmigo; en el camino recobré mi espada. Ravenna permaneció en la armería ayudando a los demás. Ni siquiera los marinos más jóvenes le ocasionarían problemas; su supuesta relación conmigo era un buen seguro contra cualquier inconveniencia.

Me percaté de que ya llevábamos algo de demora y aún debíamos pasar por los establos para buscar caballos. Yo tenía un caballo propio. Sin embargo, no lo utilizaba con frecuencia y lo compartía de forma no oficial con algunos primos de mi familia. Era un corcel castrado de crin del color del bronce, lo bastante manso para compensar mis pobres habilidades como jinete. Palatina, que recordaba haber montado todo tipo de extrañas criaturas, incluyendo elefantes de Silvernia, recibió un semental de crin dorada, mucho más vigoroso.

Cuando llegamos al portal, unos minutos después, los ocho guardias que iban a escoltarnos nos estaban esperando. Noté que llevaban armaduras en lugar de las corazas livianas habituales, que consistían en chaquetas de seda recubiertas de un metal ligero con largas medias acolchadas para proteger las piernas y cascos con placas en el cuello. Maldije a Midian por su testarudez. No era necesaria tanta exhibición y, si hubiera estado aún entre nosotros, Siana jamás lo habría permitido.

Cabalgamos a lo largo del interior de nuestro territorio, en dirección a los campos y, hacia arriba, al valle de los cedros situado bajo la mina. No había regresado allí desde el día en que se había descubierto el hierro, dieciocho meses atrás o más, y también ahí, como en el resto de la ciudad, las cosas habían cambiado. El camino antes tan lleno de baches y adoquines sueltos había sido reparado y, según me explicó uno de los guardias, pronto sería pavimentado.

No fuimos directamente a la mina; primero debíamos inspeccionar el paso norte, ya que estaba a mayor distancia y era un sitio mucho peor para quedarse en caso de que se produjese una tormenta. Pese a eso, las defensas del paso eran mejores que las de la mina.

Una vez que divisamos el final del valle, los guardias se dispersaron marchando en formación: cuatro por delante, cuatro detrás, con dos tramos

entre cada par de caballos. Aún estábamos en terreno boscoso, pero, a cada lado, cuanto más empinada se hacía la cuesta de la colina, la vegetación se hacía más baja y más escasa.

Frente a nosotros se alzaban las grises siluetas de las montañas, colosales y sobrecogedoras. Siempre me había producido escalofríos contemplar las remotas cumbres con sus picos nevados, que parecían congelar el ambiente incluso desde ahí.

—¿Sabes? —dijo Palatina tras unos instantes de silencio, mientras recorríamos el pedregoso sendero—, en tu lugar o en el de Ravenna cualquiera hubiese agradecido mi sugerencia y disfrutado representando el papel. ¡Ni siquiera hubiesen tenido necesidad de decirlo! ¿Qué es lo que hay entre vosotros dos? En algún momento creí que entendía vuestra relación, pero es evidente que me equivocaba.

—Te lo diría si lo supiese —respondí, reticente a revelar el más mínimo de mis confusos pensamientos, ni siquiera a ella—. ¿Por qué confías en ella ahora si no lo hacías antes?

—Ahora estamos en tu ciudad, no siguiéndola hacia donde sea que ella quería ir. No cambies de tema. ¿Te parece que te voy a creer cuando me dices que ignoras lo que ocurre?

—No, me parece que no —dije—. Es evidente que ella no está interesada en mí. Ahora, ¿podemos hablar de otra cosa?

Su interrogatorio comenzaba a irritarme, pese a que yo sabía que la cuestión sólo la preocupaba como amiga.

—No, no podemos —afirmó Palatina con firmeza—. No me dirás que de verdad crees que ella no está interesada.

—Palatina, no sé qué debo creer. Tampoco es algo que desee discutir. Ni contigo ni con nadie más.

—Bien, lo dejaré correr —declaró—. Pero antes te ruego que no pienses que ella no siente algo por ti. Quizá no lo hayas notado, pero desde que conocí a Ravenna me he percatado de que la única persona que permite que la toque eres tú.

Palatina no dijo nada durante el resto de la cabalgata y pronto alcanzamos el sendero superior en el extremo del valle más alto de todos,

donde los árboles no eran más que pequeños y desnudos arbustos. Delante de nosotros se levantaba el muro de doscientos metros de largo con sus tres torres y un único acceso que bloqueaba el único paso hacia el interior de Océanus durante decenas de kilómetros a cada lado. La única vía hacia las torres o hacia el muro consistía en una entrada situada en un lado de la torre central, para prevenir que ataques aislados que partiesen de pequeños senderos de las montañas pudiesen sorprender a la guarnición y abrir las puertas.

Según nos fuimos aproximando, sin embargo, percibí que sucedía algo malo. No había ningún centinela en la puerta lateral, donde debía estar la guardia, y tampoco pude ver las cabezas de los integrantes de las patrullas del otro lado del parapeto.

—¡De prisa! —exclamé, y un creciente temor reemplazó la molestia que sentía por la intromisión de Palatina. Avanzamos al galope y corrimos tanto como pudimos en los últimos metros hasta el paso. Entonces el comandante de los guardias nos dio orden de esperar:

—Si llegáis a oír sonidos de combate, huid de inmediato —nos pidió.

Desmontó junto a los tres hombres que iban delante, empuñó la espada y avanzó hacia la torre central.

Durante un largo momento observé la silueta de la torre recortada contra los picos y el impactante azul del cielo. Nadie se movía, aunque los caballos parecían nerviosos.

Entonces el comandante regresó corriendo desde la puerta. —Vizconde, hemos sido traicionados. La guarnición está vacía y a su suerte. Las puertas están abiertas. Calculo que están así desde hace al menos unas tres horas.

Las tribus habían roto nuestras defensas y ahora vagaban por nuestro territorio.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXII

¿Adónde se dirigirán? —preguntó Palatina moviéndose en círculo con su caballo para observar todo el valle. Probablemente vayan a la mina —sugirió el comandante—. La ciudad y los poblados cuentan con defensas demasiado eficientes para ser superadas por un levantamiento nativo. —Ignoramos cuántos son —advertí—. Podría tratarse de una tribu o de varias actuando en conjunto.

—Aun así no podrían cruzar los campos de éter de las ciudades. —¿Y (qué pasaría si hubiera traidores también en las ciudades? —preguntó Palatina—. Si hubo uno aquí, podría haber otros. —Pendemos el tiempo dando vueltas por aquí —sostuve—. Supongo que es poco probable que el transmisor de emergencia todavía funcione.

—Han destrozado todo el equipamiento, incluyendo las bengalas de señales. No hay modo de alertar a nadie —informó el comandante con rostro severo e incómodo y la mirada clavada en el valle.

—Entonces ¿qué nos conviene hacer? —le pregunté. —Podríamos permanecer aquí e intentar detenerlos cuando regresen o también cabalgar hacia la mina o hacia la ciudad para dar la voz de alarma.

Mientras él hablaba, dos de los otros guardias surgieron de las almenas y corrieron en dirección a las otras torres.

—No tiene ningún sentido permanecer aquí —me dijo Palatina. Noté cómo sus dedos jugueteaban con las riendas. No estaba tan tranquila como

pretendía aparentar—. Diez de nosotros somos in suficientes contra todo un ejército. ¡Debemos cabalgar de regreso y dar la voz de alarma!

La miré a ella y luego al comandante. Se suponía que yo estaba al mando, pero era quien tenía memos experiencia. ¿Cómo podía tomar una decisión? ¿Debíamos regresar y arriesgarnos a caer en una emboscada? Pero al mismo tiempo parecía sin duda inútil permanecer allí. Vacilé por un segundo.

—Reúna a sus hombres, capitán —ordené—. Regresaremos. —Buena idea, señor. Antes de partir volveremos a cerrar las puertas. Eso los retrasará al volver.

Corrió hacia las puertas, gritándole a los hombres que permanecían en las almenas que bajasen. Un momento después oí un chirrido: estaban colocando la barra para sellar la puerta. El ruido pareció producir un eco en las grises colinas, y no dudé que muchas tribus lo habrían oído también.

Aunque sólo transcurrieron unos pocos minutos, sentí que el tiempo que les llevaba a los guardias completar la operación era toda una eternidad. Entonces, mientras yo esperaba nervioso en mi caballo, los guardias salieron corriendo del paso y montaron sus corceles. Se colocaron en formación cerrada delante y detrás de nosotros, a una distancia de apenas medio tramo, y volvimos a coger el sendero. El comandante espoleó su caballo cuando el terreno se nivelaba y por un instante cabalgó bastante erguido.

Los bosques a ambos lados nos parecieron de repente oscuros y amenazadores a pesar de la luz del sol que se filtraba moteada en el suelo. Cada vez que se quebraba una, rama o una ave despegaba, el ruido me hacía saltar del susto. Veía grupos tribales detrás de cada arbusto. Las laderas de las montañas eran grises y desnudas, y por detrás las cortejaban espesas nubes, e incluso allí me era posible ver sombras ocultas tras las piedras. Sin embargo, ninguna tribu nos esperaba y el descenso hasta la unión de nuestro sendero con el camino hacia la mina se produjo en medio de un tenso silencio. El ruido de los cascos de los caballos llenaba mis oídos; nadie pronunció una sola palabra. Al llegar a la base del valle disminuimos la

marcha. Nadie deseaba ir derecho hacia una trampa y, cuanto más avanzábamos, mayor era el miedo que me invadía.

¿Qué habían hecho los nativos? Ayudados por el traidor de la torre habían sorprendido a nuestros guardias. Pero ese truco no podrían utilizarlo en más de una ocasión. Y ahora que se hallaban dentro de nuestro territorio... ¿qué pensarían hacer? Me pregunté si la mina sería un blanco lo bastante importante. ¿Cuántos serían?

En la Ciudadela me habían enseñado algunas técnicas de rastreo y en aquel momento decidí emplearlas para resolver por mí mismo aquel dilema estudiando las huellas en el camino. Me recriminé no haber estado más alerta durante el resto del trayecto. Los nativos habían borrado sus huellas con bastante efectividad, pero sin duda las habría notado de no haber estado conversando con Palatina.

El comandante iba delante con su caballo cuando alcanzamos la bifurcación del camino. Entonces alzó una mano y nos indicó a todos que nos detuviésemos.

—¿Habéis oído? —preguntó.—¿El qué?

Por mucho que afiné el oído no pude distinguir nada aparte del crujido de las hojas, o el ocasional chillido de una gaviota o el lamento de un halcón. Nada fuera de lo común.

—Exactamente —dijo sonriendo—. Las maquinarias se han detenido. No has estado en la mina desde que se descubrió el hierro, lo sé, pero incluso desde aquí siempre puede oírse el rumiar de las máquinas y el golpeteo contra las rocas.

—¿Cómo son las defensas? ¿Han sido mejoradas? —pregunté. Ahora hay muros de piedra y un acceso con un cañón. Pero si las tribus han conseguido moverse con sigilo hasta caer sobre los guardias de la mina, es probable que éstos no tuviesen tiempo para cerrar las puertas.

—¿Qué haremos?

—Dejaremos dos hombres detrás para averiguar qué sucede y yo os escoltaré a Palatina y a ti de regreso a Lepidor. Nos superan ampliamente en número y éste no es un sitio adecuado para que estéis sin protección.

—Entonces ¿sabemos cuántos son? —dijo Palatina—. Si han tomado la mina, bien podrían estar bloqueando el camino en algún punto más adelante. No queremos caer en una trampa.

—¿Tienes una idea mejor? —espetó el comandante. No parecía a gusto con Palatina y le irritaba que lo contradijese.

—Nos moveremos por el bosque. Envíe observadores a la mina. De ese modo podremos saber cuántos son y qué están haciendo. —¿Y qué pasa si los nativos aún no han tomado posiciones? Quizá tendríamos oportunidad de pasar.

—¡Perdemos tiempo al discutirlo! —exclamó Palatina—. ¡Cathan, tú estás al mando!

Todos fijaron sus ojos en mí y comprendí con abatimiento que

esperaban mi decisión. Me maldije por haber eludido tantas lecciones sobre mando para estar con los oceanógrafos. Gracias a todo mi entrenamiento en el mar, en tierra me sentía perdido. ¿Qué debía hacer? El comandante tenía experiencia y conocía el terreno, pero en la Ciudadela yo había sido testigo varias veces del genio militar de Palatina en acción. Con todo... ¿resultaría ella igualmente buena en una crisis auténtica? Vacilé de nuevo.

—¡Rápido, señor! —me apuró el comandante con mal contenida impaciencia.

—Bien...

No pude acabar la frase, ya que en ese preciso instante oímos de repente unos alaridos y los nativos aparecieron desde los bosques rodeándonos por todos lados con sus lanzas en alto. A mi caballo le entró el pánico cuando una lanza aterrizó en el suelo justo frente a él, y debí aferrarme con fuerza a su cuello para no caer. —¡Al galope! —gritó el comandante. Yo espoleé mi caballo al tiempo que los guardias blandían sus espadas y los animales giraban confusos.

—¡Intentad romper la valla!

—¡Cathan! ¡Cuidado! —La voz de Palatina sonó detrás de mí cuando intentaba llevar mi corcel al camino.

Entonces descubrí los alambres dispuestos para hacernos tropezar, justo a tiempo para evitarlos. Alguien más consiguió hacerlo, pero, a juzgar por lo que oí a mi espalda, uno de los guardias no fue tan afortunado. Alcé la espada y espoleé mi caballo hasta hacerlo ir al galope, con la esperanza de no caer en otras trampas más adelante.

No lo conseguí. A menos de treinta metros, una doble hilera de nativos arrojando lanzas surgió entre los árboles y cerró mi camino. Por un instante pensé en arrollarlos, pero pronto comprendí que sería un blanco inmóvil para sus lanzas.

Por eso cogí las riendas y volví la vista atrás. Todos salvo uno de los guardias habían sido derribados de sus monturas y uno yacía a un lado del camino. Era Palatina quien había logrado cruzar también las alambradas, y también se había detenido. Su rostro denotaba desilusión y parecía iracunda.

—Desmontad y arrojad vuestras espadas al suelo si no queréis que os matemos —gritó alguien desde atrás.

—Haz lo que dice —me dijo Palatina mientras arrojaba su espada. Un momento después la imité y descendí del caballo. Clavé los ojos en mi espada, abandonada en el suelo, en medio del polvo del camino, y no me atreví a enfrentarme con la mirada de Palatina. Unos instantes más tarde fui capturado por un par de robustos nativos, que me amarraron las manos detrás de la espalda y me condujeron hacia la mina empujándome con las lanzas.

Comprobé que el comandante estaba en lo cierto nada más avanzar a lo largo del bien custodiado camino que llevaba al acceso a la mina. Todo el lugar había sido invadido; las puertas estaban abiertas y unos cuantos nativos de expresión feroz las vigilaban. Incluso en esa situación no pude evitar fijarme en los enormes cambios que había afrontado la mina durante mi ausencia. Todo el recinto había sido ampliado y su rudimentaria empalizada había sido reemplazada por un auténtico muro, por encima del cual destacaba la fachada de varios edificios nuevos. Una zanja llena de agua rodeaba todo el sector donde el terreno era bajo; junto a las puertas, el foso se cruzaba mediante un puente levadizo. Cuando nos conducían al

interior pude ver (cerca de un edificio que supuse que albergaba el reactor de leñas) un acceso a la mina mucho más grande que el que conocía, provisto de rieles y de grandes carros.

No se percibía ninguna señal de actividad, con excepción de numerosos nativos de pie junto a la entrada de la mina, que había sido bloqueada con rocas. Me pregunté qué estaría sucediendo allí dentro.

Nuestros captores nos llevaron a uno de los patios interiores y nos dijeron que nos colocáramos mirando el portal. Empezaba a sentir calambres en las manos; las correas que amarraban mis muñecas impedían el flujo de sangre.

Los guerreros que nos habían capturado (estimé su número en más de cincuenta) ocuparon los accesos y permanecieron allí, conformando una expectante multitud, mientras que algunos de sus compañeros llevaban a un edificio a siete guardias atados (uno de ellos, con el rostro ensangrentado, iba asido al brazo de su captor). ¿A quién esperaban los demás? Deseé que se dieran prisa. Fuese lo que fuese lo que iban a hacer con nosotros era preferible a permanecer de pie, amarrados, en medio de ese recinto y con sesenta o setenta nativos estudiándonos con la mirada.

Poco después distinguí una delgada figura vestida con armadura de cuero saliendo de un edificio. La acompañaban dos guardaespaldas. Dio unos pasos en dirección a nosotros y les hizo un gesto a nuestros captores, quienes nos forzaron a ponernos de rodillas. Noté que el jefe tribal no era más alto que yo. Era de baja estatura y piel oscura, con rasgos afilados y ojos marrones. No era sencillo determinar su edad, pero supuse que rondaría los cuarenta años.

—Entonces —dijo el jefe empleando la lengua del Archipiélago con un ligero acento— hemos capturado a un pez gordo. Vizconde, soy Gythyn de Weidiro.

Lo miré fijamente con ojos desafiantes, sintiendo una intensa vergüenza.

—Quizá puedas decirnos, vizconde, por qué habéis roto el acuerdo sagrado y retienes en tu ciudad a parte de nuestra gente —dijo tras una breve pausa.

—Mi padre no rompió el acuerdo, fue nuestro sacerdote. Acaba de llegar a la ciudad e intenta castigar las herejías.

—¿*Herejías*? ¿Nuestra fe es una herejía? —exclamó el hombre con peligrosa calma.

—No es la fe de Ranthas —respondí—. Para él es un anatema. —Vuestro conde es responsable de las acciones de vuestro sacerdote.

—¡Mí padre carece de autoridad sobre él! —protesté—. Si tomase la iniciativa de liberar a los prisioneros, él mismo podría ser arrestado.

—De todos modos, vuestro sacerdote representa a vuestro clan, y vuestro clan ha violado su palabra de honor.

Había tenido experiencia suficiente con los bárbaros para saber que se sentían vinculados a alguien por la palabra dada. Nunca romperían un contrato sin antes lanzar una advertencia y obtener un acuerdo de la otra parte. Por primera vez desde que nos habían capturado sentí auténtico temor.

—¿Existe algún modo de que podamos expiar el daño? —intervino Palatina.

—¿Expiar el daño ocasionado por violar vuestra palabra sagrada? Tú y el resto lo expiaréis con vuestra sangre —declaró el jefe, y se volvió de espaldas a nosotros.

—¡Espera! —le grité.—¿Deseas rogar por tu vida?

Aunque estaba tieso de terror, todavía mantuve el orgullo ante esa pregunta:

—No, no haré tal cosa —respondí—. Pero si uno de los tuyos te traicionase en contra de tu voluntad, ¿considerarías que es correcto hacer sufrir a toda tu tribu?

—¿Tienes una propuesta mejor? —¿Puedo consultar a mi consejera? Pareció sorprendido, pero accedió: —Muy bien, pero de prisa.

—¿Hay algo que podamos hacer? —le pregunté a Palatina.

—Sí —afirmó ella y, en pocas palabras, delineó un plan. No tuve siquiera tiempo de indagar mucho porque pronto el jefe nos interrumpió.

—Habéis tenido tiempo suficiente. ¿Qué tenéis que decir? —¿Sería posible que considerases una expiación que devuelva a tu pueblo la paz,

evitando la venganza que mi padre llevaría a cabo si me matases?

—Nuestras leyes exigen un precio de sangre a cambio de violar un lazo de amistad.

—Si os devolviésemos a los hombres que están prisioneros en la ciudad, junto con los bienes que necesitáis, ¿qué más exigirías? —Si puedes lograr que los liberen, ¿por qué no lo has hecho ya? ¿Creías que éramos demasiado débiles para vengarnos?

—Los liberaría sin el consentimiento de nuestro sacerdote, de modo que mi padre no pueda ser inculpado.

—Eso sería aceptable, siempre y cuando pudieses entregarnos un buque.

Mi corazón se hundió y volví a mirar hacia abajo. ¿No sabía él que eso era imposible?

—Si te diese un buque, yo sería ejecutado por mi propia gente —respondí—. ¿Podríamos ofrecerte oro a cambio?

—No me interesa —anunció, y comenzó a hablar con sus hombres detrás de nosotros—. Enciérralos en algún sitio y diles a los otros jefes que daremos el siguiente paso.

Fuimos conducidos con rudeza a lo largo del recinto hacia la agradable sombra de uno de los edificios nuevos. Un nativo delgado situado tras la puerta dijo alguna cosa a uno de nuestros capto res en su agudo dialecto. Tras una breve conversación, nos llevaron al piso superior y nos encerraron en la que, sospeché, debía de ser la oficina de alguien.

—Colócate de espaldas a mí —le pedí a Palatina.—¿Por qué?

—Para que pueda desatarte, idiota —solté, y me arrepentí de inmediato —. Disculpa, no debería llamar idiota a nadie.

Analicé las ásperas correas de cuero por un instante. Luego le di la espalda para utilizar las manos. Me llevó unos cinco minutos aflojar sus correas lo suficiente para que ella pudiese quitárselas. Confiaba en que podría lograrlo, pero como mis dedos temblaban, por poco no fallé en el intento.

A continuación, Palatina me desamarró a mí. Eché una mirada a la habitación que ocupábamos. Una de las paredes estaba cubierta con estanterías llenas de libros de registros. En otra pared, las estanterías

estaban vacías. Me pregunté qué habría habido allí. Había también un escritorio (limpio de cualquier objeto) y una silla. Como estábamos en uno de los muros exteriores del recinto, ubicado contra el foso, la ventana era estrecha y se hallaba a varios metros del suelo.

Temí lo que fuera a decir Palatina ahora que teníamos la oportunidad de hablar libremente, pero ella no dijo nada semejante a lo que esperaba.

—No fue culpa tuya, Cathan —dijo—.Ya estábamos atrapados en el mismo momento en que ascendimos al valle superior. No había nada que pudiésemos hacer para evitarlo, ni siquiera si hubieses tomado una decisión con más rapidez.

No agregué nada y me limité a permanecer con la mirada triste y fija en el suelo. *Había sido* culpa mía por no ver las huellas durante nuestro ascenso y manifestar esa indecisión en momentos cruciales. Por no mencionar que intenté huir a la primera señal de problemas. ¿Qué ocurriría ahora? Recordé que el jefe había mencionado la participación de otras tribus. ¿Planeaban un ataque masivo a Lepidor? Caerían totalmente por sorpresa, al menos si seguíamos estando prisioneros.

—Cathan, no puedes culparte...

—Detente Palatina, no sigas intentando que me sienta mejor. Fue responsabilidad mía que no estuviésemos alertas cuando nos atacaron. Y, en primer lugar, debí sospechar la trampa. Era estúpido seguir el camino.

—Siéntete culpable si lo deseas. Cuando te hayas revolcado lo suficiente en tu culpa te diré cómo saldremos de aquí.

Dejé de quejarme y guardé silencio, avergonzado. —¿No sigas con eso, vale? —me exigió.

—¿Cómo escaparemos? —inquirí sombrío.

—¿Puedes pasar a través de aquella ventana?

Me acerqué y apoyé el rostro contra el vidrio, intentando divisar el final del muro para juzgar la distancia que nos separaba del suelo.

—El foso se encuentra unos cinco metros hacia abajo, pero sólo tiene dos metros de profundidad; tendría que tener mucho cuidado al aterrizar. Sin embargo —informé, satisfecho de haber hallado un fallo en su plan— hay muchos nativos junto a los muros. No podría recorrer más de diez

metros siendo blanco de sus lanzas. —Podrías, durante una tormenta. Aquí llueve con tanta intensidad que nadie puede ver lo que ocurre al lado. Y el viento... ¿cómo irían a dispararte en medio del viento?

—Fuera hace un día precioso —repuse—, para todos salvo para nosotros.

—¿No has visto las nubes sobre las montañas? ¿O es que estabas demasiado ocupado avergonzándote? Muy pronto se desatará una tormenta.

Me sentí tan sorprendido que, por un momento, desapareció el sentimiento de culpa.

—¿Quieres que salga durante una tormenta?

—¿Por qué no? Has hecho cosas más difíciles otras veces. —Palatina, debería atravesar terreno abierto y, allí, al contrario que en un campo cultivado, no hay nada con que resguardarse. El viento te eleva literalmente y te arroja contra cualquier cosa, y yo no soy de contextura demasiado poderosa para soportarlo. Quizá vosotros los thetianos sepáis cómo superarlo, pero yo no.

—Por favor, escúchame, al menos por una vez. La corriente de agua del foso desciende directamente hacia la ciudad, ¿no es cierto? Desemboca junto a la costa.

Me quedé perplejo. ¿A qué venía eso ahora?

—Cuando comienza a llover en las montañas, la corriente se transforma en un río. Podrías dejarte llevar por ella todo el trayecto hasta el puerto y no habría necesidad de que te preocupases en lo más mínimo por el viento. Quizá debas tener cuidado con las ramas de árboles que desprenda la tormenta, pero podrás esquivarlas.

Pensé en la rambla que corría junto al camino en el valle central, atravesaba un profundo canal en medio de los campos cultivados, hacía un par de curvas y llegaba a las playas de la ciudad y a la línea costera a través de un pequeño círculo de rocas. Apenas

me animaba a evaluar la posibilidad de lanzarme a sus aguas, pero Palatina tenía razón.

Sin prestar atención a mis siguiente protestas, ella esbozó el resto de su plan: una vez que lograse llegar a la ciudad, me dirigiría a alertar a mi

padre, luego liberaría a los prisioneros y regresaría a la mina por el camino.

—¿Y qué harás tú entretanto? —le pregunté. Palatina sonrió:

—Rescataré a los mineros que están atrapados en las profundidades de esta mina.

Palatina me explicó que forzaría la cerradura durante la tormenta, cuando nadie pudiera oírla, y entonces correría a lo largo del patio en dirección a la mina. Le hice notar que habría guardias por todas partes, desde el acceso al edificio donde estábamos hasta la entrada a la mina, y que parecía haber olvidado que los nativos tenían armas, mientras que ella no.

—Con la tormenta, los que están en la entrada habrán huido como conejos. Y lograré ocuparme del resto. Cuando tenga control sobre la mina regresaré para ayudarte.

En el exterior, el cielo azul desaparecía a toda prisa cuando oímos un clamor desde el patio y el sonido de gente armada cruzando el acceso al recinto.

—¿Qué hacen aquí? —le pregunté a Palatina.

—¿Cómo puedo saberlo? Quizá vayan a esconderse en los bosques para atacar la ciudad tras la tormenta, tomando a todos por sorpresa.

—Palatina, tu plan es una locura —advertí—. Depende de que todo salga como uno espera, que yo logre llegar a salvo a la ciudad, que tú consigas abrirte camino entre los guardias... ¡y es imposible que suceda todo eso!

—¿Siempre eres tan pesimista o es que ya te has dado por vencido? —contraatacó de brazos cruzados—. ¿Cómo piensas escapar si no es de ese modo? Además, tienes la obligación de probarte a ti mismo que no eres un fracasado.

—Quizá consiga sobrevivir flotando en un torrente, pero eso no me disculpa por haber permitido que llegásemos a esta situación en un principio.

—Cathan, todo esto es culpa de Midian. Él empezó los problemas y es el avarca. ¿Qué podríamos haber hecho nosotros al respecto? Ahora, ¿lo intentarás o no?

—¿Estás segura de poder llevar adelante tu parte del plan? —Por supuesto que sí. Pero tú eres más importante: si no alertamos a tau padre, todo el resto resultará inútil.

—Lo haré —afirmé, y ofrecí una silenciosa plegaria a Thetis y Althana, rogándoles que nadie viniese a cambiarnos de habitación antes de que estallase la tormenta.

Alguien vino a nuestra improvisada celda algo así como una hora más tarde, pero todo cuanto hizo fue abrir la puerta, echar un vistazo para comprobar que seguíamos allí y marcharse de nuevo. Habíamos doblado las correas flojas sobre las muñecas para que pareciese que aún estábamos atados, y el hombre no dio señales de sospechar nada.

Unos minutos después, cuando las luces de éter ya habían sido apagadas, la lluvia comenzó a caer.

Las primeras gotas se estrellaron contra la ventana y pude ver cómo, poco a poco, el hilo de lluvia iban transformándose en un vendaval gracias al cual el vidrio parecía una verdadera catarata. Por fortuna, el viento no soplaba todavía con toda intensidad. Eché por última vez una mirada al interior de la habitación, que al menos estaba seca, cálida e iluminada. El sonido del agua en el techo y en la corriente que ya corría más abajo era ensordecedor, y el viento aullaba como un millar de almas perdidas. El cielo mostraba un tono azul oscuro y se volvía cada vez más tenebroso; no había ya luz en el horizonte.

—¿Estás listo? —preguntó Palatina.

Temblé ante la idea de lo que me esperaba, pero entonces recordé cómo me había sentido en el camino y ante la imagen del jefe tribal merodeando por el recinto de nuestra mina.

—Sí, estoy listo —afirmé.

Me quité las botas, que deposité en un rincón, y cogí una de las retorcidas correas, que me anudé en el puño derecho; eso me protegería el brazo y podría serme útil ante cualquier eventualidad.

Abrí la ventana, me senté en el amplio alféizar intentando aparentar calma y asentí con la cabeza mirando a Palatina. Hasta donde me lo permitía el ángulo visual, estimé que el nivel del agua era al menos dos

metros más alto que poco antes. Un furioso torrente de olas y desechos flotantes casi desbordaba el lecho del foso. La ventana tenía apenas el ancho necesario para permitirme pasar, y

tuve que contonearme hasta llegar a una posición en la que mi ropa no quedase atrapada. En unos segundos, todas mis prendas estaban empapadas por la lluvia que corría por los muros y que amenazaba con entrar en la habitación.

Logré sentarme en el alféizar con los pies colgando en el vacío y por poco no me lleva la fuerza del viento. Entonces recité para mis adentros una rápida plegaria a Thetis, rogándole que sus aguas me transportaran sin hacerme daño... y salté.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXIII

¡Por Ranthas, el agua estaba congelada! La sentí como un millar de agujas clavándose contra los pies, las piernas y el torso, e incluso antes de sumergir la cabeza la corriente ya me había impulsado bastante lejos. Descendí hasta el fondo con los ojos ligeramente cerrados y el movimiento del torrente a toda velocidad revolcó mi cuerpo de aquí para allá impidiéndome alcalizar la superficie. De no haber podido respirar bajo el agua, sin duda hubiese muerto durante esos primeros minutos.

No tenía ni la menor idea de dónde me hallaba y en la oscuridad de la rambla no distinguía arriba de abajo. Había una leve luz, pero estaba tan atontado por el impacto que no conseguía determinar su origen. Me era imposible asegurar lo lejos que había llegado y, cuando pude, no me atreví a sacar la cabeza del agua por temor a golpearme contra el borde del puente levadizo.

El torrente cambió de dirección y fui arrojado contra el muro de piedra del canal, magullándome el brazo. Mi mundo quedó reducido a un torbellino de olas y remolinos que me transportaba sin que pudiese hacer nada por evitarlo, dejándome llevar en la oscuridad en medio de un intenso frío. Nunca en mi vida había estado tan helado y al parecer esta pesadilla no tenía fin, no parecía haber ninguna salida. Temblaba de forma incontrolable, pero no podía hacer nada para entrar en calor.

Algo se quebró muy cerca de mí y pasó a apenas unos centímetros de mi hombro. Entonces la corriente volvió a doblar y mi cuerpo se vio

nuevamente desparramado. Me debatía entre la confusión y el pánico, no conseguía pensar, ni elevar una plegaria a los poderes superiores para que esa experiencia llegase a su fin, no podía hacer nada más que mantener las manos por delante para proteger la cabeza.

De repente emergí a la superficie y empecé a jadear, ya que aún respiraba agua. Pero antes de que pudiera hacer otra cosa que percatarme de que había salido al aire, una corriente subterránea me llevó de los pies y volvió a sumergirme. Giré sin dominio sobre mí, capturado otra vez por la fuerza del agua.

Me las compuse para enderezarme y pataleé contra la corriente, intentando impulsarme hacia la superficie, pero de repente sentí que el mundo se alejaba bajo mi cuerpo, que mi estómago que daba atrás y me sumergía en la más profunda oscuridad, cayendo, cayendo...

Y, entonces, cuando acabó la caída y logré tantear el fondo con los pies, volví a ser empujado hacia arriba, en dirección a la espumosa piscina que había en la base de la catarata.

Miré a mi alrededor desconcertado y súbitamente sentí más frío que antes cuando el viento sopló sobre mi empapado cabello, que tenía aplastado contra la cabeza y la cara. ¿Dónde estaba? ¿Cuánta distancia había recorrido? ¿Había alcanzado ya la ciudad? (Supuse que no.) Un rumor profundo dominaba el aire, como el crujido de las hojas de un millar de árboles y, de repente, comprendí de qué se trataba.

La lluvia me corría por el rostro y tuve que volver la cabeza antes de poder abrir los ojos de nuevo, pero logré ver a un lado las formas inconfundibles del bosque y una orilla al otro lado (¿qué habría allí?). Sobre mí, las nubes se sacudían con el eco de los truenos y el destello de los relámpagos, que iluminaban aquí y allí segmentos del paisaje. Cuando un blanco rayo cruzó el cielo pude ver el caldero de nubes arremolinándose, capa sobre capa, cruzando la atmósfera como un cinturón abierto de repente.

Luego regresó la oscuridad y me percaté de que estaba cerca del camino, conducido a lo largo del valle de los Cedros. En el bosque que se extendía sobre mí, el jefe nativo y su ejército podrían estar esperando una

señal para atacar. Al menos en medio de esta tempestad no serían capaces de detenerme.

Oí detrás de mí el poderoso sonido de algo que se quiebra, pero no era un trueno sino algo más, y de inmediato un chapuzón, cuando la parte superior del tronco de un cedro se desplomaba cayendo en el agua. Me poseyó el pánico. ¿Qué sucedería si el siguiente cedro en caer se desplomaba encima de mí?

Durante un breve instante volví a ser succionado hacia abajo y mi camiseta se desgarró al chocar contra el pedregoso fondo del canal. Luego regresé a la superficie y, al abrir los ojos, divisé la forma de una enorme rama flotando ante mí. Me aferré a ella y, aunque era resbaladiza, conseguí cogerla firmemente con las dos manos. Había más ramas a mi alrededor, algunas de ellas del tamaño de árboles pequeños. Me impulsé tan cerca de la rama como me fue posible, tanteando con la mano izquierda distintos sitios de su corteza para encontrar un lugar del cual asirme mejor. Si pudiese subirme a ella me mantendría en la superficie y sería capaz de ver dónde caían más ramas o troncos para esquivarlos.

L .a corriente hizo girar la rama y, como estaba bien aferrado a ella, logré subirme a ella sin hacer ningún esfuerzo. Sentí una profunda sensación de desahogo, de alegría, mientras seguía la corriente con sus giros y curvas. Nunca antes había viajado a tanta velocidad (no sin estar a bordo de una manta o una raya) y no imaginaba qué podía sentir. La lluvia caía ahora sobre mi nuca y dejé de sentir frío en el cuerpo, que gozaba ahora de un agradable entumecimiento. A pesar de esa señal de alarma, me sentía más vivo que nunca.

Mientras la corriente me conducía desde los bosques hasta las zonas cercanas a la costa, entre el camino y el muro de piedra al borde de los campos, me di golpes en las piernas para restablecer la circulación. En esta parte no caían ramas pues no había ningún árbol en los alrededores. Sin embargo, eso hacía que fuese menor la protección contra el viento, que reinaba sobre un paisaje desolado.

Miré hacia adelante y pude ver las luces de Lepidor brillando bajo el sutil hemisferio azul de los campos de éter que cubrían la ciudad. Sus

muros se me volvían más y más cercanos. Tenía ¡Os brazos congelados y, pese a la incontenible emoción, no pude , evitar preocuparme. El frío estaba restándome energías y yo no poseía el físico de Lacas, ni siquiera el de Palatina, para resistir mucho tiempo.

Entonces me fui acercando a los muros y torres del barrio nuevo. A mi izquierda desaparecieron los campos, reemplazados por maleza y, muy pronto, por playas.

Y unos instantes después ya había abandonado la corriente fría y flotaba en las cálidas aguas del océano, que habían sido calentadas todo el día por el sol. En cuanto recobré algo de energía me separé de la rama. Había sido una útil compañera, pero ya era hora de nadar. Sabía que la corriente que recorría los muros del

barrio nuevo me llevaría directamente hacia el puerto submarino, así que pataleé con todas las fuerzas que me quedaban.

Los músculos me pesaban, pero me las compuse para impulsarme desde las aguas quietas hasta coger la corriente que fluía rodeando la playa. La superficie del mar era taladrada por las gotas de lluvia y las olas se estrellaban contra el muro situado a mi derecha. El puerto pareció de pronto estar a una distancia muy, muy lejana. Ya entonces estaba exhausto... ¿cómo haría para nadar todo ese trecho?

«Lepidor —me repetí a mí mismo—. ¡Tú eres la única persona que puede salvar Lepidor, sólo tú puedes salvarla. Tu misión es la más importante, Cathan. Sin ti cualquier cosa que hagan los demás carecerá de sentido.» Pero tenía tanto frío y estaba tan cansado. Había defraudado a mi padre y no quería ver su mirada.

«Pero no querrás defraudarlo también ahora —me dije—. Sólo tú puedes avisarlo.»

Aún nadaba, pero mis brazadas eran cada vez más lentas y ni siquiera el relativo calor del océano me había sido de ayuda, ya que las olas me alzaban y me dejaban caer. Tratar de nadar siguiendo la línea de las olas era casi peor que descender con la corriente.

Entonces un sonido misterioso a mi izquierda me sobresaltó sacándome de mis reflexiones. Un momento más tarde logré relajarme cuando vi una

foca saliendo a la superficie para aullarle a la tormenta antes de volver a desaparecer en las profundidades. La había tenido tan cerca que el tronar de la tormenta no llegó a ocultar su ladrido. En seguida, más adelante, distinguí a otra.

«Las focas pueden hacerlo, ¿por qué no ibas a poder tú?» Pero yo no tenía capas y capas de grasa, sólo una camiseta empapada y un par de pantalones. «Nadar.»

Y de una manera u otra nadé siguiendo las rompientes, superé la línea de los muros y, cuando mis pensamientos parecían aminorar y dejaba de saber con certeza dónde me encontraba, sentí un fuerte golpe en el brazo derecho, el brazo que había envuelto en correas de cuero. Miré a mi alrededor reaccionando con pausada indignación ante lo que me había golpeado. Entonces una bigotuda cabeza emergió a mi lado y sentí un ensordecedor ladrido a pocos centímetros de mi oído. Las focas no desconfiaban de mí; supuse que mi aspecto no debía de ser demasiado amenazador.

Me encontré al fin en la unión entre el barrio nuevo y el barrio del puerto. A unos pocos kilómetros, por debajo del sitio en que estaba, parpadeaban monótonamente las luces de emergencia del puerto submarino.

Miré a mi alrededor una última vez, ya que, reflexioné sintiéndome ausente, quizá nunca volviese a ver el cielo ni la ciudad. «No, eso no puede ocurrir; jamás serías perdonado.» Entonces pataleé de nuevo con mis agotadas piernas y seguí buceando.

Bajo la superficie, opacas contra la extraña luz rojiza de las lámparas, distinguí a las focas arqueándose y contoneándose en una danza silenciosa, abriéndose paso sobre mí entre nubes de plancton iluminado por el resplandor. Era una imagen propia de un ballet, un mundo independiente de la furia de la tormenta.

«No quiero morir, no aquí, no ahora, con tantas cosas sin concluir. Algún día desearé volver a ver todo esto, cuando esté en condiciones de apreciarlo de verdad.»

Por debajo de mí se proyectaba en las penumbras el muelle más extenso del puerto y era posible ver las luces del complejo central. A menos de

veinte metros de mí, unos pocos metros bajo la superficie, estaba la cara rocosa del acantilado con el hueco que servía de acceso a la más austral de las piscinas del puerto, aquellas donde buceaban los técnicos encargados de reparar naves averiadas. Pataleé en esa dirección, nadando junto a la elegante danza de las focas. De algún modo, mis miembros volvían a responder. Vi el brillo blanquecino de las luces de éter, que siempre quedaban encendidas ante la eventualidad de que alguien quedase atascado fuera y tuviese que bucear bajo el agudo filo de la roca. Entré en la piscina, donde las luces de éter casi me deslumbraron con su potencia.

Tanteé la escalerilla con los pies, pero estaban tan fríos que ni siquiera sentí los escalones. Me arrastré hasta el borde y, como un montón de trapos mojados, me desplomé sobre la plataforma de madera sintiéndome profundamente agotado.

Ignoro cuánto tiempo estuve allí semiaturdido (algo se me estaba clavando en los muslos, pero no me moví). Estaba a punto de desmayarme, pero pensé que no podía hacerlo. Me impulsé hacia adelante y activé una de las cámaras de secado, un nicho en la pared de cuya parte superior y láminas laterales salía un viento caliente. No recordaba si era o no peligroso, pero necesitaba con urgencia recobrar la circulación o sería incapaz de avanzar los pasos

que conducían hasta el gabinete superior, situado contra el muro de la ciudad.

Me senté varios minutos contra la pared, frente al chorro de aire caliente, hasta que mis ropas comenzaron a secarse y sentí que podía moverme otra vez. No había tiempo que perder (no tenía idea de cuánto duraría la tormenta; podía extenderse por horas o días, y si no era lo bastante larga, tendría que moverme aún más de prisa. Había llegado hasta aquí; no quería fracasar justo ahora que empezaba a sentirme mejor.

La ropa estaba casi seca. Apagué el chorro de aire y caminé con inseguridad en dirección a la escalera. No lograba sentir ni mover las piernas con facilidad y el solo hecho de ponerme de pie había sido una agonía que mis piernas habían pretendido evitar a toda costa.

Llegué al oscuro interior del gabinete de buceo. La puerta estaba trabada, pero no tenía tiempo de buscar la llave. Encendí las luces y busqué entre las herramientas un instrumento contunden te. Rompí la cerradura dando unos pocos golpes imprecisos pero fuertes que casi hicieron tanto daño a la madera de la puerta como a la cerradura.

Ya estaba en el exterior del barrio del puerto, cerca del edificio de los oceanógrafos. Avancé a lo largo de las calles desiertas bajo la lluvia, que era menos feroz dentro de la ciudad que en sus afueras. Mis ropas a medio secar se empaparon de nuevo y volví a sentir frío. Me hice un corte en un pie con una filosa piedra y desde aquel momento un dolor punzante cruzó mi pierna a cada paso que daba. Podía sentir cómo mi pie se cubría de pegajosa sangre, pero no podía detenerme para hacer nada al respecto.

Caminé dolorosamente por las calles en dirección al portal del barrio del Palacio. Por supuesto que nadie me detuvo: los guardias debían de estar en la garita bebiendo y jugando a las cartas. La calle principal estaba desierta, ya que todo aquel con un mínimo de sensatez estaba en su casa, pero había luces encendidas detrás de las cortinas de todas las ventanas, prometiendo interiores cálidos y acogedores.

Debía mantener en secreto mi regreso, especialmente para los sacerdotes. Sin duda, Midian tenía mucho que ver con esta difícil situación y cuanto menos supiera, mejor para nosotros. Cogí la primera calle a la izquierda y seguí por estrechos pasajes hasta la puerta posterior del palacio. Cuando pasaba por detrás del templo sonó la campana: eran las nueve, más temprano de lo que yo había supuesto; aún habría gente despierta en el palacio. Afortunadamente, los guardias no habían cerrado con llave las puertas traseras, ya que no la llevaba encima. Hice una mueca de espanto cuando la puerta golpeó detrás de mí, pero pronto estuve a salvo en el jardín cubierto del palacio. Subí al césped, más suave y agradable para mis doloridos pies.

¿Cómo penetrar en el palacio sin ser visto? Bastaba que me viese apenas una persona para que Midian fuese informado, estaba seguro, y entonces el plan sería descubierto. Miré hacia las ventanas. En el ala que miraba a la ciudad reconocí la habitación de mis padres, pero no había allí

ninguna luz. Tampoco había luces encendidas en la habitación de Atek, pero sí en la de Ravenna.

Me doblé el tobillo y, contra mi voluntad, caí de rodillas. Casi no tenía fuerzas para ponerme de pie, así que me arrastré por el jardín en dirección hacia el sendero situado bajo la ventana de Ravenna. Me deslicé junto al borde de la ventana, cogí un puñado de guijarros y, armándome de valor, volví a ponerme de pie. Lancé las chinas, pero el tiro salió tan desviado que golpeé la espaldera del rosal que cubría las ventanas a uno y otro lado. También mi segundo, tercer y cuarto intento fallaron el blanco, pero gracias al cielo nadie asomó la cabeza.

En el quinto tiro ametrallé la ventana de Ravenna con una lluvia de guijarros. Esperé, pero no sucedió nada. ¿Es que no estaba en su habitación? Lo intenté dos veces más, errando el primer disparo.

Sentí un gran alivio cuando, al fin, la ventana se abrió y distinguí el rostro de Ravenna mirando, perpleja.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó. Yo estaba oculto en la sombra junto a la base de la ventana.

—¡Ravenna! —susurré, pero mi voz sonó como el croar de una rana.

Lo intenté otra vez: —¡Ravenna! ¡Soy Cathan!

—Todavía no puedo oírte, quienquiera que seas —dijo ella—. Espera un momento que me acercaré.

Me tumbé sobre el césped, sin importarme la lluvia ni el barro, esperando su llegada. Por un instante que me pareció una eternidad no hubo señales de Ravenna. Luego se abrió una de las puertas y oí sus pasos. La luz llegaba a la hierba. Ahora, Ravenna me vio de inmediato y corrió a buscarme.

—¿Quién...? ¡Por el amor de Thetis! ¡Cathan! ¿Qué te ha sucedido?

—Las tribus —croé—. Escapé. Llévame adentro... sin que nadie me vea... mensaje de Palatina.

—No tengo fuerza para levantarte —advirtió—. ¿Podrías apoyarte en mí?

Luché por ponerme en pie, pero fue en vano. —Veo que además te has lastimado.

Se cambió de lado y me empujó hacia arriba. Puse un brazo alrededor de su hombro y de modo inestable logré sostenerme sobre el pie sano, apoyándome en Ravenna. Con penosa lentitud conseguimos llegar adentro y me eché contra una pared mientras ella cerraba la puerta. Entonces, con el dolor del pie acentuándose a cada paso, subimos dos plantas por la escalera en espiral hasta alcanzar la habitación de Ravenna, que me dejó con cuidado sobre las mantas de su cama. Me relajé exhausto.

No volví a decir nada hasta que ella ajustó un trozo de tela a mi pie para detener la hemorragia. En ese momento comprendí que mi misión todavía no había acabado.

—Ve... por favor, trae aquí a mi padre... debo darle un mensaje... nadie más debe saberlo.

—¿Estás seguro de que estarás bien?

Me las compuse para asentir y ella salió a toda prisa. Mientras yacía en la cama de Ravenna, con cada uno de mis golpes y heridas palpitando, no hice nada más que fijar la vista en el techo. Las mantas se habían puesto incómodamente calientes, pero no podía moverme. Y no me moví.

Debió de transcurrir sólo un par de minutos hasta que mi padre apareció en la habitación, seguido de Ravenna. Nadie más los acompañaba.

—¡Por los Cielos, Cathan! ¿Qué te ha ocurrido? —inquirió mi padre cruzando la habitación en dos saltos. Su rostro mostraba espanto—. Oí que habíais sido capturados por nativos. Uno de los leñadores vio cómo os conducían a la mina y se las arregló para venir a informarnos.

—Escapé —sostuve con debilidad—. Descendí con la corriente, pero eso no importa.

Le conté entonces todo lo que había dicho Palatina, palabra por palabra, según lo recordaba. Sólo en una ocasión me interrumpió para aclarar algo.

—Es la única salida que nos queda —advirtió mi padre—, y por lo que me cuentas es una buena solución. Pero... ¿cómo liberaremos a los prisioneros sin vernos involucrados?

—Hay una joven en el templo llamada Elassel. La conozco un poco. Es hija de unos sacerdotes, pero odia a Midian y al Dominio. Es una artista de

la huida, o algo así; podría ser capaz de ayudarte. —¿Qué aspecto tiene? —indagó Ravenna.

—Cabello castaño rizado, expresión salvaje.

—Sé a quién te refieres —dijo mi padre—, pero ¿cómo haremos para contactar con ella?

—Yo lo haré —afirmó Ravenna—. Si ella me ayuda, liberaré a los prisioneros. ¿Hay alguien más en quien podamos confiar? No creo que dos¡ seamos suficientes.

—Encontraré a alguien. Pero antes traeré al médico.

—¡Te lo ruego, padre! —exclamé—. Trae al médico pero no des vueltas.

—No lo haré.

Se ¡inclinó sobre mí y me sostuvo por los hombros un segundo; luego volvió a salir.

El mundo comenzó a flotar a mi alrededor y percibí la cara de preocupación de Ravenna.

—La encontraré y liberaré a esa gente, te lo prometo —me dijo. Sentí una incontenible necesidad de dormir y los ojos se me cerraron. Sentí cómo ella tomaba mi mano e intentaba decir algo más. Pego las palabras no salieron de sus labios y yo caí en un sueño profundo.

Conocí el resto de los sucesos de esa noche cuando recuperé la conciencia, gracias al relato de mi padre, Palatina y Elassel.

Mi padre había estado conversando con Atek y cuando dejó mi habitación se dirigió velozmente a su despacho. No le dijo nada al consejero principal acerca del plan para liberar a los prisioneros (cuanto menos gente estuviese al tanto mejor). Sin embargo, le ordenó a Atek que reuniese a los guardias con tanto sigilo como fuese posible y que enviase al palacio al capitán de la guardia, un veterano a quien conocía desde hacía muchos años. Entonces envió afuera a dos de los primos de nuestra familia, uno para pedirle a Elassel que se dirigiese desde el templo hasta el palacio, otro para llamar a Tétricus.

Cuando llegó el mensajero, Elassel acababa de quitarse su abrigo verde y había sacado de debajo de la cama el estuche del laúd. En el estrecho

cuarto que era su habitación en el templo apenas si tenía espacio para practicar música y carecía de atril. Pero ella se las componía: había puesto las partituras sobre la pequeña mesa y estaba sacando el instrumento de su estuche cuando oyó golpes en su puerta. A toda prisa volvió a colocar el laúd bajo la cama y escondió las partituras, por si quien llamaba era Midian o alguno de sus secuaces. Luego respondió a la llamada.

No era en absoluto un sacerdote, sino un joven con despeinados cabellos castaños y expresión indescifrable.

—¿Qué deseas? —inquirió Elassel, irritada por ver interrumpida su práctica. A consecuencia de la tormenta no había podido practicar más temprano y luego se había producido todo ese revuelo por el ataque tribal. Estaba muy preocupada por Cathan; sus padres habían contado espantosas historias sobre lo que los nativos hacían a sus prisioneros, incluso en las poblaciones más pacíficas de la región.

—¿Eres Elassel?

—¿Quién más podría ser?

El joven hizo una mueca de disgusto y ella decidió tratarlo mejor. Después de todo, no parecía pertenecer al Dominio.

Él miró el pasillo de arriba abajo con nerviosismo, luego bajó la voz para decir:

—El conde Elníbal requiere tu presencia en el palacio; necesita que lo ayudes en algo.

—¿Me necesita a mí? ¿Estás seguro?

—Por completo. Date prisa, por favor. No quiero que nadie nos encuentre aquí.

Elassel ocultó el laúd y volvió a ponerse el abrigo verde. Entonces guió al mensajero hasta la puerta de los proveedores, atravesando el ala de los sirvientes. Ningún sacerdote se relacionaría con los sirvientes a esa hora de la noche.

Corrieron por las oscuras calles bajo la lluvia y el mensajero la condujo a través del portal posterior del palacio. Luego ascendieron por la misma escalera que Ravenna me había ayudado a subir un poco antes. Elassel vio la sangre seca en los escalones y preguntó a quién pertenecía. El mensajero

se encogió de hombros. La llevó entonces por uno de los alfombrados pasillos superiores en dirección a un amplio estudio, cálidamente iluminado con lámparas de éter coloreadas. Detrás del escritorio había un hombre que ella reconoció: el conde. Parecía muy preocupado y lo acompañaba una muchacha de cabellos negros y expresión seria, sentada en una silla junto a las estanterías de libros que cubrían toda una pared.

El conde se puso de pie e inclinó un poco la cabeza. Elassel le devolvió el gesto con una reverencia demasiado teatral; nunca se había interesado por las cortesías.

—Tú debes de ser Elassel —dijo el conde—. Soy el conde Elníbal y ella es Ravenna.

La joven de la silla asintió con la cabeza en señal de reconocimiento. Parecía fría y distante.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —preguntó Elassel.

—Antes de que comencemos, deberás jurarnos que, en caso de que no decidas ayudarnos, no revelarás nada de lo que Ravenna o yo vamos a decirte.

¿Adónde quería llegar?, se preguntó Elassel, ¿y qué estaba ocurriendo? ¿A qué se debía tanto secreto? ¿Y en qué podría ella ayudarlos? Fuese lo que fuese, sonaba interesante, así que hizo un juramento en nombre de Ranthas.

—Bien —afirmó el conde cuando ella terminó—. Ahora, ¿cuánto sabes de los sucesos de hoy?

—Se produjo un ataque tribal y Cathan fue capturado. Oí que los nativos tienen en su poder la mina, y el paso.

—Las novedades viajan con rapidez —murmuró Ravenna.

—Lo que nadie fuera de esta habitación sabe es que Cathan escapó de la mina, descendiendo a nado con el torrente de la tormenta, y que consiguió llegar aquí.

¡Cathan había escapado, por Ranthas! ¿Descendiendo a nado por el torrente, durante una tormenta? Había más en él de lo que aparentaba. Elassel jamás hubiese imaginado que alguien tan delgado y de aspecto tan frágil pudiese lograr algo semejante.

—Antes de perder el conocimiento (a propósito, ahora se encuentra bien) dijo que podrías ayudarnos en parte de un plan para vencer a los nativos, quienes probablemente estén reuniéndose para atacar la ciudad. Puede haber un traidor entre estas paredes.

—¿Y qué deseáis que haga?

—Ayúdanos a liberar a los nativos capturados por Midian y permíteles cruzar las puertas de la ciudad. Una vez que lo hayas hecho, te garantizo que nadie sabrá jamás quién fue, si es que eso te preocupa.

Elassel se lo pensó por un momento. Si la descubrían se metería en graves problemas, y no quería volver a ser encerrada (ni siquiera considerando que las celdas de penitentes de Midian eran un paraíso comparadas con las de las prisiones de Haleth).Y, además, ella se dedicaba a la música, no era una agente secreta. Pero, al mismo tiempo, ¿por qué no hacerlo? Sería golpear en medio del ojo al lujurioso, hipócrita y bastardo de Midian, y además así conocería a más gente.

—Os ayudaré —afirmó por fin Elassel—. ¿Me acompañará alguien?

—Ravenna estará a cargo y participará además un oceanógrafo llamado Tétricus, que es un viejo amigo de Cathan y que también ha sido convocado. Sin embargo, tú eres la única que conoce el interior del templo y sabe lo que sucede allí. —El conde caminó alrededor del escritorio y se dirigió a la puerta—. Ahora he llamado a mi guardia; Ravenna liderará la acción. ¿Te ha quedado todo claro? Elassel no protestó.

—El capitán de mi guardia llegará en unos pocos minutos para ayudaros y para que podáis reconocerlo cuando lo veáis en el portal de la ciudad. Buena suerte a ambas.

Un instante más tarde el conde había partido y, antes de que Ravenna pudiese pronunciar palabra, se oyeron golpes en la puerta. —Adelante —indicó Ravenna.

Quien llegaba, adivinó Elassel, debía de ser Tétricus. Tenía aproximadamente la misma estatura que Cathan, pero era muy diferente. Mientras que Cathan era esbelto, Tétricus era ancho de hombros y rechoncho. Su cabello era grueso y negro, sus manos enormes y su rostro amplio y de expresión adusta.

—Buenas tardes, Tétricus —dijo Ravenna, y Elassel notó por primera vez que la voz de su compañera era monótona casi por completo, sin variar el tono para reflejar la menor emoción.

Ravenna le presentó a Elassel y le hizo jurar a Tétricus silencio, del mismo modo que poco antes había hecho con Elassel. Las dos parecían tomar su colaboración como un hecho, y Tétricus no dudó en comprometerse a ayudar.

—¿Cómo lo haremos? —indagó él—. ¿Y cuándo?

—Tiene que ser antes de que acabe la tormenta —señaló Ravenna—, pero no tenemos la menor idea de cuándo sucederá tal cosa. Elassel, ¿cómo funciona la guardia dentro del templo y cuándo habrá menos gente despierta?

—Midian mantiene a los prisioneros en las celdas de penitentes, que consisten en un estrecho pasillo con un único acceso de entrada y salida. Guardias armados custodian esa entrada intermitentemente, aunque creo que Midian o alguno de sus secuaces poseen las llaves; pero eso no traerá inconvenientes. A las once de la noche la mayor parte de la gente estará en la cama y, a la medianoche, sólo quedará despierto un centinela haciendo la ronda de guardia. Todo el templo está rodeado por un campo de leños ardientes, pero puedo apagarlo desde dentro cuando nos hayamos encargado del centinela.

—¿A qué distancia están las celdas de penitentes de los dormitorios? —preguntó Tétricus.

—Las celdas se encuentran debajo, en el sótano, al lado de los depósitos. Sólo hay un modo de bajar, partiendo de la antecámara principal.

—Al parecer, sería cuestión de eliminar al centinela y a la guardia armada, y luego abrir las puertas —comentó Tétricus—. Bastante sencillo si empleamos cerbatanas con dardos soporíferos. Las tribus los utilizan, así que hará que las cosas parezcan creíbles, como si hubiese sido un rescate tribal.

—Pero primero debemos entrar en el templo y, cuando hayamos abierto las celdas, tendremos que liberar a todos los prisioneros y hacerlos cruzar la ciudad sin que nadie se despierte. Sería imposible abrir el portal principal

sin llamar la atención de alguien y, por el mismo motivo, no podremos cruzarlo al entrar.

—¿Se te ocurre alguna idea, Elassel? —inquirió Ravenna. —Creo que deberíamos trepar el muro —sostuvo ella tras una pausa—. Precisaremos de garfios acolchados para escalar, si es que tenéis.

—Ningún nativo tendría instrumentos semejantes.

—¡Venga! ¡Nadie creerá que hubo nativos dentro de la ciudad! —dijo Elassel con ironía—.Todos pensarán desde el principio que se ha tratado de traidores.

—¿Podemos dejar abiertas las puertas principales antes de partir? —preguntó Tétricus.

—Cierran con un barrote. Debería ser sencillo deslizar la barra a lo largo, pero haría un ruido tremendo.

El plan no le pareció tan sencillo a Elassel un poco más tarde, cuando se agazapó en la oscuridad detrás de una columna esperando que pasase el centinela nocturno. Tenía las piernas acalambradas y ya no estaba segura de poder saltar sobre el sujeto con la rapidez necesaria cuando se presentase el momento. ¿Dónde estaba el centinela, por el amor de Ranthas? Los ojos de Elassel se concentraron en la lámpara que extendía el campo de éter en la pared opuesta, la única luz encendida que había en ese sector del templo. La lámpara y las pinturas en la pared situada algo más atrás eran lo único que podía ver con claridad.

Al fin oyó pasos llegando desde el pasillo. Sacó entonces de su morral algunos pequeños dardos con cuidado, para evitar que la punta tocase cualquier punto de su piel, y los colocó en la cerbatana. Recordaba haber utilizado una con anterioridad, pero el capitán de la guardia les había dado a los tres una rápida lección, advirtiéndoles que el disparo no debía efectuarse a una distancia mayor de unos pocos metros.

Elassel se llevó la cerbatana a los labios y apuntó a donde estaría sin duda la cintura del centinela (el blanco más sencillo de un cuerpo). Entonces esperó. Un instante después el centinela apareció rodeando el borde de la columna, una figura adusta, de baja estatura, con desaliñados pantalones y chaleco, que sostenía en una mano una linterna apagada. En el

segundo previo a efectuar el disparo, Elassel se preguntó si el dardo lograría atravesar las capas de gruesas ropas.

Su preocupación fue en vano. Al segundo de soplar, el centinela lanzó una sorda maldición y se dio un manotazo en el costado. Miró a su alrededor, miró en dirección a Elassel y comenzó a avanzar hacia ella. Elassel se echó hacia atrás, aterrada, incluso pese a que llevaba el rostro cubierto casi por completo y estaba en la oscuridad.

Entonces, mientras recorría los pocos metros que lo separaban de ella, las piernas del centinela cedieron y se desplomó en el suelo con una expresión de confusión.

Después de eso, quitarle las llaves del cinto y abrirse paso hacia la garita del jardín que guardaba los controles del campo de éter era casi un juego de niños. Los controles estaban cerrados con llave detrás de un panel protector, pero ella dedujo cuál de las cinco o seis llaves de la cadena que le había quitado al centinela era la que abriría el panel. Una vez abierto, empujó la fría y brillante palanca que había del otro lado, concentrándose en desactivar el campo de éter. Por fortuna, nadie había ideado aún un método para asegurar las palancas de éter. Cualquiera podía utilizarlas.

El apagado gimoteo del éter dejó de oírse. El campo había sido desconectado.

Elassel volvió a salir al jardín a tiempo para ver a Tétricus escalar la parte superior del muro y saltar para reunirse en el patio con Ravenna.

—Buen trabajo —susurró Tétricus. Ravenna no dijo nada.

—Por aquí —indicó Elassel, que, mientras iba a gachas por el oscurecido portal interior en dirección a la antecámara, descubrió que estaba disfrutando mucho de la aventura. El foso negro de la escalera se iluminaba levemente hacia su izquierda y al fondo podía percibirse un ligero resplandor.

—¿Listos? —preguntó Ravenna, y los otros dos asintieron. Entonces sacó del morral que llevaba en la cintura una pequeña pelota de juguete hecha con un material blando y la hizo rodar escalera abajo.

En seguida apareció uno de los guardias y se acercó al sitio donde había caído la pelota, junto a una pared. Elassel y Tétricus lanzaron sus dardos

antes de que el hombre se perdiera de vista. Elassel oyó un quejido de sorpresa y dolor y, un par de pasos más adelante, oyó cómo también el guardia se desplomaba contra el suelo.

El pasillo se había oscurecido y ahora sólo se escuchaba el apagado sonido de una respiración profunda. Ravenna le hizo una indicación a Tétricus, que se acercó a la celda más próxima y habló en un susurro a través de los barrotes.

No hubo ninguna respuesta y, durante unos segundos largos Y agonizantes, Elassel se dejó llevar por el pánico y, se preguntó por qué no responderían. Luego uno de los nativos, con evidente des confianza en los ojos, apareció junto a la puerta y preguntó qué sucedía, en voz demasiado alta.

—¡Shhhhh! —lo interrumpió Tétricus—. Hemos venido a rescataros.

—¿Rescatarnos? —preguntó el mercader con ojos legañosos—. ¿Y por qué?

—Somos enemigos del sacerdote que os ha capturado, y vuestra tribu está esperando. ¿Podrías ayudarme a despertar a tus compañeros y acompañarme sigilosamente? Tenemos que haceros cruzar los portales o no habrá modo de sacaros.

—Esperad un segundo.

El hombre desapareció en el interior de la celda y Elassel escuchó cómo varias voces discutían entre sí. Luego el mercader reapareció.

—Sí. Os acompañaremos —afirmó.

Elassel comenzó a trabajar en las cerraduras, derramando ácido de un frasco que había traído y, poco más tarde, ocho mercaderes bárbaros con rostros asombrados los seguían por el pasillo. Casi habían alcanzado el patio cuando se cruzaron con alguien. Una figura emergió de uno de los pasillos laterales y Tétricus disparó uno de sus dardos. Hubo un grito y Elassel reconoció la voz de su madrastra. La joven intentó regresar, pero Tétricus se interpuso en su camino.

—¿Qué haces?

—¡Es mi madrastra! —explicó Elassel con frenesí.—¡Se pondrá bien! ¡Ahora corre!

Condujeron a los nativos hacia el jardín, y Tétricus y Ravenna descorrieron el barrote de la puerta. Como Elassel había predicho, al deslizarlo hacia atrás se produjo un chirrido como el de un animal herido.

Todo lo que Elassel recordaba a partir de ese momento era una confusa huida bajo la lluvia a través de calles inundadas y gritos partiendo del templo detrás de ellos. Alguien había dejado el portal entre los barrios oportunamente abierto, pero no vieron a nadie hasta que llegaron al portal que abría el paso al barrio nuevo. Empujada por el viento, Elassel se tambaleó hasta ponerse a cobijo y en el intento estuvo a punto de chocar contra uno de los muros, pero alguien interpuso su brazo para evitarlo. Entonces ella elevó la mirada y reconoció el curtido rostro del capitán de la guardia.

=Podo saldrá bien —le dijo—. Tengo las cosas bajo control.

En ese preciso instante se produjo una explosión en algún sitio por encima de ella y, poco después, la ciudad se cubrió de un misterioso brillo azul cuando estallaron dos bengalas.

Alguien más se acercó y ayudó a Elassel a llegar hasta al puesto de guardia del portal. Oyó cascos de caballos y luego vio los desgreñados ponis de los bárbaros reunidos fuera y cargados de bienes.

—Decidles a vuestros jefes —oyó que decía el capitán de la guardia— que...

Los guardias cobijaron a Elassel y a sus dos compañeros dentro del puesto de guardia, al abrigo de la lluvia, y los condujeron escalera arriba para secarse junto al hogar encendido. Por la ventana, Elassel pudo ver cómo los mercaderes avanzaban siguiendo el curso del río y apiñados para protegerse de la tormenta. Un momento más tarde, al parecer como señal de advertencia, dos bengalas de leña ardiente explotaron sobre la misma franja del bosque en la que esperaban los ejércitos tribales. Luego, en respuesta, vio estallar una llamarada encima del valle, una ráfaga luminosa que fue apagada casi de inmediato por la lluvia.

—¡Lo lograron! —exclamó con satisfacción el capitán de la guardia—. ¡Los últimos estallidos provinieron de la mina!

De modo que también Palatina había completado con éxito su parte del plan. Eso le serviría a Midian de lección.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXIV

Desperté en mi propia habitación, con la luz del sol filtrándose a través de las cortinas. Había demasiadas mantas en la cama y estaba sudado a causa del extremo calor. Entreabrí los ojos y eché un vistazo al reloj de éter de la pared de enfrente; el círculo tenía encendida una fracción superior a la mitad. Es decir, que eran las seis de la mañana y había salido el sol.

¿Pero de qué día? Recordaba haberme desvanecido en la cama de Ravenna, haberle transmitido a mi padre el mensaje de Palatina y nada más. Era casi seguro que no podían haber pasado sólo diez horas desde entonces. Pero de ese modo el tiempo transcurrido debía de ser de alrededor de dos días, y en ese caso habría estado dormido durante un período insospechadamente largo. Fuera o no así, sentía tanta hambre como si llevase muchas horas sin probar bocado.

El sueño postraumático podía explicarlo; sabía que una de las mejores maneras dé curar a alguien era someterlo a una larga cura de sueño.

Me levanté de la cama y, al ponerme de pie, lancé una sarta de tacos al sentir el dolor atravesando mi pie. Había olvidado el corte del talón. Lo miré para comprobar si ya había cicatrizado, pero es taba cubierto por un vendaje. Me puse una túnica y salté hasta al baño para darme una ducha. No había nadie más a la vista. Tampoco parecía haber nadie más despierto cuando bajé la escalera. El personal de servicio solía levantarse a las seis y media, y mi padre a las siete (él siempre había sido madrugador).

Me dirigí a la cocina. Los hornos estaban apagados y cogí lo que pude de la despensa del desayuno. Las frutas y el pan del día no llegarían hasta pasada una media hora.

Todavía ignoraba qué había pasado pero por el aire de paz y quietud deduje que los bárbaros no eran una amenaza inmediata. Lepidor no parecía respirar como una ciudad sitiada. Recordé el ataque de Lexan cuando yo tenía siete años: el palacio estaba custodiado de forma permanente y había guardias fatigados durmiendo en los pasillos.

Seguía sin cruzarme con ninguno de los sirvientes cuando salí por el portal posterior del palacio y me abrí paso por la calle principal. Las calles estaban secas, pero el césped del jardín tenía la tierra húmeda y no a causa del riego, así que supuse que había estado lloviendo al menos durante las últimas dos horas.

Las puertas del templo estaban abiertas, las miré al pasar, pero no percibí dentro señales de vida. Me pregunté si los prisioneros habrían sido rescatados, pero no hubiese sido inteligente preguntárselo a nadie, ni siquiera si me hubiese topado con alguien en los alrededores.

Encontré las respuestas cuando llegué al portal del barrio terreno. Había allí dos soldados de servicio sobre los muros superiores y llamé a la puerta del puerto, junto al arco de entrada. Poco después me abrió un soldado rubio de unos cuarenta años, con la chaqueta del uniforme colgando libremente alrededor de los hombros.

—Amo Cathan —me dijo sonriendo y con una expresión de respeto en su rostro que jamás había visto antes—. Me alegra volver a verlo en pie. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Pensé que quizá podrías decirme qué día es y que ha sucedido.

—¿Qué día es hoy, vizconde? ¿Acaso bromea?

—Creo que he estado durmiendo mucho tiempo, pero nadie parece estar despierto todavía e ignoro qué es lo que sucede.

—Bien, pues hoy es día de mercado, es decir, que ha dormido durante un día y dos noches. ¿No recuerda lo que hizo?

—Puedo recordar lo que hice, pero sólo hasta que llegué al palacio.

—En ese caso, creo que sería mejor que le contase lo que ha pasado el decurión, o alguien del palacio, pero de todos modos me alegrará hacerlo. Venga conmigo.

Me condujo hacia las almenas y se presentó a sí mismo, así como a su compañero, un recluta perteneciente a una de las familias de la ciudad y unos años mayor que yo. Entonces me narró todo lo sucedido:

Jugábamos a las cartas en el puerto de guardia cuando el centurión llegó corriendo y nos ordenó que cogiésemos nuestros equipos y formásemos en el patio. Por supuesto, no nos dijo por qué hasta que ya estábamos todos allí, empapados. Nos contó entonces que había un ejército tribal en el bosque esperando para atacar la ciudad al alba. Parecía una broma. Quiero decir que no creímos que ni siquiera las tribus fuesen tan estúpidas para atacar durante una tormenta. Quizá creyeron que alguien les permitiría pasar. De cualquier modo, el oficial vino y nos sacó de la garita, pero no habíamos caminado más que unos pocos metros cuando, corriendo por la calle, apareció otro decurión, afirmando que el templo había sido atacado y que los prisioneros habían huido. Entonces el oficial nos dijo que regresásemos al patio y esperásemos mientras él se dirigía a los portales. Por supuesto, él vestía un apropiado impermeable, el resto de nosotros estábamos empapados. Como fuera, mientras esperábamos alguien comenzó a disparar cañones por encima de los muros, aunque no pude distinguir contra quién disparaba. Poco más tarde regresó el oficial, seco como un hueso, y nos dijo que rompiéramos la formación, ya que las tribus se habían dispersado.

—¿Sencillamente huyeron? —pregunté.

—Al parecer, alguien envió a los prisioneros de regreso para comunicarles que no tenían oportunidad de vencer, ya que en la ciudad se sabía todo sobre su pequeño plan de rebelión. Además, esa joven llamada Palatina había ocupado la mina, así que los nativos no tenían otra cosa que hacer más que regresar a sus chozas. Y todo sucedió gracias a usted, mi señor Cathan. Pues hasta su llegada no habíamos visto ni oído a ninguna de las tribus en el bosque. No puedo decir que me animara a atravesar ese

torrente en canoa durante el verano y mucho menos nadando durante una tormenta.

—¿De verdad has descendido ha descendido a nado todo el tramo hasta la bahía? —inquirió el otro guardia.

—Así es.

Charlé con ellos un poco más y luego regresé al palacio siguiendo el camino de los muros. A mi espalda, la ciudad comenzaba a despertar, pero no quería que me viesen por la calle. Los guardias me había hablado como si yo fuese una especie de héroe. Y yo no era ningún héroe. No merecía semejante palabra. Lo hubiese disfrutado, pero aún no me perdonaba el haber permitido que capturaran a mi propio comando, ni olvidar la humillación de ponerme de rodillas sobre el polvo del recinto minero.

La parte trasera de los jardines del palacio se encontraba exactamente debajo de la sección del muro que daba al mar, aunque varios árboles ocultaban su interior de la mirada de los guardias. Yo había colocado por allí una escalinata de soga, justo bajo el parapeto junto a uno de los límites del jardín. Así tenía una manera más de entrar o salir de allí. Entré utilizando la escalinata de soga y allí en el palacio encontré a los sirvientes despiertos.

Mientras desayunábamos en un salón comedor casi desierto oí de labios de mi padre el resto de la historia. Me confirmó que las tribus habían huido a través del paso y que todas las fortificaciones de allí ya habían sido reparadas y reforzadas.

—¿Se sabe si existió un traidor? —pregunté. El rostro de mi padre se oscureció.

—Uno de los soldados de lo alto de la torre había sido sobornado por la familia Foryth. No pudimos saber por qué, ya que escapó junto a las tribus en retirada. Lo he declarado renegado, pero no hay ninguna otra cosa que podamos hacer. Da la sensación de que también los jefes tribales recibieron dinero de él y que por ese motivo lo han protegido.

—¿Foryth sobornó a los jefes? —exclamé.

El mero hecho de conversar con los jefes era difícil a menos que conocieran a alguien desde hacía mucho tiempo y estuviesen seguros de sus

intenciones. Quizá Foryth contaba con agentes entre los misioneros.

—¿Cómo lo has descubierto? —le pregunté entonces a mi padre. —Porque reaccionaron desmedidamente. Por lo general envían a un mensajero para exigir el regreso de su gente, no un ejército masivo para atacarnos. E incluso así lo normal hubiese sido que aceptasen el dinero manchado de sangre que tú les ofreciste en la mina. En ese momento, mi padre debió de notar mi expresión, pues añadió:

—Lo que hiciste fue lo correcto, ofrecerles un rescate. Siempre hay que proponer algo y negociar. Descender por el torrente fue un acto de gran valentía, y con seguridad nos has salvado gracias

a eso. Pero no siempre es posible Hacerlo, así que lo primero debe ser intentar llegar a un acuerdo. Salvo con la familia Foryth.

Pese a las palabras alentadoras de mi padre, aún no podía disculparme a mí mismo, pero no se lo dije, ya que se habría comportado del mismo modo que Palatina y yo no estaba de acuerdo con ninguno de los dos, por mucho que me hubiese agradado estarlo.

Después del desayuno, mi padre me dijo que iría costa abajo para visitar Gesraden e Ygarit, las dos poblaciones del clan cercanas al sur de la ciudad, y que yo quedaría al mando hasta su regreso al día siguiente. Alrededor de una hora más tarde partieron él, mi madre y su séquito, y me aproximé a Atek para preguntarle si había algún asunto oficial del que debiese ocuparme.

Subí a la oficina de mi padre, abrí la puerta con su llave y me senté detrás de su escritorio. Allí había una nota con su precisa caligrafía diciéndome todo cuanto necesitaba ser atendido durante su ausencia. No eran demasiados asuntos y no creí que me llevase mucho tiempo resolverlos. El último párrafo consistía en una única línea que me dio mucha satisfacción: «He negociado con Midian. No traerá problemas». Me había preocupado cómo reaccionaría el avarca y todavía me inquietaba saber quién había liberado a los prisioneros y cómo se lo había explicado mi padre a Midian.

Nada más empezar a concentrarme en algunos papeles, con la intención de liquidar la tarea cuanto antes, llamaron a la puerta. —Adelante —dije.

Era Ravenna.

—Me alegra volver a verte en pie —comentó mientras que yo dejaba los papeles sobre la mesa y me incorporaba; no pretendía conversar con ella desde detrás del escritorio.

Ravenna rodeó el escritorio y, para mi sorpresa, me abrazó con fuerza. Al menos por una vez no parecía un témpano de hielo. —No permitas que te capturen de nuevo —me susurró—. Estaba tan preocupada...

No dije nada, conmovido por su súbito cariño. Era la segunda vez que la escuchaba hablar sin su tono frío y calculado. Con todo, el instante fue efímero y segundos después se alejó de mí exhibiendo su sonrisa lejana.

—Lo que has hecho ha sido muy valiente, Cathan, aunque fuese idea de Palatina —me dijo mientras se apoyaba contra el marco de una ventana.

—No tanto —afirmé acercándome a ella. Por la ventana podían verse la ciudad y el barrio del puerto, y las velas de unas pocas barcazas eran visibles en la bahía—. No me imaginaba que fuese tan arriesgado. Nunca me había precipitado en un torrente de agua que no pudiese controlar, por rápido y peligroso que fuera. Hasta entonces. Pensé que mi mayor problema sería atravesar los bosques sin ser capturado, pero no vi ni a un nativo. Por otra parte, a duras penas llegué vivo al puerto.

Recordé la danza de las focas en su mundo silencioso bajo las olas. Eso era algo que guardaría para mí, algo que no compartiría. —Pero lo lograste y seguiste adelante. Y por eso las tribus tuvieron que darse por vencidas sin haber derramado una sola gota de sangre. La familia Foryth ha malgastado un montón de dinero!

—Hay algo más: tenía que haber necesariamente un cómplice dentro de la ciudad dispuesto a abrirles las puertas a las tribus. De otro modo jamás se hubiesen atrevido a atacar durante una tormenta.

—Si así fue, lo descubriremos —aseguró mirándome a los ojos—. Una cosa es aceptar el dinero de Foryth y apoyarlo, como en el caso de Mezentus. Pero no puedo creer que dieran con un segundo traidor dispuesto a dejar pasar a las tribus. Salvo que fuese alguien del séquito de Midian.

—Por lo que no podríamos atraparlo.

—Estoy segura de que encontraremos una manera.

Ninguno de los dos pronunció palabra durante unos instantes y permanecimos con la mirada clavada en el despertar de la ciudad.

Entonces la paz fue interrumpida por un mensaje de alarma transmitido a través del intercomunicador de éter en el escritorio de mi padre. Me acerqué y presioné el botón para recibirlo. Apareció la brillante imagen azulada del jefe del puerto, Tortelen, sentado frente a su propia consola de éter, al parecer en el suelo, junto a su escritorio.

—¿Dónde está el conde? —inquirió. —El conde está de viaje.

—Creo que lo mejor es que vengas aquí, vizconde. Nuestro sensor ha detectado una manta averiada aproximándose a nosotros hace unos pocos minutos. Hemos enviado una raya para establecer contacto y los de la manta han pedido un amarradero para atracar. Parece que tienen graves problemas.

—¿A quién pertenece la manta?

—Procede del Archipiélago, pertenece a una delegación mercantil del Archipiélago que va de camino a Turia. Sin embargo, el hombre al mando es cambresiano, el almirante Karao.

Oí detrás de mí un frufrú de ropas, pero no me volví. —¿Cuánto tardarán en llegar, Janus?

—Menos de media hora. No podrán atracar solos, así que deberemos remolcarlos a lo largo del muelle en el puerto de superficie. —En seguida estaré contigo —anuncié. Luego cerré la conexión con Janus y encendí el sistema de llamada del palacio, un dispositivo que mi padre empleaba sólo ocasionalmente:

—Se solicita la urgente presencia del consejero principal Atek en la oficina del conde.

Luego miré a Ravenna, que había perdido la sonrisa. —¿Conoces al almirante Karao? —le pregunté.

—Pertenece a un clan noble del Archipiélago y es a la vez almirante cambresiano. Tiene una enorme influencia en ambos países y dirige numerosos asuntos...

—¿Y además...?

Había algo que aún no me había dicho y que flotaba en el aire. —Es un hereje.

Unos minutos después, tras consultar a Atek y enviar un mensajero en busca de mi padre, estaba ya en el sector sur del puerto observando cómo la silueta azul oscura era remolcada por las aguas en dirección a nosotros. El atracadero del muelle de superficie, una voluminosa construcción móvil de madera, había sido extendida desde el edificio que la cobijaba para recibir la manta del Archipiélago, la *Esmeralda*, tan pronto como fuese posible.

Por fortuna era un día soleado y agradable y no la tormentosa pesadilla de dos días atrás. Tortelen explicó que la *Esmeralda* había sido afectada bajo el mar por la misma tormenta. Había sido una tormenta mucho más grande de lo que yo había imaginado y sólo uno de sus extremos había asolado Lepidor. La nave estaba al parecer en un terrible estado y en principio el almirante no creyó siquiera que llegasen a Lepidor.

Había apenas unas pocas personas a mi lado: el consejo de la ciudad no consideró que éste fuese un evento lo bastante importante para interrumpir sus actividades y menos sin estar presente mi padre. Sospeché que semejante desinterés se debía a que no comerciábamos ni con Cambress ni con el Archipiélago. Dalriadis,

Tortelen, Atek, Palatina y Ravenna, así como un par de primos de nuestra familia que actuarían como guías o anfitriones, eran los únicos presentes.

Tras una penosa aproximación, con las aletas arrastrándose a lo largo del muelle, la *Esmeralda* logró al fin detenerse con una de las portillas junto al puente del puerto. La brillante superficie de la manta mostraba notables signos de desgaste y me pregunté qué podría haber causado esos daños durante una tormenta en mar abierto, donde no había rocas ni ramas a la deriva.

Se abrió la escotilla y apareció un hombre con un uniforme cambresiano bastante deteriorado, que empezó a recorrer el muelle a toda prisa. Luego, otras personas salieron de la manta y noté nubes o corrientes de humo saliendo del interior de la nave.

Imaginé que el primero que había salido era el almirante Karao; en el cuello de su uniforme añil, que estaba rasgado por varios sitios y deformado en otros por quemaduras, se veían dos estrellas y las costuras de una tercera ausente. Tenía aspecto de thetiano (lo que alguna vez habían sido los cambresianos), de piel oscura y rostro levemente aplanado, con los rasgos característicos del Archipiélago.

—Bien venido a Lepidor, almirante Karao —dije—. Soy el vizconde Cathan.

—Muchas gracias —respondió él—. Me temo que no sea nuestro mejor momento; la mayor parte de nuestro equipaje se ha estropeado por las llamas.

Se hizo a un lado para permitirle el paso al grupo de tripulantes de la manta que ahora cruzaban el muelle. Algunos eran marinos cambresianos o del Archipiélago, que vestían los raídos uniformes verdes o azules, mientras que otros era civiles del Archipiélago. Se me ocurrió que estos últimos eran demasiados para constituir una delegación mercantil (había entre ellos unos pocos ancianos y mujeres, pero en líneas generales todos tenían más o menos mi edad).

—Permitidme presentaros a la delegación del Archipiélago que viaja a Turia —anunció Karao, y me presentó a unos cuantos civiles y marinos. Me pregunté por qué irían a Turia.

Yo, por mi parte, le presenté a quienes me acompañaban, y el almirante los saludó a todos con cordialidad. De todos ellos, alguien no le era desconocido: Ravenna.

—Otra vez tú —le dijo con una sonrisa que no llegó a reflejarse en sus ojos—. Me alegra volver a verte.

—Y a mí, almirante. Enhorabuena por tu ascenso; eras apenas un comodoro la última vez que tuvimos el placer de encontrarnos. Espero que recuerdes lo que te dije entonces.

—¿Cómo podría olvidarlo? Fuiste absolutamente directa al hablar conmigo.

—¿Ya me has reemplazado?

—Nunca podría reemplazarte, Ravenna. Cuento con una nueva tutora, pero es tu sucesora, no tu sustituta.

—Espero que te guíe mejor que yo.

—No tiene tu espíritu combativo ni tu don discursivo.

—Si me hacéis el favor de seguirme —advertí, obligado a interrumpir una charla tan fascinante—, buscaré un sitio donde podáis asearos.

Conduje a Karao y a su delegación hacia el palacio, donde el personal había sido alertado para recibir a sobrevivientes agotados y se habían dispuesto habitaciones para albergarlos. Un subordinado llevó a los tripulantes de la manta a la zona de marineros. Mientras subíamos hacia el palacio, el almirante nos explicó que la *Esmeralda* había sido atrapada por el extremo de un remolino submarino que la había sacudido con fuerza; de hecho, le había dado la vuelta. Por fortuna consiguieron escapar del centro del remolino, pues de otro modo habrían sido succionados y llevados a una muerte segura y espantosa. Todos los torbellinos eran peligrosos, yo lo sabía bien por mis estudios oceanográficos, pero los remolinos de las profundidades del mar eran sin duda los más grandes (aunque algunos especulaban que existían fenómenos aún más temibles, como remolinos en forma de anillo que podían chupar hacia adentro miles de kilómetros cuadrados de océano). Los torbellinos submarinos podían constituir en ocasiones embudos de varios kilómetros de ancho y cientos de miles de kilómetros de profundidad. Lo cierto es que la *Esmeralda* había escapado de milagro.

El almirante, que me pidió que lo llamase por su nombre de pila, Sagantha, era una persona muy agradable y habló durante casi todo el trayecto hasta el palacio. Cuando cruzamos los portales y vimos a los sirvientes y los miembros de la familia esperando para ayudar a la tripulación de la *Esmeralda*, que exhibía un aspecto lamentable, Palatina me dio unos golpecitos en el hombro y me dijo:

—Entre la delegación hay alguien que viene de la Ciudadela.

—¿De quién se trata? —De Persea.

La gente del Archipiélago, ya aseada y vistiendo ropa prestada, se unió a nosotros para almorzar en el gran salón. Persea parecía feliz de vernos a

mí y a los demás, pero todavía no habíamos tenido tiempo de hablar con ella. Sin embargo, sí le pregunté a Ravenna de dónde conocía al almirante.

—Fui su tutora durante un tiempo, hace unos tres o cuatro años —explicó—, cuando él era cónsul cambresiano en Xianar. Uno de sus... socios comerciales... deseaba casarse conmigo, aunque, en realidad, deseaba casarse con mi fortuna. De manera que le dije que no me quedaría a vivir allí. Finalmente acabé en la Ciudadela y no había vuelto a ver al almirante desde entonces. Hasta ahora, por supuesto.

Me pregunté cómo había podido Ravenna desechar la protección de Sagantha. Los pupilos no podían cambiar sus tutoras sin permiso del rey, y no existía ningún monarca en el Archipiélago. Además, si ella era de Tehama, ¿cómo es que había llegado a ser tutora de Sagantha? ¿Por qué lo había dejado? «Tehama no era un sitio seguro» fue lo único que me respondió cuando se lo pregunté. «El sacerdote supremo, que es quien tiene el mando, posee allí un control absoluto sobre mi persona. Mi madre era muy rica por derecho propio, pero sus tres hermanos murieron y yo acabé también como única heredera de todo su fortuna. La familia de mi madre no quería que nadie de Tehama tocase el dinero, así que me convirtieron en tutora de Karao.»

Intenté imaginar el origen de sus riquezas. Los habitantes de Tehama no destacaban por sus actividades comerciales y... ¿por qué una familia rica del Archipiélago habría permitido que su heredera contrajese matrimonio con un hombre de Tehama?

Mientras yo comía con Sagantha y los demás, Tortelen y Dalriadis revisaban los daños de la *Esmeralda*.

—Reparar el exterior llevará unas tres semanas, quizá cuatro —fue su veredicto cuando los convoqué en la oficina de mi padre— ¿Deseáis que os conduzcamos a Pharassa para intentar conseguir otra nave? —le pregunté a Sagantha, quien, junto a la ventana, contemplaba la ciudad desde el mismo punto en el que Ravenna y yo habíamos estado unas pocas horas antes.

El almirante consideró mi propuesta por un momento y luego negó con la cabeza:

—Nadie navega desde Pharassa hasta Ralentis y no hay manera de que la armada imperial me preste una nave. ¿Podéis alojarnos hasta que sea reparada la *Esmeralda*? Sé que seremos una molestia, pero me cuesta imaginar otra solución.

—Sois bien venidos a Lepidor, almirante —aseguré—. No podremos albergaros a todos en el palacio, pero sin duda hallaremos las camas necesarias.

—Te lo agradezco de corazón, vizconde —afirmó sonriendo con calidez.

Había algo más que debía decir, pero no estaba seguro de cuál sería su reacción.

—Tengo que agregar una cosa. —¿De qué se trata?

Respiré profundamente.

—Acaba de llegar a nuestra ciudad un nuevo avarca. Se trata de un haletita bastante fanático, que ya ha iniciado una guerra contra las tribus, arrestando por herejía a algunos comerciantes nativos. Si pudieses advertir a tu gente que cuide sus palabras cuando hable en la ciudad...

—Comprendo —asintió Sagantha—. Las tensiones crecen en el Archipiélago en este preciso instante. ¿Cómo se llama vuestro avarca, a todo esto?

—Midian, aunque no sé cuál es su apellido. Karao lanzó un suspiro.

—¡Quizá la *Esmeralda* fuese más cómoda de lo que parecía! Habéis recibido al peor de todos. Si te sirve de consuelo, Midian llevará la tiara de exarca durante unos cuatro o cinco años y después os libraréis de él.

Cuatro o cinco años... ¿Podríamos sobrevivir durante tanto tiempo?

Envié mensajeros al sur para pedirle a mi padre que regresase. Karao era un huésped importante y él no hubiese deseado pasarlo por alto. Mi padre estuvo de nuevo en el palacio a media tarde. No había llegado aún a Gesraden, por lo que decidió posponer su visita. Me asignó la tarea de organizar el hospedaje de la gente del Archipiélago y pasé un par de horas buscando habitaciones para albergarlos a todos, tanto en el palacio como en casas de las familias vecinas. Rechacé cortésmente la propuesta de Midian

de alojar a algunos en el templo; ya teníamos suficientes problemas para buscar más.

Cuando todos estuvieron instalados y tuve la satisfacción de enviar a mis primos a ayudarme en pequeños recados, pude al fin liberarme de las obligaciones y conversar con Persea.

Igual que Palatina, Ravenna y muchos de los jóvenes provenientes del Archipiélago que viajaban en la manta, Persea estaba echada sobre el césped del jardín, compartiendo una ronda de algún licor de su tierra. Cuando me aproximé me presentó a los demás: dos hombres y cuatro mujeres. Sólo dos de ellos habían nacido en las islas, los otros cuatro habían nacido en Qalathar.

Nada más sentarme, uno de ellos miró hacia los arbustos como si pensase que alguien lo estaba espiando. Luego dijo:

—Tú eres uno de los que dejó a Hiroa fuera de combate, ¿no es así? —¿Has estado en la Ciudadela? —inquirí, sorprendido por el modo directo en que se refería a la cuestión. Hiroa había sido el líder de las fuerzas del Agua en la falsa guerra interna de la Ciudadela; era el que había «asesinado» paralizándolo contra el muro.

—Yo participaba con las fuerzas del Agua —añadió—. Realmente acertaste con el momento: ¡Hiroa iba a exponer la estrategia vencedora!

—¿Entonces todos vosotros sois herejes?

—Todos —asintió una de las jóvenes, que llevaba un extraño gorro de imprecisas formas—. Por eso estamos aquí. Era demasiado peligroso regresar a Qalathar.

—¿Es muy mala la situación en el Archipiélago actualmente? —indagó Ravenna.

—Bastante —informó otra de las jóvenes—. El Dominio está enviando predicadores a todos los rincones para persuadir a los herejes de retractarse (ya han dejado de ocultarse). Los que no son herejes no desean tampoco que el Dominio interfiera, y se produjeron disturbios cuando el exarca intentó arrestar a alguien. —Hemos oído que Lachazzar planea lanzar una nueva cruzada —dijo Persea—. Pero, sea lo que sea que haga el Dominio, fracasa en el Archipiélago. Tuvimos que ser embarcados porque le

exigíamos a los veteranos que construyeran más naves y restauraran la dinastía faraónica.

—¿Con qué fin? —protestó Ravenna—. ¡Eso no tiene ningún sentido! Incluso si pudieseis hallar a la heredera, semejante medida sólo conduciría al desastre. O bien la elevaríais como una figura decorativa y Lachazzar empezaría otra cruzada, o bien el Dominio se desharía de ella, la secuestraría o la usaría como gobernante títere.

—La descendiente del faraón es la única persona a la que todos seguirían, el único nexo que mantendría unidos a todos los clanes. —Perdonad mi pregunta —intervino Palatina frunciendo el ceño—, pero ¿cómo podéis estar tan seguros de que la descendiente del faraón existe, de que no es producto de la imaginación popular? Nadie la ha visto jamás.

Muchos jóvenes del Archipiélago parecieron enfurecerse de pronto y uno se puso de pie.

—¿Cómo te atreves a sugerir algo semejante? Nadie la ha visto jamás porque, si alguien lo hubiese hecho, el Dominio podría averiguar su identidad y paradero.

—¡Siéntate, Tekraea! Ella no pretendía insultarnos —dijo la joven del gorro, y luego se volvió hacia Palatina—. Jamás calumnies el nombre de la descendiente del faraón. Su abuelo fundó el Archipiélago y ella es el símbolo de todo lo que somos nosotros.

—Muy pocos conocen su identidad —añadió Persea—. Sagantha es uno de ellos, pero él le ha jurado no revelar su nombre.

—Eso facilita su ocultamiento y, como nadie la ha visto jamás, el Dominio no cuenta con una descripción con la que buscarla. —Por lo tanto, la descendiente del faraón está oculta bajo las ropas de un ciudadano ordinario —dijo Palatina.

—Así es —confirmó Persea—. Existía el rumor de que se encontraba en la Ciudadela durante el mismo período en que estuvimos nosotros, pero supongo que ese dato ha partido de alguien con una exagerada imaginación.

—¿Saben los veteranos dónde está? —interrogué. —No, no lo saben.

¿Quién lo sabía entonces?

Aquella noche, Elassel vino a verme al palacio. Entretanto había estado cortando el servicio de agua corriente de Midian en venganza por algo que él había hecho, ella lo había escuchado con versar con el mago mental. Al parecer, Midian creía que la heredera del trono de Qalathar y del Archipiélago era actualmente una tutora de Sagantha Karao.

En ese caso, podría ser que integrara la delegación de *Esmeralda*.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXV

¡No lo haré de ningún modo! —declaró mi padre—. La conducta de la familia Foryth ha sido imperdonable. Su disputa es con la familia Barca, no con mi clan.

Echó una nueva mirada al embajador de Taneth y con furia contenida agregó:

—Puedes decirle a lord Foryth que si realiza un solo acto más de sabotaje no dudaré en hacer uso de la fuerza.

Atek me miró con incomodidad. Me asustaba la posibilidad de que mi padre se hubiese excedido un poco en su reacción frente al intento de sabotaje en el puerto ocurrido dos días atrás, el más reciente ataque de Foryth sobre nosotros. Sabía que en su ira pesaba el hecho de que mi hermano Jerian casi había sido capturado en la acción. Y, además, acabábamos de asistir al funeral de los tres trabajadores a los que el complot de Foryth había costado la vida. Gracias a la pronta reacción de uno de ellos aún poseíamos un puerto en actividad, gracias a eso y a la incompetencia del agente de Foryth. Me resultaba difícil creer que un hombre tan despiadado como lord Foryth emplease para semejante asunto a alguien tan estúpido. Colocando una sola carga explosiva, lo único que hubiese logrado habría sido echar abajo el muelle superior. Con dos cargas, hubiese dejado el puerto fuera de acción durante semanas o meses.

—Conde Elníbal —empezó a hablar el embajador tanethano, con aspecto más bien nervioso. Me pregunté si tenía algún derecho a protestar,

ya que era un funcionario realmente joven, acorde con lo que merecíamos de acuerdo a la escala de valores de Taneth.

Mi padre lo interrumpió:

—Y recuérdale a Foryth que él dirige una gran familia, no un clan. Por muy grande que sea su poder en Taneth, por muchas naves comerciales que pueda poseer, yo soy un conde del imperio de Thetia. Recuérdale que los clanes han destruido con anterioridad a más de una gran familia.

—Señor mío, Lijah Foryth es un hombre poderoso. ¿Desea que le diga eso empleando estos mismos términos?

—Si la familia Foryth pretende comportarse como si fuese un clan, deberé tratarla como si fuera uno —afirmó, y luego se le ocurrió otra cosa —.Y dile además, *en estos mismos términos*, que si durante la conferencia se hubiese comportado como un hombre civilizado en lugar de hacerlo como una bestia bárbara, probablemente tendría ahora el contrato que tanto ansía. Ahora puedes retirarte.

El tanethano no volvió a abrir la boca, pero saludó con una reverencia y salió del salón en medio de un denso silencio. Las puertas se cerraron detrás de él con un renuente crujido.

Mientras daba por finalizada la reunión del consejo, mi padre nos pidió a unos pocos que lo siguiésemos, escalera arriba, hacia su sala secreta del consejo.

—Atek, ten preparado un sobre para enviar con un mensajero —ordenó cuando la puerta se cerró detrás de nosotros y nos sentamos—. Le escribiré al rey explicándole todo lo que sucede aquí. Sus conexiones con Taneth son fundamentalmente con la familia Canadrath, y ellos no son amigos de los Foryth.

—Señor, me temo que se trate de una reacción exagerada —advirtió Atek, mirando a su alrededor en busca del apoyo de los demás (Dalriadis, Shihap y yo)—. Eso podría exponernos a un peligro todavía más grande.

—Hoy parecéis un rebaño de ovejas, todos vosotros —respondió mi padre con una sonrisa en el rostro—. «No es conveniente hacer nada, reaccionar sólo empeoraría las cosas.» Mi hijo Jerian estuvo a punto de ser asesinado por agentes de Foryth y ¿vosotros me decís que adoptar cualquier

tipo de medida es demasiado peligroso? ¿Quién más creéis que desearía dañar nuestro puerto? Si no hacemos nada, Foryth creerá que somos débiles y volverá a la carga con mayor fuerza.

—¿Pero qué sucedería si la carta no llegase a manos del rey? —insistió Atek—. ¿Qué pasaría si cayese en manos de uno de los aliados de Foryth dentro del clan Pharassa? Podría moverlo a intentar algo aún más drástico, quizá podría incluso poner al rey en contra de nosotros.

—Foryth carece de dinero suficiente para eso. Si sigue gastando fondos como hasta ahora, le llevará años de beneficios de un contrato de hierro recuperarlos. Además, siempre está el virrey imperial para contenerlo.

Al menos eso era cierto. El virrey, Arcadius Tar' Conantur, primo del emperador, odiaba a las familias de Taneth casi tanto como los thetianos. Al contrario que el resto de sus compatriotas del centro del imperio, se interesó activamente por el imperio (¿de qué otro modo hubiese podido convertirse en virrey?). Según me habían contado, casi todos ellos, incluyendo al antiguo emperador, malgastaban sus energías en orgías y fiestas rebosantes de bebidas alcohólicas. Arcadius tuvo que trabajar duramente para merecer su nombramiento, incluso pese a tener menos poder real que el que tenía mi padre.

Después de que Atek intentó por tercera vez disuadirlo de escribir la carta, mi padre nos pidió a todos que nos retirásemos y se sentó a redactarla sin la ayuda de Atek.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Shihap cuando nos alejamos por el pasillo y ya nadie podía escucharnos.

—Reducción de daños —espetó Atek, tan irritado como lo había estado mi padre—. Tú regresa a tu tienda, yo averiguaré cómo es la situación actual en Pharassa. Cathan, esa amiga tuya que vi vía en Taneth, pregúntale si sabe algo que pueda ayudarnos; sobre todo, cualquier otra cosa que sepa acerca de ese bastardo de Foryth.

—Ya te conté la mayor parte de lo que sabía de él —me dijo Palatina cuando la interrogué un poco más tarde, ese mismo día, en mi escondite de las alturas de palacio.

El hogar estaba encendido y había cerrado las cortinas pese a que todavía era media tarde. Había comenzado una nueva tormenta; el tiempo había sido atroz durante los últimos cinco días y no daba señales de mejorar. Los oceanógrafos concluyeron que era una supertormenta, que no se limitaba al frente de tormentas de Haeden. Dormir había resultado casi imposible debido a las constantes tormentas eléctricas y al sonido de los truenos, similar al de una carga de artillería durante una imaginaria batalla en el cielo.

—¿Cómo crees que reaccionará Foryth?

—No lo sé con seguridad. Hamílcar podría saberlo mejor, él ha tratado a Foryth durante mucho más tiempo que yo. Sé que nadie lo desafía jamás. Todos le temen demasiado. Y visita al Consejo de los Diez con tanta frecuencia como puede. Allí funciona un sistema singular: sólo es posible ser consejero durante un mes, y nadie puede serlo en dos ocasiones sin que medie un lapso de cuatro meses. Sin embargo, Foryth cuenta con aliados también en el Senado. En relación con las acciones de tu padre, quizá Foryth se enfurezca, o tal vez las ignore.

—Pero es más probable que se enfurezca...

—Sí —admitió Palatina recostándose en el sofá y contemplando las llamas de la chimenea—. Así que debemos imaginar qué hará a continuación, si es que podemos predecirlo.

La habitación se iluminó de repente con el blanco resplandor de un rayo, seguido por una sucesión de crujidos de ramas en el exterior del palacio, que decrecieron hasta desaparecer. Me alegré de que el tiempo no hubiese sido así nueve días atrás, durante mi descenso por el torrente.

—Hasta ahora hemos sufrido dos ataques piratas, el levantamiento de las tribus y el reciente sabotaje —resumí—.Y desperdicia su dinero rodeándose de gente como Mezentus.

—Es evidente que le agrada utilizar la fuerza, que no se anda con sutilezas. Tú no te habrías enfrentado a esta situación con ninguno de los demás clanes; ya estarías preparando la flota para resistir la invasión y declarando la guerra. Él piensa que es diferente porque pertenece a una familia de Taneth. Pero desea hacer mucho daño. —Palatina se inclinó

hacia adelante, descansando la barbilla sobre una mano—. ¿Qué es lo que ganaría con ello?

—El contrato del hierro, por supuesto.

—En ese caso, ¿qué beneficio obtendría si los grupos tribales conquistaran la ciudad? ¿O si el puerto fuese destruido? *¿Por qué se concentra en Lepidor en lugar de hacerlo en la familia Barca? No* es algo fácil de entender. Por la mitad de lo que les ha pagado a esos nativos podría haber contratado una flota entera de buques piratas, con lo que habría dominado a cualquiera que se aventurase en las aguas, incluso a vuestra manta, llevando a Hamílcar a la bancarrota.

—Me pregunto si no lo hará esta vez. Hemos sido afortunados en dos ocasiones, pero no es probable que la suerte siga siempre a nuestro lado.

Palatina reflexionó por un momento.

—Tienes razón —dijo entonces—. Por eso debemos intentar anticiparnos a su próximo movimiento.

—¿Y cómo se supone que haremos tal cosa? Podría golpearnos con cientos de métodos diferentes y no podemos leer su pensamiento.

—O también podríamos ser los primeros en atacarlo. Creo que eso es lo que trata de hacer tu padre, lograr que el rey se vuelva contra Foryth. Incluso si quisiese invadir Lepidor, no podría hacerlo. No cuenta con un ejército lo bastante grande para derrotar a vuestras fuerzas y, además, a sus hombres no les está permitido abandonar Taneth.

Palatina hizo entonces una pausa y percibí en su rostro una mirada de intensa concentración.

—¿Qué me dirías de forjar una alianza con otra familia, con otro clan? —preguntó entonces—. ¿Alguien lo ha hecho alguna vez? —No que yo recuerde —dije mientras recorría en mi memoria las lecciones de historia —. Se produjeron nueve guerras entre grandes familias y clanes desde la fundación de Taneth. Hasta donde yo sé, casi todas ellas culminaron con la destrucción de la familia implicada. Al menos eso creo. De todos modos, a menos que él consiga aliarse con otro clan de Océanus, por ejemplo Lexan,

el imperio se volvería en su contra. Foryth no podría llevar a las demás familias a semejante enfrentamiento, incluso entre los thetianos se produciría entonces una gran conmoción. Y si Lexan lanzase contra nosotros un ataque directo, Moritan y Courtiéres se unirían a nosotros. Lexan podría convocar a sus aliados y tendría lugar así una guerra civil. —Por lo tanto, existiendo idénticas fuerzas de uno y otro lado es improbable que Foryth planee un ataque directo.

—Así es.

Afuera, el cielo estalló con un nuevo trueno. Ya me había habituado después de los últimos tres o cuatro días. Me pregunté dónde estaría la gente del Archipiélago. Probablemente los aterro rizaron las primeras manifestaciones de la tormenta. jamás había tormentas de estas dimensiones en Qalathar ni en las islas más pequeñas (algunos de sus habitantes no habían visto una supertormenta en toda su vida).

—Bien, pues si no es eso... —Palatina bajó las manos con desilusión—. No podemos permanecer aquí sentados intentando imaginar sus pasos. Te he dicho todo lo que sé, pero necesitas averiguar más cosas. ¿Por qué no miras de ponerte en contacto con alguien que tenga espías dentro de la familia Foryth? Quizá Hamílcar conozca alguno.

—Para entonces podría ser demasiado tarde.

—Quizá resulte también una buena idea... —Palatina dudó un poco, pero luego siguió adelante—... que les pagues todo lo que les debes a los contratistas y a los gremios tan pronto como te sea posible. No gastes más dinero hasta no resolver el asunto de Foryth. De ese modo, si se las arregla para destruir algo, no tendrás que preocuparte por pagarles a los acreedores.

Me estaba pidiendo que me preparase para lo peor.

—Lo sugeriré —respondí—. Pero no creo que mi padre esté de acuerdo.

Se hizo entonces un incómodo silencio hasta que ella volvió a hablar.

—¿Recuerdas aquella conversación que mantuvimos con los del Archipiélago sobre el césped, el día de su llegada?

—Sí.

—Dijeron que el motivo por el que fueron enviados junto a Sagantha era que estaban apoyando demasiado abiertamente las herejías y la

legitimidad de la heredera del faraón. ¿No te parece un poco extraño que fueran embarcados con destino a Turia?

No conseguí comprender lo que quería decir. Es cierto, me había parecido extraño; los pocos sobrevivientes de Tuonetar que vivían en el helado norte del continente tenían muy poco para intercambiar y, por lo general, no estaban interesados en establecer contacto con nadie, exceptuando a quienes los proveyeran de artículos básicos para su supervivencia.

—Es posible que Turia sea un sitio extraño, pero incluso quienes viven allí necesitan comerciar. Y allí no existe representación del Dominio.

—Ral Tumar, en el Archipiélago, es el único lugar con el que comercian regularmente. Pero aún hay algo que no cuadra. Turia tiene un acuerdo con el Dominio y los herejes no les gustan más que a éste. ¿Para qué irían allí entonces?

—En la práctica, el Dominio no puede arrestarlos en Turia. —Pero pueden arrestarlos los turianos, y son casi tan desagradables como el Dominio. Es decir, que, o bien ellos *de verdad* se dirigen a Turia y sucede allí algo importante o bien viajan a otro lugar completamente diferente.

Me pareció que Palatina exageraba la trascendencia de la cuestión. Después de todo, los turianos sabrían que los del Archipiélago eran herejes y ¿qué ganarían arrestando a la delegación de la *Esmeralda*? Quizá el Archipiélago no tuviese mucha influencia, pero, por cuanto había oído de él, Sagantha sí la tenía. ¿Acaso la amenaza de Foryth había convencido a Palatina de que todos tenían planes ocultos? Sin embargo había acertado tantas veces que no tenía intención de desechar su idea con tanta rapidez.

—¿Qué piensas entonces que están haciendo? —pregunté sin ocultar mi escepticismo.

—Tiene algo que ver con esa misteriosa «faraona> suya, estoy segura. Elassel dijo que el Dominio creía que la heredera del faraón estaba a bordo de la *Esmeralda;* en ese caso no viajarían rumbo a Turia, sino a otro sitio.

Si estaba atravesando el extremo norte de esta isla (norte y no sur), ¿cuál podría ser su destino?

Me acerqué al enorme globo terráqueo que mi padre guardaba en un rincón. Palatina se puso de pie y se aproximó. La luz de las antorchas de éter parpadeaba al compás de los rayos en el cielo, lo que complicaba la lectura.

Establecí un recorrido a partir del norte de Haeden, moviéndome hacia el oeste en dirección al océano: Turia, Tumarian, Liona, las islas del Norte, Mons Ferranis... El último punto parecía improbable; se hallaba apenas unos miles de kilómetros al noreste de Qalathar, conque ¿qué sentido tendría un recorrido semejante? Ya habíamos discutido el caso de Turia. ¿Irían a Tumarian? No, siguiendo la ruta que habían emprendido. ¿Liona o las islas del Norte? Eran también provincias poco destacadas del Archipiélago. No había nada que saltase a la vista por sí solo en el mapa. Nada, con excepción de que, si iban a Turia, habían escogido la ruta más larga de todas.

—Creo que exageras un poco —le dije a Palatina, aunque sin estar demasiado convencido de mis palabras.

Pero Palatina no era la única con semejante punto de vista. Al día siguiente, mientras aún rugía la tormenta, alguien golpeó a la puerta de la oficina. Yo estaba sentado frente al escritorio y alcé, tenso, la mirada, preguntándome si no sería uno de los sacerdotes de Midian que venía a importunarme con algún aspecto del protocolo. Ya habían estado dos veces en el templo ese día, ambas para tratar asuntos triviales que Midian parecía considerar muy importantes. Mi padre había partido para realizar su visita el día anterior a que estallase la tormenta y no era probable que volviese a verlo por un tiempo. Entretanto, yo estaba al mando, como siempre contando con la colaboración de mi madre y de Atek. Al día siguiente supervisaría los cálculos presupuestarios semanales. Era la primera vez que asumía esa responsabilidad.

—Adelante —dije despegando la mirada de un tedioso documento sobre la renta y en realidad feliz por la interrupción, aunque se tratase de un sacerdote.

La puerta se abrió y entró Ravenna, empapada. ¿Era tan fuerte la tormenta? ¿O quizá venía caminando desde el extremo opuesto de la ciudad?

—Supuse que te encontraría aquí —dijo mientras se acercaba al hogar dejando a su paso un rastro de agua—. El tiempo es espantoso. No vengo de muy lejos, apenas desde la armería, y estoy empapada a pesar de este impermeable. ¿Siempre llueve de este modo?

—En primavera y otoño tenemos tormentas como ésta al menos una vez al mes. Y ruega no estar aquí en invierno; el tiempo se mantiene así durante semanas o meses.

—Nunca llueve así en Qalathar, ni siquiera en invierno.

Se desató el cabello y gruesas gotas de agua cayeron sobre la alfombra de mi padre.

—¿Te trae algún asunto urgente? —pregunté.

—Midian merodeaba por allí y el jefe de la armería no quería más problemas. Por supuesto, yo significo problemas. Palatina, no. Qué es lo que hace el chivo visitando la armería es algo que, por otra parte, ignoro. Y más con un tiempo como éste. Pero no deseaba estar en el mismo sitio que él a menos que estuviese obligada, así que he venido aquí. ¿Disfrutas con tu trabajo? —Es fascinante. No sabes lo que te pierdes. —También yo he tenido que hacer este tipo de cosas.—¿Cuándo? —indagué con curiosidad.

—Con Sagantha. Debía ganarme la tutela.

Tras un silencio, Ravenna retomó la palabra para comentar: —Palatina cree que la *Esmeralda* no se dirige a Turia. Tú no opinas lo mismo, ¿verdad?

De modo que no había venido a verme sólo porque no tenía nada mejor que hacer.

Al parecer —respondí— está algo paranoica y ve un complot en cada esquina. Quizá los haya, pero en su mayoría no tienen ninguna relación con lord Foryth.

—Pues en este caso no son paranoias —aseguró Ravenna alejándose del fuego y acomodándose en una silla cercana. Ahora me clavaba su más fría mirada—. Ese viaje no tiene nada que ver con el comercio. De algún modo,

el Dominio ha hallado la pista de la faraona y está desesperado por deshacerse de ella. Tengo entendido que Sagantha es el encargado de protegerla sea como sea, y no logrará ponerla a salvo si la lleva a Turia. El Dominio desea utilizarla como una gobernante títere o vendérsela a Lachazzar.

—¿Quieres decir que la heredera del faraón estaba a bordo de la nave?

—Es una buena hipótesis. Pero, antes de que me lo preguntes, no tengo idea de quién es y es poco probable que lo averigüe. Ninguno de los tripulantes de la *Esmeralda* está tampoco al tanto de este asunto.

—Entonces ¿cómo te has enterado?

—¿Es que todos estos papeleos de Estado han atrofiado tu cerebro? He hablado con Sagantha, que aún me debe algunos favores, y sé cómo presionarlo.

—Entonces ¿sabes adónde se dirigen?

—No. Nunca me diría tal cosa. Pero si una de las jóvenes de la E*smeralda* es la faraona, corre serio peligro. Midian ha intentado convocar a los viajeros para interrogarlos en su tribunal desde el mismo momento en que llegaron. Si lo consigue, los arrestará, ¿y qué haremos entonces? Midian podría enviarlos a Pharassa, donde estarían fuera de nuestro control. Estoy seguro de que allí los inquisidores encontrarían el modo de descubrir quién es la faraona.

Todavía tenía mis dudas sobre la cuestión de la faraona; sonaba demasiado rebuscado. Pero si Sagantha lo había confirmado... —¿Y qué esperas que haga al respecto? —pregunté.

—Palatina piensa que el Dominio tratará de retener aquí a los visitantes del Archipiélago tanto tiempo como sea posible, quizá el suficiente para que lleguen los inquisidores. Lo que quiero pedirte es que intentes ayudarlos, asegurarte de que su nave sea reparada y de que se marchen de aquí cuanto antes. Tú no lo entenderás, pero para nosotros la heredera del faraón es casi una diosa. Has visto cómo reaccionó Tekraea cuando Palatina puso en duda su existencia. La faraona es nuestro último nexo con el antiguo Archipiélago y con los tiempos previos a la cruzada, y es también la única gobernante en todo el mundo sobre la que el Dominio carece de

influencia. Exceptuando a Turia, por supuesto, pero eso ya no tiene importancia.

Ravenna pronunció las últimas palabras muy de prisa y con urgencia, como si no estuviese segura de poder abarcar todas las ideas en su discurso. No recordaba haberla visto nunca presa de una pasión semejante. Y además tenía razón: si el Dominio iba tras la pista de la faraona, era apremiante que la alejásemos de Lepidor sin perder tiempo. Con todo, aún me preguntaba adónde se dirigirían.

Encendí los intercomunicadores de éter sobre el escritorio y abrí un canal con la oficina del almirante Dalriadis. No lo encontré allí, pero su secretaria conocía su paradero y desvió la comunicación hacia una unidad en el eje del puerto.

Aquí Dalriadis —dijo, y vimos su imagen detrás de un escritorio—. Ah, Cathan. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me han informado de que cierta gente podría estar planeando retrasar la partida de la *Esmeralda*. A partir de ahora, no se le permitirá a nadie entrar al buque ni a esa parte del puerto, con excepción de los propios tripulantes o pasajeros y nuestro equipo técnico. Deseo también que haya un guardia armado permanente junto a la escotilla. Si alguien relacionado con el Dominio pasa por allí, dile que hay una avería en algún conducto o algo así.

Dalriadis pareció un poco sorprendido, pero no se opuso. —Muy bien. Veré que todo se lleve a cabo —aseguró y luego añadió con su habitual toque de sarcasmo—: ¿Seguro que no deseas que tu *Morsa* sea custodiada también? Después de todo, podría haber espías tanethanos codiciando tu equipo de oceanografía. —Ya que tanto te preocupa, encárgate de ello.

—Por supuesto, pero en ese caso sólo se le permitirá acercarse al personal naval.

Me sonrió y cortó la comunicación.

—¿Eso te deja satisfecha? —le dije a Ravenna. —Es un buen comienzo.

—¿Y qué más debería hacer, además de admirar como corresponde tu sabiduría y percepción para anticiparte a otro intento de sabotaje?

—Eso puedes hacerlo cuando la *Esmeralda* esté otra vez segura y en marcha.

Me pregunté si Ravenna tendría siquiera un mínimo sentido del humor. Supuse que de ser así habría advertido al menos algún rastro en el año y pico transcurrido desde que la había conocido. ¿Era necesario que fuese siempre tan seria?

La habitación fue alumbrada por otro resplandor proveniente de las nubes. Las cortinas estaban abiertas, aunque eso no lo hacía muy diferente. Con todo, aún era la mañana y deprimía mantenerlas siempre cerradas. Eché la silla atrás y me aproximé a una de las anchas ventanas, con apenas el cristal mediando entre la furia de la tormenta y yo. Mucho mejor que nada.

No llovía en ese preciso instante, así que pude mirar a cierta distancia a través del campo de éter. El cielo estaba cubierto en todas direcciones por oscuros nubarrones, de un punto a otro del horizonte. Un vasto río de un gris azulado corría hacia el oeste a velocidades increíbles. La cubierta de nubes no era continua, sino que la rompían aquí y allá otros estratos, capa sobre capa de nubes. Por encima del bullente caldero de los niveles inferiores, mientras rayos de luz blanca cruzaban las nubes, distinguí más formaciones revolviéndose, expandiéndose a un promedio de cientos de metros por segundo, impulsadas por los titánicos vientos que surcaban la atmósfera. Midian y sus sacerdotes habían erigido el segundo campo de éter nada más empezar la tormenta, cuando comprendieron que tardaría en pasar, y agradecí la protección extra.

Doscientos años atrás, sencillamente no había tormentas de esas características y no existía nada parecido a un invierno total. Era un legado de Tuonetar, pero el Dominio había culpado al jerarca Carausius, quien en realidad fue el único hombre que predijo el daño que ocasionaría la guerra e intentó detenerla.

—Es aterrador, ¿verdad? —dijo Ravenna. No la había sentido acercarse y ahora estaba a mi lado—. Nuestros ancestros dirigían el poder de los océanos, pero jamás pudieron detener estas tormentas. No sabemos nada

sobre ellas o sobre qué las origina, y nos resulta imposible hacer algo para controlarlas.

—No todo se debe al poder de la naturaleza. Sin el Dominio podríamos haber hecho alguna cosa.

—Nadie ha sido nunca capaz de controlar el tiempo ni las tormentas, ni siquiera los más poderosos magos del Viento. No creo que haya que culpar al Dominio.

—Para controlar algo es necesario comprenderlo. Y eso es lo que el Dominio nos impide hacer. Ninguna sonda para estudiar las tormentas, ninguna observación con los ojos del Cielo y menos aún emplear la magia del Viento... ¿Cómo sería posible avanzar en esas condiciones?

—Supongo que tienes razón —admitió mientras seguía con la mirada el vórtice de una nube a lo largo del cielo—. Pero estas tormentas son el producto de la combinación de tantos elementos, el Viento, el Agua, la Sombra, que nadie ha podido jamás afrontar su estudio. Sería preciso contar con magos de los distintos Elementos, aliados de un modo que aún nos resulta difícil imaginar.

—Nunca hay que perder las esperanzas.

—Incluso si se controlasen las tormentas, ¿en qué nos beneficiaría? Sin duda, la atmósfera es similar al océano: un sistema independiente. No es más factible detener las tormentas de lo que lo es detener la corriente de los océanos. Además, controlarlas nos permitiría emplear las tormentas como armas. Tal como están las cosas, con nuestra magia del Viento apenas si podemos dominar pequeñas ventiscas.

Nuevamente, Ravenna estaba en lo cierto y eso me enfurecía. Pero la verdad es que nunca me había percatado de hasta qué punto el control del Dominio dependía de las tormentas. Sus representantes eran los únicos que podrían proteger a las ciudades de los peores efectos de las tormentas y los únicos que conocían las constantes del clima. Y, por eso, nadie podía llevar adelante una campaña o una guerra sin la ayuda del Dominio. Sin su asistencia cualquiera estaría a merced de las tormentas. Todo dependía de esos ojos del Cielo, las sondas que rodeaban a Aquasilva muy por encima de la atmósfera y permitían observar todo lo que ocurría en las alturas.

—Ravenna, ¿sabes desde dónde controla el Dominio los ojos del Cielo?

—Se supone que desde el mismo sitio que utilizaba Aetius —respondió —. Los ojos del Cielo son mucho más antiguos que el imperio, no fue el Dominio el que los puso allí. Creo que había un centro de control en el valle de Ramada, al oeste de Mons Ferranis, en una vieja fortaleza.

—El sitio ideal, entonces. Sólo una vía de entrada y salida, y cientos de sacri custodiándolo.

—Sin embargo, debió de existir antes otro centro de control —advirtió ella volviendo a mirar el globo terráqueo—. Aetius utilizaba los ojos del Cielo incluso antes de conquistar Mons Ferranis de manos de Tuonetar, así que en algún otro lugar...

Intenté recordar alguna referencia en la Historia. Era la única fuente con la que contábamos sobre la tecnología de Aetius, pero el autor no parecía haber estado demasiado interesado en los asuntos técnicos. Para él, los ojos del Cielo eran herramientas útiles, pero no había sentido curiosidad por descubrir cómo funcionaban o cuál era su origen. Me irritó su falta de interés, siendo tantas las cosas que pudo pero declinó contar, sobre todo en relación con las mantas que utilizaban... ¡Eso era! *¡Aeón! Allí* es donde estaban los controles de los ojos del Cielo, en un enorme submarino llamado *Aeón*.

—Entonces seguimos sin tener suerte —advirtió Ravenna sin sonar conmovida, y se encogió de hombros—. El *Aeón* fue destruido siguiendo órdenes de Valdur pues tenía algún tipo de relación con la ciudad mágica de Carausius, Sanción.

Había sido una buena idea, pensé, aunque sólo eso. Valdur debía ser culpado de muchas cosas, de las que la menor no era su ciega estupidez. El *Aeón* había sido la nave más grande del mundo, con enormes potenciales. Era indudable que el Dominio le había ordenado destruirla.

Qué desperdicio.

Mi padre regresó cinco días más tarde, cuatro días después de que la tormenta llegase a su fin. Me contó que en las poblaciones que había visitado las cosas iban bien, dejando de lado las quejas habituales y sin importancia y una protesta individual, sugiriendo que no se gastaba allí el

dinero suficiente originado por las ganancias del hierro. Mi padre había prometido rectificar la situación, pero estuvo de acuerdo en tratar el asunto más tarde cuando le hablé del consejo de Palatina.

—Entonces me aseguraré de que se paguen todas las deudas. Me disgusta no saber por dónde me muevo, pero tu amiga ya ha acertado en otras ocasiones.

—Una semana más y se habrán completado las reparaciones —me dijo Persea—. Lamento marcharme de aquí, incluso aunque esté ese horrendo sacerdote sediento de la sangre de la faraona.

—Me alegra haberte tenido aquí. ¿Cuánto tiempo os queda a bordo de la nave?

—No estoy segura. Creo que unas tres semanas. Demasiado tiempo, y allí no hay espacio suficiente para todos, ni nada que hacer. Es muy aburrido.

—Al menos agradece que Lacas no esté contigo. Habría todavía menos espacio.

Persea sonrió y me pregunté dónde estaría ahora Lacas, el gigante del Archipiélago.

Un poco antes, Palatina le había dado a Persea algunas instrucciones para los demás, para que las transmitiese a su regreso al Archipiélago. Tres semanas eran mucho tiempo e intenté imaginar adónde irían. No había duda de que ese lapso superaba con creces lo que se tardaría en alcanzar Tumarian, Turia o Liona. ¿Persea decía la verdad? Supuse que Sagantha les habría advertido que no diesen ningún tipo de pista. Así que no podía insistir.

Habíamos acabado el plato principal cuando se abrieron las puertas del salón y entró un hombre con ropas del color azul de la armada imperial de Thetia. Distinguí la insignia de capitán en su cuello y me pregunté qué haría un capitán imperial en Lepidor.

Dio unos pasos lentos y formales en dirección al estrado, y algo en su apariencia me produjo un intenso malestar.

—Conde Elníbal, debo hablarle en privado, así como a todos los miembros de la familia que estén presentes aquí.

¿Qué era todo eso?, ¿alguna especie de truco?

Mi padre se puso de pie, indicándonos a mí y al oficial naval que lo siguiésemos a través de una puerta lateral en dirección a la antecámara. Cerró la puerta detrás de nosotros.

El capitán volvió el rostro hacia mi padre.

—Conde Elníbal, con el mayor dolor debo convocarlo a Pharassa para intervenir en un congreso de Océanus. El rey ha muerto.

Aquella noche, la cena en el gran salón fue un grato evento. Todos los viajeros del Archipiélago estaban allí, más relajados tras el paso de la tormenta, y Sagantha divertía a todos con su agudo ingenio. Midian no figuraba en la lista de invitados.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXVI

Arrojé al suelo la bolsa de viaje y me metí en la cama, feliz de estar nuevamente en casa. El congreso había sido un desastre, una catástrofe sin atenuantes de principio a fin. El capitán Jerezius, que nos había traído la noticia, llevaba la barba afeitada como muestra de pesar y tenía orden de partir tan pronto como fuese posible. Nos llevó a Pharassa en una noche y un día, lo que debe de haber sido un récord. A nuestra llegada encontramos la ciudad de luto, con banderas negras flameando en cada mástil y una columna de humo fúnebre saliendo del techo del zigurat. La ciudad se hallaba bajo la ley marcial y había casetas militares por todos los rincones. El virrey Arcadius había asumido el mando e intentaba mantener todo bajo control. En la parte alta de la ciudad y en el palacio se percibía un ambiente sombrío y conmovido: los líderes del clan aún no lograban aceptar que hubiese ocurrido algo semejante en su ciudad.

Mientras la manta navegaba a toda prisa, desafiando las tormentas y los arrecifes, Jerezius nos contó cuanto sabía. El rey no sólo había muerto, y no era el único. Había sido asesinado.

Sucedió al parecer durante una sesión nocturna del Consejo. El rey se había reunido con dos de sus hijos y otros tres líderes de clanes. Era una reunión de rutina, aunque era poco habitual que hubiese tantos líderes de clanes en Pharassa a la vez. Según los supervivientes, seis asesinos vestidos de negro, cada uno armado con un par de cortas espadas, penetraron rompiendo las ventanas. Casi todos los de la reunión iban desarmados y no

tuvieron oportunidad de defenderse. Jerezius había visitado el palacio poco después, aquella misma noche, y vio el resultado de la carnicería: la sangre chorreaba por las paredes y formaba charcos en el suelo; por todas partes podían verse cuerpos mutilados y fragmentos de cristal.

El rey, su hijo mayor, dos ayudas de cámara y el conde del clan Carvulo habían muerto durante el asalto. Otros dos ayudas de cámara, el hijo segundo del rey y otras tres personas lograron sobre vivir con heridas menores. Un tercer conde se debatía entre la vida y la muerte.

Ese tercer conde era Moritan. Fui a verlo al hospital, pero estaba inconsciente y tan pálido como si ya hubiese muerto. Había luchado contra dos de los asesinos portando apenas una daga y logró herir gravemente a uno de ellos, pero había sido apuñalado en un costado y en un hombro. Lo recordé en Taneth, lleno de vida y de profundo cinismo. Deseé acabar con esos asesinos, pero nadie sabía dónde estaban.

Tras el primer ataque, habían embestido contra el virrey, a quien encontraron en el pasillo unos minutos más tarde. Pero Arcadius pertenecía a los Tar' Conantur y los miembros de esa familia eran difíciles de matar. El virrey logró esquivar el ataque y, tras coger una pica que había en un muro, cargó contra ellos. Cuando los guardias se acercaban corriendo, los asesinos decidieron que la discreción era un aspecto conveniente del valor y se esfumaron en la noche. Huyeron en dirección al puerto. Allí robaron una raya y se adentraron en el mar, donde sin duda había un buque esperando para recogerlos.

Todos estaban atónitos. No había sucedido nada semejante en mucho tiempo. Una masacre de este tenor, incluyendo entre sus víctimas al rey, superaba con mucho el límite tolerado de las disputas entre clanes.

—El emperador se pondrá furioso —opinó el capitán de la manta—, y es probable que se culpe a los haletitas. Se lo tienen merecido; es el tipo de atentados que los distingue.

Sin embargo, como bien señaló Palatina, ésa era una conclusión demasiado obvia. ¿Qué ganarían los haletitas con la muerte del rey? No podíamos imaginarlo.

Los jefes de clanes que no habían estado presentes durante el atentado y los herederos de quienes habían muerto se habían presentado unas pocas horas más tarde. Y a la mañana siguiente Arcadius presidió un congreso de emergencia que designó al hijo segundo del monarca asesinado heredero del trono.

Realmente no existía otra opción. El hijo mayor, que hubiese sido un buen rey, estaba muerto, y el más pequeño era un gandul carente de toda habilidad. El hijo segundo tenía la mayor parte de los talentos de su padre y, aunque no poseía la inteligencia de aquél, era de todos modos competente o capaz de pensar por sí mismo. Era evidente que Arcadius (un aristócrata que promediaba los cincuenta años, dotado de un aire de autoridad imperial) lo apoyaba y, durante el congreso, había pronunciado un brillante discurso elogiándolo. Aunque todo nuevo líder de un clan, incluyendo al rey, debía ser aprobado técnicamente por el virrey, éste no podía oponerse a ningún candidato. Como fuera, Arcadius dio su firme consentimiento al hijo segundo y, dado que el candidato reunía los requisitos necesarios, el congreso lo confirmó como nuevo rey.

Para nosotros representó un desastre. Se trataba de un fanático religioso que se había rodeado a sí mismo de consejeros del Dominio para asegurarse que todo Océanus fuese fuerte en la fe y en la obediencia a las autoridades del propio Dominio. Lo que implicaba que ahora ya no contábamos con aliados en los altos cargos; el nuevo rey alentaría a Midian y le ofrecería su más sincera bendición, mientras que al virrey no le preocuparía nada que no pusiese en jaque su posición o la del emperador.

Sin percatarnos de que lo peor estaba por venir, permanecimos de pie, reacios, para saludar al nuevo rey, que se había situado en el centro de la sala del consejo, flanqueado por el exarca y el virrey. Tras el funeral, se nos convocó para una nueva reunión a fin de resolver algunas cuestiones urgentes. Una de ellas era decidir quién sería el suplente de Moritan.

Los médicos del palacio habían dicho de manera desalentadora que la recuperación de Moritan podía llevar varios meses, si es que sobrevivía, por lo que debía decidirse quién se encargaría de los asuntos del clan Delfai mientras tanto. Moritan no tenía ningún heredero varón y no había en su

familia nadie con experiencia suficiente para gobernar en su lugar. Me constaba la existencia de una norma que podía poner fin al condado de Moritan incluso si éste finalmente sobrevivía. Otra familia podía aprovechar la oportunidad para desplazar a la familia de Moritan con la excusa de que su líder no estaba en condiciones de gobernar.

Ya que la hija de Moritan no podía asumir el poder (no se permitía que las mujeres fuesen líderes de un clan), el congreso votó al avarca de Delfai como sucesor en tanto Moritan se recuperase o muriese. Mi padre había postulado a otro candidato, el cuñado de Moritan, pero fuimos superados en votos y obligados a aceptar la decisión de la mayoría.

—Algunos han estado gastando mucho dinero —comentó mi padre más tarde, furioso. Aunque por lo general los resultados eran parejos, en esta ocasión apenas otros tres condes, incluido Courtiéres, habían votado a favor de su propuesta.

—Lexan parece un gato que acaba de hacerse con un bote de nata —comentó Courtiéres señalando el sitio donde estaba sentado el conde de Khalaman, que tenía una expresión de plena satisfacción.

—No tiene dinero suficiente para sobornar a tanta gente. O bien el Dominio desea más control o bien Foryth está haciendo cuanto puede por importunarnos

Tras decir lo último, mi padre nos dirigió una nerviosa mirada: —¡Foryth! —estalló—. ¿Creéis que tiene algo que ver con todo esto?

—¿Asesinar a un rey para obtener un contrato de hierro? Supongo que ni el mismo Foryth haría eso.

Manteníamos la voz bien baja, para no ser oídos por los condes que nos rodeaban en los asientos cercanos. La sala del congreso consistía en una estructura circular con sus hileras de asientos divididas en compartimentos, uno para cada clan, que se repartían rodeando el eje central.

—Puede ser, pero la sucesión de los acontecimientos es muy sospechosa.

Mi padre estuvo hosco y malhumorado durante los cinco días que permanecimos allí, aunque en ningún momento manifestó verdadero pesar, ni siquiera en privado. El rey fallecido no había sido exactamente su amigo, pero tampoco habían tenido conflictos y se conocían entre sí desde hacía cuarenta años.

El último día del congreso, cuando las cuestiones pendientes estaban casi acabadas, nos abordó a la salida del salón el conde de Tamathum, perteneciente a un clan de la facción de Pharassa. Había votado a nuestro candidato cuando se decidió la suplencia de Moritan.

—Elníbal —dijo casi en un susurro—, no soy uno de tus aliados, ni de Moritan, pero no me agrada lo que ha sucedido aquí y me siento en la obligación de hacerte una advertencia. Aleja a Moritan de la ciudad, llévalo al hospital de Courtiéres en Kula. Si sigue aquí, habrá muerto en menos de un mes.

Antes de que pudiésemos hacerle ninguna pregunta, Tamathum ya se había marchado, perdiéndose entre la multitud. Sin embargo, seguimos su consejo y conseguimos trasladar a Moritan al hospital de Courtiéres. Además de ser un lugar seguro, el hospital de Kula era el mejor de Océanus.

Previamente a nuestra partida, el nuevo rey leyó una proclama en el congreso. En ella declaraba que las herejías eran el flagelo de nuestros tiempos y que no toleraría la existencia de ninguna en Océanus. Proporcionaría a los avarcas e inquisidores mayores poderes para llevar adelante sus interrogatorios y para tratar con los que adoraban a falsos dioses. Decretó también que cualquier persona que pusiese un pie en las costas de Océanus de la que se conociesen o sospechasen herejías recibiría su merecido.

Arcadius no abrió la boca pero sonrió con benevolencia. Sin duda, el emperador aprobaría que uno de sus reyes súbditos borrase del mapa todas las perturbadoras herejías que quebraban la paz imperial de tanto en tanto.

La proclama implicaba además que Midian contaría con el poder necesario para interrogar a la gente del Archipiélago en su tribunal. En el viaje de regreso, Palatina, Ravenna y yo intentamos hallar algún modo de

frustrar sus maniobras, pero no llegamos a ninguna conclusión. Mi padre había llevado con nosotros a Palatina para contar con su consejo, y a Ravenna para que Midian no la importunara durante nuestra ausencia.

Ahora, de nuevo en mi habitación de Lepidor, miraba, absorto, las paredes preguntándome qué habíamos hecho para merecer todo esto.

A la mañana siguiente supe que nos esperaban más malas noticias. La partida de la gente del Archipiélago debería retrasarse otra semana; al parecer alguien había introducido una piedra en la abertura del motor de babor de la *Esmeralda*, ocasionando destrozos y otros daños que, de no haber sido detectados, hubiesen provocado una implosión desde el centro cuando la manta se hubiese sumergido. Sagantha estalló de ira pero no pudo culpar a nadie (de algún modo, el saboteador se había infiltrado entre nuestros centinelas) .

Dos actos de sabotaje y aún no habíamos podido capturar al saboteador; no teníamos una idea siquiera de quién podía ser. —Lo más probable es que sea obra del Dominio —dijo Ravenna—. Foryth no gana nada manteniendo aquí a los viajeros del Archipiélago.

—No es bueno para nosotros —señaló Palatina mientras hacía sisear el borde de una hoja de césped. Era el final de un día cálido, más cálido que cualquier otro en varias semanas, y estábamos tumbados en los jardines de palacio.

—Midian todavía no ha reaccionado ante la proclama, pero no dudo de que pronto lo hará. ¿Hay algún modo de distraerlo? ¿Quizá provocar otro problema que no le permita pensar en detener a los viajeros?

—No olvides que también podría arrestarnos por obstruir su trabajo —advertí.

—¿Puede hacerlo ahora? —dijo detrás de mí una voz que no oía desde hacía años—. Siempre podría intentarlo.

Observé cómo los ojos de Ravenna se abrían de par en par por la sorpresa y su mirada se desviaba hacia mis pies y luego hacia algún punto indefinido.

El hombre que había de pie detrás de mí hacía parecer pequeña incluso a Palatina; su estatura me había dejado estupefacto durante su última visita,

cuando yo tenía trece años, y no era menos impresionante ahora. Medía más de dos metros y medio de altura y la contextura de su cuerpo era igualmente admirable. El Visitante era la persona más gigantesca que jamás hubiese visto, o de la que tuviese noticias. De hecho, era casi aterradoramente grande y, pese a la sonrisa en su curtido rostro, había en él algo siniestro, casi amenazador. Sus ojos verdes conducían a profundidades en las que no me atrevía a penetrar; parecía inmerso en una espeluznante y oculta oscuridad.

—Visitante —dije, de pronto avergonzado por no conocer su nombre de pila.

Palatina sonreía.

—¿También conoces a Cathan? —le preguntó ella al gigante.—¿Por qué no iba a conocerlo? Lo he tenido a mi cargo tanto como a ti.

—¿Quién eres tú? —preguntó Ravenna. Su voz tenía su habitual tono imperativo y supuse que le resultaría difícil ser altiva ante ese hombre.

—Cathan me conoce como el Visitante y Palatina por otro nombre, que te diré en cuanto me digas el tuyo.

Ella no pareció intimidarse.

—Soy Ravenna Ulfadha, de Qalathar. —¿Ravenna la maga?

—¿Entonces me conoces?

—He oído hablar de ti. A propósito, ¿te suena el nombre de Tanais Lethien?

—Sí, de las páginas de la Historia —afirmó ella entrecerrando los ojos —. Era el general de Aetius.

—Sigo siendo general de Aetius, pero él encontró la paz hace mucho tiempo mientras que yo todavía la busco.

—Eso fue hace doscientos años.

Como a Ravenna, me resultaba difícil de creer. ¿Cómo podía ser él Tanais Lethien? Ya hacía cincuenta años del final de la guerra, así que ahora debería de tener más de doscientos cincuenta años. Era imposible.

—El tiempo no transcurre a la misma velocidad para todos —señaló Tanais.

—Él es Tanais Lethien —intervino Palatina—. Confiad en mí. Y ¿qué haces tú aquí? —le dijo al recién llegado.

—Podría preguntarte lo mismo. Me llevó meses averiguar adónde habías ido y, antes de que pudiese ir allí para buscarte, se produjo una nueva estupidez que debí resolver.

—Adónde había ido... ¿Qué quieres decir? —¿No lo recuerdas?

Palatina negó con la cabeza.

—Perdí la memoria. Lo primero que recuerdo es despertar en casa de Hamílcar en las afueras de Taneth. He recuperado algunos recuerdos, pero todavía hay muchas cosas de las que no me acuerdo. Ni siquiera sé si las cosas que recuerdo son auténticas.

—¿Sabes quién eres? —indagó Tanais con rostro inescrutable. —Creo que soy Palatina Canteni, hija del presidente Rheinhardt Canteni y de la princesa Neptunia... ¿Es así?

Noté en sus facciones incertidumbre y preocupación, y de pronto me pareció mucho más joven.

—Así es. Ésa eres tú.

Palatina soltó un grito de felicidad que llegó a espantar a unas aves cercanas. Me alegré por ella: al fin sabía sin dudas quién era y confirmaba que los recuerdos que había recobrado eran auténticos.

—¿Quién es entonces Cachan? —preguntó Palatina—. Todo lo que sé es que es mi primo.

La sonrisa desapareció del rostro de Tanais cuando se volvió hacia mí.

—Lo siento, Cathan, pero todavía no puedo revelártelo. La ansiedad se apoderó de mí.

—¿O sea, que ahora te irás por otros siete años sin decirme quién soy? ¡Ya tengo veinte años, por el amor de Thetis! ¿No crees que tengo derecho a saber quiénes fueron mis verdaderos padres si es que puedes decírmelo?

Tanais mantuvo la calma.

—Cuando te lo diga te verás obligado a irte de Lepidor. No habrá opción para ninguno de vosotros. La única diferencia es que Palatina siempre supo quién es y no puedo dejar de confirmárselo.

—Palatina no puede tener tantos primos directos.

—Tú eres primo de Palatina y crees saber quién eres. Cuando este clan no corra peligro, entonces regresaré y te revelaré la verdad. Ahora no diré nada más al respecto. Acabo de llegar en la manta de Hamílcar y partiré mañana nuevamente en el buque de línea. Quisiera ver los cambios que habéis hecho en la ciudad.

Me sentí totalmente decepcionado, aunque no tanto como lo habría estado de conocer con anticipación que el Visitante estaba en camino; eso hubiese alentado mis esperanzas. Sí, quizá yo fuese un Tar' Conantur, el nieto de un emperador, pero ¿por qué era tan reticente a confirmármelo? Yo lo sabía a medias. ¿Qué ganaría al no decírmelo ahora?

Pero el gigantesco militar se negó a permitir que le sonsacase la información e incluso declinó volver a hablar del asunto. No lo presioné más: estaba demasiado en deuda con él por sus atenciones hacia mí. Por no mencionar su inmenso tamaño y expansiva presencia. Si es que realmente era quien decía ser,Tanais Lethien, su vida había sido extraordinaria. Él me contó la historia que Carausius no había narrado.

Como yo sospechaba, Lethien había nacido doscientos cincuenta años atrás en un pequeño poblado de Thetia y, en su juventud, se unió a las milicias del Antiguo Imperio, llegando a ser comandante del ejército bajo el mando de Aetius el grande. Permaneció al lado de Aetius a lo largo de los días más oscuros de la guerra de Tuonetar y no se rindió jamás, ni siquiera cuando parecía que Thetia estaba perdida. Además, al contrario que tantos de sus amigos y compañeros, él sobrevivió y fue testigo incluso de la desesperada batalla final en la que perecieron Aetius y la mayor parte de sus fuerzas.

Al parecer, Lethien vivió durante los años que siguieron a la usurpación y llegó a ser la única persona que permanecía con vida de la era de la guerra. Al comprender lo que eso significaba, lo compadecí. Si de verdad era Tanais Lethien, había perdido a todos y cada uno de sus amigos, y presenciado la destrucción de todos los valores en los que creía. Exceptuando al decadente imperio de Thetia, con su gobernador títere, un hombre que no merecía estar sentado en el trono de Aetius.

Aproveché la visita de Tanais para averiguar todo lo que pude sobre Thetia y, lo que es más importante, sobre Aetius y sus compañeros, mis ancestros lejanos. Incluso si Tanais no era quien de cía ser, poseía una enorme erudición en relación con la era de la Historia. A medida que avanzaba el día, me fui convenciendo progresivamente de que, de hecho, era el mismísimo Tanais Lethien, por imposible que pudiese parecer. Las personas qué mencionaba el libro habían sido para él seres de carne y hueso con las que había conversado, bebido y discutido. En su memoria perduraba la imagen del imperio en la cima de su poder, en una época en la que cada uno era libre de escoger su propio dios.

Cuando le consulté sobre el actual emperador, su expresión se tornó más tensa y seria:

—Hay algo que debes entender acerca de los Tar' Conantur, y es que pueden volverse hacia el mal o el bien con mucha facilidad. Incluso un par de gemelos pueden ser entre sí opuestos como la imagen de un espejo. Orosius... —Aquí hizo una pausa, mirando a la distancia—. Orosius no es un emblema del nombre Tar' Conantur. Su padre era incompetente e influenciable, pero Orosius es aún peor. Es un traidor y un cobarde que no pudo enfrentar sus responsabilidades y se ha convertido en un monstruo. Y un monstruo de los más peligrosos, porque podría haber sido algo especial.

—Es la primera vez que oigo a alguien llamarlo cobarde —intervino Ravenna con tono neutral.

—Existen muchas clases de cobardía. Orosius decidió que él no acataría las mismas reglas que el resto de nosotros, que ser emperador lo exceptuaba de las normas de la moral.

La voz de Tanais estaba cargada de desprecio y daba la impresión que apenas toleraba la mera existencia de Orosius.

Hamílcar había regresado con su buque, tal como había prometido, trayendo las últimas novedades de Taneth. La protesta de mi padre exigiendo que Foryth se mantuviese alejado de nuestros asuntos aún no había llegado a destino cuando zarpó, pero había, sin embargo, otras novedades no menos interesantes. La familia Canadrath había declarado su enemistad con la familia Foryth en venganza por una acción no especificada

de los agentes de Foryth. Canadrath había sido la familia favorita del antiguo rey, y volví a preguntarme si Foryth no habría participado de algún modo en el asesinato, aunque no fuese más que de forma indirecta.

Según nos contó Hamílcar mientras degustaba un vino en una de las salas de recepción, también había noticias sobre el imperio haletita. Hamílcar parecía mucho más joven que cuando lo habíamos visto por primera vez, aunque todavía se le veía preocupado. La fortuna de la familia Barca iba en alza, y él estaba volviendo a producir ganancias tras años de comerciar para sobrevivir.

—Reglath Eshar condujo un ejército contra Kemarea, el último de los estados independientes, y lo conquistó en menos de un mes, tras una sola batalla. Los haletitas son ahora la única nación al sur de Taneth, pero ciertamente nadie en Taneth hará nada al respecto. Gente como Foryth preferiría morir antes que sacrificar parte de sus ganancias para reforzar las defensas de Taneth. Están convencidos de que unos pocos kilómetros de mar abierto hacen a Taneth invencible.

—¿Y tú no estás tan seguro? —interrogó Ravenna.

—Digamos que soy escéptico. Si Eshar se apodera de Malith o Ukhaa, las ciudades a través de las que tenemos salida al exterior, los haletitas tendrán por primera vez acceso a un puerto de superficie. La mayoría de ellos no debe de saber siquiera qué aspecto tiene el mar, pero no dudo que aprenderán a navegar. Las ciudades inexpugnables son sólo una ilusión.

—¿Cuánto tiempo crees que pasará hasta que Eshar ataque Taneth? —preguntó Palatina.

—Un año más hasta que se apodere de Malith y Ukhaa. Después de eso, supongo que transcurrirán como mucho cinco años hasta que arremeta contra Taneth. Pero si tendrá éxito o no... lo ignoro. Por lo que he oído, Eshar carece de experiencia naval. —Pero puede contratar renegados —comentó Palatina—. Es lo que sucedió en Tuonetar.

—No has escogido un ejemplo muy alentador.

—Puede ser, pero no digo más que la verdad. En principio, la gente de Tuonetar no tenía armada, y sabemos todo el daño que ha ocasionado pese a eso.

—Lo único que puede dar un respiro a Taneth es algo todavía más catastrófico. El primado Lachazzar desea contratar a Eshar para una cruzada, bien contra el Archipiélago, bien contra una alianza de clanes heréticos en Huasa. Pasará aún un par de años hasta que eso sea posible, si es que al fin sucede, ya que ni siquiera Lachazzar podría justificar una cruzada sólo sobre la presunción de problemas en el Archipiélago o descontento en Huasa. Pero si la situación empeora...

—¿Lachazzar desea obtener los servicios de Eshar? Nunca había oído algo semejante —comentó Palatina.

—Eso implicaría mayores sufrimientos aún para el Archipiélago —intervino Ravenna—. ¿De dónde proviene el rumor?

—Mi antiguo tutor legal es un funcionario del Dominio en la Ciudad Sagrada y me hizo una visita mientras yo estaba en Taneth. Piensa que soy un ferviente seguidor de Lachazzar, ya que asistí a una escuela monástica, así que no cuida su lengua.

—¿Tu tutor pertenecía al Dominio? —inquirió Ravenna, recostada sobre el sofá—. ¡Y asististe a una escuela monástica!

—Eso no significa que apruebe lo que hacen —dijo Hamílcar con frialdad—. Igual que por el hecho de que tú seas de Tehama, eso no te obliga a estar de acuerdo con Tuonetar.

Ravenna se hundió de pronto entre los cojines.

—¿Puedes darnos la información que él te confió? —indagó Palatina.

—Yo no difundo rumores, y por nada en el mundo traicionaré su confianza en mí.

Aún era ciento por ciento un mercader tanethano, recordé. Y nunca confiaría en él por completo.

Sonó la campanilla anunciando la cena e interrumpió nuestra conversación.

Fue una cena familiar en el salón principal, como era habitual, con uno o dos de los integrantes del consejo amigos de mi padre, que hizo servir a Tanais y Hamílcar algunos de sus mejores vinos. La velada transcurrió agradablemente.

Hacia el final de la comida yo conversaba con Tanais, situado a mi derecha, pero él no parecía concentrado. Todo el tiempo desviaba la mirada en dirección a mi padre, sentado del otro lado. La corpulencia de Tanais me impedía descubrir qué miraba exactamente. Sólo lo supe cuando llegó el camarero para llenar otra vez la copa de vino de mi padre. Elníbal bebía vino blanco en lugar de vino azul, ya que el vino azul nunca le había sentado bien. Por eso se le servía siempre de una jarra especial.

Por un momento no pude contener mi horror: el rostro de mi padre se había puesto gris y sus manos temblaban. Entonces empujé mi silla hacia atrás y me acerqué a toda prisa, a tiempo para ver cómo Tanais se echaba con fuerza sobre el camarero y lo empujaba al suelo detrás de la tarima. Se produjo en la sala un silencio absoluto, sólo quebrado por Atek.

—¿Señor? —le dijo a mi padre.

Elníbal se desplomó de la silla y cayó al suelo.

—¡Veneno! —exclamó Tanais— ¡Ha sido envenenado! ¡Llamad a un médico!

Sentí que el estómago se me contraía en una mezcla de temor y pánico ciego.

—¡Cerrad todos los accesos del palacio! —ordenó mi madre a viva voz por encima del repentino alboroto—. ¡Disponed guardias en cada salida, clausurad todas las puertas! ¡Ya!

Alguien repitió las órdenes gritando mientras Tanais levantaba a mi padre y lo sacaba del salón.

Intenté convencerme a mí mismo de que todo estaba bien, de que nada de lo sucedido era real, pero no lo logré. Mientras el salón principal del palacio se transformaba en un incontrolable caos, seguí, consternado, al hombre gigantesco en dirección a la antesala.

OceanofPDF.com

Cuarta Parte

OceanofPDF.com

CAPITULO XXVII

Tanais recostó a mi padre en un sofá de la antesala mientras la sanadora de la familia se acercaba a toda prisa. Era una mujer de unos cuarenta años, casada con uno de los primos cercanos de mi padre y, si bien era bastante hábil en cuestiones de medicina, nunca había estudiado de forma profesional. Me parecía poco probable que pudiese ayudarnos.

Mi padre respiraba con dificultad, en medio de breves y profundos jadeos, y su piel había adquirido un horrible color gris. Cada músculo de su cuerpo estaba rígido y él seguía inconsciente.

—El veneno ha afectado a la respiración —dijo la sanadora, preocupada —. No sé lo suficiente para resolver esta situación.

—El médico del clan está en camino —advirtió mi madre, que parecía tranquila, aunque su voz casi se quebró al pronunciar la última palabra.

—Quizá no tengamos tanto tiempo —dijo Tanais—. Debemos encontrar a alguien que sepa sobre venenos tropicales y traerlo aquí de inmediato.

Nadie se atrevió a cuestionar su autoridad. Lo encontraré —declaró Atek.

—¿Cómo sabes que es tropical? —preguntó la sanadora, al parecer bastante intimidada por la fuerza de Tanais.

—He visto suficientes muertes como para saber de qué se trata. Hamílcar, que como heredero de una gran familia había sido instruido sobre venenos, dijo que podría ser una sustancia llamada ijuán, que crecía en las selvas de Thetia.

—Es muy tóxica —explicó—, pero pierde gradualmente su potencia una vez que ha sido cosechada.

La sanadora hizo cuanto pudo, pero eso no fue mucho y durante largos y agonizantes momentos los demás nos quedamos inmóviles, observando, incapaces de reaccionar. Recité para mis adentros una plegaria, suplicándoles a todos los dioses que había oído nombrar que mi padre no muriese y que el médico del clan supiese cómo combatir el veneno.

Éste llegó con su maletín unos instantes después. La gente le abrió paso y él avanzó hasta arrodillarse junto al lecho de mi padre. —Pensamos que es ijuán —dijo Tanais.

—Dificultades para respirar, piel gris...

El médico sacó de su maletín un libro forrado en cuero y se lo entregó a la sanadora.

—Fíjate si algún otro veneno tiene estos mismos efectos. Creo que tiene razón, pero hay que estar seguros.

Permanecimos en silencio, evitando a toda costa perturbar su concentración mientras el médico cogía un frasco que llevaba, le quitaba el tapón y echaba unas pocas gotas en la boca de mi padre.

—El ijuán es la única sustancia que puede provocar estos síntomas —informó la sanadora poco más tarde—. Los antídotos son temebor y cabello de sirena.

—¡Temebor! —exclamó el médico volviendo a coger el maletín—. Esta sustancia que tengo aquí contiene temebor diluido, así que debería aliviar la parálisis al menos un poco.

Le echó a mi padre también unas gotas de esa sustancia en la boca, y poco después sus músculos empezaron a relajarse y su respiración mejoró levemente.

—Por ahora debería mantenerse estable —aseguró el médico del clan —, pero no tengo temebor puro ni cabellos de sirena (no hay fuera de Thetia). Deberíais llevarlo a Kula.

—¿Resulta seguro trasladarlo? —preguntó mi madre.

—Tendrá que serlo. Allí podrán curarlo sólo si conseguimos llevarlo, aunque le tomará tiempo recuperarse.

Dado que todos me miraban expectantes, logré recobrar la compostura y, mientras decía unas palabras, comprendí que, al menos por el momento, me había convertido en conde de Lepidor.

No había nada que desease menos que eso.

Busqué a Dalriadis y lo encontré detrás de Hamílcar.

—Almirante, convoca a tu tripulación. Quiero que e1 *Marduk* esté listo para zarpar en media hora. Tú estarás al mando, conduce a mi padre a Kula tan pronto como puedas, y cueste lo que cueste.

Dalriadis asintió y partió corriendo mientras el médico solicitaba que alguien fuese a por un palanquín guardado en el palacio desde la última procesión del Festival de Ranthas. Mi madre ordenó que otros trajesen sábanas.

—Cathan —me dijo Tanais con autoridad—, debes dirigirte al salón e informar a todos de lo que ha sucedido y lo que harás al respecto. Necesitan saberlo.

Quise preguntar: « ¿Debo hacerlo?». Odiaba marcharme de allí mientras mi padre yacía de ese modo. No pude decidirme a ir hasta que alguien me cogió una mano y me empujó con suavidad alejándome del lecho de Elníbal. Iba a gritarle a quien fuera que lo había hecho, pero las palabras murieron en mi boca cuando vi el solemne rostro de Ravenna y a Palatina detrás de ella.

—Ven —me dijo.

La seguí hasta la puerta del salón y entonces soltó mi mano.

—Aquí estamos —añadió Palatina—.Ahora debes ir a informarlos.

Sobrevolaba el salón un zumbido de conversaciones y la gente, de pie, o sentada, se había reunido en pequeños grupos. Todos habían olvidado la cena. La tarima estaba vacía (los platos de comida habían sido retirados cuando se desplomó mi padre). Muchas de las sillas estaban caídas y el vino chorreaba hasta el suelo de un vaso roto.

Se produjo un silencio cuando entré. Todos eran familiares míos, mis primos, mis amigos, y todos tenían más lazos de sangre con mi padre que

yo mismo, pero de pronto me parecían apenas una intimidante multitud.

—El conde Elníbal ha sido envenenado —dije sin preludios, adquiriendo algo de confianza. Todo parecía tan distante y, sin embargo, tan real. Era una realidad de la que me era imposible escapar—. Aún está con vida y será trasladado al hospital que hay en Kula.

Eso era todo cuanto pude decir. Bajé de la tarima y regresé a la antesala. Habían llevado el palanquín al pasillo junto a la antesala y Tanais estaba colocando a mi padre sobre él. Un camarero cerró las cortinas y luego Tanais puso con cuidado a Elníbal sobre los cojines de los sillones para hacer más cómodo el palanquín.

Tanais ordenó a dos centinelas que cargasen a mi padre en dirección al puerto, custodiado por varios guardias navales que habían entrado en el palacio al conocer las novedades. La noticia se había extendido por la ciudad como el más voraz de los incendios. Entonces Tanais se volvió hacia mí.

—Cathan, tú ve con él y llévate contigo a Palatina y a Ravenna. A nadie más, a nadie en absoluto. Permanece en el puerto hasta que lo veas partir.

—¿Y qué haréis tú y mi madre? —pregunté.

—Intentaremos averiguar quién lo ha envenenado. Por eso tu madre ha ordenado clausurar las puertas del palacio. Acompañamos a los portadores del palanquín fuera de los portales y a lo largo de la calle principal. Parecían andar a un ritmo espantosamente lento, pero luego comprendí que sólo intentaban ir con cuidado, para no mecer el palanquín o tropezar con alguna piedra suelta en el camino.

Al llegar cerca del puerto, las construcciones, desiertas a esas horas, parecieron burlarse de mí. Representaban las riquezas que habían ocasionado tanto dolor, y súbitamente deseé no haber divisado jamás la raya de dómine Istiq flotando a la deriva en el océano tiempo atrás. Deseé no haber hallado nunca el yacimiento de hierro.

Mientras nuestra pequeña procesión descendía por la calle hice cuanto pude por ignorar las miradas curiosas o llenas de ansiedad de la gente que había de pie en las puertas de sus casas (la noticia ya se había divulgado por

toda la ciudad). En el portal del barrio portuario, dos guardias nuevos tomaron el relevo para transportar el palanquín.

Dalriadis había cumplido las órdenes y el edificio resplandecía de luces encendidas y el ascensor estaba listo para llevarnos directamente al nivel donde se hallaba el *Marduk*, Dalriadis había distribuido guardias y tripulantes a cada lado del camino entre el ascensor y el acceso al muelle, a fin de mantener la vía despejada. En esas condiciones trasladamos a Elníbal a lo largo del muelle hasta el interior del *Marduk*. El capitán había conseguido una camilla y dejamos a mi padre en el camarote que se le había preparado.

Esperé junto a mi padre hasta que el médico y su asistente llegaron con sus equipamientos. Ambos lo acompañarían a Kula. Antes de dejar el buque, el médico me llamó a su lado.

—Lo peor ya ha pasado, Cathan. Si ha vivido hasta ahora, podrá sobrevivir al viaje. Kula es el sitio más seguro para él; Courtiéres

podrá protegerlo mejor que nosotros. Le tomará tiempo recuperarse, pero volverás a verlo en buenas condiciones, te lo prometo. Sus palabras calmaron en gran medida mis temores, dejando en lo más hondo una irreprimible furia. Que yo supiese, sólo una persona era capaz de consumar semejante plan.

Permanecí junto a mi padre hasta que Dalriadis estuvo a bordo y me anunció que estaba listo para partir.

—Llévalo tan aprisa como puedas, almirante —le dije—. Podrás reparar un reactor dañado si fuera necesario. Otra cosa: *Nadie po*drá entrar en este camarote sin autorización. Nadie en absoluto, ni siquiera el médico. Nadie. Y quiero que haya dos guardias de servicio permanente junto a la puerta.

—Muy bien —asintió—. Ahora será mejor que regreses al muelle. Me volví hacia Elníbal por última vez, besé su ardiente frente y permanecí allí hasta que el médico me indicó que me fuera. Entonces crucé de nuevo los pasillos y salí de la manta. Los guardias cerraron la escotilla no bien desembarqué y casi de inmediato escuchamos detrás de nosotros el zumbido de las esclusas de aire.

Cuando llegamos al extremo del puerto, el *Marduk* ya se había desprendido del muelle y desaparecía en la oscuridad del océano. Los guardias no quisieron correr ningún riesgo: formaron a nuestro alrededor y mantuvieron a la muchedumbre a distancia mientras caminábamos de regreso al palacio en medio de las primeras luces del amanecer.

—¿Quién vive? —preguntaron a toda voz los centinelas del portal cuando nos aproximamos. Noté que había allí un escuadrón completo.

—Cathan —dije al tiempo que uno de ellos cogía una lámpara. —Adelante, señor.

Había más guardias en el patio, que ahora estaba iluminado totalmente por llamaradas de éter. Al cruzarlo me pregunté si no estaría allí la guarnición íntegra; jamás había visto a tantos reunidos. Sólo una de las puertas estaba abierta, custodiada por dos oficiales vestidos con ropas de civil pero exhibiendo abiertamente sus espadas e insignias.

En el interior estaban Tanais y mi madre junto a varios integrantes del consejo, manteniendo una improvisada ronda de interrogatorios en una de las salas de recepción. Se habían sentado forman do un semicírculo con sillas y sofás, mientras que el chef se hallaba en el centro, conmovido y al parecer indignado.

—¡No permito que entren extraños en mi cocina!

—De cualquier modo —intervino mi madre—, ¿has presenciado algo inusual en la zona de la cocina?

—No, en absoluto.

—¿En algún momento dejaste la cocina?

—Muy brevemente, para ir a la despensa. Se quedó en la cocina uno de mis asistentes, que estuvo allí todo el tiempo y tuvo que notar la presencia de cualquier extraño.

—Muy bien. Puedes retirarte.

El chef se marchó y los del semicírculo empezaron una iracunda charla.

—No estamos llegando a ningún sitio con semejante interrogatorio —advirtió Mezentus—.Y por otra parte, ¿qué derecho tienes tú a presidirlo, Tanais?

A modo de respuesta, Tanais buscó algo en el interior de su gruesa túnica verde y extrajo un colgante representando la balanza de la justicia con un par de delfines debajo, el símbolo de los jueces de Thetia. Los ojos de los delfines consistían en diminutas piedras negras. Con excepción de las espadas cruzadas debajo de los delfines, era idéntico al que llevaba el moribundo canciller según los recuerdos de mi padre.

—Soy juez supremo del imperio de Thetia. ¿Necesitas otra explicación?

Los medallones no podían ser robados; las piedras negras poseían un tipo de magia que hacía imposible que nadie más que su dueño los utilizase. Era muy difícil hacerlos y, por lo tanto, su uso quedaba limitado estrictamente a los rangos más elevados de jueces: el emperador de Thetia, la Suprema Corte y los comandantes de los ejércitos y las flotas, que tenían potestad judicial sobre sus subordinados.

Los ojos de Mezentus se abrieron de par en par.

—Reconozco tu autoridad —dijo luego a regañadientes, dando por concluida la discusión.

—No pudo ser el cocinero, demasiada gente apoya su coartada —advirtió mi madre, y luego notó mi presencia—. Ah, Cathan. Intentamos encontrar al culpable antes de que pueda destruir la evidencia. El vino especial de tu padre fue envenenado después de salir de la bodega. Hay cierto número de sospechosos, pero ya hemos descartado a unos cuantos. Me quedé boquiabierto.

—¿Quieres decir que el culpable es del palacio? ¿Quizá incluso de la familia?

—No hay muchas personas que pudieran hacerlo —intervino Tanais—. El sumiller no tiene nada que ver. Sólo estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿Hay algo que nos conecte con lord Foryth? —indagué.—¿Crees que también está detrás de esto?

—No consigo imaginar quién más podría obtener beneficio de esto. —Quizá el conde Lexan —dijo Palatina a mis espaldas—. Él se ve beneficiado, ya que Moritan está enfermo y tu padre fuera de acción, de modo que Courtiéres es el único gobernante experimentado que queda.

—¿Crees que también él se encuentra en peligro? —inquirió mi se madre con agudeza.

—Podría estarlo.

—¿Es demasiado tarde para decirle a Dalriadis que le advierta: —Courtiéres lo pensará por sí solo.

—¿Podemos seguir adelante con las pesquisas? —pregunté con impaciencia—. Si damos con el culpable, podremos preguntarle bajo qué órdenes actuaba y entonces sabremos de quién debemos defendernos.

Comprendí entonces por primera vez el motivo que había llevado a mi padre a amenazar a Foryth. Concluí que él no había sobredimensionado la cuestión lo más mínimo y me preparé para actuar en consecuencia. Ahora bien, a causa de su actitud, mi padre había estado al borde de la muerte. Fuese quien fuese el responsable, parecía compenetrado en el plan y decidido a salirse con la suya, y lo cierto es que Foryth y Lexan bien podrían estar actuando de forma conjunta. Era una posibilidad en la que prefería no pensar.

Uno de los consejeros se puso de pie para cederme su silla y yo me senté entre Tanais y mi madre, con Ravenna y Palatina detrás de mí, mirando por encima de mis hombros.

—¡Traed al siguiente testigo! —ordenó Tanais.

Con el paso de la tarde y mientras la gente en el salón se ponía más y más impaciente, entrevistamos a todos lo que podrían haber envenenado el vino o haber visto al menos al envenenador en acción. Se examinó el corcho de la botella de vino en busca de pinchazos a través de los cuales alguien pudiese haber introducido el veneno, pero no fue posible hallar ninguno.

La botella de vino había salido de la bodega una hora antes de la comida y depositada en la sala de refrigeración, donde había permanecido hasta la llegada de mi padre. Entonces había sido descorchada y colocada en su recipiente especial cerca de la puerta, hasta que el sumiller la cogió unos momentos después. Sólo el supervisor de la bodega, el personal de la cocina, los camareros o los sumillers podrían haber puesto el veneno.

Pero tras constatarlo nos estrellamos contra un muro. Habíamos interrogado uno tras otro a los sospechosos pero sin lograr siquiera aproximarnos a ninguna certeza.

Hacia las once de la noche, cuando la gente retenida en el salón_ comenzaba a mostrar señales de somnolencia, nos quedaban por interrogar tan sólo a tres camareros. Estábamos ahora frente al camarero principal, un hombre perteneciente a una familia tradicionalmente aliada a la nuestra. Le preguntamos sobre el movimiento de los otros camareros y dónde había estado él mismo.

—En el salón —explicó—, controlando que se pusiesen las mesas del modo correcto, y estuve allí hasta poco antes de que llegasen todos los demás. Entonces me dirigí a la cocina para hacerle una consulta al chef.

—¿Qué consulta?

—Cuántos platos debían servirse en la mesa de la tarima.

Eso concordaba con todo lo que había afirmado el chef un poco antes.

—¿No era un asunto algo trivial para que te molestases en hacerlo? —intervino de pronto Palatina.

—Señorita, quizá lo sea para ti, pero no para mí —respondió el hombre, al parecer resentido por la intromisión de un extraño—. En eso consiste mi trabajo, en prestarle atención al detalle.

—¿Y te dirigiste a la cocina a través de la puerta del salón;' —indagó Tanais.

—Sí.

—¿Notaste al pasar si el vino estaba en su jarra?

—Sí, estaba en su lugar habitual. Me detuve para asegurarme de que todo estuviese como debía.

—¿Estaba la jarra debidamente abrillantada? —volvió a intervenir Palatina. Tanais la miró con sorpresa.

—¿Debidamente abrillantada? ¿Por qué me preguntas eso? —¿Estaba abrillantada y limpia como corresponde? —repitió Palatina.

—Por supuesto que sí —respondió el hombre, ofendido.

Palatina colocó entonces el recipiente sobre la mesa situada detrás de mi silla. Me volví para ver lo que sucedía.

—Entonces ¿por qué te inclinaste sobre la jarra y soplaste? Dos personas te vieron hacerlo y pensaron que sólo le estabas quitando el polvo. Pero es extraño que lo hicieras y, sólo media hora más tarde, veamos que los bordes están sin brillo.

—¿Qué dices, Palatina? —preguntó mi madre con impaciencia—. ¿Estás acusando a este hombre?

—Estoy diciendo que si él hubiese soplado para dispersar los restos de polvo de ijuán a lo largo del borde de este recipiente, las marcas que hubiesen quedado serían similares a éstas —aseveró Palatina lanzando sus últimas palabras como un torbellino.

Me volví hacia el hombre a fin de captar su expresión desprevenida. Los otros sin duda hicieron lo mismo.

—¿Qué es lo que respondes a esto? —preguntó mi madre con frialdad.

—Digo que es pura invención y que no existe ninguna prueba. —Pues me parece que Palatina acaba de demostrarnos lo contrario —dijo Tanais.

Me sentí desconcertado. Hacía años que conocía a ese hombre. Había servido en el palacio durante casi toda su vida. ¿Era posible que nos traicionase?

Y entonces, cuando su rostro se contorsionó en una mueca de odio, comprendí que lo había hecho. Buscó entonces algo en su bolsillo, extrajo una esfera negra de unos pocos centímetros y se la arrojó a Tanais, en el centro del grupo.

—¡Morid, todos!

La esfera golpeó una de las patas de la silla de Tanais y estalló en llamas, que se extendieron desde la silla hasta el resto del mobiliario con increíble rapidez. Alguien gritó y salté hacia adelante, lejos de las llamas, mientras que el gigantesco Tanais se ponía de pie para alzar a mi madre y ponerla fuera de peligro. Otra gente intentó saltar las llamas por encima de las sillas y los sofás, que, por otra parte, también estaban ardiendo ya que había llamas corriendo a lo largo de todo el salón. Uno de los guardias blandió su espada para impedir el paso del camarero, pero perdió el valor cuando las llamas que avanzaban por el tapete amenazaron con alcanzarlo. Él y su compañero comenzaron a saltar en medio de las llamas y, en pocos

segundos, todos los muebles estaban ardiendo y el fuego trepaba por las paredes.

—¡Cathan! —gritó Ravenna, que llegó corriendo a mi encuentro—. No hay tiempo. ¡Debes ayudarme!

Vi cómo Tanais recostaba a mi madre y me hacía gestos de que me apurase, pero no se me ocurrió por qué.

Ravenna me cogió de las manos y, antes de que comprendiese con exactitud qué estaba haciendo, inició el contacto mágico entre nosotros.

—¡Ayúdame! —me dijo dentro de mi propia mente— ¡Libera magia!

Cerré los ojos y permití que la inconsciencia fluyera en torno al nexo entre ambos, descendiendo a través de los estratos del cuerpo en dirección a la mente, todo el trayecto hasta el límite del campo del alma. Me encontré flotando en las tinieblas infinitas, en medio del extraño campo de la mente que ninguno de los dos comprendía. Pero sabía qué tenía que hacer.

Me abrí paso entre la nada en dirección a ella y, por un momento, sentí nuevamente esa indescriptible sensación de unidad que me había absorbido cuando sellamos nuestras magias. Pero en esta ocasión nos movíamos como una única entidad para echar abajo las barreras y recuperarlas.

Sentí como si un torrente, una auténtica marea, corriese por mi interior. Y luego, un instante después, comenzamos a separarnos. Mi cuerpo se electrificó a medida que la magia volvía a sus cauces, la extraña mezcla de Sombra y Agua proveniente de mi aprendizaje y sangre.

Entonces comprendí por qué Ravenna había querido hacerlo en ese momento y, de forma abrupta, devolví la mente a mi propio cuerpo. El salón era un infierno de llamas y humo, y de todos sitios partían gritos. En el centro del salón, el camarero se había convertido en una antorcha humana, con la boca convulsionándose en un alarido silencioso a medida que su cuerpo se consumía.

Convoqué mi poder mágico, el poder innato del Agua, que tan rara vez había empleado, y vacié la mente por primera vez en semanas (hacerlo me resultó tan arduo como durante mi aprendizaje). Me sentí fuera del salón en llamas, junto al calmo mar de la tarde, y conduje así dentro del ambiente toda la potencia de una tonelada de agua de mar, a la vez que las llamas que

me rodeaban eran asfixiadas por la Sombra. La ola me golpeó de lleno, arrojándome de espaldas contra la pared, y me deslicé bajo su superficie, aún lo bastante consciente de cuanto estaba sucediendo para saber que no podría arriesgarme a ser visto; al menos no si quería seguir vivo pasada la tarde.

Cuando abrí los ojos deduje que las llamas no habían sido originadas con nafta, ya que el agua las había dominado y la nafta arde en el agua. Sin embargo, también era posible que el impacto repentino las hubiese sofocado.

El agua me llegaba a la altura del cuello y me asomé a la superficie para ver a mi alrededor.

El fuego se había apagado y el salón estaba iluminado apenas por las luces de éter que llegaban desde fuera de las ventanas; las cortinas debían de haberse desgarrado. Entonces pude ver rostros y figuras: Palatina, la inmensa silueta de Tanais junto a mi madre, algunos de los integrantes del consejo. También noté la ausencia de otros.

—Que todos se aferren a algo —dijo Tanais con voz de repente demasiado fuerte para lo que se había convertido en un espacio mucho más pequeño. Avanzó entonces saltando en dirección a la ventana (el agua sólo le llegaba a él un poco por encima de la cintura). Con una mano se apoyó en el muro, mientras que con un pie abrió la ventana de una patada, permitiendo que el agua marina se derramase sobre la terraza y llegase al jardín. Sentí un tirón, pero estaba demasiado aferrado a algún objeto pesado para que el agua me arrastrase. A medida que descendía el agua, descubrí que era la mitad de una mesa.

En aquel momento, las puertas se abrieron, y la luz y la gente se precipitaron dentro del salón. En el suelo yacían cuatro o cinco cadáveres horriblemente carbonizados (podía verlos incluso en la penumbra). Los demás nos miramos mutuamente con confusión. Me era imposible admitir que la destrucción que había asolado mi ciudad en el transcurso de esa tarde se debiese a la traición de ese único hombre, convertido ahora en un achicharrado cadáver en el suelo. Ese hombre que había sido uno de nuestros más fieles servidores.

Después de lo que había sucedido, mantener a los familiares y a los invitados esperando no tenía ningún sentido, así que ordené a los guardias que abrieran las puertas para permitir que todos volvieran a sus casas. Nada quedaba de los muebles del salón donde habíamos estado, apenas fragmentos calcinados y cenizas.

Los guardias, algunos de los cuales lloraban sin disimulo, alzaron los cuerpos del camarero, sus dos compañeros y los dos consejeros que habían muerto. Uno de ellos era Mezentus. Me pregunté qué le iba a decir a su hija, una joven de mi edad que, ahora, había perdido a sus dos padres.

Pero los problemas no habían acabado ni siquiera esa tarde. Dos minutos después de abrir las puertas apareció Midian escoltado por cuatro sacerdotes y el mago de la mente, irrumpiendo con violencia en el palacio y exigiendo saber qué había sucedido. No estaba de humor para tolerar la arrogancia de ese haletita, y su tono era tan insultante que a duras penas logré contener los deseos de arremeter contra él.

—Mucha gente ha muerto aquí como consecuencia de un acto de traición, pontífex. En ausencia de mi padre, me corresponde sólo a mí ocuparme del asunto.

—Te equivocas por completo, vizconde.

—En el presente momento soy conde, avarca Midian.

Era preciso que hubiese en todo momento un conde a cargo del clan. Mientras mi padre estuviese enfermo ese título me correspondía a mí.

—Eso es irrelevante. Alguien empleó esta tarde magia del Agua, y ésa es una herejía de la peor especie. Mi mago mental examinará a todos los que estaban presentes para hallar a los responsables y encargarnos de ellos.

—No harás nada semejante, Midian. Mi padre ha sido envenenado y quizá no sobreviva. Cinco integrantes de mi clan están muertos, mi palacio estuvo a punto de ser destruido por la magia del Fuego y sólo ese mago del Agua, quienquiera que sea, consiguió salvarlo. Le debemos la vida, Midian.

—Cathan, dirígete a mí con el debido respeto y mantente apartado de este asunto o serás acusado de herejía por encubrir a los herejes.

—Si hiciese tal cosa estaría violando el Código —advertí casi perdiendo la paciencia. El Código era un conjunto de antiguas leyes de Thetia sobre el

cual nos habían instruido en la Ciudadela y que exigía un lazo de lealtad al clan mucho más fuerte que el que sentía la mayor parte de la gente. Sólo lo empleaban algunos de los clanes de thetianos más tradicionales, incluyendo el de Palatina.

—Si tú respetaras el Código, quizá. Pero esto no es Thetia y no puedes engañarme de ese modo.

—Tiene razón —gruñó Tanais con una expresión en el rostro que me pareció terrorífica incluso pese a no estar dirigida a mí—. He sido yo el responsable de la magia del Agua de esta tarde, y te sugiero que borres de tu memoria que sucedió algo semejante. No hay nada que puedas hacer contra mí.

Con un breve gesto me indicó que no dijese nada, y la verdad es que no pensaba hacerlo, al menos no todavía. Él podía defenderse a sí mismo mejor que yo. Si es que en verdad era Tanais Lethien.

—Eres un hereje y te arresto en nombre del Dominio. —Dirígeme tus insignificantes y patéticas palabras si quieres, sacerdote, pero ten cuidado porque no lo pensaré dos veces antes de eliminaros a ti o a cualquiera que se interponga en mi camino, incluidos tus guardias, Cathan. Y a ti, sacerdote, te sugiero que abandones el palacio en este preciso momento.

Midian clavó con furia la mirada en Tanais, luego la desvió hacia mí. Sus ojos destilaban un odio tan puro que me produjo escalofríos. No había en su rostro ninguna señal de temor.

—Me encargaré de verte arder en la hoguera —dijo Midian entonces. Dio media vuelta y salió del salón. Sus sacerdotes lo siguieron con expresión impasible y un silencio sepulcral.

No supe con certeza a quién había dirigido sus últimas palabras.

Aunque estaba agotado, aún no podía irme a la cama. Había dos cosas más de las que debía encargarme y sólo podía postergar hasta el día siguiente una de ellas, si es que de verdad iba a hacerla. Les pedí a Palatina y a Hamílcar que fuesen a la oficina de mi padre, que volvía a ser la mía (por enésima vez en esa tarde deseé que no lo fuera). Fue imposible encontrar a Ravenna.

—Hamílcar, ¿crees que Foryth está detrás de esto? —dije cuando nos sentamos. El mercader tanethano se veía exhausto, pero Palatina no parecía en absoluto cansada, sólo triste.

—Podría ser —indicó Hamílcar con cautela—, pero lo dudo. Si fuese él, no podría estar actuando solo. Las grandes familias acaban siendo destruidas cuando atacan a un clan de semejante modo, así que en ese caso Foryth debería contar con el apoyo de alguien más.

—En menos de un mes hemos sufrido un ataque pirata, un levantamiento de nativos, un intento de sabotaje en el puerto, el asesinato del rey y ahora este envenenamiento —intervino Palatina—. Todos esos sucesos, ocurridos en tan poco tiempo, deben de estar conectados de algún modo. Todo lo ocurrido ha traído inconvenientes o ha dañado directamente a Lepidor, incluida la muerte del rey.

—Foryth jamás hubiese hecho algo semejante. Se trata de un asesinato político de máximo nivel, un magnicidio, y una gran familia sencillamente sería incapaz de asimilar sus consecuencias.

—Pero parece haber un nexo incluso ahí —señalé—. La disputa con Canandrath, que comenzó a la vez, el hecho de que Moritan cayese en el golpe, el ataque fallido contra Arcadius.

—Si hubiese muerto Arcadius, ahora estaríamos en medio de una guerra declarada —opinó Palatina—. Orosius habría perdido los estribos. Me parece que nunca estuvo en los planes asesinar lo y que fue atacado sólo para crear enfrentamientos entre los thetianos.

—Si Foryth tuvo algo que ver con los atentados —advirtió Hamílcar—, es porque alguien lo dirige como a una marioneta. —¿Quién? ¿Quién desearía atacar al imperio de semejante modo?

—Los haletitas.

—Esa hipótesis no nos conduce a ningún sitio —dijo Palatina con desdén—. Los haletitas carecen de flota, los thetianos no tienen un ejército lo bastante importante.

—Los haletitas podrían esperar que los thetianos culpasen a Foryth y destruyesen Taneth en su lugar.

—¡Creo que ni siquiera Orosius podría ser tan estúpido! —comenté.

—Orosius es un Tar' Conantur —sentenció Hamílcar extendiendo las manos—. ¿Quién sabe cuáles son sus intenciones?

—No estamos locos —afirmé, y en seguida advertí que era la primera vez que me veía como uno de ellos.

—Pero sí lo está la mayoría. Suponiendo, por supuesto, que sea lo que dices ser. Yo siempre he sido algo escéptico al respecto. —Pregúntale a Tanais —soltó Palatina.

—Sólo los Elementos saben quién es él. ¿Cuántas personas de doscientos cincuenta años de edad habéis conocido? —contraatacó Hamílcar con sorna.

—Ése no es el tema —respondió Palatina—. ¿Cuál crees que será la próxima jugada de Foryth?

La expresión de Hamílcar se tiñó de seriedad.

—Si es que él lo hizo, Foryth no envenenó al conde Elníbal sólo porque sí. Sin duda intentaba matarlo y eso debía de reportarle algún tipo de beneficio. Sospecho, Cathan, que su próximo movimiento será sobre ti y consistirá en algo diferente. En el lapso de unos pocos días o semanas sucederá algo nuevo. Quienquiera que haya llevado adelante todos estos sucesos, tenía todo cronometrado de un modo demasiado perfecto para que pensemos en una coincidencia. Al cabo de unos pocos días, tras una o dos semanas en la oscuridad, el enemigo oculto, sea quien sea, volverá a atacar. Y esta vez, supongo, querrá que su golpe sea definitivo.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXVIII

La mañana siguiente fue atroz.

Desperté muy temprano de un sueño sin descanso plagado de pesadillas y entonces recordé todo lo que había sucedido el día anterior. No tenía manera de saber si Elníbal estaba aún con vida: todavía no debían de haber llegado siquiera a Kula.

No tenía apetito, así que me fui a nadar, pero tampoco eso me fue de ninguna ayuda. El recuerdo de la tarde previa aparecía en todo lo que veía y, buceando en el mar, sentí, de repente, que volvía a estar en el salón en llamas.

De regreso al palacio me topé con Tanais en el pasillo, a punto de descender al puerto para coger el Parasur rumbo a Pharassa. —¿Ya te vas? —le pregunté.

—No puedo permanecer aquí, no después de lo que Midian dijo anoche. ¿Por qué tenías que hacer uso de tu magia? Yo podría haberme ocupado del problema y no estaríamos ahora en semejante situación.

—Tú no eres mago, ¿qué podrías haber hecho? —le dije.

Aún me sentía lleno de furia y agresividad. Su infinita paciencia me exasperaba; no parecía haber notado siquiera la hostilidad de mi tono.

—Mi medallón está cargado de magia del Agua. Carausius lo dotó de magia antes de morir. Ya no le queda demasiada pero hubiese bastado para apagar el fuego y, proviniendo del medallón, el mago mental no hubiese podido detectarla.

—¿Cómo iba yo a saberlo?

—Te grité a distancia y tú me viste, pero en ese momento estabas demasiado ocupado en aquel extraño ritual con Ravenna para comprender lo que te decía. ¿De qué se trataba?

—Cuando el mago mental desembarcó en Lepidor, cada uno de nosotros selló la magia del otro para que no pudiese detectarla. Ravenna fue quien decidió liberarla ayer.

—Ella no podía saberlo, pero te puso entonces en un peligro aún mayor que el que pueda representar Midian. No creo que transcurra más de una semana antes de que el avarca comprenda lo que ha sucedido realmente. Después de eso, te verás obligado a encontrar alguna manera de neutralizarlo o, en su defecto, a partir de Lepidor.

—Pues bien, muchas gracias —dije con amargura.

Una nueva metedura de pata... ¿Cuál sería la siguiente? —¿Cuándo regresarás? —añadí—. Eso, por supuesto, considerando que todavía estemos aquí y no hayamos sido arrestados por la Inquisición.

—Volveré en un mes. Cuídate y recuerda que aquí nadie es lo que parece ser.

Se volvió y comenzó a avanzar hacia la puerta. No me molesté en seguirlo.

—¿Qué se supone que significa eso? —grité a sus espaldas, pero no obtuve respuesta.

O sea, que ahora, gracias a Ravenna y a mi propia ceguera y estupidez, el Dominio estaba a punto de descubrir que yo era un mago. Incluso entonces no acabé de comprender qué implicaba eso, pero entonces recordé la advertencia de Tanais: me vería obligado a huir.

¿Huir? ¿Irme de Lepidor? ¿Cómo podría hacer tal cosa? No había nadie más que pudiese asumir el puesto de conde. Y por otra parte, ¿adónde podría dirigirme? Para entonces ya me habrían tachado de hereje y me perseguirían por todos los mares. Quizá Qalathar fuese un lugar seguro... hasta que llegasen allí los ejércitos de los cruzados para concluir lo que habían comenzado veintitrés años atrás. ¡Condenada Ravenna!

A esa hora había pocas personas despiertas y sentí una inmensa ausencia al observar la cabecera del salón comedor, el sitio donde en ese preciso momento debía haber estado mi padre. Recordé todas las ocasiones en que me había levantado igual de temprano y siempre lo había encontrado allí. Incluso cuando estaba lejos, en la conferencia, jamás me abandonaba la certeza de que él estaría a salvo. Pero ya no podía asegurar siquiera si alguna vez regresaría, y yo era la única persona que se interponía entre lord Foryth y Lepidor.

Subí a la oficina del conde y me encerré dentro. Luego me senté en la silla y contemplé absorto los papeles sobre el escritorio. Elníbal se había dejado a sí mismo una nota para no olvidar ocuparse de una disputa entre dos familias. Ahora tendría que hacerlo yo. Con la esperanza de distraerme ocupándome en algo, arrimé una pila de documentos que mi padre había dejado inconclusos a causa de la inesperada visita de Tanais. Era una tarea aburrida, tediosa, pero alejó mi mente de los problemas que me acosaban.

Trabajé sin descanso hasta que sentí un golpe en la puerta. Permanecí sentado en silencio por un instante. Sabía quién era y con todas mis fuerzas deseé no verla en ese momento. Pero no pude contenerme.

—Adelante.

—Los guardias han inspeccionado las habitaciones de todos aquellos hombres y no han hallado nada —dijo Ravenna.

—Era de esperar.

Se produjo entonces un tenso silencio durante el cual ella cerró la puerta y tomó asiento.

—¿Se ha marchado Tanais? —preguntó.

—Partió hace media hora. Aseguró que dentro de una semana como mucho Midian descubrirá quién fue el auténtico responsable de la magia de anoche. Con sólo consultar una copia de la Historia comprenderá que Tanais carece de cualquier don mágico.

—¿Qué otra cosa pude haber hecho? ¿Quedarme inmóvil y esperar a que me consumieran las llamas?

—Debiste ver el gesto de Tanais. Yo lo vi, pero tú me cogiste de las manos antes de que tuviese tiempo de pensar.

—¿Y qué? Él carece de magia.

—No es así. Tiene en su poder el medallón.

—¡Cathan, no puedes culparme por lo que hice! Por lo que sabía, tú eras la única persona en todo Lepidor capaz de apagar ese incendio. Ésas no eran llamas naturales, supongo que te habrás percatado.

—No, creo que no te puedo culpar. Pero el caso es que en una semana habré de marcharme de aquí, a menos que podamos lidiar con Midian.

—¿También eso es culpa mía?

—Hice uso de mi magia, como tú. Ambos estamos en peligro. —Quizá lo estés tú. Yo no empleé mi magia en proporciones suficientes como para que alguien lo notase.

¿Qué era lo que quería señalar con eso? ¿Suponía que tras haberme metido en este lío no le correspondía hacer nada al respecto?

—Pues quizá podrías al menos intentar ayudarme, incluso si tu propio pellejo estuviese a salvo. No puedo abandonar mi clan, Ravenna. No hasta el regreso de mi padre. Soy el conde y no hay nadie más que pueda reemplazarme. Si me marcho, mi familia perderá poder y el contrato con Hamílcar quedará sin validez. Foryth habrá vencido. Y entonces ya nadie podrá detener a Midian. —Nunca dije que no fuera a ayudarte.

—¡Lo sugeriste! ¿Tienes alguna propuesta útil para resolver esta minúscula dificultad?

—Aparte de asesinar a Midian, no veo otra cosa que podamos hacer. No tenemos tiempo de averiguar si es posible sobornarlo y tampoco crear una tormenta mediante un conjuro que lo mantenga encerrado en el templo durante toda la semana.

—¿Estás buscando ayudarme o desesperarme? Sus ojos brillaron.

—Hago cuanto puedo, por amor de Thetis. Palatina es el genio de la estrategia, yo no. Pregúntale a ella.

—Palatina no posee magia, Ravenna. Tú sí.

—Como tú, aunque sea todo innato y te baste con chasquear los dedos para tener más poder del que cualquier hombre podría soñar.

—¿Y qué pasa con eso? —protesté—. No se trata de cuál sea el origen de nuestra magia: estamos intentando enfrentarnos al Dominio. Ravenna se

puso de pie y avanzó desde la silla hasta el escritorio. Su rostro era una helada máscara.

—Sin duda podrás deshacerte de ellos, ¿verdad? Y si llega alguien para investigar, no necesitas ser condescendiente.

—¿De qué hablas? Nunca he sido condescendiente. ¿Qué fue lo que dije?

Su repentina hostilidad me sacaba de quicio. Estaba seguro de no haber dicho nada que pudiese ofenderla, así que por qué se metía conmigo de ese modo.

—*¿Qué fue lo que dije*? —repitió imitándome. En su tono inexpresivo se percibía una grotesca parodia de mis palabras—. ¿Es que eres tan ajeno a nosotros, mortales inferiores, que ni siquiera te molestas en discernir las cosas que nos dices? Ah, por supuesto, yo tengo magia, así que puedo serte de ayuda para sacarte de esta situación en la que tú mismo te has metido porque fuiste demasiado elevado y poderoso para pensar antes de emplear ayer tus poderes mágicos.

Ahora Ravenna hablaba casi gritando y su voz cobraba algo de emoción. Estaba apoyada sobre el escritorio, mirándome fijamente. Entonces me puse de pie. Su última acusación, carente de fundamento, había reavivado mi ira.

—Tú misma dijiste que anoche habías actuado llevada por la presión del momento. Si a ti te está permitido hacerlo, ¿por qué a mí no?

—Somos mortales con poderes limitados y debemos aprender a controlarlos de vez en cuando. Sencillamente, yo no liberé tanta magia para que se enterasen todos y cada uno de los magos de Océanus. Has empleado una maza para romper una nuez y no aceptas las consecuencias.

—Salvé tu vida, ¿o acaso ya lo has olvidado?

—Salvaste mi vida para utilizarme en la siguiente ocasión en que me necesites, así tienes la sensación de consultarnos a los demás antes de tomar tus propias decisiones. Por supuesto que siempre está Palatina, que es una maldita Tar' Conantur como tú. Ella es digna de que le pidas consejo, aunque sólo Ranthas sabe qué corre por sus venas.

Intenté decir algo para interrumpirla, pero ella me ignoró y prosiguió furiosa:

—¿Alguna vez te preguntaste por qué me desplomé después de unirnos por primera vez? Por cierto que nunca me lo preguntaste a mí, ya que no estabas interesado. Por el momento estabas a salvo de las garras de Midian, al menos hasta que pudieses pensar en una manera de poder enfrentarte a él tú mismo. Yo era tan sólo una herramienta que ocasionalmente se presentaba con algunas ideas útiles.

—¡Eso no es cierto! —protesté, herido por sus palabras, pero ella alzó la voz todavía más para ahogar mis quejas y me clavó una mirada iracunda.

—Ni siquiera se te ocurrió que mi desmayo tuviese algo que ver contigo, con tu mente, tu mente retorcida, tan perturbada que me sorprende incluso que consigas caminar en línea recta. Debí penetrar en el campo de tu alma; tú, monstruo maldito perteneciente a esa despiadada familia. No eres diferente de ninguno de ellos; ni de Ragnar, el traidor; ni de Valdur, el demente fratricida; ni de Landressa, esa puta asesina sistemática que jamás debió ser designada emperatriz. Tu familia destruye todo lo que toca, incluso a sus seres queridos. ¿Cuántas de las esposas y maridos de aquéllos sobrevivieron con la mente indemne? Tienes putrefacto el corazón, Cathan, incluso la sangre que corre por tus venas está contaminada.

Como si hubiese sido golpeado por un martillo, me tambaleé hacia atrás, asiéndome, desesperado, a los brazos de la silla. Intenté responder algo pero estaba demasiado atónito por sus palabras. No podía comprender por qué decía esas cosas. Y lo más horrible era que una parte de mi mente, aquella parte que no había sido afectada por su arremetida ni por lo que yo creía una traición, sabía que no todo lo que decía era falso.

—¿Te he lastimado, no es así? —inquirió ella con el rostro transfigurado por la furia pero manteniendo un frío control sobre sí misma —. Alguien al fin se atreve a decir la verdad sobre los Tar' Conantur sin temer importunarte.

Pronunció el apellido como si fuese un insulto.

—Palatina, tú y todos vuestros ancestros eran iguales —prosiguió—, avasallando a los pobres mortales que se interponían en vuestro camino.

Quizá ella lo haga un poco menos, pero responde a la misma naturaleza. No debes preocuparte por el mago mental, pues, como tantos otros, enloquecerá unos pocos segundos después de establecer contacto contigo. Tu bendito primo, el emperador Orosius, por ejemplo. Te pareces a él mucho más de lo que nunca podrás ver o admitir, y eres capaz de causar tanta muerte y destrucción como él.

Me hundí en la silla, incapaz de sostener su mirada o incluso de mirarla.

—¡Sólo quería que me ayudases! —exclamé con una voz que me pareció la de un extraño.

¡Que te ayudase! Eso no es cierto. La ayuda se la pides a Palatina y, eventualmente, a los que tienen tu mismo estatus. No a una huérfana de Tehama, una subordinada que carece de tu noble sangre. El único motivo por el que me tienes a tu lado es que piensas que soy bonita y podría convertirme en una buena concubina.

En esta ocasión sí la miré y la sangre regresó a mi rostro. —¡No! —susurré—. ¡Jamás!

—Ya me has mentido bastante, Cathan. Contra todo lo que puedas, pensar, no te amo. Ni siquiera me gustas. Si lo deseas puedes aplastar a Midian y a todos sus sacerdotes, pero no obtendrás de mí ninguna ayuda.

Se volvió y casi corrió hacia la puerta ignorando mi agónico grito. La cerró a sus espaldas y escuché el sonido de sus pasos alejándose a toda prisa por el pasillo.

Tras su partida no alcé la mirada durante un buen rato. Me sentía profundamente solo y desconsolado, así como traicionado. No era cierto todo cuanto había dicho Ravenna sobre mí ¿O sí era?

Ya no sabía bien qué pensar. Enterré la cabeza entre las manos y lloré. Un par de minutos después oí que se abría la puerta y alguien entraba con sigilo a la habitación. Levanté la mirada lentamente por si fuese otra vez Ravenna, pero no era así.

—¿Cathan? —dijo Elassel. —Déjame solo.

—Todo eso no es cierto.

—¿Cómo lo sabes? —repuse mirándola de nuevo. Rodeó el escritorio y se agachó a mi lado, junto a la silla—. Tú apenas me conoces y no eres uno

de los nuestros.

Al parecer, Elassel había escuchado la conversación o, por lo menos, una parte de ésta. Sabía quién era yo.

—¿Que no soy una hereje, Cathan? La religión ya no significa nada para mí. Todas esas cosas acerca de los Tar' Conantur... —Figuran todas en la Historia.

—Incluso así no dicen toda la verdad. Piensa en todos los que han quedado fuera de los libros, toda la gente que llevó honor a tu familia: Aetius, Carausius,Tiberius, incluso Landressa ayudó en la defensa contra Tuonetar.

—Pero también hubo tantos dementes, Elassel, tantos personajes siniestros.

—Como en cualquier familia. La única diferencia radica en que los Tar' Conantur son célebres. No soy maga, pero puedo intuir que no eres como ninguno de esos oscuros personajes que mencionas.

—Entonces ¿por qué me dijo Ravenna esas cosas? ¿Por qué se puso contra mí?

—No puedo decírtelo, Cathan. Sólo ella puede hacerlo. Pero ten

en cuenta que al enfurecerse te soltó todo lo que le pasó por la cabeza. ¿Qué podemos saber los demás? Ravenna empleó la historia de tu familia en tu contra, mientras que el resto de nosotros no hubiésemos supuesto siquiera que fueses un Tar' Conantur, salvo por tu aspecto.

—¿Crees que el parecido es muy notable?

—Lo es para mí, aunque quizá no lo sea para nadie más. Soy muy buena fisonomista y he visto retratos de los Tar' Conantur. —La quería, Elassel. No siempre confié en ella, pero la quería. Y creí incluso que ella sentía por mí algo parecido, o por lo menos algo. Pero ahora descubro cuán equivocado estaba.

—Una persona que diga las cosas que ella acaba de decir no merece ser amada por nadie.

—Todo se ha estropeado desde anoche.

—Cathan, eres conde de Lepidor. Sé que debes sentirte horriblemente, pero no has tenido tiempo de evitarlo.

Se puso de pie y caminó hacia la puerta, pero se detuvo antes de abrirla.

—Había venido para decirte algo de lo que me he enterado —agregó—. Iré ahora a buscar a Palatina y la traeré aquí, ya que me parece que también ella debe saberlo.

Elassel se marchó y yo permanecí allí, inmóvil, por un momento. Luego me sequé el rostro con una manga y me senté derecho para parecer más presentable. No era adecuado que el conde de Lepidor se viera angustiado, pero ¿qué podía importar eso? Y, por otra parte, ¿con qué fin parecer preparado cuando iba camino de ser el conde con la gestión más breve de la historia? Antes de que transcurriesen otros siete días, Midian estaría exigiendo mi arresto por hereje, y mis únicas opciones serían matarlo o huir. En realidad, ya no le veía mucho sentido a seguir huyendo; no habría ningún sitio en el mundo en el que pudiese ocultarme del Dominio por mucho tiempo, y además me vería obligado a dejar a los amigos que aún conservaba. ¿Por qué molestarme en hacerlo? ¿Por qué no permitirle a Midian que me cogiese y sufrir las consecuencias?

Escuché el sonido de más pasos fuera de la habitación. Casi sin percatarme, empleé los poderes de la Sombra para aguzar mis sentidos y oír de qué hablaban.

—... es imperdonable. Dile a Atek que es preciso sacarla del palacio de inmediato y que sea alojada en la ciudad. Es imposible que permanezca aquí después de lo que ha hecho.

—Muy bien. Lo tomaré como una orden del conde.

La primera voz era la del primo de mi padre, el nuevo jefe de camareros.

La puerta se abrió y entraron Palatina y Elassel. Esperé a que cerrasen la puerta y se sentasen. Sin duda pretendían que dijese algo.

—Elassel, ¿no tenías un mensaje para nosotros?

—Sí —afirmó apartándose un mechón de pelo de los ojos y colocándolo detrás de la oreja—. Midian ha vuelto a las andadas e intenta confinarme en el templo como castigo por mi conducta desordenada. No ha aprendido nada. Ayer me deslicé dentro de su oficina con la intención de idear algo que lo pusiera en alguna situación humillante durante la próxima

ceremonia. Sus túnicas estaban guardadas en un armario. Finalmente, para ir al grano, oí que se acercaba y me escondí en el armario. Entró a la oficina junto con su asistente, ese sacerdote entrado en años de mirada severa. El sacerdote acababa de recibir una carta de manos de uno de los tripulantes de aquel mercader y la abrieron.

—¿Sabes qué decía el mensaje? —preguntó Palatina.

—A esto iba, tranquila —advirtió Elassel—. No lo leyeron en voz alta, pero conversaron largamente sobre su contenido. Era un mensaje (dirigido a Midian por alguien de Pharassa, preguntándole si podía consultarle a sus superiores cuándo harían algo en relación con la familia Canadrath, quienesquiera que sean. Midian parecía bastante sorprendido, pero el otro sacerdote le explicó que los Canadrath habían intervenido demasiado tarde para dañar a alguien, con excepción de Lijah Foryth. También dijo algo sobre que el rey los protegería, a los Canadrath, supongo. Eso fue todo.

—«Cuándo harían algo en relación con la familia Canadrath» —repitió Palatina—. Canadrath es la gran familia que le declaró a Foryth su enemistad.

—«¿Podría consultarle a sus superiores?» Volví a analizar el mensaje. Los superiores de Midian sólo podían ser los jerarcas del Dominio., pero ellos no se habrían molestado en poner a Midian sobre aviso porque sólo Liah se vería afectado.

Palatina era mucho más veloz que yo.

—¡Cómo no lo había visto antes! Ahora lo comprendo todo, salvo los motivos que los mueven. ¿Qué es lo que ellos esperan obtener?

—¿Quiénes son ellos? —pregunté.

—El Dominio, la familia Foryth y sabrá Ranthas quién más. Están todos juntos en esto, Cathan. No se trata de la familia Foryth pretendiendo conseguir el contrato del hierro, es el propio Dominio el que quiere el hierro, y algo más. Foryth no es más que una herramienta.

—¿Pero por qué asesinar al rey y llevar adelante todo lo que han hecho sólo para poseer una mina de hierro? —intervino Elassel—. El Dominio podrá estar integrado por infames y malvados conspiradores, pero no por estúpidos.

—Eso es lo que nos falta averiguar —admitió Palatina—. Existe algo más detrás de todo esto, pero no se me ocurre qué. Debe de ser algo relacionado con el imperio.

O sea, que si era el Dominio el que intentaba destruirnos, íbamos de mal en peor. Los habitantes del Archipiélago habían comprobado con su propia sangre que no era posible enfrentarse al Dominio. Y, sin embargo, con o sin posibilidades de vencerlo, al parecer también nosotros tendríamos que ponernos en acción. —Quedan dos sitios en los que aún podemos pedir ayuda —dijo Palatina, resignada—. En tierras de Courtiéres y contactando con la familia Canadrath.

—Los Canadrath sólo nos ayudarán si eso beneficia a sus propios intereses.

—¿Por qué no enviamos a los Canadrath un mensaje contándoles algunas de las cosas que hemos descubierto y les pedimos una alianza temporal? ¿Acaso no están enemistados con la familia Foryth?

—¿Te parece que te creerían? —dudó Elassel—. Aunque enviases la mismísima descripción de las confabulaciones del Dominio... a nosotros mismos nos han parecido inverosímiles, ¿por qué irían a creernos los Canadrath?

—Quizá debamos enviarles alguna prueba —sugirió Palatina con los ojos iluminados—. Elassel, ¿serías capaz de robar esa carta? —Por supuesto.

Cuando Elassel regresó al templo, pasé casi todo el día en la oficina de mi padre, trabajando en los documentos que tanto me habían aburrido con anterioridad. Seguían siendo tediosos, pero lo agradecía porque no guardaban ninguna relación con Foryth, el Dominio, Ravenna ni nada semejante. Bajé para cenar y luego di una vuelta por la ciudad para supervisar a los guardias. El resto del tiempo permanecí en palacio. Estaba demasiado triste para que me sobraran las fuerzas.

El siguiente día trajo buenas noticias: Elassel regresó al palacio con la carta enviada a Midian en su poder. No habíamos considerado la posibilidad de que la destruyera, pero por fortuna no lo había hecho.

Le ordené al sustituto de Dalriadis que tuviese tres de nuestras cinco rayas preparadas para zarpar. Una, para enviarle una explicación de las circunstancias a Courtiéres en Kula, mientras que las otras dos irían rumbo a la agencia de Canadrath en Pharassa. Existía un grave riesgo de que alguien interceptase el mensaje, así que Palatina ideó un plan para distraer al enemigo. La primera raya llevaría un mensaje falso y, al llegar a Pharassa, su tripulación merodearía por la ciudad durante un buen rato fingiendo ir en pos de una cita secreta con Canadrath. La segunda raya, con el mensaje auténtico, zarparía de Lepidor unas horas más tarde y su tripulación se dirigiría sin dilación a la agencia de Canadrath para cumplir su cometido. Antes de que partiera, empleamos una consola de éter para hacer algunas copias de la carta de Midian, para preservarla en caso de que se perdiera por alguna circunstancia. No me parecía buena idea enviar el original, pero Palatina insistió en que las copias no podrían ser autentificadas.

Desde la ventana de palacio vi partir las rayas, concentrándome en la huella fugaz que dejaban a su paso al salir de la bahía de Lepidor en dirección al mar abierto. Las pocas esperanzas que nos quedaban habían partido con ellas. Elassel nos comentó que Midian se había reunido a conversar con bastantes personas, que, al parecer, estaban a cargo de esta fase de la operación. Di por sentado que Lepidor estaba plagada de espías y que el honor del clan ya no contaba en absoluto.

En el buque mercante de Bomar habían llegado más extranjeros: junto a Tanais habían desembarcado en Lepidor dos thetianos, dos tanethanos y otros. Ninguno de ellos era un visitante habitual y tampoco era común que viniese tanta gente, así que Palatina envió a varios integrantes del clan a vigilarlos. Supongo que tenía la esperanza de que al menos una persona, siquiera por una vez, resultase ser fiel al clan y nos contase lo que observara.

Transcurrieron dos largos días. Una raya llegó desde Kula portando las disculpas de Dalriadis: el *Marduk* estaba siendo reparado y todavía no podría regresar. Además, había noticias más importantes: los médicos habían confirmado que mi padre sobreviviría, aunque seguía convaleciente.

No especificaron cuánto tiempo más debería permanecer allí, y me pregunté si cuando estuviese recuperado aún tendría en Lepidor un clan para gobernar.

Los técnicos encargados de reparar la *Esmeralda*, la manta del Archipiélago que ya llevaba más de un mes atracada en el muelle superior, anunciaron entonces que su trabajo estaría concluido en dos días más. Sus pasajeros y tripulación se sentían cada vez más incómodos en Lepidor, y adiviné que estarían impacientes por partir. Sagantha había sido una excelente compañía pero también deseaba marcharse, sin duda para proteger a la faraona, si es que existía después de todo.

De forma sorprendente, Midian no puso en práctica ninguna medida contra los visitantes del Archipiélago. Pensé en si habría recibido órdenes de no hacerlo, ¿quizá anticipándose a otra medida? No me pareció probable que el Dominio los dejase partir sin más.

—Algo me huele mal en todo esto —dijo Palatina cuando le mencioné mis temores—. O bien el Dominio se presentará con una excusa que detenga su partida en el último minuto o planea algo que impida que se marchen nunca.

—¿Qué sucedería si los emboscasen en alta mar?

—Lo que suceda dentro del perímetro de tus aguas es responsabilidad del conde —explicó Palatina—, pero Sagantha no te culparía. En mar abierto, el ataque podría ser considerado una acción de guerra. El Dominio no tiene las naves suficientes para efectuar algo semejante, pero seguro que se habrán apoderado de un buen número. ¿Por qué no le sugieres a Sagantha que zarpe en medio de la noche y esté alerta ante el peligro de cualquier ataque por sorpresa?

Siguiendo su consejo, invité a Sagantha a la oficina de mi padre la tarde previa a su partida.

—Es para mí un gran placer estar aquí —dijo—. En nombre del Estado del Archipiélago, te agradezco tu hospitalidad.

—El placer de tenerte como huésped ha sido mío —respondí. Cumplimentadas las formalidades, le serví un trago y nos sentamos en las sillas de la zona de recepción.

—Con todas las dificultades que hemos estado atravesando, ¿podría sugerirte_ que partieras a una hora diferente?

Le expliqué todo lo que me había dicho Palatina y él asintió. —Es una buena idea. Nunca se debe confiar en el Dominio. A ninguno le agradará ser sacado de la cama a una hora tan odiosa, pero luego podrán descansar a bordo de la manta.

Era evidente que Sagantha conocía mi condición de hereje. —¿Se me permite preguntar hacia dónde os dirigís?

—Íbamos hacia las islas del Norte para recoger a otras personas. Pero ahora que nos hemos demorado tanto, creo que iremos, en cambio, rumbo a Mons Ferranis. Quisiera pedirte un favor, aunque supongo que te resultará desagradable.

—Dime de qué se trata —respondí con cautela.

—Desearía que Ravenna nos acompañase. Con todo respeto, Lepidor no es un sitio seguro en el momento presente y Ravenna es mucho más importante para el Archipiélago de lo que ella misma es consciente.

—No puedo obligarla.

—Por supuesto que no. Le preguntaré a ella antes de partir. Sólo quería asegurarme de que no presentarías objeciones. —Claro que no —dije mientras las palabras de Ravenna asolaban aún mi cerebro. Deseaba no volver a verla nunca más. Nos interrumpió el zumbido del intercomunicador sobre el escritorio. Me incorporé y fui a ver quién llamaba. Era el encargado del puerto, que estaba en su oficina, en el eje central.

—Conde, una manta se aproxima y solicita permiso para atracar. Algo en su voz me puso en estado de alerta.

—¿Quién está a bordo?

—Numerosos sacerdotes del Dominio y una primada del Elemento...

—¿Etlae?

—Así se llama. Tripulan una manta de la flota del rey.

Me pregunté qué haría Etlae allí, acompañada de otros sacerdotes. Debía de ser la Inquisición viniendo en busca de la gente de Qalathar. Pero

de ser así, ¿por qué habrían enviado a Etlae? Se suponía que ella estaba de nuestro lado.

—Diles que hemos tenido problemas con los muelles y que todavía no es posible recibirlos. Si te presionan, diles que resolver las dificultades llevará una media hora.

—¿Me pide que le mienta a una primada?

—Bien podría ser una impostora. Es necesario que me asegure de ello.

—Muy bien, señor. Pero usted ha dado las órdenes. Corté la comunicación y fijé la mirada en Sagantha. —¿Puede estar toda tu gente lista en media hora?

—Me encargaré de que así sea —aseguró quitándose las gafas—. De camino pasaré por la habitación de Ravenna. Adiós y buena suerte.

—Lo mismo digo.

Sagantha corrió hacia la puerta y descendió a toda prisa las escaleras. Yo encendí el intercomunicador y le pedí a Palatina que viniese a la oficina. Acababa de cortar cuando recibí una nueva transmisión proveniente del puerto.

—¡Señor, no se han detenido! ¡Avanzan hacia el muelle a toda velocidad y me han dicho que usted está bajo arresto bajo cargo de herejía!

—¡Entonces es una impostora! ¡Obstruid el puerto!

—No puedo hacer tal cosa, señor. No contra una primada.

El encargado del puerto cortó la comunicación y me fue imposible restablecerla.

Conque así estaban las cosas: incluso Etlae se había vuelto en mi contra.

Me sorprendí de mi propia calma mientras cogía el broche oficial de mi ropa y lo colocaba sobre la mesa.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXIX

Un par de minutos después llegó corriendo Palatina, pero se detuvo en seco junto a la puerta cuando me vio de pie al lado del escritorio.

—Es un ataque, ¿verdad? Ya están aquí.

—Etlae y sus servidores. He hablado con el capitán de la guardia y enviará a sus hombres al puerto para retenerlos tanto como sea posible. El tiempo suficiente para encontrar un escondite para ti. —¿Sólo para mí? —preguntó Palatina frunciendo el ceño.

—Sólo para ti. No tengo intención de seguir adelante con todo esto.

—¿Con qué? ¿Con tu vida?

—He sido declarado hereje por una primada. Puedo huir de aquí, es verdad, pero ¿adónde podría ir? No tiene ningún sentido huir cuando no hay ninguna escapatoria posible.

—El Archipiélago te brindará ayuda. Empezaba a cansarme de sus argumentos.

—Sí, hasta que la cruzada los alcance a ellos seguro que lo harán. Entonces le daría al Dominio la excusa que busca. No, no tiene ningún sentido que me oculte.

—¿O sea, que abandonarás a tu clan así como así para que sea controlado por el Dominio?

—¿Qué otra cosa puedo hacer, Palatina? —Oí pisadas en el exterior—. Incluso mi propia gente me abandona en estos momentos, y seguramente el

buque de Etlae está repleto de sacri. ¿De qué modo me podría enfrentar a ellos?

—¿Ayudando a salvar el Archipiélago, quizá? No hay ningún modo de que Sagantha pueda zarpar a tiempo. E incluso si él estuviese a salvo, Etlae arrestaría a los demás y a la tripulación. Al menos ven conmigo, por su seguridad.

Alguien llamó a la puerta.

—Esperad un momento —dije, y luego volví a hablarle a Palatina—. Si me escondo ahora, perderé todo el respeto de mi gente. —¡Pero infundirías esperanza!

—¡Adelante! —grité en dirección a la puerta.

Con andar vacilante, un guardia naval entró en la habitación. —He recibido órdenes de escoltaros a ambos a un sitio seguro —declaró.

Palatina me clavó los ojos con una amarga sonrisa. Al parecer, alguien más opinaba como ella. Miré por última vez la habitación, la oficina de mi padre. Bajé la vista hasta la insignia, sobre el escritorio, y finalmente la recogí y volví a colocármela.

—Condúcenos —le ordené al guardia—. Salgamos por la puerta posterior, así nos verá menos gente.

Estaba anocheciendo y la noticia sobre las tropas que se aproximaban a la costa todavía no se había difundido. Por eso no nos topamos con nadie en nuestra carrera por los pasillos hasta alcanzar la primera planta. Sólo antes de llegar a la puerta mi primo Messalus, un par de años menor que yo, abrió la puerta de su habitación a nuestro paso.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—El Dominio está tomando la ciudad —respondí—. Son demasiados para que podamos resistirnos, y me han declarado hereje. —¿Lo eres?

—¿A ti qué te parece?

—Que no —murmuró despacio—. Me parece que no. —Entonces transmíteles las noticias a los demás integrantes de la familia y diles que todavía estoy aquí, incluso aunque el Dominio asuma el control, y también

que los invasores no vencerán. No le digas a nadie con quién me has visto ni hacia dónde me dirijo. —No lo haré. Te lo prometo.

Mi primo regresó a su habitación y nos deslizamos fuera del jardín en dirección a la calle.

—¿Adónde nos llevas? —le pregunté al guardia. —A casa de Mezentus.

—¿Estás loco? Aunque odio manchar su memoria, la verdad es que Mezentus recibió sobornos de Foryth.

—Es cierto, señor, pero su hija nunca estuvo de acuerdo con eso. Existe en su casa una habitación secreta de fácil acceso y buenas vías de escape. Además, no es probable que el Dominio os busque allí.

—Tiene sentido —comentó Palatina.

Concluí que el capitán de la guardia había sido eficiente, pero entonces me acosó un espantoso temor. ¿Cómo podía saber si me era leal? ¿Cómo verificar que no me traicionaría también? El capitán había servido fielmente a mi padre durante veinte años, pero lo mismo había hecho el camarero y sin duda también el encargado del puerto que pocos minutos atrás se había negado a impedir el desembarco de Etlae.

¿De qué posibilidades disponía para asegurarme?

Corrimos a lo largo de la calle y alcanzamos la puerta posterior de la vivienda de la familia Kuzawa. La puerta se abrió y entramos. El guardia regresó entonces a su cuartel para recibir nuevas órdenes. Noté que también la casa de esta familia parecía vacía.

Cuando se cerró la puerta, la hija de Mezentus, Ilda, se volvió hacia nosotros y se postró de rodillas ante mí, lo que me produjo una gran turbación.

—Mi señor, espero que mi familia te proteja y juro por Ranthas que yo permaneceré leal a ti.

No supe qué decir, pero cogí su mano y le indiqué con gentileza que se pusiera de pie.

—Gracias, Ilda.

Tenía los cabellos castaños y rizados, y un rostro vivaz e inteligente.

—Os mostraré dónde está la habitación secreta.

Ascendimos detrás de ella tres plantas de estrecha escalera artesonada y luego otra media planta. Entonces, Ilda presionó sobre uno de los paneles de cedro de las paredes del descansillo, que se deslizó dejando al descubierto una pequeña habitación sencillamente amueblada con un par de camas de reducidas dimensiones, una tina y una silla. De las paredes colgaban lámparas de éter y en un rincón había una diminuta ventana.

—¿Para qué sirve esta habitación? —pregunté, intrigado por conocer su propósito original.

—Mi abuelo mandó construirla cuando se levantó la casa para esconder el dinero. Luego mi tío la empleó para retozar con sus amantes y más tarde mi padre instaló estas camas por si recibía a visitantes que no deseaba que fuesen vistos. Ya no queda nadie más en mi familia que conozca su existencia. Ésta es la escalera posterior, que casi no se utiliza, conque podréis salir sin que nadie lo note. Haré lo posible para mantener al personal lejos de esta

parte. Lamento que debáis compartir la habitación, pero no puedo hacer nada al respecto.

Nos explicó dónde estaban todas las cosas y luego se fue por si la llamaba la nueva líder de la familia, que sin duda estaría despierta y querría saber qué sucedía.

Miré hacia el exterior por la estrecha ventana y— descubrí que daba a la calle principal, es decir, que cuando las tropas del Dominio avanzasen por la ciudad nuestro punto de observación sería privilegiado.

Llegaron unos veinte minutos después: eran dos pelotones de guerreros con casco y armadura. Unos vestían los colores blanco y carmesí propios de los sacri y los otros iban de verde y negro, distintivos de Khalaman. Debía de haber más soldados en otras partes de la ciudad,— una manta podía albergar a más de dos pelotones durante un viaje corto y, además, dos habrían sido muy pocos si el Dominio se hubiese visto forzado a enfrentarse con alguna resistencia.

Las farolas de éter de la calle daban apenas una luz difusa y fría, por lo que me fue imposible reconocer a nadie hasta que se acercó otro grupo portando antorchas. Unos diez o doce sacri a pie rodeaban a un conjunto de

sacerdotes del Dominio vestidos de blanco y negro, con capuchas cubriendo sus rostros. Se me puso la piel de gallina al verlos caminar en silencio y de pronto me alegré de no haber permanecido en el palacio. Eran inquisidores.

Detrás de los inquisidores, un poco más tarde, avanzaron las tropas desarmadas de Lepidor. Los hombres de Lexan, radiantes de alegría, las conducían de regreso a sus cuarteles. Su aspecto era triste y abatido, pero no había nadie herido. Tal era el poder del Dominio: capaz de forzar a cientos de personas a traicionar sus juramentos de lealtad a su clan sin haber siquiera blandido una espada.

Por último pasó otro exiguo grupo de sacri escoltando a cuatro sacerdotes. Uno iba vestido con una túnica de una orden monástica, pero no pude reconocer cuál. Otro era un mago del Fuego. El tercero era una figura encapuchada cubierta por una túnica roja, cuyo rostro me resultó imposible distinguir. Algo en él me resultaba familiar, sin embargo, aunque no podía asegurar qué.

La cuarta era Etlae. Mientras pasaba, sentí detrás de mí el sonido de la agitada respiración de Palatina.

—¡Traidora! —murmuró—. ¡Menos mal que estaba de nuestro lado!

No agregué nada; apenas la miré cabalgar, sintiendo una indecible angustia. Una nueva traición. Tanais había estado en lo cierto: nadie era quien parecía ser. Me pregunté entonces de parte de quién estaría el propio Tanais, de parte de quién estaban todos los demás. Sin duda, no de mi parte.

—¿Queda alguien en quien podamos confiar? —le pregunté a Palatina. Ella, al menos, compartía mi sangre y yo le había salvado la vida en el salón la otra noche.

—No podemos confiar por completo en nadie. Confiamos en Hamílcar porque obtiene sus beneficios aquí. Tú conociste a Elassel en Pharassa, antes de que comenzase todo esto. Supongo que también podemos confiar en ella. Además, Elassel puede abrir puertas y cerraduras, lo que resultará útil. Sagantha... no estoy demasiado segura. No creo que nos traicione mientras la faraona siga en peligro. ¿Qué opinas de Tétricus?

—Creo que podemos contar con él —afirmé. Había sido mi amigo durante años y jamás me había defraudado, pero, dadas las circunstancias,

dudaba incluso de su lealtad—. Creo que los oceanógrafos me ayudarán, ya que en cierto modo son herejes por su trabajo.

—Debemos reunir a toda esta gente en un único sitio y decidir qué haremos.

—Eso será difícil No es factible reunirnos aquí y no hay ningún otro lugar en la ciudad al que podamos ir.

—Cuando regrese Ilda le preguntaremos qué ha sucedido, quién ha sido arrestado. No creo que hayan detenido a Sagantha, a menos que toda esta trama sea mucho más seria todavía de lo que pensaba.

—Etlae envenenó al exarca cambresiano al inicio de todo esto —dije, recordando de pronto la conversación que había mantenido con Sarhaddon en el parque de Pharassa—. Quizá piense que puede salirse con la suya.

—Eso es evidente. Pero envenenar a un exarca es una cosa y arrestar abiertamente a un almirante es algo muy diferente. No creo que lo haga, al menos no por el momento. Intuyo que Sagantha seguirá libre, pero que el Dominio habrá dispuesto gente que siga sus pasos. Respecto a Hamílcar... no lo sé.

Media hora más tarde regresó Ilda, abriendo el panel de entrada tan de repente que los dos nos asustamos.

—Os pido disculpas —susurró. Llevaba en una mano una canasta que dejó sobre una cama—. Os he traído algo de comida, por si tenéis hambre.

—¿Qué ha sucedido? —la urgió Palatina.

—Esa bruja de Etlae y sus seguidores han tomado el palacio, los cuarteles y el puerto. No han dispuesto hombres junto a las murallas porque no parece preocuparlos el ataque de las tribus. Han arrestado a Atek, a todos los visitantes del Archipiélago con excepción de Sagantha, al comandante de la guardia y a todo el consejo.

—¿No han detenido a Hamílcar?

—¿Hamílcar? ¡Ah, lord Barca! No, él es libre de ir a donde quiera. Oí que Etlae había sido muy respetuosa con él.

Cuando nos contó todo lo que había podido averiguar (lo que no fue mucho, ya que Etlae había decretado el toque de queda) me puse a reflexionar al respecto. Sí, Hamílcar era un lord mercante, pero uno

insignificante que probablemente quedaría arruinado como consecuencia de esta invasión. Entonces ¿por qué Etlae le había permitido partir y había sido tan amable con él? En seguida recordé que, según contó el propio Hamílcar, su tutor ocupaba un alto puesto en el Dominio. Ahora, Etlae estaba casi en la cima del Dominio y poseía un enorme poder. Para generar tanto respeto en ella, el tutor del mercader debía de ser de verdad muy importante. ¿Podíamos acaso seguir confiando en Hamílcar?

—Ah, una cosa más, antes de que me olvide —comentó Ilda cuando ya nos daba la espalda—. Lexan, la babosa, está con ellos. ¿Conque Lexan había acudido personalmente para supervisar su triunfo? ¿Estaban ya en Lepidor todos los instigadores del plan salvo lord Foryth?

—¡Tienes razón! —advirtió Palatina cuando se lo sugerí—. Todos están aquí a la vez. Eso implica que aún tenemos oportunidad. —¿Oportunidad de qué?

—De devolverles la jugada, de vencerlos en su propio juego. Entonces ¿dónde podríamos organizar un consejo de guerra? —Sería necesario informar a todos nuestros aliados, por no mencionar el hecho de reunirlos a todos bajo un mismo techo. No podemos pedirle a Ilda que se encargue de eso. Es demasiado peligroso. Especialmente contactar a gente como Elassel.

—Eres verdaderamente pesimista —dijo Palatina al tiempo que se levantaba de la cama donde había estado sentada y se me acercaba junto a la ventana—. El Dominio controla el palacio, los cuarteles y el puerto. No creo que estemos seguros en ningún lugar de la ciudad. Y estoy segura de que Hamílcar está siendo vigilado, incluso si Etlae y su gente se comportan amablemente con él.

—¿Hay algún sitio donde no puedan llegar los espías? ¿Un sitio donde den por sentado que nadie contactará con él?

Palatina guardó silencio por un instante, luego se volvió hacia mí sonriendo.

—Cathan, ¿qué te parece disfrutar de un poco más de natación? Lancé un gruñido.

La tarde siguiente, no bien oscureció, me coloqué de cuclillas, oculto detrás de un pequeño depósito, esperando el paso de una patrulla de sacri.

Aunque la mayor parte defendía las tres zonas fundamentales (el palacio, el puerto y los cuarteles), así como el lugar donde se hallaban encarcelados los marinos del Archipiélago y los guardias navales, había el número suficiente de sacri rondando para complicar las cosas. Me había llevado unos veinte minutos atravesar el portal desde el barrio del palacio hasta el barrio del puerto, ya que dos guardias de Lexan revisaban a todo aquel que se acercase a las murallas y cuyo aspecto se pareciese al mío. Toda la ciudad había sido inundada de carteles prometiendo una recompensa digna de un rey para el que capturase al «hereje y adepto a la magia maléfica antes conocido como Cathan, conde de Lepidor, ahora declarado fuera de la ley por Su Majestad el Rey en nombre del Imperio». Éstos anunciaban asimismo que cualquiera que fuese descubierto ayudándome a escapar a mí o a mi compañera en las artes del demonio, «Paratina de Silverma», sería considerado también un hereje. Me pregunté quién les habría proporcionado la información. Al menos, algunos traidores eran unos incompetentes.

El día había transcurrido en medio de una tristeza aún más profunda que la precedente, encerrado en la habitación mientras Palatina, cuyos rasgos eran menos conocidos, se escabullía a fin de contactar con las pocas personas que todavía nos apoyaban y a los que Ilda había podido encontrar. Con algo de suerte, Tétricus, Elassel y Hamílcar conseguirían congregarse en el punto de encuentro. Desistimos de enviarle un mensaje a Sagantha; lo vigilaban con demasiado recelo.

Cuando pasaban los tres sacri, moviéndose con la grácil fluidez de los asesinos profesionales y girando sus cabezas enmascaradas de un lado a otro, me eché hacia atrás ocultándome en la sombra de un saliente de una piedra. No notaron mi presencia.

Les di tiempo suficiente para llegar a la siguiente calle antes de atreverme a atravesar el espacio que me separaba de la edificación que contenía la piscina, situada contra las murallas, cruzando la calle. La puerta estaba cerrada, pero yo siempre llevaba conmigo la llave para acceder a las piscinas, así como las de acceso al palacio y, en ausencia de mi padre, las de los demás edificios importantes. No había nadie a la vista, así que entré y

luego volví a cerrar la puerta con llave. No era la misma piscina de la que había emergido en mi anterior expedición, pero se le parecía mucho.

Cogí del depósito una bolsa a prueba de agua, algunas ropas de seda impermeable para bucear y dos equipos, y luego me dirigí hacia la escalerilla que conducía a la cámara inferior. Allí me puse las prendas de buceo, que eran negras y que, además de disminuir las posibilidades de ser detectado, me proporcionarían calor. A continuación guardé mis ropas en la bolsa impermeable y me la cargué a la espalda, ajusté las piezas de mi equipo al cinturón de buzo y comencé a descender por la escalera sumergiéndome en la piscina que comunicaba con el mar.

El agua no estaba en absoluto tan fría como cuando me había zambullido en el torrente, pero sabía que la temperatura bajaría cuando nadase por las profundidades en dirección a la manta de Hamílcar, en el tercer muelle. Cuando emergí desde el borde de una roca, todo pareció de repente mucho más oscuro y me llevó unos instantes adaptar la vista. Sobre mi izquierda se extendía el eje del puerto y la luz de sus ventanas alumbraba el agua que lo rodeaba. A diferencia del torbellino de mi última zambullida nocturna, ahora la superficie del mar estaba casi inmóvil. Ravenna había dicho una vez que nunca había visto nada tan tranquilo.

Al nadar junto a la enorme silueta negra de la Esmeralda, con sus camarotes oscuros y vacíos, descubrí que estaba pensando otra vez en Ravenna, aunque me había dicho a mí mismo que debía olvidarla para no ponerme demasiado triste. Ignoraba por completo si Ravenna había caído en manos de Etlae o si todavía era libre. Deseé que no hubiese sido capturada: no me parecía positivo que ningún mago cayese en las garras de la Inquisición, ni siquiera alguien que, como ella, me había lastimado tanto. Condenada Ravenna... ¿Por qué habría hecho tal cosa? ¿Qué la había poseído?

Una sombra se movió junto a mí y recobré la concentración para llevar a cabo mi misión. Miré a mi alrededor y vi a un par de peces alejándose a toda prisa. Ahora me hallaba debajo del primer nivel, intentando apartarme tanto como podía del eje del puerto por si a alguien se le ocurría mirar por la ventana cuando yo nadaba cerca de las luces.

Llegué al segundo muelle. El *Eryx* de Hamílcar reposaba sujeto a sus amarraderos en el tercer muelle y se percibían luces que provenían de las ventanillas de varios camarotes. Comprendí que me había desviado un poco de mi curso y lo corregí nadando un poco más hacia la derecha para situarme justo delante del ala del puerto, donde no había ventanillas con luces encendidas.

Cuando estuve en contacto con el casco exterior de la manta descendí y comencé a nadar a lo largo de ésta por su parte inferior, en la curvatura del vientre de la nave. El tiempo que me llevó alcanzar la popa me pareció eterno, pero finalmente el casco volvió a curvarse hacia arriba y yo retrocedí pataleando para introducirme en el hueco de las puertas de emergencia. Nadé unos pocos metros hasta divisar la apertura y la flecha que señalaba el pestillo. Acto seguido, desanudé de mi cinturón el abridor a presión, con cuidado de que no se me cayera, y lo fijé al casco de la manta, sobre la juntura.

Poco después se oyeron un crujido y un estruendo a la vez que la puerta comenzó a moverse a un lado revelando una abertura de la que partía una luz fantasmal dominada por la silueta de la escotilla de emergencia. Con sólo una patada conseguí impulsarme dentro del hueco y pronto estuve respirando aire nuevamente en el interior del *Eryx*. Metí el cuerpo por completo, me quité las prendas de buceo, me sequé con una toalla que me había prestado Ilda y volví a vestirme con ropa corriente.

Por el momento todo estaba saliendo bien y los otros tres ya debían de estar en camino. Eso siempre y cuando nuestro mensaje le hubiese llegado a Hamílcar y lo hubiese comprendido.

Dejé la bolsa y la ropa húmeda en un rincón y abrí la siguiente escotilla para penetrar de lleno en la manta. Estaba en el compartimento de carga, debajo de los motores, así que no había nadie en los alrededores. Toda la tripulación estaba a bordo del buque, pero a esa hora casi todos se encontrarían en el salón comedor y no rondando por los pasillos.

Si el *Eryx* tenía la misma disposición de compartimentos que el *Fenicia* y cualquiera de las otras mantas en las que yo había estado, el camarote de Hamílcar debía de estar ubicado en la segunda puerta del lado que miraba al

puerto en el nivel superior. Eso implicaba que, de algún modo, tendría que subir dos niveles para llegar allí, algo no demasiado difícil. Caminé a lo largo de la nave hasta el extremo del pasillo, donde había un hueco con una escalerilla que me llevaría arriba. Según comprobé al subir un nivel, no había nadie en la sala de máquinas.

Toda la tripulación debía de estar en otro sitio, ya que llegué a la puerta del camarote de Hamílcar sin toparme con nadie. Llamé a la puerta con cuidado. Al menos, era evidente que nadie me había denunciado: seguramente, los tripulantes eran leales a Hamílcar y no a Etlae. O al menos eso esperaba.

—¿Quién está ahí? —dijo una voz desde dentro del camarote, y respiré con alivio.

—La persona que te ha enviado el mensaje.

Oí el sonido de alguien levantándose de una silla y luego pasos que recorrían el camarote. Se abrió la puerta.

—¡Cathan! —exclamó Hamílcar—. ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí? Pasa a mi camarote.

—Abrí una escotilla de emergencia y me abrí camino desde allí. Los demás entrarán del mismo modo en pocos minutos.

—Así que tu mensaje me pedía que permaneciese a bordo de la manta. Supuse que ése era su significado.

—«Recuerda el cabo.» Me preocupaba que resultase demasiado críptico, pero es obvio que no lo fue.

—Pero no estabas diciéndome que me protegiese de los piratas, ni que sería ayudado por cruceros negros de combate, así que supuse que vendrías a bordo. Me parece que ahora deberíamos dirigirnos al compartimento de emergencia para buscar a los demás.

Un cuarto de hora después los cinco estábamos sentados en el camarote de Hamílcar. Palatina no parecía afectada por el hecho de haber tenido que esconderse y andar furtivamente durante toda la jornada. Tétricus presentaba su lúgubre aspecto habitual, Hamílcar se veía tan preocupado como siempre y Elassel se masajeaba las muñecas con un trapo húmedo.

—Antes de comenzar —dijo Elassel—, quisiera dejar una cosa en claro. Si vencemos, yo seré quien se encargue de Midian.

—Te lo garantizo —aseguré.

Es probable que fuese una cuestión puramente académica, pero Elassel se lo había merecido. Desde el momento mismo en que desembarcaron los sacri, Midian la había arrestado, encade nado y encerrado en una de las celdas subterráneas del templo, acusándola de ayudarme y alentarme. Le había costado varias horas liberarse, ya que sólo llevaba puesto un camisón y la mayoría de sus herramientas de huida estaban dispersas entre sus prendas de día. Ahora vestía unas ropas que le había prestado una prima de Ilda y que le iban un poco grandes.

—Me sorprende que hayáis conseguido llegar hasta aquí —dijo Hamílcar—. ¿Tenéis algún plan o sólo estáis huyendo?

Palatina parecía humillada y casi furiosa. —¿Huyendo? Por supuesto que no.

Le explicó entonces la idea que habíamos estudiado antes. Los otros miraban con incertidumbre.

—Somos apenas cinco —subrayó Tétricus—, y hay más de cien sacri y soldados enemigos.

—Lo único por lo que debemos preocuparnos es el palacio. Allí es donde se encuentran Etlae y Lexan.

—El palacio está custodiado por unos cuarenta hombres. No desearía apostar ocho contra uno.

—Hoy eres un verdadero rayo de sol, ¿verdad? —le espetó Elassel a Tétricus dejando de lado su tolerancia.

Noté que los ojos de Hamílcar se perdían al mirarla. —Es mejor ser realistas —sostuvo Tétricus.

—Y es preciso recordar —añadió Hamílcar— que si consideran que existe una seria amenaza, pueden solicitar refuerzos desde el puerto.

Podía comprender por qué nos ayudaba el mercader: una vez que Etlae se sintiese confiada, rompería el contrato de Hamílcar con Lepidor y designaría conde a alguien de otra familia. Quien quiera que fuese elegido, recompensaría sin duda a Foryth por sus esfuerzos. Eso acabaría arruinando

a la familia Barca, incluso pese a estar al borde de la recuperación gracias a la obtención de nuevos clientes. Una gran familia que figurase en la lista negra del Dominio no podía sobrevivir mucho tiempo. Por otra parte, en ese mismo momento había algo que no encajaba.

—¿Quién es exactamente tu tutor, Hamílcar? —pregunté—. Etlae fue muy amable contigo...

El tanethano bajó la mirada por un momento.

—No quisiera que ninguno de vosotros lo interpretara del modo incorrecto y pensase que estoy en el bando opuesto. Te dije hace un tiempo que para él yo soy un hijo predilecto del Dominio y cree que jamás me he aproximado a un texto herético. No estoy de acuerdo con sus acciones... Mi tutor es Lachazzar.

—¿El primado?, ¿el mismísimo «viejo cocinero del Infierno»? —dijo Tétricus sin pensarlo.

Yo no había escuchado semejante sobrenombre con anterioridad, pero parecía bastante apropiado para un individuo que adoraba enviar a sus semejantes a la hoguera.

—Sí. Mi padre le salvó la vida en una ocasión, así que se siente obligado a proteger a mi familia. Nada más.

—Te creo —afirmó Palatina, y luego se volvió hacia el resto de nosotros—. He vivido en su casa durante tres meses y puedo juraros que dice la verdad.

—Lo aceptaré, entonces —dijo Tétricus, quien parecía haber caído bajo el hechizo de Palatina del mismo modo que les había sucedido a todos en la Ciudadela.

—Volviendo al problema que nos ocupa —dijo Palatina—, ¿por qué no adelantarnos un poco a las desventajas?

—¿Cómo?

—Los cuarteles se encuentran demasiado cerca del palacio y son demasiado bien custodiados, pero los navegantes del Archipiélago y los guardias están encerrados en un depósito que cuenta con sólo un par de hombres de Lexan como centinelas. Confían en que los fuertes muros y los

cerrojos bastarán para mantenerlos dentro. Además, no existe ningún sitio al que puedan ir en caso de escapar.

—Pero son apenas unas treinta personas —señaló Tétricus—. De todos modos serían aventajadas en número y, por otra parte, nunca conseguirían superar a los sacri que defienden el palacio.

—Es preciso que equilibremos un poco las cosas. Y nada podrá tener éxito si nuestros enemigos consiguen refuerzos.

Se produjo un silencio y observé cómo los demás se perdían en sus pensamientos. ¿Cómo tener una oportunidad? Con fuerzas tan exiguas no podíamos efectuar un ataque de distracción, y esos sacri eran tan buenos guerreros... Se comentaba que los únicos soldados del mundo comparables a ellos eran, en tiempos antiguos, los de la Novena Legión de Thetia, la Guardia Imperial. Y probablemente los sacri estuviesen más entregados incluso a su causa que los propios soldados de la Novena Legión. ¿Cómo podíamos equilibrar las cosas al enfrentarnos a una banda de fanáticos que combatían como demonios y contaban con la magia del Fuego? Los sacri eran casi una fuerza de la naturaleza.

¿Fuerza de la naturaleza? «No puedes detener las tormentas más de lo que pueden hacerlo las corrientes del océano... sería preciso que los tres Elementos trabajasen en conjunto: el Agua, el Viento y la Sombra.» La voz de Ravenna resonó en mi mente. Quizá fuesen necesarios los tres Elementos, pero ¿qué podría conseguir con dos? Los sacri detestaban el agua. ¿Qué sucedería si incrementase mediante mi magia el poder de una tormenta, de modo que fuese demasiado potente para las defensas del Dominio contra las tormentas e inundase la ciudad?

—Creo tener una idea —afirmé con cautela, y conté lo que había pergeñado.

—No sabemos nada sobre magia —advirtió Palatina—. Sin embargo, tengo entendido que nadie es capaz de controlar las tormentas.

—No planeo controlarlas, sino tan sólo aprovechar parte de su poder. Soy un mago del Agua y puedo agitar una tormenta haciendo caer mucha más agua del cielo. Los sacri se alejarían de la lluvia y, en esas terribles condiciones, no podrían tener control de un terreno que apenas conocen. La

gente del Archipiélago lleva un mes aquí. Ellos, al menos, sabrán hacia dónde se dirigen.

—Pero, suponiendo que llegasen al palacio, ¿qué sucedería entonces? Los sacri apostados dentro estarían secos y descansados y podrían utilizar como rehenes a los que tienen prisioneros.

—Debería ser capaz de dirigir la tormenta directamente contra el palacio para inundarlo —dije. Estaba hablando de inundar mi propio hogar para lograr una pequeña ventaja, pero ¿existía otra alternativa?

—En este momento no hay ni una nube en el cielo —intervino Elassel —. No creo que podamos perder mucho tiempo.

—Quizá podamos adaptar algún equipo oceanográfico para detectar alguna tormenta que se aproxime —añadió Tétricus—. Debería estallar alguna en las próximas horas.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Elassel.

—Por la humedad del ambiente, mucho mayor que la de esta mañana. Ése es un claro indicio de tormenta.

—Entonces que Cathan y Tétricus vayan al edificio de los oceanógrafos para localizar la tormenta —ordenó Palatina— y que regresen luego al escondite. Elassel y yo prepararemos todo para el levantamiento de la gente del Archipiélago. Y Hamílcar... que Hamílcar suba al palacio, cene con Etlae y se convierta en una molestia. Sería conveniente que dejase algunas puertas abiertas. —La expresión de Palatina destilaba seriedad—. Si no se produce ninguna tormenta esta tarde, todos regresaremos a nuestros escondites y esperaremos hasta que estalle una.

—No será preciso esperar —prometió Tétricus.

Después de una maratón a nado y un recorrido inverso por la ciudad llegamos al Instituto Oceanográfico y lo encontramos desierto. Sin embargo, tanto Tétricus como yo teníamos llaves, así que entrar no fue ningún problema. Lo complejo sería utilizar los instrumentos necesarios para observar el océano y predecir una tormenta.

No encendimos las luces de la sombría recepción, sino que ascendimos a gachas por la escalera dejando atrás habitación tras habitación y multitud de equipos. Hacía varios días que no iba por allí y en dos ocasiones tropecé

con algo que produjo un sonido metálico tan potente que, en mi opinión, debía de haberlo oído todo el vecindario. Pero no hubo a continuación gritos procedentes de la calle ni patrullas de sacri corriendo hacia nosotros.

—Debes fijarte mejor por dónde caminas —me aconsejó Tétricus. —El problema son todos estos equipos dispersos por el suelo. ¿Dónde ha estado el director del instituto?

—En cama con el tobillo torcido.

—Entonces no me sorprende este desorden.

La sala del sensor se encontraba en la segunda planta del edificio, casi en el centro. Había allí sólo dos estrechas ventanas, que cubrimos con distintos objetos antes de atrevernos a encender las luces y activar las consolas. Estaban dispuestas en un círculo que miraba hacia el exterior, con un tanque en medio que producía imágenes de éter. Nos sentamos y Tétricus buscó la imagen de Lepidor y sus alrededores a una escala tan grande como fue posible. Había estaciones de observación y de generación de imágenes de éter en los picos de las montañas que rodeaban la ciudad y una en una roca sobre la cumbre de la montaña más alta, encarada hacia el continente. Aquélla era la que podía permitirnos prever una tormenta.

Desplacé la imagen hasta que incluyó las formaciones de nubes visibles (altas y delgadas nubes en la atmósfera superior, de color celeste contra el oscuro azul del cielo). No había al este ninguna señal de nubes de tormenta congregándose.

—Entonces no está tan cerca —fue todo lo que comentó Tétricus. —Observemos las lecturas de presión y humedad de las estaciones —señalé mientras las hacia aparecer en la pantalla y ajustaba la imagen para ver más de cerca.

Las consolas oceanográficas trabajaban del mismo modo que las pantallas de éter comunes, controladas por la mente de quien las empleaba, pero algunas de sus funciones habían sido estandariza das para mayor comodidad y se activaban mediante botones individuales situados a ambos lados. Tétricus presionó uno de esos botones y la imagen en color real de la ciudad cambió y fue reemplazada por una vista con colores falsos que presentaba las lecturas de forma gráfica.

—Allí está —anunció triunfante—. Te lo dije.

La presión era mucho más baja de lo normal y los niveles de humedad mucho más elevados: señales indiscutibles de que se aproximaba una tormenta.

—¿Carga? —consulté.

Se produjo una pausa y luego apareció una nueva imagen, proveniente de un equipo distinto.

—Positiva, muy positiva. Calculo —dijo volviendo a ampliar la imagen — que estallará en unas tres horas.

Tres horas. Rogué que todo saliera como habíamos planeado. En tres horas podía desatar toda la furia de una tormenta contra mi propia ciudad, para así recuperar la herencia de la que había sido despojado debido a mi propia impetuosidad e incompetencia. Gracias a Elassel, había recibido más novedades poco antes. Ella había escuchado de boca de Midian que, aunque la carta a Canadrath había llegado a destino, el Dominio se había enterado de algún modo de su contenido y por eso había lanzado su ataque antes de lo planeado. Otro error más del que debía responsabilizarme. Ahora dependíamos de las tormentas.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXX

Apagamos las consolas y las luces y destapamos las ventanas antes de volver a descender a gachas la escalera. En esta ocasión no me llevé nada por delante y logramos alcanzar la puerta sin haber producido ni el más mínimo ruido.

—¿Qué hago ahora? —preguntó Tétricus espiando las calles por la ventana para comprobar que nadie se acercase.

—Regresa a casa y mantente al margen —respondí. De repente pareció afligido.

—¿No puedo seguir ayudando? —preguntó.

—Tétricus —le confié con afecto—, no eres un soldado, no has sido entrenado. Combatiremos a muerte contra algunos de los guerreros mejor preparados del mundo. No lograrías resistir ni un minuto.

—¿Y no hay nada más que pueda hacer?

—Lo único que queda es la lucha y la magia. Tú has cumplido tu parte y te estoy muy agradecido.

Asintió con tristeza.

—Gracias a ti. Regresaré, pero me hubiese gustado poder seguir a tu lado. Será mejor que salga por la puerta posterior. Buena suerte, Cathan. Que Dios te acompañe, sea cual sea el dios que adoras. Se volvió y desapareció por el pasillo dejándome solo.

Esperé hasta que hubo tenido tiempo suficiente para salir; luego volví a controlar por la ventana que nadie se aproximase y me aventuré fuera del

edificio. Por fortuna no me hallaba en una de las calles principales, sino en una calle lateral que se curvaba ligeramente al pasar junto al instituto de los oceanógrafos, proporcionándome suficiente cobijo para sumergirme sin ser visto en la red de senderos entre las casas. Orienté los pasos hacia el escondite en el barrio del palacio, rogando que no hubiesen incrementado el número de guardias en los portales.

Oí voces a mi izquierda y cogí una estrecha callejuela en dirección opuesta, de cara al puerto. Si el trabajo de espía de Ilda era acertado, por esta zona debían de estar apresados los delegados del Archipiélago. Nuestros guardias se hallaban en un depósito un centenar de metros más allá.

Desemboqué en una calle lateral demasiado amplia para mi gusto y me oculté andando en las sombras de un arco que conectaba dos secciones de una mansión familiar. El cielo presentaba un tono azul oscuro y comenzaba a exhibir rastros de gris. Las farolas de éter iluminaban apenas difusamente. Me encontraba a sólo una calle del puerto; no avanzaba en la dirección en la que debía ir. Maldije mi sentido de la orientación, que parecía haberme abandonado en el instante en que más lo precisaba.

Escuché el resonar de botas y busqué el escondite más cercano. A pocos metros había una cisterna de piedra sostenida por firmes pilares y con un pequeño espacio en medio. Por una vez agradecí ser delgado y corrí para meterme allí tanto como pude, hasta que me fue imposible introducirme ni un centímetro más. Pensé que luego sería una lucha salir, pero al menos no podría verme la patrulla a su paso. No había luz suficiente para que me descubrieran.

Observé los pies avanzando; llevaban botas negras y pantalones carmesí. Cuatro de ellos eran sacri. Daba escalofríos verlos pasar y, sólo unos minutos más tarde, tuve la seguridad de que ya no podían oírme.

Me contorsioné para salir y sentí un pánico momentáneo cuando me percaté de que no podía moverme: las piernas se me habían quedado apresadas contra la piedra. Con cuidado, giré el cuerpo un poco más y conseguí liberarme. Una vez de pie en la calle me sacudí las ropas y decidí buscar un escondite más amplio la siguiente ocasión.

Mientras me adentraba en una callejuela de desnudos adoquines me sentí tan nervioso que continué saltando entre las sombras. Un gato negro saltó del alféizar de una ventana y yo casi lo atravieso con mi daga antes de comprender mi equivocación.

—Lo siento, gato —le dije.

¿Acaso estaba enloqueciendo como Orosius? Saltar entre las sombras, disculparme ante los gatos mientras me escabullía por las calles intentando evitar las patrullas de sacri ... Y, de todos modos, era un gato negro: un gato de la Sombra. Me tomé su aparición como un buen presagio.

Aún avanzaba en paralelo al puerto cuando llegué a la siguiente esquina y asomé con cautela la cabeza para mirar hacia ambos lados. Casi de inmediato retrocedí unos pasos y volví a quedar inmerso en las sombras. Podía verse algo más adelante, un puesto de control no oficial: cuatro hombres de Lexan custodiaban la calle en las dos direcciones. Permanecí inmóvil durante unos momentos, esperando: el sonido de pasos habría anunciado que me habían descubierto. Pero no oí nada. Por culpa de esos condenados centinelas, ahora debía cambiar todo mi recorrido.

Volví sobre mis pasos a lo largo de la calle lateral, de nuevo con los nervios al borde del colapso. Pasó otra patrulla, compuesta también por cuatro hombres de Lexan. Súbitamente parecía haber en esta zona un montón de gente. ¿Acaso alguien me había delatado? Mi estómago estaba revuelto y tenso, y la idea de que algún integrante del consejo pudiese haberme traicionado empeoraba mi estado.

De pronto sentí un fuerte mareo y me apoyé en una pared. Ese día había comido muy poco y ahora sufría las consecuencias. Tuviese o no apetito, debería tomar algo cuando volviese al escondite o no tendría fuerzas suficientes para congregar la tormenta más tarde. Y ahora que lo mencionaba... ¿desde dónde haría la magia? ¿Era necesario hacerlo desde el exterior o podía ser también desde dentro del escondite? Rogué que la segunda opción fuese efectiva, pues de otro modo me empaparía por completo.

Llegué a la intersección de cuatro callejuelas secundarias y estaba a punto de otear para comprobar que no pasase nadie por la que cruzaba

cuando una sombra se movió delante de mí bajo la luz de una farola. Retrocedí hacia un portal vacío del lado de la calle más poblado de sombras, huyendo del radio de la farola. Entonces miré nuevamente. No cabía duda de que había alguien allí, pero fuera quien fuera no me acechaba a mí.

La figura se movió y oí un frufrú de ropa. Distinguí su difusa sombra sobre el muro. Estaba sacando algo de su cinturón, algo parecido a una pequeña ballesta de doble arco, como las que se emplean al comienzo de una batalla y luego son descartadas. Bajo la capa empuñaba algo parecido a una espada.

Entonces, la silueta cobró movimiento y yo contuve la respiración. No era un hombre sino una mujer, y sólo había una mujer en Lepidor que yo pudiese imaginar portando una ballesta y merodeando de ese modo. O sea, que, después de todo, Ravenna no había sido capturada. Pero ¿qué estaba haciendo? Avanzaba en dirección al puerto blandiendo una ballesta. Dada su actitud, era probable que pretendiera luchar, pero ¿por qué? No tenía ninguna oportunidad de vencer a los sacri. Siguió alejándose a lo largo de la callejuela y alzó la espada.

De repente se oyeron gritos y sentí a mi derecha sonidos de lucha, del metálico choque de las espadas, que rompió con sus ásperos tonos el silencio de la noche.

—¡Estáis arrestadas! —gritó alguien. Siguieron más ruidos y luego el silencio. Me moví hasta la esquina, de rodillas, y me arriesgué a echar una ojeada.

Tres sacri, probablemente los tres que habían pasado poco antes (todos parecían iguales a la luz del día y mucho más todavía durante la noche), estaban amarrando a dos prisioneras, mientras que otro sacri se apoyaba contra un muro apretándose un brazo. Reconocí de inmediato a las prisioneras: eran Palatina y Elassel. Volví a retroceder en cuclillas y me puse otra vez de pie, preguntándome qué hacer. Si estaban aquí, era evidente que ya habían pasado por la prisión, pero no podía dejarlas caer en manos de los sacri. Con la ayuda de mi magia del Agua y de la Sombra me

sería posible vencer a los cuatro sacri y liberarlas antes de que nadie más pudiese percatarse de la situación.

Pero eso implicaría permitirle a Ravenna concretar su ataque, que no sería sino un suicidio. Después de las cosas que me había dicho, yo era reticente a ayudarla, pero si no hacerlo significaba dejarla morir... Cuando un sacri ladró una orden y el grupo comenzó a moverse hacia el puerto comprendí que tenía apenas unos segundos para decidir.

Palatina y Elassel sobrevivirían en poder de los sacri. Y yo no deseaba cargar en mi conciencia con la muerte de Ravenna. Además, de haber sido Palatina o Elassel quienes estaban por cometer un acción suicida no lo hubiese dudado ni un instante.

Me moví con rapidez a lo largo de la callejuela, con todo el sigilo que había aprendido en la Ciudadela, y recorrí la decena de metros que me separaba de Ravenna en un par de segundos. Llegué precisamente en el instante en que ella desenvainaba la espada y se preparaba para avanzar. Con un brazo le rodeé los hombros y con el otro le tapé la boca, al tiempo que la empujaba hacia atrás, en dirección a un hueco, tan de prisa como pude. Tras la sorpresa inicial, ella comenzó a luchar, pero de un golpe conseguí que soltase la espada. Tenía su otro brazo sujeto de modo que no podía emplear la ballesta. Se defendió salvajemente y sentí que se debilitaba mi presión sobre ella. Músculo por músculo, es probable que fuera casi tan fuerte como yo.

—Soy yo, tonta —le susurré al oído, y luego me alejé de ella tanto como pude sin llegar a soltarla.

Ravenna giró un poco y me dio un puñetazo en el estómago. Cuando me retorcí de dolor, ella empuñó la ballesta y me apuntó mientras se alejaba para sentarse en el otro extremo del hueco donde estábamos.

—¡Estúpido, siempre interfiriendo! —murmuró con el rostro transfigurado por la ira—. Pensé que había sido bastante clara la última vez.

—No quería... permanecer de... brazos cruzados... observando cómo... te suicidabas —dije intentando recuperar el aire. Mis músculos habían estado tan tensos que su golpe no me lastimó tanto como hubiera podido.

—¡Intentaba rescatar a los prisioneros, condenado imbécil! —¿Tú sola?... ¿Sin ninguna ayuda? ¡Sería un suicidio! Seguía apuntándome con la ballesta.

—Si deseo suicidarme es decisión mía. Oí que tú también lo intentaste no hace mucho.

De alguna manera debió de enterarse de mi absurdo intento de permanecer en palacio y ser capturado cuando iban a desembarcar Etlae y Lexan.

—Por favor, no me apuntes con eso —le pedí mientras me sentaba algo más erguido—. Se acciona al menor contacto y no desearía morir porque me disparases por accidente.

De mala gana bajó la ballesta sin despegar de mí su severa mirada.

—Tengo derecho a morir defendiendo a mi gente del mismo modo que tú.

<Mi gente»: era una frase que uno esperaría oír de labios de un político y que sonaba curiosa pronunciada por una maga.

—¿Por qué? Carece de sentido.

Me pregunté por qué se me había ocurrido decir eso. A mí, que menos de veinticuatro horas antes había decidido hacer exactamente lo mismo.

—¿Qué otra alternativa nos queda? ¿Merodear por esta bendita ciudad ocultándonos hasta que otro traidor nos ponga en manos del Dominio? Tu clan está tan lleno de traidores que no puedo entenderlo.

—Y supongo que toda la gente de tu clan destaca por su honor —comenté incisivo—. A propósito, ¿cómo has logrado mantenerte en libertad durante tanto tiempo?

—Al menos la familia que me hospedó después de que tú tan amablemente me echaste del palacio me brindó ayuda.

—¿Te sorprende que te echase después de las cosas que me dijiste?

—Se suponía que eras mi anfitrión.

—Las leyes de la hospitalidad no llegan tan lejos. Y, además, es evidente que aún nos queda gente leal.

—No me es sencillo de comprender a qué deberían ser leales. Hemos perdido, de todas formas.

«Hemos perdido.» Al menos, Ravenna seguía dejando en claro que estaba de nuestro lado.

—Los que no hemos decidido suicidarnos estamos intentando hacer algo. Quizá si no te dieses tanta prisa en darte por vencida, podrías ayudarnos.

—Y bien, ¿cuál es esta vez la gran idea? ¿Otra obra maestra de Palatina como la carta que causó este desembarco?

—Eso fue culpa mía, no suya.

—Acepta la responsabilidad entonces. Pero ¿en qué consiste el plan para que tres o cuatro personas derroten a un centenar o más? Oí las botas de una patrulla que atravesaba la calle principal y detenía a alguien lo suficientemente loco para andar por las calles a esa hora.

—Me encantaría decírtelo, pero creo que ahora será mejor hacer una tregua y salir de aquí. Hay demasiados sacri dando vueltas. —De acuerdo —dijo Ravenna con su helada voz habitual. Entonces mi corazón casi se detuvo cuando la patrulla giró en dirección a la callejuela y comenzó a marchar directamente hacia nosotros.

Ravenna hizo a un lado la espada y la ballesta depositándolas en el rincón más oscuro y me empujó hacia allí.

—Lo siento si esto te ofende —murmuró a continuación—. Sígueme el juego.

Me besó y comprendí al instante qué era lo que planeaba, así que la abracé con fuerza fingiendo mucha pasión. Rogué que la treta funcionase y no verme obligado a emplear la magia.

De repente, los pasos se detuvieron y sólo avanzó uno de los hombres, más lentamente. Deduje que habrían enviado delante a un soldado para controlar la callejuela. Eran tropas de Lexan. Me hallaba de cara a la pared y lo único que podía ver era el rostro de Ravenna, de manera que de ninguna forma podía adivinar qué estaba sucediendo.

—Sólo un par de tortolitos, cabo —dijo el soldado. Entonces nos susurró:

—Sería mejor que entraseis a vuestra casa, esos autómatas de rojo no entienden de estas cosas.

El soldado regresó a la calle y oí de nuevo el sonido de sus pasos. Solté a Ravenna y la miré con incertidumbre por un momento. —Será mejor que nos vayamos.

Ella asintió, envainó la espada y, tras ajustárselo, se colgó otra vez la ballesta en el cinturón.

—¿Cuál es vuestro escondite?

—La casa de la familia Kuzawa. La hija de Mezentus no compartía las amistades de su padre.

—Cojamos el camino más rápido hacia allí. Yo avisé a la familia que me hospedaba que no regresaría, así que no me esperan.

Al escucharla percibí por primera vez que sonaba tan triste como yo lo había estado un poco antes y me pregunté el motivo. No era ella quien había perdido una ciudad y sí quien me había gritado con anterioridad.

—No lucharemos a menos que no tengamos más remedio. —De acuerdo.

Supliqué que Palatina y Elassel estuviesen bien.

Recorrimos las callejuelas en dirección a la ciudad. Esta vez escogí alejarme del puerto por la ruta más directa posible, rodeando las murallas del barrio Terreno. Era el mejor modo de evitar las calles más amplias y transitadas, donde podrían detectarnos sin dificultad, pero no por eso estábamos menos nerviosos. Un par de veces más se nos acercaron sendas patrullas, pero pudimos escondernos en ambas ocasiones.

Ésa, me constaba, era la parte más sencilla del recorrido. Ahora deberíamos llegar al extremo de la última callejuela antes de toparnos con los portales. Ya había toque de queda y se suponía que nadie debía salir a la calle. Habían cerrado todos y cada uno de los portales y bloqueado los tres arcos que conducían al barrio del palacio.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Ravenna con nerviosismo. Ya habían cerrado también los portales que conducían a las torres, así que no podíamos regresar sobre nuestros pasos. Y si los portales estaban cerrados, a la gente del Archipiélago le llevaría minutos preciosos atravesarlas cuando llegase el momento de atacar. Rogué que Palatina no les hubiese dicho que la esperasen.

No cabía duda de que al hacerlo alertaría al mago de la mente y traería hacia ese portal a montones de sacri, pero estaba obligado a emplear la magia. Con algo de suerte tendríamos tiempo de perdernos por las callejuelas situadas al otro lado.

Comprobé que no hubiese nadie a la vista en la calle, avancé hacia la cerradura y coloqué la mano sobre ella. En esta ocasión me resultó sencillo vaciar la mente, y disolver los candados con la magia de la Sombra me tomó apenas unos segundos.

—Muy sutil —dijo Ravenna detrás de mí, y me cogió de un hombro antes de que pudiese dar ni un paso—. ¿No tienen estos portales defensas con proyectiles de piedra?

Me había olvidado. Existían en el tejado mecanismos que sostenían un par de toneladas de escombros listos para caer sobre los desprevenidos enemigos.

—Podrían habernos sorprendido —advirtió Ravenna mientras dirigía su poder de la Sombra hacia los escombros y barrotes del otro lado del portal, desintegrándolos por completo—. ¡Ahora vamos a toda prisa!

Corrimos cruzando los cerca de seis metros de túnel, abrimos la puerta y emergimos en la plaza triangular ubicada en el extremo opuesto. Nuevamente no había ningún centinela a la vista, pero oí gritos provenientes del ala más lejana del palacio. Nos precipitamos por la callejuela más cercana y no detuvimos nuestra carrera hasta llegar a la primera intersección.

—Nunca intentes introducirte en la Ciudad Sagrada —afirmó Ravenna tomando una bocanada del aire crepuscular (mucho más cálido que lo usual, otra señal de que se avecinaba una tormenta)—. Al menos no sin un ejército.

—La mansión Kuzawa se encuentra aquí mismo —dije señalando a la derecha—. Ilda debe de haber dejado la llave oculta para que la recojamos.

—¿Quién es Ilda? —preguntó desconfiada. —La hija de Mezentus.

Antes de volver a movernos observamos que no viniesen más patrullas. No parecía haber tantas en esta zona, lo que resultaba extraño considerando que aquí se encontraban los principales centros de operaciones. ¿Por qué

había, en cambio, tantas patrullas en el área del puerto? ¿Habría sido delatado alguien? Llegamos a la casa Kuzawa sin mayores incidencias y sin toparnos con nadie en el camino. No me había dado cuenta del enorme cansancio que llevaba encima tras tanto nadar y andar a escondidas. Me desplomé sobre la cama y me giré contra la pared. Ravenna se quitó la capa, extrajo las armas de su cinturón y se sentó en la otra cama. Las ventanas habían estado abiertas durante todo el día, y las cerré para que no nos oyeran desde fuera los hombres que corrían hacia el portal para investigar el hechizo que habíamos empleado allí. Se produjo un incómodo silencio.

—Gracias por salvarme la vida —murmuró entonces Ravenna.—¿Me pedirás disculpas alguna vez por todo lo que me dijiste el otro día?

No tenía intención de dejarlo pasar por alto.

—La culpa en aquel momento no fue sólo mía. Quizá haya reaccionado exageradamente, pero no puedo ser culpada por completo. La ira volvió a encenderse en mi interior.

—Pues en ese caso dime, por el amor de Thetis, ¿qué es lo que dije para ofenderte tanto?

—Creo que lo sabes.

—No, no lo sé, y quizá tengas la amabilidad de contármelo. —Me culpaste por haber liberado tu magia y a continuación tuviste el descaro de solicitar mi ayuda.

—No fue ningún descaro. Ignoraba qué hacer.

Volvía a sentirme confundido, incapaz de comprender el origen de su rencor.

—¿Que no sabías qué hacer? ¿Cómo puedes afirmar tal cosa teniendo semejantes poderes? Mientras que al resto de los mortales nos lleva años aprender nuestra magia, tú puedes recibir apenas un año de lecciones y convocar el furor de las mareas con sólo chasquear los dedos.

En aquel momento comprendí por fin la situación y qué era lo que ella había querido expresar con su salvaje ataque a los Tar' Conantur. Estaba celosa de mí y yo me había mantenido tan ciego que jamás imaginé que existiese algo por lo que alguien pudiese envidiarme.

Ravenna debió de percibir cómo se iluminaba mi rostro. —No lo sabías, ¿verdad? No te diste cuenta.

—Me parece que me crees mucho mejor de lo que soy en realidad. Me crees una especie de semidiós.

—He tomado lecciones de magia desde que cumplí los siete años. He estado en dos ciudadelas. Me han instruido los mejores magos de la Sombra y del Viento que aún están con vida. Tú puedes emplear el Agua sin recibir lecciones siquiera; hay demasiada magia corriendo por tus venas. Al menos la mitad de tu ser debe de pertenecer al elemento Agua, si no más. Y por el modo en que empleas la Sombra, también la posees en parte. Puedes hacer sin pensar cosas que a mí me han costado años de esfuerzo.

Pensé en cómo esa envidia la había corroído a lo largo de todo el año anterior. Y eso pese a que yo siempre había sentido un inmenso respeto por ella y por el modo en que empleaba la magia, mucho más sutilmente que yo.

Ravenna me había lastimado, pero ahora comprendía por qué mi odio hacia ella se esfumaba de pronto, como si jamás hubiese existido. Lo eliminé de mi mente y me prometí a mí mismo que jamás regresaría.

—Soy yo quien debe pedirte disculpas —dije con suavidad. —No, no debes. No fue culpa tuya y lamento en el alma lo que te dije. Lo pensaba en aquel momento, pero ya no.

—¿Lo olvidamos entonces? —Sí.

Nos abrazamos y, por primera vez, el abrazo fue genuino. —A propósito, ¿cuál es tu plan? —susurró Ravenna.

Poco después, cuando volvimos a sentarnos, le expliqué nuestras intenciones y todo cuanto había sucedido hasta el momento. —Es una acción un poco desesperada —advirtió—. Si Palatina y Elassel han sido capturadas, ¿crees que los prisioneros seguirán adelante con la sublevación?

—Lo he pensado y me parece que deberíamos suponer que sí. —¿Crees que convendrá comprobarlo?

Medité por un instante.

—No, es demasiado peligroso. No existe ningún modo de que atravesemos nuevamente el portal; ahora habrá centinelas ocultos en las

torres. Quizá pueda dirigir la marea también en dirección a los portales.

—Ni siquiera tú eres capaz de manipular de ese modo el poder que mencionas. No posees la magia del Viento, que podría ser útil en las torres del portal.

—Tú posees ese poder, pero careces de la magia del Agua. No hay manera de combinar nuestros poderes.

—Claro que sí —afirmó Ravenna sonriendo—.Ya nos hemos unido para orientar nuestra magia. No existe ninguna razón que nos impida hacerlo otra vez.

—Pero siempre las dirigimos internamente...

—No veo por qué no podríamos hacerlo hacia el exterior. —Sus ojos brillaban—. Cathan, está en nuestras manos hacer algo inédito en toda la historia de Aquasilva. Contando con la Sombra, el Agua y el Viento entre nosotros, seríamos capaces de controlar las mismas tormentas.

—¿Pero no podría colapsarse por nuestra culpa el sistema climático del planeta?

—No con ese acto. Lo único que haríamos es aprovechar el poder de la tormenta que se acerca para nuestros propios fines. No estamos provocando una tormenta o cambiando el tiempo.

—Ahora, si la tormenta agota toda su fuerza en Lepidor, no le quedarán restos para seguir su camino hacia el océano y eso afectará al clima.

—¿Deseas o no recuperar el poder de tu ciudad?

—Por supuesto que sí, pero si la atmósfera funciona de un modo similar a los océanos, un cambio que provoquemos aquí podría matar a miles de personas en algún otro sitio.

—¿Estás seguro?

—Es sólo una hipótesis.

—Una hipótesis. Bien, pues imagina ahora que no recobramos el poder de la ciudad. En ese caso puedes tener la certeza de que todos nosotros moriremos y de que cualquier esperanza para las herejías morirá con nosotros. Por no mencionar que tu pueblo acabará bajo el benevolente —dijo esta palabra casi escupiendo— gobierno de una marioneta de Midian.

—Bien, muy bien. Entiendo tu idea. Pero no empleemos mucha energía de la tormenta.

—En esas nubes debe de haber tanto poder que ni una legión de magos sería capaz de agotarlo.

—Tú misma lo has dicho: yo solo equivalgo a una legión.

—No lo decía de forma literal. Quizá Orosius tuviese un poder semejante, pero no tú. O al menos eso espero...

—Sin duda él tendría más Elementos que yo en su sangre. —No contaría con ello. No sé si es posible poseer más de una cierta cantidad sin convertirse en la práctica en un Elemento, y tú ya tienes demasiado poder para tu propio bien.

—¿Podríamos ahora volver al plan? ¿Cómo vamos a llevarlo adelante exactamente? ¿Y cuál será el punto de partida? ¿Ya has pensado algo al respecto?

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Unas dos horas según mis cálculos.

—No creo que podamos saber cómo uniremos nuestras magias hasta el momento mismo en que lo intentemos. Nunca has empleado agua cíe las nubes en tus hechizos, ¿verdad?

—Nunca. Sólo agua de mar.

—Supongo que el principio será idéntico. Las nubes están hechas de agua, conque lo único que deberás hacer es congregar aquí tanta agua como puedas. Yo utilizaré el viento para desviarla hacia el sitio que queremos.

—El palacio, los cuarteles, las torres de los portales y todas las calles que sea necesario para anegar a los sacri. ¿En qué nos servirá la magia de la Sombra? Tú sabes más que yo sobre la teoría de la magia.

—Precisarás la Sombra desde el principio para empezar a trabajar con las tormentas. El rector de la Ciudadela del Viento me explicó en una ocasión que la atmósfera se encuentra impregnada de magia de la Sombra debido a los hechizos esparcidos durante la guerra. Constituyen una especie de espectro mágico que reacciona de modo extraño e impredecible si alguien intenta tocarlo con otro tipo de magia. Mucha gente enloqueció intentándolo en tiempos antiguos.

—¿Puedes supervisar que la gente del Archipiélago no se demore demasiado? Todo el plan depende de que consigan llegar al palacio antes de que los sacri tengan tiempo de recuperarse e improvisar algún método para mantenerse secos.

—Tú encárgate de tu Elemento y yo me encargaré del mío —señaló Ravenna en tono de reproche, pero en su rostro había una sonrisa.

—¿Dónde nos situaremos con exactitud?

—Al aire libre. Debemos estar fuera o todo nos resultará todavía más difícil. Ya que nos proponemos hacer algo como esto por primera vez, será mejor que podamos ver cómo se va desarrollando.

—No podemos sencillamente quedarnos de pie en una calle formulando nuestros hechizos. Es necesario ponernos en algún tejado.

—No sobre éste. Sería lamentable que si fallamos alguien castigase a la familia Kuzawa por habernos prestado ayuda. Creo que, desde un punto de vista estratégico, lo mejor será la azotea del palacio.

Una hora y media más tarde, después de haber dejado guardada la espada de Ravenna pero armados con dagas y ballestas, nos pusimos nuestros impermeables y salimos por última vez de nuestro escondite. Nuestras únicas opciones eran vencer y recobrar el control del palacio o caer bajo las garras del Dominio. Sólo deseé que Midian no hubiese tenido la oportunidad de vengarse de Elassel.

El viento empezaba a soplar y la temperatura del aire descendió de forma notable; sería una tormenta fría, no cálida. En realidad, no resultaba nada sorprendente: estábamos a mediados de otoño y en algún momento de los meses siguientes caería el invierno trayendo un mes o dos de fuertes heladas. Agradecí que el invierno aún no hubiese llegado, pues en ese caso hubiese sido imposible vagar por las calles como lo hacíamos.

Aunque todas las puertas y vías de acceso al palacio estaban custodiadas, no tuvimos problemas para eludirlas avanzando en dirección al jardín: nadie vigilaba el contorno del muro. Las patrullas habían desaparecido de las calles y supuse que habrían sido convocadas en los cuarteles para mantener descansados a sus integrantes y protegerlos de la tormenta. Cuando alcanzamos el portal del jardín, el cielo ya se había

ennegrecido por completo. Las farolas, que se mantenían encendidas para ayudar a ver a los centinelas, me indicaron la ubicación de uno de mis accesos secretos al palacio. Había huecos en el muro para colocar los pies, hechos a golpe de martillo muchos años atrás, y una soga para descolgarse. Por fortuna, nadie podía divisarnos desde los portales.

Aterrizamos con suavidad sobre un lecho de flores en uno de los extremos del jardín. Allí la oscuridad era total y casi no había luces a lo largo del margen del palacio que daba al jardín. La única iluminación provenía de la antorchas ubicadas donde los guardias de Lexan permanecían como centinelas, uno en el portal exterior y otros en cada puerta interior. Observé que estaban colocados de modo que cada uno pudiese ser visto por el otro, con excepción del que se hallaba más a la izquierda, que quedaba fuera del campo visual pues la puerta interfería ocultándolo.

—Aquel de allí —dije señalándolo. Aunque era muy improbable que los centinelas pudiesen vernos mientras avanzábamos por el césped, no deseaba correr ningún riesgo. Bordeamos el jardín, evitando con cuidado pisar cualquier rama suelta o arbusto que pudiese delatarnos.

Una vez que llegamos al extremo del edificio, se acabó la oscuridad que nos protegía y nos vimos obligados a salir a la luz. No era mi intención matar a nadie, pero llegados a este punto era imposible seguir adelante sin que nadie notase nuestra presencia.

Retrocedí hasta la sombra de un edificio exterior antes de apuntar la ballesta a la cabeza del centinela. Por un momento mantuve el dedo en el gatillo.

Sólo había hecho eso cuando, unos segundos más tarde, brilló una luz repentina y se oyó una tremenda explosión proveniente de la zona portuaria. El centinela casi saltó de la sorpresa.

—¿Qué fue eso? —le gritó uno de sus compañeros doblando la esquina.

—No tengo ni idea.

Se produjo un nuevo estallido y, cuando mis oídos se recuperaron, oí gritos que llegaban desde el palacio.

—¿Crees que estamos siendo atacados? —aulló el centinela al que yo había estado apuntando. Por su voz parecía ser muy joven, quizá incluso más joven que yo.

—¡Venid, desde aquí se puede ver! —clamó el que estaba en el extremo más lejano—. Algo está ardiendo en el puerto.

Observé con incredulidad cómo todos los guardias abandonaban sus posiciones y corrían a reunirse con su camarada. —Parece que el destino nos acompaña —dijo Ravenna mientras corríamos hacia la puerta, que estaba cerrada con llave, pero no por mucho tiempo, ya que en seguida la disolví con un toque de magia de la Sombra.

Tras la puerta, una escalera de caracol comunicaba con una sección y tenía puertas en cada una de las plantas. Por eso, aunque a nuestro paso escuchamos gritos y el sonido de gente corriendo por los pasillos, nadie nos vio ni nos detuvo.

Cuando llegamos al parapeto del techo situado entre los árboles del jardín superior, orienté la mirada en dirección al puerto Y comprobé qué estaba sucediendo. Una goleta pesquera estaba en llamas y, por sobre el puerto submarino, se desplazaba la silueta inconfundible de una manta, iluminada desde abajo por la carga de sus cañones y los torpedos de éter que salían de su casco. Un ala estaba sumergida y parecía estar seriamente dañada. Debía de ser la manta en la que había desembarcado Etlae.

Entonces cesó el fuego y vi cómo las oscuras aguas abrían un surco indicando que algo más se movía bajo la superficie. Hamílcar no era capaz de hacer algo semejante: era demasiado sensato. Y no había nadie más en libertad... De algún modo, sin necesidad de que nadie se lo pidiera, comprendí entonces que la manta que zarpaba era la *Esmeralda* y que Tétricus estaba a bordo.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXXI

No tuve mucho tiempo para admirar el paisaje. A unos pocos metros de nosotros vimos a un centinela sacri de pie, contemplando impasible la lejanía del puerto detrás de su máscara mientras su túnica ondeaba con el viento. En esta ocasión no fuimos tan afortunados. El hombre se volvió hacia nosotros blandiendo la espada.

Nunca llegó a tocarnos: Ravenna ya empuñaba su ballesta al alcanzar la azotea y, antes de que el sacri avanzase, apuntó y le disparó. Una mancha roja brotó de su túnica y el hombre miró hacia abajo en dirección al dardo que había traspasado su armadura. Bruscamente cayó de rodillas y luego se desplomó hacia adelante, dando con el rostro contra el suelo mientras todo él se estremecía. Debió de recibir el proyectil en el corazón, porque en un instante cesó de moverse.

—Ahí tienes, jodido carnicero —dijo Ravenna con la voz quebrada y, cuando alcé el rostro hacia ella, noté que lloraba. Estaba muy tensa.

—¿Qué ocurre? —le pregunté mientras le tocaba el hombro y ella cogía la ballesta para volver a prepararla.

—Los odio —advirtió, y de repente perdió el control—. Mi hermano. Lo mataron cuando tenía sólo siete años.

¡Dulce Thetis! ¡No tenía ni idea de que hubiese sucedido algo semejante! Se apoyó sobre mí durante un momento, sollozando en mi hombro, y yo permanecí quieto, sin que se me ocurriese nada que decir.

Cuando recuperó la compostura, se secó el rostro con el borde de su camiseta.

—Gracias —me dijo sin aclararme el motivo.

Me apreté el impermeable contra el cuerpo. Comenzaba a levantarse viento y el cielo sobre nuestras cabezas ya estaba por entero cubierto de nubes. Las luces que partían del puerto me permitieron ver una columna de gente que se acercaba por la avenida principal.

—Échate al suelo, de prisa —me susurró Ravenna—. Desde aquí es muy fácil que nos vean.

—Está demasiado oscuro —objeté, pero de todos modos me eché a una altura desde la cual apenas alcanzaba a ver por encima del parapeto. Oí las primeras débiles señales de lluvia cayendo sobre los tejados detrás de nosotros. El jardín había sido especialmente diseñado para recoger el agua y encauzarla hacia unas bocas de salida, de manera que el peso extra no derribase el edificio después de unas cuantas lluvias.

Por primera vez distinguí una columna de gente llegando por las calles: era la delegación del Archipiélago escoltada por diez o doce sacri. Llevaban las manos atadas a la espalda y, a la luz de las farolas de éter, pude distinguir, incluso a la distancia, la desesperación en sus caras. Un cierto número de sacri y guardias de Lexan se cruzaron con ellos, corriendo a toda prisa en dirección al puerto.

—Me pregunto para qué querrá tenerlos con ella en el palacio —comentó Ravenna mientras se subía la capucha del impermeable y se colocaba una mascarilla de tela que le cubría el rostro y el cuello, excepto los ojos.

La imité, ya que, aunque de ese modo la visión quedaba un poco restringida y nuestros movimientos también, evitábamos que el agua de lluvia nos corriese por la cabeza y el cuello, empapándonos por completo. Me abroché también las mangas y metí las manos en los bolsillos para completar el cuadro. Parecíamos ahora un par de yetis de Silvernia. Un par de yetis de Silvernia a punto de desatar sobre Lepidor la tormenta más salvaje de su historia.

Un mudo brillo azulado rodeó la ciudad cuando fueron elevados los campos de éter, que podían proteger a Lepidor de la peor de las tormentas naturales, pero que eran inútiles enfrentados a nuestra magia.

Contemplamos con frustración, incapaces de intervenir, cómo la columna de gente avanzaba por la calle hasta llegar a los patios del palacio. Los portales se cerraron a sus espaldas y los sacri regresaron a las torres de vigilancia, desde las cuales podían ver los portales y al mismo tiempo mantenerse a resguardo de la tormenta. No tenía sentido que estuviesen en el exterior: pocas cosas resultaban tan poco prácticas como atacar durante una tormenta. Ya llovía lo suficiente para sentir el golpeteo de las gotas sobre el impermeable y cada tanto se percibía la luz ocasional de los relámpagos y el resonar de los truenos. Me aproximé a la puerta por la que habíamos accedido a la azotea y la cerré lo mejor que pude, mientras que Ravenna hizo otro tanto con la otra puerta del jardín superior. Nos veríamos en problemas si los sacri pretendían subir en busca de su compañero, aunque rogué que nadie lo extrañase en medio del caos.

La luz del puerto había desaparecido; el fuego de la barcaza pesquera casi se había extinguido y sólo quedaban algunas llamas al nivel del agua. La manta a la que Tétricus disparó (si es que fue él) había sido rescatada y ahora se sumergía en dirección al mar abierto. Deseé que la *Esmeralda* llevase ventaja suficiente para llegar a Kula sin ser capturada.

La tormenta estaba a punto de estallar; los rayos sobre las montañas se volvían más y más frecuentes y la lluvia se precipitaba por capas. Nos colocamos ambos entre dos árboles, que nos protegían del agua y a la vez nos ocultaban de cualquiera que eventualmente mirase desde las puertas (una sección del tejado, cubierta de musgo y dorada por la acción de los elementos, nos servía de escudo). Nos aferramos el uno al otro para no perder el equilibrio, con impermeables goteando de forma considerable. A partir de ese instante ya nada podía detenernos.

Ravenna creó una barrera de aire a nuestro alrededor, para resguardarnos de los peores efectos del viento y de la lluvia. El viento perdió algo de fuerza a nuestro lado, lo bastante para que pudiésemos mantenernos de pie sin ayuda.

—Mi poder sólo alcanza para esto —dijo ella—. ¿Estás listo? Asentí.

—Listo.

Nos cogimos de las manos, plegando sobre las cabezas la parte inferior de los impermeables para protegernos de la lluvia. Entonces vacié la mente hasta sentir que mi conciencia flotaba en un vacío en el que se esfumaba el mundo exterior e inicié la conexión con Ravenna.

Nos proponíamos algo que, hasta donde yo sabía, ningún mago mental había intentado con anterioridad: establecer contacto mental mutuo a fin de combinar nuestros poderes. Sentí que nuestras mentes se unían y, a la vez, recobré de pronto la sensación de consciencia y desapareció el vacío. Súbitamente pudimos observar más allá de la penumbra de los techos; era parecido a flotar sobre la ciudad gozando de una visión perfecta a pesar de la negrura de la noche y las ráfagas de lluvia.

Aquella parte de la entidad resultante que seguía siendo yo oyó un grito repentino en la sala del trono, como si el mago mental, consternado, hubiese percibido nuestra unión mágica. Ignoré su sorpresa y elevé mis poderes en dirección a la nubes acumuladas a gran altura, capa sobre capa, a varios kilómetros de nosotros en la atmósfera. Desde el oeste, el frente de la tormenta avanzaba por encima del océano infinito a una velocidad inaudita y con una fuerza descontrolada, descargando avalanchas de agua desde el cielo. Sin embargo, yo obtendría el agua desde el este. Allí se congregaban cientos, miles de kilómetros de nubes, todo un cinturón de tormenta abriéndose paso hacia nosotros.

«Primero las defensas del Dominio», me dijo la mente de Ravenna.

En el Santuario de las Tormentas, ubicado en medio del templo, el sustituto de Midian mantenía las manos sobre la esfera de rubí, encima del horno de leña, que congregaba los poderes del Fuego para vencer las tormentas. A su lado había dos monaguillos que lo observaban con cautela.

Con mis poderes llegué hasta el océano, recogiendo energía de su ilimitada reserva. Había allí más poder elemental que en todos los fuegos que hubiesen existido jamás en el mundo. No tenía con migo mi báculo, que me hubiese ayudado, pero de algún modo no me pareció necesario.

Mientras extraía todo el poder puro directamente del océano, su inmensa energía pasó a través de mí y casi pude oír cómo fluía mi propia sangre.

Gracias a mi vista mejorada con el poder de la Sombra, distinguí cómo las hileras de magos del Fuego salían del templo para reforzar los campos que rodeaban la ciudad, cuyo alcance oscilaba y se desvanecía. Disparé mi voluntad como un proyectil sobre una de las filas con tanta fuerza como pude y luego lancé mi poder con violencia sobre el templo. El rubí mostró fugazmente un brillo rojo y a continuación estalló en mil trozos, incapaz de soportar la presión. Una luz azul se encendió en el rostro del sacerdote, que gritó y cayó hacia atrás. Los monaguillos se quedaron con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué? —Oí el grito proveniente del propio palacio, debajo de nosotros. Era un grito de furia: Etlae expresaba su ira al mago mental en la sala del trono.

—Están empleando demasiado poder, majestad.

En la ciudad, la masa de lluvia perdió densidad y noté cómo los árboles y las plantas de los jardines superiores se mecían más que nunca por efecto del viento. Unos pocos objetos sueltos volaban a la deriva, transportados en segundos de un extremo al otro de la ciudad.

«Lo has hecho muy bien.»

«Les demostraremos ahora de lo que somos capaces.»

Dirigí la atención hacia las afueras de la ciudad, otra vez en dirección a las nubes, al tiempo que Ravenna ponía sus poderes en acción. A nuestro alrededor, en las laderas de las montañas y sobre la superficie del mar, la lluvia fue absorbida y se concentró en el triángulo formado por los cuarteles, el puerto y el barrio del palacio. Extraje de las nubes y del mar tanta agua como pude, derramándola luego encima del contorno de negrura que nos rodeaba.

Toneladas de agua, conducidas por la fuerza del viento desde cientos de puntos diferentes, se estrellaron sobre la torre. Su extremo superior se desintegró sin más y los ladrillos cayeron como si fuesen de arena. Segundos después cedieron también los arcos y los portales, que se vinieron abajo volcando sus escombros sobre las plazas a uno y otro lado (algunos

rebotaron incluso contra los muros de las casas cercanas y rodaron calle abajo por la ciudad). Donde en los instantes previos había habido una torre de vigilancia ahora no había más que ruinas.

Y el poder todavía fluía por nuestro interior, tanto que comprendí que estábamos perdiendo el control. Los rayos eran casi permanentes y los truenos conformaban un único y continuo estruendo ensordecedor. Estábamos empleando mucho más poder del necesario, y si no éramos cuidadosos...

« ¡Pon un limite, estamos utilizando demasiado poder!», aullé. « ¡Lo sé! ¡Estoy intentándolo!», respondió Ravenna y trató de contener el río de energía que cruzaba mi cuerpo. Era como pretender secar el torrente al que yo me había lanzado corriente abajo o canalizar las aguas del océano. Descubrí que no podía limitar su energía y las mismas paredes comenzaron a desintegrarse.

Entonces, de algún modo, conseguí cerrar el flujo en parte. El vórtice aún estaba activo, ya que toda la lluvia de kilómetros y kilómetros a la redonda se estaba derramando de un solo golpe sobre la ciudad. A su paso, los vientos levantaron los techos del depósito donde estaba encerrada la gente del Archipiélago y una burbuja de aire protector tomó forma sobre los que estaban dentro. El capitán de la nave escaló el muro, le quitó el arma a un guardia aturdido y corrió a abrir la reserva de armamentos que Palatina y Elassel se habían encargado de dejar allí antes de ser apresadas. Una vez repuestos de la sorpresa que les causó verse protegidos de la tormenta, los prisioneros del Archipiélago rompieron en un grito y, acto seguido, envainaron las armas y corrieron formando un grupo iracundo en dirección al palacio.

«Estamos a punto de lograrlo», sostuvo Ravenna. «Ahora concentrémonos sólo en el palacio.»

En las calles, el agua corría ya con más de dos centímetros de espesor, tal era la cantidad que habíamos derramado en el último par de minutos sobre el palacio y el barrio del puerto. Dirigí mis poderes en todas direcciones y conduje la fuerza del agua hacia los portales, pese incluso a que un tornado negro barrió el jardín y los alrededores del palacio, llegando

tan cerca de los muros donde estábamos que estuvo a centímetros de tocarnos. Estallaron los cristales de las ventanas en la sala de guardia y en los pasillos, bombardeando a los sacri con filosos proyectiles. Entonces llegaron el viento y la lluvia, que los impulsaron de aquí para allá por los pasillos como si no fuesen más que muñecos de trapo. Los vi rebotar contra las paredes, contra los muebles, sin que su feroz entrenamiento les fuese de ninguna ayuda frente a nuestra arremetida. Mientras el vendaval asolaba los pasillos de mi casa, los cuerpos de los sacri quedaban esparcidos por todas partes como desechos.

El portal se derrumbó y sus vigas se rindieron ante el caos de incesantes olas que llegaban desde la calle. El agua anegó el patio del palacio sumergiendo los adoquines y ahogando las plantas que tanto agradaban a mi madre. Sufrí con impotencia la destrucción que yo mismo estaba provocando, pero no podía hacer otra cosa. Y entonces, de pronto, sentí que perdía el control, que el río convocado por mi poder se secaba y el vórtice que había canalizado toda la lluvia se desvanecía. La unión mental se había esfumado y me hallé llamando a Ravenna en medio de una repentina oscuridad. Acto seguido abrí los ojos y descubrí que yacía sobre el suelo, recibiendo la lluvia en el rostro y que, clavándome la mirada, estaba, empapado y furioso, el mago de la mente.

Estábamos tan agotados que tuvieron que cargarnos dentro los dos sacri que lo acompañaban. Al pie de la escalera fuimos arrojados chorreando agua al suelo del pasillo. Los sacri nos quitaron los impermeables y las capuchas (por cierto, que no de modo muy gentil) y nos amarraron las manos. Luego nos arrastraron sin ceremonias escalera abajo, produciendo un estruendoso ruido en cada escalón. Cada músculo de mi cuerpo se sentía por completo carente de energía, como si no hubiese descansado durante semanas. Estaba tan débil que apenas podía mantener los ojos abiertos.

Nos cruzamos con guardias armados en cada uno de los pasillos, con excepción de los de la planta baja, y pude observar los destrozos que habíamos provocado. Hasta la misma pintura de las paredes había sido dañada por los pequeños huracanes que habíamos enviado por los pasillos y las alfombras estaban empapadas. No funcionaba ninguna de las luces y en

la penumbra noté las siluetas de varios sacri y centinelas muertos o agonizantes esparcidos por todos sitios, apoyados contra los muros o desplomados en medio de los pasillos. El espectáculo me produjo náuseas. ¿Había valido la pena tanta muerte y dolor, tanta destrucción en mi propio hogar, sólo para recuperar un título? Y, además, había sido derrotado. ¿No hubiera sido lo mismo permitirles capturarme al principio, cuando desembarcaron?

Nuestros captores cogieron la vía más directa hacia el salón principal, entrando por una de las puertas laterales que había enfrente de la tarima. Por un instante me cegó la luz y, cuando mis ojos al fin se acostumbraron, distinguí la incontenible angustia en el rostro de la delegación del Archipiélago y de todos los demás que, de rodillas y custodiados por centinelas, se encontraban a la derecha del salón. Palatina y Elassel estaban entre ellos, y el rostro de ésta estaba surcado de magulladuras recientes.

Nos arrojaron al suelo frente a la tarima y alguien me asió del cuello de la túnica para alzarme antes de que me desmayase. Etlae estaba sentada en el trono de mi padre, escoltada a ambos lados por Midian y la figura encapuchada. Sobre la derecha, tres o cuatro inquisidores permanecían frente a los prisioneros, custodiándolos con expresión impasible. Uno de ellos llevaba un látigo en su delgada y ascética mano.

—¡Al fin te hemos cogido, hereje! —dijo Etlae con voz envenenada. Llevaba las ropas en perfecto orden y aparentaba en cada centímetro ser la tercera primada que era—. Pagarás muy caro el mal que has causado hoy.

Me resultaba difícil hablar con la ropa apretada contra el cuello, pero alcancé a decir en un triste susurro:

—¡En nombre de Thetis!

—¡Tu diosa ya no podrá ayudarte, hereje!

—Todavía es el conde de Lepidor —intervino Lexan, de pie a la izquierda de Etlae, en tono confiado y triunfante.

Lexan era de mediana estatura, tenía una cara redonda de expresión engañosamente amable y grueso cabello negro similar al de una cabra.

—No lo será por mucho tiempo —afirmó Midian con su fría sonrisa, que pronosticaba una muy esperada venganza.

—Hasta que no haya sido formalmente cesado de su cargo, deberéis tratarlo con un poco de respeto al menos.

Las palabras de Lexan no me daban ninguna esperanza; sólo estaba procurando que el Dominio no sentase un precedente por maltratar al líder de un clan. Si permitía que me sucediese a mí, sabía que algún día también podría sucederle a él.

—Entonces quitémosle el cargo.

—Debemos seguir las formalidades —dijo Lexan con rapidez. —Así se hará —agregó Etlae fijando la mirada en Ravenna y en mí. —Nunca te han agradado las reglas, ¿verdad? —le dijo Ravenna, que abrió la boca por primera vez impregnando sus palabras de profundo desprecio—. A menos que te conviniesen, claro.

—No tienes ninguna inmunidad, niña —espetó Etlae—. Serás quemada en la hoguera antes de que nos hayamos marchado de esta ciudad.

Supongo que fui el único que percibió el sutil sonido de angustia y terror que escapó de labios de Ravenna. Volví la cabeza y observé cómo cerraba con fuerza los ojos mientras que una única lágrima se deslizaba por su mejilla.

—¿En nombre de qué ley? —inquirí, pero recordé que un primado podía administrar justicia en su propio nombre. Me aterraba el destino de Ravenna y maldije en silenciosa y vana frustración. —Bajo las leyes de Ranthas.

No podía permitir que quemasen a Ravenna, ni a nadie más. Pero ¿cómo evitarlo?

Llegó un murmullo desde la entrada de la antesala, un centinela entró corriendo y gritando a viva voz:

—¡Los navegantes del Archipiélago escaparon y están atacando el palacio!

—Obstruid las puertas —ordenó Etlae de inmediato—. Cerrad con llave todos los accesos que podáis. Haroum, quiero que enciendas una cortina de fuego rodeando todas las puertas y ventanas. Y que alguien solicite refuerzos.

No bien el mago (que sin duda era al que Etlae había llamado Haroum) alzó las manos, desapareció cualquier esperanza que quedaba en mí. Con la ayuda del mago serían capaces de defender el salón hasta la llegada de los refuerzos, y la gente del Archipiélago quedaría atrapada entre las ruinas del patio. Sentí una terrible y amarga desilusión. Habíamos fallado y no existía ninguna salida.

—Almirante Karao, agradecería que formase a sus hombres —dijo Midian.

Me volví para mirar en la dirección hacia la que hablaba. Más sacri y centinelas entraban en el salón cargando mesas y arcones que colocaban en los accesos. De pronto, el salón se iluminó y las ventanas superiores fueron cubiertas por varias capas de llamas. Hamílcar y Sagantha estaban sentados en un rincón a la izquierda del salón. Ambos parecían fatigados y preocupados, y daba la impresión de que el almirante no era el mismo hombre que yo había conocido.

—Lo haré sólo si resulta necesario para salvar sus vidas, avarca, no antes. Son navegantes del Archipiélago intentando liberar a la gente que estaba a su cargo; no puedo interferir y no lo haré.

—Te pones en una línea bastante cercana al límite de la neutralidad, almirante —dijo Etlae, cortante—. El mero hecho de ser cambresiano no te otorga absoluta libertad.

Cuando el alboroto se calmó ligeramente, Etlae se volvió de nuevo hacia donde estábamos Ravenna y yo.

—Conducidla junto a los otros condenados a muerte —ordenó señalando a Ravenna—. Una huérfana no tiene ninguna importancia en este asunto.

Dos sacri la cogieron por los hombros, la arrastraron por el suelo y la dejaron junto a Palatina y Elassel. ¡Dulce Thetis! ¿Es que pensaba quemarlas también a ellas? Tenía que haber algo que pudiese hacer para evitarlo. «¡Te lo suplico! —recé—, ¡haz que se acabe esta pesadilla!»

Pero no era ninguna pesadilla, era la cruda realidad.

—Etlae, firmaré cualquier cosa que desees con tal de que los dejes en libertad —propuse desechando hasta el último vestigio de mi orgullo y

consciente de que eso me conduciría a la hoguera—. No hacían más que seguir mis órdenes.

—¿Así que ahora intentas proteger a tus amigos? ¡Qué conmovedor! ¡Es una lástima que Ranthas, en toda su sabiduría, no se haga a un lado cuando se trata de herejes como éstos!

—Etlae, te lo suplico. Te cederé Lepidor voluntariamente y tendrás en tus manos un documento legal.

Me miró en silencio, supongo que saboreando el momento, y yo cerré los ojos e intenté ocultar de mi vista el resto del salón. —En interés de la diplomacia, como representante de Ranthas en Aquasilva, te ofrezco una elección. Como hereje es más de lo que te mereces, pero como conde, por más que seas un traidor, podríamos decir que todavía te corresponde.

Antes de que prosiguiera con su discurso supe que no habría realmente ninguna elección. Desde el exterior llegaban gritos y el sonido de pies a la carrera y acero golpeando la madera. Pero las barricadas seguían en su sitio. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos. —Puedes rendir Lepidor al Dominio, que designaría un conde proveniente de tu propia familia (salvando tu vida, aunque no la de tus amigos), o bien entregárselo al conde Lexan y de ese modo anular todo derecho de tu familia a gobernar. De cualquiera de las dos maneras tus amigos morirán. Sin embargo, tú nos eres útil y serás conducido a Equatoria como penitente para prestar servicio en la Ciudad Sagrada. *No existe ninguna otra posibilidad*.

Lexan se regodeaba en la victoria que representaría para él el derrumbe final de nuestra familia, mientras que los otros sonreían con frialdad. Jamás me había sentido tan despreciable, tan atrapado o tan solo como entonces, de rodillas en mi propio salón, en una ciudad capturada por el enemigo, forzado a firmar la renuncia a mis derechos de sangre. Y aún peor que la humillación era la vergüenza, la vergüenza de haber perdido y haber sido reducido a regatear la vida de mis compañeros de clan ante Etlae y Midian. Ya no me sentiría nunca más digno de mi propio nombre.

Volví a cerrar los ojos y me pregunté qué sería peor. Cualquiera de ambas opciones haría sufrir de forma terrible a la gente de mi clan. Sólo Thetis podía saber cuántas personas quemaría el Dominio, pero si Lexan

gobernaba aquí como un títere sería igual de perverso. Y Ravenna y los demás... ¿qué podía hacer? Supuse que todos estarían mirándome; los prisioneros del Archipiélago con caras cenicientas, conscientes de que no tenían escapatoria. ¿Es que los había enviado a todos a la perdición?

Comprendí en aquel momento que existía una única posibilidad: salvar a mi gente al precio de mi propia vida. Un escalofrío me recorrió al imaginar mi silueta amarrada a la hoguera. Se decía que era una de las muertes más dolorosas jamás inventadas. Pero ¿cuántos integrantes de mi clan la sufrirían bajo el poder del Dominio? ¿Cómo conseguiría vivir con eso en mi conciencia y, además, pasar el resto de mis días como esclavo?

Abrí otra vez los ojos y hablé con voz vacilante y temblorosa. —Ante Ranthas y sus sirvientes reniego del condado de Lepidor y se lo cedo al almirante Karao en tanto representante de la thalasocracia de Cambress.

Con esa frase había firmado mi condena de muerte.

Etlae perdió el control y profirió un inarticulado chillido de furia. —¡No puedes hacer eso! Te he dado a elegir. Si no sigues mis órdenes, irás directo a la hoguera.

—Será la voluntad de Thetis —dije, y mi voz se quebró en la última palabra.

Entonces intervino Hamílcar:

—Yo, Hamílcar, lord de la familia Barca, soy testigo de sus palabras.

—Tiene absoluto derecho a hacerlo —opinó Sagantha—. Cathan, acepto tu cargo en nombre de la thalasocracia de Cambress. Etlae pareció a punto de explotar. Luego se recuperó.

—Pues así será —sostuvo en tono helado—. Ya hallaremos el modo de obviar este pequeño truco. Por el momento, yo, como tercera primada del Elemento, declaro que la ley religiosa imperará

en esta ciudad hasta que las fuerzas cambresianas lleguen para reclamar lo que les corresponda.

Se volvió entonces hacia mí.

—Cathan Tauro, te encuentro culpable en primer grado del crimen de herejía. Por el presente acto te despojo de todos tus títulos, privilegios y derechos, y te condeno a ser quemado hasta morir en la hoguera. La

sentencia será ejecutada mañana por la mañana. Antes de que seas llevado a tu lugar de ejecución, deberás ir a ordenar a los navegantes del Archipiélago que depongan las armas. No tenemos ningún conflicto con ellos; se les devolverá su nave y serán enviados de regreso al Archipiélago —afirmó Etlae, que debió de percibir mi vacilación.

—De otro modo haré que uno de los rehenes sea sacrificado a la gloria de Ranthas —agregó la figura encapuchada y, al reconocer su voz, comprendí la magnitud de mi derrota.

Era la voz de Sarhaddon.

Sarhaddon le hizo un gesto a uno de los inquisidores, que desenvainó un cuchillo y lo puso junto al joven Tekraea, aquel que se había enfurecido cuando Palatina sugirió que probablemente no existiese ninguna faraona de Qalathar.

—No necesitas hacer eso —advirtió Sagantha, indignado—. Va contra las leyes.

—Aquí yo soy la ley —afirmó Sarhaddon a media voz. —No te preocupes —intervine.

Dos sacri me pusieron entonces de pie y me empujaron por encima de la barricada, allí donde el ataque era más potente. —Soy el conde Cathan —grité, aunque sólo proferí un sonido tembloroso—. Si prometéis deponer vuestras armas y detener la lucha no se os hará ningún daño.

—¡A ti también te han comprado! —exclamó uno de los oficiales. —Contáis con la palabra de una primada, de la cual dan fe el almirante Karao y lord Barca.

Se produjo un silencio del otro lado. —Ofrecednos alguna prueba.

—Almirante Karao, ve a confirmárselo —ordenó Etlae, y oí los pasos de Karao detrás de mí, aunque no se le permitió que se acercara a mí demasiado.

—Cathan os dice la verdad. Si detenéis el ataque, no se os hará daño. Por otra parte, amenazan con matar a Tekraea si persistís. —Entonces nos detendremos —afirmó la voz.

Mientras me conducían de nuevo al interior del salón, oí cómo se emitían diversas órdenes y cesaban los embates sobre las otras barricadas.

Los únicos ruidos exteriores eran ahora la lluvia cayendo sobre las ventanas y el rugir del viento.

Tras llevarme de regreso al centro del salón, tuve ocasión de escuchar, junto con los demás, la última escena de la traición de Etlae. —Todos vosotros, extranjeros del Archipiélago, seréis igualmente condenados a muerte. Mañana, antes de que encendamos las llamas, mi mago mental empleará sus poderes para determinar cuál de las jóvenes presentes es la faraona. Ella vivirá, todos los demás seréis quemados. ¡Guardias, sacadlos de aquí!

OceanofPDF.com

CAPITULO XXXII

La tormenta aún no había concluido a la mañana siguiente cuando los sacri llegaron para abrir las puertas.

Había en los sótanos del palacio unas habitaciones pequeñas que alguna vez habían sido utilizadas como almacenes, pero que ahora estaban vacías. Fue en esos estrechos y oscuros cuartos ubicados dos plantas bajo tierra donde nos encerraron los inquisidores. Antes de que Ravenna y yo abandonásemos la sala del trono, el mago mental había empleado sus poderes para bloquear nuestra magia, dejándonos tan indefensos como a los demás.

Por alguna razón que para mí era un misterio, Ravenna y yo fuimos colocados en la misma celda, mientras que los otros fueron separados en grupos de dos o tres y alojados en las demás. Luego, los inquisidores se pusieron en acción; de más está decir que habían traído consigo desde Pharassa toda su colección de grilletes y estaban decididos a utilizarlos. Nuestra celda era apenas lo bastante grande para acostarnos y la puerta estaba fabricada de un metal sólido y dotada de un cerrojo por fuera. Aun así, nos encadenaron los tobillos y las muñecas, clavando con una estaca en la pared el extremo opuesto de las cadenas.

Luego se marcharon, dejándonos solos en la más absoluta oscuridad.

Un extraño sentimiento de calma me había invadido desde el momento en que pronuncié las palabras fatales. A pesar de eso, cuando la puerta del sótano se cerró de un golpe y se apagó el sonido de los últimos pasos en la

escalera, toda compostura que hubiese logrado mantener se esfumó también y fue reemplazada por el más puro y angustiante horror. ¿Por qué lo había hecho si había tenido en mis manos la oportunidad de salvar mi propia vida? No quería morir, y menos que nada en la hoguera.

Ravenna rompió en sollozos mudos y atormentados. Sentí el tintineo de sus cadenas acercándose a mí. Entonces me cogió el brazo y en un impulso lo alzó hasta colocarlo rodeando sus hombros, sosteniéndola mientras lloraba con los ojos clavados en las tinieblas, literalmente descompuesta del pánico. Yo tenía la garganta y el estómago demasiado tensos para emitir siquiera el menor sonido.

Durante un largo rato permanecimos sentados en la terrible oscuridad. Cada vez me sentía más desdichado y nada podía aliviar mi terror ni borrar de mi mente la horrenda figura de la hoguera. Hubiese querido vomitar, pero no había comido casi nada y todo mi cuerpo se hallaba en estado de tensión, con los brazos y las piernas rígidos, que empezaron a acalambrarse poco después, pero tampoco podía hacer nada al respecto.

Oí cómo los sollozos de Ravenna se extinguían, sencillamente porque se había quedado sin lágrimas. Los muros debían de ser muy gruesos, ya que no oía ningún sonido del exterior, ni de arriba, ni de las otras celdas. El aire que respirábamos venía de un hueco de ventilación en el techo.

—¿Por qué, Cathan? —dijo Ravenna con voz ronca—. ¿Por qué nos hacen esto?

No pude responderle y sentí que con la otra mano me cogía la mía libre y la apretaba.

—¿Qué es lo que les hemos hecho? ¿Cuál es la razón que tienen para atarnos a un leño y quemarnos vivos?

—Por favor —logré decir—, no lo menciones.

El mero hecho de escucharlo empeoraba mi estado; los músculos del estómago se retorcieron en un espasmo, pero no vomité nada.

—Lo siento.

Me percaté de que, aunque no había ninguna luz, podía ver la celda en sombras de gris oscuro. Incluso sin magia me quedaban algunos dones que parecían ser innatos. Al día siguiente, sin embargo, ya no quedaría nada. No

habría vida, ni memoria, ni cosa alguna que experimentar. Sólo la nada, el olvido. Ningún hereje muerto en la hoguera había regresado a su elemento: todos habían sido enteramente consumidos por las llamas. Lo único que quedaría de mí sería un manojo de cenizas, y todo cuanto había sido, todo cuanto había hecho, sería olvidado, convertido en menos que una hoja sobre el viento.

—Quizá por eso es tan terrible —susurró Ravenna con la cabeza apoyada en mi hombro—. Porque pasas horas y horas sin hacer nada más que pensar en que morirás, mientras tu mente se hunde en la agonía, acentuando el sufrimiento hasta volverlo cada vez peor y peor.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

Tras un instante, Ravenna volvió a hablar.

—Cathan, para nosotros quizá no sea tan terrible. Nos han quitado nuestra magia, pero todavía podemos refugiarnos en nuestras mentes. —Tragó saliva antes de proseguir—. En el vacío, por lo menos, no sentiremos la mayor parte del dolor.

—Sólo sentiremos cómo se nos escapa la vida... Se produjo un nuevo silencio.

—Eso no nos ayudará. Quiero decir, preocuparnos al respecto. Olvida la agonía, te lo ruego. En nuestro trance podríamos ignorarla.

—Pues eso no me simplifica las cosas.

—¿No preferirías morir de prisa y no consumirte con lentitud? —¡Preferiría no morir de ningún modo! —grité, y noté cómo ella se alejaba.

Ravenna dobló las piernas para no estar en una posición tan incómoda y las cadenas hicieron espantosos ruidos al chocar contra el áspero suelo de piedra. Hacía mucho frío allí abajo (por primera vez fui consciente de la temperatura de la celda) y el ambiente era penosamente húmedo.

—Yo tampoco deseo morir. Tenía tantos planes como tú para el futuro. Pero así es como ellos pretenden que estemos ahora: enajenados por el terror y gimiendo por su injusticia. No debemos regalarles esa satisfacción. Tú has hecho un sacrificio que no hizo ninguno de nosotros. ¡Por favor, no malgastes tu última noche embargado por las penas!

Respiré profundamente y me obligué a relajar, uno por uno, algunos músculos. Aún me sentía abatido, y sin duda ella se sentía del mismo modo, pero el dolor comenzó a ceder. Tampoco ahora deseaba deshonrar a mi clan comportándome como un cobarde, ni siquiera si sentía que de verdad lo era.

—¿Qué es lo que quieres que haga entonces? No creo que logre conciliar el sueño.

—Ni yo —confesó con una sonrisa suave y poco convincente, que me hizo ver qué frágil era su autocontrol—. Escucha, si te con

fío una cosa, ¿prometes no decírsela a nadie, ni siquiera si por algún milagro llegásemos a sobrevivir?

—¿Algo importante? —Muy importante.

—Muy bien. Juro por los dioses de los Elementos que nunca le revelaré a nadie tu secreto.

No se trataba de ningún modo de un juramento formal, pues no había pronunciado las palabras rituales ni teníamos testigos, pero implicaba un compromiso.

—Debes mantenerte fiel al juramento, Cathan. Incluso con tu conciencia del honor podrías desear traicionarlo, pero te suplico que no lo hagas.

—¿Qué es eso tan importante?

—Han estado buscando a la faraona de Qalathar desde el mismo momento en que llegó la *Esmeralda*. Y aunque no se equivocaban al afirmar que ella se encontraba en Lepidor, sí estaban errados al suponer que había venido a bordo de la manta. Yo soy la faraona.

—¿Tú? —exclamé conmocionado.

—Por favor, perdóname, Cathan. No te lo dije porque jamás se lo había dicho a nadie. Después de dejar Tehama pasé diez años trasladándome de un sitio a otro, manipulada como una prenda de empeño en las tramas de poder de los nobles. Las únicas personas con las que alguna vez intenté forjar una amistad resultaron ser espías o gente que esperaba obtener algún beneficio de mí. Penas, eso es todo lo que me ha deparado el ser faraona, así que le comuniqué a Sagantha que abdicaba y huí hacia la Ciudadela de la Sombra, donde me oculté, alejándome de las estratagemas e intrigas.

—O sea, que tu objetivo durante todo este tiempo ha sido sacar de aquí a los visitantes del Archipiélago —repuse disminuyendo la fuerza de la voz.

—¡Lo sé, lo sé! —dijo casi llorando—. No debí hacerlo, pero no confiaba realmente en nadie. Incluso cuando tú apareciste, yo... —Hizo una pausa y luego prosiguió—.Yo todavía estaba obsesionada con impedir que nadie me descubriese; no podía decírtelo, porque nadie ha sabido nunca merecer mi confianza. Ahora, por supuesto, sé que tú la mereces, pero ya es demasiado tarde, demasiado tarde.

—¡Podrías haber salvado tu vida allí arriba!

—También tú habrías podido hacerlo, pero no lo hiciste, por la misma razón.

No iba a guardarle ningún rencor, y menos entonces, en semejantes circunstancias. No deseaba pasar la última noche de vida que me quedaba enfadado con la persona que amaba.

—¿Comprendes por qué no puedes decírselo a nadie? —agregó—. Mañana, cuando el mago de la mente nos examine, podré sumergirme en el vacío y evitar que me descubra. El Archipiélago podrá perder a su faraona, pero el Dominio no me pondrá las manos encima.

—Prometo que no se lo diré a nadie —repetí con el dolor de no poder salvar su vida, pero yo había hecho una idéntica elección y no me hubiese agradado que ella la revocase por mí.

—Te lo agradezco. Así conseguiré el fracaso de uno de sus planes al menos.

—Sólo espero que Sagantha consiga hacer algo para proteger Lepidor —comenté mientras llevaba la mano desde su hombro hasta sus cabellos. Al verlos parecían lacios por completo y me sorprendió que al tacto fueran rizados, apenas alisados por la cinta elástica que llevaba y alguna loción. No menos extraño era que descubriese esos detalles en ese preciso momento.

—El Dominio va a matar a las dos tutoras de Sagantha. Él lleva años en política y sabe cuándo debe cambiar de bando, pero nunca olvidará lo que le han hecho. Has dejado Lepidor en buenas manos.

—Pero no en las de mi padre. Le he fallado. He perdido el clan. —Cathan, tu padre no te recordará por eso. No había nada que pudieses hacer contra todo esto e incluso así has intentado lo imposible. Ni siquiera el propio Elníbal habría conseguido más.

—Él no hubiese estado tan desesperado para enviarle una carta a la familia Canadrath, con la que carecíamos de todo contacto y que, por cuanto sabíamos, podría haber estado apoyando también al Dominio.

—Esta invasión fue planeada mucho antes. Deja de reprochártelo. —No puedo evitarlo, me persigue la idea de que si hubiese hecho algo diferente en algún momento, todo esto podría haberse evitado. Hace ya mucho tiempo, cuando me enviaron fuera de Lepidor, estaba tan feliz por el descubrimiento del hierro y nuestro futuro parecía de pronto tan prometedor... Lepidor iba a convertirse en un lugar tan maravilloso ahora que tenía dinero... Vendrían

más mercaderes, todos estarían felices... Ya ves cómo me equivocaba —dije con amargura—. Y todo lo que ha sucedido... ya lo sabes... Aquel monstruo encapuchado junto al trono era Sarhaddon, a quien conociste a bordo del Paklé. Él me dijo por entonces que Lachazzar y sus cazadores de herejes le parecían ridículos, y mira en qué se ha convertido. No me extrañaría que mañana sea él quien encienda nuestras hogueras.

Un repentino paroxismo de terror se apoderó de mí y me avergoncé de no poder detenerlo. A pesar de las tranquilizadoras palabras de Ravenna no podía alejar las llamas y la angustia de mi mente. ¿No podía ella estar en un error y que el bloqueo del mago mental obstruyese también mi capacidad de refugiarme en el vacío? Sólo por constatarlo, intenté alcanzar el estado de trance y, aunque me costó más que en otras ocasiones llegar al punto en el que perdía conciencia de mi cuerpo, pude lograrlo.

—¿Lo ves? Puedes hacerlo —me dijo Ravenna en voz baja. Cambié de posición, pues el peso de las cadenas me oprimía; el metal me lastimaba las muñecas. Al menos no lo haría por mucho tiempo; en breve todo habría acabado.

—¿Cathan? —¿Sí?

—Lamento haber sido tan fría contigo. Espero que por lo menos comprendas mis motivos.

—Los entiendo, Ravenna. Y, antes de que me lo preguntes, no hay nada por lo que debas pedirme perdón.

—Podríamos haber formado un buen equipo, tú y yo. Las únicas personas que consiguieron canalizar el poder de una tormenta, incluso si al final fue en vano. Quizá hubiese dado inicio a una rama nueva por completo de la magia, en la que también habría estado incluida tu oceanografía.

—Alguien leerá sobre nosotros y se preguntará qué fue lo que hicimos. Deben de existir otros modos de hacerlo, otra gente capaz de unirse de la misma forma que lo hicimos nosotros. —Espero que así sea.

Ravenna me abrazó tanto como se lo permitieron las cadenas e inclinó el rostro en dirección al mío. Entonces nos besamos, y por primera vez lo hicimos porque queríamos, sin la excusa o la necesidad de ocultarnos, y nuestro beso pareció eterno. Por un momento, apenas por un momento, conseguí olvidar que la muerte me esperaba aquella misma mañana.

Pasamos el resto de esa noche interminable y terrible sentados bien juntos, conversando e intentando olvidar en todo momento que nuestras vidas se evaporaban.

Una tenue luz gris se coló dentro de nuestra celda en el momento en que vinieron a buscarnos. Yo había resuelto que, por muy aterrorizado que estuviese, por mucho que me costase, intentaría no demostrarlo. Iría a la hoguera con dignidad.

Mientras nos llevaban a punta de lanza escalera arriba a través de los escombros del palacio, llegué a ver a los demás condenados, algunos con apariencia orgullosa y resignada, otros (en especial los más jóvenes de la comitiva del Archipiélago) apenas capaces de contener las lágrimas. Todavía llovía bastante fuerte y el cielo presentaba un color gris moteado. De todos modos, sin duda el mago Haroum habría dispuesto campos de éter alrededor de la plaza del mercado, enfrente del palacio, que protegerían el lugar de la lluvia.

Por un instante crucé una mirada con Palatina, que me ofreció una vaga sombra de su antigua sonrisa. Parecía estar mucho peor que los demás y me

pregunté por qué sería. En cambio, pese a que sus mejillas exhibían rastros de lágrimas, los ojos de Elassel aún se elevaban desafiantes.

Era difícil caminar con cadenas en los tobillos, pero no tropecé con ninguno de los escombros, ni siquiera tras contemplar la pira en el centro de la plaza. El Dominio había reunido en un extenso pero bajo montículo toda la leña que había podido encontrar, y sobre el mismo se alzaban a distinta altura entre veinte y veinticinco estacas, cada una de ellas provista de un rollo de soga. Muchas contaban también con pequeñas astillas y sobrantes de soga recubiertos de brea, cuya función era realimentar las llamas. Rodeando el cadalso, detrás de una barrera de cuerda custodiada por los sacri que cruzaba todas las calles, los integrantes del clan Lepidor se habían reunido para ver morir a su conde. Etlae su grupo de conspiradores ocupaban cómodos asientos al aire libre, y cerca de ellos estaban mis familiares, rodeados por unos seis guardias de Lexan. Prácticamente todas las fuerzas de ocupación parecían estar presentes.

Hamílcar y Sagantha estaban de pie a un lado, rodeados por unos cuantos hombres de Hamílcar y por los navegantes cambresianos. Con ellos estaba también el jefe de guardia de mi padre,

vistiendo con incomodidad ropas prestadas con los colores de la familia Barca. ¿Acaso el propio Hamílcar había decidido sacar el mayor provecho de una mala situación pidiendo prestados algunos de nuestro criados?

Se nos condujo al sector ubicado frente a Etlae y se nos ordenó que nos pusiésemos de rodillas. Los adoquines de la plaza estaban húmedos y era imposible mantener separadas las cadenas.

—Todos vosotros habéis sido hallados culpables de herejía en segundo grado, salvo Cathan Tauro y Ravenna Ulfadha, que sois culpables de herejía en primer grado. Para ambos, el castigo será la muerte en la hoguera, sin contar con la posibilidad de retractaros. Sin embargo, si alguna entre las condenadas resulta ser la faraona de Qalathar, Ranthas le conmutará la pena y la llamará a un destino más elevado. ¿Querrá la faraona dar un paso adelante?

Se produjo un silencio y nadie se movió. A mi lado, Ravenna mantenía la cabeza en alto.

—Siendo así, recurriremos a otros métodos para averiguarlo. El mago mental cogió su martillo y una luz dorada brilló rodeando su extremo. Entonces un rayo de energía surgió del instrumento y quedó suspendido sobre las cabezas de todo el grupo de condenados del Archipiélago, recorriendo la fila muchacha por muchacha con sorprendente rapidez. Se detuvo por un segundo en Ravenna, pero de inmediato prosiguió su camino. Tras haber examinado a la última, el rayo voló de regreso al martillo y su luz se extinguió. El mago mental se volvió hacia Etlae.

—Parece que estábamos en un error, su majestad. Ninguna de estas jóvenes es la faraona.

—¿Estás seguro?

—Bien seguro. Ninguna de ellas sabe siquiera quién es la faraona. —Bien, pues siempre habrá otra oportunidad.

Acto seguido, Etlae se giró hacia nosotros.

—Estáis todos condenados a morir como herejes, proscritos por Ranthas. Vuestras almas no encontrarán solaz bajo su cielo ni regresarán al mundo como formas elementales de su reino. Vuestros nombres serán por siempre malditos y vuestro destino constituirá una lección para las futuras generaciones.

Estaba a punto de llorar. «Recuerda quién eres», me dije.

Los inquisidores y unos pocos sacri salieron desde donde estaba Etlae, se aproximaron a la primera fila de condenados y nos quitaron las cadenas. Luego nos hicieron marchar unos metros a punta de daga. Nos adentramos en la plaza y subimos los rudimentarios escalones situados en los laterales de la pira.

Alguna parte de mí notó que la estructura de la hoguera era ligeramente piramidal y que, en el centro, en el punto más elevado (unos cuantos metros por encima del nivel inferior) había una única estaca. Dos inquisidores nos llevaron a Ravenna y a mí en dirección a esa estaca, donde íbamos a ser amarrados. Yo estaba frente a Etlae. Ravenna, del otro lado, de cara a los portales. Un sacri apuntaba a mi estómago con su espada y no pude sino permanecer inmóvil mientras dos inquisidores ataban nuestras manos al

madero. Ravenna y yo estábamos lo bastante cerca para tocarnos las manos y nos apretamos mutuamente los dedos tanto como pudimos.

«Dulce Thetis, te lo suplico —recé—, si alguna vez has socorrido a los Tar' Conantur, entonces socórreme ahora, no permitas que muera de este modo.» No recibí ninguna respuesta.

Mientras Palatina, Elassel y otros eran amarrados en los niveles inferiores de la pira eché una última mirada a la plaza, deteniéndome en la multitud (muchos lloraban) y en la mujer que me había llevado a esta situación.

Miré también a Hamílcar, que alzó la cabeza y fijó sus ojos en los míos, haciendo un inconfundible gesto de aprobación. ¿Qué quería decir? ¿Acaso iba a ocurrir algo? No me atreví a sentir la menor esperanza.

Los inquisidores eran totalmente eficientes y cuando observé a mi alrededor, al palacio y a la plaza, constaté que estaban atando sobre la base de la pira al último de los viajeros del Archipiélago. Me descubrí lamentando tanto desperdicio de soga, que luego tendría que ser reemplazada.

Los rayos iluminaron las montañas. Era extraño estar ahí, en medio de la plaza, expuesto bajo la tormenta, y que sin embargo no me cayese ni una gota de agua. ¿Se estarían vengando de mí los Elementos por haber pretendido dominarlos? ¿Acaso Thetis me negaba su ayuda pues había cometido un pecado contra ella al perturbar el equilibrio natural de las cosas?

El último de los inquisidores descendió de la pira y regresó junto a Etlae. Sarhaddon se puso de pie sosteniendo en la mano una antorcha de leños apagada. Entonces yo había acertado: él sería quien encendiese la hoguera.

Sarhaddon solicitó que le diesen un poco de yesca. Ya todo había acabado.

Pero en ese momento vi cómo Hamílcar hacía un fugaz movimiento con la mano y de inmediato el jefe de guardias de mi padre aulló:

—¡AHORA!

Mientras Etlae observaba el panorama con estupor, estalló un infierno en la plaza y el tiempo pareció detenerse. Numerosos integrantes de la multitud desenvainaron dagas y avanzaron sobre los sacri que custodiaban los accesos, que apenas tuvieron oportunidad de volverse para averiguar qué sucedía. No fueron lo bastante veloces y distinguí la silueta de uno de ellos desplomándose con tres dagas en la cintura y una cuarta atravesando la abertura para los ojos de su máscara.

A continuación, decenas de flechas partieron disparadas desde las ventanas superiores de las casas que rodeaban la plaza, e incluso desde la azotea del palacio, todas dirigidas al grupo que secundaba a Etlae. Tenía que haber allí entre veinte y treinta arqueros lanzando sus proyectiles con la mayor velocidad. Un inquisidor cayó tan repleto de flechas que parecía un puercoespín. Luego se desplomó otro más y se oyó el alarido de Midian cuando una flecha se le clavó en el brazo. Todo el grupo de funcionarios del Dominio huyó en busca de protección. Pero los sacri no estaban en condiciones de socorrer a sus superiores, ya que tanto ellos como los guardias de Lexan cayeron víctimas de las flechas. La multitud derrumbó con golpes a los que seguían en pie y, al verlos rodear a cada sacri, comprendí por su enorme coordinación que eran los integrantes de la guardia de Lepidor.

Incapaz de moverme o intervenir, estreché todavía con más fuerza las manos de Ravenna. Presa de la emoción, volví la vista hacia el auditorio con sus cómodas sillas. Etlae había recibido cuatro flechas en la cintura y una más en el cuello, y estaba tendida en el suelo sobre un mar de sangre. Todos los inquisidores estaban muertos o agonizantes, si bien Midian, Lexan y Sarhaddon habían conseguido refugiarse detrás de sus sillones.

En medio de la lluvia observé cómo la gente traspasaba las barreras y despedazaba a los sacri restantes, mientras que los guardias de Lepidor recogían las armas de los sacri caídos y corrían en dirección al puerto. Dado que los dos magos del Dominio habían muerto, el campo de éter que rodeaba la plaza del mercado osciló y se derrumbó, permitiendo que la lluvia me empapase una vez más. La recibí con alegría, como a una amiga,

y grité de júbilo, aunque mi voz pasó desapercibida entre los potentes truenos.

—¡Los milagros existen, Cathan! —exclamó Ravenna.—¡Qué auténtica sorpresa, volvemos a mojarnos!

—¿A quién le importa? ¡Mejor empapados que demasiado secos! Cesó el diluvio de flechas y nuestros guardias se apiñaron sobre la madera traicioneramente húmeda de la plataforma, cortando las sogas de los visitantes del Archipiélago, que se miraban entre sí a través de la lluvia, apenas capaces de creer en su fortuna.

Y entonces alguien cortó también nuestras sogas y reconocí al guardia con el que había conversado en la muralla la mañana siguiente de descender por el torrente.

—Es curioso cómo cambian las cosas, ¿no le parece, conde Cathan?

Cuando descendimos a la base de la pira, un gentío nos alzó sobre sus hombros. Gente que por lo general no saldría siquiera de sus casas con semejante lluvia, danzaba ahora de alegría, llevándonos en andas a través de la plaza rumbo al puesto de mando de la guardia.

—Os debemos la vida —afirmé mientras la gente que nos había cargado con tanto entusiasmo volvía a depositarnos en el suelo—. Muchas gracias.

—No podía volver a fallarte —dijo el comandante de la guardia. —No me habías fallado la primera vez —le respondí, y me volví luego hacia Hamílcar, que estaba de pie discretamente detrás del comandante. Yo debí de ser el único que notó su gesto y sabía que él había organizado el rescate. Su fina túnica estaba completamente empapada, pero, por primera vez, lo sentí feliz y muy satisfecho consigo mismo.

—Gracias a ti también —murmuré a su lado.

—Cathan —declaró Sagantha—, a partir de este momento os reintegro a ti y a la familia Tauro el condado de Lepidor y espero que tu gobierno aquí sea más feliz que el mío.

—En nombre de la familia Tauro —respondí—, acepto el condado del clan Lepidor.

—Y yo, Hamílcar, lord de la familia Barca, doy fe como testigo. Entonces Ravenna y yo volvimos a ser cogidos por la multitud y llevados

en andas mientras todos lanzaban vítores y coreaban mi nombre.

—¡CA-THAN! ¡CA-THAN! ¡CA-THAN!

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

Saludos de Cathan Tauro a Laeas Tigrana

Cuando leas estas líneas ya te habrán llegado noticias de todo lo que ha ocurrido aquí, ya que Persea planeaba detenerse en Liona en su viaje hacia la capital. Sin duda habrás oído también alguna descripción de los sucesos en la que figura alguna intervención divina y varios milagros. Lamento informarte de que dichos relatos no responden a la realidad; me hubiese bastado con uno o dos milagros.

Ni siquiera Persea podrá contarte la historia deforma íntegra, pues se marchó el día siguiente de nuestra victoria sobre Etlae, cuando todo pendía aún de un hilo. Courtiéres llegó a Lepidor esa misma tarde, acompañado por soldados de Kula y una pequeña flota perteneciente a la familia Canadrath. Para ser una de las grandes familias más importantes, los Canadrath han resultado ser muy amistosos. Quizá se deba a que no son originarios de Taneth. Con la barba rubia y sus ojos azules, el heredero de los Canadrath parece provenir de los bosques polares.

Resulta que todo el asunto había sido planeado con varios meses de anticipación. Lachazzar requería desesperadamente los servicios de Reglath Eshar y su ejército para iniciar una cruzada, pero los haletitas insistían en que Lachazzar financiase y armase esa fuerza. Dio la

casualidad de que descubrimos nuestra mina de hierro precisamente cuando a él le convenía y por eso le ordenó a Etlae que se hiciese con el control de ella. Etlae financió la campaña de Foryth contra nosotros y el asesinato del rey con dineros del Dominio. Si su plan funcionaba, el Dominio acabaría teniendo en Lepidor todo el hierro necesario y suficientes armas para lanzar su cruzada. Dada la situación actual, supongo que deberá de posponer la cruzada al menos un par de años.

Disculpa si esta carta es un poco desordenada, pero Ravenna y yo destrozamos con nuestro pequeño tornado la mitad de las ventanas del palacio y la mayor parte de ellas todavía no han sido reparadas. Aunque lo parezca, eso no es nada divertido, pues es imposible encontrar un sitio lo bastante seco para escribir.

De todos modos, siguiendo con mi relato, nos hemos asegurado también de que los dos sacerdotes sobrevivientes, Midian y Sarhaddon, mantengan las bocas cerradas. Lachazzar no desea que este asunto salga a la luz, ya que constituiría un duro golpe para el Dominio. Midian y Sarhaddon, por su parte, acogieron con gran entusiasmo la posibilidad de culpar de todo a Etlae. La versión oficial de la historia dirá que ella era una hereje cuya intención era dañar al Dominio y que nosotros fuimos los leales servidores de Ranthas que se lo impedimos. Puedes llamarlo justicia poética. En cuanto a Lexan, será enviado de regreso a Khalantan, aunque deberá marcharse sin orgullo y sin la manta en la que llegó a Lepidor. Era una nave del rey, que se la había concedido a él. A decir verdad, no fue una decisión muy astuta de su parte.

Al menos aparentemente, todos nos estamos recuperando bien. Las marcas rojas en mis muñecas han desaparecido y ya puedo bajar la vista hacia las manos sin sufrir penosos recuerdos. Sin embargo, vivirlo fue entonces menos terrible de lo que hoy me resulta recordarlo. Todos sufrimos aún pesadillas y dudo que alguna vez seamos capaces de olvidar incluso los más ínfimos detalles. Mi padre ha hecho sellar esos viejos almacenes subterráneos. Si tan sólo pudiese sellar mi memoria del mismo modo...

No has conocido a Hamílcar, ¿verdad? Palatina lo conocía desde hacía unos dos años y ni siquiera ella podía creer que nos hubiese rescatado. Ofrece una imagen tan parecida a la del lord mercante tradicional que resulta difícil convencerse de que a veces tiene corazón. Ravenna le preguntó por qué lo había hecho y su respuesta es algo que tampoco olvidaré. Dijo que después de todo el camino que habíamos recorrido, no podía comprender por qué había decidido sacrificar mi vida. Entonces sintió que para él no existía nada por lo que pudiese hacer algo semejante, nada que le importase tanto, y que no podía permanecer cruzado de brazos observando cómo me mataban por creer en algo superior a mi propia vida. El Dominio había preparado otros dos contratos para él, así que no le esperaba la bancarrota si dejaba las cosas como estaban. Por lo que yo sé, es la primera decisión altruista que ha tomado en toda su vida.

En la intimidad de esta carta, te cuento que no creo que Palatina vuelva a ser ya la misma. Es la primera vez que sus planes fallan de este modo y supongo que piensa que nos ha decepcionado. Desde entonces ha estado de lo más silenciosa, y quizá ésa sea su forma de superar la cuestión, aunque no lo creo. Ya no irradia la confianza y la seguridad en sí misma que mostraba ante nosotros. Sólo espero que siga queriendo destruir al Dominio y que esta derrota no haya quebrado su espíritu.

Por cierto que no tengo intención de dejar las cosas así. Ravenna estuvo revisando algunos archivos de mi padre y encontró una referencia a algo que podría ser de gran ayuda. Supongo que ya no la reconocerías. Ha perdido esa mirada de reina del hielo y ya no usa nada para alisar los rizos de su cabello, así que está mucho más hermosa que antes. Hoy llegó incluso a reírse, la primera risa sincera que yo le he oído. Tú y los demás teníais razón: me he enamorado de ella y creo (ruego que así sea) que ella siente lo mismo por mí.

Tras la tormenta que asoló Lepidor (quizá la única parte exitosa de todo el plan) decidimos formar un equipo, convirtiéndonos en los primeros magos de las Tormentas de los que tengamos noticia. Lo que

Ravenna halló en los archivos es la referencia a un buque, el Aeón. Aetius lo utilizó durante la guerra y se suponía que era de dimensiones realmente colosales, pero lo más importante es que tenía acceso al sistema de ojos del Cielo. Con el Aeón podríamos ver las tormentas del mismo modo que lo hace el Dominio y emplear el propio planeta como una arma en su contra. Quizá sea excesivamente optimista, pero eso podría representar un verdadero cambio en la historia. No se lo menciones a demasiada gente, pero si alguien que conoces sabe algo más al respecto, sería de gran ayuda para nosotros.

Acaba de llegar Ravenna, envuelta en un grueso impermeable ya que hace mucho frío, y me informa de que la nave mensajera está a punto de zarpar. Tengo que acabar la carta en este mismo instante. Saluda de mi parte a los otros si llegas a verlos. Espero estar pronto de regreso en e Archipiélago y volveré a escribirte en cuanto tenga más novedades. Hasta entonces, continúa por la senda de Thetis.

Te desea siempre lo mejor,

CATHAN TAUO

OceanofPDF.com